

Anejos del *Anuario del Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'*, LVIII

LUIS MICHELENA

OBRAS COMPLETAS

al cuidado de
Joseba A. Lakarra e Iñigo Ruiz Arzalluz

V

HISTORIA Y GEOGRAFÍA DE LA LENGUA VASCA



Universidad
del País Vasco Euskal Herriko
Unibertsitatea



Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa

Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'
Diputación Foral de Gipuzkoa
Universidad del País Vasco
San Sebastián y Vitoria

'Julio Urkixo' Euskal Filologia Mintegia
Gipuzkoako Foru Aldundia
Euskal Herriko Unibertsitatea
Donostia eta Gasteiz

2011

LUIS MICHELENA
OBRAS COMPLETAS



Winn

11

Anejos del Anuario del Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo', LVIII

LUIS MICHELENA

OBRAS COMPLETAS

al cuidado de
Joseba A. Lakarra e Iñigo Ruiz Arzalluz

V

HISTORIA Y GEOGRAFÍA DE LA LENGUA VASCA



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea



Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa

Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'
Diputación Foral de Guipúzcoa
Universidad del País Vasco
San Sebastián y Vitoria

'Julio Urkixo' Euskal Filologia Mintegia
Gipuzkoako Foru Aldundia
Euskal Herriko Unibertsitatea
Donostia eta Gasteiz

2011

CIP. Biblioteca Universitaria

Michelena, Luis

Obras completas. V, Historia y geografía de la lengua vasca [Recurso electrónico] / Luis Michelena ; al cuidado de Joseba A. Lakarra e Iñigo Ruiz Arzalluz. – Datos. – [Leioa] : Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea. Argitalpen Zerbitzua = Servicio Editorial, [2026]. – 1 recurso en línea: PDF (478 p.). – (Anejos del Anuario del Seminario de Filología Vasca "Julio de Urquijo"; 58)

Ed. electrónica de la ed. Impresa (2011)

Modo de acceso: World Wide Web.

ISBN: 978-84-1319-716-6

1. Euskara (Lengua) 2. Euskara (Lengua) – Historia. I. Lakarra Andrinua, Joseba, coed. II. Ruiz Arzalluz, Iñigo, coed.

(0.034) 809.169

En la corrección de este quinto volumen de las *Obras completas* de Luis Michelena han participado Fidel Altuna, Arantza Bilbao, Urtzi Reguero y Enara San Juan

Imagen reproducida en la página iv: Eduardo Chillida, «Retrato de Koldo Mitxelena».
© Zabalaga-Leku, VEGAP, Vitoria, 2010

© Joseba A. Lakarra e Iñigo Ruiz Arzalluz
© Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'
© Gipuzkoako Foru Aldundia / Diputación Foral de Gipuzkoa
© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco /
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua
ISBN: 978-84-1319-716-6

HISTORIA Y GEOGRAFÍA DE LA LENGUA VASCA

ÍNDICE

1. <i>Sobre el pasado de la lengua vasca</i> (1964)	1
2. Sobre la historia de la lengua vasca (1982)	117
3. La lengua vasca y la prehistoria (1966)	133
4. Hispánico antiguo y vasco (1958)	149
5. El vasco y las lenguas antiguas de España y Francia (1968) . . .	161
6. <i>Baskisch = Hispanisch oder = Gallisch?</i> (†1987)	177
7. De onomástica aquitana (1954)	197
8. Los nombres indígenas de la inscripción hispano-romana de Lerga (Navarra) (1961)	245
9. Otra vez sobre la inscripción de Lerga (1962)	261
10. A. Tovar, <i>Cantabria prerromana</i> (1955)	265
11. La lectura en territorio vasco (1970-1971)	267
12. Nota marginal sobre la huella latina en la lengua vasca (1972) .	277
13. Préstamos lingüísticos del latín al euskera (1972)	303
14. El elemento latino-románico en la lengua vasca (1974)	305
15. Romanización y lengua vasca (1984)	337
16. M. ^a L. Guaza, <i>La toponimia romana en Vizcaya</i> (1955)	351
17. Presentación a M. ^a T. Echenique, <i>Historia lingüística vasco-románica</i> (1984)	357
18. Onomástica y población en el antiguo reino de Navarra: la documentación de San Millán (1976)	361
19. Notas sobre las lenguas de la Navarra medieval (1971)	379
20. Prólogo a R. Ciérvide, <i>Registro del concejo de Olite (1224-1537)</i> (1974)	397
21. El vascuence en Berriain (1958)	401
22. Sobre la lengua vasca en Álava durante la Edad Media (1982) .	403
23. R. Menéndez Pidal, <i>En torno a la lengua vasca</i> (1963)	419
Índices.	423

ABREVIATURAS

<i>ASJU</i>	<i>Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo».</i>
<i>BAP</i>	<i>Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País.</i>
<i>BRAE</i>	<i>Boletín de la Real Academia Española.</i>
<i>BSL</i>	<i>Bulletin de la Société de Linguistique de Paris.</i>
<i>DCELC</i>	J. Corominas, <i>Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana</i> , Madrid 1954-1957, I-IV.
<i>DES</i>	M. L. Wagner, <i>Dizionario etimologico sardo</i> , Heidelberg 1957 ss.
<i>ELH</i>	<i>Enciclopedia lingüística hispánica</i> , Madrid 1960.
<i>FEW</i>	W. von Wartburg, <i>Französisches etymologisches Wörterbuch</i> , Tübinga-Basilea 1948 ss.
<i>FHV</i>	L. Michelena, <i>Fonética histórica vasca</i> , San Sebastián 1961 (2. ^a ed. 1977).
<i>FLV</i>	<i>Fontes linguae Vasconum.</i>
<i>IEW</i>	J. Pokorny, <i>Indogermanisches etymologisches Wörterbuch</i> , Berna 1949 ss.
<i>LH</i>	L. Michelena, <i>Lengua e historia</i> , Madrid 1985.
<i>NTS</i>	<i>Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap.</i>
<i>PV</i>	<i>Príncipe de Viana.</i>
<i>REW</i>	W. Meyer-Lübke, <i>Romanisches etymologisches Wörterbuch</i> , Heidelberg 1930 ³ .
<i>RFE</i>	<i>Revista de filología española.</i>
<i>RIEV</i>	<i>Revista internacional de los estudios vascos.</i>
<i>RLPhC</i>	<i>Revue de linguistique et de philologie comparée.</i>
<i>SHLV</i>	L. Michelena, <i>Sobre historia de la lengua vasca</i> , San Sebastián 1988, I-II.
<i>ZCPh</i>	<i>Zeitschrift für celtische Philologie.</i>
<i>ZRPh</i>	<i>Zeitschrift für romanische Philologie.</i>

SOBRE EL PASADO DE LA LENGUA VASCA

NOTA DE LOS EDITORES

Sobre el pasado de la lengua vasca se publicó por primera vez en San Sebastián, Editorial Auñamendi ('Colección Auñamendi', 36), 1964; posteriormente fue recogido en *Sobre historia de la lengua vasca*, ed. J. A. Laka-rra, San Sebastián, Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo', 1988, I, pp. 1-73 ('Anejos del *ASJU*', 10). En la portada interior de la primera edición se lee lo siguiente: «Obra premiada en el concurso convocado por la Junta de Cultura de Vizcaya y la Caja de Ahorros Vizcaina sobre el tema 'Orígenes de la lengua vasca y proceso evolutivo de sus dialectos'».

El texto que editamos aquí, así como la paginación del margen, son los de 1964. Las notas, que en la edición de 1964 van al final del capítulo correspondiente y con numeración única para todo el libro, están aquí al pie y la numeración se reanuda en cada capítulo.

ÍNDICE

A manera de explicación	4
Lista de abreviaturas	7
Publicaciones citadas en forma abreviada.	8
1. La dialectología vasca	9
2. La interpretación de las diferencias dialectales	25
3. Historia y prehistoria de la lengua	39
4. El elemento latino-románico	51
5. La influencia indoeuropea prelatina	69
6. Relaciones de parentesco de la lengua vasca	91

A MANERA DE EXPLICACIÓN

7 El plan de este libro me fue en cierto modo impuesto, pues lo escribí —de prisa y en circunstancias no demasiado favorables— durante las vacaciones de Navidad de 1962-1963 para presentarlo al concurso de 1962 del Premio «Caja de Ahorros Vizcaína», convocado por la Junta de Cultura de Vizcaya sobre el tema «Orígenes del vascuence y proceso evolutivo de sus formas dialectales».

Aunque no se me ocultaba que el tema impuesto, poco unitario, podía ser abordado según puntos de vista muy distintos, escogí un plan que, acertado o no, era por lo menos sencillo. Los dos primeros capítulos se han dedicado a la descripción e interpretación de algunos aspectos, pocos y tratados someramente, de la dialectología vasca; en el tercero se hace una breve reseña de los materiales disponibles para diseñar una historia de la lengua, y el cuarto y el quinto constituyen un estudio de las influencias, latinas y prelatinas, que han obrado sobre ella en el curso de los últimos 2.000 o 2.500 años. El capítulo final, por último, se ha reservado a sus posibles relaciones de parentesco genético con otras lenguas, y muy en particular con las lenguas caucásicas, en el sentido restringido habitual de la palabra.

8 No se trata, por lo tanto, de una historia de la lengua, que todavía está por escribir en forma cabal, ni tampoco de una introducción a su estudio. Para las generalidades que aquí se suponen conocidas, habrá que remitir al lector a obras como *La lengua vasca* de Antonio Tovar^a o al trabajo más breve pero muy informativo que ha escrito con el mismo título René Lafon para el primer tomo de la *Enciclopedia lingüística hispánica*.^b

^a San Sebastián 1950 (2.^a ed. 1954).

^b *ELH*, I, pp. 67-97.

Acerca de la difícil cuestión de las relaciones vasco-ibéricas que aquí no se toca, el lector interesado puede acudir al artículo que sobre el ibérico ha escrito Tovar en la *Enciclopedia* citada,^c o, mejor todavía, a su libro *The ancient languages of Spain and Portugal*, Nueva York 1961. He expresado mis puntos de vista, no muy distintos de los suyos en lo que aquí nos importa, en «Comentarios en torno a la lengua ibérica», *Zephyrus* 12 (1961), 5-23.

Es difícil en un trabajo de este género no volver, en términos parecidos, sobre temas ya tocados en otra parte. Por eso advierto que he aprovechado algunas consideraciones del primer capítulo en mi comunicación sobre «El Atlas lingüístico vasco» al Congreso de Instituciones Hispánicas, celebrado en Madrid en junio del año pasado.^d El capítulo quinto, por el contrario, es una versión modificada y ampliada de mi contribución al IV Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos (Pau, setiembre de 1962).^e

Sobre el tema del parentesco lingüístico vasco-caucásico, la posición escéptica que aquí defiendo es la misma, aunque varíe la forma, que sostengo en «L'euskaro-caucasien» que aparecerá en el volumen *Le langage* de la Encyclopédie de la Pléiade (Gallimard, París).^f Es lástima que, como se señala más adelante, sólo cuando el último capítulo estaba ya casi escrito, llegara a mis manos el libro de Karl Horst Schmidt *Studien zur Rekonstruktion des Lautstandes der südkaukasischen Grundsprache*, Wiesbaden 1962 (Abhandlungen für die Kunde des Morgenlandes, XXXIV, 3), que, a pesar de su carácter de simple esbozo, subrayado en el título, habría dado una base más concreta a la discusión de los sonidos del kartvélico común y también a la crítica de ciertas particularidades que nos chocan en los estudios diacrónicos de algunos lingüistas georgianos.

El trabajo póstumo de G. Deeters sobre las lenguas caucásicas, que ha visto la luz en *Handbuch der Orientalistik*, I, 7 (1963),^g también me habría resultado útil, aunque sus opiniones, poco favorables al parentesco genético de las lenguas del Norte y del Sur —y, con mayor razón, a todo parentesco extracaucaésico—, eran ya sobradamente conocidas.

^c «Lenguas prerromanas de la Península Ibérica. Lenguas no indoeuropeas. Testimonios antiguos», *ELH*, I, pp. 5-26. ^d *Presente y futuro de la lengua española. Actas de la asamblea de filología del I congreso de instituciones hispánicas*, Madrid 1964, I, pp. 427-442. ^e No publicado. ^f 1968, pp. 1414-1437. ^g *Armenisch und kaukasische Sprachen*.

En cuanto a la reconstrucción por medios internos o externos, mi *Lenguas y protolenguas*, [Salamanca], Acta Salmanticensia, 1963, constituye una especie de profesión de fe que me ahorra más largas explicaciones. Si ahora tuviera que reiterarla, insistiría más en el valor apodíctico, que allí tal vez parezca negarse por omisión, de la comparación aun donde ésta apenas puede llegar a reconstruir nada sistemático en el campo de las unidades de la segunda articulación. Subrayaría, en otras palabras, la diferencia entre reconstrucción comparativa y lo que C. F. y F. M. Voegelin y otros llaman «phylum philology» con un término acaso discutible. Si hiciera falta una prueba, bastaría con mencionar, si se me permite entrar en un campo en el que soy un intruso completo, *The languages of Africa*, Bloomington 1963, de Joseph H. Greenberg, que dice bastante de lo que es capaz la comparación en gran escala, cuando se hace con arreglo a criterios estrictos. Por cierto que en esa obra, en las páginas 42-65, hallará quien se interese por ello una delimitación breve y precisa de lo que hoy hay que entender por lenguas hamito-semíticas o, en la terminología del autor, afro-asiáticas.

Sobre los posibles préstamos germánicos en nuestra lengua, a los que se alude incidentalmente en 5.4, hay ahora un nuevo estudio de Pierre Naert: «À propos des emprunts germaniques en basque», *Orbis* 12 (1963), 198-205¹.

Y, salvadas estas omisiones involuntarias, sólo me resta expresar mi profunda gratitud a la Caja de Ahorros Vizcaína y a la Junta de Cultura de Vizcaya, tanto por su generosa iniciativa, ejemplar entre nosotros, como por las facilidades que han dado para la publicación de estas páginas.

L. Michelena
Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'
San Sebastián, febrero de 1964

¹ Acerca del estado de la investigación de las lenguas caucásicas en la Unión Soviética, descripción y comparación, puede verse ahora el magnífico informe, rico en datos y en sentido crítico, de Aert H. Kuipers [«Caucasian»] en *Current trends in linguistics. I. Soviet and East European linguistics*, La Haya 1963, pp. 315-344.

LISTA DE ABREVIATURAS

<i>acus.</i>	acusativo	<i>irl.</i>	irlandés
<i>aezc.</i>	aezcoano	<i>lab.</i>	labortano
<i>al.</i>	alemán	<i>lat.</i>	latín
<i>a.-nav.</i>	alto-navarro	<i>lit.</i>	literalmente
<i>ant.</i>	antiguo	<i>masc.</i>	masculino
<i>arag.</i>	aragonés	<i>mingr.</i>	mingrelío
<i>astur.</i>	asturiano	<i>mod.</i>	moderno
<i>b.-nav.</i>	bajo-navarro	<i>nom.</i>	nominativo
<i>cast.</i>	castellano	<i>occid.</i>	occidental
<i>celtib.</i>	celtibérico	<i>or.</i>	oriental
<i>esp.</i>	español	<i>part.</i>	participio
<i>fr.</i>	francés	<i>pers.</i>	persona
<i>gal.</i>	galés	<i>pl.</i>	plural
<i>gasc.</i>	gascón	<i>rom.</i>	románico
<i>gen.</i>	genitivo	<i>ronc.</i>	roncalés
<i>georg.</i>	georgiano	<i>sal.</i>	salacenco
<i>gót.</i>	gótico	<i>santand.</i>	santanderino
<i>gr.</i>	griego	<i>sing.</i>	singular
<i>guip.</i>	guipuzcoano	<i>suf.</i>	sufijo
<i>hit.</i>	hitita	<i>sul.</i>	suletino
<i>i.-e.</i>	indoeuropeo	<i>vasc.</i>	vasco
<i>ing.</i>	inglés	<i>vizc.</i>	vizcaíno

PUBLICACIONES CITADAS EN FORMA ABREVIADA

- BAP* = *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*.
BSL = *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*.
DCELC = J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Madrid 1954-1957. 4 vols.
DELL = A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, París 1959⁴.
DES = Max Leopold Wagner, *Dizionario etimologico sardo*, Heidelberg 1957 ss.
ELH = *Enciclopedia lingüística hispánica I*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1960.
FEW = W. von Wartburg, *Französisches etymologisches Wörterbuch*, Tübinga-Basilea 1948 ss.
FHV = L. Michelena, *Fonética histórica vasca*, San Sebastián 1961.
HOM. URQUIJO = *Homenaje a don Julio de Urquijo e Ybarra*, San Sebastián 1949-1951. 3 vols.
IEW = J. Pokorny, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, Berna 1949 ss.
LEIA = J. Vendryes, *Lexique étymologique de l'irlandais ancien*, Dublin-París. A, 1959. M-N-O-P, 1960.
NTS = *Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap*, Oslo 1928 ss.
REW = W. Meyer-Lübke, *Romanisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg 1930³.
RIEV = *Revista internacional de los estudios vascos*.
VGKS = H. Pedersen, *Vergleichende Grammatik der keltischen Sprachen*, Göttingen 1909-1913. 2 vols.
ZRPh = *Zeitschrift für romanische Philologie*.

1.1. Que la lengua vasca se divide en una serie de variedades divergentes en distintos aspectos es un hecho primario, evidente, que retiene la atención del observador menos agudo a poco que se dé a recorrer los caminos del país. Es, por otra parte, un hecho que no exige ninguna explicación especial. Todo objeto, natural o cultural, está sujeto a cambiar y no hay razón para que una lengua sea más estable que las instituciones políticas o que el relieve terrestre. Pero, si hay cambio, la lengua no tiene por qué mudarse de la misma manera y en el mismo sentido en zonas diversas. Lo que tiende a encubrir este fenómeno en algunos países es la existencia de lenguas oficiales relativamente fijas que, al menos en su forma escrita, se superponen, sin llegar a anularla del todo, a la diversidad dialectal.

17

El proceso de diferenciación, de todos modos, vuelve a comenzar allí donde la unificación parecía estar a punto de llegar a un resultado definitivo. La *koiné* suplantó —salvo en escasos restos— a los antiguos dialectos griegos, pero no se llegó con ello a un fin, sino a un nuevo comienzo.

18

1.2. No vamos a entrar aquí en una discusión acerca de si las diferencias que se observan entre los dialectos vascos modernos son grandes o pequeñas. La discusión es más bien ociosa en tanto no se arbitre una técnica que permita darle una respuesta precisa, cuantitativa. La estimación de esa magnitud es, además, relativa por necesidad: para un lingüista, por ejemplo, las diferencias no son grandes y, si el lingüista es un comparatista, las encontrará incluso desesperantemente pequeñas. El mismo criterio de la posibilidad de comprensión mutua entre hablantes de variedades distintas, que es al

que con más frecuencia se suele apelar, es de dudoso valor: la comunicación mutua depende en alto grado del «don de lenguas», esa capacidad peculiar hecha de versatilidad y mimetismo, de los interlocutores en contacto. Es sabido, por otra parte, que lo que en un primer encuentro resulta ininteligible llega a ser comprensible y hasta claro tras un período más o menos largo de acomodación y aprendizaje.

Puede, en todo caso, sorprender que una fragmentación tan menuda se dé en un espacio tan reducido: Leizarraga, al presentar a los vascos su versión del Nuevo Testamento (1571), señala como hecho bien conocido que el modo de hablar es distinto casi de casa en casa. Lo mismo puede observarse, dicho sea de paso, fuera del dominio vasco, en los valles pirenaicos por ejemplo y, de una manera general, dondequiera que la diferenciación dialectal es el resultado de una lenta sedimentación secular en comunidades estables que no han sufrido las consecuencias de trasiegos violentos.

1.3. No hace falta repetir, porque el hecho es sobradamente conocido, que la lengua vasca no ha sido lengua oficial ni se empleó consecuentemente como medio de enseñanza, a pesar de tentativas como la del doctor Etcheberri de Sara. Esto no quiere decir, sin embargo, que no hayan existido variedades «literarias» de la lengua, fijadas y normalizadas hasta un cierto grado por el uso escrito. Lo que sucede es que ninguna de ellas llegó a prevalecer sobre las demás, por lo que su predominio sólo ha sido por decirlo así regional.

Según diferentes testimonios, es fuera del país donde han tendido a formarse variedades comunes de existencia más o menos larga o efímera. Es natural, en efecto, que en países americanos por ejemplo donde la colonia vasca, formada por individuos procedentes de distintas zonas dialectales, conservó o conserva la lengua durante varias generaciones, ésta evolucione hacia un sincretismo en el que se fundan elementos de oriundez diversa. La *koiné* tenía un aire marcadamente occidental, entre vizcaíno y guipuzcoano, en el Perú en la medida en que podemos fiarnos del testimonio de unos versos, de valor poético nulo, publicados en Lima, en 1761.¹ En tiempos recientes, en la Argentina por ejemplo, la lengua común adoptaba más bien, según ciertas informaciones,

¹ G. Lohmann Villena, «Poesías vascas en Lima en el siglo XVIII», *BAP* 12 (1956), 417-422.

una forma oriental. Sobre todo esto, sin embargo, poseemos más indicaciones vagas que descripciones precisas.²

1.4. Sería, de todos modos, simplista pretender que todo ha sido diferenciación en la historia de los dialectos vascos, sin tener en cuenta al mismo tiempo los fenómenos de convergencia. Se ha constatado, en efecto, que, incluso entre lenguas emparentadas claramente distintas entre sí y cuya evolución se ha cumplido en parte en espacios separados, la semejanza que aún puede observarse al compararlas depende en buena medida de innovaciones paralelas y no de la conservación del tipo antiguo.³ Éste tiene que ser el caso *a fortiori* de variedades, como las nuestras, usadas en territorios contiguos y dentro de un área que en el último milenio —para atenernos al período sobre el cual disponemos de documentación segura— tiene unos límites tan reducidos.

Por eso, la suma de fenómenos comunes a la totalidad de las hablas vascas es muy crecida y hasta sorprendente, si nos limitamos a considerar lo que es más probativo: las innovaciones comunes. Entre los cambios fonéticos generales se cuentan, pongamos por caso, la modificación de los sonidos finales de muchas palabras cuando éstas, perdiendo su autonomía, se usaban como primeros miembros de compuestos: *bet-* por *begi* ‘ojo’, *it-* por *idi* ‘buey’, *etsa-*, *etxa-* por *etse*, *etxe* ‘casa’, *otsa-* por *otso* ‘lobo’, *itsas-* por *itsaso* ‘mar’, *ardan-* por **ardano* ‘vino’, *burdin-* por **burdina* ‘hierro’, etc., están atestiguados por restos más o menos abundantes según los casos en todas las comarcas del país, desde su extremo occidental hasta el más oriental.⁴

Dentro del elemento latino-románico, nada despreciable como se sabe, es posible caracterizar al vasco en su conjunto frente a los otros dialectos románicos por una serie de fórmulas de transformación que resumen los cambios cumplidos, sin que esto excluya como es natural algunas divergencias de detalle: la llamada sonorización de las oclusivas sordas iniciales (tipo *barkatu* ‘perdonado’, *dorre* ‘torre’, *gela* ‘habitación’), la pérdida de *n* entre vocales (*area* ‘arena’, *koroa* ‘corona’, *ohore* ‘honor’) o el paso de *l* a *r* en las mismas

² La primera descripción parcial es de Terence H. Wilbur, «The phonemes of the Basque of Bakersfield», *Anthropological linguistics* 3 (1961), núm. 8, 1-12.

³ Cf. A. Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*, París 1937⁸, pp. 423 s.

⁴ E incluso más al oeste, en el nombre *Javierre*.

condiciones (*borondate* ‘voluntad’, *goru* ‘rueca’, *zeru* ‘cielo’), mientras que *nn* y *ll* son continuados por *vasc. n* y *l* (*anoa* ‘ración’, *gaztelu* ‘castillo’, etc.). Incidentalmente, la aportación latino-románica al léxico vasco fue más bien, casi hasta nuestros días, un elemento unificador que introdujo en el vocabulario toda una serie de términos comunes: *arima* ‘alma’, *bekatu* ‘pecado’, *gorputz* ‘cuerpo’, etc.

En otro orden de cosas, es sabido, y la cosa nada tiene de asombroso, que el tipo de lengua ha variado en igual sentido en muchos aspectos, lo mismo si partimos de los *Refranes y Sentencias* de 1596 para llegar al vizcaíno actual que si comparamos la lengua de Dechepare con la que hoy está en uso en el país bajo-navarro de Cize. Así, por ejemplo, las formas fuertes, sintéticas, del verbo no han cesado de perder terreno ante las formaciones perifrásticas; el pasado se ha convertido en un «imperfecto» perdiendo el valor aorístico que en otros tiempos podía tener (vizc. ant. *neuca* «teníalo [yo]», pero *nentorre* «vine», *engarren* «te traxo», etc.).⁵ De una manera general, no parece aventurado pensar que la formación de tiempos compuestos es en vasco un fenómeno paralelo al que se observa en tantas lenguas de Europa occidental, pero no sólo en esa área, y por tanto relativamente reciente, aunque prehistórico, en el sentido lingüístico de la palabra. Y, con todo, el sistema de estos tiempos, en sus elementos materiales y en su valor, es aproximadamente el mismo en todos los dialectos vascos.

1.5. La dialectología vasca, cuya situación no es todo lo floreciente que fuera de desear dado lo reducido de la zona objeto de su estudio y la facilidad de las comunicaciones, es obra sobre todo de dos personas: el príncipe Luis Luciano Bonaparte en el siglo pasado y don Resurrección María de Azkue en éste.

No obstante, no carecieron de precursores. Entre ellos ocupa un señalado lugar el jesuita padre Manuel de Larramendi (1690-1766), quien se ocupó con bastante extensión de los dialectos vascos en su *Diccionario trilingüe* (1745), en *El imposible vencido* (1729) y, por último, en la *Corografía de Guipúzcoa* que permaneció inédita hasta 1882.

Larramendi parte de la idea acertada de que no puede haber conocimiento cabal del vascuence, mientras éste quede confinado a una sola de sus variedades: «Pues como no solo se llamaba Griego,

⁵ Véase, para el verbo antiguo, la obra de R. Lafon, *Le système du verbe basque au XVI^e siècle*, Burdeos 1945.

el que hablaba algun dialecto particular suyo, sino mucho mas el que no estando atado à ninguno, usaba de todos los dialectos en la ocasion: assi tambien se ha de llamar Bascongado, no solo el que habla el dialecto Guipuzcoano, ò el Bizcaíno, ò el Navarro, y Labortano, sino tambien y con mas razon el que haze familiares suyos à todos los dialectos». ⁶ Como los juicios de valor forman siempre el fondo de las consideraciones de Larramendi y de otros apologistas, como también de las de la mayoría de sus contradictores, es evidente que la conexión, nada forzada, que se busca con los dialectos griegos está destinada a mostrar que la diversidad dialectal, lejos de constituir una tacha, es un signo de riqueza, una especie de lujo sobreañadido.

23

De cualquier modo, y fueran las que fuesen sus intenciones apologéticas, es una realidad que Larramendi continuó a lo largo de su vida enriqueciendo su conocimiento de los dialectos vascos, de los cuales da una información nada despreciable en más de un punto. Y, aparte de su labor personal, también aquí, lo mismo que en el cultivo literario de la lengua, actuó como promotor de vocaciones. Dan fe de ello los importantes *Suplementos* a su Diccionario que le fueron enviados en 1746 por el carmelita fray José de María (Araquistáin), y publicados, como la *Corografía* de Larramendi, por el padre Fidel Fita. ⁷ Araquistáin recogió ahí una rica colección de términos guipuzcoanos y navarros y tiene el mérito de haber sido el primero en interesarse por el roncalés, de cuyo carácter aberrante tenía ya noticia Etcheberri el de Sara, a juzgar por una mención incidental en su *Lau-urdiri gomendiozco carta, edo guthuna* (1718).

También debió partir de Larramendi el impulso que movió a Joaquín Lizarraga de Elcano a escribir en el poco cultivado alto-navarro meridional bastantes obras que sólo en pequeña parte han sido publicadas, algunas por Bonaparte. ⁸ Aunque no fuera éste el objeto a que estaban destinadas, hoy nos resultan preciosas para el conocimiento de una variedad extinta del dialecto vasco peor conocido en conjunto.

24

⁶ *El imposible vencido*, [Salamanca 1729], p. 13.

⁷ En la *Revista de ciencias históricas*, Barcelona 1881 [«Suplementos al Diccionario trilingüe del P. Larramendi», *Revista de ciencias históricas* 2, 1880-1881, 416-433; 3, 1881, 113-120, 350-374; 4, 1881, 72-87, 149-163]. No faltan erratas en la edición, que tratamos de subsanar en parte en otro lugar.

⁸ De las obras de Lizarraga, *Urteco igande guztietaraco platicac edo itzaldia*, impreso en San Sebastián en 1846, no puede servir sin crítica como fuente para el conocimiento del alto-navarro de Egüés, porque su lenguaje fue guipuzcoanizado por los editores.

1.6. El príncipe Luis Luciano Bonaparte, precursor de la dialectología moderna, es casi una culminación de la dialectología vasca, pues en varios aspectos nos hemos contentado desde entonces con vivir de su copiosa herencia que en buena parte —en aquélla, nada despreciable, que sigue inédita— no ha sido después debidamente utilizada. No hay necesidad de entrar ahora en los detalles de su vida y de su obra, para los cuales basta con remitir a otros trabajos.⁹

Bonaparte pasó, como es sabido, a la dialectología de las ciencias de la Naturaleza y, tras haber estudiado hablas de filiación muy diversa (románicas, célticas, germánicas y fino-ugrias por lo menos), terminó por consagrarse de lleno a la investigación de los dialectos vascos. Prescindiendo de otros trabajos que en este contexto tienen menos importancia, se puede decir que su atención se dirigió a la recogida, preparación y edición de materiales de dos clases. Están en primer lugar los que él mismo recogió, bien *in situ* o bien de informadores locales que reunía en el lugar donde se encontraba. En segundo lugar, se trata de versiones de textos de carácter generalmente religioso (libros o pasajes bíblicos, catecismos), cuya traducción encargaba, con instrucciones muy precisas para que la versión fuera reflejo fiel del habla de una localidad o comarca, a personas (rara vez seglares) a quienes creía buenos conocedores de esa variedad y capaces, sobre todo, de seguir al pie de la letra sus indicaciones.

1.7. Hay que señalar, sin embargo, que el Príncipe («el más vascófilo de los vascólogos», como se le ha llamado alguna vez, no sin razón) se ocupó casi por igual de los dialectos literarios y de las variedades no cultivadas de la lengua, para emplear su propia terminología. Esto significa que una buena parte de las versiones que encargó eran traducciones a una variedad fijada por el uso escrito, con arreglo a los criterios normativos de corrección corrientes en esos casos: así, para citar un solo ejemplo, la traducción al guipuzcoano —al guipuzcoano escrito, literario, se entiende— de la Biblia completa le fue encomendada al franciscano vizcaíno padre Uriarte, natural de Arrigorriaga. Se comprenderá pues, sin más, que una obra de esa clase, por importante que sea en otros aspectos, carece casi de valor para cualquier estudio de geografía lingüística.

⁹ Véase P. de Yrizar, «El príncipe Luis Luciano Bonaparte y su obra», *BAP* 16 (1960), 3-14; José Vilallonga, «Introducción a un estudio sobre Luis-Luciano Bonaparte y sus trabajos», *Eusko-Jakintza* 7 (1953-1957), 39-68.

De otro lado, Bonaparte, como hombre que era, no estaba libre de limitaciones e incluso de muy graves limitaciones.¹⁰ Era un observador casi perfecto, capaz de tomarse todas las molestias necesarias para comprobar puntualmente el más pequeño detalle, sin que jamás permitiera que un prejuicio —eso que con un nombre más elegante se suele llamar teoría— se interpusiera entre él y los hechos: en este sentido es, no cabe duda, el autor más digno de confianza de cuantos han trabajado en el campo vasco. Pero su capacidad para la minuciosa observación microscópica no iba acompañada de la facultad de elevarse a la región enrarecida de los principios abstractos. De aquí que su obra de dialectólogo sea mucho más importante por el peso bruto de los copiosos materiales recogidos y ordenados por él que por el valor de sus aportaciones teóricas.

26

Siempre fue prisionero, muy particularmente, del «concepto unitario arcaico de los dialectos», para emplear una expresión de Menéndez Pidal.¹¹ Por ello se propuso como coronación de la obra de toda su vida la delimitación de los dialectos vascos, con sus subdialectos y variedades, delimitación que obtuvo una magnífica expresión gráfica en las dos versiones de su famoso mapa (1863), en el cual se atiene al pie de la letra a ese principio.

Con todo ello, el Príncipe nos ha legado una clasificación muy cómoda, además de razonable, que todos venimos usando como marco de referencia hasta el día de hoy, pero también nos ha legado con ella, aunque esto sea despreciable, algunos temas de discusión puramente académicos. Pues al lingüista de hoy, que desea saber no dónde termina el dialecto vizcaíno y dónde empieza el guipuzcoano, sino los únicos límites que se pueden determinar, los de hechos lingüísticos concretos (el de *alabea* / *alaba* ‘la hija’, por ejemplo), de poco le sirve una clasificación de este género.

Como es natural, Bonaparte se valió de su conocimiento de la difusión de ciertos fenómenos concretos para construir su clasificación y para diseñar su mapa. Lo malo es que en aquella y en éste los criterios de que se valió están implícitos y deben ser explicitados si ambos han de servir para algo más que para dar una primera impresión de conjunto. Afortunadamente, no faltan en la obra, impresa o

27

¹⁰ Cf. [H. Schuchardt], «Briefe des Prinzen L.-L. Bonaparte an H. Schuchardt», *RIEV* 3 (1909), 133-139.

¹¹ *Curso de lingüística*, editado por la Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián 1921, p. 27, y ahora *En torno a la lengua vasca*, Buenos Aires 1962, p. 45.

inédita, de Bonaparte las alusiones a esos criterios, aunque tampoco son demasiado abundantes. De ellos nos ocupamos un poco más abajo.

1.8. Más próxima a nosotros está la larga encuesta de Azkue, mucho más larga y detenida que la de Bonaparte, cuyos principales resultados están en cierto modo resumidos en su gran *Diccionario vasco-español-francés* ([Bilbao] 1905-1906) y en su *Morfología vasca* (1925),^a para no mencionar en detalle sus distintas monografías, entre las cuales se pueden destacar aquí las que dedicó a dialectos navarros como el aezcoano (1928)^b y el roncalés (1932).^c Sin embargo, y aceptando sin restricciones el valor monumental de las dos obras fundamentales citadas, no se nos puede ocultar que presentan algunos inconvenientes desde el punto de vista que aquí nos interesa.

Esos inconvenientes nacen en buena parte del plan mismo de ambas obras que, en otro aspecto, representa una de sus grandes virtudes: su carácter histórico hace que un material abundantísimo recogido o comprobado por el autor mismo aparezca unido, de modo que la separación se hace muchas veces difícil, a otro también muy abundante, procedente de fuentes escritas de fecha diversa, cuyo origen y cuya autenticidad a veces están lejos de estar libres de toda duda.

28 Sus teorías personales, a alguna de las cuales profesó una tenaz adhesión, no dejaron tampoco de perjudicar algunas de sus exposiciones, sobre todo la que del verbo vizcaíno presenta en su *Morfología*, al lado de la cual es mucho más digno de confianza el apéndice dedicado al verbo guipuzcoano (1931).^d Y, aparte de sus teorías, Azkue estaba muy lejos de pensar y de proceder como Bonaparte para quien la dialectología debía ser, como la novela para Stendhal, algo así como un espejo fiel en lo posible que se paseara, impasible e impersonal, a lo largo y a lo ancho del país. Azkue, con un criterio estético y purista, no aceptaba pura y simplemente los hechos, sino que se creía en el derecho, e incluso en el deber, de someterlos a un cribado previo: así no nos ofrece un vocabulario aezcoano o roncalés, sino un florilegio, un ramillete de flores escogidas que creyó

^a *Euskera* 4 (1923); 5 (1924); 6 (1925) [= Bilbao 1925]. ^b «Aezkera edo Petiriberro-inguruetako mintzaera», *Euskera* 8 (1927), 179-300 [= Bilbao 1928].

^c «Particularidades del dialecto roncalés», *Euskera* 12 (1931), 207-406 [= Bilbao 1932]. ^d «Primer apéndice de la *Morfología vasca*. Conjugación del verbo guipuzcoano», *Euskera* 12 (1931), 87-206.

dignas de admisión por su aire arcaico, por su pintoresquismo o por su pureza.

1.9. Muchos datos recogidos por Azkue y utilizados sólo en parte en sus escritos se conservan manuscritos en la Academia de la Lengua Vasca. Esa Academia, de la cual fue Azkue director desde la fundación hasta su propia muerte, inició una encuesta extensa, no muy distinta en cuanto a lo externo de lo que es corriente en investigaciones dialectológicas modernas, la mayoría de cuyos resultados se fueron publicando en *Euskera*, órgano de la Academia, a partir del volumen 6 (1925).

Para ella se imprimió un cuaderno, un *Triple cuestionario* (*Erizkizundi irukoitza*), dividido en tres partes: cuestionario fonético, morfológico y léxico. El cuaderno, del que sólo se conservan algunos raros ejemplares sin anotaciones, lleva en la cubierta espacios destinados a consignar el nombre y los datos personales del informador, más el nombre del colaborador de la Academia que intervino en la encuesta, y presenta como introducción unas instrucciones para uso de éstos, redactadas por el mismo Azkue.

29

Si el fruto de esta encuesta no ha sido mayor para el progreso de nuestra geografía lingüística, ello debe achacarse sobre todo a dos razones. A la finalidad, en primer lugar, porque al preparar el cuestionario se esperaba que sirviera para una especie de plebiscito: se pensaba que, para apoyar las decisiones de la Academia en orden a la unificación de la lengua literaria, éstas debían basarse en aquellas formas concurrentes que contaran con la adhesión de una mayoría de las localidades consultadas. En otras palabras, aunque la técnica fuera en principio similar a la de una encuesta dialectológica cualquiera, su objeto no era de ningún modo el mismo. Por esa razón, figuran en el cuestionario bastantes preguntas de escaso interés científico, al paso que otras muchas de primera importancia no fueron incluidas en él.

Esto, con todo, no habría sido un inconveniente mayor de haberse publicado las contestaciones en forma satisfactoria. Y, por desgracia, esto no ocurrió: las respuestas fueron apareciendo en *Euskera* en forma de concisos resúmenes casi telegráficos, con localizaciones a veces muy vagas (*an emen* «por aquí y por allá», etc.) y en forma generalmente cuantitativa («en 23 pueblos», «en 8 pueblos», etc.), con lo cual su utilidad queda reducida a un mínimo. Una excepción brillante está constituida por las respuestas recogidas en dos puntos del país de Soule por el profesor Henri Gavel, preparadas para su

30

publicación en *RIEV* 27 (1936), que sólo recientemente han visto la luz en *Euskera* 5 (1960), de forma completa y detallada.^e

En el terreno de la morfología verbal tienen gran valor, para limitarnos a trabajos publicados antes de 1936, los datos recogidos en Guipúzcoa por G. Bähr, que se dieron a conocer en *RIEV* 17 (1926) y siguientes,^f y en Navarra por el padre D. Inza, aparecidos en *Euskera* 2 (1920-1921) y 3 (1922).^g

1.10. Como se ha señalado arriba (1.7), el príncipe Bonaparte nos ha dejado una clasificación global de las variedades de la lengua vasca y un mapa en el que éstas están separadas por simples líneas. Lo que esto tiene de inadecuado a la complejidad del objeto quedará más de manifiesto si cedemos la palabra a don Ramón Menéndez Pidal:¹² «Pero sabido es que un dialecto no tiene un único límite fijo como el de una provincia o un partido judicial; los muy varios caracteres que distinguen ese dialecto de los vecinos, no tienen todos en masa una misma extensión, sino que cada uno de ellos alcanza por lo común un límite distinto del de los demás, siguiendo cada uno [de ellos]^h direcciones muy diversas... Casos hay en que una porción de límites lingüísticos coinciden entre sí; pero esto sucede, por lo común, no dentro de una misma lengua, sino cuando dos lenguas o dialectos colindantes se sienten como extraños el uno al otro. Si en el país vasco se hallan haces de varios límites lingüísticos coincidentes, este hecho indicará antiguo aislamiento o antagonismo de pueblos, separación profunda de una masa de población respecto de la otra».

El hecho indiscutible de que la clasificación de Bonaparte haya sido aceptada por todos los autores posteriores, con pequeñas variantes, es ciertamente una prueba de su acierto general. Y, si acertó, esto quiere decir que racional o intuitivamente se sirvió de isoglosas que, aparte de la importancia que pudieran tener en el sistema de la lengua, servían para dividir el territorio de habla vasca en zonas bien recortadas. Importa señalar que de ningún modo se basó en la

^e «Réponses souletines à un questionnaire linguistique», 293-316. ^f «Estudio sobre el verbo guipuzcoano», *RIEV* desde 17 (1926) hasta 26 (1935). ^g «Na-parroko aditz laguntzalea», *Euskera* 2 (1921), 3-35; 3 (1922), 65-92; «Burundako euskalkia», *Euskera* 3 (1921), 1-42. ^h «de ellos» es adición de Michelena.

¹² Loc. cit. [p. 27]]. Para la clasificación de los dialectos vascos en Bonaparte y otros, el mejor trabajo es P. de Yrizar, «Los dialectos y variedades del vascuence», *Hom. Urquijo*, I, pp. 375-424.

conciencia lingüística de los sujetos interrogados, sino que alguna vez advierte expresamente que va en contra de ella.

Las críticas de detalle que alguna vez se le han hecho descubren en general que sus autores no han echado de ver los fundamentos de la clasificación y la debilidad intrínseca de la misma. El baztanés, ¿es una variedad alto-navarra o labortana? El habla de la Burunda navarra, ¿es guipuzcoana o alto-navarra? La respuesta a estas preguntas, y a otras muchas del mismo género, no puede ser unívoca de ninguna manera. Todo depende de los rasgos lingüísticos, de las isoglosas, a los que se quiera atribuir, por simple comodidad o por otras razones, una precedencia sobre otros. Y esto, los rasgos diferenciales que escogió Bonaparte, es lo que vamos a estudiar con brevedad inmediatamente.

1.11. Con algunas vacilaciones, los dialectos establecidos por Bonaparte son ocho: vizcaíno, guipuzcoano, alto-navarro septentrional, alto-navarro meridional, labortano, bajo-navarro occidental, bajo-navarro oriental y suletino. Las isoglosas principales parecen correr de norte a sur, o más exactamente de noroeste a sudeste, sobre todo si se tiene en cuenta su prolongación meridional, insegura en bastantes aspectos, en una época de mayor extensión de la lengua. Frente a éstas hay, sin embargo, otras que corren de Poniente a Oriente, coincidiendo muy aproximadamente con la frontera franco-española. Se diría que la fijación y el endurecimiento de la frontera política fue alterando paulatinamente la ordenación de una época en que los puertos pirenaicos, como ocurre a todo lo largo de la cadena, hasta el Mediterráneo, no constituían divisoria, sino paso entre los valles de ambas vertientes.

Si fijamos ahora la atención en los criterios que sirvieron de base a Bonaparte para su delimitación, sorprende enseguida que los de carácter fonético hayan pesado poco, al menos si no nos olvidamos del papel decisivo que desde muy pronto se les atribuyó en la dialectología románica o germánica: recuérdese, por ejemplo, la importancia que se sigue asignando en los manuales a los continuadores de lat. *a* en sílaba acentuada abierta o de lat. *p* entre vocales dentro del dominio galo-románico.

No es, sin embargo, que este tipo de hechos haya sido totalmente dejado de lado. Entre los criterios que podemos llamar fonológicos,¹³

¹³ Cf. U. Weinreich, «Is a structural dialectology possible?», *Word* 10 (1954), 388-400.

Bonaparte menciona la presencia de una sexta vocal, /ü/, junto a las cinco comunes; las vocales nasales —en cuanto fonemas, no simples variantes— del suletino y de su apéndice español, el roncalés, y la existencia o falta de /h/.

- 33 Entre los criterios fonéticos, que estrictamente deberían llamarse de fonética histórica, puesto que se refieren a los continuadores divergentes de un mismo fonema o grupo de fonemas antiguo,¹⁴ están los resultados de ant. *j- (en *jo* ‘golpear’, *jakin* ‘saber’, *jaun* ‘señor’, etc.) y, sobre todo, las famosas «eufonías» o «cambios eufónicos».

Se trata sencillamente de los fenómenos de acomodación que se producen o no entre vocales en hiato: téngase en cuenta que los contactos de vocales tienen que ser muy frecuentes en una lengua en la que sufijos de inicial vocálica tan usuales como el artículo determinado (-a) o el sufijo de «relativo» o de «pasado» (-en, -an) se unen habitualmente a temas nominales o verbales acabados en vocal: *seme-a* ‘el hijo’, *dago-en* ‘que está’, etc.

Con todo, se tiene la impresión de que Bonaparte exageró, al menos en teoría, la importancia de estos últimos hechos.¹⁵ Porque, en primer lugar, se trata, según todas las apariencias, de fenómenos recientes; en segundo, porque, de acuerdo con esta presunción, difícilmente permiten diseñar áreas bien recortadas. Se tiene más bien la impresión de que, en la práctica, sólo sirvieron al Príncipe para separar variedades menores dentro de las regiones lingüísticas ya delimitadas. Su distribución geográfica es, en efecto, discontinua, salvo en el caso de la forma determinada de los temas nominales en -a: vizc. *alabea* (de donde *alabia*, etc.) ‘la hija’, central *alaba*, sal. *alabara*, ronc. y sul. *al(h)abá*.

- 34 1.12. De las isoglosas tenidas en cuenta por Bonaparte hay algunas que dividen limpiamente el país en dos zonas, una occidental y otra oriental. Así, occid. -ak / or. -ek en el activo pl. de la declinación (*gizonak egin dute* / *gizonek egin dute* ‘los hombres lo han hecho’),

¹⁴ En puridad, los criterios fonológicos son mera consecuencia de la evolución fonética: una zona oriental ha cambiado en determinados contextos *u* en *ü* (a la vez que *o* en *u*), las vocales nasales —documentadas en vizc. ant.— son el residuo de una antigua nasal intervocálica, *h* (dentro de la hipótesis que aquí damos por buena) se ha conservado en unas regiones y se ha perdido en otras, o se ha confundido en algún caso con otros fonemas.

¹⁵ Se inspiraba en el precedente de J. M. de Zavala, *El verbo regular vascongado del dialecto vizcaíno*, editado por él en [San Sebastián] 1848.

que no es en el fondo, cualquiera que sea la profundidad de su reflejo en la sintaxis, sino el resultado divergente de la contracción de vocales en hiato: **-a(g)ek* > occid. *-ak*, or. *-ek*, análogo al contraste occid. *dan* / or. *den* ‘que es’, ambos de **da-en*. Así también el contraste entre occid. *izan* ‘ser’ y ‘haber’ / or. *izan* ‘ser’, *uk(h)an* ‘haber’, en las formas nominales de los auxiliares intransitivo y transitivo. Las dos isoglosas no se superponen, como era de esperar, ya que la primera deja a un lado, en líneas generales, los dialectos vizcaíno, guipuzcoano y alto-navarro septentrional, quedando al otro el alto-navarro meridional, el labortano (con inclusión del baztanés), el bajo-navarro y el suletino. La segunda corre al este de la primera y más al oeste, por el contrario, la que delimita el empleo de *bait-* como prefijo verbal, ejemplificado por Bonaparte (no vamos a discutir ahora si adecuadamente) en la frase *zeren (zergatik) ona dan* / *zeren ona baita* ‘porque es bueno’.

Mencionemos también, entre otras que pasamos en silencio, la determinada por el uso de la partícula interrogativa *-a* (*badaia?* *-dea?* etc. ‘¿hay?’) que, según Bonaparte, no se conoce en territorio español más que en el b.-nav. de Valcarlos y Quinto Real, en salacenco (pero no en aezcoano) y en roncalés; la obligatoriedad del empleo de formas alocutivas en el «voseo» o tratamiento intermedio de *zu* (*ona duzu* ‘[os] es bueno’, occid. *ona da*), o el alativo en *-at*, en concurrencia con la variante sin *-t*, con una diferencia de valor mal especificada y sin duda cambiante según las zonas.

35

En otro orden de cosas, sabemos por sus notas manuscritas que el Príncipe buscó con su tenacidad habitual por Navarra la frontera de occid. *esan* / or. *erran* ‘decir’.

1.13. A pesar de todo esto, el tema que constituyó la obsesión de Bonaparte fue el de las diferencias en las formas personales de los verbos auxiliares, diferencias que acaso le parecían más profundas o más orgánicas que muchas otras. De esta manera se llegaba a la demarcación de áreas como p. ej., marchando de oeste a este, *dot* / *det* / *dut* ‘lo he’, *deust* / *dit* / *deraut* ‘me lo ha’, *naiz* / *niz* ‘soy’, etc.

Ahora bien, estas diferencias son sinceramente de lo más llamativo, dada la extraordinaria frecuencia en el decurso de esas formas, pero su importancia —la profundidad en el tiempo que alcanzan— es bastante más discutible. En el último caso, *niz* presenta, frente a *naiz*, una reducción del diptongo original, cumplida de otra manera —por absorción de su último elemento en la

sibilante previamente palatalizada— en el vizc. *nax* (y *ax* ‘eres’), que ofrece sin embargo la ventaja de ser paralela a la que se observa en otras formas auxiliares: occid. *gaitu* / or. *gitu* ‘nos ha’, etc. Con todo, el roncalés, en el extremo oriental del país, tiene *naz* (y *yaz* ‘eres’), en vez de *niz*.

36 En cuanto a *dot* / *det* / *dut*, se trata de distintos resultados de la monoptongación de **daut* < **d-a-d-u-t*.¹⁶ Pero *dut* no es, en contra de lo que todavía se suele creer, una variante exclusivamente oriental, sino que reaparece en el vizc. de Cigoitia (Álava)¹⁷ y, en el siglo XVI, se documenta en el vocabulario de Landucci:¹⁸ «empeño, *vayquetan dut*», feliz error en el que el traductor entendió el sustantivo «empeño» como «yo empeño».

Este error no ha dejado de influir en la valoración de uno de los restos más venerables de nuestra lengua: las dos frases vascas incluidas en las Glosas Emilianenses, que tienen en común la forma verbal *dugu*. Don Ramón Menéndez Pidal escribe, en efecto, siguiendo a sus asesores vascos: «Este *dugu*... es hoy propio de los dialectos navarros altos y bajos, del labortano y del suletino, mientras el guipuzcoano dice *degu* y el vizcaíno *dogu*; el glosador de San Millán parece, pues, un navarro».¹⁹ En realidad, pudo muy bien ser —y lo más probable es que fuera— un riojano o un alavés, es decir, una persona cuya lengua estaba mucho más cerca del vizcaíno que de ningún otro dialecto vasco.

37 Por lo que respecta a *deust* / *dit* / *deraut*, los hechos están lejos de ofrecer una imagen sencilla. Probablemente es el área occidental la que presenta, al menos hoy, un bloque más cerrado, porque hacia el este las formas del tipo *dio* ‘se lo ha (a él)’ penetran profundamente, mientras hay indicios de formas de la serie de *deraut* muy al oeste. Según un documento de 1552, publicado por Ángel Irigaray, parece ser que cerca de Estella se usaba entonces, sin diferencia apreciable de valor, tanto *dizut* como *drauzut* ‘os lo he (a vos)’.²⁰ Se saca la impresión de que de un repertorio común de posibilidades

¹⁶ Véase *FHV*, pp. 92 y 98.

¹⁷ Azkue, *Morfología vasca*, [Bilbao 1925], p. 688, y [«Observaciones acerca de la obra *Langue basque et langues finnoises*, del príncipe Luis Luciano Bonaparte»], *Euskera* 7 [3-4] (1926), [17-36], p. 22, para Barambio, donde *dut* era variante de *dot*, condicionada por el contexto.

¹⁸ *Dictionarium linguae Cantabrigiae* (1562), San Sebastián 1958.

¹⁹ *Orígenes del español*, [Madrid 1950]³, p. 467.

²⁰ Cf. Lafon, *Le système du verbe basque au XVI^e siècle*, II, p. 37.

antiguas, que no tenían por qué ser necesariamente equivalentes, cada zona ha tendido, con mayor o menor consecuencia, a regularizar los paradigmas con el empleo exclusivo de una de las alternativas disponibles. Esto es al menos lo que, a juzgar por los testimonios, ha debido de ocurrir más de una vez, sin que eso quiera decir que el proceso haya sido siempre del mismo carácter.

En todo caso, aunque resulte chocante, esta cuestión de las particularidades dialectales es entre nosotros bastante vidriosa, ya porque los unos y los otros traten de apropiarse la exclusiva de ciertas características o ya, al contrario, porque rechacen algunas de ellas como tomadas a préstamo a sus vecinos. Pero aquí, como en cualquier discusión científica, el único principio razonable es que las teorías, por muy sugestivas que parezcan, deben ceder siempre a los hechos. Habrá, pues, que considerar vizcaíno o guipuzcoano todo hecho que hoy se documenta en áreas de habla vizcaína y guipuzcoana y precisamente en la extensión en que pueda documentarse. Y nunca habremos de olvidar que la distribución actual de los fenómenos lingüísticos suele ser distinta de la pasada, aunque aquélla nos proporcione indicios y claves para reconstruir ésta.

1.14. Este comentario crítico de la obra de Bonaparte se ha limitado a un examen somero de algunos de sus aspectos. Un estudio exhaustivo de los materiales recogidos por el Príncipe, en el que se tuvieran muy en cuenta los abundantes manuscritos, podría, proyectada sobre un mapa del país, darnos idea cabal de la extensión de una buena parte de los hechos lingüísticos diferenciales.²¹ No hay que olvidar que hoy podríamos añadir a ellos, en la medida en que se han publicado o conservado, los reunidos por Azkue y sus colaboradores de la Academia, sin olvidar algunas aportaciones, nada despreciables aunque escasas, de los últimos años.

Sería, sin embargo, absurdo y hasta culpable que nos entregáramos a esta tarea libresca entre las hojas muertas de libros y papeles viejos, cuya conservación está asegurada en el limbo de bibliotecas y archivos. Sería absurdo y hasta culpable porque a nuestro alrededor, al aire libre, aguarda a que nos dignemos concederle nuestra atención la inagotable variedad de la lengua viva, variedad que ningún colector podrá jamás agotar en su recogida. Y esta variedad no tiene

38

²¹ Esto lo ha empezado a hacer, con los materiales de otra encuesta, J. Allières, «Petit atlas linguistique basque français 'Sacaze'», *Via Domitia* 7 (1960), 205-221; 8 (1961), 81-126 e índices.

asegurada la existencia, como los libros y papeles. En muchos de los puntos extremos consultados por Bonaparte hoy ya no obtendríamos respuesta satisfactoria. En algún otro nos puede faltar de un año al siguiente la pareja de informadores ancianos que todavía podemos interrogar. Y, sin necesidad de mostrar un pesimismo injustificado sobre el porvenir de la lengua, hay que tener en cuenta que el ajetreo de la vida moderna, con el acortamiento de las distancias y el continuo trasiego de gentes, resulta poco favorable, como repetidamente ha advertido Antonio Tovar, a la preservación de las particularidades locales o comarcales.

39 Conviene señalar, para quien no lo sepa, que, con la aparición retardada del *ALPI* (*Atlas lingüístico de la Península Ibérica* [Madrid 1962]), el País Vasco es la única zona de la Península que carece de un Atlas lingüístico. En Francia, la zona de habla vasca queda bordeada —y tocada en un punto testigo— por el magnífico *Atlas lingüístico y etnográfico de Gascuña*ⁱ publicado ya en buena parte, por no hablar de empresas anteriores. Para un extraño tiene pues que resultar incomprensible que un país que se considera próspero y abierto a todo lo moderno, por lo menos en el terreno de la técnica, preste tan poca atención a una riqueza —no menos riqueza porque no se pueda convertir sin más en dinero contante y sonante— de cuya casi milagrosa conservación se jactan a todas horas sus habitantes.

Una vez que tuviéramos adelantada esa tarea, podríamos ocuparnos con tranquilidad de conciencia de la obra de los precursores, no sólo porque los datos modernos habrían de ser completados en parte con los que aquéllos recogieron, sino también porque del coitejo de unos y otros, a cien años de distancia, podríamos aprender bastante acerca de la evolución de la lengua.

ⁱ *Atlas linguistique et ethnographique de la Gascogne*, París 1958 ss.

LA INTERPRETACIÓN DE LAS DIFERENCIAS DIALECTALES

2.1. El estudio detenido de un caso concreto puede aclarar mejor las ideas que una serie indefinida de consideraciones generales. Por eso vamos a concentrar la atención en la lengua del valle navarro de Roncal, variedad que se encuentra al borde de la extinción. Presenta, sin embargo, la ventaja de estar bien descrita, gracias sobre todo a Bonaparte y a Azkue, cuya obra no ha dejado de tener continuadores estos últimos años.¹ Podemos, además, basarnos en un conocimiento directo de las hablas de Isaba y Uztárroz, únicos puntos del valle donde quedaban informadores capaces de expresarse corrientemente en la lengua.

45

El roncalés ha llamado siempre la atención por ser, a causa de su posición marginal en el extremo oriental del país, la variedad vasca más divergente en muchos aspectos. Por ello mismo conserva un número bastante crecido de lo que a primera vista parecen notables arcaísmos, el más conocido de los cuales es probablemente el nombre del ‘cuchillo’: *aizto*.

Bonaparte, que lo consideró en su clasificación como subdialecto español del suletino, vaciló siempre entre atribuirle esta posición subordinada o darle la condición de dialecto independiente, coordinado al suletino. Azkue, en la práctica, habló siempre de «dialecto roncalés», designado en sus obras con la sigla R, sin incluirlo en el suletino, señalado por S. De hecho, esta práctica ha sido seguida, ya que resulta útil por su comodidad, por los autores posteriores.

46

¹ Una bibliografía del roncalés se halla en L. Michelena, «La posición fonética del dialecto vasco del Roncal», *Via Domitia* 1 (1954), 124-157. Añádase Fr. C. Izaguirre, «Erronkariko euskal-ondakin batzuk», *BAP* 15 (1959), 279-314, y 17 (1961), 391-407.

La lengua del valle, a pesar de la corta extensión de éste, es bastante menos unitaria probablemente que el suletino en su conjunto. Sin hablar de la parte meridional, acerca de cuya lengua hay menos datos, Bonaparte distinguió tres variedades: la de Vidángoz, la de Urzainqui (a la que pertenece Isaba) y la de Uztárroz. En toda una serie de rasgos puede comprobarse que el valle permaneció durante siglos mucho más cerrado a toda influencia exterior que el país de Soule.

2.2. El examen se limitará a las unidades distintivas, a los sonidos, del roncalés e, incluso en este plano, tendrá que reducirse a ciertos detalles salientes sin entrar en un estudio de conjunto. Confrontaremos el roncalés con el suletino, y también con su vecino occidental, el salacenco. En efecto, el roncalés confina por el sur y por el este, desde que en el siglo XVIII empezamos a tener cierto acopio de noticias sobre él, con territorio de lengua románica.²

47 En el inventario de los fonemas, el ronc. coincide con el sul. en poseer vocales y diptongos nasales; en sal., por el contrario, la nasalización no pasa de ser un rasgo concomitante condicionado por el contexto o, en otras palabras, sin valor fonológico.

Las coincidencias terminan aquí. El sul. tiene una sexta vocal, /ü/, la aspiración, /h/, y sibilantes sonoras (en *aizina* 'tiempo libre', *aisa* 'fácilmente', p. ej.), que contrastan con las sordas en posición intervocálica, fonemas todos ellos que faltan tanto en ronc. como en sal.; éstos, por el contrario, poseen en común un fonema fricativo velar sordo, /x/, el de cast. *jaca*, *ojo*, que no existe en suletino. Todos estos rasgos caracterizan al ronc., para decirlo de una manera gráfica, como dialecto hispánico, análogo al sal., al aezcoano o al alto-navarro, mientras el sul., como dialecto galo, se emparenta con su vecino, el bajo-navarro oriental hablado en territorio francés. Y al decirse hispánico o galo no se alude exclusivamente a la situación geográfica respectiva, sino que se desea subrayar que tales rasgos le son comunes al sul. con los romances franceses vecinos y al ronc. con los españoles.

Otra coincidencia, al parecer exclusiva, entre ronc. y sul. aparece en la acentuación. En ambas variedades (en ronc., por falta de informadores, el hecho sólo ha podido constatarse en Isaba y Uztárroz), la posición del acento tiene valor distintivo, puede por sí sola distin-

² Para las relaciones del roncalés y de sus vecinos montañeses con el alto-navarro de la zona Media, vid. R. Lafon, «Sur la place de l'aezcoan, du salazarais et du roncalais dans la classification des dialectes basques», *Pirineos* 11 (1955), 109-133.

guir significados. El rendimiento de este contraste se aprecia sobre todo en la declinación nominal, donde diferencia las formas indeterminadas de las determinadas (*al[h]ába* ‘hija’ / *al[h]abá* ‘la hija’), pero se observa también fuera de esa esfera: en ronc. de Uztárroz *és-kia* ‘la mano’ (bisílabo) / *eskía* ‘la mano derecha’, etc.

2.3. Pasemos ahora a la evolución de los sonidos. Admitido (con todas las restricciones necesarias) el principio básico de la regularidad de los cambios fonéticos o, dicho con otras palabras, partiendo del postulado de que dentro de una variedad lingüística dada un fonema o un grupo de fonemas evoluciona (cambia o se mantiene) de una forma determinada siempre que se encuentre en un mismo contexto fónico, independientemente del significado del morfema en que se encuentra, las distintas evoluciones cumplidas en dialectos distintos dejan como resultado un sistema de correspondencias fonéticas regulares que pueden establecerse entre morfemas emparentados comunes a éstos. Por lo tanto, si un sonido o grupo de sonidos *a* de un estado antiguo de lengua A se ha diversificado con el tiempo en *a'* en el dialecto B y en *a''* en el dialecto C, podremos, siempre que se cumplan las condiciones anejas de contexto, establecer la ecuación (B) *a'* = (C) *a''*, es decir, establecer que se trata de sonidos o grupos de sonidos equivalentes en cuanto continuadores de una misma unidad antigua, sin consideración alguna a la circunstancia de si en su sustancia fónica son semejantes o no. En otras palabras, la reconstrucción lingüística se basa en homologías, en elementos que tienen un origen común, y no en analogías, es decir, en semejanzas mayores o menores entre los elementos comparados.³

De la comparación del ronc. con el sul. de un lado y con el sal. (y eventualmente con otros dialectos vascos) por el otro se obtiene cierto número de correspondencias, de entre las cuales vamos a entresacar algunas de las que muestran discrepancia entre los dialectos comparados. Son las siguientes, presentadas en la forma más esquemática:

(1) Sul. *ü* : ronc., sal., etc. *u*, acompañado de casos en que las correspondencias son distintas: sul. *u* : ronc. sal. *u*, y, por otra parte, sul. *u* : ronc. sal. *o*.⁴

³ De los problemas de la reconstrucción tratamos en detalle en *Lenguas y protolenguas*, Salamanca 1963.

⁴ Las diferentes correspondencias dependen de los contextos que no vamos a detallar aquí.

(2) Sul. *ü* - *ü*, ronc. *u* - *u*, frente a sal., etc. *i* - *u*, en casos como sul. *bagünü*, ronc. *bagunu* 'si lo hubiéramos', sal. *baginu*; sul. *gütü*, ronc. *gutu* 'nos ha', sal. *gitu*; sul. *ülhün* 'oscuro', ronc. *ulun*, sal. *ilun*, etc.⁵

(3) Sul. ronc. *ai* : sal., etc. *au* (y, en un corto número de ejemplos, sul. ronc. *ei* : sal., etc. *eu*), junto a las correspondencias banales en que hay *au* : *au*, y *ai* : *ai*, de una parte y de otra: sul. ronc. *gai*, sal. *gau* 'noche', pero sul. ronc. sal. *gaur* 'esta noche'.

(4) Entre ciertas consonantes, el sul. muestra una vocal que falta en ronc. y en sal.: sul. *bede(r)atzü*, ronc. *bedratzu*, sal. *bedratzi* 'nueve', sul. *zütü*, *zütie*, ronc. *ztu*, *ztei*, sal. *ztu*, *ztie* 'os ha (a vos, a vosotros)', etc.

(5) El ronc. y el sal. responden con cero (o con una consonante como *g* o *r*) a sul. *h*: sul. *ahüntz*, ronc. *aintz*, sal. *auntz* 'cabra', sul. *ahüñe*, ronc. *añe* (de **ai*-), sal. *a(g)uña* 'cabrito', sul. *ehün*, ronc. *ein*, sal. *egun* 'cien', etc.

(6) En posición inicial, a [ž] del sul., escrito *j*, corresponde en ronc. y sal. la chicheante sorda [š], escrita *x* en la ortografía vasca actual: sul. *jakin* 'saber', *jo* 'golpear', ronc. sal. *xakin*, *xo*.

50 (7) En interior de palabra, entre vocales, las correspondencias son: *j*, escrito *i*, o *ih*, en sul., contra [š] en ronc. y cero (o *g*) en sal. Así, p. ej., en sul. *batheia*, ronc. *batixa*, sal. *batea* 'bautizar', sul. *ei-har*, ronc. *exar*, sal. *ear* 'seco, yerto', sul. *leiho*, ronc. *lexo*, sal. *le(g)o* 'ventana'.

(8) En grupos formados por nasal o *l* más oclusiva, ésta es a menudo sorda en sul. y ronc., mientras que el sal. y la generalidad de los dialectos presentan una sonora: sul. ronc. *boront(h)ate*, sal. *borondate* 'voluntad', ronc. sal. *igante*, sal. *igande* 'domingo', sul. ronc. *alt(h)e*, sal. *alde* 'lado', sul. ronc. *malta*, sal. *malda* 'mata', sul. ronc. *zank(h)o*, sal. *zango* 'pie, pierna', etc.

(9) En un número limitado de palabras, el sul. y una parte del ronc.⁶ tiene *st*, lo mismo que los dialectos occidentales, frente a *rz* del sal. y del ronc. de Vidángoz y Uztárroz.

2.4. Presentados los hechos en bruto, o al menos una parte de ellos, queda pendiente su interpretación. Es claro, en efecto, ya a primera vista, que las concordancias o las discrepancias entre los

⁵ En un caso en el que las vocales quedaban en contacto, el ronc. tiene *mur* 'torcido', de **buur*, cf. sul. *bühür*, frente a *bi(h)ur* de los demás dialectos.

⁶ Para la distribución, v. *FHV*, pp. 363 ss.

dialectos no pueden ser simplemente contadas, puesto que unas pueden ser más importantes y más profundas que otras, sino que habrán de ser ponderadas de alguna manera.

Según una valiosa distinción de F. Rodríguez Adrados,⁷ las características diferenciales de los dialectos pueden clasificarse en tres grupos: arcaísmos, elecciones e innovaciones, cuyo peso está lejos de ser el mismo. Como en los puntos que hemos entresacado se supone que los sonidos y las formas consideradas tienen una fuente común en una fase más antigua de la lengua, podemos prescindir por el momento de las diferencias que tienen su causa en elecciones diferentes. A ellas se ha aludido ya más arriba (1.13).

51

La conservación conjunta de un arcaísmo en dos o más variedades de una lengua no supone, por el hecho de tratarse de algo pasivo que se explica por simple inercia, ninguna relación especial entre ellas. Si *iratzarri* 'despertado' o *urt(h)arril* 'enero' son comunes al vizcaíno y a los dialectos del extremo oriental del país, no prueban en manera alguna que entre uno y otros haya existido una comunidad o estrechos contactos, hipótesis que la historia y la geografía desmentirían a una. La manera más económica de explicar tales coincidencias entre áreas extremas, que siempre ha sorprendido a los observadores, es suponer que innovaciones iniciadas en zonas más centrales no han llegado hasta ellas. De ello se sigue naturalmente que el guip. *esnatu* 'despertado' o *ilbeltz* 'enero', p. ej., son más recientes con ese valor que las anteriores. Se trata, en suma, del conocido «criterio de las áreas laterales» o «marginales» de M. Bartoli y de su escuela.

2.5. De nada nos sirve conceder un mayor peso a las innovaciones comunes frente a los arcaísmos compartidos si no somos capaces de distinguir entre unas y otros. El problema sería de una simplicidad extrema si se tratase de dialectos románicos, porque su forma común antigua, el latín, nos es conocida con abundancia de detalles. Pero no es éste, no hay necesidad de insistir en ello, el caso de los dialectos vascos donde ese estadio anterior es prehistórico, es decir, no está documentado.

52

Afortunadamente para nosotros, todo estado de lengua, por aislado que se halle, conserva cierta información sobre sus fases más antiguas. En otras palabras, ofrece cierta base para la reconstrucción

⁷ *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia*, Salamanca 1952.

de etapas prehistóricas y esa base se hace más amplia y más sólida cuando, como en nuestro caso, disponemos no de un sólo estado de lengua, sino de varios estados divergentes, aunque claramente emparentados entre sí. La riqueza y la profundidad de la reconstrucción está —al menos hasta un cierto punto óptimo, difícil de fijar— en razón directa de la divergencia atestiguada. Esto quiere decir, claro está, que nuestras posibilidades serán siempre muy pequeñas, en tanto no se descubran cerca o lejos otras lenguas emparentadas con la nuestra. «Soñar con subir muy lejos en la prehistoria del vascuence con la mera comparación de sus dialectos —escribe A. Tovar⁸— sería como si para reconstruir el indoeuropeo no tuviéramos más que la variedad de unos cuantos dialectos románicos». No obstante esto, cabe señalar que los hechos de que ahora nos ocupamos tienen su raíz por lo general en un pasado muy próximo a nosotros, lo cual nos permite afrontarlos con buenas esperanzas de hallar su explicación, al menos parcial.

El principio básico de toda reconstrucción ya sea interna, basada en la comparación de morfemas emparentados en un único estado de lengua (*[-d]o* y *-to* en *cantado, venido, muerto, puesto; vien-*,
 53 *ven-* y *vin-* en *viene, vendrá, vine*, etc.), ya sea externa, que se apoya en la comparación de morfemas emparentados en estados distintos de lengua (*padre* y *père, madre* y *mère, cual* y *quel, tal* y *tel, sal* y *sel*, etc.), es el postulado de que un fonema no puede escindirse espontáneamente (es decir, independientemente de todo condicionamiento contextual) en dos o más fonemas. Esto no es en el fondo más que otro modo de enunciar el principio de la regularidad de los cambios fonéticos, aludido ya en 2.3.

2.6. Discutiremos primero con cierta minuciosidad la correspondencia (3), para tratar de determinar dónde hay innovación y dónde arcaísmo, si en el diptongo *ai* del sul. y ronc. o si en *au* del sal. y de los demás dialectos. Fijado esto, se dará dogmáticamente la solución de los demás casos sin examen previo, aunque cuidando de indicar en cada caso las dudas que subsisten.

Parece evidente que sal. etc. *au* debe ser considerado más antiguo que ronc. sul. *ai*, en los significantes en que se da esta correspondencia, por las razones siguientes:

a) La hipótesis más simple es la que postula bien **au* o bien **ai* para el estadio prehistórico común. Dentro de ella, nadie ha sido

⁸ *El euskera y sus parientes*, Madrid 1959, p. 174.

hasta ahora capaz de mostrar en qué condiciones ha pasado a *au* un antiguo **ai* en salacenco y en los dialectos centrales y occidentales; partiendo de **au*, por el contrario, el condicionamiento contextual se descubre sin trabajo: **au* se ha conservado en ronc. y sul. ante *r*; *rr*; *s*, *ts*, y ha pasado a *ai* en todas las demás posiciones: de aquí la alternancia ya citada de ronc. sul. *gai* ‘noche’, pero *gaur* ‘esta noche’, que está según todas las apariencias formado del anterior más un tema demostrativo (cf. *ahora*, *hogaño*, al. *heuer*, *heute*, etc.).

54

b) En un marco más general, resultaría natural que el sul., que responde con *ü*, vocal anterior, a *u* de otros dialectos, y presenta lo que evidentemente es *i* procedente de *ü* ante vocal (*eskia* ‘la mano’ de *eskü*, ronc. *eskiua*, *eskia*), haya llevado la misma tendencia a *u* segundo elemento de diptongo.

c) En una palabra como ronc. sul. *gaiza* ‘cosa’, *ai* es el correlato normal del general *gauza*. Pero aquí conocemos el prototipo común antiguo, que no es otro que el lat. *causa* (de donde *cosa*, *chose*, etc.).

Lo que la comparación intravasca nos presentaba como una simple hipótesis, aunque tan altamente probable que equivalía a una certeza, se ha convertido, por consiguiente, en un hecho probado, como tantas otras veces, gracias al testimonio del material extraño incorporado a la lengua.

2.7. Después de esto, podemos adentrarnos en un rápido balance de arcaísmos e innovaciones dentro siempre de los puntos concretos que nos hemos señalado como tarea, haciendo las salvedades necesarias acerca de los casos dudosos.

El sul. es innovador en (1), frente al ronc. y al sal.: las condiciones del cambio **u > ü* (y, con menor precisión, de **o > u*) están descubiertas hace ya bastantes años, y el examen de los préstamos confirma inequívocamente esta conclusión.⁹

En (2) las formas asimiladas del ronc. y del sul., que con menos regularidad reaparecen en vizc. occidental (*ukuzi* ‘lavado’, etc.), son sin duda más recientes que las generales.

55

Acabamos de ver que *ai* (y *ei*) del ronc. y sul., frente a sal. etc. *au* (y *eu*), resultan de una innovación.

Para (4), préstamos como ronc. sal. *abre*, sul. *abe(r)e* ‘animal mayor’, ronc. *ñabla*, sal. *nabla*, sul. *nabela* ‘navaja’, etc., señalan al ronc. y al sal. como dialectos innovadores.

⁹ Algunos casos de vacilación entre *i* y *u* en ronc. sugieren, sin embargo, que las primeras fases del proceso cumplido en sul. no le fueron ajenas.

Con respecto a (5), las opiniones son bastante diversas. Personalmente creemos en la antigüedad de *h* o, por lo menos, en que en ejemplos como los presentados la división en sílabas del sul. (conservada a veces en sal.) es más fiel al estado antiguo.

En (6), sin lugar a dudas, ha habido ensordecimiento de la inicial, cuya sonoridad conserva el sul., tanto en ronc. como en sal. Análogamente, el ronc. y el sal. presentan dos innovaciones distintas entre sí en (7).

En (8), como puede verse por los préstamos citados como muestra y por muchos otros, ronc. y sul. se han limitado a conservar (con excepciones como *denbo[r]a* 'tiempo', pero no en ronc. *tenpra*, etc.), sin participar de la innovación común a los otros dialectos.¹⁰

Por último, *st* en (9) parece más reciente, aunque esta interpretación acaso no sea admitida por todos.

Un resumen de estas conclusiones puede verse en el siguiente cuadro donde las innovaciones se han valorado positivamente.

56

	Sal.	Ronc.	Sul.
1	—	—	+
2	—	+	+
3	—	+	+
4	+	+	—
5	+	+	—
6	+	+	—
7	(+)	(+) ¹¹	—
8	+	—	—
9	—	— y +	+

2.8. Los rasgos discutidos no permiten, como puede verse, una jerarquización inequívoca de los lazos que unen al ronc. con sus dos vecinos. Presenta éste dos innovaciones comunes con el sul., (2) y (3), y tres coincidentes con el sal.: (4), (5) y (6). Si atendemos, además, a la fonología (arriba, 2.2), la presencia de /x/ es una innovación común a los dos dialectos españoles, pero en cambio la semejanza entre los sistemas de acentuación del ronc. y del sul., retrotraíbles a un pro-

¹⁰ Pero cf. las dudas expresadas en *FHV*, p. 355.

¹¹ Obsérvese que ronc. y sal. han innovado, pero en sentidos divergentes: de ahí los paréntesis.

to-sistema único,¹² parece ser un rasgo conservador, pues en el siglo XVI la lengua de Leizarraga, natural de Briscous, conocía algo muy parecido mucho más al oeste.

Implícita o explícitamente, en la clasificación de Bonaparte se ha dado preferencia a ciertas peculiaridades comunes menospreciando otras. De esta manera, ronc. y sul. quedan definidos como el dialecto que asimila *i* - *u* en *u* - *u*, que tiene *ai*, *ei* procedentes de *au*, *eu* en ciertos contextos, que conserva las oclusivas sordas tras nasal y *l*. Pero, de haber dado prioridad a otras conexiones, tendríamos un roncalés-salacenco que mantiene **u* y **o*, que conoce frecuentes sínkopas vocálicas, que ha cambiado **j*- en una fricativa prepalatal sorda, etc.

57

No quiere esto decir que otros rasgos, morfológicos o sintácticos por ejemplo, no habían de alterar profundamente esta pintura. En todo caso, aun si los hubiéramos tenido en cuenta, nos encontraríamos con seguridad no menos perplejos que ahora, puesto que las coincidencias seguirían apuntando ya en una ya en otra dirección.¹³ Volvemos con esto a la idea ya apuntada (arriba, 1.7) de que un territorio lingüístico es un continuo en el que no se pueden dibujar subdivisiones dialectales bien recortadas, sino tan sólo líneas de isoglosas, cada una de las cuales posee su contorno propio que no tiene por qué coincidir en todo o en parte con las otras.

2.9. Es razonable pensar que estas líneas son el reflejo de fenómenos cuya fecha puede ser tan diversa como el perfil de las isoglosas. Otra cosa es que esta diversidad de fecha pueda ser determinada por nosotros.

De una manera general, es posible determinar fechas absolutas cuando nos movemos dentro de la historia de una lengua, en el período para el cual disponemos de documentación copiosa o fragmentaria: aun aquí, una fecha no será un punto de tiempo, sino un lapso que en ocasiones puede ser muy largo.¹⁴ Además, como la escritura puede ser muy ambigua, la valoración de los datos textuales exige muchas veces una interpretación filológica

58

¹² *FHV*, pp. 392 ss.

¹³ Hay coincidencias claras, con exclusión del sul., del ronc., del sal. y del aezcoano con el alto-navarro meridional, la más llamativa de las cuales es probablemente la oclusiva velar que presentan los demostrativos: *kau(r)*, *gau* 'éste', sul. *hau(r)*, etc. Se trata verosíblemente de un arcaísmo, aunque no todos los tratadistas comparten esta opinión.

¹⁴ Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, [Madrid 1950³], pp. 532 ss.

Lo que sí podemos fijar en casos favorables, dentro ya de la prehistoria de la lengua, son cronologías relativas, de una manera que no deja de recordar las técnicas estratigráficas en Geología. Un cambio fonético es más reciente que otro cuando lo supone, es decir, cuando sólo se explica a partir de la situación creada por éste.

Tomemos como muestra nuestros casos (3) y (5). Admitiendo que la interpretación diacrónica que hemos propuesto para el segundo tipo de correspondencia sea correcta, se sigue por necesidad que (3) es más reciente que (5).

Partamos de ejemplos como ronc. sul. *gaiza* ‘cosa’, pero ronc. *aintz*, sul. *ahüntz* ‘cabra’, ronc. *ein*, sul. *ehün* ‘cien’. Como el cambio común no se cumple más que en *au*, *eu* diptongos, es evidente que las formas roncalesas suponen ant. *auntz*, *eun*, monosilábicos, lo mismo que *gaiza* supone un ant. *gauza*. Las variantes suletinas exigen, por el contrario, precedentes como *ahuntz*, *ehun* o, por lo menos, *a-untz*, *e-un*, en que el límite silábico pasaba entre *a*, *e* y *u*. No nos hemos tomado la molestia de marcar con un asterisco las formas antiguas porque, como bien se sabe, *a(h)untz*, *e(h)un*, lo mismo que *gauza*, son usuales hasta el día de hoy en los otros dialectos.

59 2.10. Vale la pena de examinar, para cerrar estas consideraciones, un problema que suele plantearse a menudo cuando se estudian dialectos emparentados y que entre nosotros se empezó hace años a debatir, aunque sin demasiado calor, a propósito del vizcaíno.

Cuando en la reconstrucción comparativa se utilizan variedades divergentes, se presenta la necesidad de ponderar previamente su testimonio. Aun suponiendo que no haya entre ellas diferencias apreciables en edad absoluta —fecha de los primeros documentos, etc.—, uno se pregunta hasta qué punto deben ser tenidos como coordinados entre sí en cuanto testigos de valor equivalente, o bien como subordinados unos a otros. La diferencia entre los que como Sturtevant hablan de un «indo-hitita» y los que se mantienen fieles al «indoeuropeo» tradicional, para citar un paralelo exterior, consiste en que para los primeros, con razón o sin ella, el testimonio del hitita y de las demás lenguas del grupo anatólico se opone de igual a igual, en condiciones de paridad, al del conjunto de las lenguas indoeuropeas, usando la palabra con valor exclusivo. Para los defensores de la tesis tradicional, por el contrario, el grupo anatólico no es otra cosa que un grupo como los otros, comparable al indo-iranio o al griego, aunque de gran peso por la antigüedad de su primera documentación y por la suma de arcaísmos conservados.

Entre nosotros, G. Lacombe expuso en varias ocasiones, la última vez en un trabajo póstumo,¹⁵ la idea de que en el fondo no hay más que dos dialectos vascos: el vizcaíno de un lado y el conjunto de todos los demás, coordinado a él, por el otro. Justifica así este punto de vista: «on passe par gradations insensibles d'un dialecte à l'autre parmi ceux qui constituent ce groupe, tandis que le saut est assez brusque quand on passe du guipuzcoan au biscayen. Ce dernier se distingue en effet, dans toute une partie de sa conjugaison, par l'emploi d'auxiliaires qui lui sont propres, il offre des particularités typiques dans maints détails de la grammaire en plus grand nombre que les autres dialectes, et enfin son vocabulaire a souvent des mots non compris des autres Basques».¹⁶ 60

2.11. Sin negar la parte de verdad que evidentemente encierran estos argumentos, cabe replicar que, por lo que hace al vocabulario, no sería difícil espigar un grueso manojo de voces orientales que hoy serían total y absolutamente ininteligibles en un área como la guipuzcoana, lo cual no significa que siempre lo hayan sido: *askazi* 'pariente', *bedatse* 'primavera', *belha-* / *beragile* 'bruja', *ekuru* 'tranquilo, quieto', *eho* 'matar', *jaugin* 'venir' (y *jin* 'id.'), *karroi* 'hielo', *oil*, *ohilt* 'echar, espantar', *ühülgü* 'rayo', *zi* 'bellota', etc. Habría que demostrar cuantitativamente que el número de voces exclusivas del vizc. es mayor que el de otros dialectos, y esto no se ha hecho nunca y es incluso difícil que alguna vez pueda hacerse de una manera satisfactoria.

En cuanto a los auxiliares empleados en la conjugación, el vizc. tiene ciertamente una personalidad bien definida, pero también aquí sólo podría hablarse de diferencias de grado con respecto a los demás. El empleo de *egin* como auxiliar en lo que se conoce como potencial, subjuntivo e imperativo, p. ej., le es común con una buena parte del territorio de habla guipuzcoana, y los orientales que dicen *eman diro* 'lo puede dar' no están menos distantes del *eman dezake* central que los vizcaínos que emplean *emon dai(ke)*. Ya hemos quedado en que la adhesión exclusiva a ciertas raíces verbales para determinados empleos como auxiliar es probablemente la consecuencia de elecciones distintas a partir de un repertorio de posibilidades común o por lo menos no exclusivo. 61

¹⁵ *Les langues du monde*, París 1952², p. 261. La opinión aparece ya en la primera edición (1924) de esa obra colectiva.

¹⁶ La mejor exposición crítica acerca de la posición del vizcaíno es la de Tovar en *El euskera y sus parientes*, pp. 146 ss.

Si pasamos ahora a la aglomeración de isoglosas en la divisoria vizcaíno-guipuzcoana, es posible que Lacombe tenga razón, dentro siempre de una apreciación cuantitativa, de grado, pero ello no presenta más que una creencia que jamás trató de probar ante los demás ni siquiera, muy probablemente, ante sí mismo. Aquí, sin embargo, la prueba podía muy bien ser intentada.

Tomemos un número cualquiera de características bien atestiguadas en vizc.: *a* en *barri* 'nuevo', *garri* 'cintura', *baltz* 'negro'; *u* en *urten* 'salir', *uzen* 'nombre'; *e* o *i* en *etxi*, *itxi* 'dejar', frente a *(e)utzi* de los demás dialectos; *-an*, *-un* en *zan* 'vena', *ganean* 'encima', *bigun* 'blando'; *x*, *tx* en *elexa* 'iglesia', *kerexa* 'cereza', *lexar* 'fresno', *aretx* 'roble', *gatx* 'mal, malo'; *n-* en *narru* 'piel, cuero'; *r* o *d* en *berar* 'hierba', *erur* 'nieve', etc.; *-ea* en el nominativo sing. de los temas en *-a*; *a* 'aquel' en el demostrativo de 3.^a pers., y plurales del tipo *oneek* 'éstos', *orreek* 'ésos'; indefinidos como *edonun* 'en cualquier parte', *edonox* 'en cualquier momento'; el interrogativo *zela(n)?* '¿cómo?'; *lako* 'que es como'; participios en *-(d)u*; sust. verbal en *-eta* (*kantae-tan* 'cantando', etc.); *dot* 'lo he', etc.; *deust* 'me lo ha', etc.; *jat* 'me es', etc.; imperativo de futuro (*emon eikezu* opuesto a *emon eizu*); *egin* empleado como auxiliar (véase arriba); *bi* 'dos' pospuesto al nombre; términos como *arerio* 'enemigo', *donga* 'malo', *edabe* 'bebida', *eguzari* 'fiesta', *erantadu* 'levantado', *gomutadu* 'recordado', *itandu* 'preguntado', *larregi* 'demasiado', *ugazaba* 'amo', *ui* '(la) pez', nombres de los días de la semana (*ilen*, *marti[t]zen*, *eguzten*, *eguen*, *bariaku*, *zapatu*, *domeka*); adverbios en *-to* (*txarto* 'malamente'), etc. Una encuesta nos revelará que los límites son en general muy distintos. Sabemos, p. ej., que algunos fenómenos rebasan ampliamente el área señalada como vizcaína por Bonaparte (*-ea* en *alabea*, etc., participios en *-[d]u*, *egin* como auxiliar transitivo, *zapatu* 'sábado', *domeka* 'domingo', etc.), en tanto que otros tienen una extensión reducida a una parte del dominio vizcaíno (*uzen* 'nombre', *eguzari* 'fiesta', *erantadu* 'levantado', *ui* 'pez', etc.).

Una variedad ya desaparecida, la representada en el siglo XVI por el vocabulario de Landucci, p. ej., que debió de hablarse al sur del territorio actual de habla vasca, probablemente en Álava, es predominantemente occidental o, si se quiere, vizcaína, pero no sin bastantes rasgos diferenciales: *gerri* 'cintura', *ezur* 'hueso' (vizc. *garri*, *azur*); *izen*, *irten* e *iltze* 'clavo', *iger(i) egin* 'nadar' (vizc. *ultze* o *untze*, *uger*); *etzin* 'yacer', *guti* y *gutxi* 'poco' (vizc. *etxun*, *gitxi*); *judu* 'judío' (vizc. *judegu*); *zain* 'nervio, raíz', *gainean*, *lurruña* 'el vaho'

(vizc. *lurruna*), etc.; *segi* ‘niño’ (vizc. *señ*, ant. *señ*); sociativo en *-kin*; *dut* ‘lo he’, *du* ‘lo ha’ (pero *deuen* ‘que lo ha’); *daode-* ‘están’ (vizc. *dagoz*), etc. Claro está que lo que aquí contraponemos como vizcaíno no tiene tampoco por qué ser vizcaíno general dentro de las fronteras trazadas por Bonaparte.

63

2.12. La cuestión ha sido planteada en otros términos por C. C. Uhlenbeck quien, hacia el final de su vida, tomó cada vez más en consideración las concepciones acerca de ligas o asociaciones (ruso *sojuz*) de lenguas, desarrolladas en torno al círculo de Praga (Trubetzkoy, Jakobson) pero también en otros medios. Para él,¹⁷ el pirenaico occidental, el continuador de la lengua de los vascos eneo-líticos, no formaba una unidad compacta, sin diferencias dialectales: «Si fijamos la atención en las particularidades individualizadoras del vizcaíno con relación a los demás dialectos vascos, tenemos más bien la impresión de que hay que partir de dos^a dialectos pirenaicos occidentales antiguos que, durante un cierto período, no eran vecinos contiguos, pero que, al entrar más tarde en contacto, se acercaron cada vez más el uno al otro. De uno de ellos habrá, pues, salido el vizcaíno; del otro todos los demás dialectos tanto en territorio español como en el francés. El acercamiento entre el vizcaíno y el guipuzcoano, en otras palabras la atenuación de los límites que en otro tiempo tuvieron que ser claros, es un proceso que está en marcha desde hace tiempo y que continúa todavía».

Una discusión sobre lo que sucedió en épocas remotas, muy anteriores a los primeros testimonios, tiene que ser por necesidad estéril, ya que faltan los medios para probar o refutar debidamente las hipótesis que sobre ello puedan idearse. Ahora bien, el vizcaíno tiene, afortunadamente, una documentación de cuatro o cinco siglos (los cantares y los refranes que han llegado a nosotros en textos del siglo XVI remontan, sin lugar a dudas, al siglo anterior por lo menos), y en ese período iluminado por la luz de la historia sí podemos llegar a conclusiones seguras.

64

¿Ha habido convergencia desde entonces o bien diferenciación y divergencia? La respuesta no es dudosa para quien conozca algo de los viejos textos y del vizcaíno actual: aquél estaba más cercano al

^a En la ed. de 1964 se lee «los», pero en el original francés «de deux dialectes».

¹⁷ «Les couches anciennes du vocabulaire basque», *Eusko-Jakintza* 1 (1947), 543-581, [p. 544].

guipuzcoano y a los demás dialectos que su continuador en el día de hoy. Para limitarnos al verbo, el radical *-eza* no había sido enteramente eliminado por *-gi* (cf. *Jagui çidin naguia erra çican vria* «levantóse el perezoso, quemó la villa», en uno de los refranes de Garibay); en Betolaza (1596) o en Ochoa de Capanaga (1656) son normales *guiñean* ‘éramos’, *ditu(z)* ‘los ha’, *cituala* ‘que los había’, *cituelaco* ‘porque los habían’, *gaitu(z)* ‘nos ha’, sin que aparezcan *gintzazan*, *dauz*, *ebazan*, *gauz*, etc., que tienen todo el aspecto de ser innovaciones recientes. La historia prueba al parecer, en contra de la opinión popular, la antigüedad de las formas verbales vizcaínas comunes con los demás dialectos y niega este título a las formaciones que hoy se consideran específicamente vizcaínas, cuya aparición explica suficientemente la fuerza de la analogía que tiende a regularizar los paradigmas.

Una observación más, que no creemos haya sido presentada hasta ahora. El «imperativo de futuro» (cf. lat. *ito*, *petito*, etc.) puede parecer una exclusiva del vizc., ya que en los textos no vizcaínos del siglo XVI, estudiados por Lafon, no se documenta. Pero, como
 65 siempre, el argumento *ex silentio* resulta de muy dudoso valor. Porque, si no está atestiguado fuera del dominio vizcaíno en el XVI, se documenta en el XVII, en la costa labortana, en las obras del doctor Etcheberri de Ciboure: *Aditcen tutçueñean / Ene ahoco hitçac*, / *Beguirauequeçe çeuen / Gogortcetic bihotçac* «Cuando oigáis las palabras de mi boca, guardaos (entonces) de endurecer vuestros corazones» (trad. libre de Ps. 94, 8); *Beguira çaqueçu egun / Larri eta asserrean*, / *Ceru lurrac iharrosten / Hassico direñean* «Protégelo (entonces) el día del terror y de la ira, cuando los cielos y la tierra empiecen a vacilar»; *Orduan othoi idequi / Tçaquetçu ene ezpañac* «Abre entonces, te lo ruego, mis labios».¹⁸

La conclusión exige naturalmente una extrapolación para los siglos anteriores a partir del período documentado de los últimos 400 o 500 años, pero, aunque no puede aspirar más que a un elevado grado de probabilidad, difícilmente puede ser otra que ésta: el vizcaíno es un dialecto vasco más entre los otros, aunque tan individualizado como el primero, y el valor de su testimonio para la reconstrucción de etapas prehistóricas de la lengua tiene todas las ventajas, y también los inconvenientes, de su posición marginal, en estrecho contacto con el romance desde hace muchos siglos.

¹⁸ *Eliçara erabiltceco liburua*, 2.^a ed. [Burdeos] (1665), pp. 170, 314 y 331.

3.1. Cuando el término historia aparece relacionado de una u 71
 otra manera con una lengua, se debería tener muy presente una distinción esencial: la que separa la historia interna de la lengua, que se atiene a los datos que nos proporcionan los documentos lingüísticos en cuanto tales, de la historia externa, que no es otra que la del pueblo al cual ha servido de vehículo principal o único de comunicación, y la del territorio donde ha estado en uso.

La distinción tiene buenos fundamentos no sólo en el orden del conocimiento, sino también en el orden de la realidad. Por una parte, es posible construir la historia de una lengua sin conceder más que una atención marginal a los acontecimientos históricos externos, como también puede suceder que conozcamos bastante bien la historia de un país en un período determinado sin que por ello poseamos sino una información fragmentaria sobre su situación lingüística. Esta separación, que no tiene por qué ser un divorcio, halla 72
 su justificación en el hecho de que una lengua constituye un sistema autónomo, en cierto modo aislado, aunque no cerrado al exterior como una mónada, sobre el cual los acontecimientos históricos más trascendentales pueden no tener sino un efecto superficial, que se refleja sobre todo en su parte más postiza y menos estructurada: el vocabulario.

La acción del acontecer histórico sobre una lengua puede ser profundísima, pero sólo es por mediación de otra lengua. Lenguas que gozaban de una vida fácil pueden desaparecer sin dejar más que contados vestigios de su existencia, como ocurrió con la romanización en España, o pueden sobrevivir, pero llevando profundamente clavada la huella del contacto, como puede verse en Inglaterra des-

pués de la invasión normanda o, más cerca de nosotros, con el vascuence desde la conquista romana.

3.2. Otra distinción esencial, y más radical todavía que la anterior, debe establecerse entre historia y prehistoria de las lenguas. Todo lo que podemos saber, que no es poco, de la prehistoria de éstas cuando mediante las técnicas de la reconstrucción nos adentramos en su pasado no documentado más allá de los primeros testimonios accesibles, debe ser separado de una manera tajante de lo histórico, y de hecho es costumbre hacerlo así separando por medio de un asterisco las formas meramente reconstruidas de aquéllas de las cuales poseemos constancia documental.

73 La historia de una lengua es una disciplina estrictamente histórica y se hace, por lo tanto, conforme a los métodos históricos comunes, aprovechando de la mejor manera posible todos los testimonios disponibles. En nuestro caso, éstos ofrecen la ventaja de que, como podemos hacer abstracción de su contenido, no debemos preocuparnos mayormente de su veracidad, pues ésta se da por supuesta salvo en el caso, relativamente raro, de que el falsificador haya tratado de alterar deliberadamente el tenor de la lengua para dar a su producto un aire de antigüedad.

Distinguidas claramente entre sí historia y prehistoria, hay que conceder inmediatamente a la primera la prioridad indiscutible que de derecho le corresponde. En el terreno de la teoría, nadie negará que un puñado de hechos bien verificados vale por cualquier edificio de hipótesis, por muy ingeniosamente que haya sido construido. Y, sin embargo, en la práctica no siempre se reconoce de hecho esa prioridad.

74 En nuestro caso la diferencia en los procedimientos puede observarse comparando entre sí dos figuras destacadas: Achille Luchaire y Hugo Schuchardt. Luchaire era historiador y sólo en segundo lugar lingüista: su conocimiento de la lengua vasca, suficiente sin duda, no parece haber sido demasiado extenso ni profundo. Schuchardt era lingüista, y un lingüista genial, que a su vastísima experiencia lingüística unía un conocimiento que pocos han igualado del vascuence antiguo y moderno. Y, con todo, es Luchaire —tal vez por ser ante todo historiador— el que se nos aparece hoy como modelo cuando queremos trabajar en la historia de la lengua, y no Schuchardt. Él señaló las fuentes para el estudio del vasco medieval y empezó a utilizarlas sistemáticamente, labor que no ha sido continuada debidamente, y, más arriba todavía, la importancia de los

nombres propios aquitanos para el conocimiento de la fase más antigua accesible de la lengua.

3.3. Además del valor mayor que hay que atribuir a los hechos probados contrapuestos a las hipótesis reconstructivas, hay que tener presente la riqueza inagotable de lo histórico, reflejo de la multiforme realidad, que no tiene comparación alguna con los esquemas brutalmente simplificados de la reconstrucción.

Toda reconstrucción, aunque trata de recobrar —y lo consigue, al menos en los casos más favorables— aspectos de una realidad desaparecida, posee siempre características que nacen y se deducen del método de que nos hemos valido para llegar a ella. Y, como éste contiene —implícito o explícito— un postulado de simplicidad, los resultados saldrán deformados a consecuencia de la torsión esquematizadora a que han sido sometidos los datos: entre dos estados de lengua, más antiguo y más reciente, la reconstrucción busca siempre, por definición, el camino más corto posible, sin tener en cuenta las vueltas y revueltas del camino real que no está en su mano restaurar.¹ Sería pues insensato que, si nos es dado seguir ese camino en todo o en parte de su vacilante recorrido, gracias a los datos históricos, nos empeñáramos en marchar a lo largo de la línea trazada con regla y tiralíneas en los mapas de la reconstrucción. 75

Si p. ej. sólo dispusiéramos del punto de partida latino y del punto moderno de llegada, la evolución del imperfecto de indicativo español de los verbos en *-er* e *-ir* podría ser representada como una sencilla línea recta: de lat. *-ēba-*, *-ība-*, por cierre de *e* en hiato tras la caída de la labial intervocálica, se llega naturalmente al actual *-ía*. Pero los textos nos enseñan que en cast. ant., del siglo XIII p. ej., predominaban las formas *-ies*, *-ie*, *-iemos*, etc. (acentuadas normalmente en la vocal más abierta: *-iés*, etc.), aunque *-ía* era normal en la 1.^a persona de sing.²

Tales simplificaciones son como es natural más frecuentes en lenguas de historia peor estudiada. Para no citar más que una de las supersticiones corrientes entre nosotros, entre quienes hoy prefieren escribir *nire* ‘mi, mío’ en vez de *nere*, no faltan quienes piensan que

¹ Cf. U. Weinreich, «A retrograde sound shift in the guise of a survival», *Miscelánea homenaje a André Martinet*, La Laguna 1958, II, pp. 221-267.

² R. Menéndez Pidal, *Manual de gramática histórica española*, Madrid 1941⁶, pp. 307 ss.; F. Hanssen, *Gramática histórica de la lengua castellana*, Buenos Aires 1945, pp. 105 ss.

nire no es solamente «más correcto», sino también «más antiguo» que *nere*, puesto que su vocal tiene el apoyo del personal *ni* 'yo'. Esto puede parecer razonable, pero no es más que una suposición, que los documentos descartan radicalmente.

76 Sin remontarnos demasiado en el pasado, vemos por los textos que todas las variedades vascas parecen haber conocido un posesivo *ene* 'mi, mío', que se contraponía a un intensivo o enfático cuya forma más generalizada es *neure* 'mi propio, de mí mismo', una de cuyas variantes es *nere*. Donde *nere* está hoy en uso tenemos, por lo tanto, una forma antigua, aunque usada fuera de su antiguo contexto: *nire*, en cambio, no es sino una formación analógica moderna construida sobre *ni* según el modelo *i* : *ire* : : *gu* : *gure*, etc.³

3.4. Como es sabido, los textos vascos extensos empiezan en 1545, con la publicación del libro de poesías de Dechepare.⁴ El siglo XVI nos ofrece ya una documentación abundante, sobre cuyo interés literario no hay necesidad de hablar aquí, con obras de tan notable arcaísmo en ciertos aspectos como las traducciones de Leizarraga o los *Refranes y Sentencias* vizcaínos.

Para algunas zonas, la documentación es más tardía. Así hay que esperar al XVII para los primeros textos extensos alto-navarros, mientras no reaparezca la *Doctrina* de Sancho de Elso; también son del XVII los abundantes escritos en labortano de Sara y de San Juan de Luz de una de las mejores épocas de la literatura vasca, y algo más tardías las primeras obras en suletino, más o menos puro. Información suficiente sobre el guipuzcoano no la hallamos hasta principios del siglo siguiente, con el catecismo de Ochoa de Arín (1713).

El siglo XVIII nos aporta sobre todo las luces y las sombras de la gran obra del padre Larramendi. De los aspectos favorables nos hemos ocupado ya arriba (1.5): falta hablar de los inconvenientes. Consisten éstos en el laberinto inextricable en que sumió en tantas cuestiones a la lexicografía vasca posterior por su genio enredador y

³ Entre lingüistas es corriente escribir que el ronc. *untxi* 'conejo' está relacionado de una u otra manera con el lat. *cuniculus* (cf. *DELL*, s.v.), aunque el detalle de las correspondencias está muy poco claro, sin advertir que existe otra variante del vocablo vasco, *enchea* en Araquistáin (guip. o a.-nav.?), cuyo vocalismo está probablemente menos alterado que el de *untxi*.

⁴ Sobre lo que sigue puede hallarse información abundante en los dos libros que con el título de *Historia de la literatura vasca* han publicado recientemente el padre Luis Villasante (Bilbao 1961) y el autor de estas páginas (Madrid 1960).

por su poco cuidado en distinguir los datos recogidos de oído o en lecturas —que son más abundantes de lo que se suele decir— de los productos de su imaginación que encontraron aceptación en más autores de lo que se cree. 77

El siglo XIX trae, con las investigaciones del príncipe Bonaparte, un conocimiento cabal de la dialectología vasca. Pero de esto ya nos hemos ocupado anteriormente y no es cosa de volver sobre el tema.

3.5. Lo que hay que hacer constar, aunque es sobradamente conocido, es que el progreso en el conocimiento de los materiales ha ido acompañado de una ininterrumpida disminución, en buena parte ya irreparable, de los materiales mismos al irse reduciendo los límites de la lengua. El siglo pasado registra un gran retroceso de la lengua en Navarra, en el cual no dejaron sin duda de influir las dos guerras carlistas, retroceso que en Álava debió de ser anterior porque en buena parte se realizó en el siglo XVIII, aunque nos falta información segura sobre los detalles del proceso, lo mismo que para una parte de la zona de habla vasca al oeste del Nervión: sabemos con todo que en Vitoria se hablaba fundamentalmente romance en el siglo XVI, aunque no en los pueblos de sus alrededores, y tal vez conservemos una muestra de esa variedad alavesa en el vocabulario recogido por Landucci en 1562. En contraste con esto, los límites septentrionales de la lengua parecen haberse mantenido constantes desde 1500 hasta nuestros días, y quizá desde varios siglos antes.⁵

Más antigua y también más imprecisa es la extinción del vascuence en la Rioja y en Burgos, cuya extensión medieval ha sido estudiada con tanta precisión por el Sr. Merino Urrutia.⁶

Un capítulo de la historia externa de la lengua que está por escribir y al cual no haremos más que apuntar aquí es el que debería tratar de la expansión exterior de la lengua en la Edad Moderna, que no por modesta es menos interesante. Aquí se estudiarán el vasco de América, sobre el cual se encuentran más alusiones incidentales que descripciones concretas,⁷ la huella vasca de los siglos XVI-XVII en Terranova y sobre todo en Islandia, donde tenemos muestras hasta 78

⁵ Para los límites de la lengua, véase J. Caro Baroja, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Salamanca 1945, pp. 7 ss., y los trabajos de varios autores recogidos por B. Estornés Lasa en *Geografía histórica de la lengua vasca*, dos volúmenes, Zarauz 1960-1961.

⁶ Sus trabajos acaban de aparecer reunidos en el libro *El vascuence en la Rioja y Burgos*, San Sebastián 1962.

⁷ Véanse las notas 1 y 2 [del cap. I].

del pintoresco *pidgin* a que tenían que recurrir islandeses y vascos para entenderse de alguna manera;⁸ las jergas de oficio como el «barallete», cuyo léxico —lo único que tienen de propio— muestra a menudo palabras vascas más o menos deformadas, etc.⁹

Los límites medievales de la lengua podrían trazarse con precisión por medio de un estudio detallado, lugar por lugar, de la toponimia menor, estudio que tendría base más firme cuando pudiera apoyarse en formas documentales de los nombres modernos. Así podría desterrarse la idea a que todos propendemos de que los límites de la lengua vasca, aun suponiéndolos estables, coincidieron con los de la Vasconia histórica, cuya definición por otra parte no es la misma para todos. En realidad, todo indica que sus fronteras fueron muy recortadas y que delimitaban en parte un territorio discontinuo.

3.6. Nunca y en ninguna parte puede separarse de una manera tajante historia de prehistoria: no podemos decir, por lo tanto, que la historia de la lengua vasca comienza con Dechepare en 1545, ni
79 un año antes ni un año después, ni siquiera con los primeros textos breves y cortas listas de palabras que empiezan a aparecer con la difusión de la imprenta. Está claro, en efecto, que una buena parte del material que en forma impresa o manuscrita nos han transmitido los autores del siglo XVI data de una época anterior, aunque su lenguaje haya podido ser modernizado en algunos puntos. En este capítulo quedan comprendidos, p. ej., refranes, anécdotas, canciones, etc., y también, como ha señalado con razón el padre Villasante,¹⁰ las divisas de algunas familias (como la de los Martiartu o los Bengoechea de Aulestia), cuyos primeros testimonios habría que fechar con mayor precisión de lo que se ha hecho hasta ahora.

Merecen una atención especial, por su interés histórico-cultural, los fragmentos de cantares procedentes de los últimos siglos de la Edad Media en los que se narran hechos relacionados con las luchas de bandos, la cara más visible del proceso revolucionario que destrozando estructuras arcaicas llegó a configurar en sus rasgos fundamentales el aspecto moderno de Guipúzcoa y Vizcaya por lo menos. Son escasos, incompletos y mal conservados, pero aun en ese estado

⁸ N. G. H. Deen, *Glossaria duo Vasco-Islandica*, Amsterdam 1937.

⁹ Véase J. Caro Baroja, *Los vascos*, Madrid 1958², pp. 466 s. y nota.

¹⁰ «[Reseña de L. Michelena, *Historia de la literatura vasca*, Madrid 1960]», *Egan* 13 (1960), [228-230], p. 229.

pueden dar luz no sólo para el conocimiento de la lengua, sino también para una comprensión de los hechos que cale más hondamente que los motivos superficiales de «más valer».

3.7. De dar una fecha, señalaríamos el final del siglo X como el punto a partir del cual la información acerca de la lengua vasca empieza a ser copiosa, aunque deficiente por su misma naturaleza.

La información que podemos llamar directa es la que consiste en glosas, a partir de las dos frases vascas incluidas en las Glosas Emilianenses (v. abajo, 1.13), listas de palabras como la contenida en la *Guía del peregrino a Santiago de Compostela* del siglo XII, explicaciones ocasionales de nombres propios, breves textos seguidos como el del ms. de la catedral de Pamplona, datado hacia 1400. 80

Al lado de este material escaso pero que nos facilita acceso a las dos caras de los signos lingüísticos, disponemos de otro, mucho más abundante, que consiste en nombres propios, sobre todo de lugar pero también de persona, que sólo en muy escasa medida ha sido estudiado hasta ahora.¹¹ Navarra es sin duda la región privilegiada a este respecto, pero, de señalar algún documento de carácter especialmente arcaico, el primer lugar correspondería probablemente a la llamada «Reja» de San Millán, fechada en 1025, lista de nombres de poblaciones alavesas que podemos comparar con sus variantes en distintos documentos posteriores también medievales.¹²

3.8. Los primeros siglos de la Edad Media constituyen una laguna casi total en nuestra documentación. Hay que subir más, hasta la época romana, que nos ha legado cierto número de nombres de lugar, transmitidos por autores clásicos o por inscripciones, de los cuales sólo una parte reducida tiene fisonomía inconfundiblemente vasca.

Como compensación, las inscripciones latinas de Aquitania, con densidad máxima en un área que se extiende de Saint-Girons a Bagnères de Bigorre y también —ya en la llanura— en el país de los Ausci, dan fe de la existencia de una lengua éuskara por los nombres de persona y de divinidad que contienen, pues algunos (*Andere, Cison, Nescato*, etc.) apenas difieren de palabras vascas conocidas de todos. 81

¹¹ J. M. Lacarra, *Vasconia medieval. Historia y filología*, San Sebastián 1957, reseña las fuentes, inéditas y publicadas.

¹² Es el núm. 91 de la edición del padre L. Serrano, *Cartulario de San Millán de la Cogolla*, Madrid 1930.

Sólo una de esas inscripciones, la que contiene el nombre de divinidad *Herauscorritsehe* (en dativo, como es usual), ha aparecido en la zona moderna de habla vasca, cerca de Tardets. En territorio hispánico, excluido el valle de Arán, no teníamos hasta hace poco más que un ejemplo dudoso en el epígrafe de Andrearriaga (Oyarzun), pero ahora podemos agregar con más seguridad los antropónimos de la inscripción de Lerga (Navarra), en una comarca intensamente romanizada.¹³

3.9. Será difícil que un día nos encontremos en disposición de establecer con alguna precisión los límites fluctuantes de la lengua en época romana con testimonios que no sean meramente indirectos. La razón de esto puede enunciarse brevemente así: la utilización de la escritura entre nuestros antepasados iba de par con la romanización y la romanización no sólo excluía el uso escrito de la lengua indígena, sino que tendía también a proscribir el uso de la onomástica propia. Sólo en condiciones especialmente favorables y sin duda durante un espacio de tiempo no demasiado largo pudo darse la convivencia del latín con la onomástica éuskara que hallamos en una parte de la Aquitania. De la onomástica indígena no vasca sino
82 indoeuropea que aparece en algunos puntos de Álava y Navarra sobre todo nos ocupamos más adelante, 5.2.

Una ojeada a un mapa del país en el que se recogen los indicios materiales de influencia romana, como el excelente de J. Caro Baroja,¹⁴ basta para convencerse de que la intensidad de ésta fue muy variable según las comarcas. Es lógico pensar que la lengua indígena halló su refugio en la extensa zona que queda en blanco, al margen de la cultura latina, aunque no desapareciera tampoco completamente del territorio más aculturado. Las zonas rurales pudieron seguir llevando sin grandes variaciones su existencia tradicional, sin que la administración imperial —a no ser que mediaran intereses especiales— ni las ciudades se preocuparan gran cosa de ellas.¹⁵

El espacio jugó en nuestro caso en favor de la lengua. Como una marea, la romanización avanzaba de este a oeste, paralelamente a los Pirineos, hacia el mismo punto en direcciones opuestas: desde

¹³ A. Marcos Pous, «Una nueva estela funeraria hispanorromana procedente de Lerga (Navarra)», *Príncipe de Viana* 21 (1960), 319-333.

¹⁴ *Materiales*, entre las pp. 36 y 37.

¹⁵ Cf. M. Rostovtzeff, *Historia social y económica del Imperio Romano*, Madrid 1962, II, pp. 104 s.

el norte y nordeste en la Galia, desde el sudeste y sur en Hispania. El único espacio que con seguridad no llegó a anegar completamente fue el territorio situado en el rincón del Golfo de Vizcaya, alejado por igual de los centros que irradiaban el impulso romanizador a uno y otro lado de los Pirineos. Pompaelo, la Iruña navarra, y Ouléia, la Iruña alavesa, no fueron seguramente comparables a Osca en influencia, ni siquiera en su mejor época, y mucho menos Lapurdum al norte.

La principal defensa de la lengua estuvo sin duda no en la fuerza, sino en la misma debilidad e insignificancia militar y económica del país y de sus gentes. El retraso cultural, en contraste con lo que ocurrió en zonas más progresivas, hizo mucho menos seductora la atracción del latín. Y el género de vida primitiva y rústica que en él se conocía no era adecuado para provocar la inmigración de gentes de habla latina, acostumbradas a otros modos de existencia. Finalmente, no hay que olvidar que el Atlántico no tenía entonces la importancia que después adquirió y, por otra parte, falta toda prueba de que nuestros antepasados tuvieran vocación y destreza como marinos y pescadores. 83

3.10. En todo caso, el tiempo actuó eficazmente en favor de la lengua, cuya supervivencia en algunos momentos tuvo que parecer extremadamente dudosa. Con el largo período de anarquía que se abre con la muerte de Alejandro Severo (235 d. J.C.), el equilibrio siempre inestable entre la ciudad y el campo va siendo sustituido por el predominio cada vez mayor de éste. Las ciudades se debilitan y el Imperio se ruraliza y con la ruralización la lengua del campo va recobrando el terreno perdido a la lengua de la ciudad.

Pero, lo que decide el porvenir de la lengua, como ha tenido el acierto de señalar Caro Baroja,¹⁶ no es la época romana, sino el período posterior. La romanización lingüística de Galia e Hispania no se interrumpe con las invasiones, sino que prosigue y se consolida definitivamente entonces. Los vascos, por el contrario, que aceptaron la dominación romana sin mayor resistencia y se ganaron así sin duda un lugar cómodo para vivir dentro del nuevo orden político, se niegan radicalmente a admitir, «ni siquiera teóricamente» dice 84 Caro Baroja, el dominio de visigodos y francos. Las causas de esta

¹⁶ *Los pueblos del norte de la Península Ibérica*, Madrid 1943, pp. 103 ss. En esta obra se encuentra el estudio de conjunto más agudo y detallado de la romanización de esos pueblos.

rebeldía, que se mantuvo pertinazmente durante siglos, seguirán siendo ocultas para nosotros, pero no así sus consecuencias, que todavía hoy saltan a la vista.

En todo caso, todo indica que en los siglos oscuros de la Edad Media los vascos entraron, abandonando su pasividad anterior, en un período de expansión, entregándose a la penetración de las comarcas vecinas, período que no deja de ser comparable *mutatis mutandis* con el que vuelve a registrarse a finales del siglo XV. También entonces, como sabemos que ocurrió a fines de la Edad Media, tenemos la impresión de estar en presencia de un país pobre pero lleno de vitalidad que desborda como una marea la población que malamente puede alimentar sobre las regiones circundantes.

No son sólo los indicios de colonización vasca de que da fe la onomástica (*Villabáscones*, etc.), estudiados repetidas veces por Menéndez Pidal. Antropónimos de procedencia inmediatamente vasca alcanzaron en esos siglos una difusión que raramente o nunca ha conseguido lo vasco en sentido lingüístico: cf. *Annaya*, *Eita* (*Aita*, *Echa*), etc. Lo mismo da que estos nombres o componentes de nombres sean de etimología más o menos oscura e incluso de origen latino (*Orti*, etc.): lo importante, lo único que cuenta aquí, es que su centro de irradiación se encuentra en bastantes casos entre nosotros, como puede probarse documentalmente.

85 3.11. No tocaremos aquí el espinoso problema de los contactos de los antiguos éuskaros con otros pueblos de lengua indoeuropea.¹⁷ Advertiremos tan sólo que, al lado de las inferencias que pueden obtenerse del examen de elementos de cultura material, ha de concederse también atención a las pruebas lingüísticas, y de ellas vamos a ocuparnos en el capítulo 5.

No haremos más que mencionar la cuestión de los dialectos vascos, de los que se ha tratado en los capítulos anteriores. ¿Puede establecerse alguna correlación entre éstos y las antiguas divisiones tribales? ¿No estarán más bien en conexión con hechos más recientes como las divisiones eclesiásticas? Estas explicaciones no tienen por qué excluirse. Para la primera, la coincidencia más notable que se ha observado es en Guipúzcoa, cuyo territorio no es dialectalmente unitario ni tampoco corresponde por entero a la extensión que los geógrafos antiguos parecen asignar a alguno de aquellos pueblos, de

¹⁷ Véase J. Maluquer de Motes, «Contribución de la arqueología al conocimiento de la formación del pueblo vasco», *Zumárraga* 4 (1955), 57-67.

modo que la zona de habla alto-navarra coincidiría con territorio vascón y la de habla vizcaína al oeste con territorio caristio, con lo cual la parte várdula de Guipúzcoa sería el solar del moderno dialecto guipuzcoano.

La toponimia podría hacer bastante para aclarar, o al menos para plantear, ciertos problemas históricos, pero tendría que ser una toponimia estudiada con criterios geográficos más que etimológicos. Los nombres de población en *-oz*, en zona que es o ha sido en tiempos relativamente recientes de habla vasca, constituyen una pequeña parte de una extensa superficie que se dilata por Aragón y Gascuña: nombres de población en *-ués* y en *-ós*. Según G. Rohlf, ¹⁸ estos nombres constituyen un vestigio del antiguo sustrato aquitano y tienen su centro en España en la zona de Jaca. Pero no están difundidos al oeste más que en una parte bien delineada de la Vasconia tradicional, en Navarra y en el país vasco-francés. Por el contrario, en la zona occidental tenemos los abundantes nombres de población en *-ika* extendidos por Vizcaya y Álava, cuyos correlatos faltan o al menos son sumamente escasos en Guipúzcoa y Navarra. ¹⁹

86

También los frecuentes nombres de población en *-ain* aparecen con máxima densidad en Navarra, pero penetran más al oeste que los nombres en *-oz*; al norte son bastante numerosos en la Soule y se diría que se prolongan en territorio gascón con los nombres en *-ein*. También en la toponimia, como hemos visto ya que sucede con las isoglosas dialectales, cada área tiene su contorno propio. La expansión de los nombres en *-oz* y de los nombres en *-ain* tiene fecha muy distinta, mucho más antigua probablemente en el primer caso que en el segundo, que parece caer ya bien dentro de la Edad Media, aunque sea anterior a los primeros documentos.

El estudio de la toponimia da también alguna luz sobre los límites antiguos de las hablas éuskaras: el límite aparece cortado de una manera mucho más clara al oeste que al este, como advierte con mucha razón Tovar. Si dialectos de tipo vasco se hablaron más allá

¹⁸ «Sur une couche préromane dans la toponymie de Gascogne et de l'Espagne du Nord», *Revista de filología española* 36 (1952), 209-256.

¹⁹ La Srta. Ana M^a Echaide estudia la distribución de los nombres en *-oz* en su comunicación, aún inédita, al III congreso internacional de estudios pirenaicos (Gerona 1958). [«Topónimos en *-oz* en el País Vasco español», *Príncipe de Viana* 28, 1967, 11-14].

de la frontera histórica occidental del vasco en Vizcaya, fueron suplantados en fecha muy remota por dialectos indoeuropeos.²⁰ Al este, por el contrario, la transición es gradual y los nombres de lugar de tipo vascoide se siguen extendiendo hacia oriente, con densidad variable, a lo largo del Pirineo. Mucho podemos esperar del análisis exhaustivo a que está sometiendo este material en el dominio catalán el eminente romanista J. Corominas.²¹

²⁰ Tovar, *El euskera y sus parientes*, pp. 88 ss.

²¹ Véanse sobre todo las actas del VI congreso internacional de ciencias onomásticas [«La toponymie hispanique préromane et la survivance du basque jusqu'au bas moyen âge», en *Actes et mémoires du VI^e congrès international de sciences onomastiques*], Munich 1960, [I], pp. 105-157.

4.1. Entre los componentes del léxico vasco como también entre los exponentes gramaticales de la lengua, para no hablar de aspectos menos tangibles, hay, claro está, elementos de fecha muy diversa. Estos elementos sólo en una pequeña parte pueden ser datados aun dentro de la cronología vaga y casi siempre relativa que se estila en la lingüística. Ello se sigue de la corta historia de la lengua, y también de nuestro deficiente conocimiento de su prehistoria; ésta, a su vez, es mal conocida a causa de que faltan lenguas emparentadas de cerca con la nuestra. 93

Se puede afirmar, a manera de resumen conciso, que sólo dos capas o estratos del léxico vasco se someten con fruto a una investigación acerca de su origen. Tenemos, de una parte, los significantes complejos que, aunque más o menos oscurecidos en cuanto a su formación, pueden ser descompuestos y analizados en sus componentes simples, conocidos porque se han conservado hasta hoy en la lengua o porque al menos están documentados en estadios más antiguos. De la otra, es posible identificar una parte de todo aquello que la lengua ha ido tomando de las vecinas en el curso de los dos últimos milenios más o menos: se trata naturalmente de términos y morfemas que en cuanto a su procedencia inmediata, la única que nos interesa aquí, son de origen latino-románico. 94

Para la aportación indoeuropea prelatina véase más adelante el capítulo 5. Hay además lo que podemos llamar «voces de sustrato», que son comunes al vasco y a lenguas próximas por lo general en el espacio, pero también a veces bastante lejanas.

Es bien sabido que los vocabularios de lenguas que conviven en zonas próximas, cualquiera que sea su afiliación genealógica, tienen

mucho más de vasos comunicantes que de compartimentos estancos. Pero en ese acervo común, por muy lejos que se lleve el análisis, queda siempre bastante material cuya procedencia no está clara, es decir, en nuestro caso que no procede del latín y tampoco se ha difundido desde Vasconia en fecha relativamente baja.¹ En las conclusiones, casi siempre vacilantes, a que permite llegar entran de una manera decisiva las consideraciones geográficas. De él se han ocupado distintos autores y últimamente, con particular dedicación y gran copia de datos, J. Hubschmid.²

95 Nos hemos topado así con la etimología, ocupación ingrata pero absolutamente necesaria,³ e incluso honesta y razonable siempre que se practique con arreglo a normas estrictas. Conviene señalar, entre otros aspectos menos importantes, que la indagación de la etimología, del origen de una palabra, no aspira, en contra de lo que algunos parecen creer, a llegar a nada último, a nada original o primigenio en el sentido estricto de la palabra. En el mejor de los casos, se alcanza un eslabón más antiguo, o varios eslabones, que forman parte de una cadena cuya prolongación se pierde en las tinieblas del pasado privado de la luz de los documentos.

4.2. Presentaremos ahora unos ejemplos de palabras que son susceptibles de una explicación —mejor o peor, porque esto es algo que debe ponderarse cuidadosamente en cada caso, atendiendo a aspectos muy complejos— interna, intravasca, tipo de explicación que la teoría suele considerar preferible en principio a cualquier otra.

Existe un término conocido en lab. (con inclusión del baztanés) y en b.-nav., *ozar* ‘perro’, con valores adjetivos que parecen clara-

¹ Para la liga de lenguas de los Balcanes, véase la obra clásica de Kr. Sandfeld, *Linguistique balkanique*, París 1930, pp. 16 ss. («Les mots d'emprunt») y, sobre todo, pp. 93 ss.

² *Sardische Studien*, Berna 1953; *Pyrenäenwörter vorromanischen Ursprungs*, Salamanca 1954; *Mediterrane Substrate*, Berna 1960; «Substratprobleme. [Eine neue iberoromanisch-alpinlombardische Wortgleichung vorindogermanischen Ursprungs und die vorindogermanischen Suffixe '-ano- und -(s)-]», *Vox Romanica* 19 (1960), 124-179, 245-299. Véase además [«Lenguas prerromanas de la Península Ibérica. Lenguas no indoeuropeas. Testimonios románicos»], *ELH*, I, pp. 27-66 y [«Lenguas prerromanas de la Península Ibérica. Lenguas indoeuropeas. Testimonios románicos»], *ib.*, pp. 127-149.

³ La expresión es de Schuchardt, [«Romano-baskisches <I>»], *ZRPh* 11 (1887), [474-512], p. 510: «Das Etymologisieren ist eine undankbare Beschäftigung, aber eine sehr notwendige und gerade da am Notwendigsten, wo es nur erst mit Unbeholfenheit geübt werden kann».

mente secundarios como ‘arrogante, desabrido’, etc. Si se recuerda que de una parte (*h*)*or* ‘perro’ —vivo todavía— ha sido común a todas las variedades vascas y de otra que *za(h)ar*, *xa(h)ar* ‘viejo, viejecito’ es de uso general como segundo miembro de compuestos con matiz afectivo (v. abajo, 5.5), se impone como muy atractiva la idea de que *ozar* no fue en un principio más que un compuesto con valor aumentativo, algo así como ‘perrazo’, cuyo diminutivo **oxar* parece estar atestiguado por el antropónimo medieval *Oxarra*.⁴ La pérdida de *-r* en composición es normal como puede verse en «*ohalanoa*, dogue, molossus» en el diccionario manuscrito de Pouvreau, 96 quien registra también *or tchaharra* y *oçartcharra*, traducidos «*vilain chien*» y «*vieux chien*» respectivamente, con la adición común «*c’est une injure*».

El occid. *itaundu* ‘preguntado’ (*itandu*, *iteundu*), conocido en una pequeña zona guipuzcoana (Icár, Legazpia, y ya en Ochoa de Arín, 1713), es de una manera manifiesta un denominativo: cf. vizc. *itauna*, *-une* ‘pregunta’. Según Azkue, *itandu* significa ‘confesar, reconocer’ y ‘arreglarse, convenirse’, lo cual está de acuerdo con el sustantivo *itun* (variante de *itaune*) ‘consejo’ y su derivado *itundu* que significa, siempre según Azkue, ‘aconsejarse, consultar’ y ‘convenir, arreglarse’. El nombre *itaune*, a su vez, es fácil de descomponer en *ita-* y *-une*, sufijo bien documentado, muy especialmente en vizcaíno. Por su parte, y ya en un terreno menos firme, *ita-* puede corresponder, según las leyes de la composición vasca, a **i-te*, es decir, a un sustantivo verbal: nada tendría de extraño que resultara de una reducción del común *egite* ‘acto, acción, etc.’, de *egin* ‘hacer’.

Lo que hace de esto algo más que una simple suposición posible entre otras muchas, es que en vizc. existe también *egiune* ‘contrato’, o sea ‘convenio’: tendríamos, pues, un **egita-une* paralelo a *egi-une*, con la única diferencia de que en el primero se ha agregado el suf. al sustantivo, y al radical verbal en el segundo.

Una muestra más: *larri* es palabra muy difundida —conservada incluso en romance alavés, bilbaíno y navarro— que, en su valor

⁴ Como ya vio Luchaire, «Sur les noms propres basques contenus dans quelques documents pyrénéens des XI^e, XII^e et XIII^e siècles», *Revue de linguistique et de philologie comparée* 14 (1881), 150-171, donde cita entre otros un *Garsias Fortuniones Oxarra*, en documento de Leire de 1116. Cf. Menéndez Pidal, *Cantar de Mio Cid*, [Madrid 1944-1946]², pp. 723, 772 y 1.219, quien cree que *Oiarr* (con *i* por lo que después se escribe *ch*) es grafía más correcta, y pone el nombre en relación, menos satisfactoriamente, con vasc. *otso* ‘lobo’, *Ochoa*, etc.

97 más extendido y característico, se opone como 'grueso, crecido, etc.', a *xe(h)e* 'menudo', hablando de la sal, por ejemplo. Ahora bien, es seguro que el suf. *-i* sirvió durante cierto tiempo, hasta ser totalmente suplantado por el alienígena *-tu*, como medio normal de formar participios denominativos. Dan fe de ello ejemplos claros como *(h)auts* 'polvo' / *(h)autsi* 'roto', *bi(h)ur* 'vuelta, torcedura, etc.' / *bi(h)urri* '(re)torcido', *gatz* 'sal' / *gazi* 'salado', *itzal* 'sombra' / *itzali* 'apagado', etc. Era de esperar que algunas de estas formaciones se hubieran conservado, petrificadas en cierto modo, con valor de adjetivos corrientes, cuya sustantivación es siempre posible: cf. esp. *bendito* (y *maldito*), *cinta*, *pescado*, *pinto*, *tinto*, etc.⁵ Entre ellas (cf. *gazi* 'salado', arriba, *gori* 'candente', *zor(h)i* 'maduro', etc.) puede muy bien corresponder un lugar a *larri*, como derivado del occid. *laar*, *lar* 'demasiado, excesivo' (Landucci traduce «largamente»), de donde *la(a)rregi*.⁶

No hay dificultad semántica. El sentido primero de *larri* habría sido 'crecido, adulto (contrapuesto a 'niño', tal como aparece en Lizarra el de Elcano), etc.', lo mismo que lat. *altus*, p. ej., es el participio de *alo*.⁷ cf. anglosajón *éacen* 'gross', part. de *éacian*, bajo al. ant. *gīokan* 'embarazada, encinta'.⁸ Incidentalmente, *larri* en baztanes es también 'preñez' (o 'encinta?'), según Azkue.

4.3. No puede decirse que el elemento de origen latino-románico en el léxico vasco esté mal estudiado. Son muy numerosos los trabajos que desde hace muchos años tocan directa o incidentalmente este tema. Entre ellos ocupan sin duda el primer lugar los de 98 H. Schuchardt, romanista excepcional y profundo conocedor de la lengua vasca y de muchas otras, entre cuyos trabajos, importantes todos, tal vez sea el principal *Baskisch und Romanisch* ([Halle] 1906), aparecido con motivo de la publicación del primer volumen

⁵ ¿Es absolutamente seguro que, como quiere Corominas, *DCELC*, s.v., siguiendo al *REW*, *venado*, port. *veado*, venga del lat. *uenatus*, *-ūs* 'caza, acción de cazar, producto de la caza'? ¿No podría ser una formación participial? También resulta un poco extraño que *cinto* (pero no *cinta*) venga de *cinctus*, *-ūs*. El vasc. *ihizi* «chasse gibier», podría ser un denominativo cuya base acaso esté atestiguada por *heyz onic* «caça buena» en *Refranes y Sentencias*, 377, aunque *-i* pudo también perderse por la proclisis.

⁶ En *Refranes y Sentencias*, 260, *lar* se aproxima a *larritu*, derivado de *larri*: «*Larrac larriçen, guichiac arbincen*. Lo demasiado congoxa, lo poco estrecha».

⁷ *DELL*, s.v., *IEW*, pp. 26 s.

⁸ *IEW*, p. 85.

del *Diccionario vasco-español-francés* de Azkue.⁹ Y, aunque de ninguna manera podemos ni queremos hacer aquí una reseña de estos trabajos, debemos recordar que don Miguel de Unamuno hizo mucho por despertar el interés hacia este tema.

La obra de Schuchardt presenta, sin embargo, ciertas particularidades (cf. arriba, 3.2) que la convierten en lectura más adecuada para lingüistas avezados que para lectores incautos: para éstos tiene que ser extremadamente difícil, si no imposible, separar en ella las intuiciones geniales de las ocurrencias más o menos caprichosas, pues no faltan ni las unas ni las otras. Como consecuencia del sello que Schuchardt imprimió a estos estudios, nos encontramos ahora sin un trabajo de conjunto, sistemático y completo, como los que pueden consultarse acerca de los préstamos latinos en celta, en germánico o en albanés por ejemplo.

La mejor introducción sigue siendo un artículo de G. Rohlfs, que fue traducido al español.¹⁰ Aunque hecho con extrema competencia y provisto de una sustanciosa introducción histórica, tiene el grave defecto de su brevedad. El profesor Rohlfs tuvo, por otra parte, que apoyarse en resultados de la investigación ajena que ahora, en bastantes detalles, pueden parecer discutibles.

4.4. Como se comprenderá no se puede hacer, ni tendría mayor 99
objeto, un recuento por así decir mecánico de los préstamos latinos —concepto en el que vamos a subsumir también lo románico— en vasco: las cifras, absolutas o relativas, que a veces se suelen presentar no son más que el resultado de estimaciones hechas a ojo de buen cubero. En efecto, y aparte de que no todo lo que consideramos préstamo posee el mismo valor, cualquier género de cuantificación está lleno de trabas e inconvenientes.

Uno, y no el menos importante, es la incertidumbre que nos domina a menudo acerca del origen de una palabra: desde los ejemplos claros en que la admisión de un prototipo latino explica satisfactoriamente un término vasco en forma y sentido hasta aquéllos en que una hipótesis de esta suerte aparece extremadamente improbable, se escalona una multitud de casos dudosos. Por consideraciones formales sobre todo, uno se siente p. ej. in-

⁹ Hay traducción, del P. A. Goenaga, «Vascuence y romance», *BAP* 13 (1957), 463-487; 15 (1959), 181-205; 16 (1960), 339-363.

¹⁰ «La influencia latina en la lengua y cultura vascas», *RIEV* 24 (1933), 323-348.

clinado a ver préstamos en vizc. *abagadaune* ‘ocasión’ (con el suf. *-une* tratado en 4.2), occid. ant. *apukadu* ‘sucedido’, ronc. *atizatu*, *atxezatu* ‘comulgado’, *dollor* ‘ruin, malo’, *elikatu* ‘abstenido’ y ‘alimentado’,¹¹ vizc. ant. *endorea* ‘el alcalde’, *errexal* ‘árbol’ en Landucci, etc., pero no se ha señalado que sepamos su origen preciso de manera solvente.

Se comprende que en este terreno incierto se encuentren ante todo aquellos términos que fuertes cambios fonéticos o semánticos, o una combinación de unos y otros, han apartado tanto de sus modelos que, aunque éstos puedan ser adivinados, no son ya determinables con rigor los detalles de la evolución.

100 Tomemos el or. *deus* ‘algo’, equivalente aproximado del común *ezer*, marcado por su *d-* como probable préstamo: añádase a esto lo limitado de su difusión y el aislamiento o, si se prefiere, la falta de motivación que lo contrapone a *ezer*, formación paralela a otros indefinidos, derivados como él de interrogativos por prefijación de *e-*. Y, sin embargo, su homólogo latino perfecto en cuanto a la forma, *deus* ‘dios’, parece infinitamente remoto en cuanto a la significación. Esta es la razón de que se haya pensado en algún continuador románico de lat. *nec unus*, con inicial disimilada, pero, si se recuerda el sardo ant. *kit(t)eu*, *git(t)eu*, *it(t)eu* ‘qué’, p. ej., procedente de *quid deu*, lit. ‘qué Dios’ (*DES*, I, pp. 349 s., cf. *REW*, núm. 6953), se ve que no es en manera alguna inconcebible que *deus* haya sufrido también entre nosotros una tal depreciación semántica.

A un mismo ambiente cultural en el que el pastoreo desempeña un papel importante pertenecen, de una parte, el sardo logudorés *meriare*, campidanés *ammeriai* «meriggiare (riunirsi le pecore all’ombra durante le ore del solleone)», astur. *miriar*, santand. *meriar*, etc., y de otra el vizc. *biao* ‘siesta’, pronunciado hoy *bixao* en Léniz, Oñate, etc.: cf. sardo *meriacru*, etc., «sito ombroso dove si ripara il gregge dal sole di mezzogiorno», santand. *mediaju* «lugar donde sesteá el ganado», y vizc. *biao-leku* «lugar sombrío en que se refugia el ganado del calor del mediodía», según Azkue. En románico, el verbo es continuador del lat. *meridiare* (*DES*, II, pp. 108 s., cf. *REW*, núm. 5530) y la palabra vasca no ha sido ex-

¹¹ Sobre esa curiosa disparidad de sentidos, véase J. de Urquijo, «A propósito de Dechepare *elikatu* ‘mantenerse’, ‘pasarse’, ‘abstenerse’», *RIEV* 25 (1934), 312-315.

plicada etimológicamente, en cuanto se nos alcanza. Con todo, una tentativa de aproximar ésta —formalmente, y no sólo en cuanto al sentido— a la familia románica no está condenada de antemano al fracaso, a pesar de las apariencias. Una cadena de formas como la siguiente, que se puede justificar en los puntos esenciales aunque quizá no en cada uno de los detalles, es perfectamente posible: *biao* < **bião* < **mião* < **miano* < **meyano* < **meidiano* (cf. esp. medieval *meýdía* ‘mediodía’ y, en la lejanía, lat. *meridianus*).¹²

4.5. Un conflicto típico de esta clase de indagaciones es el que se plantea más de una vez entre explicaciones concurrentes de carácter distinto: al desánimo de quien no sabe a dónde acudir en busca de luz sucede entonces lo que los franceses llaman *embarras du choix*, la perplejidad de quien tiene que elegir entre diversas posibilidades. En nuestro caso, esto ocurre sobre todo cuando una voz parece, de una parte, de origen latino y susceptible, de otra, de explicación intravasca.

Es difícil hallar una ilustración mejor de lo que decimos que el part. *begiratu*: el verbo significa, en líneas generales, ‘mirar, atender’, en la parte occidental del país, y ‘guardar, preservar’ (y ‘guardarse, cuidarse de algo’, «garder, se donner de garde» traducía Pouvreau) en la oriental. Su formación se explica por sí misma para cualquier vasco: *begi-ra-tu* ha de ser algo así como ‘traído, llevado al ojo’, lo mismo que *ate-ra* ‘sacar’ es literalmente ‘(llevar) a la puerta’, etc.

No obstante, y por mucho que esto irrite a cualquier vasco, los romanistas lo han interpretado como un préstamo del lat. *uigilare*, opinión que ha tomado estado oficial en el mismo *REW*. Dicho así parece una presunción descabellada por lo mismo que es innecesaria, pero un examen detenido no deja de descubrir hechos que la vuelven más bien plausible.

Para empezar, si vasc. *begi* ‘ojo’ es un dato real del problema, no debe con todo hacernos olvidar la existencia del vizc. *begira*, *bigira* ‘vela, tertulia’, cuya procedencia del lat. *uigilia* nadie pone en duda.

¹² A propósito de *bil(h)atu* ‘buscado’, ‘vuelto, convertido en’ (cf. además *bil[h]aka* ‘coger, apresar’ en ronc. según Azkue, ‘volverse, convertirse’ y «tirailler, traïter mal quelqu’un» en Pouvreau), se sugiere en *FHV*, p. 200, n. 36, que podría estar relacionado con cast. *pillar*, etc. Podría también ser pertinente el gallego-port. ant. *fillar*, *filhar* (en la *Crónica Troyana* y en las *Cantigas de Santa María*, p. ej.) ‘tomar, recibir, obtener’, reflexivo ‘ponerse a’, que Corominas no menciona s.v., aunque otros lo unen a *pillar*.

El término no está restringido a la parte occidental del país, puesto que en el otro extremo hallamos también el sul. *begira* ‘custodia, protección’ que se documenta ya en Leizarraga:¹³ *eta hec eure beguirán eta protectionean harturic* «y tomándolos bajo (lit. en) tu protección».

En autores vasco-franceses de los siglos XVI y XVII es corriente el giro *beguirauc*, *beguirauçue*, etc., formado como *gogoauçue* p. ej. de *gogo*, del sustantivo *begira* y del imperativo del auxiliar transitivo ‘haber’: en Leizarraga *beguirauçue* es prácticamente sinónimo de *beguir* *çaitetze*, traduciendo *attendite*, *prosékhet*, es decir, ‘guardaos, cuidaos de’. Es difícil, por lo tanto, escapar a la conclusión de que en ese sintagma de carácter transitivo, que tiene un paralelo intransitivo en el común *begiratu*, hay por lo menos una interferencia latina, y es posible además admitir que la influencia de *begi* no ha sido más que secundaria y *post factum* debida a eso que se suele llamar etimología popular.

103 4.6. En cualquier intento de apreciación de la influencia latina, debe tenerse muy presente la circunstancia decisiva de que esa influencia ha venido ejerciéndose sin interrupción, por contacto directo, hasta nuestros mismos días. No estamos pues en el caso del celta de la Gran Bretaña, sometido a la intensa acción romanizadora de que da testimonio el léxico galés por ejemplo, que luego se interrumpió o decreció al menos en el más alto grado.

Lo dicho significa que un tratamiento del tema como el de don Vicente García de Diego en su *Manual de dialectología española*,¹⁴ por grandes que sean su utilidad y sus méritos, adolece de un vicio inicial. El vasco no puede ser equiparado desde este punto de vista a un dialecto románico cualquiera y esto no por razones de prestigio o de orgullo, sino de orden enteramente objetivo. Es posible que, si pudiéramos remontarnos tan lejos como quisiéramos en la prehistoria de las lenguas, llegara a borrarse totalmente, como algunos suelen decir, la distinción entre léxico patrimonial, heredado, y préstamos. Pero, como esto no es posible, es un hecho que dentro de un lapso de tiempo como el que aquí consideramos la distinción conserva toda su efectividad. De una manera semejante, todos establecemos diferencias entre las personas con quienes estamos emparentados, de cerca o de lejos, y aquéllos a quienes no estamos unidos

¹³ A iii r.

¹⁴ Madrid 1946, pp. 195 ss.

con lazos de consanguinidad o de afinidad, a pesar de que tal distinción nada tiene de absoluto.

La distinción entre elementos patrimoniales y aportaciones del exterior en los dos últimos milenios se funda en el hecho de que aquéllos, aun cuando no siempre podamos saberlo por certeza, han formado parte sin solución de continuidad del caudal de la lengua. Incorporados a él, han participado de todas las fases de la evolución de la lengua y, como estacas clavadas en el hielo de un glaciar y arrastradas por el flujo de éste, no menos real por imperceptible, sirven de testigo, pongamos por caso, de los cambios que han ido modificando los sonidos de la lengua. Los préstamos, por el contrario, se han ido incorporando a lo largo del tiempo, unos antes y otros después, aparte de que su procedencia no ha sido siempre la misma, y su testimonio para la evolución de la lengua sólo es válido, por lo tanto, dentro de ese período más o menos largo. Sería pues erróneo atribuir al vascoence mismo todas las alteraciones que constatamos al comparar un préstamo incorporado a esta lengua con su prototipo latino, porque pueden haberse producido en buena parte con anterioridad a su incorporación. Así sabemos, p. ej., que la asibilación de la inicial de lat. *caelum* en vasco. *zeru* no es vasca, sino románica, porque nada parecido observamos en lat. *cella*, vasco. *gela* 'habitación', etc.

4.7. «Tarea muy especial del estudio histórico del vasco tiene que ser el fechar estos préstamos tomados al latín —decía en 1920 don Ramón Menéndez Pidal¹⁵—. El estudio histórico de la fonética vasca dará resultados importantes; mas por ahora la fonética románica puede servir de primer punto de apoyo». En efecto, la fecha de introducción puede ser fijada, siempre de una manera vaga y en forma relativa, con arreglo a dos tipos de criterios que, desde el punto de vista vasco, podemos llamar externos o internos. Para decirlo en pocas palabras, un préstamo será tanto más antiguo cuanto mejor conserve ciertos rasgos arcaicos del latín o, en otras palabras, cuanto menos señales muestre de que se han cumplido en él ciertos cambios fonéticos que han dado a los romances vecinos el aspecto que hoy tienen. Por otra parte, y exactamente a la inversa, será antiguo en la medida en que haya participado de ciertos cambios característicos del vasco, ya que esa participación indica que se hallaba ya incorporado a la lengua con anterioridad a su cumplimiento.

¹⁵ *Curso de lingüística*, p. 13.

En cuanto a la conservación de arcaísmos, pertenecen al estrato más antiguo los préstamos que muestran alguno de los rasgos siguientes o una combinación de los dos:

1.º Lat. *i* y *u* breves se han conservado como tales, es decir, se han confundido como en sardo con los continuadores de lat. *i* y *u* largas: vasc. *bike* ‘pez’ de *picem* (y alavés *pique*, *vique* ‘parte que se tiene de un molino’ de *uicem* ‘vez’), *gisu* ‘yeso’ de *gypsum*, *kirru* ‘cerro, estopilla’ de *cirrus*, *butzu* ‘pozo’ de *puteus*, *gipulla*, *ki(n)pula*, *ti-pula* ‘cebolla’ de *cepulla*, *lukuru* ‘rédito, usura’ de *lucrum*, etc.

2.º Lat. *c* y *g* conservan su articulación velar ante vocal anterior, según puede verse en algunos de los ejemplos que se acaban de citar y también en *bake* ‘paz’ de *pacem*, *gerezi*, *kerexa* ‘cereza’ de *cerezea*, *errege* ‘rey’ de *regem*, *lege* ‘ley’ de *legem*, *magia* ‘vaina’ de *uagina*, etc.

De los dos es probablemente el primero el indicio más seguro de antigüedad, ya que no puede excluirse del todo la hipótesis, apuntada por H. Lausberg,¹⁶ de que el vasco haya estado hasta bastante tarde en contacto con un romance sumamente conservador en el segundo aspecto, del cual no han quedado más que escasos rastros. Uno de éstos sería el alto aragonés *marguin*, *marguen*, que coincide con el vasc. *margin* «tablar en huertas y sembrados», según Añilbarro: cf. *do dizen Marguin Luanga, que es cerqua el riu clamado de Sia... tirando a la marguin de entre entramas las sazones, e marguin marguin fasta el riu de Sia*, en documento de Panticosa de 1484.¹⁷ Por otra parte, añadimos, nombres de persona como *Laquenti*,¹⁸ *Laquidini*, *Vinquenti* —que parecen continuadores de *Placentius*, *Placidinus* y *Vincentius*— se documentan en el siglo X con alguna abundancia por tierras de Rioja y Burgos.

Esto vale de una manera segura para la conservación del diptongo *au* (vasc. *gauza* ‘cosa’ de *causa*, etc.), porque todavía hoy se mantiene sin mayor alteración en gascón, lo mismo que en vasco.

¹⁶ [Reseña de M. Alvar, *El habla del Campo de Jaca*, Salamanca 1948], *ZRPh* 70 (1954), 125-127.

¹⁷ T. Navarro, *Documentos lingüísticos del Alto Aragón*, Syracuse [Nueva York] 1957, pp. 219 s.

¹⁸ Cf., en zona de habla vasca, *agrum quem vocitant Belasco Laschentizteguia a limite de Belasco Laquentiz*, en documento de Irache ([J. M. Lacarra], *Vasconia medieval*, p. 38), y en fecha más reciente (1760) el topónimo *Laquendi garaicoa* ([J. Arín Dorronsoro, «Toponimia del pueblo de Ataun»], *Anuario de Eusko-Folklore* 8, 1928, [55-151], p. 120).

4.8. Vienen a continuación otros dos rasgos conservadores que caracterizan a muchos préstamos como bastante antiguos, aunque no tanto en principio como en los dos casos anteriores. Se trata de:

3.º Las oclusivas sordas latinas han mantenido ese carácter entre vocales, cuando se han sonorizado en los romances vecinos excepto en una zona pirenaica contigua a la vasca, a ambos lados de la frontera. Citemos como muestra, pues los ejemplos abundan, *apiriko* 'atrio, pórtico', cf. *abrigo*; *erripa* 'terreno en declive', cf. *ribera*; *kapa-re* 'hidalgo', cf. *cabal*; *bekatu* 'pecado'; *errota* 'molino', cf. *rueda*; *ez-pata* 'espada'; *akullu* 'aguijada'; *bakatu* 'pagado'; *joku* 'juego', etc. El suf. común de participio, *-tu*, tiene una variante más reciente, *-du*, en la parte occidental del país (véase arriba, 2.11). 107

4.º Se mantienen como *e*, *o* las vocales *e*, *o* breves latinas acentuadas que se han diptongado en romance, al menos en ciertas condiciones: or. *borta* 'puerta' y común *portu* 'puerto'; occid. *erru* 'yerro'; vizc. *obu* 'círculo, argolla', cf. *huevo*, etc.

Téngase presente, sin embargo, que ninguna de estas particularidades permite llegar a dataciones precisas ni aun en el caso en que conociéramos con seguridad la fecha de los cambios románicos. En efecto, la única diferencia que hay con respecto a la percepción de las correspondencias fonéticas entre un lego y un comparatista, es que en aquél no llega a pasar decididamente el umbral de la conciencia lo que en éste es plenamente consciente, pero el sentimiento de las correspondencias fonéticas entre dos lenguas existe, aunque no sea por lo general claro y distinto, en todo sujeto bilingüe. Por ello, los vascos pudieron seguir reproduciendo como *t* por ejemplo lo que oían como una *d* con sonoridad más o menos plena. Esto tiene una aplicación especial a los diptongos románicos *ie*, *ue*, que un vasco, para quien tenían que resultar poco familiares, tenía que tratar de sustituir de una u otra manera. Una de estas simplificaciones la hallamos en *erregru* 'ruego' y probablemente en *leku* 'lugar'.

4.9. ¿Hasta qué punto resulta informativo el vascuence, por medio de sus préstamos, con respecto a la pronunciación latina? Ya hemos visto que, al igual que otras lenguas no románicas, da fe todavía de la pronunciación oclusiva de *c'*, *g'* latinas. En otros puntos, sin embargo, su testimonio es de mucho menor peso que el de las lenguas célticas y germánicas por ejemplo. 108

Adaptando a nuestras necesidades un aforismo escolástico, se podría decir que la lengua receptora sigue conformando el material

extraño que recibe a su propio molde, aunque no sin que éste paulatinamente vaya viendo alterados sus contornos. En otros términos, las unidades fonológicamente distintivas de una lengua pueden ser, y son, confundidas en otra cuando tales oposiciones le son desconocidas a ésta: al fin, sin embargo, la influencia exterior sale muchas veces triunfante y la lengua —es decir, los hablantes bilingües— termina por adoptar en su sistema fonemas que antes le eran extraños y llegan luego a generalizarse.

En nuestro caso, el sistema fonológico del vasco histórico posee un inventario comparativamente muy pobre y algo muy similar sucedía, según todos los indicios, hace dos milenios. Así, para citar una muestra, ese éuskaro prehistórico no debía de conocer una correlación de cantidad en las vocales, y sólo disponía del timbre para reflejarla de alguna manera; en términos cuantitativos, con sólo cinco vocales tenía que reproducir las diez vocales latinas reducidas a siete más adelante. Tenemos pues aquí un caso típico de subdiferenciación, conforme a la terminología de U. Weinreich,¹⁹ y se comprende que el testimonio de las lenguas célticas y germánicas, que distinguían vocales breves de vocales largas como su pariente próximo el latín, sea en este punto muchísimo más valioso que el de la nuestra.

109 En una cuestión, sin embargo, el vascuence es un testigo excepcional, aunque no se ha sacado de él todo el partido posible.²⁰ El vasco histórico tiene dos órdenes de sibilantes, apicales y predorsales, fenómeno muy poco frecuente, ya que a ellos se añade un orden prepalatal de chicheantes: en cada uno de los órdenes hay, a su vez, una fricativa y una africada. Se trata naturalmente de los fonemas que en la ortografía usual entre nosotros se escriben hoy *s*, *ts*, *z*, *tz*, *x*, *tx*. El testimonio es además importante porque desde hace mucho son problemas muy debatidos tanto la pronunciación de la *s* latina como las características y evolución de las sibilantes en los romances vecinos.

Se trata, desde luego, de una cuestión excesivamente compleja para que pueda ser tratada aquí. No obstante, se puede decir que vasc. *z*, la sibilante predorsal articulada con la punta de la lengua baja, parece ser el correlato normal de lat. *s* en los préstamos más antiguos: *gezi* 'dardo', *zapore* 'sabor', *zeta* 'seda', *zigilu* 'sello', etc.

¹⁹ *Languages in contact*, Nueva York 1953, p. 18.

²⁰ No lo aprecia bastante sin embargo A. Galmés de Fuentes, *Las sibilantes en la Romania*, Madrid 1962.

Esto llega incluso a épocas relativamente bajas, a juzgar por *vasc. meza* 'misa', *mezu* 'aviso', con *e* románica por *i* breve latina, etc. En conjunto parecen más recientes los ejemplos de correspondencia *s* : *s*, como *saindu*, *sandu* 'santo', *soinu* 'sonido, música', etc.

4.10. Se habrá echado de ver en lo que precede que la aplicación de los criterios diferenciales que se han señalado, y de otros que se pueden añadir, es limitada en su alcance porque depende de la presencia en el préstamo de determinados fonemas latinos que pueden servir como piedra de toque. Si éstos faltan, es decir, si la configuración fónica del préstamo es poco característica, no hay base para tales razonamientos y la introducción de la palabra, por lo que a ellos atañe, lo mismo puede ser antigua que reciente. El vizc. *ortu* 'huerto', p. ej., exhibe como único indicio de antigüedad la falta de diptongación de su *o*, lo cual no nos remonta mucho en el tiempo: es sobre todo su escasa difusión lo que nos hace pensar en que se trata de una aportación más bien moderna. 110

Esta limitación tiene también aplicación plena cuando, dentro ya de lo románico, tratamos de determinar la procedencia precisa de una palabra. Está claro, p. ej., que *vasc. kapera* 'capilla' y *padera* 'sartén' son de origen gascón a causa del tratamiento típico de *-ll-*, que no puede explicarse dentro del vasco mismo; también está claro que *akullu* 'aguijada', *gollare*, *kollara* 'cuchara', *mallu* 'martillo', *tella* 'teja', palabras citadas por Menéndez Pidal, no vienen del castellano, sino probablemente del aragonés. Pero también aquí pueden faltar, y de hecho faltan muchas veces, los fenómenos diferenciales.

4.11. También sirve de valioso indicio para fechar aproximadamente los préstamos el hecho de que éstos hayan participado o no en ciertos cambios fonéticos específicamente vascos, y al decir esto no queremos decir que ninguno de ellos tenga nada exclusivo, sino que es su conjunto el que ha conformado de una manera característica el léxico vasco de origen latino. Es difícil disponerlos en orden cronológico, ya que todos ellos son preliterarios, es decir, no solamente anteriores a los primeros textos, sino también al siglo X en que los nombres de lugar y de persona empiezan a atestigüarse en cantidad suficiente. Queda fuera de estas consideraciones el escaso material que nos proporcionan las inscripciones aquitanas, pero éste sólo tiene valor probativo en algún punto concreto. A falta de una ordenación cronológica presentaremos esos cambios según la naturaleza de los sonidos. 111

1.º Las oclusivas sordas iniciales latinas aparecen representadas a menudo por sonoras vascas: *bake* 'paz', *gela* 'habitación', *dastatu*

‘probado’, etc. Pero la correspondencia no se muestra con regularidad en los materiales vascos modernos, por lo que el mantenimiento o restablecimiento de la sorda latina en formas muy generalizadas e incluso comunes (cf. *ki[n]pula*, *tipula* ‘cebolla’) no basta para establecer la introducción reciente de un préstamo; por otra parte, y a la inversa, la sonora puede aparecer en voces de incorporación reciente: cf. guip. *babes* ‘amparo, protección’, lit. *pavés*; *vitança* en Leizarraga ‘pitanza’, etc. Para complicar más las cosas, hay ejemplos —esporádicos, pero no infrecuentes— de pérdida de oclusivas latinas, sordas o sonoras, en posición inicial.

2.º Detrás de nasal o de *l* las oclusivas latinas se han sonorizado, excepto en roncalés y en suletino (véase arriba, 2.3 y 2.7): *abendu* ‘diciembre’, es decir, ‘adviento’; *aldare* ‘altar’; *ingude* ‘yunque’, etc.²¹

3.º A latín *-n-* y *-nn-* entre vocales corresponden vasc. cero (*h*, *g*, *r*, alguna vez *ñ* o *m*) y *n*: (*h*)*area* ‘arena’, *balea* ‘ballena’, *katea* ‘cadena’, *anoa* ‘ración’ de lat. *annona*, etc.

4.º Paralelamente, un proceso de lenición ha hecho que los correlatos de lat. *-l-* y *-ll-* entre vocales sean respectivamente vasc. *r* (alguna vez *ll*, es decir, *l*) y *l*: *zeru* ‘cielo’, *gaztelu* ‘castillo’, etc.

4.12. Se echará sin duda de menos, al lado de estas consideraciones ceñidas a los sonidos, una mención explícita de otras particularidades de los préstamos. Adviértase, sin embargo, que los obstáculos aumentan, como siempre ocurre, en cuanto se pasa de las unidades distintivas a las significativas. De todos modos, conviene señalar que la fecha latina, no románica, de un préstamo queda establecida hasta cierto punto por la falta de prolongación de ese término latino en las lenguas románicas. Así es probativo a este respecto el vizc. *goru* ‘rueda’, porque no es el lat. *colus* el que se continúa en romance, sino, lo mismo que en alemán, su diminutivo *coluc(u)la* o *conuc(u)la* (de donde vasc. *kullo*, etc.).²²

Un argumento negativo de este género nunca puede tener la fuerza de un argumento basado en hechos positivos, ya que adolece de la debilidad inherente a toda conclusión *ex silentio*. La falta de

²¹ Cf. *FHV*, pp. 230 y 352 ss. Falta allí el vizc. de Oñate, etc. *surgu* ‘surco, lindero, canal’, donde la sonorización parece haberse producido tras *r*. ¿Sería posible que un **sulgu* procedente de lat. *sulcus* o de rom. *sulco* se modificara por la acción de *surco*?

²² *DELL*, s.v. *colus*, y cf. S. Mariner Bigorra, [«El latín de la Península Ibérica. Léxico»], *ELH*, I, pp. [199-236], 201.

continuidad en románico tiene, además, muy distintos grados. El caso del vasc. *barkatu* ‘perdonado’, p. ej., es menos claro que el anterior pues *parcere* sobrevivió en provenzal. Por otra parte, la aparición de algunos préstamos en vasc. (or. *endelegatu*, *entelegatu* ‘comprendido’, *mirakuru* ‘milagro’), tan completamente latino, sugiere que ciertos cultismos han podido arraigar en la lengua incluso en fecha ya tardía, posiblemente por medio de la liturgia cristiana y de la predicación, por difícil que resulte imaginar el mecanismo de esa penetración. 113

El lat. *focale* ‘especie de bufanda’, derivado de *faux*, se ha conservado en sardo *focale*, *fogale*, *-i* «angina, infiammazione delle ghiandole, malattia dei maiali», con un pariente próximo en el veneciano *fogada* de sentido análogo.²³ No se ha señalado hasta ahora, sin embargo, que el guip. y el vizc. *okallea* (con artículo, tema en *-e* o en *-a*), nombre de una enfermedad de las ovejas, puede muy bien tener el mismo origen. Como las dificultades de orden fonético no son mayores, podemos concentrarnos en el aspecto semántico, teniendo en cuenta que el término latino, adjetivo sustantivado, contiene una clara referencia a la garganta. Según Azkue, la palabra vasca significa «papo, papera, enfermedad de ovejas producida por un tumor maligno en la garganta». Don Juan de Arín Dorronsoro,²⁴ siguiendo a sus informadores, la describe como una afección hepática, producida «ordinariamente por pasturar en sitios cenagosos y húmedos»,²⁵ pero con todo, sea esto así o no, tiene una manifestación exterior mucho más llamativa: «Luego, a medida que avanza la enfermedad, se les aparece en la papada una bolsa de líquido que va agrandándose».

Esta explicación puede muy bien aceptarse, al menos con carácter provisional y mientras alguien no presente una alternativa preferible. Más aventurado sería, porque aquí no hay otro apoyo que la coincidencia formal, aproximar el vizc. ant. *ope*, *opeil* (compuesto de *il* ‘mes’) ‘abril’ al sardo *ope* ‘scampo’, que M. L. Wagner supone continuador del lat. *opem*, usado a menudo en plural, ‘abundancia, 114

²³ DELL, s.v. *faux*. DES, I, p. 528a. REW, núm. 3397.

²⁴ [«Notas acerca del pastoreo tradicional de Ataun»], *Anuario de Eusko-Folklore* 15 (1955), [87-121], pp. 111 s. [y 16, 1956, 77-124].

²⁵ Compárese lo que escribía Iztueta, *Guipuzcoaco provinciaren condaira*, San Sebastián 1847, p. 226: «Mendi osoco artzainen artean suertatzen bazaio iñori adu charren bat, dala otso edalle gaiztoac artaldera sartuta; icatztoqui eta putzu zuloetaco ur ciquin ustelac eran ta ocallatzea...».

recursos', 'ayuda', personificado en la diosa *Ops*, *Opis*, a la cual estaban dedicadas unas fiestas llamadas *opalía*.²⁶ El término vizcaíno, que al parecer sólo se documenta en los *Refranes y Sentencias* de 1596, no tiene, no hace falta decirlo, ninguna relación directa con el sardo, cuya etimología acaso tampoco sea segura: la relación, de existir, tendría que retrotraerse al latín donde quizá fuera posible hallar un denominador común plausible de valores tan divergentes.²⁷

4.13. No es cosa de presentar aquí un muestrario de préstamos, clasificados por grupos semánticos, para ejemplificar en qué campos y hasta qué punto se manifiesta la influencia del latín en el léxico vasco. Ya se ha hecho esto otras veces y basta con remitir al trabajo citado de Rohlfs.

No obstante, tal vez no resulte del todo innecesario poner en guardia al lector acerca de los riesgos que entraña toda tentativa de sacar conclusiones de carácter histórico-cultural a partir de datos exclusivamente lingüísticos. Es suficiente señalar un descuido de Rohlfs, rectificado por J. Caro Baroja. El nombre vasco del 'arado' tal vez provenga del lat. *culter*, pero no fueron los romanos quienes nos trajeron el arado mismo, pues de su presencia anterior en Vasconia hay constancia arqueológica.

115 Alguna vez se ha intentado determinar la fecha aproximada, remota o tardía, de la cristianización de nuestro país —tema, como se sabe, debatido no sin pasión— por medio de un análisis de los préstamos: éstos no faltan en nuestro caso en la esfera religiosa porque entre nosotros apenas se recurrió al calco (pero cf. *Jaungoikoa*) como en el inglés *gospel* 'evangelio' o a la ampliación de sentido como en el gót. *daupjan* 'bautizar', p. ej.

Es cierto que el vocabulario religioso vasco, tomado globalmente, no presenta características demasiado arcaicas: hay con todo, *aingeru* 'ángel' cuya *g* oclusiva ha sido objeto de una explicación *ad hoc* ya que *a priori* se pensaba que no podía ser voz antigua en la lengua, y or. *dekuma*, *tekuma* 'diezmo', etc. Algún nombre de santo tampoco puede ser moderno: si *Laurendi*, *Laurenti* 'Lorenzo' no es decisivo, porque también hay en romance *Lorente*

²⁶ DES, II, p. 188b. DELL, s.v. **ops*.

²⁷ La explicación alternativa, intravasca, de *opeil* sería 'mes de las tortas', en cuyo caso *ope* (en *opeco erlea* 'enjambre de abril', núm. 266) tendría que ser eliminado como errata.

y *Llorente*, sí lo es sin lugar a dudas *Bikendi*, *Bikenti* ‘Vicente’. No hay que olvidar además que el léxico religioso viene renovándose sin interrupción, acercándose cada vez más al de las lenguas vecinas, y en la medida en que se renueva va perdiendo valor como medio de conocimiento de sus fases más antiguas.

4.14. Todas estas consideraciones se han movido dentro de la esfera más accesible al análisis del investigador de las interferencias entre diferentes sistemas lingüísticos. Pero no por inseguro habrá que renunciar al estudio de la influencia latino-románica sobre la lengua vasca en capas más profundas y en concordancias más formales que materiales. Es sabido que dentro de un área geográfica lenguas pertenecientes a familias muy diversas tienden, por evolución convergente, a adquirir muchas particularidades comunes y esta comunidad se aprecia tanto en lo grande como en lo pequeño. No sin razón señalaba Azkue, en su discurso de recepción en la Real Academia Española,²⁸ que el giro vasco *ezkutari geranok* (cf. vizc. ant. *ni bekatari au* ‘yo, pecador’) tiene un paralelo exacto en Cervantes, p. ej.: «Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mío, estos que somos escuderos de caballeros andantes» [II, XIII].

116

El vasco no es en absoluto una lengua románica, pero ha vivido en tan estrecha simbiosis con ellas durante muchos siglos que su historia y su prehistoria no pueden ser estudiadas, y hasta cierto punto aclaradas, más que con un conocimiento nada superficial de la lingüística románica. No ha faltado en el pasado una conexión, en la figura de varios ilustres investigadores, romanistas y vascólogos, entre ambos campos de estudio, pero la trabazón no es con todo tan estrecha como fuera de desear.

El problema de las relaciones lingüísticas latino-vascas es por otra parte apasionante para cualquiera que se interese por la cuestión general de los contactos de lenguas. En nuestro caso nos hallamos con la lengua de una pequeña comunidad sometida durante siglos a una influencia exterior tan fuerte como podría desearse incluso en un ensayo experimental. ¿Cuáles han sido sus resultados? Se ve de inmediato, incluso sin mayor conocimiento de causa, que esa lengua ha resistido con todo éxito a la presión, ya que hoy todavía conserva una fisonomía propia que la distingue claramente de sus convecinas. Por otra parte, se ha acercado a éstas de mil modos

²⁸ [Disursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción del sacerdote D. Resurrección María de Azkue...], Bilbao 1928, p. 23.

y maneras y, con todo, esta semejanza adquirida no es un hecho más real que aquella disparidad inicial y permanente.

Se han hecho varias tentativas para resumir en fórmulas breves los resultados del contacto de lenguas «grandes» y «pequeñas»; es innecesario advertir que «grande» y «pequeño», como «superior» e «inferior», se refieren en primer lugar a circunstancias externas de las comunidades que hablan los idiomas y no a los idiomas mismos. Una fórmula muy sugestiva es la que da H. Wagner.²⁹ A su juicio, la influencia de una lengua mayor se ejerce en lo sustancial dentro del sector consciente de la menor, es decir, sobre todo en el léxico en sentido amplio, con inclusión de modismos, etc. En todo lo que queda por debajo de la conciencia es, por el contrario, la lengua menor la que actúa sobre la otra: en el sistema de las categorías gramaticales, por una parte, y en el sistema fonológico, por la otra. Valdría la pena de saber si este esquema, que Wagner afirma explícitamente que es aplicable a nuestro caso, podría superar los azares de una comprobación minuciosa.

²⁹ *Das Verbum in den Sprachen der britischen Inseln*, Tubinga 1959, pp. 117 ss.

5.1. Se supone *a priori* que debe existir una correlación entre la historia interna de una lengua y su historia externa, es decir, la historia de la colectividad que la ha venido hablando. Parece natural e inevitable, en otras palabras, que una lengua conserve durante bastante tiempo, en el léxico e incluso en esferas menos superficiales, las huellas de las lenguas de aquellos pueblos que los azares históricos han puesto en contacto con sus usuarios. 123

Pero, si esta correlación no pudiera ser mostrada, al menos en el grado esperado, debe tenerse muy en cuenta que todo problema de parentesco o de afinidad —interferencias debidas a la vecindad o sea, en último extremo, al bilingüismo— es un problema estrictamente lingüístico, no histórico en sentido general, y que como tal sólo podrá ser resuelto satisfactoriamente por medios estrictamente lingüísticos. Porque a menudo se suele olvidar que una presunción razonable inferida de los datos de la historia externa no puede ser otra cosa, desde el punto de vista lingüístico, que una hipótesis de trabajo que sólo su fertilidad podría demostrar cumplidamente. 124

Como hemos visto en el capítulo anterior, resulta obvia la idea de que el vasco, en su contacto bimilenario con el latín y sus continuadores románicos, ha debido tomar de éstos muchos elementos, completamente asimilados o desechados al cabo de cierto tiempo, sin perder por eso su fisonomía propia: este proceso, sea dicho de paso, podemos verlo en plena actividad en nuestros propios días. Basándonos, pues, en semejanzas que llaman la atención desde el primer momento o guiándonos por criterios formales y semánticos —como el «criterio interno» representado por el campo semántico

al que pertenece una palabra¹—, podemos establecer listas provisionales de supuestos préstamos que, en razón directa de su número, nos permitirán fijar correspondencias fonéticas que, a medida que vayan quedando aseguradas, proporcionarán un elemento de juicio decisivo para apreciar los casos dudosos.

Si hay discrepancia entre los datos lingüísticos y lo que la historia externa nos hacía esperar, las causas pueden ser de índole muy diversa. Puede ocurrir, y de hecho ocurre, que nuestros datos históricos sean muy deficientes, sobre todo en lo que toca a los fenómenos de lengua. Es un lugar común —que, sin embargo, debe ser reiterado continuamente— que las conexiones que existen entre lengua, pueblo y cultura tienen una estabilidad mucho menor de lo que usualmente suele suponerse. Sobre todo cuando lo que se conoce de una cultura son elementos de cultura material, se tiene la impresión de que los arqueólogos se sienten inclinados con cierta frecuencia a ir más allá en sus conclusiones de lo que los datos de que disponen autorizan.

5.2. La tesis tradicional sostenía, más o menos explícitamente, que la lengua vasca, aunque ha visto reducirse mucho sus dominios, se habla hoy donde ya se hablaba su forma antigua hace 2.000 o 2.500 años. Pudo conocer un momento de expansión, según piensan algunos, por tierras de Logroño y de Burgos durante los siglos oscuros de la Edad Media que van, para citar puntos extremos, del IV al X, pero era ya en los comienzos de la influencia romana la lengua de vascones, várdulos y caristios, para no hablar de autrigones y berones.

Algunos han sostenido, probablemente sin razón, que pudo ser llevada por invasiones medievales al actual país vasco-francés. Pero fue posiblemente A. Schulten² el primero que defendió resueltamente la idea de que várdulos y caristios, y con mayor razón sus vecinos occidentales y meridionales, eran de habla indoeuropea y nada tenían de común en este aspecto con los vascones: guipuzcoanos, vizcaínos y alaveses, para emplear una fórmula gráfica, no serían, por lo tanto, vascos, sino simplemente vascongados, es decir, vasconizados en cuanto a la lengua.

¹ Cf. E. Lewy, «Zu den Lehnwörter und zur Sprachgeographie», *Anthropos* 45 (1950), 49-56.

² «Las referencias sobre los Vascones hasta el año 810 después de J.C.», *RIEV* 18 (1927), 225-240.

Los textos históricos aducidos por Schulten, a decir verdad, parecen muy poco concluyentes y su sistema de interpretación arbitrario, por no decir algo peor. No obstante, un testimonio de carácter menos dudoso vino a apoyar esta tesis cuando en 1925 don Manuel Gómez-Moreno hizo notar³ que la antroponimia atestiguada en inscripciones de época romana en Álava y en una buena parte de Navarra no tiene nada de vasco, sino que presenta un aire indoeuropeo coincidente con la onomástica de zonas centrales de nuestra Península: se trata de nombres como *Ablonius*, *Ambatus* (y *Ambata*), *Betunus*, *Boutia*, *Buturra*, *Calaetus*, *Doitena*, *Equesus*, *Segontius*, *Viriatius*, etc.⁴ Los testimonios, con todo, faltan completamente en Guipúzcoa, donde apenas se registra un nombre de persona nada indoeuropeo por lo demás, y son claramente insuficientes para Vizcaya.⁵ 126

Una nueva confirmación, y esta vez bien dentro del territorio vascón, llegó cuando Tovar interpretó brillantemente la leyenda monetar *ba(r)scunes* como un nominativo indoeuropeo de pl., equivalente en el tema y en la desinencia al clásico *Vascones*, con lo que quedaba probado el empleo como lengua escrita de lo que hoy se llama celtibérico en el corazón de la zona vasca.

Ninguno de estos testimonios es decisivo por sí mismo. La onomástica personal está tan sujeta a modas como el vestido por lo menos y cambia según corrientes culturales de la más variada naturaleza. A ella se añade, sin embargo, la toponimia (v. también abajo, 5.6) con nombres nada vascos, aunque ello no excluya la dualidad de formas (*San Sebastián-Donostia*, *Villanueva-Iriberry*, etc.) que es natural no tuvieran en cuenta, de haber existido, los autores clásicos. 127

Lengua escrita, como podemos comprobar sin trabajo en toda la historia del país, no significa tampoco lengua única, ni siquiera lengua corriente y usual. Pero sí supone un cierto grado de bilingüismo, al menos en algunas clases o grupos de una comunidad. Por ello, aunque nos esforcemos en atenuar por todos los medios la fuerza de estos testimonios, tendremos que aceptar que su coincidencia difícilmente puede explicarse sin admitir que gentes de habla

³ «Sobre los iberos y su lengua», *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal*, [Madrid 1925], III, pp. 475-499.

⁴ Sobre la difusión de algunos de ellos, cf. J. Untermann, *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien*, Wiesbaden 1961.

⁵ Cf. J. de Ybarra, «Lo romano en Vizcaya», *Zumárraga* 4 (1955), 11-43.

vasca conocían y usaban también, en mayor o menor número, algún dialecto indoeuropeo.

5.3. Los restos de origen indoeuropeo prelatino que puedan hallarse en la lengua vasca habrán de ser, parece, más escasos y también más difíciles de reconocer por lo general que los procedentes del latín que acabamos de examinar, incluso que aquéllos de introducción más antigua. No tenemos, en efecto, razones para creer que el contacto fuera entonces tan largo ni tan duradero y por otro lado, aparte de las diferencias de fecha, conocemos de una manera muy deficiente las posibles lenguas de origen.

Por ello mismo, vamos a considerar brevemente, antes de entrar en materia, el caso más reciente de lenguas que han podido estar en contacto, siquiera sea marginal y mediato, con la vasca.

No es que falten los arabismos en vasco (*at[h]orra* ‘camisa’, *izara* / -e ‘sábana’, etc.), pero parecen haberse introducido por mediación del romance, aunque el mediador haya luego quedado olvidado y en desuso. En otra ocasión sugerimos que el occid. *arra(a)* ‘palmo’ podría muy bien ser un arabismo independiente, pero la idea no parece haber encontrado una acogida muy calurosa de parte de los expertos. Hay otro ejemplo que parece más probativo, señalado verbalmente por Hermann Berger, que nos atrevemos a exponer, aunque por lo que sabemos no ha sido publicado. Hay una palabra, atestiguada en distintas variantes en forma y sentido, cuya unidad no ofrece, sin embargo, duda alguna: es *buthun*, *gut(h)un*, *kutun*, ‘carta’, ‘libro’, ‘amuleto’ (de donde el empleo afectivo *ene kuttuna* ‘cariño mío’, etc.). Hay un denominador común obvio de todos estos valores, ‘escrito en general’, si se recuerda sobre todo que textos escritos son algunos de los objetos que aún hoy se guardan en la bolsita colgada al cuello que es el *kutun*.⁶

Schuchardt, que vio esto, lo equiparó con su ligereza habitual, comparable sólo a su sagacidad y a la amplitud de sus conocimientos, al fr. *coton* ‘algodón’, etc., referido claro está a la materia de que podía estar hecho el papel. Es fácil demostrar, aunque no vamos a hacerlo aquí, que esta explicación es fonéticamente inaceptable: baste recordar que en lab., etc., *kotoin* es el continuador vasco de *co-*

⁶ En Cegama, p. ej., hay *kutunes* con unas hojitas en las cuales van escritas las primeras palabras de los Evangelios. Cf. [J]. M. Barandiarán, dir., «La religiosidad del pueblo», *Anuario de Eusko-Folklore* 4 (1924), [1-149], p. 102 y también [Id., «Nacimiento y expresión de los fenómenos sociales», *ib.*, 151-229], pp. 167 s.

ton. No hay, en cambio, dificultad de este orden si partimos del árabe *kutub*, pl. de *kitāb* ‘escrito, documento, libro’: *-b* no existe en *vasc.*, ni *-p* tampoco prácticamente, aparte de que la sustitución es la misma que se observa en *cast. alacrán*.⁷

Otro término que no sabemos se haya explicado hasta ahora de esa manera, pero cuya oriundez árabe, al menos remota, salta a la vista es el hápax *azaga* ‘postrimería’ de *Refranes y Sentencias* 302, proverbio cuyo sentido no está del todo claro por no haberse hallado paralelos exteriores:⁸ *Azaga onic estau mandazaic* ‘Postrimería buena no la tiene mulatero’. Su relación con *rom. çaga* es evidente, pero ¿cómo explicar la *a-*? ¿Procede de la frecuente expresión medieval *a çaga*, resulta de un corte equivocado de *la çaga* o se trata simplemente del artículo árabe?⁹

5.4. Resulta instructivo, como elemento de comparación, un breve examen de una influencia exterior, también marginal y en pequeña escala, considerada sobre todo por C. C. Uhlenbeck: el de los préstamos de origen germánico. La lección que de este examen se puede sacar es que semejanzas aisladas en forma y sentido, incluso notables, no permiten por sí solas llegar a conclusiones seguras.

Si se admite —cosa perfectamente posible— que *vasc. e(h)un* ‘cien’ procede de un más antiguo **enun*, no hay dificultad alguna en la idea de que procede de una forma germánica: cf. gót. *ain hund*.¹⁰ A esto se añade que al derivado *vasc. e(h)untari* ‘centurión’ se le halla también un modelo germánico.¹¹

El *vasc. saldu* ‘vendido’ coincidiría con el *ingl. sell* ‘vender’: anglosajón *sellan* ‘entregar, etc.’, gót. *saljan* ‘ofrecer, sacrificar’, etc. No menos marcada es la semejanza entre *vasc. edo* ‘o (inclusivo)’ y alto al. ant. *eddo*, etc. ‘o’.¹²

⁷ Cf. *DCELC*, s.v.

⁸ J. de Urquijo, [«Los *Refranes y Sentencias* de 1596. Estudio comparativo»], *RIEV* 20 (1929), [212-217], p. 214.

⁹ Hay un caso, no explicado, en que alternan formas vascas con y sin *al-*, de valor análogo: *almaka* (*almehaka*, *alme*) ‘costado, ijada’ («os du costé, tendón» en Pouvreau), y *me(h)aka* ‘ijada’, ‘ladera, terreno en cuesta (contrapuesto a *ordoki*)’, que se documenta ya en 1284 (*Ariz Meaca*, *Vaga Meaqua*, en Roncesvalles). La relación de sentido es parecida a la que se observa entre *cuesta* y *costilla*, etc.

¹⁰ C. C. Uhlenbeck, [«Contribution à une phonétique comparative des dialectes basques»], *RIEV* 4 (1910), [65-120], p. 70.

¹¹ Caro Baroja, *Materiales*, p. 126.

¹² Cf., p. ej., *edo duruh forahhtün dera bella edo tiurida des ewīgin libes* «seu propter metum gehennae uel gloriam uitae eternae».

130 Ahora bien, la historia externa no habla en favor de que en estas y otras semejanzas haya algo más profundo que una coincidencia casual. La influencia germánica, gótica sobre todo, en el léxico de los romances hispánicos o galos, estudiada con todo detalle, es en resumidas cuentas muy pequeña, aparte de aquellos elementos (como *guerra*, etc.) que se incorporaron desde muy pronto al latín occidental. No resulta, pues, fácil de aceptar que los vascones, cuya actitud rebelde ante la dominación visigoda es bien conocida, tomaran de estos germanos la palabra equivalente a 'cien' que no habían tomado del latín. El vasco *e(h)untari* no presta el menor apoyo a esta hipótesis porque, como ya sospecha Caro Baroja, es según toda probabilidad una creación culta, más o menos artificial.¹³

No es descaminado señalar a este respecto que Navarra y sus alrededores muestran claramente un mínimo de nombres de persona de origen germánico en los siglos posteriores a la invasión musulmana. Estos son sin duda mucho más frecuentes en Castilla, para no hablar de regiones más occidentales, y aumentan también en número a medida que nos desplazamos hacia el este a lo largo de los Pirineos.¹⁴

Un término que ha hecho gastar torrentes de tinta es el *vasc.* (antiguamente común o muy general) *gudu* 'combate' (y no 'guerra' como erróneamente se suele decir) que, según Uhlenbeck,¹⁵ vendría de **gundu*, a su vez de origen germánico.¹⁶ Luego —desde Gavel, por lo menos— se ha visto que no es correcta la teoría de aquél, según la
131 cual una nasal puede perderse delante de oclusiva dentro del vasco mismo. Por lo tanto, si *gudu* no nos conduce a otra forma y seguimos apegados a su oriundez germánica, tendremos que buscar la fuente

¹³ En Añibarro, lo mismo que en Aizquíbel, Lardizábal, etc. (pero no en Haraneder-Harriet: *ehun guizonen aiticindari*), la palabra procede de Larramendi, quien fue verosímilmente su inventor: «Centurión, *euntaria*, *eundiaria*. Lat. *centurio*».

¹⁴ J. M. Piel, cuya autoridad en esta materia es conocida, cree que son de origen germánico ciertos nombres «monotemáticos», como *Mumma*(*domna*) o *Tota*, bien documentados en Navarra durante la Edad Media: cf. «Sobre a formação dos nomes de mulher medievais hispano-visigodos», *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid 1956, VI, pp. 111-150. No deja de ser sorprendente, sin embargo, que aparezcan entre nosotros tales nombres monotemáticos cuando los compuestos, tan característicos de la antroponimia germánica, faltan casi por entero.

¹⁵ «Contribution à une phonétique comparative des dialectes basques <II>», *RIEV* 4 (1910), [65-120], p. 71.

¹⁶ Cf. *IEW*, p. 492.

del término vasco en un dialecto germánico (cf. anglosajón *gúth*, p. ej.) donde las nasales se han perdido con alargamiento de la vocal precedente ante ciertas consonantes.¹⁷ Pero, aunque los vascos han tenido contactos más bien tardíos con los ingleses, sin hablar de otros anteriores y menos permanentes con los normandos, no parece razonable buscar fuera del gótico la fuente de un término tan difundido en otros tiempos.¹⁸ No parece haber, por lo tanto, mayor obstáculo para seguir relacionando, como hacen otros, el vasc. *gudu* con el ib. *cutu-* que, como se sabe, ha dado origen a tantas discusiones.

De una manera parecida, uno se resiste a creer que vasc. *garbi* ‘limpio’ —muy general, aunque no común y en concurrencia con *xa(h)u*, que viene al parecer del lat. *sanus*— tenga un origen germánico (cf. *FEW*, XVI, p. 23, s.v. **garwon*), en relación con una familia románica en la que se suele incluir el esp. *garbo*.¹⁹

5.5. Que la homonimia casual, la semejanza chocante en forma y sentido, entre voces de lenguas muy distintas no debe ser excluida de nuestras consideraciones cuando nos dedicamos a la comparación, es algo que se ha indicado muchas veces con ejemplos muy probativos. Estos pueden ampliarse tomándolos de las lenguas más diversas.

He aquí dos que conciernen a la lengua vasca. El vasc. *txar* ‘malo’ no necesita presentación, ya que parece atestiguar incluso en los romances vecinos: gasc. *charre* y, con menos seguridad, cast. *charro*. Y, sin embargo, muy lejos de aquí lo hallamos casi repetido en el armenio *čar* ‘malo’.

132

Con todo, si nos remontamos a los respectivos orígenes inmediatos, las cosas toman un aspecto completamente distinto. La voz armenia fue explicada por S. Bugge como una formación negativa, cf. arm. *oč* ‘no’, que contiene el radical del aoristo *arar* ‘hizo’, etc.²⁰ El adjetivo vasco, a su vez, procede del común *za(h)ar* ‘viejo’, usado

¹⁷ Véase p. ej. H. Krahe, *Germanische Sprachwissenschaft*, Berlín 1960, I, p. 116.

¹⁸ Cf. U. Schmoll, *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*, Wiesbaden 1959, p. 3, n. 2: «Dazu möchte ich bemerken, dass ich an eine Entlehnung von *gudu* aus dem Altsächsischen erst glaube, wenn im Baskischen noch weitere germanische Lehnwörter mit ingwäonischer Lautform nachgewiesen werden».

¹⁹ Pero cf. *DCELC*, s.v.

²⁰ *IEW*, p. 56. Falta en G. R. Solta, *Die Stellung des Armenischen im Kreise der indogermanischen Sprachen*, Viena 1960, p. 367.

con valor despectivo en segundo miembro de compuestos, empleo que en otra forma no es desconocido en las lenguas balcánicas.²¹

El vasc. *(h)orma* recuerda el finés *härmä* ‘escarcha’. También aquí la comparación no resiste el examen por la sencilla razón de que sabemos algo de la prehistoria de ambas voces. La palabra finesa procede, con un cambio regular en la consonante inicial, del lituano *šarmà* ‘escarcha’;²² el origen de la palabra vasca, que une el sentido de ‘hielo’ al de ‘pared’, está en lat. *forma* (cf. gasc. *arroume* «muraille en pierres superposées sans mortier»), etimología que apoya la variante *borma*, atestiguada en Oihenart con ambos valores.

133 5.6. Volviendo a nuestro tema después de esta larga digresión, digamos que es lógico y natural suponer que no ha sido el latín la primera lengua indoeuropea que se ha hallado en contacto con la vasca. Es lógico y la presunción está abonada por toda una larga serie de razones históricas y arqueológicas. Basta con decir aquí que las excavaciones de estos últimos años, sobre todo en Navarra, no han hecho más que aumentar el número y la fuerza de los argumentos favorables.

Hemos mencionado ya el testimonio de la antroponimia, válido en sustancia para Álava y una parte de Navarra. Si de los nombres de persona pasamos a los de lugar, recordaremos que hay bastantes topónimos, no explicados dentro del vasco mismo, que pueden muy bien tener origen indoeuropeo prelatino. Aparte de los que hallamos en autores clásicos y no han sobrevivido (*Alba*, *Neroúia*, *Souestásion*, *Trition Toubóricon*, etc.), tenemos el clarísimo *Deva*, río y población, conservado hasta hoy en zona de habla vasca. *Ulzama* en Navarra, cuya forma medieval era *U(t)çama*,²³ podría ser un continuador moderno más de *Uxama*,²⁴ con lo que se abre la posibilidad de que otros nombres en *-ama*, sin explicación vasca, como *Berama* en Na-

²¹ Sandfeld, *Linguistique balkanique*, p. 43, n. 2.

²² L. Hakulinen, *Handbuch der finnischen Sprache*, Wiesbaden 1960, II, p. 48, *IEW*, pp. 573 s. La base indoeuropea (**k'ormā*) fue relacionada por Uhlenbeck con vasc. *(h)orma*.

²³ La líquida anteconsonántica es efecto de la repercusión de la nasal, con disimilación posterior: cf. *Unzama* en Ataun, 1733 [J]. Arín Dorronsoro, «Toponimia del pueblo de Ataun», *Anuario de Eusko-Folklore* 8 (1928), [55-151], p. 68.

²⁴ Sobre *Osuma*, véase Corominas, [«Schmoll's study on pre-Roman Hispanic languages»], *ZRPh* 77 (1961), [345-374], p. 361. El topónimo vasco, de tener el mismo origen, continúa más fielmente el nombre documentado en los textos clásicos y en el celtib. *uśamus*.

varra (cf. celtibérico *ueramos*, *uoramos*), *Beizama*, *Cegama*, contengan el mismo sufijo indoeuropeo *-amā*, *-isamā*. Algo parecido se ha supuesto para *-ika*, tan frecuente en nombres de población de la parte occidental del país. En todo caso, e independientemente de la aprobación o repulsa que merece cada una de estas aproximaciones, no es aventurado decir que de un examen de conjunto de la toponimia vasca no se llega a resultados que se opongan a la hipótesis de una penetración lingüística indoeuropea incluso intensa, que llegó hasta a lo que luego han sido zonas centrales de Vasconia.

5.7. Todo esto nos autoriza a suponer, como hipótesis esperanzadora de trabajo, que el vasco, que tan clara lleva la huella de su convivencia con el latín y sus continuadores románicos, conserva también marcas evidentes —en el léxico, si no en los morfemas gramaticales— de un contacto anterior, y en parte simultáneo, con otras lenguas de la misma familia, fueran éstas o no específicamente célticas.²⁵ Pero la hipótesis debe ser primero puesta a prueba a fin de ver si lingüísticamente queda justificada o en qué medida se justifica.

Los resultados de la labor iniciada por H. Schuchardt y otros parecieron suficientes a H. Pedersen para dar un breve resumen de ellos en una obra mercedamente divulgada, consagrada al conjunto de las lenguas célticas.²⁶ Otros autores la han proseguido después, desde el lado indoeuropeo o desde el vasco.²⁷ El fruto de todo ello es una masa considerable de aproximaciones que por lo común se considera hoy como prueba suficiente de una honda influencia indoeuropea prelatina en el léxico vasco.

²⁵ Para las lenguas indoeuropeas de la Hispania antigua, citaremos, además del libro de Schmoll (arriba, [p. 272], n. 18) y los trabajos contenidos en *ELH*, las obras siguientes: M. Lejeune, *Celtiberica*, Salamanca 1955, y A. Tovar, *The ancient languages of Spain and Portugal*, Nueva York 1961.

²⁶ *VGKS*, I, p. 21.

²⁷ Algunos de éstos son: G. Bachr, *Baskisch und Iberisch*, Bayona 1948, en especial pp. 31 ss. Nils M. Holmer, «Las relaciones vasco-celtas desde el punto de vista lingüístico», *BAP* 6 (1950), 399-415. Tovar, *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires 1949, pp. 67 ss., y cf. [A. T<ovar>, «Observaciones del prof. J. Pokorny sobre el vasco y el celta»], *BAP* 3 (1947), 112-113. C. C. Uhlenbeck, «Vorlateinische indogermanische Anklänge im Baskischen», *Anthropos* 35-36 (1940-1941), 202-207. Es de carácter más general la contribución de G. Lacombe y R. Lafon, «Indo-européen, basque et ibère», a la *Festschrift für H. Hirt* [ed. H. Arntz, Heidelberg 1936], II, pp. 109-123, un extracto de la cual puede verse en [R. Lafon, «L'état actuel du problème des origines de la langue basque»], *Eusko-Jakintza* 1 (1947), [37-49, 151-163, 505-524], 154 ss.

Creemos, sin embargo, que las cosas examinadas en detalle no están tan claras como se admite generalmente. Ningún prejuicio, digámoslo de antemano, nos mueve a menospreciar un influjo que de ningún modo negamos de plano. De existir alguno, obraría precisamente en sentido contrario. Es patente, en efecto, que nada presta tanta ayuda a quien quiera penetrar en la prehistoria de la lengua vasca como los préstamos procedentes de lenguas de historia —o prehistoria— bien establecida. En nuestro caso sería, pues, precioso el testimonio de términos incorporados al léxico vasco varios siglos antes que los primeros préstamos latinos.

Todo depende, como es natural, de las condiciones que estatuyamos para admitir que un término vasco es con una probabilidad razonable un préstamo procedente de una lengua indoeuropea distinta del latín. Por nuestra parte, señalaríamos los siguientes requisitos: (1) la derivación debe ser satisfactoria fonética y semánticamente;²⁸ (2) el sentido en que se ha hecho el préstamo debe ser claro o, en otras palabras, el carácter indoeuropeo del término tiene que estar bien establecido; (3) la comparación ha de hacerse entre palabras vascas y palabras de lenguas indoeuropeas, no entre palabras y raíces o entre raíces y raíces; (4) debe haber razones bastantes para admitir que tales palabras formaban parte del vocabulario de una lengua indoeuropea occidental, es decir, próxima en el espacio; (5) tendrá que poder descartarse, finalmente, como menos verosímil la hipótesis de que el latín o los romances hayan sido los vehículos inmediatos de la transmisión.

No es este lugar apropiado, como salta a la vista, para discutir minuciosamente todas y cada una de las aproximaciones propuestas: tendrán que ser más bien algunos ejemplos escogidos los que muestren las dificultades con que se tropieza para llenar los requisitos consignados. Desde luego, éstos se inclinan del lado de la severidad por cuanto imponen severas restricciones a la comparación: no parecen, con todo, exageradas, sino simplemente necesarias.²⁹ Si la lingüística diacrónica se ha de cimentar sobre bases sólidas, es prefe-

²⁸ En cuanto a los sonidos, hay que buscar homologías, como se ha visto en 2.3, y no meras analogías.

²⁹ No difieren mucho de las que impone, desde otro punto de vista, J. Huberschmid para la indagación etimológica de las palabras de sustrato. Véase p. ej. [«Zur Geschichte, Problematik und Methodik der Erklärung von Ortsnamen aus dem mediterranen Substrat», en] *Actes et mémoires du VI^e congrès international de sciences onomastiques*, Munich 1961, II, pp. 384-402.

rible pecar, aquí como en otras partes, por rigor que por sobrada tolerancia. 136

5.8. Entre las etimologías que deben rechazarse por razones formales o semánticas no se tratará de ciertas aproximaciones que no pasan de ser simples juegos de ingenio, como la de vasc. *zu* ‘vos’, antiguo pronombre de 2.^a pers. pl., con i.-e. **sw-* en irl. ant. *sí, sissi*, galés *chwi* ‘vosotros’, gót. *izwis* ‘os, a vosotros’, etc.³⁰ Por el contrario, entre las comparaciones que a primera vista parecen más prometedoras, elegimos una de varias (vasc. *lur* ‘tierra, suelo’ : irl. *lár*, gal. *llawr*, etc., vasc. *larru* ‘cuero’, ‘piel’ : irl. *lethar*, gal. *lledr*, etc.),³¹ cuya aparente solidez se desvanece en cuanto penetramos un poco más allá de su especioso aspecto.

En relación con la numeración vigesimal, común a las lenguas célticas con el vasco (y el francés, p. ej.), se ha supuesto más de una vez que el vasc. *(h)ogei* ‘veinte’ «corresponde evidentemente a una forma celta». ³² Las más próximas de éstas serían las britónicas: gal. medio *ugeint*, mod. *ugain*, corno *ugens*, *ugans*, bretón *ugent*.³³

Sería digna de atención esta aproximación si fuera verosímil que el vasco hubiera tomado este numeral de una lengua britónica en fecha ya bastante tardía, pero, como esto no resulta aceptable, nadie se ha atrevido, que sepamos, a suponerlo. Queda como única posibilidad, por lo tanto, que el préstamo sea antiguo, en cuyo caso, lejos de partir de las variantes célticas medievales o modernas, la comparación sólo puede basarse en su prototipo reconstruido común, **wi-kant-ī*, de donde se siguen aquéllas a consecuencia del paso britónico (pero no goidélico) común de *wi-* a *u-* (*ü-*),³⁴ de la sonorización (lenición) de la oclusiva intervocálica, de la afección (y epéntesis en galés) de la vocal interior por la vocal final perdida (cf., en préstamos, gal. medio *dreic* ‘draco’, *lleidr* ‘latro’), a lo cual hay que sumar la espirantización de *t* en corno. En suma, la palabra vasca se parece a las formas célticas a las que no debe parecerse, ya que la 137

³⁰ *IEW*, p. 514. Cf. Holmer, [«Some Old-Irish forms»], *Ériu* 17 (1955), [106-111], pp. 106 s.

³¹ *VGKS*, I, p. 48, y II, p. 45.

³² Tovar, *Estudios*, p. 70.

³³ Para irl. *fiche*, gen. *fichet*, ‘veinte’, cf. R. Thurneysen, *A grammar of Old Irish*, Dublín 1946, p. 247.

³⁴ *VGKS*, I, p. 42.

fecha de estos cambios es demasiado baja³⁵ para poder ser tenida en cuenta en nuestro caso, y no se parece a la que debiera parecerse, de ser correcta la comparación. Todo esto, claro está, no es óbice para que exista una conexión histórica entre los sistemas de numeración vigesimal céltico y vasco (en cuanto forma, no materia), fenómeno que puede ser totalmente independiente.³⁶

La ecuación vasc. *iratze* 'helecho' : irl. *raith* (< **рати-s*), etc., tiene toda la apariencia de no corresponder a nada real. De acuerdo con el comportamiento de los préstamos tomados del latín, se esperaría vasc. **arr-*: es cierto que faltan pruebas de que en fecha más antigua no pudiera darse la prótesis vocálica vasca ante vibrante no reforzada, pero también es cierto que no hay el menor indicio en apoyo de ese supuesto. Esto es lo único que importa, porque el *onus probandi* carga sobre el que mantiene la postura afirmativa, puesto que el escepticismo es la única postura razonable ante la falta de pruebas. No se ve tampoco a qué puede corresponder ahí vasc. *tz*, a no ser que sea el reflejo del nominativo céltico *-ti-s*, con caída de la vocal.³⁷

Todo esto es, por otra parte, innecesario, porque el vasc. or. *ira-tze* 'helecho' está inseparablemente unido al occid. *ira* 'id.', y *-tze* es un sufijo vasco frecuente, sobre todo con nombres de plantas. Otro tanto ocurre con el hábil juego de prestidigitación comparativa, presentado por Uhlenbeck, según el cual vasc. *bep(h)uru* 'ceja' sería un compuesto de vasc. *bet-* (de *begi* 'ojo') y de i.-e. **bhrū-* 'ceja'. El vasco común *buru* 'cabeza, cabo, extremo, etc.' se basta y se sobra para explicar el último miembro.

³⁵ Para la cronología de los cambios fonéticos en las lenguas britónicas, véase el libro fundamental de K. Jackson, *Language and history in early Britain*, Edimburgo 1953.

³⁶ La comparación de vizc. *angio*, *angi* 'dehesa, lugar de pasto acotado' con irl. ant. *aingid* 'protege', pretérito *anacht* (cf. *LEIA*, s.v. *aneg-*) fue ya rechazada con razón por Pokorny [A. T<ovar>, «Observaciones del prof. J. Pokorny... »], *BAP* 3 (1947), [112-113], p. 113. La recordamos ahora porque Corominas, [«Schmoll's study...»], *ZRPh* 77 (1961), [345-374], pp. 353 s., deriva del vasc. *angi* varios topónimos españoles. Para uno de ellos, *Anguiano*, vale la pena de señalar que el editor del Cartulario de San Millán lo identifica con el ant. *Anguidanos* (núm. 85, p. 98), *Ankidanos* (núm. 274, p. 277), identificación que de ser correcta obligaría a modificar en algún punto la hipótesis de Corominas.

³⁷ Esta sería también la única manera de que vasc. *(h)artz* 'oso' proceda del celta **artos* (irl. ant. *art*, etc.), suponiendo que vasc. *h-*, que aparece ya en aquitano *Harsus*, sea adventicio. De otro modo, en contra de lo que se suele afirmar, *(h)artz* podría ser indoeuropeo, pero en modo alguno céltico.

La tentativa de Corominas, s.v. *sil*, de explicar esta voz románica junto con vasc. *zulo*, *zilo* ‘agujero’ por un céltico **sīlon*, de donde irl. ant. *sil* ‘semilla’, etc., tropieza de parte vasca con el hecho de que *zulo* parece ser aquí la forma antigua, mientras que *i* ha debido de nacer en el extendido diminutivo *xilo*. Por otra parte, se esperaría que una *l* no geminada (es decir, sujeta a lenición en las lenguas célticas) tuviera como correspondencia entre vocales a vasc. *r*. Para una *l* fuerte o geminada la correspondencia sería cast. *-ll-* : vasc. *-l-*.

Sin mencionar formas que por su brevedad difícilmente permiten llegar a conclusiones de alguna firmeza³⁸ o palabras que por su configuración hacen pensar que son de carácter expresivo,³⁹ la comparación de vasc. *(h)aitz*⁴⁰ con la extendida familia indoeuropea de indio ant. *dyas-* ‘hierro, metal’, lat. *aes* (gen. *aeris*), ‘cobre, bronce’, etc., naufraga ante el escollo de que la palabra vasca siempre y en todas partes significa ‘peña’, sin la menor referencia al concepto de metal en general o de un metal determinado.⁴¹

139

5.9. Las ecuaciones más satisfactorias por la forma y por el sentido se encuentran quizá en un grupo de palabras que, como escribe Tovar,⁴² «no son seguramente préstamos, sino restos, en una y otra lengua, del sustrato o sustratos del occidente de Europa». El ejemplo típico, y a la vez el mejor, es el de vasc. *and(e)re* ‘señora’ (y, al parecer secundariamente, ‘mujer’), vizc. *andra*, atestiguado ya en la onomástica aquitana, irl. ant. *ander* ‘mujer (joven)’ y términos emparentados en las lenguas britónicas con significado divergente (‘novilla’, etc.),

³⁸ Sobre la posible relación de i.-e. **wer-*, **ūr-*, etc. y vasc. *(h)ur* ‘agua’, véase ahora la abundante documentación reunida por Hubschmid, art. cit., pp. 399 ss.

³⁹ A este grupo puede pertenecer el ronc. *dundu* ‘azul’ (diminutivo *ddunddu*, *ddundduxka*), sul. *dündü* ‘temps sans soleil ni pluie, obscur, nuageux’, comparado por Bähr, *[[Baskisch und Iberisch...]]*, p. 26, con celta **donno-*: cf. IEW, pp. 270 s., Tovar, *Estudios*, pp. 77 s. y 193, y K. H. Schmidt, *Die Komposition in gallischen Personennamen*, Tübinga 1957, pp. 196 s.

⁴⁰ Se halla por primera vez, aunque limitada al latín, en M. de Lecuona, *Literatura oral euskérica*, San Sebastián 1935, p. 12, n. 1.

⁴¹ Hay naturalmente un cierto número de coincidencias curiosas como la de irl. ant. *ás* ‘crecimiento’, de donde el verbo *ásaid*, de una parte y de otra vasc. *(h)azi* ‘crecido’, ‘criado’, ‘semilla’ (y acaso *hatz*, *az* ‘casta’). Conviene, sin embargo, recordar que irl. *-s(s)-* no puede ser el continuador de una sibilante simple antigua, sino de un grupo. Aquí (véase LEIA, s.v. *ás*), se ha pensado en **-t-t-*: cf. gr. *patéomai* ‘me alimento, como’, gót. *fodjan* ‘alimentar’, etc.

⁴² *Estudios*, p. 75.

que han tenido continuación en galo-románico. Pero ni la aproximación gr. *ánthos* 'flor', etc. (*IEW*, p. 41), ni la ingeniosa hipótesis de Pedersen (*Journal of Celtic studies* 1, 1949-1950, 4-6),^a resultan suficientemente convincentes,⁴³ por lo cual la posición escéptica de Vendryes, s.v., resulta justificada: «L'existence en basque d'un mot *andere* 'dame' a fait croire à un emprunt du celtique à l'ibère; mais on pourrait aussi bien imaginer un emprunt du basque à un celtique commun **andera...* Il semble d'ailleurs qu'il faille partir du sens de 'jeune animal'; la spécialisation au sens de 'jeune femme' serait secondaire». Basta con entender *ibérico* en sentido amplio.

140 Convienen también perfectamente el vasc. común *adar* 'cuerno' (y 'rama') y el irl. *adarc*, fem., 'cuerno', mod. *adharc*, que carece de etimología indoeuropea: de origen céltico, a través del griego, es al parecer el lat. *adarca* «écume (d'origine saline) naissant autour des Roseaux sous le panicule».⁴⁴ La discrepancia en la parte final podría explicarse ya suponiendo con Pokorny, *ZRPh* 68 (1952), pp. 420 s.,^b que el término occidental ha sido ampliado en celta con el sufijo *-kā*, ya admitiendo, con Holmer, que el vasco ha suprimido la terminación original, dado que aquí *-ka* es un sufijo adverbial común y muy frecuente (*adarka* significaría 'a cornadas'). Una mutilación muy diferente habría sufrido el vasc. *ar(h)an* 'ci-ruela' si, como suele pensarse, está emparentado con el grupo románico de arag. *arañón*, etc., y, de más lejos, con el céltico formado por irl. *áirne*, gal. *eirin* (sing. *eirinenn*), etc. Conviene recordar además que las protoformas de estos dos grupos no son iguales, aunque sí similares: las formas románicas parecen suponer **agraniō*⁴⁵ y las célticas **agrīnjā*.⁴⁶

Habría también que mencionar aquí la semejanza que se advierte entre el nombre vasco de la 'plata', *zil(h)ar*, *zirar*, y el de ese metal en varias lenguas indoeuropeas, no célticas, como gót. *silubr*, etc.

5.10. Reiterando lo dicho arriba, la comparación entre palabras vascas de una parte y raíces indoeuropeas de la otra sólo puede

^a «Old Irish *aínder*, 'a young woman'». ^b V. nota 43.

⁴³ Cf. Pokorny, [[«Zur Herkunft von gall. **anderos*, 'Feuerbock'»], *ZRPh* 68 (1952), 418-421.

⁴⁴ J. André, *Lexique des termes de botanique en latin*, [París 1956], s.v. Véanse además *DELL*, s.v. *adarca*, y *LEIA*, s.v. *adarc*.

⁴⁵ *DCELC*, s.v. *arándano*, con bibliografía.

⁴⁶ *LEIA*, s.v. *áirne*, *VGKS*, II, p. 59, *IEW*, p. 773.

considerarse a lo sumo como una primera aproximación, nada satisfactoria por el excesivo margen de error que admite uno de los términos.⁴⁷

Las dudas sobre la corrección de la ecuación que iguala el vasc. *argi* 'claro, luz', con i.-e. **arg'* (*IEW*, pp. 64 s.), satisfactoria a primera vista en todos los sentidos, empiezan cuando se recuerda que el único tema en *-i* seguro de ese grupo indoeuropeo se halla en el adjetivo hitita que significa 'blanco'.⁴⁸ Es cierto que gr. *argi-* existe en composición, pero, conforme a una distribución bien conocida, *-i-* en primer miembro de compuestos corresponde a formas simples en *-ro-*.⁴⁹

141

Es evidente también que la distancia en el espacio impone una gradación en las posibilidades de acierto en la comparación. El que un término no esté documentado en ninguna lengua indoeuropea occidental no supone, claro es, la imposibilidad de que existiera alguno, perdido luego sin dejar rastro, pero constituye en todo caso un indicio negativo que habrá de ser tenido en cuenta. Por ello, cuando la comparación sólo puede establecerse con las lenguas lejanas, resulta recomendable la mayor prudencia, que ni siquiera puede abandonar quien se ocupa de la etimología del léxico de una lengua indoeuropea. Esta es la prudente postura de Vendryes, p. xiv, cuando con respecto al irlandés se trata de lenguas distintas de las célticas, itálicas y germánicas: «Les contacts sont plus lointains avec les autres langues; et il faut être prudent lorsque pour un mot irlandais le seul rapprochement qui ait été proposé et paraisse plausible est avec un mot slave ou un mot arménien. En principe, il faut toujours se défier d'un rapprochement qui porte sur deux langues séparées par un long intervalle dans l'espace ou dans les temps». La desconfianza habrá de ser mayor por necesidad cuando lo que se supone es un préstamo y no la retención de un elemento de léxico patrimonial.

Así sucede en nuestro caso con la aproximación de vasc. *gose* 'hambre, hambriento' a hit. *kast-* 'hambre' con un término emparentado en tochario, para no hablar de otros menos seguros.⁵⁰ fonéti-

142

⁴⁷ Cf. É. Benveniste, [reseña de P. Naert, *La situation linguistique de l'ainou. I. Aïnou et indo-européen*, Lund 1958], *BSL* 55 (1960), [51-53], p. 52.

⁴⁸ Con un representante de difícil interpretación en tochario.

⁴⁹ En este caso gr. *argós*, disimilado de **argrós*, según la explicación de Wackernagel: cf. M. Mayrhofer, *Kurzgefasstes etymologisches Wörterbuch des Altindischen*, [Heidelberg 1953], I, p. 121.

⁵⁰ Mayrhofer, I, pp. 291 s. y 358.

camente, el acuerdo no es tampoco demasiado perfecto. Otro ejemplo podría ser vasc. *erdi* ‘medio, mitad’, comparado con el grupo de indio ant. *árdha-* ‘parte, lado, mitad’, lit. *ardyti* ‘separar’, etc. Ya G. Bähr, al reconstruir el protovasco **suni* ‘yerno’, se extrañaba de que presentara «una sorprendente analogía con el vocablo indogermánico para hijo», pero renunciaba a establecer una conexión al no encontrar un mediador plausible: «Se tratará de una pura coincidencia, pues un préstamo del visigótico, que sólo entra en cuestión, es improbable por razones diversas».⁵¹

5.11. El grupo más numeroso, y en parte también el más abierto a discusión, es el de los presuntos préstamos indoeuropeos, de origen céltico en buena parte, que pueden haberse introducido en el léxico vasco no directamente, sino por intermedio del latín y de las lenguas románicas. En finés, pongamos por caso, se descubren palabras de origen latino (algunas de las cuales tienen correspondencia en vasc.) como *arkku* ‘caja, arca’, *kattila* ‘caldera’, *kauppa* ‘comercio’, *liina* ‘lino’, *punta* ‘peso’, *siunata* ‘bendecir’,⁵² que inmediatamente proceden del germánico y sólo desde muy lejos del latín. Esta es una posibilidad que con muy buen acuerdo nunca excluye J. Hubschmid al estudiar el origen de las palabras de sustrato.⁵³

143 Son claros por lo general los de fecha románica: *bezu* ‘costumbre’ (cf. vizc. *bezau* ‘domado’, es decir, ‘avezado’, que naturalmente se relaciona con lat. *uitium* y no con irl. *bés*), *gereta* ‘jaula de seto, puerta rústica’, *goná* ‘falda’, *landa* ‘campo’, *seska* ‘caña’, etc.; el vasc. *mea* (y *pea*) ‘mineral’ es incluso posible que provenga del rom. *vena* y no de *mena*. En cuanto a *kai*, las indicaciones imprecisas que abundan en los diccionarios vascos han llevado a Tovar a creer que «más que con el fr. *quai* tiene que ver con el sentido originario que tenemos en el celta **caio-* ‘cercado’, galés *cae* ‘idem’, air. *cae* ‘casa’». Lo cierto es que ‘puerto’ se dice *portu* en toda la costa vasca, y que *kai* corresponde muy aproximadamente a ‘muelle’: «Muelle en los puertos de el mar, *caya*, *caiguiña*. Lat. *artificialis portus*», escribía Larramendi en 1745.⁵⁴

⁵¹ *Los nombres de parentesco en vascuence*, Bermeo 1935, p. 31.

⁵² L. Hakulinen, *op. cit.*, II, pp. 57 s.

⁵³ Así p. ej. en *Pyrenäenwörter*, p. 64: «Nur besteht die Möglichkeit, dass vorromanische Wörter erst mit der Romanisierung der Pyrenäen ins Baskische gedrungen sind, wie z.B. nnav. soul. *arroil...*».

⁵⁴ La mención más antigua de *kai* se halla, salvo error, en el bilbaíno Micoleta (1653): «orilla de mar o río, *caya*». En otro lugar anota: «orilla (generalmente), *basterra*».

Las dudas se acrecientan a medida que nos remontamos a capas más antiguas del léxico. Una voz que parece haber sido conocida en toda el área vasca es *gezi* ‘dardo’, cuya semejanza con lat. *gaesum* «grauē iaculum» salta a la vista. A su vez, *gaesum* es un préstamo del celta (irl. *gae*, etc.), con lo cual queda abierta la cuestión de cuál ha sido la fuente inmediata de vasc. *gezi*. Podría esperarse una indicación del tratamiento del diptongo original (no vasco, puesto que aquí *ai* parece haber sido frecuente durante los dos últimos milenios), pero por una parte faltan ejemplos seguros de los que pudiera inferirse cuál fue el resultado de lat. *ae* en los préstamos más antiguos y tampoco se pueden señalar por otras fechas precisas a la monoptongación de *ai* en los dialectos célticos continentales: no se había llegado aún a ella, como se sabe, en la fase más antigua de las insulares. 144

Otro término citado a menudo como prueba firme de interferencia céltica en el léxico vasco es *izoki(n)* ‘salmón’, cuya final (< *-ina?) tiene más aspecto latino-románico que céltico. Ahora hay que tomar además en cuenta el asturiano *esguín* (pl. *esguinos*) ‘cría del salmón’ (o ‘trucha asalmonada?’), aducido por F. Castro Guisasa.⁵⁵ Para Corominas, *esguín* (s.v., Adiciones) se tomó probablemente del vasco, donde la voz pudo introducirse por medio del lat. tardío *esocina*.⁵⁶ En todo caso, la terminación no parece céltica, aunque tampoco aquí reina el acuerdo a este respecto, cosa que no siempre se cuida de señalar: el irl. ant. *éo* (gen. *iach*) puede corresponder bien a galo-lat. *esox*, pero no así el galés medio *ehawc*, con -h- no regular por -s-, y las demás formas britónicas, que suponen *-āko-.⁵⁷

5.12. Aunque los reparos presentados hasta aquí invalidaran totalmente —cosa que en modo alguno se pretende— las aproximaciones estudiadas, quedaría con todo una lista bastante larga de otras propuestas, mejores o peores. Citaremos, entre otras que podrían entresacarse, vasc. *erbi* ‘liebre’ : irl. ant. *heirp* ‘dama, capra’, de **erbhī-*.⁵⁸

⁵⁵ [F. C<astro> G<uisasola>, «Los nombres vascos del salmón y del tábano»], *BAP* 1 (1945), 153-155.

⁵⁶ Ya Holmer, [«Las relaciones vasco-celtas...»], *BAP* 6 (1950), [399-414], p. 403 escribe: «La calidad de la vocal inicial así como el sufijo derivativo (-ino?) habla en favor de una formación románica». Para port. ant. *irze* < *hysex*, véase J. M. Piel, [«Hysex, esox e irze»], *Humanitas* 1 (1947), 122-129.

⁵⁷ Thurneysen, p. 203, K. Jackson, p. 358, n. 3, y p. 362.

⁵⁸ *IEW*, p. 326. Holmer, [«Las relaciones vasco-celtas...»], *BAP* 6 (1950), p. 405, presenta un paralelo para salvar la diferencia de valores.

gori ‘candente’ : irl. ant. *fo.geir* ‘se calienta’, causativo *guirid* ‘calienta’, gal. *gori* ‘empollar’ (con representación románica en cast. port. *gorar* ‘incubar’, vid. Corominas, s.v. *huero*); *mando* ‘mulo’;⁵⁹
 145 *mendi* ‘monte’, que podría —simplemente, podría— venir de **men-ti*, con *en* procedente acaso de *n* vocálica, es decir, con el vocalismo cero que teóricamente le tocaba a lat. *mons*;⁶⁰ *orein* ‘ciervo’⁶¹; *ork(h)atz* ‘corzo’, apuntado por Pokorny, con una sospechosa pérdida «goidélica» de **j-*; (*h*)*egi*, -(*t*)*egi*, de valor original mal precisado («*hegui* costeau ou *thegui* habitacle», traducía el suletino J. de Béla en el siglo XVII) : irl. ant. *tech*, gal. ant. *tig* ‘casa’, etc., de *tegos*, neutro, que ofrece también dificultades fonéticas,⁶² etc. Dejando la mención de más ejemplos para otra ocasión,⁶³ acabaremos presentando una sola muestra. Se trata de vasc. *maite* ‘querido’, irl. ant. *maith* ‘bueno’ (< *mati-*),⁶⁴ bien representado también en britónico. Holmer ha mostrado que no hay impedimento en los sonidos, si se parte de un prototipo vasco con *t’* (la pronunciación *matte* es corriente en muchas zonas) de tipo afectivo, resuelto después en *it*. Semánticamente, resulta sugestiva la comparación de la construcción vasca *maite du* ‘le (la) quiere’, lit. ‘carum (caram) habet’, con irl. ant. *is maith less* ‘le gusta, lo considera bueno’ (cf. vasc. *on[h]etsi*, *on-eritz* ‘amar’, lit. ‘considerar bueno’), con arreglo al modelo, vivo todavía, que

⁵⁹ Tovar, *Estudios*, pp. 74 y 155 ss., con bibliografía. H. Krahe, *Die Sprache der Illyrier*, Wiesbaden 1955, I, pp. 84 y 115. Hubschmid, *Pyrenäenwörter*, pp. 28 s.

⁶⁰ DELL, s.v.

⁶¹ IEW, pp. 303 s. En el mismo artículo, pp. 302 s., se incluye el cast. *aliso*, para cuya relación con vasc. (*h*)*altz*, cf. DCELC, s.v. *aliso* y Hubschmid, [«Lenguas prerromanas de la Península Ibérica...»], ELH, p. 137.

⁶² Sobre un posible **tegja*, en vez del esperado **tegesa* o salido de él, que explicaría los plurales irl. ant. *tige*, gal. *tei* (mod. *tai*), cf. Holmer, [«Postvocalic *s* in insular Celtic»], *Language* 23 (1947), [125-136], pp. 133 s., y K. Jackson, pp. 266, 350 y 449. El problema se complica con la intromisión de lat. *attegaia*: véase DELL, s.v., Tovar, *Estudios*, p. 71, n. 4.

⁶³ Así galo-lat. *dusius* «daemon immundus, incubus» : vasc. (hapax) *tusuri*, al parecer ‘demonio’, cf. IEW, p. 269. En cuanto a vasc. *laia* «branche de vigne» (Pouvreau), «un outil dont on se sert en Espagne au lieu du soc pour labourer la terre» (Oihenart), coincide muy bien en cuanto a la forma con el irl. ant. *láige*, mod. *láighe* «a mattock, a spade, a ‘loy’», de **lāgǵā*, según IEW, p. 652, pero plantea difíciles problemas de transmisión. Cf. Tovar, *Estudios*, p. 78, Hubschmid, FEW, V, p. 131, donde se sostiene con buenas razones que el sentido de ‘rama’ pudo muy bien ser el primitivo.

⁶⁴ LEIA, s.v. *maith* y *math*.

aparece en *ní mebul lemm* ‘no me avergüenzo’, *is machthad limm* ‘me admiro’, etc.⁶⁵

Al lado de tanta crítica —negativa, aunque quizá saludable— de propuestas ajenas, permítasenos presentar una de propia cosecha. En la mayor parte del País Vasco, el término usual para ‘(la) pez’ (vid. infra, 2.11) es *bik(h)e*, *p(h)ike*, tomado del lat. *pīx*, *picem*. Al oeste, sin embargo, se conserva otro nombre, más antiguo según las apariencias: *ui*. Ahora bien, aunque el detalle de las correspondencias es difícil de justificar, *ui* presenta una curiosa semejanza con el irl. ant. *bí* (< **g^wiw-*) de igual sentido que, de acuerdo con una fundada hipótesis de Thurneysen,⁶⁶ tiene correspondencia en armenio y en ruso.

5.13. Podría decirse, como resumen, que un recuento de los posibles préstamos indoeuropeos en vasco conduce a una clasificación en dos grupos: el de los que ofrecen resonancias comunes —meros *Anklänge*, para emplear la expresión de Uhlenbeck—, que es difícil determinar si se deben o no a simple casualidad, y el de los términos de origen común pero discutible, que han pasado de unas lenguas a otras por caminos hoy imposibles de reconstruir en detalle.

La hipótesis de un contacto vasco-indoeuropeo anterior a la influencia latina, históricamente muy plausible, ha resultado poco fructífera, ya que no sirve demasiado para aclarar los problemas diacrónicos planteados en el campo vasco. Es más, aun ateniéndonos exclusivamente al material más probativo, se hace difícil descubrir en él algo sistemático: como se habrá observado, ni siquiera es posible saber con certeza si los vascos adaptaron, en los nombres, el nominativo indoeuropeo, el tema puro o alguna especie de caso oblicuo. Si se compara nuestra cosecha con las pruebas de un contacto lingüístico prehistórico entre celtas y germanos o con el material que se suele considerar como primer estrato de préstamos indoeuropeos —muchas veces de aspecto claramente indo-iranio— en las lenguas fino-ugrias,⁶⁷ sorprende por su pobreza y por lo problemáti-

⁶⁵ Para la relación entre ‘ser’ (en irl. cópula, no verbo sustantivo), y ‘haber’, cf. el artículo fundamental de Benveniste, [«Être et avoir dans leurs fonctions linguistiques»], *BSL* 54 (1960), 113-134.

⁶⁶ [«Zwei irische Etymologien»], *Mélanges linguistiques offerts à M. Holger Pedersen* [ed. L. Hjelmslev], Copenhague 1937, pp. 301-302, *IEW*, p. 482. Para su posible prolongación románica, Hubschmid, *Pyrenäenwörter*, p. 54.

⁶⁷ Cf. Hakulinen, *op. cit.*, II, pp. 44 ss. H. Fromm-M. Sadeniemi. *Finnisches Elementarbuch*, Heidelberg 1956, I, pp. 13 s. B. Collinder, *Fenno-Ugric vocabulary*, Uppsala 1955, pp. 128 ss.

co de su carácter. El hecho definitivo es que de una larga y detenida comparación de las lenguas indoeuropeas —con exclusión del latín y de sus continuadores— con el vocabulario vasco se saca un fruto escaso, a condición siempre de aplicar criterios rigurosos, tanto si se trata de semejanzas que pudieran deberse a un parentesco remotísimo como de las que pueden explicarse por contactos de época relativamente cercana a nosotros.

5.14. Hay dos razones, a las que acaso podrían agregarse otras, para explicar esta pobreza de resultados. Es, en primer lugar, un hecho bien establecido que no todas las partes del léxico de una lengua se renuevan por sustitución al mismo ritmo: las palabras culturales, campo difícil de delimitar, son las que con más libertad transmigran de una lengua a otra. Es, pues, lógico y hasta probable que términos culturales, entendiendo esta denominación en sentido amplio, que formaban una buena parte de los préstamos que los vascos tomaron de los dialectos indoeuropeos vecinos, fueran éstos célticos o no, se vieran pronto suplantados por los que la absorbente influencia latina ofrecía para los mismos o parecidos conceptos. Así, de los abundantes *hapax legomena* de los *Refranes y Sentencias* de 1596, una proporción nada baja está constituida por préstamos que pronto dejaron de estar en uso.

148 En segundo lugar, es un hecho que todo el que ha adquirido alguna familiaridad con las lenguas célticas —incluso en su fase medieval más antigua— tiende a olvidar, por lo peculiarísimo de su aspecto, que éstas, en la medida en que estaban diferenciadas, tenían una estrecha semejanza con el latín, semejanza que hoy, aunque la conozcamos, no acabamos de creer. Si el vasco p. ej. tomó la palabra céltica para ‘rey’, ésta en la lengua adoptante —suponiendo que se hubiera partido de los casos oblicuos— debía sonar algo así como ***errig-*, más una vocal. Y no es difícil de concebir que este ***errig-* quedara después enmascarado, más que sustituido, por el histórico *errege*. No de otra suerte va remozándose poco a poco hasta nuestros días la fisonomía de préstamos antiguos: sustitución de *e*, *o*, por *ie*, *ue* (*arroda*, *errueda* ‘rueda’, etc.), de oclusivas sordas por sonoras (*pagatu* en vez de *pakatu*), etc.

5.15. Está mucho más expuesto a error cuanto se diga de semejanzas de otra índole que, por inmateriales, no ofrecen un asidero firme. Cabe muy bien que la «forma interna» de la lengua vasca haya sufrido graves alteraciones a consecuencia del contacto con lenguas indoeuropeas, aun antes de los comienzos de la influencia

latina, pero para determinar su alcance nos haría falta un conocimiento que no poseemos de la estructura antigua de la lengua, ya que sólo atisbos sueltos permiten adivinar a título conjetural alguno de sus rasgos.

Se ha sugerido, por ejemplo, que ciertas concepciones indoeuropeas configuraron en las últimas etapas de nuestra prehistoria las ideas religiosas de los vascos y que esa acción se refleja todavía en algunos nombres de los días de la semana, del rayo, etc.⁶⁸ Pero el alcance de esta penetración no se puede medir lingüísticamente, ya que no parece haber dejado huella material en nuestro léxico. 149

Por ello, bástenos aquí decir que la lengua vasca sigue mostrándose hoy sumamente refractaria a mucho de lo que podemos considerar característicamente indoeuropeo. Una de las cosas que echamos de menos, y sirva esto como muestra, son los preverbios o prefijos verbales que tanto contribuyen a enriquecer el léxico, aunque sea principalmente en cultismos, de las lenguas románicas: *a-*, *con-*, *de-*, *in-*, *intro-*, *pro-*, *re-*, *se-*, *tra-*ducir, etc. No obstante, tales preverbios son corrientes en las lenguas caucásicas meridionales entre otras,⁶⁹ donde se ha pensado que se deben a interferencia de alguna lengua indoeuropea pre-irania y pre-armenia, al igual que el gran desarrollo de la subordinación por medio de conjunciones y de pronombres relativos,⁷⁰ tendencia también poco adelantada en vasco.

De mencionar a título de simple posibilidad alguna coincidencia formal, ésta podría buscarse en la composición nominal, la cual es en vasco análoga en muchos aspectos a la que se muestra tan vivaz p. ej. en griego o, más al occidente, en céltico y en germánico, aunque aparezca muy mermada ya en los primeros testimonios lati-

⁶⁸ Cf. J. M. de Barandiarán, *El hombre primitivo en el País Vasco*, San Sebastián 1934, pp. 78 ss. Pero en la nueva versión de esta obra (*El hombre prehistórico en el País Vasco*, Buenos Aires 1953) faltan esos pasajes. Cf. Caro Baroja, *Los pueblos del norte de la Península Ibérica*, p. 203: «Las relaciones son de terreno etnológico y no lingüístico, es decir, que hay un paralelismo cultural; pero este paralelismo es dado encontrarlo con otros pueblos, de suerte que creo que los indogermanos han tenido que ver poco en la formación de lo estudiado en las líneas precedentes».

⁶⁹ «Isoglosa tipológica» señalada por Lohmann: cf. Lewy, [«Zu den Lehnwörter...»], *Anthropos* 45 (1950), p. 55. Los preverbios han ido desapareciendo en las lenguas indoeuropeas «atlánticas» que los poseían en su fase antigua (irlandés, inglés, nórdico). Cf. Wagner, *Das Verbum in den Sprachen der britischen Inseln*, [Tubinga 1959], p. 122.

⁷⁰ G. Deeters, «Die Stellung der Kharthwelsprachen unter den kaukasischen Sprachen», *Bedi Karthlisa* 23 (1957), 12-16.

nos.⁷¹ Con todo, una característica acusada de las lenguas indoeuropeas no tiene por qué ser, y ésta no lo es, exclusivamente indoeuropea.⁷²

El vasco posee también una gran riqueza de sufijos de derivación nominal, por medio de los cuales se forman sustantivos de adjetivos o adjetivos de sustantivos, etc., y que en una medida mucho menor de lo que pensaba Schuchardt son de procedencia latino-románica:⁷³ la consecuencia de ello es que muchas palabras vascas aparecen inconfundiblemente caracterizadas por una marca formal como sustantivos, como adjetivos, etc. Al lado de esto, sin embargo, se observa buen número de términos, pertenecientes sin duda a capas muy antiguas del léxico, que no están diferenciados ni formal ni semánticamente: *argi* ‘luz’ y ‘claro’, *bero* ‘calor’ y ‘caliente’, *(h)otz* ‘frigus’ y ‘frigidus’, etc. Si esta indiferenciación representa lo primitivo de la lengua, la caracterización e incluso hipercaracterización moderna podría acaso deberse a influjo exterior.

⁷¹ En cambio, compuestos vascos como *ikusi-makusi*, *hizmizti*, *xistmist*, apuntan más bien hacia Oriente. Para el armenio, cf. Deeters, *Armenisch und Südkaukasisch*, Leipzig 1947, pp. 104 s.

⁷² Para la composición en vasco, C. C. Uhlenbeck, [«Quelques observations sur les noms composés en basque»], *RIEV* 5 (1911), 5-9.

⁷³ P. ej. vasco *-tasun*, que forma abstractos de cualidad, vendría del lat. *-tation-em*. Pero, aun prescindiendo de la diferencia de valores (abstracto de cualidad de una parte, *nomen actionis* de la otra), no hay modo de establecer correspondencias regulares en los sonidos. En primer lugar, de lat. *-onem* ha resultado vasco. *-oe*, *-oi*, *-oin*, *-io*, *-u*, según las zonas, nunca *-un* como en este caso: y *u* en *-tasun* es lo bastante antiguo para haber dado *ü* en suletino (cf. arriba, 2.3 y 2.7). Además, no es *-tasun* la forma única del sufijo, sino su variante occidental, a la cual responde or. *-tarzun*, de donde sul. *-tarziin*: cf. occid. *uso* ‘paloma’, or. *urzo*, como *oso* del lat. *ursus*, etc. Por otra parte, el sufijo vasco podría segmentarse en dos morfemas conocidos: *(t)ar* que forma étnicos como todo el mundo sabe, y *-zun* que se repite en *-(k)izun*.

6.1. El vascuence, como queda probado por cuanto llevamos visto, no es en modo alguno una lengua aislada, una lengua isla según se ha solido decir. Esta es una idea que ha expresado repetidas veces con particular fuerza don Antonio Tovar, y es sin duda una idea fundamentalmente correcta. Pero las relaciones con lenguas vecinas de que aquí venimos hablando no son aquéllas en que se piensa cuando se pregunta por las relaciones de parentesco de una lengua o, como a menudo se dice, por su origen. 161

Hay dos maneras de clasificar las lenguas, ninguna de las cuales es enteramente satisfactoria: la clasificación tipológica que atiende a las semejanzas de estructura, y la clasificación genealógica que agrupa las lenguas en familias salidas de una lengua común.¹

La clasificación tipológica ha producido algunas denominaciones (lenguas aglutinantes, flexivas, etc.) que han llegado a hacerse populares, pero no una taxonomía comparable a la que desde Linneo abarca el mundo vegetal y el animal. No es este momento adecuado para estudiar las causas del fracaso de la tipología lingüística, causas que por lo demás no están bien estudiadas. Tampoco haremos más que mencionar sus últimos desarrollos. Sapir distinguió, por decirlo así, los diferentes ejes coordinados que podían servir para fijar la posición tipológica de las lenguas y aumentó además su número. Y últimamente, dado que en general no hay al parecer animales que sean más peces que otros pero sí lenguas que son más o menos aglutinantes que otras, J. H. Greenberg ha introducido la 162

¹ É. Benveniste, «La classification des langues», *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris*, 11 (1952-1953), 33-50.

cantidad como base de un nuevo sistema.² Con ello, en realidad, se sustituye la clasificación por la medida, tal como lo hizo —y Dios quiera que tenga el mismo feliz resultado en nuestro caso— la física moderna cuando rompió decididamente con los esquemas aristotélicos.³

La desventaja de la clasificación genealógica, para prescindir ahora de abstrusos problemas teóricos, está en lo corto de sus posibilidades. Como dice Benveniste, «por la misma naturaleza de las cosas, sólo tiene valor entre dos fechas», aunque estos límites en el tiempo sean bien imprecisos. Ya desde el principio hay que tener presente que cuanto sabemos o podemos llegar a saber de las lenguas del mundo, vivas o muertas, sólo representa una fracción infinitesimal del conjunto del lenguaje humano. Pero, aun dentro de esta limitación —y en parte por ella misma, a causa de la pérdida irreparable de eslabones indispensables para reconstruir la cadena—, la clasificación genealógica o genética no ha tenido más que éxitos muy parciales, ya que no sabemos qué hacer con muchas de las lenguas conocidas: sobre todo en escalones superiores, las relaciones genéticas entre familias constituidas escapan a nuestro conocimiento y es de temer que sigan escapándose a él, en tanto que alguna revolución en los métodos, no previsible por hoy, no amplíe la potencia de nuestros medios.

Precisemos, para acabar con este preámbulo, la posición recíproca de ambos tipos de clasificación. No sabemos hasta qué punto pueden llegar a diferir estructuralmente lenguas que tienen un origen común, en primer lugar porque no se ha hallado un procedimiento de medir las divergencias: sólo sabemos que pueden llegar a diferir muchísimo entre sí. Tampoco se puede decir hasta dónde podemos dejarnos guiar por las semejanzas de estructura cuando buscamos parentescos genéticos. Lo más prudente es pensar, con G. Deeters,⁴ que tales semejanzas sólo constituyen un indicio, positivo o negativo, de un origen común.

6.2. El parentesco genealógico de dos o más lenguas sólo puede ser probado por medio de coincidencias materiales, no de semejan-

² «A quantitative approach to the morphological typology of languages», *International journal of American linguistics* 26 (1960), 178-194.

³ Cf. A. N. Whitehead, *La ciencia y el mundo moderno* (trad. esp. de *Science and the modern world*), Buenos Aires 1949, pp. 44 s.

⁴ «Gab es Nominalklassen in allen kaukasischen Sprachen?», *Corolla linguistica. Festschrift F. Sommer*, Wiesbaden 1955, pp. 26-33.

zas formales, de orden estructural. Y las coincidencias que para ello se buscan son homologías, no simples analogías. Lo que se reconoce como igual es aquello que tiene un origen común y para identificar esas magnitudes iguales tenemos que hallar correspondencias regulares, independientemente de que los términos igualados sean parecidos o no en su sustancia.

Según sostiene con razón Pisani,⁵ las coincidencias materiales 164 que se observan entre lenguas pueden dividirse en dos grandes grupos, por razón de su origen: el grupo de las coincidencias fortuitas o casuales de una parte y el de las coincidencias históricas de otra.

El primer grupo contiene dos subgrupos. En el primero se incluyen las coincidencias debidas a pura casualidad: a las citadas en 5.5 añádase, como un ejemplo más, el acuerdo entre irl. ant. *cen* 'sin' y sardo ant. y mod. *chene*, *chena*, de igual sentido.⁶ El segundo comprende esas formaciones que a falta de un nombre mejor llamamos expresivas, onomatopeyas o similares, en las cuales la forma fónica está motivada en el contenido significativo, y que tienden a semejarse en las lenguas más dispares: Schuchardt, p. ej., pensaba que vasc. *lilluratu*, *llilluratu*, *luluratu* 'deslumbrado, fascinado' viene del lat. *delirare*, pero la misma configuración de la voz vasca que tiene paralelos externos —aunque con distinto sentido— como sardo *duddurare*, etc., «ballonzare, ballonzolare» y *allilliradu* «indurito, rígido»⁷ nos invitan a suspender el juicio. Porque fue el mismo Schuchardt quien acuñó el concepto de «parentesco elemental» para reunir estas coincidencias que suponen un origen común.

En el segundo grupo van de una parte las homologías que se deben a una herencia común y, de otra, las que son producto del préstamo. Ambas, como dice Pisani, suponen un motivo histórico: la 165 unidad originaria de los términos, parecidos o no, entre los cuales se establece una ecuación basada en correspondencias regulares de sonidos.

6.3. Por lo tanto, dentro de las coincidencias históricas que son las únicas que ahora nos interesan, hay que distinguir, cosa que es hacedera dentro de los consabidos límites de tiempo, las debidas a la herencia de las que tienen su fuente en el préstamo. En otras palabras, una cosa es que dos lenguas posean morfemas emparentados

⁵ «Parenté linguistique», *Lingua* 3 (1952), 2-16.

⁶ Cf. *DES*, II, pp. 404 s.

⁷ *DES*, I, pp. 74 y 482.

y otra muy distinta que las lenguas mismas estén emparentadas entre sí, es decir, que se trate de formas diversificadas de lo que en algún tiempo fue una sola lengua.

Esta es la razón por la cual enunciados como el de Deeters, en el lugar citado, según el cual la prueba del parentesco genético de dos o más lenguas es la existencia de ecuaciones etimológicas conforme a correspondencias fonéticas regulares,⁸ son insuficientes. Se pueden fijar buenas correspondencias entre abundantes morfemas emparentados albaneses y vascos, y nadie va a sostener por ello que estas lenguas estén emparentadas entre sí, ya que las correspondencias se establecen entre elementos adventicios cuya fuente común no es otra que el latín. Por consiguiente, es esencial para la demostración que las correspondencias se funden en componentes del vocabulario básico y en índices gramaticales.

Además de las coincidencias materiales, intervienen en la demostración factores más complejos, uno de los cuales es la similitud en la distribución de los morfemas. Un ejemplo, tomado de la declinación nominal y pronominal del hitita,⁹ servirá para aclarar esto mejor que cualquier explicación, si la ponemos en relación con la que se observa en una lengua indoeuropea como el latín.

En hitita, ciertos nombres forman el nom. sing., caso del sujeto de verbos transitivos e intransitivos, añadiendo una sibilante al tema; en acus. sing., caso del objeto directo, hay una nasal en vez de sibilante: nom. *aruna-s* 'mar', acus. *aruna-n*, como lat. *lupu-s*, acus. *lupu-m*. En la misma declinación, sin embargo, otros nombres, los llamados neutros, tienen el nom. igual al acus.: nom.-acus. *pedan* 'lugar', exactamente como lat. *iugum*, nom. y acus.

En otro tipo de declinación —es decir, en la declinación de otros temas—, mientras los nombres de género «común» forman el nom. y el acus. sing. por adición de *-s* y de *-n* respectivamente, es el tema puro, sin adición de ninguna clase, el que sirve de nom.-acus. en los neutros: de una parte, nom. *heus* 'lluvia', acus. *heun* y, de otra, nom.-acus. *genu* 'rodilla', lo mismo que en lat. hay nom. *fructus*, acus. *fructum*, pero nom.-acus. *genu*. En pl. se observa la misma diferencia entre ambos géneros y la misma coincidencia entre ambos idiomas: nom. pl. *hewes*, pero *genuwa*, como lat. *fructus*, *genua*.

⁸ P. 26: «das Bestehen lautgesetzliche Wortgleichungen».

⁹ Las formas hititas, en grafía simplificada, están tomadas de J. Friedrich, *Hethitisches Elementarbuch*, Heidelberg 1960².

En los pronombres, el hitita sigue marcando por *-s* / *-n* la oposición nom. / acus. sing. en el género común, pero en el neutro es *-t* la característica del nom.-acus.: común nom. *kuis*, acus. *kuin*, relativo e interrogativo, neutro nom.-acus. *kuit*, cf. latín masc.-fem. nom. *quis*, acus. *quem*, pero neutro nom.-acus. *quid*.

Temas neutros en *-r* en el nom.-acus. alternan en hitita con temas en *-n* en los casos oblicuos: nom.-acus. sing. *pahhuwar* ‘fuego’, *mehur* ‘tiempo’, gen. *pahhuenas*, *mehunas*, etc., con los cuales pueden compararse lat. nom.-acus. *femur*, *iter*, gen. *feminis*, *itineris*. El pronombre personal de 1.^a pers. sing. presenta también en nom. un tema distinto del que aparece en los demás casos, tanto en hitita como en latín: nom. *uk* / acus. *ammuk*, lat. nom. *ego* / acus. *me*. Esto quedaría aún más patente en el pronombre de 1.^a pl., si nos fuera lícito introducir en la comparación alguna lengua indoeuropea que no sea el latín: hit. nom. *wēs* / acus. *anzās*, como al. *wir* / *uns* o inglés *we* / *us*. 167

Aun sin más, cualquiera vacilará en atribuir al azar analogías tan notables en lenguas tan alejadas en el tiempo y en el espacio, y un comparatista no necesitará más para creer firmemente en su parentesco genético.

6.4. El parentesco de dos lenguas puede ser probado, como acabamos de ver, a condición de que sea suficientemente próximo. Hay también casos en que las coincidencias materiales, aun sin ser suficientes para una demostración cumplida, hacen verosímil la hipótesis de un parentesco remoto. Pero lo que no existe, y no puede existir por la misma naturaleza de las cosas, es una demostración de que dos lenguas *no* tienen parentesco genético entre sí.

Decir que dos lenguas no están emparentadas es simplemente una manera gráfica de expresar la opinión de que no las une ningún vínculo genealógico próximo y demostrable. Y, puesto que esto es un principio general, es tan aplicable a las relaciones genéticas de la lengua vasca como a las de cualquier otro idioma, vivo o muerto. 168

Ya hemos visto en el capítulo anterior, para empezar por las lenguas próximas en el espacio, que nadie ha podido descubrir ninguna afinidad especial entre vasco e indoeuropeo y que incluso son escasas las huellas de un contacto por vecindad en época anterior a la expansión romana por el occidente de Europa. Nadie ha defendido tampoco seriamente la hipótesis de un parentesco entre el vasco y las lenguas fino-ugrias o, de una manera más general,

urálicas.¹⁰ Entre indoeuropeo y urálico, por el contrario, se han observado desde antiguo coincidencias muy señaladas, aunque demasiado escasas en número para que se pueda llegar a conclusiones seguras.

El vasco ha sido comparado con un crecido número de lenguas de todas las partes del mundo, por obra de aficionados que se han limitado a recoger, sin seriedad ni reglas, un puñado de curiosidades. Pero hay dos grupos de lenguas cuyo parentesco con la vasca han intentado demostrar lingüistas de gran autoridad. Se trata, en primer lugar, de las lenguas hamito-semíticas (acadio, hebreo, árabe, egipcio antiguo y copto, líbico antiguo y dialectos bereberes modernos, etc.) y, en segundo, de las lenguas caucásicas.

169 6.5. No obstante, antes de seguir adelante se hace preciso tratar brevemente de la cuestión del vasco-iberismo que está lejos de haber encontrado una solución satisfactoria.

El ibérico en sentido lingüístico, tal como hoy se puede precisar, es la lengua hispánica antigua no indoeuropea que conocemos por inscripciones, generalmente en un sistema indígena de escritura llamada también ibérica, en la costa mediterránea a partir de Ensérune en Francia y en el valle medio del Ebro. La lengua, aunque notada en otra escritura no descifrada en todos los puntos, parece ser la misma en algunos epígrafes de Andalucía.¹¹

La dificultad del problema, tal como se halla planteado, consiste en que disponemos de dos grupos de datos que no se acierta a reconciliar bien entre sí. De una parte, observamos en esos textos toda una serie de coincidencias con el vasco. Estas coincidencias o semejanzas afectan a los sistemas fonológicos, ya que el del ibérico, en la medida en que lo podemos adivinar a través de la escritura, parece no haber sido muy distinto del vasco antiguo tanto en el número y naturaleza de sus unidades como en las posibilidades de combinación de éstas. De aquí resulta el curioso aire vasco que tiene un texto ibérico leído en voz alta según nuestro saber y entender.

El acuerdo no se reduce a las unidades distintivas, sino que llega también a las significativas. Ciertos morfemas ibéricos que la repetición nos permite aislar en los textos coinciden con morfemas vascos

¹⁰ Cf. C. C. Uhlenbeck, «Basque et ouralo-altaïque», *RIEV* 6 (1912), 412-414.

¹¹ Tovar, «Lenguas prerromanas de la Península Ibérica...», *ELH*, pp. 5-26. Los puntos de vista resumidos aquí se desarrollan en «Comentarios en torno a la lengua ibérica», *Zephyrus* 12 (1961), 5-23.

no solamente en su configuración general —en la llamada forma canónica—, sino también en el número, orden y naturaleza de los fonemas que los componen. Así, palabras vascas como *argi* ‘luz, claro’, *beltz* ‘negro’, *lagun* ‘compañero’, *osaba* ‘tío’, etc., parecen tener su correlato en inscripciones ibéricas. Además, como últimamente ha sugerido convincentemente Tovar, índices gramaticales como el ibérico *-en* parecen coincidir con los correspondientes vascos tanto en la forma como en el sentido: vasc. *-en* ‘de’.

Frente a esto se alza un solo hecho, de fuerza incontestable. Las inscripciones ibéricas pueden ser leídas, gracias a don Manuel Gómez-Moreno, salvo en algún punto dudoso, pero siguen sin ser entendidas. Y esto, digan lo que digan los no especialistas,¹² a duras penas podría ocurrir si el ibérico fuera una forma antigua del vasco o, por lo menos, una lengua emparentada de cerca con él. No es que los sonidos vascos no hayan cambiado en el curso de los dos últimos milenios ni que el vasco no haya perdido en ese período una buena parte de su léxico antiguo, pero los cambios fonéticos son recuperables en su mayoría —es decir, pueden ser reconocidos, lo que nos permite reconstruir formas más antiguas que las atestiguadas en la lengua histórica— y las pérdidas sufridas en el acervo léxico no son tan grandes como para que no podamos reconocer bastantes palabras vascas en un corto número de nombres propios aquitanos atestiguados en los primeros siglos de nuestra era. Se esperaría, pues, que, si la suerte nos deparara algún texto seguido en vasco antiguo, seríamos capaces de comprender su sentido general, aunque se nos escaparan muchos detalles, y de reconocer la estructura gramatical de sus frases. Nada de esto ocurre, sin embargo, con los textos ibéricos.

Sea como fuere, el hecho es que el ibérico constituye hoy por hoy el campo más prometedor, por sus mismas dificultades y hasta contradicciones, para quien desee penetrar en la prehistoria de la lengua vasca. No es posible predecir, con todo, qué nos van a revelar esos textos el día que su estudio, apoyado en la aparición de nuevos materiales, esté más adelantado.

6.6. La hipótesis de una relación genética entre el vascuence y las lenguas hamito-semíticas tiene algún fundamento objetivo, pero es —o era, cuando gozaba de cierto favor— más que nada el corola-

¹² Es decir, los que no son especialistas en cuestiones de lenguaje. Véase p. ej. D. Fletcher Valls, *Problemas de la lengua ibérica*, Valencia 1960, pp. 40 s.

rio que difícilmente puede ser cierto de premisas que nacieron del error y de la confusión.

H. Schuchardt, poniendo el carro delante de los bueyes como dice el refrán vasco, intentó demostrar en *Die iberische Deklination* ([Viena] 1907) que vasco e ibérico coincidían sustancialmente en algo tan central en una lengua como es la declinación. Como el ibérico a su vez, según la idea tradicional, tiene sus raíces en el norte de África, era obvio buscar allí los parientes antiguos y modernos de la lengua vasca. Esto le condujo hasta las lenguas hamito-semíticas, dando a esta familia una extensión mayor de la que generalmente se le atribuye, al menos ahora.¹³

La hipótesis vasco-iberista de Schuchardt se derrumbó por estar edificada sobre arena: la había fundado en la totalidad de los textos en *escritura* ibérica, leídos además, según entonces se estilaba, de una manera muy deficiente. Cuando se pudieron leer, se vio que la misma escritura había servido para transcribir dos lenguas muy diversas, una de las cuales —la que hoy llamamos celtibérico— era inconfundiblemente indoeuropea. Una buena parte de las desinencias ibéricas comparadas con las vascas resultó así no ser ibérica y otras, ibéricas éstas, resultó que tenían una lectura muy distinta de la que Schuchardt les atribuía.

A pesar de todo, hay algo de las concepciones ya caducadas de Schuchardt que sigue pesando sobre la investigación actual, y es la idea de que el ibérico, tal como ahora lo conocemos, está relacionado con el norte de África. Ahora bien, un parentesco lingüístico sólo puede ser demostrado por argumentos lingüísticos, y nada hay en ibérico, a nuestro entender, que lo relacione con lenguas norteafricanas, al menos si por norteafricano no entendemos una lengua o lenguas prelíbicas o prebereberes. Pero de éstas nada sabemos prácticamente y sería absurdo indagar las relaciones de parentesco de unos entes de razón.

Recordaremos que en el grupo hamito-semítico¹⁴ están unidos dos componentes muy distintos en cuanto a su coherencia interna. Las lenguas semíticas (acadio, arameo, hebreo, etc.) forman un gru-

¹³ Incluía en ella, p. ej., el nubio. El trabajo más importante de Schuchardt en este terreno es «Baskisch-hamitische Wortvergleichen», *RIEV* 7 (1913), 289-340.

¹⁴ Véase M. Cohen, «Langues chamito-sémitiques», *Les langues du monde*², pp. 81-181.

po bien trabado: en realidad, para un comparatista, son más bien dialectos poco diferenciados cuya divergencia no es mucho mayor que la que constatamos dentro de las lenguas románicas, célticas o eslavas. Lo hamítico, por el contrario, constituye un grupo muy heterogéneo cuyas relaciones internas, y las externas con el semítico, están muy lejos de haber sido esclarecidas. 173

Pero, aun así y aun con nuestro desconocimiento casi total de los mecanismos gramaticales del ibérico, hay un rasgo evidente de éste que lo aparta totalmente de las lenguas hamito-semíticas: sus morfemas, como los del vasco, muestran una forma constante, sin rastros de la flexión interna —variación del vocalismo dentro de una armazón consonántica fija— tan característica del bereber como del árabe.

En cuanto a las comparaciones del vocabulario presentadas por Schuchardt, recibieron el golpe de gracia por obra de un artículo crítico de E. Zyhlarz, vulgarizado entre nosotros por G. Bähr,¹⁵ donde se prueba, con la misma falta de respeto a las correspondencias fonéticas que distingue los trabajos citados de Schuchardt, que es perfectamente posible presentar un número equivalente de «buenas» —es decir, tentadoras a la vista— ecuaciones etimológicas entre palabras alemanas y coptas. No hace falta pues que nos entretengamos ahora en discutir las, ya que incluso un examen somero es suficiente para darse cuenta de su extrema superficialidad. Hay una, sin embargo, que sigue siendo citada (vasc. *umerri* 'cordero': acadio *immeru*, etc.), y basta para juzgar del valor de muchas aproximaciones. No hay necesidad alguna de acudir hasta la Mesopotamia para explicar esa palabra vasca que es un compuesto todavía transparente: *umerri* además de 'cordero' (en Oyarzun 'cordero sacrificado', en contraposición a *bildots*) es en vizc. «ganado lanar de más de dos años, a diferencia de *giberri*, que es más joven» (Azkue), y en b.-nav. «nueva cría de un animal», según Salaberry. En otras palabras, *umerri* no es otra cosa que el compuesto **uma-berri*, lit. 'cría nueva'. 174

6.7. Después de este preámbulo podemos ya entrar en el examen de la hipótesis de un parentesco genético entre el vasco y las lenguas caucásicas, que es la única que ha sido objeto de un serio y laborioso intento de prueba. No vamos a hacer un resumen de la historia de esta idea, presentada ya entre nosotros, con respecto al georgiano, por el padre Fidel Fita. La sospecha de que los dos islotes

¹⁵ «El vasco y el camítico», *RIEV* 25 (1934), 240-244.

conservadores situados a ambos extremos del Mediterráneo fueran los únicos testimonios llegados a nosotros de una familia lingüística muy extendida en otro tiempo era perfectamente natural y hallaba apoyo en el nombre de la Iberia caucásica mencionada por los autores clásicos, paralelo oriental de nuestra Iberia hespérica.¹⁶

Aproximaciones vasco-caucásicas se encuentran en abundancia en las obras de N. Marr y sobre todo en las de A. Trombetti, pero el descrédito en que han caído, merecidamente sin duda, el estadialismo del primero y la defensa de la monogénesis del lenguaje del segundo hace que hoy no sean tenidas en cuenta, sino en la medida en que han sido repetidas por autores posteriores. La hipótesis, recogida en un resumen de C. C. Uhlenbeck, ha sido desarrollada por buenos conocedores de las lenguas caucásicas: por G. Dumézil en el último capítulo de su *Introduction à la grammaire comparée des langues caucasiennes du Nord* (París 1933), por K. Bouda¹⁷ y por R. Lafon.¹⁸

Como hablar de parentesco lingüístico vasco-caucásico supone implícitamente que nos hallamos ante dos términos comparables entre sí, no estará de más recordar que hasta ahora no conocemos más que uno, el vasco, que no presenta obstáculos internos a la comparación. Pero el otro extremo de la relación es sumamente complejo y conviene antes de nada enumerar sus componentes y tratar de precisar su posición respectiva.

6.8. Lenguas caucásicas alude a algo más que una agrupación puramente geográfica y a algo menos que una familia lingüística en sentido genético. En primer lugar, cuando en Occidente se habla de lenguas caucásicas a secas, se piensa en lo que los lingüistas georgianos llaman lenguas «ibero-caucásicas»: sólo se comprenden bajo ese nombre las lenguas habladas en el Cáucaso o cerca de él que no forman parte de familias lingüísticas bien establecidas. No se cuenta,

¹⁶ Cf., sin embargo, G. Deeters, «Der Name der kaukasischen Iberer», *Mnéme-s khárin. Gedankenschrift P. Kretschmer*, Viena 1956, pp. 85-88.

¹⁷ Véanse, sobre todo, *Baskisch-kaukasische Etymologien*, Heidelberg 1949, y «L'euskaro-caucasique», *Hom. Urquijo*, III, pp. 207-232. Muchos de los trabajos comparativos de Bouda y Lafon han aparecido en *Eusko-Jakintza* y en el *BAP*.

¹⁸ «Les origines de la langue basque», *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris* 10 (1950-1951), 59-81. «Concordances morphologiques entre le basque et les langues caucasiennes», *Word* 7 (1951), 227-244, y 8 (1952), 80-94. *Études basques et caucasiennes*, Salamanca 1952. «Le géorgien et le basque sont-ils des langues parentes?», *Bedi Karthlisa* 26-27 (1957), [8-14].

p. ej., el oseta que es una lengua iránica, es decir, indoeuropea, aunque alguno de sus rasgos, por obra sin duda de la vecindad, lo aproxima a las lenguas caucásicas en sentido estricto. Al agruparlas nos referimos además a la situación de esas lenguas antes de 1864, fecha de la emigración de los ubykh al Asia Menor para escapar de la dominación rusa.¹⁹

Sólo mencionaremos de pasada ciertas lenguas antiguas del Asia Anterior, de afiliación desconocida (hatti o pre-hitita, hurrita, halde o urarteo e incluso el elamita y el sumerio), cuyas relaciones genéticas con las lenguas caucásicas son enconadamente discutidas,²⁰ lo cual es prueba suficiente de que están lejos de haber sido probadas. No es recomendable, además, si queremos llegar a alguna claridad en las conclusiones, que compliquemos el enunciado del problema con una acumulación de datos, algunos de los cuales están mal determinados y cuya pertinencia es por lo menos dudosa.²¹

176

Otro tanto puede decirse del burushaski, lengua aislada que se mantiene viva en las montañas del Karakorum, que H. Berger ha tratado de relacionar genéticamente con el vascuence,²² después de otros ensayos para unirlo a las lenguas caucásicas. Es preferible no añadir nuevas dificultades a una tarea ya de por sí bastante espionosa.

6.9. Las lenguas caucásicas, en el sentido preciso en que acabamos de definir las, se clasifican sin violencia en dos grandes grupos: las lenguas de la variante norte, que indicaremos en adelante por la abreviación CN, o lenguas caucásicas septentrionales, y las de la vertiente sur (CS) o lenguas caucásicas meridionales, llamadas también kartvélicas. Afortunadamente, la distribución geográfica de las lenguas coincide en este caso, según la opinión de todos los expertos, con sus afinidades lingüísticas.

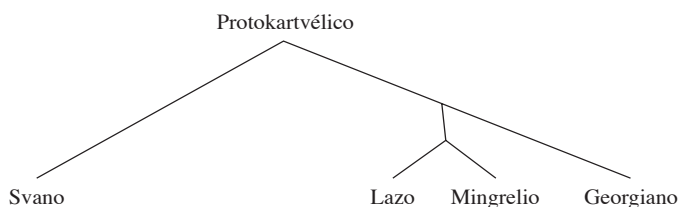
¹⁹ A. Dirr, *Einführung in das Studium der kaukasischen Sprachen*, Leipzig 1928. G. Dumézil, «Langues caucasiennes», *Les langues du monde*², pp. 227-254. K. Bouda, *Introducción a la lingüística caucásica*, Salamanca 1960.

²⁰ Basta con remitir a la polémica sostenida por distintos especialistas en los *Voprosy jazykoznanija* de Moscú, 1954-1956, sobre las relaciones internas y externas de las lenguas caucásicas.

²¹ É. Benveniste, «Langues asiatiques et méditerranéennes», *Les langues du monde*², pp. 183-225. Cf. además R. Lafon, «Le basque dans la nouvelle édition des *Langues du monde* (1952)», *BAP* 9 (1953), 299-334.

²² Véase su «Bericht über sprachliche und volkscundliche Forschungen im Hunzatal», *Anthropos* 55 (1960), 657-664, con bibliografía.

177 No hay dudas acerca de la unidad genética del CS, formado por el georgiano, el mingrelío, el lazo y el svano. Incluso el svano, el miembro más divergente del grupo y por desgracia también el peor estudiado, está caracterizado inconfundiblemente como lengua kartvélica a causa de su morfología, a pesar de que su léxico se aparta mucho del de las lenguas emparentadas.²³ Deeters ha presentado las relaciones de parentesco de estas lenguas por medio del árbol siguiente:²⁴



Aun dentro de este grupo, el mejor conocido y el más accesible, gracias sobre todo a que el georgiano, atestiguado desde finales del siglo V, ha sido y es un importante vehículo cultural, no es fácil que quien no es un especialista pueda moverse con seguridad y holgura. Hay que advertir que, cuando no nos contentamos con la descripción de las lenguas y queremos interpretarlas diacrónicamente, en su evolución histórica y prehistórica, hallamos países conocidos cuya configuración está delineada en buenos mapas y *terrae incognitae*, donde sólo podemos fiarnos, a falta de mejor guía, de nuestro instinto de orientación. A este respecto el paisaje de las lenguas kartvélicas constituye una especie de término medio. El georgiano, como se acaba de decir, tiene una larga historia, pero los cambios fonéticos que esta historia documenta son relativamente pequeños y, para los problemas fonológicos más importantes, tenemos que remitirnos a la prehistoria para cuya exploración no hay más recursos
178 que los que proporcionan la reconstrucción interna y sobre todo la comparación.

²³ Hay un útil léxico comparativo, más útil por el material reunido que por los análisis, de A. Čikobava, *Dictionnaire comparé tchane-mégrélien-georgien*, Tiflis 1938 (en georgiano, con resúmenes en francés y en ruso), donde se citan también los correlatos svanos, cuando existen.

²⁴ *Das kharthwelische Verbum*, Leipzig 1930, p. 2.

El hecho escueto es que hoy por hoy, mientras no se publique algún trabajo que está anunciado,²⁵ disponemos de un esbozo de morfología comparada del CS, principalmente del verbo gracias a Deeters, pero no una fonética comparada, y éste es el primer paso y el paso esencial de toda comparación. Ello se debe en parte a que los lingüistas soviéticos, por obra sobre todo del marrismo, no han abordado estas cuestiones hasta estos últimos tiempos con los mismos métodos de los occidentales, según veremos más adelante.

El no especialista quisiera plantear cuestiones que ve que los especialistas rehuyen contestar, a causa sin duda de dificultades reales que conocen mejor que nadie. El georgiano, p. ej., tiene un sistema fonológico relativamente simple, pero los grupos de consonantes son tan abundantes y complicados como en muy pocas lenguas.²⁶ Estos grupos pueden proceder en parte de la segmentación de antiguas consonantes de articulación compleja, oclusivas labializadas por ejemplo. Pero a menudo tenemos la correspondencia georg. CC : mingr.-lazo CVC. Es natural pensar que en georgiano ha caído una vocal, por uno de los frecuentes casos de síncope vocálica que la reconstrucción interna misma permite establecer, pero también podría ocurrir, al menos en ocasiones, que sean las lenguas hermanas las que hayan innovado al aligerar los grupos consonánticos intercalando vocales epentéticas: georg. *tma*, mingr.-lazo *toma* 'pelo', etc.

179

6.10. O tomemos el vocalismo. Dentro del grupo formado por el georg., el mingr. y el lazo, con exclusión del svano, se descubren a la primera inspección dos grupos de hechos que parecen contradictorios entre sí. Tenemos, de una parte, el tipo de correspondencia abundantemente atestiguado que suele dar al comparatista la seguridad de que está pisando terreno firme, por la desemejanza de los términos que une: georg. *e* : mingr.-lazo *a*; georg. *a* : mingr.-lazo *o* (*u*).²⁷ Pero al lado de éstas se constatan también copiosamente otras correspondencias cuyos términos son fónicamente análogos: *e* : *e*,

²⁵ Véase ahora K. H. Schmidt, *Studien zur Rekonstruktion des Lautstandes der südkaukasischen Grundsprache*, Wiesbaden 1962, que no hemos podido aprovechar aquí.

²⁶ H. Vogt, «Structure phonémique du géorgien», *NTS* 18 (1951), 5-90.

²⁷ Esto lo veía el mismo Marr, «Le terme basque *udagara* 'loutre', *Recueil japhétique* 1 (1922), p. 7.

a : *a*, etc. Ante esta situación V. Polák²⁸ sigue resueltamente el principio fundamental de la reconstrucción comparativa según el cual cada una de las correspondencias postula y define un fonema de la protolengua, llegando para el estadio común a un sistema de diez vocales, separadas por una correlación de cantidad. Esto puede ser muy ortodoxo, pero no necesariamente correcto, porque cabe también la posibilidad, a la que parece inclinarse H. Vogt, de que préstamos del georgiano hayan entrado en masa, con pequeña alteración de su forma, en las lenguas hermanas.²⁹ La solución acaso no sea elegante, pero tiene grandes visos de verosimilitud.

En todo caso, Polák quiere obtener de la comparación un rendimiento demasiado alto, ya que en ningún lugar parece darse el caso de que a partir de sistemas que no cuentan ninguno más que cinco unidades se haya podido llegar a reconstruir, por medio de correspondencias cruzadas, diez unidades en la protolengua. Nótese que esto seguiría siendo correcto para la forma prehistórica de ese subgrupo aun cuando fuera verdad que la cantidad vocálica, tal como se da en dialectos svanos, representara la continuación de algo antiguo.³⁰

6.11. En el grupo septentrional todos reconocen la existencia de tres subgrupos: las lenguas del noroeste (CNO), las del centro (CC) y las del noreste (CNE) o lenguas del Daghestán.

El CNO, formado por el abkhaz, el ubykh y el circasiano (clasificación que no coincide con la lista de las lenguas literarias que se han desarrollado en la URSS por razones prácticas), constituye un grupo bastante homogéneo, aunque las correspondencias fonéticas no parecen estar bien establecidas todavía a causa quizá de la riqueza exuberante de los sistemas fonológicos de estas lenguas. Disponemos también para ellas de una especie de esquema de morfología comparada en el libro de Dumézil, *Études comparatives sur les langues caucasiennes du Nord-Ouest* (París 1932).

El conjunto del CC y CNE es mucho más abigarrado y no todas las lenguas que lo integran son bien conocidas. El caucásico central comprende tres lenguas poco diferenciadas (chechén, ingush y bats),

²⁸ «Contribution à la grammaire historique des langues khartvéliennes», *Archiv Orientalní* 23 (1955), 77-89.

²⁹ Véanse las listas de palabras que incluyen K. Bergsland y H. Vogt, «On the validity of glottochronology», *Current anthropology* 3 (1962), 115-153.

³⁰ Cf. H. Vogt, «Alternances vocaliques en géorgien», *NTS* 11 (1939), 118-135.

cuya fonética comparada ha sido establecida sin mayores dificultades por A. Sommerfelt.³¹ Para el caucásico del nordeste, la confusión de lenguas del Daghestán, se han propuesto diversas clasificaciones no coincidentes en todos los puntos, de las cuales seguiremos aquí la de Dumézil: (1) el grupo avar-andi-dido en el Daghestán septentrional; (2) el lak; (3) el dargwa; (4) el archi; (5) las lenguas samúricas (küri, tabasarán, aghul, etc.), y (6) el udi, hablado en dos aldeas, que acaso debería ser agregado al grupo anterior.

181

Los especialistas parecen estar de acuerdo en que las lenguas caucásicas septentrionales constituyen una familia en sentido genético. El parentesco es naturalmente mucho más estrecho en el CNE y en el conjunto del CNE y CC. Se considera que ya los trabajos del príncipe N. Trubetzkoy³² dejaron establecida la unidad del CN: un sistema bastante completo de correspondencias fonéticas relaciona entre sí términos o raíces de lenguas de todos los subgrupos y las ecuaciones etimológicas abarcan componentes del léxico básico, temas pronominales y numerales inclusive. Con esto se dieron los primeros pasos para la restitución del sistema fonológico de la lengua común.

6.12. La morfología comparada del CN es, sin embargo, de elaboración más difícil, a causa sobre todo de las estructuras muy diferentes del CNO, de una parte, y del conjunto CC-CNE, de la otra.

Parece natural pensar que el camino más apropiado para llegar a la reconstrucción a grandes rasgos de la morfología de la lengua común sería el trabajo comparativo escalonado dentro de grupos menores, formados por lenguas claramente emparentadas entre sí, para llegar de escalón en escalón a la confrontación de las agrupaciones mayores, dos al parecer, de la familia. Esto no se ha hecho o, mejor dicho, sólo en estos últimos tiempos se empieza a hacer por obra sobre todo de lingüistas soviéticos. Incluso se ha sugerido, por V. Polák,³³ que no es factible, a causa de que la continuidad de los hechos lingüísticos que une a cada lengua con sus vecinas se opone radicalmente a esa jerarquización.

182

³¹ «Études comparatives sur le caucasique du nord-est», *NTS* 7 (1934), 178-210 y 9 (1938), 115-143.

³² El más importante es «Nordkaukasische Wortgleichungen», *Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes* 37 (1930), 76-92.

³³ «La position linguistique des langues caucasiennes», *Studia linguistica* 4 (1950), 94-107.

Con todo, esto puede muy bien no ser tan decisivo como parece a primera vista. La continuidad de los fenómenos lingüísticos es algo que puede comprobarse en cualquier área, a condición de que la vecindad no sea muy reciente: es sabido, en efecto, que éstos se extienden como manchas de aceite haciendo caso omiso de las fronteras entre lenguas e incluso entre familias de lenguas. Sería además muy arriesgado llegar a conclusiones de tan largo alcance sin más que un conocimiento somero de algunos de los materiales pertinentes. Allí donde el método comparativo ha logrado resultados brillantes, sólo ha conseguido el éxito gracias a la labor minuciosa, tenaz y continuada de una legión de especialistas.

183 Porque la inmensa distancia que parece separar en cuanto a la estructura al CNO del CC-CNE salta a la vista. Para empezar, la declinación, frondosa en CNE, apenas existe en el otro grupo: falta del todo en abkhaz y no es más que rudimentaria en ubykh y en circasiano. Pero la diferencia de mayor entidad, ya que afecta directamente a la economía de la frase, la constituye la existencia o falta de clases nominales.

Salvo en algunas lenguas —en las cuales se descubren con todo clasificadores o índices de clases fosilizados—, el sistema de clases, cuyo lejano paralelo occidental sería el género gramatical, es elemento básico del mecanismo gramatical del CC-CNE. En estas lenguas el verbo, al menos en su variedad más típica, es estrictamente hablando impersonal: no contiene normalmente ninguna referencia a la persona, sino a la clase gramatical del sujeto en los verbos intransitivos y del objeto en los transitivos. Así en avar *v-ugo* ‘soy, eres, es’, el prefijo sólo indica que el sujeto es un ser racional de sexo masculino y se opone a *j-ugo*, cuyo sujeto es racional femenino, aunque su traducción española sería la misma, y a *b-ugo*, cuya *b-* alude a un ente irracional; de la misma manera, tenemos *v-ačana* ‘trajo (a un racional masc.)’, *j-ačana* ‘trajo (a un racional fem.)’, *b-ačana* ‘trajo (a un irracional)’.³⁴ Los índices de clase marcan también la concordancia del adjetivo con el sustantivo, cuando esto es posible.

Los sistemas de clases son bastante distintos en las diferentes lenguas, sobre todo porque por medio de combinaciones diversas

³⁴ Cf. el pretérito ruso, de origen nominal, cuyas cuatro formas se distinguen según el género y el número, sing. masc. *pisal* ‘escribía, escribías, escribía’, fem. *pisala*, neutro *pisalo*, pl. (para los tres géneros) *pisali*.

de los índices de singular con los de plural se puede llegar, con un número menor de índices, hasta la complicación de las ocho clases conocidas en bats. Domina, sin embargo, la opinión (Deeters, Dumézil y, en parte, Čikobava) de que la multiplicidad histórica puede explicarse a partir de un sistema de cuatro clases que, de una manera aproximada, puede indicarse así:

184

Clases	Sing.	Pl.
I	<i>w</i>	<i>b</i>
II	<i>j</i>	
III	<i>b</i>	<i>d</i>
IV	<i>d</i>	

Incluso se podría determinar hasta cierto punto el contenido de las clases en la protolengua. Las dos primeras estaban reservadas a los seres racionales con distinción de sexo; los irracionales se distribuían, según criterios más difíciles de precisar, en las dos últimas, sin que el sexo tuviera nada que ver con esa distribución en los nombres de animales que al parecer entraban en la clase tercera en su gran mayoría.

En el CNO sólo en abkhaz hay indicios de un sistema de clases, en el verbo, en los prefijos posesivos, en los pluralizadores nominales y en los numerales: esto, sin embargo, sólo muy de lejos se parece al sistema de clases del CNE y CC en sus formas típicas y recuerda mucho más lo que en las lenguas occidentales llamamos género. Es por otra parte muy dudoso, como puede verse por las consideraciones de Deeters,³⁵ que los hechos que observamos en abkhaz representen un arcaísmo, un residuo del sistema de clases de la protolengua, y no una innovación.

En todo caso, es evidente que entre el verbo pluripersonal del CNO, que puede contener varios índices personales, y el verbo del CC y CNE mucho más simple en todo caso, y dominado por la categoría de clase, hay lo que podríamos llamar una sima tipológica. Esto no basta, es cierto, para que el parentesco genético entre aquél y éstos haya de ser excluido, pero no facilita el establecimiento de una gramática comparada.

185

³⁵ Art. cit. en la [p. 286, n. 4].

6.13. Cuando la comparación se hace entre el caucásico septentrional en conjunto y el caucásico meridional —es decir, las lenguas kartvélicas—, la situación resulta todavía más compleja. Con todo, podríamos resumirla no sin exactitud en pocas palabras: entre los dos grupos principales del CN hay una gran divergencia tipológica, pero también notables coincidencias materiales, dentro de un sistema de correspondencias fonéticas, que afectan al léxico básico; entre CN y CS hay notables diferencias de estructura y además faltan o son muy escasas las coincidencias materiales. Se señala alguna, como la que parece observarse entre los nombres del ‘corazón’ y entre CN ‘fuego’ y CS ‘quemar’, relación que ha sido extendida a *vasc. gogo* ‘mente, etc.’ y *su* ‘fuego’. Pero coincidencias materiales en corto número pueden advertirse entre dos lenguas o dos grupos de lenguas cualesquiera y más si están unidas, como en este caso, por relaciones de vecindad.

186 Ante tal situación la única actitud prudente es la del que se limita a juzgar, como hacen muchos lingüistas occidentales y soviéticos, que el parentesco genético del CN con el CS no está probado, y además que, si existe, ha de ser muy lejano. Tan lejano en realidad que no hay mayor probabilidad de que sea demostrable con los métodos de que hoy disponemos, cuyo poder de penetración en el tiempo es muy limitado.

6.14. Es natural que este escepticismo no haya llegado a modificar las convicciones de los creyentes en la unidad original de todas las lenguas caucásicas. Esta creencia, que es según toda probabilidad un hecho primario, puede hallar, como siempre ocurre, una justificación secundaria en una superestructura racional construida como apoyo y soporte.

Ya hemos visto que el sistema de clases de una parte del CN falta como categoría activa en las lenguas kartvélicas. Pero, como es un hecho que las lenguas pueden conservar largo tiempo restos ya inoperantes de lo que en un tiempo fueron elementos vivos de su estructura, los partidarios de la unidad de las lenguas caucásicas han buscado, y a partir del historiador I. Ėzavaxišvili³⁶ creen haber hallado, índices de clase fosilizados en morfemas kartvélicos que en la historia de estas lenguas tienen muy otra función (índices personales en el verbo, p. ej.) o no tienen ninguna, es decir, que no son

³⁶ Cf. H. Vogt, «La parenté des langues caucasiques. Un aperçu général», *NTS* 12 (1942), 242-257.

unidades significativas para el análisis sincrónico de la lengua ni siquiera en el estadio accesible más antiguo del georgiano.

Antes de discutir esto, se hace necesario abrir un breve paréntesis acerca de las ideas lingüísticas generales de la «escuela de Tiflis». Aunque su jefe, el académico A. Čikobava, tuvo una participación muy visible en la condenación oficial de las doctrinas de Marr, un lingüista occidental halla en las ideas y en los procedimientos de aquél mucho que no concuerda con sus propias concepciones y métodos en el campo de la lingüística diacrónica.³⁷ En un campo mejor explorado, en cambio, no hay más que diferencias de matiz entre los trabajos de un lingüista soviético como Abaev sobre el oseta y los de Benveniste, p. ej., sobre la misma lengua iránica hablada en el Cáucaso.

187

Čikobava valora mucho, y hasta sobreestima, la importancia de la lingüística diacrónica. Decir, como él dice, que «el sistema de una lengua no puede ser comprendido sin tener en cuenta su historia» es ciertamente inexacto, a no ser que se interprete como lo que es, como una perogrullada, en el sentido de que el sistema de una lengua no puede ser comprendido *históricamente* sin tener en cuenta su historia. Porque está claro para cualquiera que ese sistema sí puede ser comprendido y descrito sin prestar la menor atención al origen de sus componentes y a las fases anteriores de cuya evolución es el resultado en un momento dado.

También se halla en él una manifiesta confusión entre historia y prehistoria de una lengua (v. abajo 3.1 ss.). Cuando afirma que «cuanto más profundizamos en la historia de la evolución de las lenguas ibero-caucásicas, tanto más se pone de manifiesto lo que les es común», lo que sostiene no es exacto, literalmente hablando. Porque la única lengua caucásica que tiene una historia —en el sentido estricto de la palabra— de la que merezca la pena hablar es el georgiano. Por ello, el término inadecuado *historia* debe ser sustituido en su enunciado por *prehistoria*, si queremos expresarnos con alguna precisión.

³⁷ Cf. *Problema jazyka kak predmeta jazykoznanija*, Moscú 1959. Para las lenguas caucásicas, «O dvux osnovnyx voprosax izučenija iberijsko-kavkazskix jazykov», *Voprosy jazykoznanija* 6 (1955), 66-92. «Iberijsko-kavkazskoe jazykoznanie, ego obščelingvističeskie ustanovki i osnovnye dostiženija», *Izvestija Akademii nauk SSSR (otdelenie literatury i jazyka)* 17 (1958), 113-129. «Die ibero-kaukasischen Gebirgssprachen und der heutige Stand ihrer Erforschung in Georgien», *Acta orientalia Hungarica* 9 (1959), 109-161.

Y justamente aquí, en la investigación de la prehistoria, es donde hay una divergencia radical en los procedimientos. Para nosotros, el primer paso y al mismo tiempo el paso esencial de esa indagación consiste en la reconstrucción comparativa: las correspondencias fonéticas que se establecen entre las lenguas comparadas nos permiten identificar y definir las unidades distintivas, los fonemas, de un estadio prehistórico de la lengua con las cuales, dispuestas en un orden determinado, reconstruimos después la configuración fónica de las unidades significativas, las formas de esa protolengua. Así, de la comparación de lat. *piscis*, irl. *íasc*, inglés *fish* 'pez' obtenemos un fonema **p*, definido por la ecuación lat. *p*- = irl. cero = ingl. *f*-, y una protoforma **peisk-* / *pisk-* 'pez'.

189 Por el contrario, los problemas que aborda Čikobava, y resuelve a su manera, son de aquéllos, mucho más complicados, que se solían llamar glotogónicos. En realidad, todo se reduce en el fondo, partiendo de un supuesto previo (en este caso la unidad de origen de todas las lenguas caucásicas), a imaginar unas líneas verosímiles de evolución que hayan desembocado en los estados de lengua que nos son accesibles. El estado de lengua común prehistórica, la protolengua, pudo haber poseído un sistema de clases; el sistema pudo haber conocido en un principio una división bipartita («personas» / «cosas») que se volvió tripartita por subdivisión de la segunda clase; este nuevo sistema, a su vez, pudo dar lugar a otro de cuatro clases, dos de personas y dos de cosas para al fin llegar, en algunas de las lenguas, a un nuevo esquema tripartito («hombre» / «mujer» / «cosa»). Es posible, por último, que lenguas como las kartvélicas que a lo largo de su historia desconocen las clases nominales conserven, sin embargo, trazas de morfemas que han dejado de ser elementos activos de su estructura gramatical: cabe, por lo tanto, que Topuria tenga razón al pensar que *d-* o *t-* en algunas raíces verbales kartvélicas no sea más que un antiguo índice de clase.

Todo esto es sin duda posible, y hasta quizá verosímil, y sería temerario rechazarlo en cuanto posibilidad. Pero, para que esquemas evolutivos de esta suerte tengan algún valor probativo, es menester demostrar que tal línea, si no la única posible, es al menos más probable que cualquier otra; que hay, en otras palabras, razón suficiente para preferirla a cualquier otra posibilidad alternativa. Y esto es lo que, a nuestro entender, no hacen los lingüistas georgianos. Preocupados por cuestiones sin duda más importantes, no se han cuidado

de asentar primero los cimientos tan humildes como imprescindibles de toda reconstrucción.³⁸

6.15. Si el parentesco del CN con el CS es una hipótesis todo lo verosímil y razonable que se quiera, pero no un hecho demostrado, como se ha tratado de exponer en esta larga digresión, eso significa que el parentesco es, en el mejor de los casos, lo bastante lejano para que su prueba ofrezca hoy por hoy dificultades enormes, quizá insuperables. En esas condiciones, parece temerario introducir en la comparación la lengua vasca con la esperanza de que, a la vez que se establece su parentesco con las lenguas caucásicas, sirva de puente entre el CN y el CS. 190

Si se parte del origen común de todas las lenguas caucásicas, como ocurre en los ensayos de K. Bouda y R. Lafon, p. ej., entonces las formas vascas no pueden ser comparadas a voluntad con formas del CN o del CS, sino con formas que son comunes a estos dos últimos grupos. En efecto, tan sólo las formas pancaucásicas ofrecen garantía, como ha indicado muy bien H. Vogt,³⁹ de que ya formarían parte del acervo de morfemas del protocaucásico.

De lo contrario, habrá que limitar la comparación a una de las dos alternativas posibles: o bien vasco-CN o bien vasco-CS. Consideraciones tipológicas podrían servir de incentivo para guiar la investigación en uno o en otro sentido. En diferentes ocasiones se han señalado analogías estructurales entre vasco y CNO, en el típico verbo pluripersonal sobre todo, pero tampoco faltan curiosas analogías entre vasco y CS. Para el conjunto del CN, sin embargo, habría que decidir previamente si son los rasgos del CNO afines a lo vasco los que son más arcaicos o bien las características, alejadas en tantos aspectos de todo lo nuestro, del CC + CNE. Y esta cuestión previa no parece hoy fácil de solventar.

Un rasgo que es común al vasco, a las lenguas caucásicas —excepto al udi, aunque con divergencias considerables— y a algunas lenguas antiguas del Asia Anterior, por más que de ningún modo sea exclusivo de ellas, es la llamada «construcción ergativa», cuyo contraste con la oposición nom. / acus. de las lenguas indoeuropeas, 191

³⁸ Compárese entre nosotros la incomprensión de Campión hacia los métodos neogramáticos tal como aparece p. ej. en *Euskariana. Décima serie. Orígenes del pueblo euskaldún* [iberos, celtas y baskos]. Tercera parte. [Testimonios de la lingüística], [Pamplona 1931], pp. 106 ss.

³⁹ «Le basque et les langues caucasiques», *BSL* 51 (1955), 121-147.

etc., puede verse en los ejemplos siguientes: lat. *homo uenit*, vasc. *gizona etorri da*; lat. *hominem uidit*, vasc. *gizona ikusi du*; lat. *homo uidit*, vasc. *gizonak ikusi du*. En cuanto a la supuesta «pasividad» del verbo por la cual se sigue explicando entre nosotros la peculiaridad de esta construcción, Ćikobava tiene plena razón al sostener que, allí donde —como en georgiano, p. ej.— no hay una oposición de voz que enfrenta formas pasivas y activas, el verbo sólo puede ser considerado como neutral o indiferente a este respecto.⁴⁰

6.16. ¿Cuál es el balance que se puede hacer hoy de los resultados de la interesantísima exploración de las relaciones lingüísticas vasco-caucásicas, debida sobre todo a Bouda y Lafon?

Poseemos un número impresionante de aproximaciones, algunas sumamente tentadoras a la vista, entre palabras caucásicas y vascas y cierta cantidad —menor, pero nada despreciable— de ecuaciones entre morfemas gramaticales de uno y otro lado. En cuanto a las correspondencias fonéticas, parece haberse supuesto tácitamente por lo general que lo que es semejante debe ser considerado idéntico en cuanto al origen, pero en un punto concreto, el de las sibilantes, Lafon ha propuesto un sistema parcial, conforme al cual las sibilantes apicales vascas (*s*, *ts*) serían el correlato de las recursivas o glotalizadas caucásicas y las predorsales vascas (*z*, *tz*) corresponderían a las aspiradas caucásicas.

¿Qué se debe pensar de esta masa ingente de comparaciones? En esta materia la opinión del especialista, que conoce las trampas del oficio —por haberlas usado él mismo, generalmente—, suele ser muy distinta de la del profano, ya que sabe que hay que atender a la calidad y no a la cantidad de las aproximaciones. Sabe, por ejemplo, que la semejanza entre índices gramaticales, que se suele considerar como prueba de parentesco, no es tan probativa como parece, porque tales índices, de muy poco cuerpo por lo general, pueden coincidir por casualidad en las lenguas más diversas: así *-kh* en el nom. pl. de los nombres armenios no tiene con seguridad ninguna comunidad de origen con *-k* en el pl. de los nombres vascos. Otra cosa es

⁴⁰ Cf. *Problema èrgativnoj konstrukcii v iberijsko-kavkazskix jazykax* (en georgiano, con resumen en ruso), Tiflis, I, 1948, II, 1961. Para el vasco, véase además A. Martinet, «La construction ergative et les structures élémentaires de l'énoncé», *Journal de psychologie normale et pathologique* 55 (1958), 377-392, y «Le sujet comme fonction linguistique et l'analyse syntaxique du basque», *BSL* 57 (1962), 73-82, en contestación a las observaciones críticas de Lafon, [«Expression de l'auteur de l'action en basque»], *BSL* 55 (1960), 186-221.

cuando a la similitud en los afijos se añaden fenómenos concomitantes, como p. ej. alternancias. Comparando lat. *genus*, gen. *generis*, con gr. *génos*, gen. *géneos* y eslavo ant. *nebo*, gen. *nebese* ‘cielo’, vemos que la coincidencia no se limita a la desinencia -s, perdida en eslavo, sino que se extiende a la variación del timbre de la vocal de la sílaba final del tema.

En cuanto a las comparaciones de vocabulario, casi siempre resulta cierto el viejo adagio que asegura que no es oro todo lo que reluce. En nuestro caso son numerosos los ejemplos que han sido rechazados con razón porque uno de los términos por lo menos era un préstamo (armenio en georgiano, latín en vasco, etc.), porque las formas comparadas eran de antigüedad dudosa o de carácter probadamente reciente, porque la comparación se basaba en análisis erróneos de los morfemas componentes, etc.⁴¹

193

Baste con un botón como muestra. Según Bouda,⁴² vasc. *ezkutu* ‘ocultado, oculto’, junto con ronc. *ozkume* ‘escondrijo’, se relaciona etimológicamente con un verbo circasiano que significa ‘ocultarse’. De la misma raíz procederá el vasc. *azku* ‘tejón’ (analizado *a-zku*, como *e-zku-tu* y *o-zku-me*), con un correlato en caucásico meridional: mingr. *mu(n)čkv-i*, georg. *ma-čv-i*. Ahora bien, el hecho es que no se sabe muy bien de dónde viene el ronc. *ozkume* ni cómo debe analizarse ni cuál es su relación, si alguna tiene, con los otros dos términos vascos, pero sí se sabe algo más de éstos, a saber: (1) que *ezkutu*, *izkutu* (y *ezkutatu*, *izkutatu*) tienen parentela más próxima en rom. *escudo*, *escudar*, etc., y (2) que la terminación de *azku*, variante suletina con -u nasal acentuada, supone con seguridad **-one* (cf. sul. *arrazu* ‘razón’, *arrathu* ‘ratón’, con *u* nasal acentuada). Si este **azkone* está ligado a su vez —como alguna vez se ha supuesto— al lat. *taxo*, *taxonem* ‘tejón’ —tardío, y de origen al parecer germánico—, es otra cuestión que no es necesario contestar para rechazar de plano la aproximación vasco-caucásica.

No hay, sin embargo, el menor inconveniente en admitir que entre esta muchedumbre de aproximaciones hay unas cuantas que, aun después de haber sido sometidas a un severo examen, siguen pareciendo atractivas: algunas como la de georg. *k'ordzi*, vasc. *ikorzirin* ‘callo’ incluso demasiado atractiva, porque cualquier comparatis-

194

⁴¹ Véase la reseña de *Baskisch-kaukasische Etymologien* de Bouda [Heidelberg 1949] por Vogt, *NTS* 17 (1950), 537-549.

⁴² [«L'euskaro-caucasique»], *Hom. Urquijo*, III, pp. 229 s.

ta desconfiará por instinto de una semejanza tan notable —salvo los dos cabos inexplicables de la palabra vasca— en formas separadas del período de la protolengua común por un abismo de cinco o seis milenios por lo menos. Pero, aun dándolas por buenas, debe advertirse que las comparaciones no se establecen entre dos lenguas, sino entre formas tomadas de cualquier dialecto vasco, como acabamos de ver, y atestiguadas en cualquier época, a una de las cuales se le concede la prioridad según las necesidades del momento, y formas tomadas de cualquier lengua caucásica. Por ello, si se recuerda que éstas no bajan de una treintena, uno no se extrañará del crecido número de ecuaciones aparentemente buenas.⁴³

195 6.17. Pero el argumento decisivo que nos lleva a considerar no probado el parentesco lingüístico vasco-caucásico es otro. La reconstrucción comparativa que intenta penetrar en la prehistoria de las lenguas, en su pasado no directamente atestiguado, no tiene razón de ser más que en función de la historia y se justifica en la medida en que sirve para aclarar genéticamente los estados de lengua documentados. Y es indiscutible que, desde este punto de vista, la hipótesis del parentesco lingüístico vasco-caucásico se ha mostrado hasta ahora singularmente infructífera. Los enigmas de la prehistoria del vasco y de las lenguas caucásicas, que no son pocos ni de pequeña entidad, no han recibido luz alguna de los ensayos comparativos hasta ahora realizados. Y mientras esta situación continúe, es decir, en tanto que la hipótesis siga siendo ineficaz y estéril, no podrá pasar del estado de creencia o, a lo sumo, de opinión personal, muy respetable por otra parte.

Es evidente, además, que tal hipótesis no podrá servir para gran cosa en tanto que el trabajo de reconstrucción dentro de cada grupo, del lado vasco y sobre todo del lado caucásico, no esté más avanzado de lo que está. Hace años que Meillet, con su sobrio sentido de la realidad, lo señaló categóricamente: «Dans les recherches de parentés de langues, il y a deux moments: le premier consiste à rechercher les rapprochements possibles à première vue... Le second moment consiste à faire l'histoire précise des langues considérées en construisant la grammaire comparée; il n'y a démonstration que quand ce travail a été poussé assez avant. Le procédé qui consiste à rapprocher un fait basque de tel ou tel fait d'une des langues du

⁴³ No hay por qué ocultar que otros autores llegan a conclusiones más optimistas que las que aquí se expresan. Así Tovar, *La lengua vasca*², pp. 25 ss.

Caucase —très diverses, on le sait— ou d'une des langues couchitiques —très diverses aussi— permet de proposer beaucoup de rapprochements, mais, par suite du nombre trop grand de possibilités qu'il comporte, il exclut une démonstration véritable».⁴⁴

6.18. Terminamos, bien a disgusto, con otra nota pesimista. No debemos tampoco poner grandes esperanzas en la relativamente nueva glotocronología, método del cual ha hecho una aplicación muy interesante al vascuence A. Tovar.⁴⁵ Hoy que la crítica ha llegado hasta las mismas raíces matemáticas del método,⁴⁶ no podemos ya esperar, con M. Swadesh, que nos permita salvar lapsos de tiempo ante los cuales la comparación clásica tenía que confesarse impotente. Podrá servir de ayuda para obtener una primera impresión cuando no haya tiempo para entregarse a una investigación minuciosa, pero jamás podrá sustituir a ésta, y menos aventajarla.

196

En resumen, la filiación de la lengua vasca sigue siendo un misterio, como es también un misterio en el caso de muchas otras lenguas, vivas o muertas. Es posible que nos falten para siempre algunos eslabones perdidos que serían indispensables para desvelarlo. Es posible también, pero no muy probable, que tales eslabones existan aunque no hayamos acertado a reconocerlos o bien que algún hallazgo afortunado alcance a sacar a la luz datos hasta ahora ocultos. También cabe que una mejora en los métodos actuales o el descubrimiento de nuevas técnicas ponga en nuestras manos instrumentos más potentes.

Sea de esto lo que fuere, pues no poseemos poderes de profecía, puede darse por seguro que la búsqueda continuará incansable en el futuro sin dejarse desanimar por lo escaso de las cosechas anteriores. Ojalá que la fortuna, amiga siempre de los audaces y de los perseverantes, se incline alguna vez a sonreírnos.

⁴⁴ [Reseña de *RIEV* 16, 1925], *BSL* 26 (1925), [273-274], p. 273.

⁴⁵ «El método léxico-estadístico y su aplicación al vascuence», *BAP* 17 (1961), 249-281.

⁴⁶ C. D. Chrétien, «The mathematical model of glottochronology», *Language* 38 (1962), 11-37. Lo que Chrétien discute —con muy buenas razones, por cierto— no es el modelo matemático, como es natural, sino su aplicabilidad a los problemas de datación en lingüística diacrónica.

SOBRE LA HISTORIA DE LA LENGUA VASCA

1. La primera dificultad, nada insignificante, con que me he enfrentado al aceptar encargarme de estas dos intervenciones sobre la lengua vasca dentro del programa dedicado a las lenguas de España en este curso superior de Filología hispánica, estaba arraigada en la latitud —para mí excesiva, porque la libertad tiene el inconveniente, al lado de inmensas ventajas, de ser a menudo molesta— que se me concedía al enfocar el tema desde uno cualquiera de los innumerables ángulos que quedaban a mi disposición. Lo de las «variedades diatópicas y diastráticas», con su inevitable tono jergal, más bien agravaba que aligeraba la carga. No es que en general los temas posibles pudieran resultarme poco familiares, ya que por necesidad profesional unida a la edad he tenido que tratar de todo o de casi todo, según las ocasiones. Lo que sucede es que quería tener en cuenta, más allá de mis gustos e inclinaciones personales, los deseos y las conveniencias de un público posible cuya composición, por lo mismo que era posible, escapaba en buena medida a mis poderes de conjetura o de adivinación. 143

Al fin, y como la decisión apremiaba, he acabado por preferir, no sé si con acierto o no, los problemas teóricos, un tanto intemporales, a los prácticos e inmediatos. Por concretar de una vez, me propongo tratar de esbozar, primero, algunas líneas maestras de la historia de la lengua vasca (que, como tal y en su integridad, constituye una variedad tanto diatópica como diastrática dentro de las lenguas hispánicas), no sin asomarme en algún momento a su prehistoria.

ASJU 16 (1982), 141-156; *PT*, pp. 9-21. [N. de los eds.: véase, al final del artículo, el codicilo de 1987].

144 Intento, después, dar una idea de algunos rasgos centrales de la lengua. Como historicista confeso (por más que popperiano) que soy en materia de lengua, no voy a sugerir que la vasca constituye una especie de esencia intemporal, inmune a los embates del tiempo. Creo, sin embargo, y lo digo con todos los respetos y precauciones, que en todo el transcurso histórico que nos está siendo desvelado no se alcanza a observar variación de mayor monta en las características nucleares de que intento hablar en segundo lugar. Desde luego, estoy convencido de que, si se llegara a ampliar de un modo por hoy inesperado nuestro horizonte histórico, seríamos también testigos de una considerable modificación de esos y otros rasgos. Si tal cosa va a ocurrir, es algo que escapa a nuestro conocimiento, por suerte o por desgracia.

Como no quisiera que se me acusara de algo de que por una vez no he pecado, me permito señalar que he hablado y escrito bastante y en bastantes lugares sobre esos aspectos de la lengua, no tratados aquí, que podrían parecer más polémicos y conflictivos. Alguno de ellos lo he tocado, por ejemplo, en mi ponencia del Simposio de 1980 de la Sociedad Española de Lingüística que ha aparecido en *Revista de Occidente*, extr. II, febrero 1982, núms. 10-11, 55-75.^a

2. Entrando ya en el tema, tendría acaso que advertir de antemano que estas consideraciones parecen encaminarse más a tratar de los medios de hacer una historia de la lengua vasca y de las dificultades con que tropieza esa tarea, que a la historia como producto ya elaborado. Así, pues, si intentamos decir algo de la historia y protohistoria del euskara desde los comienzos de la influencia romana entre nosotros —por no hurgar más arriba por el momento— hasta los siglos X-XI, habrá que empezar —se trata de un tópico no menos inevitable por sobradamente socorrido— por señalar la escasez en número y la pobreza en calidad de nuestras fuentes que, además, y para mayor desgracia, son hasta muy tardías, al menos en sentido comparativo. Habrá que esperar, en efecto, hasta el siglo XVI para llegar a tener, en el sentido corriente de los términos, un conocimiento suficiente de la lengua —comparable, si se salva lo tocante a divergencias dialectales, al que la obra de Plauto nos proporciona para el latín—, unido a información directa, un tanto nebulosa en algunos puntos, sobre sus límites externos y sobre los que podríamos llamar internos.

^a «Normalización de la forma escrita de una lengua: el caso vasco».

Hay un modo tajante de clasificar las informaciones de que podemos disponer, empezando por las más antiguas. A riesgo de simplificar con brutalidad, los testimonios coetáneos suelen entrar en dos grupos: los que hablan *de* la lengua, de una parte, y los que hablan *en* la lengua, de otra.

Entre los primeros, cuenta con merecido renombre en nuestro caso, por lo que dice y por lo que sobreentiende, el comienzo mismo del relato de César, *BGI*, 1, en el que se afirma categóricamente que los belgas, los galos y los aquitanos difieren entre sí tanto por la lengua como por usos y leyes.

Por explícito que sea este testimonio, no habría motivo para aceptarlo sin crítica, ya que no hay razones para pensar que el autor se interesara en demasía por las lenguas de los pueblos que conquistaba, aparte de que no fue él, sino su lugarteniente Craso, quien dirigió el 56 a.C. la campaña contra los aquitanos. Hay, por otra parte, motivos sobrados para sospechar que los antiguos en general, al igual que muchos modernos, se solían percatar de la existencia de complejos étnicos globales, dentro de los cuales la lengua no ocupaba por necesidad la posición central. 145

En otras palabras, el testimonio se sostiene, se tambalea o se cae, en realidad, por la existencia o inexistencia de puntales externos: es decir, por lo que alcanzamos a saber con seguridad de fuentes más fidedignas. Hay, sin ir mas lejos, fundamentos más que probables para poner en duda la entera veracidad de las palabras de César en lo que atañe a los belgas, que en su gran mayoría hablaban una lengua muy parecida —la misma, mejor— que la mayoría de los que él llama celtas o galos. Se puede sospechar que aquí los germanos vecinos se hayan mezclado de alguna manera en su discurso.

3. Por lo que a nosotros respecta, se da, a pesar de todo, una circunstancia que dentro de la insuficiencia de las fuentes obra de manera favorable. Es un hecho bien conocido, y por eso mismo huelga insistir sobre él, que ante todo en la parte occidental del mundo romano se solía correr una triste carrera en la que el conocimiento y empleo de la escritura, único medio de fijar la lengua del país, competía en rapidez con la desaparición de ésta. La competición, además, no era inocente desde el momento en que la escritura, como constituyente nada insignificante del nuevo estado de cosas, contribuía de modo muy eficaz a la extinción de la lengua antigua.

Por razones que no comprendo del todo, pero que sin duda existieron y tuvieron que seguir en operación muchos siglos des-

pués, el recodo mismo del Golfo de Vizcaya, por escoger un punto de referencia bien señalado, tuvo que ser una de las zonas más inaccesibles a la penetración cultural en Occidente. Será ocioso advertir que la cultura no suele andar sola, sino que es transportada por otros vehículos. La distancia, además, no se mide en este caso, como en el de la luz refractada, en millas o en kilómetros, sino que debe ser estimada según el tiempo que se tarde, en función de asperezas y obstáculos, en franquear el camino.

Aquí, a pesar de todo, la escritura llegó primero: como se sabe, y si no no estaría yo donde estoy y haciendo lo que hago, la lengua resistió entonces y resiste todavía, y esta pervivencia dio ya algún fruto en la misma Antigüedad. Al sur de la Aquitania, en los valles pirenaicos hasta Arán inclusive, se han conservado bastantes inscripciones datables entre los siglos I-III de nuestra era, que, aunque latinas, llevan engastados en su texto nombres propios de persona y de divinidad que evidentemente son de otra procedencia. Su densidad es mayor hacia el este, lejos del País vasco moderno, y alcanza un máximo por Lugdunum Conuenarum; también se han encontrado, aunque en menor número, más al norte, en el país de los Ausci (Auch) o en Aire-sur-Adour, por ejemplo. La zona de los hallazgos es, como salta a la vista, más reducido que el territorio asignado a los aquitanos por César, y esta restricción puede corresponder a un retroceso real de la antigua lengua del país, ya que antes el único o principal enclave extraño (*allóphulon* lo llama Estrabón) parece haber sido el de los Bituriges celtas.

Operar con nombres propios y asignarlos a una u otra lengua es un proceder arriesgado pero indispensable cuando no queda otro recurso. En nuestro caso, no son pocos los que, si se descuentan los cambios que ha acarreado la evolución de la lengua —cambios demostrables o por lo menos sospechados por otras razones—, coinciden con material lingüístico vasco; insisto en que la coincidencia es aquí material, además de formal. Cuesta mucho creer que *Andere*, *Nescato* en nombres de mujer, o *Cison*, *Sembe*-, *Seni*- en nombres de varón, deban a la casualidad su perfecta conformidad con *vasc. and(e)re* ‘señora, mujer’, *neskato* ‘muchacha’ (con un sufijo *-to* productivo entonces y más tarde en la formación de diminutivos), *gizon* ‘hombre, varón’, *seme* ‘hijo’, *sehi* ‘muchacho’ (vizcaíno ant. *sei* ‘niño’ con diptongo nasal), etc.

Tenemos en esta onomástica, y esta consideración puede hacerse extensiva a bastantes nombres de lugar (de población, en particu-

lar), testimonios que hablan, aunque por vías oblicuas y en tierra latina, la lengua que nos interesa. Pero de poco nos valdría esto (todo quedaría reducido, en el mejor de los casos, a una vaga delimitación de áreas onomásticas) de no disponer, como disponemos, de documentación más reciente, incluso actual, a cuya luz la antigua pierde lo más de su ambigüedad inherente.

4. Importa subrayar esto, ya que el curso temporal de la lengua vasca ha estado marcado muy a menudo, casi a lo largo de toda su historia, por lo que alguna vez he llamado, no sé si con acierto, su carácter recesivo. Y me refiero así al hecho de que la lengua, a pesar de existir y hasta de ser idioma único dentro de alguna comunidad, no termina de aparecer por escrito a no ser en estilo indirecto, como en la antigua Aquitania. Esto lo expresó inmejorablemente Axular en 1643, aunque seguramente se limitaba a tomar nota de lo que observaba a su alrededor: *Orai badirudi euskarak ahalke dela, arrotz dela, eztela iendartean ausart* «Se diría que la lengua vasca está ahora avergonzada, que se siente extraña, que no se atreve a presentarse en público». Y añade, dejando de lado toda personificación: *Zeren are bere herrikoen artean ere, ezpaitakite batzuek nola eskiriba eta ez nola irakur* «(Y sucede esto) porque incluso entre los de su país, algunos no saben ni cómo escribirla ni cómo leerla».

Por lo que toca a Hispania, no parece haberse dudado (y se habrían encontrado, de buscarlos, argumentos aceptables) de cuál era la lengua de buena parte de los Vascones antiguos: ¿dónde, si no entre ellos, habían de encontrarse vascongados —empleo el término clásico— o antecesores de éstos? Claro que el acuerdo entre denominaciones de ayer y de hoy pierde mucho de su valor si se aducen los únicos nombres vascos de la lengua y de sus hablantes: *euskara* y *euskaldunak*. Las opiniones aplastantemente dominantes, al fin y al cabo, no alcanzan necesariamente esta condición por lo que tengan de racionales.

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que ahora, a partir de 1960, se han empezado a hallar muestras epigráficas comparables a las aquitanas en nombres de persona, al este de Navarra (y no es sin duda casual que esto se haya producido en zona muy romanizada, aunque fronteriza) y también en Aragón, muy posiblemente. Es curioso que uno de los criterios discriminatorios, no del todo fidedigno, en que uno tiene que apoyarse cuando faltan otros más firmes sea fonológico, y que se trate, como en Aquitania, de una sola letra, *H*, cuya frecuencia y distribución (hay grupos como

NH) es muy peculiar. Recuerdo que una letra equivalente faltaba en las varias versiones del semisilabario ibérico, lo cual está de acuerdo con el hecho de que *H* esté prácticamente ausente de la transcripción latina de nombres ibéricos. Y, pasando de la grafía a la pronunciación, no parece que /h/, una aspiración, existiera en celtibérico ni en otras hablas indoeuropeas de Hispania. Tampoco existía para el caso en galo (un nombre como el gen. *Dunohorigis* no puede serlo del todo) y su pérdida en latín es temprana, de lo cual hay pruebas abundantes.

4 bis. Esta especie de retraimiento de la lengua, por volver al símil antropomórfico, explica que muchas veces, en la Antigüedad y en épocas mucho mejor documentadas, parezca que no ha habido áreas de habla vasca allí donde necesariamente tuvo que haberlas. «Es sorprendente —escribe Jürgen Untermann¹— que la provincia de Álava, que más tarde es vasca, parezca no haber conocido más que nombres propios celtibéricos en la Antigüedad». Y últimamente, en sus *Monumenta linguarum Hispanicarum* puede leerse, de acuerdo con las ideas de Gómez Moreno, que «la existencia de una fuerte población celtibérica en la frontera de Navarra y Álava está asegurada por los antropónimos» (*MLH* I, p. 242), o que un fragmento ibérico hallado en Aubagnan (Landes) podría indicar «relaciones con los nombres de persona celtibéricos de Álava».

148 Algo parecido ocurre con los nombres de población que se atestiguan a lo largo del Iter XXXIV o en sus proximidades: *Ouéleia*, *Souestásion*, *Toullónion*, *Gébala* (nombre para el cual propuse hace años una etimología indoeuropea: cf. gr. *kephalé*.), *Gabálaika*, *Alba* o, ya en territorio navarro, *Bitourís* y *Kournónion*.²

Untermann admite con restricciones que «solamente quedan muy pocos rastros que encierran la promesa de poder ser aducidos como testimonios antiguos de la lengua vasca: se trata de nombres de persona y de divinidad en inscripciones latinas procedentes del valle superior del Garona, de algunos lugares del País vasco francés³

¹ [G. Neumann - J. Untermann, «Hispania»], *Die Sprachen im römischen Reich der Kaiserzeit. [Kolloquium vom 8.-10. April 1974]*, Köln - Bonn 1980 (Beihfte der Bonner Jahrbücher, 40), pp. 1-17.

² Véase M.^a Lourdes Albertos Firmat, «Álava prerromana y romana. Estudio lingüístico», *Estudios de arqueología alavesa* 4 (1970), 107-234. Mis desacuerdos con este trabajo tocan mucho más de cerca a lo prerromano que a lo romano.

³ Trabajo citado en la nota 1. No hay más que una inscripción, que yo sepa, hallada en el País Vasco actual, cerca de Tardets, en la Soule.

y últimamente de una inscripción de Lerga en Navarra» Cf. además *MLHI*, p. 37 y II, p. 381. Su conclusión, acaso excesivamente severa, se funda en criterios muy explícitos: «Aber, wo die Quellen fehlen, haben Historiker und Linguisten ihr Recht verloren».

Al estudiar las monedas, el autor ve que hay una zona, su zona IV, sobre todo IVa, correspondiente al Alto Aragón y Navarra, que presenta particularidades propias, aparte de que resulte difícil por las leyendas monetales asignar sus cecas a la Hispania ibérica o a la celtibérica. Además de particularidades gráficas, esas leyendas las presentan también ortográficas y, en otro terreno, se ha hablado de un *ductus* vascónico y de un estilo apellidado también así y no precisamente por elogio, denominación que Untermann acepta con alguna reserva.

Por todo eso, me parece que Javier de Hoz⁴ tiene toda la razón al presentar unos fundados reparos en relación precisamente con esta región numismática: «8.4 es un apartado importante porque se ocupa de una zona “entre el Ebro y los Pirineos”, decididamente difícil e interesante. El A. parte de una agrupación de cecas, basada en criterios no lingüísticos, cuya situación geográfica no permite atribuir las a priori a una lengua determinada... Hay sin embargo una premisa no explícita en el enfoque del A., aquí y en otros lugares, con la que no estoy de acuerdo, y es la exclusión sistemática del euskera antiguo... es indiscutible que las inscripciones aquitanas con nombres vascos antiguos no representan toda el área de extensión de esa lengua; hallazgos aislados como la estela de Lerga, la continuidad histórica de los vascones, topónimos ya atestiguados en la Edad Antigua, todo eso nos garantiza que cuando los romanos alcanzaron la región navarra encontraron una población que en gran parte hablaba vasco antiguo, aunque los más destacados de sus miembros prefiriesen⁵ en general llevar nombres del repertorio indoeuropeo, común a gran parte de la Península. Por ello creo que no se debe jugar sistemáticamente con la alternancia celtibérico / ibérico».

149

5. Cuando Untermann establece *comme allant de soi*, como cosa que cae de su peso, que una parte de la Aquitania cesariana tiene una

⁴ «Crónica de lingüística y epigrafía prerromanas de la Península Ibérica: 1979», supl. de *Zephyrus* 30-31 (1980), 299-323. El pasaje citado y otras precisiones se encuentran en la p. 306.

⁵ En algunas zonas y no, por ejemplo, en alguna comunidad, que por ahora se nos aparece aislada, como la de Lerga. En otros casos (cf. la onomástica de los miembros de la Turma Salluitana), la aristocracia tal vez se inclinara por los nombres ibéricos.

onomástica característica e inconfundible con otras vecinas según el testimonio de inscripciones latinas de época imperial, no hace sino repetir lo que ya había establecido Joshua Whatmough, por ejemplo, en sus *Dialects of ancient Gaul*, [Ann Arbor] 1949-1951. El paso siguiente, que ambos y otros han dado, es el de concluir de una área onomástica a una área lingüística. Ya en época romana se advierte sin ambigüedad la existencia de un dominio que sobre todo desde que el medievalista Achille Luchaire puso los puntos sobre las íes no podía ya ser pasado por alto. Esa realidad es lo que Martinet iba a llamar ‘euskarien’ y lo que el siglo pasado y parte de éste se decía ‘éuskaro’ en castellano.

Por eso mismo, porque esto es tan patente, constituye una curiosidad de la investigación histórica en torno a lo vasco el hecho de que la totalidad o casi totalidad de los autores hasta tiempos muy recientes, acaso hasta la publicación en [Pau] 1877 de *Les origines linguistiques de l'Aquitaine* de Luchaire, se hayan obstinado en considerar la lengua vasca como un hecho exclusivamente cispirenaico que sólo gracias a un corrimiento bastante reciente había llegado a ser también, en alguna medida, francés o galo. Uno comprende que se pensara así a este lado de la frontera, pero no puede menos de admirarse de que un historiador tan serio —y francés con ribetes de *chauvin*— como Oihenart se adhiriera al punto de vista de sus colegas de Ultrapuertos y diera por sentado que la expansión de la lengua vasca al norte de la frontera viene, más o menos, de la famosa incursión del 587, contragolpe de la campaña de Leovigildo en Hispania con la ‘fundación’ de Victoriaco el 581.

Es admisible que una lengua se hable en una región, deje de estar en uso y vuelva otra vez a ser introducida en ella: se habló celta en la Bretaña francesa, se perdió la lengua sustituida por el latín y volvió a usarse allí hasta el día de hoy, gracias a la inmigración desde la Gran Bretaña. Cabe también que, de modo análogo, el vasco que un día se habló en tierras galas volviera después a ellas por un movimiento de flujo que siguió al reflujo anterior. Con todo, es ésta la hipótesis menos económica y, por lo tanto, la menos aconsejable, si no hay razones de otro género que la abonen.

Lo más simple, y por ello lo más verosímil, es la suposición de que lo que hoy se habla al norte de los Pirineos no es sino un resto de lo que allí se hablaba antes de que se dejara sentir la influencia romana. La romanización, a juzgar por las muestras que dejó, fue insignificante en Vizcaya, y más todavía en Guipúzcoa y en la parte que correspondió al *saltus Vasconum* en Navarra, pero no fue mucho

mayor en la Euskal Herria septentrional. Las inscripciones proceden de zonas en las que la influencia romana se estaba dejando sentir. En el desierto a que acabo de referirme, por el contrario, no hay prácticamente inscripciones y tampoco hay, por lo tanto, onomástica atestiguada, ni latina ni indígena.

6. La suerte de la lengua vasca, aunque mejore en la Edad Media, no es tan buena como se podría pensar en lo tocante a la documentación. Se puede conjeturar que *Lizarraga*, atestiguado como apellido por San Miguel de Pedroso, en la cuenca alta del Tíron, era la versión vasca de *Fresneda* (*lizar* es naturalmente ‘fresno’), latinizado *Fraxeneta*, y seguramente se acierta. De modo similar, sólo una anotación suelta del Libro Rubro de Iranzu en Navarra permite adivinar que *Paterniana* en Álava se decía *Baternia* en lengua vasca. También por medios indirectos se descubre que *Undio* / *-u* correspondía a lo que oficialmente era *Undiano* en Navarra. Los ejemplos podrían multiplicarse casi a voluntad.

Cuando don Ramón Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, [Madrid 1950³], § 20, 5, escribe, a propósito de *Penna Alba*, *Auba*, *Ova*, del lat. *alba*, que «hoy se conserva *Ova* en Vizcaya frente a *Alba* en León, Palencia, Cataluña, etc.», da por supuesto que ese nombre vizcaíno de población ha sufrido en sus sonidos una evolución típicamente románica —que en este caso no sería además vasca—, para lo cual es necesario que existiera un medio social en el que el nombre pudiera evolucionar así y no a la vasca: en este caso tendríamos inmutable el prototipo latino *Alba*. Esto, sin embargo, se le hace a uno duro de creer cuando recuerda que allí encontró en 1937 gentes con las que no se podía conversar más que en una lengua, que no era el castellano. La posición de don Ramón se asentaba por otra parte en el aire, dado que un hijo de ese barrio, autor en el siglo XVI de un libro en el que trataba in extenso de cuestiones de ortografía y de paso de pronunciación, nos asegura que la población se llamaba *Oa*, con una vocal tras otra, sin consonante intermedia.⁶

151

⁶ Leo en [J. F.] Bladé, *Études sur l'origine des Basques*, [París] 1869, p. 252, n. 2, que Francisque-Michel, tras la publicación del poema de Anelier sobre la guerra de los barrios de Pamplona en 1276, «qui ne donne pas même à soupçonner qu'en fait de langue courante, il soupçonnât l'existence d'une autre que la sienne», llegó al parecer a dudar de que en la capital navarra se hablara vascuence (y, añadido, romance navarro). Pero este testimonio no tiene demasiado valor. Los pobladores francos usaban su lengua, el occitano, que era más o menos la misma que la del trovador, y ni aquéllos ni éste podían estar demasiado preocupados por la lengua o lenguas de sus enemigos.

Casi en nuestros días todavía podía uno dejarse cegar por el aspecto monocolor de la documentación escrita, sobre todo si era en algún sentido oficial y, de no andar advertido, podía haber llegado a la conclusión de que, en Guipúzcoa por ejemplo, (casi) todo el mundo, sin excepción (casi), se expresaba tan sólo en castellano. Bien es verdad que, aun en lo escrito, hay elementos más que suficientes para tener que descartar esa opinión, si se pasa la documentación por un cedazo más fino. Más provechosos que cualquier otra clase de papeles son los procesos seguidos ante tribunales eclesiásticos en que el tenor literal (y por consiguiente la lengua misma) era de peso decisivo, así como los documentos notariales en que, o por ignorancia de los equivalentes castellanos o por no dejar resquicios a la duda, nombres de aperos o de objetos de uso doméstico quedan a veces sin romancear.

7. Si empezamos con un recuento de conocimientos e ignorancias sobre la historia externa de la lengua vasca, tendremos que mencionar los vecinos más antiguos, en la medida en que son conocidos. Ya se ha dicho que los límites septentrionales del éuskaró en la Aquitania fueron descendiendo en la mejor época del Imperio, proceso que acaso había empezado ya, frente al galo, antes de César. También tuvieron que irse estrechando en dirección oeste desde Arán, St.-Bertrand-de-Comminges, Luchon, etc., hasta llegar a unos límites que, desde que podemos hacernos idea cabal de las cosas, son los mismos de la Euskal Herria contemporánea.

Por lo menos sabemos bien quién fue allí el vecino y concurrente, antes del latín y junto a éste: el galo que acabamos de mencionar, lengua indoeuropea y más precisamente céltica. De lo que pudo haber por allí antes del galo, como nada sabemos, lo mejor es guardar silencio.

La situación fue más compleja al sur y los límites, si cabe, peor dibujados. No hay duda sobre la existencia de dos importantes
152 lenguas escritas y sin duda también habladas en zonas bastante extensas: el ibérico, no indoeuropeo (rasgo negativo que lo asocia al vasco más que ninguno positivo), y el celtibérico, indoeuropeo y céltico como el galo. Los límites entre ibérico y celtibérico se están precisando mucho últimamente, por la parte de Zaragoza más que nada, gracias al hallazgo y estudio de los dos bronce de Botorrita, el celtibérico y el latino. Con este último parecen fijarse mejor los límites étnicos (no necesariamente los lingüísticos) de los vascones hacia mediodía y oriente, Remito a Guillermo Fatás, *Tabula Contrebiensis*, [[Zaragoza]], Universidad de Zaragoza, 1980.

Al este y más precisamente el noreste queda mucho que aclarar: los indicios, por indirectos, son radicalmente insatisfactorios. En principio, uno se sentiría tentado a creer que la lengua indígena hablada en los valles septentrionales del Pirineo no era extraña a los meridionales: hay en la Edad Media y en la Moderna una estrecha comunicación entre valles de una y otra vertiente, manifiesta en la coincidencia en los resultados de la fragmentación dialectal románica. Pero hechos atestiguados más tarde (el testimonio de la toponimia en lugar muy señalado) han llevado a muchos a la firme convicción que encuentra diáfana expresión en el mapa de *Orígenes* dedicado al «Último reducto de los dialectos ibéricos», vale decir éuskaros, donde el «límite de la romanización tardía, hacia los siglos VI-VII» abarca, digamos, Sos, Ejea de los Caballeros, Benabarre, Tremp, Sort y Andorra, aparte de llegar a las mismas puertas de Huesca. Luego J. Corominas, en sus *Estudis de toponímia catalana*, [[Barcelona]], I, 1965, siguiendo una idea de R. d'Abadal dio demostración cumplida, aunque tuviera que ceñirse a la *circumstantial evidence* anglo-sajona, de que en Ribagorza y el Alto Pallars la lengua antigua pudo conservarse, sin conexión ya con los núcleos mayores, no sin quedar marcada por el contacto, varios siglos más tarde que el tope fijado por Menéndez Pidal.

8. Al otro extremo, tampoco cabe dudar de que el latín también hizo progresos hacia el norte, mientras la administración romana funcionó con efectividad, progresos que tendían a empujar a la lengua del país a la vertiente cantábrica. Pero en la Edad Media, sobrepasado el hiato documental, nos la encontramos extendida mucho más allá de las tierras de várdulos y caristios, por la Rioja Alta y Burgos, en las cuencas del Oja, del Tirón, del Arlanzón y del Oca. Fernando III, según descubrió Merino Urrutia, había reconocido el derecho de los vecinos de Ojacastro a emplear el vascuence en los tribunales.

Frente a la alternativa que generalmente se propone (se trata de un reducto que resistió *in situ* a la romanización, hipótesis poco atractiva, o bien del resultado de la expansión navarra a principios del siglo X), yo me inclinaría por un término medio: la formación de un núcleo, unido entre otros vínculos por la lengua, por una emigración que empezaba ya a buscar una salida a las estrecheces a través de la barrera del llamado *limes* desde García Bellido durante el Bajo Imperio y que creció sin medida en los siglos confusos que siguieron. En todo caso, los siglos IX-X, punto de referencia que eligió para su mapa Menéndez Pidal, acaso ya no fueran el momento

de mayor extensión de la zona en que «el vascuence predominaba todavía».

Los nuevos tiempos no trajeron consigo solamente un mejor conocimiento de los límites: también mejoró el conocimiento de la lengua. Desde los siglos X-XI son cada vez más frecuentes, aunque casi siempre en contexto aloglota, los materiales vascos. Se trata ante todo de nombres propios, pero también pueden hallarse palabras comunes, fragmentos de frase, algún breve léxico, etc. Y en el siglo XI, en el monasterio riojano de San Millán, ocurre lo que por su rareza más bien parece un milagro. Entre las glosas hay dos frases vascas, dos oraciones, hecho cuya importancia no se desvirtúa porque sigan resistiéndose a los exegetas. Por otra parte, Francisco Rico ha mostrado no hace mucho que, aparte de que el carácter mismo de las glosas no acaba de ser entendido rectamente, no se ha caído en la cuenta de que las glosas dan más, aunque de modo indirecto, desde el punto de vista vasco, de lo que solemos decir.

Podría hacerse sin largas consideraciones un resumen razonable de la historia posterior de la lengua. Es un hecho que, desde que se escribieron las glosas hasta hoy, los límites de la lengua, por todo lo que sabemos, no han hecho más que retroceder, al sur del Ebro primero, hasta su desaparición, y al norte del Ebro después. Ya desde el siglo XVI por lo menos habría documentación suficiente para probar la existencia de grupos numerosos de habla vasca fuera del país, en Europa y acaso más que aquí en América, pero tales grupos llevan una existencia oscura y nunca llegan a consolidarse.

En el país mismo la erosión, externa e interna, continúa. Ahora bien, al tiempo que la comunidad de lengua va perdiendo peso relativo en el mundo real, la presencia de la lengua, resquebrajada o rota la costra de la lengua oficial, es cada vez más manifiesta. Sabemos cada vez más de ella, de su pronunciación, de su gramática, de su léxico, de sus variedades. Hasta nos hallamos cada vez mejor informados de sus mermas: considerables en el siglo XVIII, mayores en el XIX, sobre todo en su segunda mitad. Aumenta, por otra parte, la atención que merece a los estudiosos y es también cada vez mayor el ámbito de su empleo escrito: se usa la lengua en nuevos campos y se cultivan nuevos géneros en lo literario.

9. No vale la pena de proseguir la historia, cada día más conocida (y conflictiva) a medida que nos acercamos a estos momentos. Tal vez tenga, en cambio, algún interés el mostrar cómo ciertos aspectos muy salientes de la lengua, y algo parecido se podría también

decir de los estudios que a ella se dedican, tienen todavía que ver con nuestra prehistoria lingüística.

El hecho decisivo es que, hacia el siglo II anterior a nuestra era (y descontando lo que quedara de la lengua del sudoeste de la Península e incluso de hablas no descubiertas por falta de testimonios), las dos lenguas no indoeuropeas, que muy bien podemos suponer de introducción más antigua, quedaron aisladas como islas en un mar de lenguas indoeuropeas: galo, celtibérico, lusitano..., y por último el latín. El aislamiento, efecto de accidentes históricos, les fue común desde muy pronto tanto al ibérico, lengua escrita por lo menos desde el siglo IV a.C. y hablada en una zona de notable adelanto como expuesta a las influencias orientales que le llegaban sobre todo por el mar, y el oscuro éuskaro, que aún había de tardar siglos en alcanzar un cultivo escrito semejante.

La desigualdad de la suerte que corrieron una y otra no se debió sin duda sólo a que el ibérico estuviera menos resguardado por la geografía. El desarrollo cultural, de por sí, a no ser que alcanzara el grado excepcional del griego (o, en un campo limitado, el del hebreo como elemento esencial del judaísmo), constituía un factor de vulnerabilidad antes que de inmunidad, al abrirse al contagio de pueblos cuya superioridad cultural era ante todo militar y económica. El ibérico, en consecuencia, desaparece bastante pronto —digamos que en el siglo I de nuestra era— dejando en el latín lo que las lenguas suelen dejar al apagarse: nombres propios no interpretables, y algún que otro término de sustrato difícil, si no imposible, de reconocer en cuanto a su procedencia precisa.

He insistido en que, prescindiendo de lazos de afinidad que parecen haber sido fuertes en lo fonológico por lo menos, la relación entre vasco e ibérico está basada en el rasgo negativo común de no ser indoeuropeas. No es que los testimonios de César y de Estrabón y algún otro que podría añadirse carezcan de valor en materia de lengua. Lo que sucede es que para ellos lo etnográfico va antes que nada y atienden a la configuración física y moral de la población, a su organización y división político-administrativa. A esto apuntan, pongamos por caso, las observaciones de Tácito cuando encontraba semejanzas de textura corporal entre los iberos (entendidos, no hace falta subrayarlo, *lato sensu*) y gentes que ahora llamaríamos galesas.

La lengua viene en segundo lugar, aunque siempre se intente tomarla en cuenta. Por más que hoy pensemos que ibérico y vasco antiguo lejos de ser la misma lengua no podían estar unidos a lo sumo

155

más que por un vínculo genético demasiado remoto, tenemos que tener presente cómo tenían que aparecer las cosas para conocedores del latín y del griego o, para el caso, sólo del latín. Para éstos, a poco dotados que fueran, el galo al norte y el celtibérico al sur tenían que mostrar un aire de familia, hasta bastante marcado, con su propia lengua: por mucho que esto nos sorprenda, las cosas no tenían que ser tan duras para César como para Zeuss, cuando éste partió en sus investigaciones de las lenguas célticas modernas. Éuskaro e ibérico, por el contrario, tenían también que parecerse entre sí por su común y radical alteridad, que en términos lingüísticos es ininteligibilidad.

10. En la relación de vecinos ha quedado casi en blanco lo referente a los occidentales con los cántabros como unidad principal. La relación de cántabros y vascones, que para ciertos autores son vecinos entre sí mientras que otros nos los presentan separados por varios pueblos intermedios, sólo indica que, entonces como ahora, se opera con generalizaciones en que las denominaciones mayores absorben con facilidad a las pequeñas. Está claro, por otra parte, que nadie tenía interés en dibujar la frontera que separaba a indoeuropeos de lengua de no indoeuropeos, esa frontera que unos han puesto entre várdulos y vascones y otros, no los más exaltados, pondrían acaso entre autrigones y caristios.

Aunque ya en César los cántabros se muestran —como si les fueran estrictamente limítrofes— acudiendo en ayuda militar de los aquitanos, la relación entre cántabros y vascones aparece establecida, sobre todo desde la última parte del siglo VI por la oposición a un enemigo común, tema para el cual basta con remitir a Barbero y Vigil. En cuanto a lengua, hay un término reciente seguro y otro antiguo tan sólo probable. El reino de Cangas ya se nos aparece en la historia como de lengua románica, cosa que no se puede decir del reino de Pamplona en el siglo IX. En la época romana Javier de Hoz presenta unas conjeturas que me parecen del todo razonables: «...la total preponderancia de los nombres indoeuropeos, que aparecen además sin modificaciones ni adaptaciones a diferencia de lo que ocurre con los pocos elementos supuestamente i.e. en el área ibérica, aconseja considerar a los cántabros como hablantes de una lengua i.e., siendo imposible precisar si ésta era céltica o no». Irían, pues, en principio con los berones riojanos, calificados de celtas, y con los celtíberos en general.

11. Desaparecido ya el ibérico, el vascuence conoció, a su vez, las vicisitudes externas que ya se han relatado, más algunas de las

que nada se ha dicho. Su condición de lengua isla, como algunas veces se ha solido decir, le ha durado hasta el día de hoy, a pesar de los denodados esfuerzos de intrépidos y sabios comparatistas que intentaban probar su parentesco genético con otras lenguas. Todo sigue en presunciones no confirmadas. 156

En su trato con el latín y los romances vecinos ha recibido mucho y muy variado, y no entro en lo que les ha podido dar. Ante todo en el léxico, en la derivación, en la sintaxis o, mejor acaso, en algunos aspectos un tanto superficiales de ésta. Pero lo que ha tomado, por mucho que sea, lo ha tomado, como creo decían los escolásticos, *ad modum accipientis*. Por eso mismo y a pesar de la aculturación, mantiene un tipo que es imposible de confundir con el de los romances, vecinos o no, y aun con el de las lenguas indoeuropeas, modernas o antiguas. Pero a ésto le he dedicado un capítulo aparte.

P. S.—Este artículo y el siguiente [«Tipología en torno a la lengua vasca»] constituyen el texto escrito que estaba destinado a cubrir dos conferencias en el curso superior de Filología hispánica, Universidad Menéndez Pelayo, Santander. Por problemas de nivel y de tiempo, sólo en muy corta medida pude exponer de palabra lo que en estas páginas aparece en su forma original.

Codicilo de 1987, extraído de las «Rectificaciones y enmiendas» de *PT*, pp. 465-492, 467 (texto completo en el vol. X):

Para lo aquitano, que ahora es (secundariamente?) vascón, véase Joaquín Gorrochategui, *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, [Bilbao], Universidad del País Vasco, 1984. Como puede verse en su p. 254 (*Sanharis*), este tipo de nombres ha empezado también a aparecer en la provincia de Zaragoza: cf. G. Fatás - M. A. Martín Bueno, *Epigrafía romana de Zaragoza y su provincia*, Zaragoza 1984, y también G. Fatás, *Contrebia Belaisca. II. Tabula Contrebiensis*, [Zaragoza], Universidad de Zaragoza, 1980, donde aparece un nombre con *h* intervocálica, desgraciadamente incompleto.

Para la extensión hacia el sur de lo aquitano, que ha pasado de ser galo, aunque novempopulano, a ser hispano, véase también J. Gorrochategui, «Historia de las ideas acerca de los límites geográficos del vasco antiguo», *ASJU* 19 (1985), 571-594. Mientras antes se consideraba al vascón como vasco casi por definición, aunque era evidente que muchos de los vascones desconocían esa lengua, ahora parece más bien que el *Auskisch* de Schmoll, norteño de origen, se haya ido corriendo a regiones más meridionales. Esto, como cualquier otra cuestión que se fundamenta ante todo en argumentos *ex silentio*, tendrá que esperar a que el tiempo, con nuevas ideas y sobre todo con nuevos hallazgos, aclare algo más los problemas.

Como estas consideraciones están basadas en nombres propios por una regla que impone la estricta necesidad, tal vez no esté de más añadir una advertencia, entre otras que se podrían escoger. Remito a Ignace Gelb, en *La lingua di Ebla*, ed. Luigi Cagni, Napoli 1981: «The language of texts may be different from the language of names».

El trabajo de Francisco Rico vio la luz en una publicación destinada más bien al uso general que a los especialistas. Ahora puedo remitir a su *Primera cuarentena y tratado general de literatura*, Barcelona, El Festín de Esopo, 1982, pp. 17 s. Véase también Manuel C. Díaz y Díaz, *Las primeras glosas hispánicas*, [[Barcelona]], Universidad Autónoma de Barcelona, 1978, pp. 26-32.

LA LENGUA VASCA Y LA PREHISTORIA

1. Como suele ocurrir, la obligación en que me encuentro de hacer una exposición en este IV Symposium de Prehistoria Peninsular, dedicado a los problemas de la prehistoria y etnología vascas, es a la vez para mí un honor, que agradezco en lo que vale, y un delicado compromiso. Porque, si siempre es difícil hablar de lo que atañe directamente a la especialidad de uno, todo se vuelve muchísimo más complicado tan pronto como hay que referirse a las relaciones de la disciplina propia con otras en las cuales no se posee más que la más somera de las iniciaciones. 271

Por esto, acaso se me permita abandonar el tono impersonal propio de ocasiones como ésta para hablar de un modo más suelto y desembarazado, aunque el «odioso yo» tenga que aparecer con demasiada frecuencia.

Empezaré, pues, por una profesión de fe o, si se prefiere, por una declaración de principios. Soy lingüista a secas, no porque haya perdido el interés —que, gracias a Dios, conservo muy vivo— por lo que se piensa o se hace en otras disciplinas más o menos conexas, sino porque las respeto demasiado para permitirme incursiones o intromisiones a las que no tengo derecho alguno. Salta también a la vista que el ser lingüista a secas no autoriza a nadie, sin más, a dar opiniones sobre una lengua o un determinado grupo de lenguas: aquí, por fortuna, cuenta a mi favor la circunstancia de que, si de alguna lengua puedo hablar, es precisamente de la vasca y de las que con ella parecen haberse relacionado.

Problemas de la prehistoria y de la etnología vascas. IV Symposium de prehistoria peninsular, bajo la dirección del Dr. D. Juan Maluquer de Motes, Pamplona 1966, pp. 271-285; *SHLV*, I, pp. 74-84.

272 2. Además, y teniendo en cuenta que en lingüística hay muy distintas y hasta encontradas tendencias, escuelas o sectas —entre los fieles defensores de las varias tradiciones antiguas, los innovadores que ya no lo son tanto y los revolucionarios recién llegados—, tendría que definirme más precisamente como estructuralista, al menos en sentido amplio. El estructuralismo, como se sabe, considera que una lengua es un todo trabado, un sistema o sistema de sistemas, no un simple agregado de elementos; la semejanza de esta orientación con la del gestaltismo en psicología salta a la vista. Este modo de ver proporciona, por otra parte, un criterio de valor, seguro y objetivo en general, ya que lo que vale en una lengua, lo único que verdaderamente importa, son aquellas diferencias, grandes o pequeñas en lo físico, que son distintivas o significativas, es decir, que tienen una función en el sistema de la lengua. De aquí la distancia que separa a la fonética de la fonología, disciplina lingüística que hoy, después de una larga discusión, es aceptada por todos.

Pero, aparte de lo dicho que, por su misma generalidad, no tiene aquí demasiado interés, hay que añadir algo que sí toca directamente a la consideración de los problemas que nos han reunido ahora. El estructuralismo es, para decirlo brevemente, inmanenista. La lengua, para él, además de ser un sistema, es un sistema en cierto modo cerrado, autónomo, que puede y debe ser estudiado en sí mismo.

Contra lo que pudiera parecer, y rectamente entendida, no es ésta una declaración separatista. Nadie niega que la lengua tenga relación con otras realidades, físicas o mentales; nadie discute tampoco que la lingüística tenga mucho que aprender de otras ciencias, y no sólo en cuanto le sirven de modelo, sino también porque le proporcionan conocimientos concretos. Sería más exacto decir que la lingüística estructural es autonomista —o fuerista, si queremos decirlo a la navarra—: tiene su objeto propio de estudio y sus métodos propios de estudiarlo. Pero no todo acaba ni puede acabar ahí. Hay, además, detrás y delante y a uno y otro lado, campos limítrofes, colindantes, que sólo podrán ser explorados con provecho por una colaboración abierta con las disciplinas pertinentes en cada caso.

3. Conviene señalar ya, sin dejarlo para más adelante, que la famosa antinomia *sincronía* / *diacronía* de Ferdinand de Saussure,¹ el

¹ *Cours de linguistique générale*, Lausana-París 1916.

abismo infranqueable que abrió entre la descripción de un estado dado de lengua, donde las nociones de sistema y estructura tienen pleno sentido, y la historia, el paso o evolución de un estado de lengua a otro, ha dejado de constituir una aporía, si se me permite la palabreja, insoluble. Es un hecho de experiencia común, por una parte, que los puntos de vista estructurales pueden ser aplicados a la evolución (es decir, a la historia y prehistoria) de las lenguas lo mismo que a su descripción.² Por otra, y por si quedaran escrúpulos teóricos, también se ha puesto en claro que la antinomia saussureana no está en el plano del objeto, puesto que la historicidad es propiedad esencial de toda lengua y sólo por necesidades de su estudio podemos concebirla quieta —como cuajada— *in actu oculi*, sino en el plano del conocimiento.³ En otras palabras, somos nosotros los que, alternativamente, porque no podemos hacerlo de otro modo, consideramos de una y otra manera lo que en sí es a la vez sistema estructurado y continuo cambio de estructuras.

Lo que sí hay que dejar bien sentado es que, siempre en el orden gnoseológico, la descripción tiene una clara prioridad sobre la historia, puesto que aquélla puede hacerse sin tener en cuenta a ésta, pero la historia —y, con mayor razón, la reconstrucción prehistórica— sólo puede basarse en descripciones previas:⁴ en descripciones sistemáticas, si somos estructuralistas, y no en meros montones de material. Si puedo salirme de mi terreno propio, diré que no creo ser el único en lamentar que don José Miguel Barandiarán, nuestro gran maestro, se haya ido limitando cada vez más a la pura descripción a lo largo de su fecunda vida. Pero también reconozco que con ello, como siempre, nos ha dado la mejor y más difícil de las lecciones: que debemos renunciar, por mucho que nos cueste, a lo más atractivo y brillante, a las síntesis fáciles, para dedicarnos

² Véase, por ejemplo, la obra ya citada de A. Martinet, *Économie des changements phonétiques. Traité de phonologie diachronique*, Berna 1955.

³ Cf. E. Coseriu, *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*, Montevideo 1958, pp. 10 y ss., y ya R. Jakobson, en un trabajo [«Principes de phonologie historique»] que se ha vuelto a publicar en sus *Selected writings*, 's-Gravenhague 1962, I, [pp. 202-220], pp. 218 y ss.

⁴ En apoyo de la prioridad de la descripción, y de su consiguiente independencia con respecto a toda consideración histórica, es prueba suficiente el hecho de que cualquiera pueda llegar a dominar una lengua, como en la práctica suele ocurrir casi siempre, sin saber nada o casi nada de su pasado.

ante todo a la humilde e indispensable recogida de datos que, por negligencia nuestra, pueden perderse para siempre.

274 4. No puedo ni debo acabar estas generalidades sin subrayar expresamente un corolario que se sigue por necesidad de lo que he señalado arriba (§ 2). Quien es partidario de una lingüística inmanente puede creer, sin embargo, con muy buenas razones, que incluso un estado de lengua aislado facilita cierta información, si se sabe reactivarla y recuperarla, sobre fases anteriores: esta información es mayor y mejor si, en lugar de un estado único de lengua, disponemos para la comparación de dos o más lenguas emparentadas. Pero esa información, siempre según el inmanentista, tendrá que ser, por la fuerza de las cosas, lingüística en lo sustancial: versa sobre la prehistoria de esa lengua o lenguas y sólo en segundo lugar, a manera de subproducto, sobre la historia y la prehistoria⁵ de la comunidad o comunidades a las que sirvieron como medio de comunicación.⁶

Pero no es ésta una cuestión que no admita términos medios entre el sí y el no. Que la información que puede proporcionar la lingüística diacrónica sólo secundariamente sirve a los fines del conocimiento histórico general, no significa que carezca de valor. Antes al contrario, tiene siempre interés, ya para completar y perfilar el cuadro histórico logrado por otros medios, ya porque sirva de fuente principal, para algún período, a falta de otras mejores.

No hay necesidad de contar una vez más cómo la lingüística, auxiliar de la filología, ha permitido, por el desciframiento de las escrituras y la interpretación de las lenguas, el acceso a fuentes que permanecían herméticamente cerradas.⁷ Pero, aun sin contar esta

⁵ Está claro, supongo, que puede hablarse de prehistoria de una lengua, entendiéndolo por tal el período anterior a los primeros textos conservados o, por lo menos, a los testimonios más antiguos, en épocas que pueden considerarse plenamente históricas para la zona en que esa lengua estaba en uso. Así, por ejemplo, la historia de las lenguas caucásicas en sentido estricto, a excepción del georgiano, no empieza hasta el siglo pasado o poco más arriba.

⁶ Cf., por ejemplo, L. Bloomfield, *Language*, Nueva York 1963, p. 16. Mis puntos de vista, nada originales en el fondo, sobre las cuestiones generales que aquí toco están desarrollados en *Lenguas y protolenguas*, Salamanca 1963.

⁷ Una de las obras más accesibles e instructivas sobre esto es el librito de J. Friedrich, *Entzifferung verschollener Schriften und Sprachen*, Berlín 1954. Es anterior al descubrimiento de Ventris y tiene para nosotros el inconveniente de no mencionar las escrituras y lenguas hispánicas antiguas, que no constituyen acaso el capítulo más brillante en la historia de la reconquista de escrituras y lenguas olvidadas.

indiscutible utilidad instrumental, puede seguir las trazas que han dejado en la lengua antiguos modos de vivir y de pensar,⁸ descubrir pruebas de su contacto con otras, dibujar a grandes rasgos su difusión en otras épocas gracias a la onomástica en general y sobre todo a los nombres de lugar que viven pegados al suelo y, por último, señalar conexiones de gran alcance histórico cuando acierta a demostrar el parentesco genético de una lengua con otra u otras. 275

Hecho esto, suele quedar todavía una tarea a menudo difícil y siempre delicada: la de integrar en un esquema unitario estos resultados con los datos arqueológicos y los procedentes de fuentes históricas. Me limitaré a señalar, a título de ilustración, las opiniones en buena medida divergentes que todavía se siguen disputando el campo bien estudiado de la Italia primitiva.⁹

5. Puesto que la diacronía de una lengua —la ordenación de los materiales dentro de una perspectiva temporal— se funda y se apoya en la descripción, como ya se ha advertido, no estará de más una digresión sobre el estado de los estudios descriptivos de la lengua vasca, moderna o antigua.

Al comienzo mismo de esa digresión habría que sentar una afirmación categórica: la que vivimos no es, ni mucho menos, una de las mejores épocas de la lingüística vasca en particular y de los estudios vascos en general. Esto no coincide con lo que alguna vez se oye decir, pero me parece completamente exacto. Intervienen en ello causas por decirlo así accidentales, aunque no trataré de disminuir su importancia, pero hay otras, permanentes, cuyo efecto es mucho mayor. En una palabra, hay pocos operarios y los viejos investigadores no son sustituidos por nuevos en igual número. Pienso, por ejemplo, que una publicación periódica como la *Revista internacional de los estudios vascos* fundada por don Julio de Urquijo difícilmente sería hoy posible entre nosotros con la misma frecuencia y al mismo nivel.

No intento, con todo, negar la importancia de la labor que en estos últimos años se ha hecho y hoy se sigue haciendo, dentro de Vasconia en buena parte. Los textos antiguos se están editando y es-

⁸ Sirvan de ejemplo, por citar alguno, las investigaciones de O. Schrader en el campo indoeuropeo o las de Barandiarán en el nuestro.

⁹ Cf., por ejemplo, E. Pulgram, *The tongues of Italy. Prehistory and history*, Cambridge (Mass.) 1958. Para el problema general de la correlación, véase A. Toivari, «Linguistics and prehistory», en *Linguistics today* (= *Word* 10, 1954), [[333-350]].

276 tudiano mejor, gracias a un interés creciente por la literatura en lengua vasca, ya no considerada como mera curiosidad bibliográfica. En torno sobre todo a la Academia de la Lengua Vasca y al Seminario «Julio de Urquijo», se ha avivado el interés por la lexicografía en trabajos de intención acaso modesta, pero de verdadera utilidad, tanto por lo que hace al vocabulario de autores de otros tiempos como al léxico vivo, recogido en distintas localidades y comarcas, aunque éstas, como ocurre particularmente en Álava y Navarra, estén ya romanizadas. Tal vez no sea un puro deseo esperar que, antes de mucho, empiecen a aparecer descripciones que entren ya en las zonas más estructuradas de la lengua.¹⁰

No debo terminar este apartado sin señalar una deficiencia, conocida y sentida por todos, que constituye una grandísima desventaja para nuestros estudios. A pesar de ser la nuestra una zona pequeña, rica y progresiva; a pesar de que la lengua se encuentra gravemente amenazada, no sólo por sus vecinas, sino también, en su diferenciación, por las corrientes unificadoras,¹¹ no tenemos todavía un Atlas lingüístico vasco: peor todavía, ni siquiera tenemos un proyecto que sea realizable a corto plazo. De nada serviría entrar una vez más en el estudio de las causas¹² y tampoco necesitamos nuevas lamentaciones; mejor sería que precisamente de aquí, de Pamplona, salieran las primeras iniciativas que, aunque modestamente, nos pusieran resueltamente en el camino de procurarnos, por unos medios o por otros, ese instrumento indispensable que todos echamos de menos.

6. Todo el mundo aceptará sin prueba la afirmación de que el léxico vasco, como el de cualquier otra lengua, está compuesto de elementos de fecha muy distinta y de procedencia muy diversa. Una clasificación de sus componentes es, pues, algo muy deseable aunque también muchas veces extremadamente complicado.

¹⁰ Hay un informe mío, en el que acaso haya incurrido involuntariamente en alguna omisión, sobre la actividad lingüística en el campo vasco en *Communications et rapports du premier congrès international de dialectologie générale. IV*, Lovaina 1965, pp. 224-232.

¹¹ Una cosa es que la diversidad sea un inconveniente para la supervivencia de la lengua y otra muy distinta que esa diversidad desaparezca sin haber sido debidamente estudiada.

¹² Cf. *Presente y futuro de la lengua española. [Actas de la asamblea de filología del I congreso de instituciones hispánicas]*, Madrid 1964, I, pp. 427-442 [= «El atlas lingüístico vasco»].

Hace ya años que, por iniciativa y bajo la dirección de Antonio Tovar, se está trabajando en un *Diccionario etimológico vasco*, empresa que no parecerá tan quijotesca y hasta quimérica si se explican sus fines y su alcance.

Tovar y sus colaboradores no han dejado de ver, como no podían menos, que un diccionario etimológico vasco no puede ser lo mismo que el de una lengua románica como el castellano o el catalán, o el de una lengua indoeuropea como el latín o el irlandés. Aun dejando de lado la menor documentación, aspecto siempre importante, en el caso de una lengua románica su estado antiguo —más o menos, lo que llamamos latín— nos es conocido y, en el de una lengua indoeuropea cualquiera, podemos recurrir a la comparación con un crecido número de lenguas emparentadas. Nada de esto es posible, evidentemente, en el caso vasco.

277

Aun aquí, sin embargo, se pueden descubrir con una razonable seguridad los orígenes de dos grupos de palabras, muy numerosos ambos: 1) las que pueden recibir una etimología «interna» (compuestos y derivados opacos a primera vista), y 2) los préstamos de procedencia latino-románica. No es que estos últimos, tan asimilados a veces que es difícil descubrir su origen, estén suficientemente estudiados, pero constituyen con todo un campo fértil en el que unas primeras aproximaciones podrán ser discutidas con provecho, mejoradas o rectificadas.¹³

Esta separación nos dejaría como residuo, siempre a título provisional, los componentes patrimoniales —es decir, antiguos— y refractarios al análisis del léxico vasco. A ellos se dedicará una buena parte del diccionario, con la reseña y somera discusión de las abundantes comparaciones de que han sido objeto durante los cien últimos años principalmente, comparaciones más o menos ingeniosas con términos tomados de lenguas próximas y lejanas. No hay que olvidar tampoco que bastantes de estos términos, al parecer patrimoniales, no están aislados, sino que se relacionan por la forma y por el sentido (*zakur* ‘perro’ entre otros muchos) con voces de sustrato o, lo que viene a ser lo mismo, de origen poco claro en otras lenguas. Basta con remitir, por ser el investi-

¹³ Tengo preparado un estudio de conjunto, demasiado esquemático por limitaciones de espacio, para *Enciclopedia lingüística hispánica*, III, en el que se aprovechan, como es natural, trabajos anteriores de Schuchardt, Gavel, Rohlf y otros.

gador crítico más activo en este terreno, a las obras de J. Hubschmid.¹⁴

7. Tal vez se hayan echado de menos en la enumeración precedente de palabras vascas susceptibles de etimología los préstamos indoeuropeos prelatinos y en particular los célticos. Claro está que el diccionario proyectado no dejaría de mencionarlos y de discutirlos. Lo que sucede es que, y hablo en primera persona, no creo demasiado ni en su abundancia ni en su seguridad, después de un examen todavía reciente.¹⁵

278 No será inútil dejar bien sentado que, como lingüista, la lengua no es para mí un elemento cultural más que pueda ponerse al lado de otros, sean o no materiales, sino el vehículo de una cultura; no creo, por lo tanto, en una correlación necesaria entre lengua y cultura. Para mí un indoeuropeo es el que habla como primera lengua una lengua indoeuropea y un celta, el que habla una lengua indoeuropea de tipo claramente diferenciado: el que decía, por ejemplo, *rig-* 'rey' o *ritu-* 'vado' o formaba en *-i* el genitivo de la declinación temática. No discutiré por el momento, por considerarlo ocioso, cuántos y cuáles rasgos diferenciales serían necesarios para atribuir a un habla la condición de céltica, porque creo que el sentido general de mis palabras está suficientemente claro.

No tengo ninguna razón, bien al contrario, para negar el hecho histórico del contacto del vasco con lenguas indoeuropeas prelatinas: el testimonio de la onomástica antigua, antroponimia y toponimia de zonas que han sido o son de lengua vasca, transmitida por fuentes literarias o epigráficas me parece completamente convincente.

8. Por todas estas razones, es de esperar que el léxico vasco muestre en abundancia las huellas de estos contactos: aun admitiendo, como es lógico, que muchos de tales préstamos, por tratarse de términos en buena parte culturales, hayan sido después suplantados por palabras de procedencia latina, deberían quedar bastantes que consiguieron librarse de la sustitución. Todo esto, sin embargo, no es más que una hipótesis —todo lo verosímil que se quiera, pero una hipótesis— que debe ser probada con hechos lingüísticos concretos. Y el hecho es que, a mi parecer, aunque tengo que confesar

¹⁴ Véase en particular su *Thesaurus Praeromanicus*, del cual han aparecido ya los dos primeros fascículos. Berna 1964 y 1965.

¹⁵ *Sobre el pasado de la lengua vasca*, San Sebastián 1964, pp. 123 y ss., donde se recoge la bibliografía anterior.

que otras opiniones son mucho más afirmativas que la mía, falta todavía una prueba suficiente. Fuera de los préstamos del latín, hay sin duda algunos términos vascos, no demasiados, que coinciden bastante bien en forma y sentido con voces indoeuropeas: así vasc. *argi* 'luz', 'claro', i.-e. **Aerg*'- (hitita *harki*- 'blanco', lat. *argentum* 'plata', etc.). Pero se trata de palabras cuya procedencia dialectal está mal definida. Las más notables concordancias con las lenguas célticas (vasc. *adar* 'cuerno', *andere* 'señora' 'mujer') son, por una curiosa coincidencia, voces de indoeuropeísmo muy dudoso.

Como la importancia de coeficiente personal en este género de exámenes está lejos de ser despreciable, se me permitirá señalar que no he llevado a él ninguna idea preconcebida: si mis inclinaciones podían arrastrarme en alguna dirección, ésta era precisamente favorable al descubrimiento de unos préstamos que nos permitirían establecer la forma original —y, por consiguiente, la evolución ulterior— de unas voces que tuvieron que entrar en la lengua siglos antes que los primeros préstamos de procedencia latina, con lo que la prehistoria de la lengua vasca habría ganado en profundidad y en firmeza. Por otra parte, sin ser un indoeuropeísta en el sentido estricto de la palabra, creo poder decir que poseo alguna información sobre las lenguas indoeuropeas y, más precisamente, sobre las lenguas indoeuropeas occidentales, que son las que nos interesan en este contexto. Otros que las conocían sin duda mejor que yo han considerado también esta cuestión, pero creo que mucho de lo que han creído descubrir dista mucho de ser oro nativo. 279

Me parece, por el contrario, que en la toponimia de la zona que ha sido históricamente de habla vasca hay bastante, aunque no siempre resulte fácil de rastrear, de indoeuropeo: *Deva*, hidrónimo y nombre de población, es acaso el ejemplo más transparente, pero no está aislado ni muchísimo menos. Estoy de completo acuerdo con Hubschmid, frente al malogrado A. Steiger, en que la toponimia vasca —es decir, situada dentro de las Vasconias más o menos amplias que han existido en distintas épocas— no es transparente, sino francamente opaca, en buena parte y hasta en su mayoría en ciertas clases de nombres (nombres de población en *-ama*, *-ika*, etc.). Y no me parece descabellado en manera alguna pensar que algunos y aun muchos de tales topónimos, que carecen de explicación vasca satisfactoria, puedan ser de origen indoeuropeo.

9. Puesto que nos hemos topado con la toponimia, digamos dos palabras acerca de ella. Es bien sabido que su estudio, frente a la con-

sideración histórico-etimológica del léxico común, presenta una gran ventaja y, al mismo tiempo, un inconveniente difícil de superar. Los nombres de lugar, fijados al terreno —es decir, estrictamente localizados— suelen dar pruebas de una gran tenacidad que les permite sobrevivir a los cambios de lengua, que arrastran consigo —salvo unos cuantos *Reliktwörter*— la gran masa del vocabulario: por otra parte, suelen aparecer en abundancia ya en épocas en que faltan totalmente textos seguidos. Su desventaja reside, naturalmente, en que de los dos pilares en que se asienta una etimología, forma y sentido, el segundo, propiamente hablando, falta en los nombres propios, que designan algo, pero en rigor no significan nada. Por sus características especiales, el estudio de la onomástica en general y el de la toponimia en particular es, por lo tanto, una actividad especializada que tiene sus problemas propios y ha ido desarrollando con el correr de los años sus métodos especiales. Una de sus características más señaladas es la insistencia, a falta de criterios estrictamente semánticos, en la distribución y difusión de nombres y grupos de nombres en el tiempo y en el espacio.

280 No hay mayor necesidad de repetir una vez más que a la onomástica, y sobre todo a la onomástica personal, debemos buena parte de nuestros conocimientos acerca de la extensión de las hablas éuskaras en la antigüedad.¹⁶ De su vitalidad en zonas hoy romanizadas nos hablan, por ejemplo, los estudios de Menéndez Pidal y Merino Urrutia; acaso también, en cierto modo, los de G. Rohlfs y J. Séguy. Para el dominio catalán, contamos entre otros con los estudios fundamentales de J. Corominas, que no han recibido aún de nuestra parte la atención que se merecen.¹⁷ De todos modos, el día —ya no demasiado lejano, dada su capacidad de trabajo— en que empiece a aparecer su gran *Onomasticon Cataloniae*, nos encontraremos con una suma mucho mayor de materiales e interpretaciones.

Por desgracia, en el corazón del país el estudio de la toponimia no es demasiado floreciente. Nos faltan colecciones de material, tanto actual, con la pronunciación recogida de labios de gentes del

¹⁶ Para los nombres de la inscripción de Lerga (Navarra), son muy importantes las observaciones de M.^a L. Albertos, en [«Nuevos antropónimos hispánicos»], *Emerita* 32 (1964), 209-252.

¹⁷ Cf., sobre todo, «La toponymie hispanique préromane et la survivance du basque jusqu'au bas moyen âge. (Phénomènes de bilinguisme dans les Pyrénées Centrales)», en los *Kongressberichte* del VI Congreso Internacional de Ciencias Onomásticas [VI. internationaler Kongress für Namenforschung], Munich 1960, I, pp. 105-157.

lugar,¹⁸ como antigua, contenida sobre todo en documentos medievales.¹⁹ Y nos faltan también estudios de aspectos tan simples como el de la fijación de los límites de difusión de nombres, sufijos, etc. En buena medida, la geografía lingüística vasca ha de hacerse, como ya enseñó Menéndez Pidal, por medio de los nombres de lugar, que constituyen el único testimonio en zonas romanizadas en fecha bastante antigua: variantes como *(h)uri* / *(h)iri* ‘villa’, *-doi* / *-dui* / *-di*, nombres del ‘prado’ o del ‘abrigo’, etc.

10. El mejor servicio que la lengua vasca podría prestar al conocimiento histórico sería probablemente el de dar elementos que permitieran probar su parentesco —su parentesco genético— con alguna lengua aislada o con algún grupo de lenguas de parentesco establecido.

Personalmente, soy de los que creen que la expresión «parentesco genético», como algo distinto de la mera afinidad, nacida del contacto, tiene pleno sentido. Tiene sentido, sin embargo, dentro de ciertos límites de tiempo, aunque éstos sean muy amplios y por lo general difíciles de delimitar.

281

Pero, por razón de las limitaciones que son esenciales a nuestros métodos de comparación, el parentesco puede muy bien existir, sin que nos sea posible demostrarlo. La falta de pruebas no excluye, pues, la posibilidad del parentesco, pero una mera posibilidad no puede servir de fundamento para edificar nada sobre ella.

Hay, como es natural, grados de parentesco muy diversos. Tenemos, en primer lugar, el que salta a la vista hasta al profano, aunque no sepa explicar claramente la razón de las semejanzas que encuentra: es, por ejemplo, el que se nota entre una lengua románica, germánica, eslava o semítica y otra del mismo grupo. En un grado más alejado, el parentesco, que no siempre se revela por semejanzas manifiestas (cf. *cuatro*, inglés *four*, ruso *četyre*, etc.), puede ser estable-

¹⁸ Me limitaré a mencionar un detalle que, aunque parezca insignificante, puede tener su valor en un estudio sobre el acento vasco (o románico en tierra vasca). No creo que nadie haya advertido por escrito que en Pamplona se acentúa *San Cérnin*, y en Álava, *in situ*, *San Róman*.

¹⁹ Hay en éstos, entre otras muchas cosas, abundantes huellas de préstamos que no se han conservado en otra parte. En los documentos de la orden de San Juan, publicados por S. García Larragueta, por citar un ejemplo, se atestigua repetidamente el topónimo *Guendearia* que, a primera vista y aun después de una inspección detenida, parece ser un continuador, de perfección paradigmática por el rigor de las correspondencias, del latín *centenaria*. No puedo entrar aquí en el aspecto semántico de la cuestión, que podría relacionarse con el origen del románico (¡no latino!) *centena*.

cido con seguridad por el especialista. Bien es verdad que esto suele ocurrir en aquellos casos favorables en que el número de las lenguas emparentadas es grande y en que, sobre todo, muchas de ellas poseen documentación antigua. A menudo se ha solido decir, y es probablemente cierto, que, de no darse estas condiciones, sería difícil y hasta imposible demostrar la conexión histórica que existe entre dos lenguas indoeuropeas modernas (el irlandés y el armenio, por ejemplo).

Queda aún una tercera posibilidad, dentro de lo que M. Swadesh llama «long-range comparison», que corresponde a la «phylum philology» de los Voegelin y otros. Aquí el parentesco puede considerarse seguro sin que, a pesar de ello, se piense en una reconstrucción de la protolengua, bien porque falten todavía los trabajos preparatorios o bien porque la cantidad de elementos comparables, a consecuencia de la profundidad temporal que hay que atribuir a la divergencia, sea demasiado reducida.²⁰

282 11. En el caso de la lengua vasca, todos sabemos que ha habido intentos de aproximarla a otras lenguas, procedentes unos de aficionados y otros de profesionales. Para limitarnos a éstos, hay que mencionar el de H. Schuchardt que trató de demostrar que el vasco, con inclusión del ibérico, está emparentado con las lenguas hamito-semíticas. Ya se sabe también que esta tentativa, que gozó por largo tiempo de una aprobación nada crítica, ha pasado de moda, por decirlo así. En realidad, no se trata de una cuestión de preferencias, sino de algo mucho más profundo. Los fundamentos de esa hipótesis (entre ellos las lecturas insuficientes o erróneas de los textos ibéricos, entre los cuales se incluían también los celtibéricos) eran en débiles y no pudieron resistir al primer examen crítico.

Esta hipótesis fue luego sustituida por la del parentesco euskaro-caucásico, por obra, entre otros, de C. C. Uhlenbeck, G. Dumézil, K. Bouda y R. Lafon. Por razones que he indicado detalladamente en otro lugar,²¹ no creo demasiado en ella e incluso unas

²⁰ Aun en este supuesto, el parentesco puede quedar establecido más allá de toda duda, si el número de lenguas emparentadas es crecido. Véase J. H. Greenberg, *Essays in linguistics*, [Chicago], The University of Chicago Press, 1963, pp. 35 y ss., y, para la aplicación de la teoría, su *The languages of Africa*, Bloomington 1963.

²¹ *Sobre el pasado de la lengua vasca*, pp. 161 y ss. Información general acerca de las lenguas caucásicas y sus relaciones, internas y externas, puede hallarse en G. Deeters, en *Handbuch der Orientalistik*, I, 7 (1963), G. A. Klimov, *Kavkazskie jazyki*, Moscú 1965, y A. H. Kuipers, [«Caucasian»], en *Current trends in linguistics, I. Soviet and East European linguistics*, La Haya 1963, pp. 315-344.

palabras tan prudentes y medidas como las de Barandiarán²² me parecen demasiado afirmativas. No se trata sin embargo de creencias, aunque por comodidad haya empleado esa palabra. Tal parentesco, si se quiere construir algo sobre él, ha de aparecer como probado sin lugar a dudas o, por lo menos, como muy probable. Nada de esto ocurre en nuestro caso. Es posible que las lenguas caucásicas del norte, que pueden tener un origen común, estén emparentadas con las meridionales, grupo claramente unitario, pero esto no pasa por ahora de ser una posibilidad pura y simple.²³ Este grupo hipotéticamente unitario podría muy bien estar emparentado con el éuskaro, entendiendo por tal el complejo vasco-aquitano o vasco-pirenaico, pero, mientras esto no pase del estadio de la posibilidad pura, de poco nos sirve. No se puede probar que el parentesco no existe, pero su existencia sí tiene que ser demostrada. Tenemos delante un camino que vale la pena explorar y debemos estar agradecidos a quienes han tenido la valentía —además de muchos conocimientos— de iniciar la marcha, pero la llegada, si algún día hemos de alcanzarla nosotros o nuestros sucesores, está todavía muy lejana.

12. En realidad, habría que insistir en que la situación de la lengua vasca, su aislamiento genealógico, nada tiene de extraño en el conjunto de las lenguas del mundo. Habría que decir también que algunos «mediterraneístas» parecen hacerse una imagen demasiado simple del paisaje lingüístico de los países septentrionales de la cuenca con anterioridad a su casi total indoeuropeización. Acaso no sea demasiado osado pensar que su aspecto debía ser parecido a la compleja situación que encontramos, por ejemplo, en la costa occidental de los Estados Unidos. 283

O recordemos las lenguas antiguas del Oriente próximo, si puedo valerme de un estado de cosas que sólo conozco muy de segunda mano, excepto por lo que se refiere a las lenguas indoeuropeas de Anatolia. Excluido lo semítico con su próximo pariente el egipcio antiguo y lo indoeuropeo, tenemos el sumerio, el elamita, el hático o prehitita y el hurrita, que siguen estando hoy aislados, tanto entre sí como con relación a las lenguas caucásicas atestigüadas en fecha mucho más reciente: sólo entre el hurrita y el urarteo se descubre un parentesco bastante cercano. ¿Por qué no vamos a ad-

²² *El hombre prehistórico en el País Vasco*, Buenos Aires 1953, pp. 156 y ss.

²³ Cf. Klimov, *Kavkazskie jazyki*, pp. 65 y ss.

mitir que las cosas pudieron no ser más sencillas en nuestro Occidente europeo?

13. Tampoco podemos poner demasiadas esperanzas en que la glotocronología reciente vaya a obtener resultados allí donde hasta ahora no los han podido conseguir los métodos comparativos clásicos. Sería fácil acumular argumentos en contra, que van desde las pruebas de hecho hasta los ataques contra los principios mismos del método, incluida la adecuación del modelo matemático introducido por Lees, pero ello constituiría una reiteración innecesaria.²⁴ Basta con darse cuenta de que no hay nada en la glotocronología que no esté ya contenido en el método comparativo, puesto que la determinación de los «cognados», elemento esencial para todo cálculo, si no se hace con arreglo a los criterios comparativos admitidos y probados, no pasa de ser mera adivinanza y búsqueda de parecidos: lo que necesitamos son homologías y no simples analogías, correspondencias y no parecidos.

284 Esto no significa que niegue la utilidad —limitada— que la glotocronología puede ofrecer en algunos dominios en que faltan materiales y tiempo para elaborarlos. Tampoco quiere decir que se rechace el valor de principio de las consideraciones cuantitativas —entendidas más bien en sentido léxico-estadístico que en el estrictamente glotocronológico— en la discusión de los problemas de parentesco. Como ensayo, por otra parte, y el progreso científico no es otra cosa sino el resultado de ensayos más o menos felices que suponen siempre un avance, tanto si abren vías nuevas como si nos muestran las dificultades y hasta la falta de salida de otras que parecían llenas de promesas. Por eso me parece llena de interés la tentativa de Tovar aplicada al vascuence, a la que colaboré con otros en muy modesta medida.²⁵

14. Finalmente, es necesario decir algo de las relaciones entre la lengua vasca y las lenguas hispánicas antiguas. Admito, en primer

²⁴ Hay abundante literatura destructiva. Así, por ejemplo, K. Bergsland y H. Vogt, «On the validity of glottochronology», en *Current anthropology* 3 (1962), 111-153, C. D. Chrétien, «The mathematical models of glottochronology», en *Language* 38 (1962), 11-37, E. Coseriu, «Critique de la glottochronologie appliquée aux langues romanes», en *Actes du X^e congrès international de linguistique et philologie romanes*, Paris 1965, pp. 88-97, y H. G. Lunt en [«Comment on Dyen [“On the validity of comparative lexicostatistics”]»], *Proceedings of the ninth international congress of linguists*, La Haya 1964, pp. 247-252.

²⁵ «El método léxico-estadístico y su aplicación a las relaciones del vascuence», *BAP* 17 (1961), 249-281.

lugar, como un hecho probado, aspecto en el que creo coincidir con la mayoría si no con la totalidad de los lingüistas, la dualidad lingüística de la Hispania prerromana, indoeuropea y no indoeuropea, sin que con esto se afirme nada de la unidad —que con toda probabilidad no existe— de cada uno de estos dominios. Coincido enteramente, en otras palabras, con Tovar, Schmoll y otros, frente a la tentativa reciente de P. Pericay y J. Maluquer de Motes,²⁶ al pensar que los textos ibéricos, para limitarnos ahora a ellos, nada tienen de indoeuropeo ni —y ésta es ya una opinión más particular— de hamítico. Los hechos culturales, suponiendo que tengan una interpretación unívoca, nada pueden quitar ni poner al testimonio epigráfico, que debe ser valorado por sí mismo.

Una relación de parentesco próximo entre vasco e ibérico parece excluida por un hecho brutal en su sencillez: el vasco, lengua muy bien conocida aunque sólo en formas relativamente recientes, no ha sido la clave, como más de una vez se ha esperado, para la interpretación de los herméticos textos ibéricos. Frente a esto están las coincidencias, mucho menos concluyentes, en la estructura e inventario de los sistemas fonológicos de ambas lenguas, en la forma canónica de los morfemas, en la materialidad misma de la forma de algunos de éstos; finalmente Tovar ha mostrado que es incluso verosímil que las coincidencias se extiendan hasta a ciertos índices gramaticales.

No se puede entrar aquí en la ardua cuestión de cómo han de explicarse estas coincidencias que contrastan con la opacidad que los textos ibéricos oponen a su interpretación vasca o con ayuda del vasco. Es claro, de todos modos, que esa interpretación, bien poco adelantada por cierto, habrá de hacerse en lo fundamental por medios combinatorios, no etimológicos. No sé hasta qué punto podemos esperar un progreso importante en la inteligencia de la lengua en los próximos años, de no mediar algún hallazgo imprevisible.²⁷ En todo caso, debiéramos empeñarnos en ella más de lo que nos empeñamos, y aquí los lingüistas estamos claramente en falta. Por mi parte sigo pensando que todo avance en el campo ibérico po-

²⁶ «Problemas de la lengua indígena en Cataluña», en *Problemas de la prehistoria y de la arqueología catalanas. II symposium de prehistoria peninsular*, Barcelona 1963, pp. 101-143.

²⁷ Para el estado actual, remito a A. Tovar, *The ancient languages of Spain and Portugal*, Nueva York 1961, y a sus contribuciones a *Enciclopedia lingüística hispánica*, I, Madrid 1961.

dría tener repercusiones importantes para el mejor conocimiento de la prehistoria de la lengua vasca. Cabe esperar más en este sentido, creo, de nuestra Iberia que de la Iberia caucásica.

15. En resumen, y siempre conforme a una interpretación personal un tanto teñida de escepticismo, lo que sabemos de la lengua vasca se contrae casi en su totalidad a los dos últimos milenios. Muy poco podrá, pues, decirnos que no se refiera a ella misma para períodos anteriores. No veo razón suficiente para admitir, a pesar de todo lo que se ha escrito sobre supuestas migraciones, que la lengua haya sido traída, de Asia o de otra parte, en tiempos relativamente recientes. Lo más juicioso, es decir, lo más económico, es pensar que es antigua en esta zona pirenaica, aunque no podamos decir cuánto.

Esto, sin embargo, se refiere a los hechos probados y, más precisamente, probados hasta el día de hoy. Creo y espero que este limitado horizonte temporal puede muy bien ampliarse bruscamente en un futuro próximo. Por una limitación esencial a todo lo que toca las cuestiones de orígenes, hay siempre algo que debemos aceptar como dato y que, aun comprendiendo plenamente lo que esto tiene de relativo, consideramos primitivo, como fuente primera en el orden de nuestros conocimientos: lo dado y primitivo es hoy, en nuestro caso, un grupo lingüístico éuskaro, más o menos diferenciado, que existía ya por aquí algunos siglos antes de nuestra era y verosímilmente mucho antes. Pero no es demasiado ilusorio esperar que, más pronto o más tarde, podamos plantar los primeros jalones de nuestro conocimiento mucho más arriba, remontando la corriente del tiempo. Para eso trabajamos unos y otros y es muy deseable que, como en esta ocasión, sigamos trabajando en común, compartiendo nuestros conocimientos modestos y nuestras enormes ignorancias.

1. El nombre de la capital de Navarra ha sido objeto muchas 33 veces de comentarios lingüísticos. Un texto muy explícito de Estrabón¹ permite suponer que sus componentes eran el nombre de Pompeyo y una terminación indígena que significaba aproximadamente 'ciudad'. Este último componente acaso no era otro que el nombre usado en vascuence en tiempos más recientes para designar a Pamplona, aunque seguramente no dejaría de sufrir algunas modificaciones para que su aspecto se ajustara a las costumbres latinas.

Es verosímil que el primer elemento de este nombre vasco, que a su vez parece complejo, sea *Ili-* que se repite en el nombre de varias ciudades antiguas de nuestra Península y del sur de Francia y se ha continuado hasta nuestros días en el vasc. (oriental) (*h*)*iri* 'villa'. Pero no hay por ahora necesidad de examinar de nuevo esta cuestión, porque el objeto de estas consideraciones es mucho más limitado. La necesidad de someter continuamente a examen y revisión las nociones recibidas es universal, pero esta necesidad es particularmente urgente en muchos aspectos que afectan a la filología y a la lingüística vasca.

El nombre vasco de Pamplona es buena prueba de la escasa atención prestada entre nosotros a detalles de forma y sentido considerados de poca entidad. Éste, según opinión común, es 34 *Iruña* (en documentos medievales *Ironia*, *Irunia*, *Yrunea*, *Yrunia*), salvo en roncalés, donde por una asimilación de labialidad regular

Archivum 8 (1958), 35-47; *La gran enciclopedia vasca*, Bilbao 1967, II, pp. 76-82; *SHLV*, I, pp. 99-106.

¹ III, 4, 10.

en ese dialecto se dice *Uruña*, *Uriña* (cf. *Orunia*, *Urunia*, ya en el siglo XI).²

No obstante, esta idea, por admitida que esté, no resiste a la crítica. Lo que hay de cierto en ella puede resumirse en dos puntos. Es verdad, en primer lugar, que el nombre vasco de Pamplona se ha solido romancear así. Esteban de Garibay, por ejemplo, escribía en el siglo XVI: «Los naturales del mismo reyno la llamaron *Yriona*, y agora corrompiendo el nombre dizen *Iruña*». Es también exacto que el nombre termina en *-ña* en los dialectos más orientales del Pirineo navarro: salacenco *Iruña* y roncalés *Uruña* (en Uztárroz), *Uriña* (en los demás pueblos del valle).

A Ángel Yrigaray le corresponde el mérito de haber señalado repetidamente que, fuera de Salazar y Roncal, el nombre de Pamplona es *Iruñe-*, no *Iruña*, en todos aquellos lugares de Navarra donde el nombre es popular y no libresco. Contra los testimonios por él aducidos se ha hecho valer alguna vez el argumento de que en algunas variedades navarras (como también en otras partes) *a* ha pasado regularmente a *e* detrás de *i* y *u* en la sílaba precedente, por lo que *Iruñe-* no sería más que una variante secundaria de *Iruña*. Para que el argumento fuera concluyente, hubiera sido preciso demostrar, sin embargo, que el área de *Iruñe-* y la de la confusión de *a* y *e* tras vocal cerrada en la sílaba anterior coinciden, y esta demostración no puede hacerse. Para citar un caso concreto, en el valle de Aezcoa, que linda por el este con el de Salazar, *Iruñe-* coexiste con
 35 *arima* ‘alma’, *ilargi* ‘luna’, *izar* ‘estrella’, etc.⁴

2. En textos de siglos anteriores se lee siempre *e*, pero en ellos puede observarse además otra particularidad. El médico labortano J. d’Etcheberri, en el siglo XVIII, escribe *Iruñea*, como Isasti, no *Iruña* o *Iruñe*: *Iruñea Escualdunen hiri buruçaguia* ‘Pamplona, la capital de los vascos’. El caso activo es *Iruñeac*, el genitivo *Iruñeco*, el alativo *Iruñera*. Y no se trata, como pudiera creerse, de un capricho

² C. E. Corona Baratech, *Toponimia navarra en la Edad Media*, Huesca 1947; A. Ubieta Arteta, *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y de Navarra*, Zaragoza 1951.

³ Con todo Isasti, *Compendio historial* [de la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa, San Sebastián 1850], p. 177, copiando a Garibay hacia 1620, modifica el nombre vasco: «Pamplona se llamó al principio Iriona villa buena, y ahora en басcuence se llama corrompido el vocablo *Iruñea*».

⁴ Hay dos ejemplos de *Iruñera* ‘a Pamplona’ en R. M.^a Azkue, *Aezkera* [edo Petiriberro-inguruetako mintzaera], Bilbao 1928, p. 30.

individual, ni siquiera de una práctica limitada a los dialectos vasco-franceses. Entresaco alguno que otro de los testimonios que podrían multiplicarse hasta la saciedad: los guipuzcoanos Ochoa de Arín (1713) y Mendiburu (1759) escriben *Iruñeco* ‘de Pamplona’ e *Iruñean* ‘en Pamplona’ el vizcaíno Fr. Bartolomé de Santa Teresa (1816) y el guipuzcoano Iztueta (1847).

Si comparamos ahora la declinación de *Iruñea* (*Iruñea*, *Iruñeko*, *Iruñetik*, *Iruñean*, etc.) con la de un nombre de población acabado, al menos modernamente, en *-e* (ronc. *Nabaskoze* Navascués) y la de un apelativo de igual terminación (*bide* ‘camino’) tenemos de una parte *Nabaskoze*, *Nabaskozeko*, *Nabaskozetik*, *Nabaskozen*, y de otra *bidea* ‘el camino’, *bideko* ‘del camino’, *bidetik* ‘desde el camino’, *bi-dean* ‘en el camino’.

Basta una mirada para convencerse de que el nombre vasco de Pamplona es tratado como un nombre común, no como un nombre propio. En efecto, la declinación nominal en singular presenta la curiosa anomalía de que en los casos locales (excepto el inesivo y, en los dialectos orientales, el alativo) el nombre es determinado por el sentido (*bideko*, *bidetik* ‘de, desde el camino’ se contraponen a *bi-detako*, *bidetarik* ‘de, desde camino’), pero no por la forma, ya que no se le añade materialmente el artículo determinado *-a-*. Podemos concluir, pues, sin vacilación que *Iruñea* es un nombre común provisto de artículo, análogo a *La Población* en Navarra, *El Burgo* en Álava (en 1025 *Burgellu*) o *La Puebla de Arganzón* en el condado de Treviño, para citar ejemplos no muy alejados en el espacio.

36

El salacenco *Iruña* y el roncalés *Uriña*, *Uruña* no se oponen a esto más que en apariencia, puesto que en estos dialectos *e*, *i* no silábicas son absorbidas por la consonante palatal precedente: cf. sal. *anaya* ‘el hermano’ de *anaye* más *-a*, *gañan* ‘encima’ de *gañean* o ronc. *anaxá* ‘el hermano’ de *anáxe* ‘hermano’. Eran pues normales *Iruña*, *Uruña* (*Uriña*)⁵ de *Iruñea*; *Iruñan*, *Uruñan* de *Iruñean*, y en ronc. *Uruñara* de *Iruñeara*.⁶ De aquí era fácil que salieran por extensión analógica *I-* / *Uruñako*, *I-* / *Uruñatik*, en vez de *-eko*, *-etik*. En textos antiguos la única excepción que conozco es *Iruñez*, instrumental, en vez de **Iruñeaz*, en los versos que Etcheberri el teólogo

⁵ En roncalés, donde la posición del acento es distintiva, se acentúa *Uriña*, *Uruña*.

⁶ En sal. hay *Iruñara* en vez de *-ala* (cf. *Bardeala* ‘a la Bardena’), pues en esta variedad se contraponen *-ra* alativo indefinido a *-(e)ala*, singular.

puso al principio de su *Eliçara erabiltceco liburua* (1636), donde la rima exige precisamente *-ez*.

Nada tiene de extraño, por todo esto, que *Iruña* sea también el nombre de un despoblado alavés donde se asentó una población importante en época romana, no lejos de una de las vías señaladas en el Itinerario de Antonino. Y, como el resultado normal de *Iruñe-* en composición es *Iru(i)n-* (cf. *Irun-videa*, término de Uterga, lit. ‘camino de Pamplona’), entra dentro de lo posible que éste sea el primer elemento de *Irunberri* (ronc. *Urunberri*), rom. *Lumbier*, cuyos habitantes son llamados *Iluberitani* en Plinio, III, 24. Pero no es indispensable que prosigamos la búsqueda de otros posibles continuadores del mismo nombre. Basta con decir que *Iruñea* debía significar algo más que ‘la ciudad’ a secas, y que no es seguro ni mucho menos que su último componente sea *on* ‘bueno’, como han pensado por lo general los autores vascos.

3. Después de lo que antecede no hacen falta largas explicaciones acerca de la declinación del nombre vasco de Vizcaya que coincide punto por punto con la de *Iruñea*: *Bizkaya*, *Bizkaiko*, *Bizkaitik*, *Bizkaira*, *Bizkayan*. Por el contrario, de *Gipuzkoa* Guipúzcoa, hay *Gipuzkoako*, *Gipuzkoatik*, *Gipuzkoara*, *Gipuzkoan*, o de ronc. *Zaragoza* *Zaragoza*, *Zarakozako*, *Zarakozatik*, *Zarakozara*, *Zarakozan*. En otras palabras, la *-a* de *Bizkaya*, que desaparece en la mayoría de los casos locales, no puede ser otra cosa que el artículo. Esto ya lo vio perfectamente Azkue, quien se expresó en los siguientes términos:⁷ «La *a* final de *Bizkaya* es artículo, como también la del País Vasco, *Euskalerría*, no así la de *Araba*, *Guipuzkoa* y *Naparroa*».

Concuerda con esto la extraordinaria difusión de este nombre por toda Vasconia, a ambos lados de la frontera, estudiada por B. de Echegaray.⁸ Es buena muestra la extensa zona denominada popularmente *La Vizcaya* en el valle navarro de Aibar. Es más, de creer a Oihenart, era todavía en su tiempo un apelativo usual: «Biscaya... à situ terrae montuoso & aspero nomen inuenisse uidetur. Ea enim vocis Vasconicae *Viscaya* significatio est».⁹ A no ser que, como suele ocurrir en tales casos, se trate sólo del resultado de una inferencia etimológica al que se ha olvidado de anteponer un asterisco.

⁷ *Gipuzkera osotua*, Bermeo 1935 [= *Euskera* 15, 1934] y 16, 1935, p. vi.

⁸ «Origen de la voz *Vizcaya* y ámbito de su difusión», *BAP* 8 (1952), 323-343.

⁹ *Notitia utriusque Vasconiae*, Parisiis 1638, pp. 152 s.

4. En cuanto a su origen, una especie de consenso universal, difícil de conseguir en estas materias, relaciona *bizkai*- con *bizkar* ‘espalda’ ‘loma en los montes, cima’ (cf. el diminutivo roncales *bizkarxko* ‘colina’) ‘caballete de tejado’. En esta última acepción, como es bien sabido, el término ha conseguido una difusión poco corriente en Aragón y en el sur de Francia: gasc. *bisquèro*, *biscarrèro*, *biscalèro*, arag. *bizquera*, *bizcarrera*, etc. ‘grosse poutre qui soutient le toit’.¹⁰

38

En toponimia hay por lo menos, fuera del País Vasco, un monte *Biscarce* en Bearne y las poblaciones *Biscarrués* en la provincia de Huesca y *Biscarosse* y *Biscarsosse* en Francia (Gironde y Landes, respectivamente). Ya en la antigüedad se encuentra atestiguado *Biskargís*, Ptolomeo II, 6, 63, entre los Ilercavones (*Bisgargitani* en Plinio, III, 22). Y con toda la desconfianza que merecen meras semejanzas formales, aunque la semejanza llegue casi a identidad, recordaré que *Arbiscar* es uno de los nombres del bronce de Ascoli (CIL I² 709) y que en el plomo tartesio de Mogente parece leerse *sacarbišcar*, que puede muy bien ser también un nombre de persona.¹¹

5. Resulta interesante constatar, como ya se ha hecho,¹² que *bizkar* / *bizkai*- son por la forma exactamente proporcionales a *ibar* ‘valle’ / *ibai* ‘río’. No hay razón, en efecto, dentro del terreno vasco, que impida relacionar entre sí las voces citadas en último lugar. Si a su vez *ibar* (como se ha sugerido) está relacionado con *barren* (y variantes) ‘parte interior, inferior’ que por forma y valor parece un superlativo, lo que no es desde luego evidente, la relación habrá de entenderse en el sentido de que el segundo es un derivado del primero. Cada vez me parece más claro que, mientras la realidad de un prefijo vasco *e*- salta a la vista, es extremadamente dudoso que la lengua haya conocido en períodos relativamente recientes un prefijo

39

¹⁰ G. Rohlf, *Le gascon. Études de philologie pyrénéenne*, [Halle 1935] (ZRPPh, Beiheft 85), § 68. Últimamente, R. Wilmes, [«La cultura popular de un valle alto-aragonés [Valle de Vió]»], *Anales del Instituto de Lingüística de la Universidad Nacional de Cuyo* 6 (1957), [149-310], p. 173.

¹¹ «*sacaRbiscar*... sieht ganz aus wie ein zweigliedriger iber. PN» (G. Bähr, *Bas-kisch und Iberisch*, Bayona 1948, p. 92).

¹² Como recuerda Echegaray, *loc. cit.*, n. 47, el P. Eusebio de Echalar, *Geografía general del País Vasco-Navarro*. [Provincia de] Navarra, [Barcelona 1918], I, p. 1.085, comparó *bizkar* / *bizkai* con *ibar* / *ibai* y *belar* ‘hierba’ / *belai* ‘prado, pastizal’. Pero en el último caso se conoce una variante *belagai* de donde ha debido salir *belai* por una contracción reciente.

i-, si no es como variante del primero, condicionada por el contexto fónico: *iñor* ‘alguien’ como sul. *haríña* ‘arena’ o *khatíña* ‘cadena’, *ik(h)usi* ‘visto’ como *tipula* ‘cebolla’, etc.

El par *ibar* / *ibai* presenta un interés que se sale de lo vasco por su posible parentesco con voces romances como arag. *ibón*, gasc. *ioû* (y variantes) ‘laguna de alta montaña’ < **ibone*, y esp. *vega* (gall.-port. *veiga*, campid. *bèga*).¹³ Es mucho más inseguro que sea del mismo grupo el vasc. *ibi* ‘vado’ ‘bajamar’ (de donde vizcaíno *ibitu* ‘bajar la marea’ ‘deshincharse un tumor’ ‘calmarse un dolor’). Como hay también vasc. *ubi* e *ibide* ‘vado’, cabe siempre la posibilidad de que se trate de un compuesto de *ur* ‘agua’ y *-bi*, al parecer variante de *bide* ‘camino’ en último miembro del compuesto: el paso *u* > *i* ante consonante labial puede sostenerse con ejemplos vascos seguros.¹⁴

40 Sin salir del vascuence, es difícil que se puedan ver en *ibar* e *ibai* derivados, por medio de dos sufijos distintos (*-ar* bien documentado, pero *-ai* sin apoyo), de un mismo radical que, si se le suprime todavía el «prefijo» *i-*, quedaría reducido a la sola consonante *b*, lo que es por lo menos sorprendente. Al contrario, sería natural pensar que *ibai* es un derivado de *ibar*, cuya consonante final se habrá perdido como es normal en compuestos y derivados antiguos.¹⁵ No es posible, sin embargo, determinar qué forma precisa tenía el sufijo que hoy aparece reducido a *-i*. Compárense derivados verbales como vizc. ant. *emai* ‘don’ o *ikai* ‘subida’ en Oiherart.

Conviene recordar que palabras de configuración análoga son oxítonas en roncalés y suletino (*etsái* ‘enemigo’, *izéi* ‘abeto’, *odéi*, *odói* ‘nube, trueno’, etc.), lo que supone contracción de las dos úl-

¹³ V., entre otros, J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, [Madrid 1954-1957], s.v. *ibón* y *vega*; J. Hubschmid, «Hispano-Baskisches», *Boletim de filologia* 14 (1953), 1-26; F. Echevarria Ibarra, «Iberica», *BAP* 12 (1956), 175-182; M. L. Wagner, *Dizionario etimologico sardo*, [Heidelberg 1957 ss.], s.v. *bèga*.

¹⁴ La gran difusión del tipo *Ibia* en la toponimia de nuestra Península e incluso fuera de ella, alegada por Hubschmid, no parece razón absolutamente concluyente para separar *ibi* de *ubi*. El caso de *Ibia* no es comparable al de *vega*, por ejemplo, porque en el primero, por tratarse exclusivamente de nombres propios, sólo nos es conocida la forma, no el sentido.

¹⁵ Así de *bel(h)ar*, *berar* ‘hierba’ hay *bela(ga)i* ‘prado’, ya mencionado, sul. *bel-hagile*, ronc. *beragín* (*bedegín*) ‘bruja’, lit. ‘hacedor de hierbas’, cf. cast. ant. *yervera*, etc.

timas sílabas antiguas y la pérdida de la consonante que originalmente las separaba.¹⁶ El sustantivo, *doai*, *dohain* ‘don’ derivado de *doe* (vizc. ant. *dōe*), *dohe*-id., acaso a imitación de *emai*, se acentúa precisamente *doháñ* en suletino.¹⁷ Por lo que hace al vasco, no hay por consiguiente nada que se oponga al antiguo trisilabismo de **baika*.

6. No estará de más decir unas palabras sobre la distribución de *ibar* e *ibai* en los dialectos vascos. Sólo por un descuido limitó Azkue la extensión de *ibar* ‘valle, ribera’, siempre sin *h*-, a los dialectos occidentales, puesto que él mismo aduce un ejemplo roncalés s. v. *lantxer* y está vivo en suletino moderno (*ibar* ‘vallée, prairie éten-due et plainière’), según Larrasquet. En toponimia es común a toda la zona de habla vasca e incluso parece bien atestiguado fuera de ella, como señala Hubschmid. Falta un estudio acerca de la relación de *ibar* con su sinónimo vasco (*h*)*aran*.

En el caso de *ibai* las cosas son más complicadas. Por lo que se deduce de las traducciones encargadas por Bonaparte, hacia 1870 estaba en uso en vizcaíno, guipuzcoano, labortano (dialecto donde se documenta también un derivado *ibaso* de valor idéntico) y bajo-navarro occidental de Baigorri. En alto-navarro meridional de Elcano,¹⁸ Puente la Reina y Olza-Gofñi ‘río’ se decía *ugalde*, voz que sigue viva en el alto-navarro septentrional de Baztán (afín al labortano), aezcoano y salacenco; en ronc. de Vidángoz se decía *ugalte*. En el extremo oriental del país hay también otro término que parece derivado de *ur* ‘agua’: bajo-navarro oriental de Mixe *uhaitz*, sul. *üháitz*, *ühátz*, ronc. *ugatxa* (Urzainqui), *eguatxa* (Uztárroz), *egutxa* (Isaba). En toponimia, *ibai*- es muy escaso en el país vasco-francés, aunque no *bai*-.

Por lo que respecta a la forma, el labortano Harriet (1741) escribe dos veces *hibaiea*, lo que supone un tema *hibaie*, y en *Manual devotionezcoa* (1627), I, p. 110, de Etcheberri, se lee *ibaia ormatura*,

¹⁶ Véase mi artículo [«À propos de l'accent basque»] en *BSL* 53 (1957-1958), 204-233.

¹⁷ Para que *doai*, *dohain* sea comparable a *emai* es preciso suponer naturalmente que la nasal final de las variantes vasco francesas no es más que un reflejo de la antigua *n* interior que no se perdió, como demuestra el vizc. ant. *dōe*, sin que la nasalidad dejara de transferirse a las vocales inmediatas.

¹⁸ Azkue, *Diccionario [vasco-español-francés]*, Bilbao 1905-1906], s.v. *ibai*, recoge un ejemplo de Lizarraga el de Elcano, pero se trata de una obra muy guipuzcoanizada por los editores.

donde *ibaia* es indefinido, a no ser que se trate de una licencia poética.¹⁹

En cuanto al sentido, «abreuadero de bestias, *ybaya*» en Landuchio (1562), podría reducirse sin mayor dificultad al valor más común. En el diccionario manuscrito de S. Pouvreau (siglo XVII), además de «*Ibaya*, cours deau, riuiera», se lee «*Vr ibaya*, gué, riuiera gueable», donde *ibai*, de no ser una equivocación por *ibi* 'vado', es adjetivo.

Ahora bien, en la zona oriental, donde la presencia de *ibai* 'río' no está comprobada, hay sal. *ibei* 'trozo pequeño de terreno que ha quedado sin labrar entre surco y surco por desviación de la reja, descuido del arador, o por otra causa', ronc. de Uztárroz *ibi*.²⁰ cf. *Iveyeta* en documento de Roncesvalles de 1284.²¹ Formalmente la distancia entre *ibai* e *ibei* es muy pequeña, ya que la misma vacilación se observa en *gai* / *gei*, *izai* / *izei*, etc. Pero en el sentido hay una diferencia que sólo puentes bien contruidos podrían salvar.

7. Para investigadores de hoy, sabedores de la complejidad lingüística de la Hispania y de la Aquitania antiguas, no quedan más que dos puntos relativamente seguros de referencia cuando se trata de buscar afinidades a los elementos prerromanos conservados en romance: vasco e indoeuropeo. Por desgracia, el léxico vasco antiguo ha debido sufrir mermas considerables en el curso de los dos últimos milenios y estamos mal informados acerca de la extensión antigua de las hablas de este tipo. Por el otro lado, si cada día son más numerosos los datos sobre la difusión de lenguas indoeuropeas en la Península, su conocimiento directo no ha avanzado en la misma medida y el sucedáneo de este conocimiento, los resultados de una larga labor comparativa, acaso permita una facilidad excesiva para las combinaciones etimológicas.

El ibérico presenta una fisonomía familiar y a la vez impenetrable. No es despreciable lo que sabemos de sus sonidos y de la forma de sus unidades significativas, pero apenas pasamos de ahí. La cues-

¹⁹ En este autor se lee también *Iordaingo baia*, sin *i-*, en *Eliçara*, p. 261 (traducción de Ps. 113, 3), acaso errata por *ibaian* que también entraría en el verso, y *Iordango bain* (por *baian*?) en *Noelac*, ediciones *c* y *g* de Vinson.

²⁰ Iribarren, *Vocabulario navarro*, [Pamplona 1952], da también *ibay*, sin localización. He oído varias veces *ibei* en Salazar, pero no he conseguido comprobar la realidad del ronc. *ibi* (que parece debía ser oxítono).

²¹ J. M. Lacarra, *Vasconia medieval*. [Historia y filología], San Sebastián 1957, p. 44.

tión de adscribir el ibérico a una u otra familia lingüística no se plantea siquiera, puesto que lo ignoramos todo, o casi todo, acerca de su estructura, aun en el orden más elemental.

De sus relaciones con el vascuence, no se pueden sino suscribir las conclusiones a que llegó A. Tovar en un artículo publicado en esta revista.²² Disponiendo como disponemos de casi un millar de palabras ibéricas, las coincidencias con el léxico vasco son en total 43 menos satisfactorias que las que pueden obtenerse de la comparación con un puñado de nombres aquitanos y, en este caso, además de tratarse de nombres propios en inscripciones redactadas en latín, el sexo de las personas nos da una sombra del sentido que reduce por lo menos los engaños de la simple semejanza formal. Sobre todo, y ésta es la consideración decisiva, no sólo no ha podido nadie traducir por medio de la lengua vasca —una vez descontadas las diferencias que pueden suponerse entre los dialectos modernos y el protovasco— alguna inscripción ibérica de cierta extensión, sino que ni siquiera ha sido posible orientarse en cuanto al sentido general de las frases o fijar algún punto básico de la gramática de esa lengua.

Otros compartirán probablemente mi creencia de que no ocurriría tal cosa si poseyésemos textos escritos en aquitano. No estamos, por desgracia, en condiciones de demostrarlo prácticamente, pero no parece una jactancia excesiva el afirmar que, si las apariencias no son más engañosas de lo que acostumbran a ser, la prueba sería superada con éxito.

8. Con todo, podrían aun añadirse algunos números a la lista de Tovar. Así, ibér. *abar*, *adin*, *biur*, *cais*,²³ *nabar* coinciden con vasc. *abar* ‘rama’, *adin* ‘edad’, *bi(h)ur* ‘retorcido’, *gaitz* ‘mal, malo’ ‘grande, enorme’, *nabar* ‘abigarrado’ (y ‘reja del arado’). Pero, no hay necesidad de decirlo, la coincidencia es meramente externa y se trata además de lenguas que parecen no haber poseído más que un número comparativamente muy reducido de fonemas (y, dicho sea de paso, sistemas fonológicos aparentemente parecidos), cuyas combinaciones estaban por otra parte sujetas a severas restricciones. 44

Algunas de las semejanzas son de todos modos, como dice Tovar, «profundas y reveladoras». Ni siquiera el manoseo incesante de

²² «Sobre el planteamiento del problema vasco-ibérico», *Archivum* 4 (1954), 220-231.

²³ *cais* se aísla en *bilosbalcarcais*: los segmentos *bilos* y *balcar* se repiten en otros letreros.

varios siglos ha podido trivializar el paralelo *Iliberri* (que apenas podemos llamar ibérico, ya que no ocurre en textos indígenas), vasc. *Iriberry* 'villa nueva'. Nada tiene de particular que *Ili-*, como palabra de cultura, haya pasado de unas lenguas a otras, pero ya es menos usual el préstamo de un adjetivo que significa 'nuevo'. Y no deja de ser sorprendente, a pesar de que nos hemos acostumbrado a ello, que precisamente ese nombre y ese adjetivo, cuyo sentido sólo conocemos por el vasco, precisamente en ese orden, hayan sido empleados para designar ciudades de España y del sur de Francia y que la práctica haya sido continuada en Vasconia con *Iriberris* y *Huri-barris* bien dentro de la Edad Media.

Volvamos a un terreno más inseguro, donde el significado se nos escapa por principio. Además de *-bískar*, citado en el § 4, hay íber. *bios(ildun)* en el segundo plomo de Alcoy que recuerda de una manera inquietante el vasc. *bi(h)otz* 'corazón' (cf. aquit. *Bihoxus*). Si admitimos como mera hipótesis que *bios-* y *-bískar*, de valor ignorado, corresponden efectivamente a vasc. *bi(h)otz* 'corazón' y *bizkar* 'espalda', cabe preguntarse, ya que por lo que sabemos no se trata de dialectos de una misma lengua, en qué sentido se hizo el préstamo.

Se diría, por razones históricas claras, que los iberos fueron el elemento activo del intercambio y los vascos el pasivo, pero tampoco esto es tan sencillo como parece. Porque es un hecho que una crecida proporción de los nombres de partes del cuerpo empiezan en vasco por *b-*, lo que sería temerario imputar a la casualidad.²⁴

- 45 Poco importa ahora que *b-* fuera, como alguna vez se ha sugerido, un morfema de dual (hipótesis que va bien con *begi*, por ejemplo, cf. gr. hom. *ósse* 'los dos ojos', etc., pero no con nombres de objetos únicos como *bi[h]otz*, *buru* 'cabeza' y tantos otros), de un prefijo de posesión inalienable (cf. *bere* 'suus') o de cualquier otra cosa. De todas maneras, si se trata de un antiguo exponente gramatical incorporado al tema nominal, es sumamente difícil que éste fuera común a dos lenguas no emparentadas entre sí. También es improbable, si no del todo imposible, que los vascos hayan abandonado los nombres antiguos de las partes del cuerpo, que en conjunto suelen mos-

²⁴ Cf. C. C. Uhlenbeck, «Los nombres vascos de miembros de cuerpo que comienzan con *b-*», *Eusko-Jakintza* 3 (1949), 105-111 (trad. esp. de *Festschrift Meinhof*, [ed. C. Meinhof, Hamburgo] 1927, pp. 351-357). Es prácticamente seguro que a los nombres ahí estudiados debe agregarse **bini* 'lengua', de donde *mihi*, *mi(i)*, *min*.

trar una fijeza excepcional, para sustituirlos en masa por los de una lengua vecina.²⁵ Queda otra posibilidad, que acaso valga la pena examinar: que elementos comunes como los que acabamos de citar, que por lo general aparecen en nombres propios ibéricos, no sean estrictamente ibéricos, sino pertenecientes, al menos en su origen, a otras lenguas indígenas. Su relación con el contexto ibérico en que a veces aparecen sería entonces la misma que la de aquit. *Andere* o *Cisson* con las frases latinas en que están insertos.

9. No quiero ocultar que hay un extremo que juzgo discutible en las consideraciones de Tovar. Hablo de la «promiscuidad» de lenguas en ciertos estadios culturales «en que ni existe conciencia de la separación entre los diferentes sistemas de expresión». Sin buscar paralelos lejanos, tenemos uno bien a mano para llegar a imaginar lo que pudieron ser las relaciones vasco-ibéricas. Por muy superiores que consideremos a los iberos y a su lengua, difícilmente podremos concebir un contacto más largo, más estrecho y más desigual que el de la lengua vasca con el latín y las lenguas romances, en el que todo (poder, cultura, prestigio, número de hablantes) favorece a una de las partes. Y, no obstante, el vasco no sólo ha mantenido una estructura muy diferente de la de las lenguas vecinas, sino que incluso conserva buena parte de su léxico antiguo en todo lo referente a nociones básicas. Es más. Se puede profetizar sin riesgo de equivocarse que el vascuence puede desaparecer, pero que sólo desaparecerá porque los que lo conocen den la preferencia, por las razones que sea, a otro medio de expresión que también les es familiar, y no porque lo hayan confundido con éste. 46

No trato de ningún modo de disminuir la extensión y la profundidad de la influencia del latín y de sus formas modernas sobre el vascuence. Creo, por el contrario, que sería del mayor interés en muchos sentidos precisar el alcance de esa influencia que, según como se mire, puede parecer enorme o relativamente reducida. Porque, para imitar un dicho escolástico, la lengua afectada tiene una manera propia de modificarse. Para los vascos bilingües —pocos hay hoy que no lo sean y tampoco ha debido ser escaso su número

²⁵ No me parece exactamente comparable el caso de los nombres de parentesco en las lenguas indoeuropeas de Anatolia, sobre el cual véase últimamente E. Laroche, [«Comparaison du louvite et du lycien»], *BSL* 53 (1957-1958), [157-195], pp. 186 ss., que puede tener una explicación especial. Hay buenas etimologías indoeuropeas para nombres de partes del cuerpo en hitita.

en siglos pasados— hay un extenso léxico común, generalmente de origen romance, del que se valen indistintamente en ambas lenguas y no todo lo que usan promiscuamente puede llamarse léxico en sentido estricto. No parece que se pueda fijar un límite infranqueable a la transferibilidad de exponentes gramaticales,²⁶ pero de hecho no parece que se pueda señalar en las formas personales del verbo vasco ningún afijo que sea de origen latino. Tampoco hay gran cosa, en el mejor de los casos, que sea materialmente latino en la declinación nominal.²⁷

47 La confusión y la promiscuidad son, por el contrario, naturales en los nombres propios. Hay eúskaro, celta y latín en los antropónimos aquitanos: ¿no sería también natural que hubiera nombres no ibéricos en las inscripciones ibéricas? Recordaré que, aunque el vascuence tuvo que estar en contacto con lenguas indoeuropeas distintas del latín, es pequeño el número de los préstamos indoeuropeos no latinos —y no introducidos por intermedio del latín— que hasta ahora han podido señalarse como seguros. Pero en la toponimia de la Vasconia moderna hay mucho, nombres de población por ejemplo, que no puede explicarse por el vasco y algunos de esos nombres (*Deva*, etc.) es claramente indoeuropeo.

²⁶ Cf. U. Weinreich, *Languages in contact*, Nueva York 1953, pp. 29 ss.

²⁷ No es absolutamente seguro, aunque sí muy posible, que vasc. *-eta-* en el plural de los casos locales proceda del lat. *-ēta*, plural de *-ētum*, que se habrá introducido en la declinación a partir de su empleo como sufijo de derivación, como colectivo, en nombres de lugar. En cuanto a *bait(h)a-* en los casos locales de nombres «animados», hay pocas razones para pensar en un préstamo reciente, a pesar de la sorprendente afirmación de Azkue, *Morfología vasca*, [Bilbao 1925], p. 303: «*Baita* es un vocablo italiano que si no en la mochila llegó al otro lado del Bidasoa en labios de soldados». Falta toda prueba de que *bait(h)a* 'casa' se haya empleado alguna vez como apelativo.

EL VASCO Y LAS LENGUAS ANTIGUAS DE ESPAÑA Y FRANCIA

En las consideraciones que aquí presento no puedo ofrecer, bien a mi pesar, ni grandes descubrimientos, ajenos o propios, ni siquiera novedades importantes. Se trata de recorrer una vez más rápidamente un territorio explorado en cien ocasiones sin demasiada fortuna, como una de esas ciudades perdidas que se niegan a revelar su emplazamiento a pesar de la obstinación de los arqueólogos. Queda un consuelo, pobre, como negativo. Todo intento infructuoso, todo ensayo fracasado, tiene un valor, según se suele decir, en la medida en que contribuye a un planteamiento más certero del problema, a una mejor delimitación de nuestros conocimientos y de nuestra ignorancia. 410

Quiero subrayar desde el principio que, como indico en el título, estas consideraciones se limitan estrictamente al examen de las posibles relaciones entre el vascuence y ciertas lenguas antiguas de nuestro Occidente. Dicho en otras palabras, sólo cuando sea indispensable me apartaré del objeto que he señalado: la lengua. Es cierto que ésta, por muy importante que sea, no es sino un elemento más entre los muchos que forman la cultura de un pueblo. Pero, para no hablar de la raza, lo cierto es que las relaciones entre lengua y cultura son muchísimo menos estrechas de lo que generalmente se suele creer, por lo que cualquier consecuencia lingüística que se infiera de la comparación de otros elementos culturales, si no es por fuerza falsa, carece al menos de toda necesidad que obligue a aceptarla. Incluso algo tan ligado en apariencia a la lengua como es el sistema de escritura, sólo está unida a ella por razones históricas

o, lo que es lo mismo, meramente accidentales. Sin necesidad de buscar en otra parte pruebas de lo que digo, pruebas muy abundantes por cierto,¹ veremos aquí mismo que en la Hispania antigua un mismo sistema de escritura se utilizó para transcribir dos lenguas muy diferentes, mientras que dos escrituras distintas —o al menos variedades distintas de una escritura— estuvieron en uso para una misma lengua.

411 Si, por ejemplo, trastornos y revoluciones que transforman las estructuras políticas y sociales de un pueblo no tienen más que un efecto superficial sobre su lengua y dejan inalterados sus elementos básicos, difícilmente podrá inferirse que hubiera comunidad de lengua en dos países vecinos sólo porque existan algunas, e incluso muchas, semejanzas en la cultura material de ambos. Esta semejanza podrá ser a lo sumo un indicio favorable a la semejanza, e incluso a la identidad, de las lenguas respectivas, mientras no se apoye en razones específicamente lingüísticas. Los éxitos de la lingüística como ciencia se han debido y se deben a que una lengua puede ser considerada sin deformar demasiado los hechos como un sistema —o una serie de sistemas jerarquizados— cerrado y en cierto modo autárquico. Esta concepción de la lengua tiene como corolario, y es justo hacerlo constar así, que tampoco la lingüística podrá dar luz, si no es en forma indirecta y accidental, sobre los problemas que se relacionan con otros elementos culturales. La lingüística, en otras palabras, tiene derecho a aspirar a una autonomía razonable, pero sólo a condición de abstenerse de toda apetencia imperialista.

Como aquí no se va a tratar del lenguaje en general, sino de una lengua determinada, la vasca, y de sus posibles relaciones con otras, es hora ya de que nos volvamos a ella. Suele decirse que es una lengua aislada, y no creo que esa proposición contenga ninguna falsedad, a condición de que sea entendida rectamente. Nadie que conozca los hechos —o que sepa algo de las lenguas en general— podrá evidentemente sostener que ella haya sido, por un sorprendente milagro, la única lengua en el mundo que se ha mantenido incontaminada sin haber sido afectada por el contacto con idiomas vecinos. Lo que sucede es que, según la concepción seguida en la práctica por todos o casi todos los lingüistas, puede haber entre dos lenguas una relación más profunda y fundamental, o por lo menos

¹ Véase, p. ej., M. Cohen, *La grande invention de l'écriture et son évolution*, París 1958.

de raíces más antiguas, que la que nace inevitablemente de la proximidad en el espacio y cuya manifestación más visible son los préstamos de vocabulario, es decir, las palabras de una lengua adoptadas y naturalizadas en otra.

Esta relación distinta de la simple afinidad es la que se suele llamar, acertadamente o no, parentesco genealógico para indicar que dos o más lenguas unidas por este vínculo no son más que formas distintas que ha tomado con el correr del tiempo una misma y única lengua antigua. Cuando esa lengua antigua no nos es directamente conocida, como en el caso del latín² —y esto es lo que ocurre la mayor parte de las veces—, el parentesco puede frecuentemente ser reconocido y probado, si no salta a la vista, por los métodos de comparación que han venido perfeccionándose desde hace más de siglo y medio. La prueba la proporciona un número suficiente de coincidencias en el léxico básico —es decir, el menos susceptible de ser intercambiado— y sobre todo en los índices gramaticales. Únicamente hay que tener en cuenta que coincidencia no significa aquí igualdad, ni siquiera necesariamente lo que en el uso vulgar se entiende por parecido, sino una especie de homología en la que a cada sonido de una lengua corresponde otro, semejante o diverso, en la segunda.³

El método comparativo tiene un inconveniente, o más bien una limitación, que no deja de ser grave, aunque no siempre se tome en cuenta. Por la misma fuerza de los hechos, sólo vale dentro de ciertos límites de tiempo, que no por estar mal fijados dejan de ser menos inflexibles. Cuando la unidad originaria sea suficientemente remota, el parentesco ya no podrá ser demostrado, por real que sea. Entre las tentativas que se han hecho para relacionar el vasco con lenguas próximas o lejanas, por ejemplo, hay una hipótesis que ha gozado de cierto favor, y no sin motivo: la que considera miembros de una misma familia lingüística al vasco y a las lenguas caucásicas. Para juzgar de su valor basta con presentar un hecho que ahorra una discusión detallada: hay entre los especialistas quien cree en este parentesco y

412

² Para hablar con más exactitud, la proto-lengua reconstruida mediante la comparación de los distintos romances, el proto-románico, no coincide con el latín en ninguna de sus fases, ya que no es una lengua en sentido estricto, pero puede ser deducida del latín clásico, y aun del preclásico, en sus rasgos esenciales.

³ Teniendo en cuenta que el cero fónico, la ausencia de sonido, puede entrar también en las correspondencias: irl. *athir* «padre» : lat. *pater*; arm. *otn* «pie» : gr. *póda* (acusativo), etc.

hay quien no cree en él, y no precisamente por terquedad, mientras que nadie medianamente informado duda del parentesco del inglés de hoy con el armenio o el persa moderno. Esto no quiere decir que el vasco *no* esté emparentado con las lenguas caucásicas; significa tan sólo que el parentesco, si existe, no haya podido ser probado satisfactoriamente. Es posible que lo mismo ocurriera con el inglés de un lado y con el armenio o el persa por el otro si faltaran todos los eslabones intermedios, en el tiempo y en el espacio, de que por fortuna disponemos. Pero, en nuestro caso, no tenemos a mano lo necesario para una demostración positiva o negativa y es de temer que lo perdido esté ya perdido para siempre.

Habría que hacer todavía una observación preliminar antes de entrar en materia. No está de más advertir, porque no todo el mundo lo sabe, que una buena parte de las afirmaciones que se suelen hacer en torno al parentesco de lenguas diversas carece, por decirlo escueta y un poco brutalmente, de todo o de casi todo sentido. En efecto, la persona no iniciada se inclina a pensar que las lenguas son en cierto modo cantidades homogéneas, lo mismo si se trata del inglés, del japonés o del latín, que del etrusco, del ibérico o del ligur. Sabe, desde luego, que unas son lenguas que se usan hoy en día al paso que otras son lenguas muertas que se emplearon en épocas más o menos antiguas, que unas son europeas y otras americanas, que unas son habladas por millones de personas mientras que los hablantes de otras se cuentan por millares e incluso por centenares, etc. Pero todo esto, por importante que sea, no es lo decisivo cuando se trata de plantear y resolver problemas de parentesco lingüístico. Lo que es decisivo, y lo que a menudo se suele olvidar, es que nuestro conocimiento no es ni mucho menos igualmente extenso y preciso en todos los casos.

Algunas son perfectamente conocidas, tanto de las que se hablan hoy como de las que han dejado textos suficientes que por distintas circunstancias favorables han podido ser interpretados. Decir que son perfectamente conocidas no quiere decir, naturalmente, que todo el mundo las conozca, sino que hay gente, más o menos numerosa, que las conoce y, sobre todo, que todo aquel que quiera tomarse el trabajo necesario tiene abierto el camino hacia su conocimiento. En otras, la información de que se dispone es deficiente en muy distintos grados. Y otras, finalmente, son poco más que una denominación a la que se trata de atribuir un puñado de nombres propios y alguna que otra palabra inexplicada que se conserva en

lenguas más modernas habladas en el mismo territorio. No es necesario decir que este último estado de cosas es mucho más frecuente cuando se trata de lenguas antiguas: más frecuente y también más difícil de remediar, porque sólo un hallazgo feliz, de los que la fortuna no suele prodigar, puede mejorarlo. Tal hallazgo, además, está fuera de lo posible en un país y en una época en que no se conociera la escritura.

Con esta breve introducción podemos ahora abordar mejor la cuestión que nos interesa. El galo, hablado en buena parte del territorio de la actual Francia donde era posiblemente de introducción relativamente reciente, es bastante mal conocido directamente. Esta deficiencia puede suplirse por suerte por otros caminos. El galo era una lengua indoeuropea y más precisamente una lengua céltica, y variedades más modernas del mismo grupo, empezando por el irlandés, pueden estudiarse a satisfacción. No hay necesidad alguna de que nos demoremos con el galo o con el grupo céltico en general, porque la posibilidad de un parentesco con el vasco queda excluida, al menos todo parentesco demostrable con los medios actuales. Se supone, sí, y es una suposición razonable, que éste ha tomado elementos sueltos de las lenguas célticas con las que estuvo en contacto,⁴ pero esto es una consecuencia inevitable del intercambio.

413

Más nos interesa una parte de la antigua Galia, la Aquitania, situada en el ángulo sudoeste, a este lado del Garona, donde los autores clásicos señalan la existencia de pueblos distintos, diferentes incluso por la lengua, de los del resto de Galia, y semejantes, por el contrario, a sus vecinos hispánicos. Sería difícil juzgar del valor preciso de estos testimonios, si estuvieran aislados, pero afortunadamente no lo están. Porque sobre todo en algunas comarcas aquitanas aparecen con cierta abundancia en inscripciones de época romana nombres de persona y de divinidad que presentan un aspecto nada galo ni siquiera indoeuropeo, sino más bien un curioso aire que podríamos llamar vascoide.⁵

Un simple aire, una vaga semejanza, es bien poca cosa para fundamentar nada sólido, si no va acompañado de coincidencias pre-

⁴ Por cierto que la cuantía de esos elementos, fuera de la toponimia, me parece sorprendentemente reducida.

⁵ Sobre el área de estas inscripciones puede verse el trabajo de R. Lafon, [«Los orígenes de la lengua vasca»], *ELH*, I, pp. 91 s. y mapa II. La colección más completa de materiales aquitanos se halla en J. Whatmough, *The dialects of ancient Gaul*, Ann Arbor 1949-1951.

cisas. Éstas existen: había, por ejemplo, personas que se llamaban *Andere*, *Cison* o *Nescato*, que coinciden sonido por sonido con vasc. *andere*, «señora, mujer», *gizon*, «hombre», y *neskato*, «muchacha». Y, aunque un nombre propio no tiene estrictamente hablando lo que se llama «sentido», no deja de dar peso a la coincidencia formal el hecho de que *Cison* fuera precisamente varón, y *Andere* y *Nescato* mujeres. La forma más simple y natural de explicar éstas y otras coincidencias es, claro está, suponer que en ciertas regiones de Aquitania se hablaba a los comienzos de la época romana una lengua —o dialectos poco diferenciados de una lengua— que estaba muy cerca de lo que debió ser el vasco antiguo. Ésta es la interpretación que ha seguido la gran mayoría de los autores, y se ha creado o remozado el término «éuskaro» o «euskariano» para designar el conjunto vasco-aquitano.

Cabe ahora preguntar: ¿hay las mismas pruebas de que algo parecido al vasco se hablaba por aquellas fechas en lo que hoy es territorio español? Por sorprendente que le parezca a alguno, yo contestaría que no.⁶ Sería sin embargo un error sacar consecuencias radicales de este hecho, o mejor de esta ausencia, que puede muy bien tener su causa en la escasa afición que por la escritura en cualquiera de sus formas sentían nuestros antepasados, pues todo argumento *ex silentio* tiene, como se sabe desde antiguo, una debilidad congénita.

Afortunadamente, una prueba valiosa a mi entender, si alguna hacía falta, ha sido aportada por la inscripción de Lerga, descubierta no hace mucho en Navarra, cuya primera línea reza: *VM.ME.SA.HARFI*.⁷ Y, aunque en el epígrafe no se separan palabras, sino sílabas, no parece descabellado ver ahí dos nombres, *Umme* y *Sahar*, más *filius* (o *filia*), que serían los testimonios más antiguos de vasc. *ume* «cría, niño» y *zahar* «viejo», que reaparecen ambos en la onomástica navarra de la Edad Media.

414 En todo caso, no tenemos por qué entrar ahora en la debatida cuestión de los límites geográficos del vasco antiguo en los primeros siglos de nuestra era. Nos basta con saber que se hablaba «por

⁶ Se cuenta como aquitano el valle de Arán, que hidrográficamente forma parte de la cuenca del Garona y lingüísticamente es gascón, no catalán.

⁷ A. Marcos Pous, «Una nueva estela funeraria hispanorromana procedente de Lerga (Navarra)», *PV* 21 (1960), 319-333, y mi artículo en la misma revista, [«Los nombres indígenas de la inscripción hispano-romana de Lerga (Navarra)»], 22 (1961), 65-74.

aquí», sin detenernos en más precisiones. De tener que decir algo, diría que, al sur de los Pirineos, hablas de tipo euskariano parecen haberse extendido, y durado más, hacia el este, fuera de los límites de la Vasconia tradicional.⁸ Tal vez en un tiempo ocurriera algo semejante también hacia Occidente, pero aquí el cambio de lengua tuvo que ser por necesidad mucho más antiguo.

Si nos apartamos ahora de las estribaciones de los Pirineos para fijar nuestra atención en el conjunto de la Hispania prerromana, una vez separadas las inscripciones que tienen su origen en diferentes colonizaciones, con inclusión de las leyendas monetales «libio-fenices» de la zona del Estrecho, nos sorprenden por su novedad los textos —generalmente breves, pero algunos más extensos— en escritura o escrituras propias, características y en lo posible indígenas, que se extienden por la costa desde la zona de Narbona hasta el Algarve portugués y se adentran por el valle del Ebro y por la meseta, llegando en monedas hasta Huesca, Jaca y, posiblemente, Pamplona.

No es cosa de contar una vez más la larga y, en conjunto, poco edificante historia del desciframiento de estas inscripciones «ibéricas». Bastará con referir que Hübner, en su *Monumenta linguae Ibericae* (Berlín 1893), valiosísima colección de materiales dedicada a la memoria de Guillermo de Humboldt, dio autoridad a un sistema muy deficiente de lectura; que Hugo Schuchardt, lingüista genial, cometió en *Die iberische Deklination* ([Viena] 1907) una equivocación que estaba a la altura de su genio —es decir, que fue rotunda y total— al basarse apresuradamente en las lecturas de Hübner para identificar e interpretar algunas piezas del mecanismo gramatical del «ibérico», lengua que le parecía común por lo menos a la mayoría de las inscripciones «ibéricas». Habrá que completar el relato exponiendo que halló notables coincidencias entre esas piezas y elementos análogos bien conocidos del vascuence, lengua que bien pronto se halló emparentada, unida al «ibérico», con las lenguas hamíticas de África (libio antiguo, dialectos bereberes modernos, egipcio y su forma más reciente el copto, etc.), que a su vez están relacionadas genealógicamente, según la opinión común, con el grupo muy homogéneo de las lenguas semíticas. Todo esto no deja

⁸ Cf. J. Corominas, «La toponymie hispanique préromane et la survivance du basque jusqu'au bas moyen âge. (Phénomènes de bilinguisme dans les Pyrénées Centrales)», en las Actas del VI Congreso Internacional de Ciencias Onomásticas [VI. Internationaler Kongress für Namenforschung], Munich 1960, I, pp. 105-157.

de ser una ilustración excelente, y al mismo tiempo lamentable, de lo que decíamos más arriba acerca de la falta de todo sentido preciso de muchas manifestaciones, tanto de profanos como de especialistas, sobre problemas de parentesco lingüístico. Hacer comparación a costa de una lengua, cuya unidad se da por demostrada —aunque como se verá no existe—, antes de que puedan comprenderse y hasta leerse los textos que la documentan, no es otra cosa que poner el carro delante de los bueyes, según dice el refrán vasco, o, si se prefiere, dar tejado a una casa que está por construir. Y, a pesar de ello, las teorías de Schuchardt pasaron durante años por verdad inconcusa a causa del efecto combinado del temor que inspiraba su autor y de la cómoda pereza que impedía un examen directo de sus fundamentos.

Este endeble castillo de naipes se hundió, más que por el ataque de orden teórico —bien fundado, por otra parte— procedente de Zyhlarz, por el descubrimiento debido a don Manuel Gómez-Moreno de un nuevo sistema de lectura conforme al cual los signos ibéricos sólo en parte son alfabéticos —es decir, representación de vocales o consonantes aisladas—, lo que deja un residuo
415 de 15 signos que corresponden a grupos de consonante más vocal. La adecuación a los hechos de esta interpretación es tan perfecta que no pudo menos de ser aceptada por todos a medida que fue siendo conocida. Y sus consecuencias para las ideas de Schuchardt fueron funestas, porque permitió descubrir que un mismo sistema de escritura se usó para representar dos lenguas completamente distintas.

Resumamos los hechos tal como se conocen ahora, empezando por la escritura.⁹ Tenemos en primer lugar la escritura propiamente ibérica, que se lee hoy con seguridad sin más excepción, casi, que un único signo (*Y*); de ella se distingue bastante la que aparece al sur en líneas generales del Júcar¹⁰ y del Guadiana, leída todavía con mayor inseguridad a pesar de los progresos realizados en estos últimos años: es la llamada, según los autores, «tartesía», «turdetana», «meridional» o «sudibérica», por lo menos. Queda aún una tercera escritura, peor descifrada todavía, al sur de Portugal, con

⁹ Para las antiguas lenguas hispánicas, véase sobre todo A. Tovar, *ELH*, I, pp. 5-26 (lenguas no indoeuropeas) y 101-126 (lenguas indoeuropeas), así como su libro *The ancient languages of Spain and Portugal*, Nueva York 1961. Los trabajos de Gómez-Moreno están reunidos en *Misceláneas*, Madrid 1949.

¹⁰ Con Abengibre al norte. Cf. J. Untermann, *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien*, Wiesbaden 1961, mapa 1.

una prolongación en Andalucía. Su lectura parece hallarse por fin en buen camino.¹¹

Como ya he apuntado, en el terreno mejor conocido, en el de la escritura «ibérica», la unidad de ésta encubre una radical dualidad lingüística: la lengua que sigue llamándose ibérica por mantener la denominación tradicional de la costa mediterránea y del valle del Ebro, y la lengua celtibérica del interior. Es decir que, sean las que sean las relaciones que existen entre otros elementos culturales de una y otra zona, problema en el que no vamos a entrar,¹² las lenguas que se escribieron en una y otra zona —por medio de signos idénticos, repito— eran radicalmente distintas.

El celtibérico no exige que nos detengamos aquí mucho en su examen. En efecto, como el galo en Francia, es evidentemente una lengua indoeuropea, cuya conexión con la vasca no puede ser otra que la puramente externa, nacida de la contigüidad. Su interpretación puede parecerle poco avanzada a un profano, a causa, sobre todo, de la escasez de los textos celtibéricos, mucho menos abundantes que los ibéricos propiamente dichos, y de su brevedad en la gran mayoría de los casos. Ante esos textos, sin embargo, nos encontramos como ante un paisaje familiar en el que reconocemos inmediatamente una serie de rasgos que nos son familiares: nominativos de plural en *-os* y en *-es*, por ejemplo, dativos de plural en *-bos*, acusativos como *ueramom*, *cortican*, contrapuestos a los nominativos *ueramos*, *cortica*, alguna forma verbal como *sistat*, la partícula enclítica *-cue* comparable a lat. *-que*, gr. *te* «y», etc.¹³ Por parcial, deficiente e insegura que sea la traducción que Tovar ha presentado a título de ensayo del bronce celtibérico de Luzaga, es algo que hoy por hoy no puede intentarse sin temeridad con un texto ibérico de las mismas dimensiones.

Simplificado así el tema, sólo nos queda por examinar la relación entre vasco e ibérico, que comprende también lo escrito en es-

416

¹¹ U. Schmoll, *Die südlusitanischen Inschriften*, Wiesbaden 1961. Su interpretación (la escritura no era enteramente alfabética) coincide en lo esencial, según me dicen, con la que Gómez-Moreno presenta en su anunciado trabajo [«La escritura bástulo-turdetana (primitiva hispánica)»] de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* [69 (1961), 879-948].

¹² Véase, p. ej., D. Fletcher Valls, *Problemas de la [lengua] ibérica*, Valencia 1960.

¹³ Para las antiguas lenguas indoeuropeas de España pueden consultarse además M. Lejeune, *Celtiberica*, Salamanca 1955, y U. Schmoll, *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*, Wiesbaden 1959.

critura «turdetana» o «sudibérica»,¹⁴ ya que sólo aquí parece posible *a priori* un parentesco lingüístico más o menos estrecho. Pero, antes de pasar a la comparación, resulta preferible hacer un breve resumen de lo que sabemos —y de lo que desconocemos— del ibérico por el examen directo de los textos escritos en esa lengua, sin que intervengan por el momento consideraciones externas de ninguna clase.

Es razonablemente seguro, en primer lugar, que se trata de *una* lengua, ya que ciertos segmentos vuelven a repetirse en inscripciones de procedencia variada con frecuencia notable si se tiene en cuenta que su número no es demasiado crecido.

Las inscripciones en escritura ibérica se leen bien, con la única salvedad del signo *Y* de valor no bien determinado, lo cual nos permite adquirir una idea bastante cabal de la pronunciación, en la medida en que la escritura la refleja y no la desfigura. Varios textos ibéricos en escritura griega, los más importantes de los cuales son los dos plomos de Alcoy y el últimamente descubierto del Cigarralejo,¹⁵ dan una seguridad total a las lecturas.

Más adentro, ya no es mucho lo que sabemos, porque el ibérico, para emplear una expresión que no por corriente es menos gráfica, es una lengua «que no se entiende». Hacer la gramática de una lengua ininteligible es, según la opinión de muchos técnicos, una tarea posible, aunque muy larga y penosa. El resultado además sería algo que no tendría más que una vaga semejanza con lo que usualmente se entiende por una gramática y no le serviría de nada a quien busque saber lo que «quiere decir» un texto ibérico, ya esté grabado en piedra o en plomo o arañado en el fondo de un cacharro.

Dicho de otra manera, hay ciertos grupos de signos en los epígrafes, correspondientes a grupos de fonemas en el habla, que se repiten una y otra vez y que hasta cierto punto permiten segmentar los textos en unidades significativas: lo malo es que, por lo general, no significan nada para nosotros. Somos más afortunados cuando reconocemos nombres de persona en algunos de ellos, porque los antropónimos

¹⁴ La lengua de las inscripciones del Algarve no es, según Schmoll, «ni indoeuropea ni semítica, ni ibérica ni vasca y tampoco tiene nada que ver con el etrusco». De un antiguo fondo extraño al ibérico en el sur de la Península parecen dar fe ciertos nombres de población en *-ip(p)o*, etc., cuya difusión puede verse cómodamente en Untermann, *op. cit.*

¹⁵ Un estudio muy completo de los plomos ibéricos es el de M. Lejeune, «À propos d'un plomb inscrit d'Elne», *Revue des études anciennes* 62 (1960), 62-79.

ibéricos recogidos en textos clásicos y sobre todo en inscripciones latinas —los del bronce de Ascoli, por ejemplo— nos sirven de guía.

Si nos empeñamos en salir de la estéril aridez del análisis formal, sólo nos queda, a falta de bilingües, el largo tanteo del método combinatorio que, gracias a textos que podemos suponer paralelos, escritos en lenguas comprensibles y cercanos en lo posible en el tiempo y en el espacio, pueden llevarnos a adivinar algo del contenido de los textos herméticos en principio. La materia (piedra, plomo, cerámica, etc.) y otras características del objeto grabado proporcionan también una clave valiosa.

Así, para salir de las vagas generalizaciones, por lo menos dos lápidas, seguramente sepulcrales, llevan un texto encabezado por la fórmula *aRe tace*,¹⁶ para la cual se han propuesto interpretaciones tan diversas como *hic situs (sita) est*, *(hoc) sepulcrum*, *Dis Manibus, in memoriam* o *sacrum*. A pesar de esto, habrá que pensar, con Tovar, que la primera es la que tiene mayores probabilidades de estar cerca de la verdad, pues en una de ellas, la única inscripción que podemos llamar bilingüe, *aRe tace*, va precedida de *HEIC EST SIT...*

417

En otras, que parecen también sepulcrales, el epígrafe comienza por dos nombres propios, el segundo de los cuales va seguido de *eban*. Podría pensarse, y se ha pensado, que conforme a una fórmula bien conocida su traducción es *N hijo de N*, lo que da el valor «hijo» para *eban*. Pero Tovar, por razones comparativas y combinatorias, cree que significa «piedra», es decir, «piedra sepulcral».

Una desinencia *-cen*, *-(e)scen* se repite en monedas de distintas ciudades, desde Narbona hasta Andalucía. Teniendo en cuenta el modelo de las monedas griegas de Emporion y Rhode que llevan como leyenda genitivos de plural («de los de E.», «de los de Rh.»), se salta sin esfuerzo a la conclusión de que el letrado ibérico *unticesceni*, pongamos por caso («Imitantur hi nummos Emporitanos aperte», decía Hübner), es algo así como «de los de Untic-». Tovar¹⁷ ve aquí, sin embargo, un plural a secas: *Indigetes*.

Según toda probabilidad, el «morfema» que más se repite en ibérico es *-yi*, escrito muchas veces sin separación final de otra pa-

¹⁶ En la transcripción de la escritura indígena empleo uniformemente *b*, *t*, *c*, para las oclusivas; por no dificultar la impresión, *S* y *R* van aquí por los signos que se suelen transliterar por *s* y *r* más algún diacrítico. Escribo *Y* o *y*, mera reproducción, por el signo indígena de forma análoga.

¹⁷ *ELH*, I, p. 21, n. 51.

labra, tanto en estelas como en objetos diversos. Recogiendo una sugerencia de Gómez-Moreno, cree ahora Tovar «que podemos resueltamente atribuirle, sin otras razones que las combinatorias, a la primera persona: ‘yo’». Es una interpretación, añadido yo, muy verosímil, ya que no segura. A quien encuentre chocante que una lápida o un cacharro se expresen en primera persona, debe advertírseles que tal forma de expresarse está bien documentada durante una larga época en lenguas muy distintas de la cuenca del Mediterráneo.¹⁸ Aquí mismo, en Vizcaya, muchos siglos después, aparece regularmente en sepulcros cristianos: † *ego Lehoari et Maria, In Dei nomine ego Legoar*, etc.¹⁹

Lo reseñado basta, creo, para dar una idea de las dificultades que entraña la comprensión de los textos ibéricos y de la inseguridad que acompaña incluso a las tentativas mejor fundadas: mejor que nada lo demuestra la misma disparidad de las opiniones. Y, sentado esto, podemos ya pasar a la parte final de estas consideraciones con un breve estudio de todo lo que parezca pertinente para fundamentar una opinión acerca del carácter de las relaciones que pudieron existir entre ibérico y vasco antiguo.

Hay que anticipar que nadie ha podido aducir hasta ahora lo que podemos llamar la prueba por antonomasia de su parentesco, prueba que es clara y simple en teoría. Si el vasco estuviera estrechamente emparentado con el ibérico, si fuera por decirlo así una forma moderna de éste, era de esperar que, siendo el vasco bien conocido, hubiera facilitado la comprensión de aquél. Recordemos que, en Italia, el etrusco sigue siendo mal conocido —aunque lo sea mucho mejor que el ibérico—, al paso que el sentido general del cipo de Abella o de las Tablas Iguvinas no es ningún misterio, gracias a que están escritos en lenguas indoeuropeas emparentadas de cerca con el latín. Nada de esto ha sucedido en nuestro caso: lo poco que creemos adivinar del ibérico se ha inferido por consideraciones combinatorias, no por comparación.

Se suele objetar a esto que el vasco ha debido de cambiar mucho en el curso de dos milenios, razón por la que no se presta demasiado a la comparación. Así escribe D. Fletcher Valls:²⁰ «A la igualdad

¹⁸ Por no citar ejemplos esotéricos, remito a las inscripciones que Herodoto (V, 59 ss.) dice haber leído sobre tres trípodes en el santuario de Apolo Ismenoí.

¹⁹ Sólo que aquí parece hablar el difunto, no la tumba.

²⁰ *Op. cit.*, p. 40.

ibero-vasca se han puesto reparos, alegándose discrepancias fonéticas, sin tener en cuenta que los cotejos se establecen entre dos lenguas, una de hace más de dos mil años y otra en su forma actual, después de muchos siglos de ser únicamente hablada y no escrita y de haber sufrido influencias muy intensas del latín, todo lo cual le resta, forzosamente, estabilidad y personalidad; es muy difícil, pues, encontrar palabras exactamente iguales fonética y semánticamente...».

Por consiguiente, hay que precisar lo que se puede saber o conjeturar del vasco, digamos, del siglo I a.C. En contra de lo que algunos puedan opinar, la forma que entonces tenía muchos significantes vascos puede ser reconstruida con una razonable certeza, y algún testimonio antiguo —los nombres aquitanos, principalmente— refuerza la validez de la reconstrucción.²¹ La interferencia del latín y de los romances en el léxico no es tan peligrosa como parece, porque la mayoría de las veces pueden reconocerse y, por así decirlo, descontarse los elementos adventicios. No es aventurado afirmar, en todo caso, que un 50 % del antiguo léxico básico ha llegado hasta nosotros, en forma oral o en documentos escritos. Es probable que los cambios sufridos por la estructura gramatical de la lengua hayan sido grandes, pero, a pesar de ello, si la suerte nos deparara un texto vasco de aquella época, difícilmente dejaríamos de identificar con seguridad bastantes de sus componentes, con lo que quedaría al descubierto su sentido general. Esto, por desgracia, no es hoy más que una opinión imposible de demostrar, aunque altamente plausible. Y repito que nada de esto ha ocurrido con el ibérico.

Ahora bien, y ésta es la segunda parte, si la lengua vasca en bloque no ha resultado demasiado útil para la interpretación del ibérico, en la hipótesis contraria de que se trate de dos lenguas muy distintas sin mayor relación entre sí, quedan por explicar las semejanzas, bastante llamativas, que se observan entre ambas.

En los sonidos en primer lugar, pues el ibérico parece haber tenido, como el vasco y también como el castellano moderno, un sistema fonológico sencillo con cinco vocales y un corto número de consonantes y, sin embargo, distinguía como el vasco dos sibilantes y poseía dos *r* distintas entre sí, ninguna de las cuales podía ser inicial de palabra. La semejanza se extiende a la distribución de los fonemas, que en ambas lenguas está sujeta a fuertes restricciones.

²¹ El último ensayo es mi *Fonética histórica vasca*, San Sebastián 1961. La posición de máxima inseguridad para la reconstrucción es la inicial.

De aquí y de la coincidencia en la forma canónica de morfemas que parecen haber sido nominales (bisílabos como *aloR*, *balce*, *bilos*, *il-tiR*, *sacar*, *salir*, *seltar*, *sosin*, *tibaS*, etc.) viene el aire de familia de los textos ibéricos que suenan curiosamente a vasco.

Quien no se conforma con ese vago parecido y trata de buscar coincidencias más precisas, las halla también, y sin gran trabajo. Aun teniendo en cuenta todo lo que se sabe de la historia y prehistoria de la lengua vasca y sujetándonos a un sistema riguroso de correspondencias, hay paralelos que formalmente son irreprochables: digo formalmente, porque el sentido, como he repetido, se nos escapa.²² He aquí algunos:

419 Ib. *abaR* : vasc. *abar*²³ «rama, etc.»; ib. *adin* : vasc. *adin* «edad»; ib. *anai-* : vasc. *anaia*, *-e* «hermano»; ib. *aRci-* : vasc. *argi* «luz, claro»; ib. *beleS*, *-bels* : vasc. *beltz* «negro»; ib. *bios-* : vasc. *bi(h)otz* «corazón»; ib. *biuR* : vasc. *bi(h)ur* «(re)torcido»; ib. *cutu-* : vasc. *gudu* «combate»; ib. *ildun* : vasc. *il(h)un* «oscuro»; ib. *isceR*, *-esceR* : vasc. *ezker* «izquierdo»; ib. *lacun*²⁴ : vasc. *lagun* «compañero»; ib. *nabaR-* : vasc. *nabar* «abigarrado».²⁵

Un caso más, bien llamativo en apariencia, aunque no se suele señalar, es el de ib. *oSaba(obaRenyi)* en Ensérune, cuya primera parte corresponde exactamente a vasc. *osaba* «tío» (cf., para el sentido, ib. *anai-* : vasc. *anaia* «hermano», arriba). Un cálculo prudente nos dice

²² No acepto, para citar un caso, la ecuación ib. *seltar* (entendido como «pira») : vasc. *seldor* «haz o pila de leña para hacer carbón», propuesta por don Pío Beltrán y aceptada por Tovar. Azkue, de quien procede la definición, dice haberla tomado de Haraneder(-Harriet), pero equivocadamente. Harriet, p. 464, explica *çama* por «sortha, sorta, carga, seldorra» y se ha limitado a tomar la palabra y su definición del *Suplemento* de Larramendi («Carga, *seldorra*»), quien posiblemente lo recogió en alguno de los proverbios de los *Refranes y Sentencias* de 1596. También el autor del llamado por Azkue «manuscrito de Ochandiano», acaso el P. Zabala, da la misma definición, «carga a secas», en la sección que titula «Algunas voces del Suplemento del Diccionario del P. Larramendi que en el dialecto vizcayno padecen alguna equivocación en su pronunciación, o en su significación» (p. 318): «*seldorra* lee o añade *sendorra*, carga». El mismo trae (p. 21), como vizcaíno, «*choldorra*, la hoya [de carbón], que se hace de reuses y desperdicios. It. *chondorra*», sin indicar que las considere como variantes de la palabra anterior.

²³ Éste y los demás ejemplos vascos que aquí se citan tienen *r* fuerte final, es decir, *rr* ante sufijo que empiece por vocal.

²⁴ Con *lacun* se relaciona acaso *lagutaS* (¿personal?) en el plomo de Cigarralejo, según la proporción *lacun* : *lagutat* :: *ildun* : *il(t)utaS*.

²⁵ Dada la estrecha relación existente entre aquitano y vasco, hay que añadir un paralelo que es una identidad: aquit. *Talsco* : ib. *-talsco*, *talscu-*.

que la probabilidad de que una secuencia de este tipo (VCVCV) se repita en las dos lenguas que consideramos es del orden de 1 entre 8.000.²⁶ Sin que sepamos nada del significado de la secuencia ibérica, cada uno puede formarse sus propias ideas según la fe que tenga en los milagros de la casualidad pura y simple.

Pero repito que estos textos ibéricos, que en detalles aislados pueden parecer transparentes, oponen al mismo tiempo una opacidad radical a quien trata de entenderlos con ayuda de la lengua vasca. Las explicaciones de este contraste son variadas, pero ninguna resulta hoy por hoy demasiado satisfactoria.

La textura misma de las inscripciones podría ser un obstáculo decisivo si, por ejemplo, como defendió en cierta ocasión don José Vallejo, contienen una proporción de nombres propios mucho mayor de lo que por lo común se admite, expresa o tácitamente. La hipótesis no es fácil de demostrar ni de refutar, porque sólo en pocas ocasiones podemos probar que nos hallamos ante nombres de persona, de cuya formación en ibérico estamos lejos de poseer conocimientos exhaustivos.

Si las coincidencias vasco-ibéricas se limitaran a los nombres de persona, las dificultades quedarían también allanadas, ya que se trataría de nombres de una lengua de sustrato engarzados en textos ibéricos, como los aquitanos *Andere*, *Cison* o *Nescato* en epígrafes latinos.²⁷ Pero si, como piensa no sin verosimilitud Tovar, el frecuente sufijo ibérico *-en* no está tampoco lejos por el sentido de su equivalente formal vasco *-en* «de», nos hemos apartado mucho de la esfera de los nombres propios.²⁸

Dentro de las ideas de Tovar, esta interpretación aparente se aclara sin dificultad porque el parentesco vasco-ibérico «pertenece a un tipo 'proto-histórico' profundamente diverso al de las

²⁶ Hay que reconocer francamente que el valor de esta coincidencia sería mucho [[mayor]] si estuviéramos seguros de cómo debe analizarse la primera parte de *ib. oSabaobaR-en-yi* («yo [soy] de O.»?). Se me ocurre pensar si, dados los casos seguros de vacilación *ou* en ibérico (cf. *-talsco*, *talscu-* en la nota anterior), este *-obaR-* no podría ser una variante del frecuente *ybaR*, *VUar-* en el bronce de Ascoli.

²⁷ Es decir, que el ibérico no era en realidad la lengua hablada, o la única lengua hablada, en alguna de estas zonas, sino tan sólo la lengua escrita, como muy bien podía suceder con el celtibérico en alguna otra.

²⁸ Todavía podría ser más notable la semejanza de *ib. -yi*, en el supuesto de que signifique «yo» *uel sim.*, con *vasc. ni*, si la pronunciación de *y*, que parece tenía algo de nasal, estuviera mejor establecida.

lenguas resultantes de la expansión^a de un dialecto más o menos unitario y que forman los grandes troncos que han ocupado el viejo continente». ²⁹ A mí personalmente esta concepción no me parece nada tentadora, como tampoco la posibilidad de conexiones estrechas entre ibérico y bereber. Creo que, excepto en el caso de los *pidgin*, lenguas criollas o análogos, la interpenetración de sistemas lingüísticos en contacto tiene unos límites que no por estar mal fijados son menos rigurosos. Creo también que lo que sabemos del contacto de lenguas en época histórica y lo que la comparación nos permite inferir de las prehistóricas se ajustan muy bien a los mismos moldes y admiten explicaciones semejantes. Pero éste es un problema general en cuyo examen no podemos entrar aquí.

Para terminar, yo diría que el problema de las relaciones entre el vasco y el ibérico continúa lleno de oscuridades, que le confieren interés y hasta atractivo, al menos para quien no se asuste demasiado de trampas y peligros. A diferencia de otros estudios comparativos con lenguas lejanas, ofrece la ventaja de estar planteado en un marco histórico bien delimitado. Valdría, pues, la pena de que también desde el lado vasco nos ocupáramos más de él. En efecto, si los estudios vascos han de tener la amplitud y la elevación que deben tener, será preciso que, como muy bien vio don Julio de Urquijo, sin perder de vista lo nuestro, sigamos con atención lo que se trabaja y lo que se descubre en otros campos, próximos o lejanos.

^a «al de las lenguas resultantes, en familia genealógica, de la expansión» en el original de Tovar.

²⁹ *ELH*, I, p. 21.

BASKISCH = HISPANISCH ODER = GALLISCH?

1. El título de esta exposición es un calco más bien desvergonzado del que lleva un conocido trabajo de Hugo Schuchardt, publicado en 1915 (año, por casualidad, de mi nacimiento) en las *Mitteilungen der anthropologischen Gesellschaft in Wien*.^a Pero, como pronto se echará de ver, la semejanza se reduce al título pelado. 93

No le imito, como es patente, en cuanto a la lengua, donde lo germánico queda reducido en mi caso al encabezamiento mismo. Tampoco le imito, y esto merece subrayarse con mayor empeño, en cuanto a tema o tratamiento. La contribución de Schuchardt, que no es seguramente una de las más felices entre las suyas, se proponía establecer la proximidad de la lengua vasca en relación con la ibérica, de una parte, y con la ligur, de otra, como fruto circunstancial de polémicas de aquel momento.

El resultado del combate —un tanto impar, ya que Schuchardt no lo libraba contra lingüistas— sólo podía ser el que ya de antemano cabía esperar, dadas las firmes convicciones, dignas de un fiel neogramático, que Schuchardt había ya manifestado, en *Die iberische Deklination*, [Viena] 1907. Del segundo término de comparación, es muy poco todavía lo que en nuestros días se puede afirmar y hasta negar, al menos en lo que a lengua o lenguas se refiere.

Veleia 2-3 (1985-1986), 93-104 [= *Studia palaeohispanica. Actas del VI coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas. Vitoria-Gasteiz, 6-10 mayo 1985*, Vitoria-Gasteiz 1987].

^a «Baskisch = Iberisch oder = Ligurisch?», *Mitteilungen...* 45 (1915), 109-124.

Aquí, más que de hechos de parentesco o de afinidad, cuestiones directamente lingüísticas, voy a tratar de problemas de delimitación geográfica. Para ello me veo obligado a resumir la historia, que aquí será muy breve y demasiado incompleta, de las investigaciones que han versado acerca del carácter hispano o galo (aquí, mejor, aquitano), que en términos más modernos sería español o francés, de la lengua éuskara, referido a su más antiguo asentamiento territorial dentro del ámbito temporal que nos es dado alcanzar.

Para ello serán necesarias, creo, algunas consideraciones previas mucho más lingüísticas que geográficas. Trataré, pues, de hacerlas entrar, de grado o por fuerza, en estas reflexiones y hasta intentaré, si es hacedero, sacar alguna conclusión de valor más general.

Añado, por si vale de disculpa, que cada vez me intereso más por la historia de las disciplinas o, en otras palabras, por los planteos y soluciones que constituyen su encarnación: *nerui et ossa* que dicen que decía de los silogismos un teólogo implacable. No pienso que la historia sea central o nuclear, ya que se puede llegar a conclusiones razonablemente seguras aun ignorando los antecedentes de las *quaestiones disputatae*, pero ayudan con todo a comprender, fuera ya de toda relación con el pasado, la articulación de los problemas y, en consecuencia, la trabazón de argumentos y conclusiones.

94 2. En efecto, la lengua vasca, el *euskara*, no es, ni mucho menos, un ente extraño en estas reuniones, y esto poco tiene que ver con que esta última manifestación se celebre en el país en que se está celebrando. A diferencia de otras —a diferencia de todas las demás que en estas ocasiones se toman como objeto preferente—, se trata de una lengua que no es antigua *stricto sensu* (lo fue en un tiempo), sino de una lengua moderna y aun contemporánea. Lo que sucede es que esta modernidad y contemporaneidad nacen de aquel pasado, ininterrumpido por lo que sabemos, que tuvo que ser coetáneo en un tiempo de las otras lenguas que en estos debates se han venido considerando.

Es evidente, lo que nos ahorra la prueba, que el vasco de aquel entonces, el de hace dos milenios o más, no es la misma lengua que el vasco de hoy en día. Lo será, de todos modos, para los que creen (quiere decir, para los que creemos) que la continuidad lingüística tiene un sentido preciso que permite enlazar y unificar, por origen y transmisión (nunca incontaminada, pero cargada siempre de insospechadas lealtades), fases muy alejadas, en el tiempo y en la sustancia, de una misma línea lingüística.

Ahora, como no podía ser menos, se habla de una continuidad lingüística, pero también, aunque en segundo término, como es obligado, de una continuidad local, al menos *lato sensu*. Se admite, pues, como creo que es generalmente admitido, que esa continuidad éuskara se ha mantenido, más o menos *in situ*, durante unos dos mil años. No es necesario advertir que las zonas antigua y moderna de empleo de la lengua no se superponen, ni mucho menos: hay, incluso, graves obstáculos para establecer dónde y hasta qué punto están superpuestas. Lo que ignoramos excede por mucho de lo que abrumados de dudas creemos saber. Con todo, uno y otro territorio bien han podido ser próximos, incluso coincidentes en zonas considerables.

Habrà que añadir otra restricción fundamental, si estas consideraciones han de alcanzar algún valor, por modesto que sea. Admito, en primer lugar, que, en este campo como en otros, no se da la generación espontánea: las lenguas tienen comienzo —éste, para gente no tan antigua, podía ser la inacabada torre de Babel—, comienzo que, sin embargo, es para nosotros siempre relativo, y limitado por causas extrínsecas, entre las cuales ocupa el primer lugar la amplitud y profundidad de nuestros desconocimientos. No se discute la continuidad anterior y posterior a lo que tomamos como origen.

3. Para enhebrar el hilo de estas consideraciones, acaso no sea ocioso ver cuáles eran las maneras de ver que se enfrentaron cuando el *settecento* alcanza y pasa al *ottocento*, para lo cual hay material bastante en Tovar, *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Madrid 1980, pp. 101 ss. Los puntos de partida y las conclusiones que de ellos infieren los que están (por decirlo de algún modo) en favor y en contra de la lengua vasca, es decir, en favor o en contra de su antigüedad, pureza, extensión, etc., son, como se supone de antemano, muy diferentes. Aquí, sin entrar en antecedentes y en consecuencias, nos bastará con detenernos en Traggia y Astarloa.

Las raíces del conflicto son más profundas que las meramente lingüísticas: por otra parte, nunca se discute, si no me equivoco, acerca de si el empleo y cultivo del vascuence debe ser promovido o reprimido. Lo que hay en el fondo es la suerte de las instituciones vascas que los Borbones, aunque no las vieran con agrado, las toleraron bastante bien hasta que llega la Revolución francesa y, sobre todo, la guerra con la Convención. Su carácter inmemorial y hasta originario tenía un firme apoyo en la condición claramente diferenciada de la lengua que los adversarios, como hacían con las institu-

ciones, se resistían a aceptar: para éstos, tanto en un caso como en el otro, lo tardío y adventicio venía a ser el rasgo dominante.

95 Para respetar la literalidad de los textos, recojo aquí el encabezamiento del primer capítulo de Astarloa, *Apología de la lengua bascongada*, Madrid 1803, obra en que Traggia está siempre presente, manifiesto o soterrado: «Siendo la lengua Bascongada una lengua existente en España, no introducida en ella por nacion alguna de quantas vinieron á nuestra península despues de su poblacion, ni formada por los Bascongados desde esta época, no puede menos de ser una lengua que se hablaba en España al tiempo que entró en ella la primera de las Naciones». O, en otro lugar, p. 6: «Corroboraré... los argumentos que nuestros Escritores han alegado hasta ahora para demostrar que su lengua, no solo fué la primera que se habló en España, sino que fué formada por el mismo Dios en la confusión de la torre de Babilonia». Está, pues, claro que conforme a Astarloa, en contra de lo que más de una vez se lee, el vascuence era lengua postbabilónica y, por consiguiente, no paradisíaca.

4. Traggia, en el famoso *Diccionario geográfico-histórico de España* de la Real Academia de la Historia, 1802, que empieza de forma inesperada si no se atiende a las razones políticas de la hora por los «territorios exentos» (y se interrumpe ahí por más de 40 años), II, pp. 151 ss., había tomado una postura muy diferente. Al menos en lo fundamental, que no es por necesidad lo que a nosotros nos parece más importante. Su escepticismo dieciochesco, muy distinto del dogmatismo de su contradictor posterior, le lleva a subrayar las conocidas debilidades de la ductilidad de la práctica etimológica: «... por las etimologías se puede dar origen en todas las lenguas á casi todos los nombres desconocidos de la antigüedad, y á los de nueva creación» (p. 152, donde como siempre mezcla y confunde los nombres propios con los comunes). Insiste también (y uno diría que llega a la exageración) en cuanto a la variabilidad de las lenguas, al contrario de sus opositores que, al menos en *un* caso, las consideran sustancias inmutables. Trata de debilitar con sus dudas, cuya forma es en buena parte la de argumentos *ex silentio*, las razones de los vascófilos, aunque puede apartarse de esta continencia, como cuando escribe (p. 163), siguiendo sin duda a alguna grave autoridad: «los chinos, que, según indicios, son una colonia de Egipto, llevaron a oriente su lengua primitiva, con toda la rudeza de su origen».

Porque Traggia sabe lo que es una 'lengua primitiva', aunque toma esta denominación en dos valores que a nosotros nos parecen

muy diferentes, al menos si nos contentamos con la superficie de sus palabras. Se trata, de una parte, conforme acabamos de ver, de lo que Larramendi o Hervás llamaban 'lengua matriz'; de otra, es una lengua rudimentaria. Pero para él las 'matrices' carecían, o poco menos, de artificio o estructura, término que no le era desconocido: «Las lenguas primitivas, formadas por las circunstancias y por el olvido de la lengua común á los primeros hombres, casi se reduxéron a un monton de sonidos, que significaban los objetos mas comunes y necesarios. Se infiere esto, de que teniendo la lengua hebrea del tiempo de Moyses poco mas artificio, las lenguas que nacieron de ella... casi mil años ántes, debian ser mas imperfectas, y de consiguiente casi un puro nomenclator».

De aquí que Traggia acepte, o tenga que aceptar *argumenti causa*, una calificación muy positiva de la lengua vasca (p. 155), puesto que ello equivale sin más a negar o disminuir su antigüedad, que decrece cuando crece aquélla: «...siendo el vascuence una lengua rica, llena de artificio y de reglas muy exáctas, fecunda en variar los nombres y los verbos, suave y nada bárbara, capaz de energía y número, es increíble que sea una de las lenguas primitivas... Careciendo de escritores antiguos el vascuence, su disposicion y estructura son hijas del feliz acaso, y concurso de voces y reglas de diversos idiomas, combinados con el gusto de la antigua lengua patria». Así, pues, en conclusión, hemos sido favorecidos por el concurso sorprendente del acaso, infeliz más a menudo que feliz, y de la excelencia de las lenguas (¿incluida aquella «antigua lengua patria»? que participaron en la formación de la nueva criatura.

5. Astarloa no discrepa *in genere* de Traggia en cuanto a que las lenguas no sólo pueden heredarse, sino también hacerse, aunque sin duda estaba muy lejos de lo que éste afirma en la p. 165: «así en el siglo XII debió comenzar á tener forma y consistencia la lengua empezada á introducir á mediados del siglo VIII para figurar sus naturales total independencia del extranjero». Es lástima que nada sepamos de los creadores independentistas «de esta, por decirlo así, federacion», máquina infernal destinada a causar tantos descabros hasta el día de la fecha. Es de sobra sabido, aunque yo me confieso culpable de haber minusvalorado esta suerte de hechos, que sí nacen y se hacen lenguas, aunque no de la nada y menos con el designio deliberado de fastidiar a los legítimos propietarios de un territorio.

Traggia, p. 156, recogido por Tovar, p. 103, da una lista extensa de las lenguas de que se formó la vasca: «Las fuentes del vascuence

actual fueron la lengua antigua del país, las lenguas de los pueblos vecinos españoles, que hablaban diversamente, según Estrabón, las lenguas vencidas de la Aquitania, y las de los asturianos, gallegos y aragoneses con quienes los vascongados tuvieron relaciones voluntarias ó forzadas desde el siglo VIII hasta el día de hoy». Hago ahora un aparte para «las lenguas vencidas de la Aquitania» sobre las cuales habrá que volver a tratar en un contexto diferente. Baste indicar que aquí mismo son sin duda distintas de «la lengua antigua del país». Por otra parte también Traggia se adhiere a la opinión común (p. 155) de que el euskara ultrapirenaico fue importado en la última parte del siglo VI: «La dominación de nuestros vascos [es decir, de los de Hispania] en la Aquitania, unida á las colonias godas...» en nuestro país con referencia a Leovigildo y luego a Suintila.

Es difícil discrepar de este principio de la diversidad de la tradición que viene arrastrando la lengua vasca para aferrarse a una continuidad ininterrumpida, libre de interferencias extrañas. Pero el asentimiento que acabo de reiterar a este principio no nos exime del examen del diferente peso de las distintas fuentes en la «materia bruta». Es claro, por ejemplo, que el inglés cuenta en ella elementos indoeuropeos germánicos que, para entendernos, se nos presentan como patrimoniales a falta de más amplios conocimientos. Luego hay, por lo menos, celta britónico, latín, escandinavo, francés normando y no normando, greco-latín escolástico, renacentista y científico, etc., etc., hasta llegar a *guano*, *guerilla*, *imbroglio*, *loch*, *pronunciamento*, *punch*, *tepee*, *trek* o *banshee*.

En otras palabras, tales mezcolanzas no suelen ser anárquicas, sino jerárquicas. Así se suelen tomar los componentes del inglés, con alguna ilustre excepción, y así habrá que considerar los vascos, cuyo fondo propio o básico no es ajeno a lo que Traggia llamaba «la lengua antigua del país». A él, precisamente por lo que lo diferencia de lo que conocemos de otras lenguas, le debe la nuestra elementos esenciales de su estructura y de su inventario.

Traggia supone, en términos actuales, que por aquí, un poco más a la derecha o a la izquierda, arriba o abajo, muy dentro de nuestra era, se llegó a constituir por la necesidad de comunicarse (¿por inmixción de esos navarros sin prole?) o por librarse de ataduras un *pidgin* que se convirtió en lengua franca de una zona que llegó a ser una lengua criolla, primera lengua de muchos y única de no pocos de entre ellos, al menos durante bastantes siglos.

No habría por qué descartar de antemano una idea como ésta, del mismo modo que no hay que dejar sin examen la hipótesis de que el euskara, en su forma histórica, naciera del contacto de un dialecto occidental como el vizcaíno y de otro componente más oriental, según querían Uhlenbeck, etc. Pero, que sepamos, no hay razones que nos inclinen —no ya que nos fuercen— a admitir que se haya producido tal tipo de hibridación, en una forma o en otra.

6. En lo que sigue quiero insistir sobre un aspecto que llama la atención tan pronto como nos ponemos a examinar los estudios que tocan a la situación de esta lengua hace dos milenios. A ello, aunque se trate de una circunstancia más bien anecdótica, dedico lo que sigue.

Hoy en día, y hace ya varios siglos de ello, la lengua vasca es usada a ambos lados de la frontera entre España y Francia, que viene a ser la misma en líneas generales que en tiempos separaba a Hispania de Gallia. Los límites políticos fueron distintos antes de 1550 (escojo un número tan redondo como inexacto) o antes de 1200, etc., etc., pero esto no modifica la cuestión en lo fundamental. Es verdad que su firmeza, no es necesario probarlo, no ha hecho más que aumentar a medida que pasaba el tiempo, sobre todo en los últimos siglos. En lo eclesiástico, por ejemplo, la extensión meridional de la diócesis de Bayona sólo acabó, y solamente *de facto* por entonces, con Felipe II.

97

Por otra parte, por ser divisoria y en cierto modo barrera, no lo ha sido en todos los aspectos y esto no reza sólo para los adeptos al contrabando. Las comunicaciones entre valles favorecían antes el intercambio norte-sur que el transversal. De aquí el contacto, en primer lugar lingüístico, nacido sin duda del frecuente intercambio entre gentes de una y otra vertiente. No hay más que observar lo que ocurre con la lengua vasca y sus dialectos (el roncalés va con el suletino, el baztanés con el labortano, etc.) o con el catalán al otro extremo de la cordillera. En los Pirineos centrales hay por lo menos afinidades (para hablar como Elcock) bien conocidas entre gascón y aragonés. Se volverá a tocar la posibilidad y hasta la probabilidad de un área lingüística pirenaica ya en la Edad Antigua.

7. Es, sin embargo, un hecho que no deja de ser sorprendente. Desde el siglo XVI se da por sentado *comme allant de soi* el carácter meridional de la lengua vasca, aunque se siga hablando también al Norte: es una lengua hispánica antigua o, de acuerdo con nuestro último giro terminológico, paleohispánica. Parecería esto natural en

algunos tratadistas por razones de adhesión, basadas en su *Staatsangehörigkeit*, si no en su *Nationalität*. Los Pirineos no constituyen, sin embargo, un muro de separación en esta cuestión.

Un título como el que Larramendi dio a su obra (creo que la primera), publicada en Salamanca en 1728, puede servir de ejemplo de lo que otros también dicen o al menos dan a entender: *De la antigüedad y universalidad del vascuence en España*. En su *Arte* de 1729, sin embargo, habla entre los dialectos de la lengua del «Navarro, ò Labortano, que comunmente es uno mismo». El mismo Astarloa, *Apología*, p. 429: «Si la lengua Bascongada es anterior en España a la venida de quantas naciones nos dicen las historias haber entrado en ellas, debe ser tenida y reputada en buena filosofía por lengua primitiva de nuestra península». Cf. también p. 192, etc.

Esto no podría explicarse por argumentos de mayor extensión, población más abundante, etc. La diferencia en cuanto al peso económico era mucho menor en el siglo XVII que en el actual y, en otro terreno, muy otro para quien no sea reduccionista a ultranza, han sido los de *Iparralde*, como ahora se dice, y ante todo los labortanos, quienes nos han llevado clara ventaja, en cuanto al cultivo escrito de la lengua, hasta la aparición de Larramendi y continuadores por lo menos.

No hay necesidad de hacer una relación por lo menudo de las opiniones de Garibay, Zaldivia y otros que, por consideraciones de lealtad (como dicen en inglés) han podido reducir la lengua al dominio hispano en su primera difusión.

Con todo, Oihenart (1592-1667), suletino, era unos 25 años mayor que el padre Moret (1617-1687), cronista del reino de Navarra, y sabemos que la relación entre ambos no estuvo del todo libre de fricciones, debidas sin duda en parte a lo que Larramendi llamaba «pasión nacional». En efecto, Oihenart era autor de una *Dissertation historique sur l'injuste usurpation et rétention de la Navarre par les Espagnols*, 1625, su primer libro.

Y, con todo, Moret, no sin razón, se muestra enteramente de acuerdo con su contradictor en el punto que ahora nos atañe. Veamos, si no, una muestra representativa de la opinión que Oihenart sustenta. Cito por la 2.^a ed., ampliada, de la *Notitia utriusque Vasconiae, tum Ibericae tum Aquitanicae*, libro III, cap. 1, según la traducción de Javier Gorosterratzu, San Sebastián 1929 (= *RIEV* 19, 1928, pp. 234 ss.):

Dije en el primer libro de esta obra que los Vascos habitaron en el lado citerior del Pirineo, en España, en tiempo antiguo, y de esto no existe entre los doctos controversia alguna. Mas en cuanto al tiempo en que emigraron de aquí a la Aquitania, la cuestión tiene explicación difícil». La de Oihenart, sin embargo, es la siguiente: «Después de la muerte de Graciano, decaído y tendiendo al fin el dominio de Roma en la Galia y España, y particularmente devastada la región pirenaica por los Alanos, Vándalos, Suevos... que dos años antes de la toma de Roma... atravesando el Rhin, habían invadido la Galia, y llegado hasta el Pirineo; y detenidos algún tiempo por este obstáculo, se habían derramado por las vecinas comarcas..., no fue difícil a los Vascos, pueblo belicoso y deseoso de dilatar sus fronteras, el enseñorearse de aquel país montañoso, que está al pie del Pirineo por el lado de la Galia. Cuánto adelantaron en aquel ímpetu, difícilmente nadie podrá determinar.

8. Oihenart parece, pues, situar en la primera parte del siglo V, en todo caso después del 383, la penetración de los vascones en territorio galo, de donde, en último término, procederían los territorios vascos en Francia. Por lo tanto, fecha los hechos de una manera un tanto imprecisa, mientras que la mayoría de los autores que han aceptado esta tesis en términos generales fijan hasta el año de la entrada, que fue el 587, según el tan difundido pasaje de la *Historia Francorum* de Gregorio de Tours.

Como ejemplo mucho más reciente, vale A. Schulten, *RIEV* 18, (1927), 225-240,^b quien, apoyado por cierto en Bladé, que como se verá ya había abjurado de esa creencia, añade como comentario a *Wascones uero de montibus prorumpentes in plana descendunt*, etc.^c Y, con un salto mortal doble que desafía todas las leyes del razonamiento, concluye: «...que el año 580 todavía no habían atravesado (los Pirineos)... Por consiguiente [sic]: *en el año 587 penetran los Vascones en la Aquitania* [el subrayado es de Schulten]. [...] Es la tercera fase del avance de los Vascos hacia el norte: 1) Conquista del norte de Navarra; 2) de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa; 3) de la Gascuña». Todo esto queda corroborado por un testimonio de Venancio Fortunato, fechable hacia el 580, cuyos vascones, aunque luchan

^b «Las referencias sobre los vascones hasta el año 810 después de J.C.».

^c El texto de Michelena parece incompleto; probablemente aquí debía de citar estas palabras de Schulten: «Aquí por primera vez Vasconia es igual a Gascuña, el testimonio más antiguo de la existencia de Vascones al norte de los Pirineos» (p. 235).

con los francos, tanto pueden ser hispanos como galos o habitantes de cualquier otro país.

A manera de continuación, puesto que bastantes años después vuelve a aplicar el mismo método o negación del método que ya había usado (aunque con circunspección) Traggia a propósito de sus enigmáticos navarros, por el que la primera mención de algo es el acta circunstanciada del origen de ese algo, recojo algo de lo que dejó escrito Gerhard Bähr en *Baskisch und Iberisch*, Bayona 1948 (separata de *Eusko-Jakintza*), tesis doctoral escrita hacia 1940, en un pasaje destinado a aclarar hasta qué punto los vascos de Labort, Baja Navarra y Sola son o no descendientes directos de los aquitanos, cuya lengua no era extraña a la vasca según Bähr: «Das scheint nicht der Fall zu sein. Wahrscheinlich ist das gesamte Aquitanien im Altertum romanisiert worden. Der Name der Stadt Lapurdum, heute Bayonne, lebt in dem der Landschaft Laburdi fort, das -b- dieser Form scheint daraus zu deuten, dass das Wort durch romanischen Mund gegangen ist, dass also hier den Labourdinern ein romanisierte Bevölkerung sass. Die jetzigen diesseitigen Basken sind wahrscheinlich Nachkommen jener Vaskonen, die nach Gregor von Tours Zeugnis... im Jahre 587 die Pyrenäen überschritten —nördlich des Gebirges gab es also [sic] vorher keine Vasconen—, Aquitanien verwüstet und zum Teil besetzt haben».

99 Ya he concedido demasiado espacio a esta argumentación inane. Cabe la posibilidad de que Bähr, como Schulten, tengan razón, pero quien como aquél cree que alguna lengua aquitana tenía mucho que ver con la vasca debe aceptar que no es lo más probable —no es lo más económico— que ciertas gentes pierdan su lengua para volverla a recobrar, con lo que hay que postular dos cambios cuando ninguno hace falta sin más que suponer que algo de la anti-gua lengua se conservó en algún rincón del país.

No añade fe al argumento, y sí le da el aire de falacia no del todo involuntaria, el traducir *prorumpere* (que significa, creo yo, 'lanzarse, precipitarse') por *überschreiten* que, de acuerdo con los diccionarios, tengo que admitir que significa 'atravesar, cruzar' o algo muy parecido.

Y, aunque esto no viene a cuento, hay razones más que sobradas para dudar de que *Laburdi* sea el equivalente vasco de Labort, Labourd. Es sabido que Etcheberri el de Sara no quería aceptar que el nombre de su país significara algo así como 'lugar de ladrones', puesto que se llama *Lap(h)urdi*: Y, de ahí, salió el *Laburdi* (escrito

Lau-ur-di en un conocido título) que, más decorosamente, podía entenderse como 'país de cuatro ríos', y supongo que no se equivocaba en la cuenta. Luego, los de aquí, que durante decenios hemos tenido la inclinación de elegir las formas *deteriores* cuando había más de una, nos encargamos de difundir *Laburdi* por Vizcaya, Álava, Guipúzcoa y Navarra, por ignorancia o porque lo creíamos, como el médico de Sara, más digno.

9. Ya se ha dicho que Oihenart no se apartó de las posturas tradicionales en esta materia: no estableció, en otras palabras, la continuidad entre viejos y nuevos 'aquitanos'. Para él lo vasco (y ¿cómo se puede delimitar lo vasco si no es a partir de la lengua?) es hispánico. Es, más precisamente, vascón, como señala Tovar. Y, con todo, «escribió un libro sobre el país vasco», según dice también éste: la *Noticia* de ambas Vasconias que es, si no estoy equivocado, la primera obra que se dedicó a éstas en su totalidad. En efecto los autores del país han pecado en general de separatismo, aun cuando un guipuzcoano por encima de todo como Iztueta (1847) tenga que recurrir en todo momento a la lengua y a los 'vascongados' (*euskaldunak*) que la emplean, que no son característica privativa de Guipúzcoa.

Chaho (1811-1858), suletino como Oihenart, inspirado teósofo, filósofo autodidacta, iniciado en la lingüística en el *cénacle* de Nodier, es considerado hoy por todos como el primer formulador del nacionalismo vasco. No se le puede con todo considerar juez ecuaníme en cuanto a su aversión hacia las dos potencias dominantes: es cualquier cosa menos pro-español. Por esto mismo quizá, los vascos son para él, primero y ante todo, hispanos. En su *Voyage en Navarre pendant l'insurrection des Basques (1830-1835)*, París 1836, que aquí se cita por la 2.^a ed. de 1865, que ya tuvo versión alemana en el mismo 1836, no se nota al menos el menor deseo de extender esa «insurrección» (en otro lenguaje, la primera guerra carlista) al territorio para él cispirenaico.

Este mismo 'españolismo' se manifiesta por todas partes en el punto que aquí y ahora nos interesa. Véase, como muestra, lo que escribe en las pp. 102 ss.: «Léovigilde..., portant la guerre aux Basques alavais, les contraignit, après vingt batailles, à choisir entre la servitude et l'exil. Une colonie de Vascons émigrés franchit les Pyrénées, et vint s'établir dans la Navarre française, dont les collines se déroulent, ombragées de bruyères, entre les deux jolies provinces de Soule et de Labourd». No se ve muy bien por qué se limitaron a la Baja Navarra,

ni tampoco por qué se trataba de alaveses exclusivamente. Bien es verdad que antes, p. 101, asegura que los *Hauts-Navarraïs* conquistaron y colonizaron esa región que los visigodos dominaban, ya que «l'Espagne depuis un siècle était la proie des Visigoths», sin que al parecer se hubieran acordado de la existencia de Navarra o, mejor dicho, del territorio que después se ha llamado así.

Aquello ocurría, según el consenso de los historiadores, el año 581, cuando los vascos «abandonnaient l'Alava de toute part, et franchissant les Pyrénées, descendaient en foule dans la Novempopulanie, suivis de leurs femmes et de leurs enfants».

100 Alguna vez, sin embargo, Chaho apela a lo novempopulano como propio. Así cuando en las pp. 227 s., al hablar de *Leheren*, explicado *Lehen-heren* «premier-dernier», asegura: «Ce mythe, emblème des luttes de la nature, est le même que le Leherenus, le Dieu de la guerre des anciens Novempopulains», a lo que sigue una larga digresión geológica sobre la formación de los Pirineos y una exposición de la cosmogonía de los vascos.

Pero todo esto va más allá de lo lingüístico, y entra en el empeño de Chaho, inventor erudito e imaginativo, de emplear materiales de cualquier laya para dotarnos, sin descuidar abundantes elementos genuinos que fue el primero en señalar, de una mitología, de coloración más bien india o aria, que pudiera resistir la comparación con la de cualquier otro pueblo o conjunto de pueblos.

Algo semejante pensaba su contemporáneo y admirador, aunque sacerdote, Hiribarren (1810-1866). En su poema épico *Eskaldunac*, Bayona 1853, se habla largamente de la expansión romana por Hispania: en otros términos, como dice el subtítulo, habla de los países vascos en relación con Iberia y Cantabria y no llega a mencionar, si no lo he leído mal, a Publio Lic. Craso ni a César. En unos versos de las pp. 42 s., se nos habla de la etimología de *Laphurdi*, nombre que los vascos dieron a Bayona

nola ohoin toki segurari,

es decir, «seguro refugio de ladrones».

Pero por aquel entonces no había a su alrededor población en muchas leguas; zarzas y bosques cubrían *Laphurdi* (que aquí es ya un territorio, no una población), de manera que ningún labortano nacido allí después tiene motivo de avergonzarse. Aquel país fue viendo crecer poco a poco la gente a lo largo de la costa, gente que había dominado Navarra hasta entonces.

10. Humboldt no representa un cambio de opinión, ya que en realidad, salvo error, no manifiesta ninguna. En sus *Untersuchungen über die Urbewohner Spaniens vermittelt der vaskischen Sprache*, Berlín 1821, ya indica en su mismo título dónde se centraba el interés del autor. Admite, desde luego, que Aquitania «era tan sólo una continuación de los poblamientos ibéricos», como se confirma por la comparación de los nombres (únicamente tiene en cuenta los de lugar). Es sabido, por otra parte, que Humboldt limitaba muy estrictamente la difusión septentrional de esa onomástica, aunque no lo hiciera hacia el este, por costas e islas mediterráneas. No obstante, no toca, puesto que quedaba fuera del campo de su atención, la relación entre aquitano pirenaico y moderno vasco septentrional: no considera si hubo continuidad o ruptura entre ambas fases lingüísticas en aquel territorio.

Uno de sus mentores vascos, Juan Antonio Moguel, *La historia y geografía de España ilustradas por el idioma vascuence*, publicado por J. Garate, Bermeo 1936 (Moguel murió en 1804), escribe, p. ej., en la p. 12: «Esta Nomenclatura comprobará la antigüedad y universalidad de nuestro idioma en toda la Península de España, con inclusión de Portugal». Copia, pues, los términos ya usados por Larramendi, y nunca menciona los países situados al norte de los Pirineos. Coincide también, por lo tanto, con su coetáneo Astarloa.

11. La relación precedente, que peca más por exceso que por defecto, al menos en unas circunstancias como las presentes, no debe ser prolongada en lo posible. Se podría añadir testimonio tras testimonio en favor de las tesis presentadas, por lo que será mejor fijar ya el punto de inflexión que había de determinar la fase en que todavía nos encontramos: aquí se ha tratado y se tratará de autores y obras que han tenido una influencia amplia y generalizada, sin detallar opiniones individuales que no han sido más que anécdota casual.

Con este propósito nadie se presta mejor que Jean-François Bladé, autor de amplia y profunda erudición, dentro de lo que ahora solemos llamar erudición local, ya que la evolución de sus opiniones en esta materia representa una auténtica conversión en la que, como Saulo, hizo suyas las ideas que combatía. No hay que echar en olvido que gascones y vascones (sigo respetando la acentuación nada fiel a los testimonios más antiguos) han sido siempre conscientes, dentro de su rivalidad, de la lejana comunidad de orígenes y, en sus trabajos de investigación, se han ayudado unos a otros, no sin ponerse trabas o echarse pullas con cierta frecuencia.

En los principios de su trabajo y muchos años después, Bladé aceptó la *communis opinio* y, además de aceptarla, la defendió con encarnizamiento. Baste con citar, porque se trata de un libro extenso e importante (que además ha sido publicado en Marsella por «Laffite Reprints»), algún pasaje crucial de sus *Études sur l'origine des Basques*, París 1869, pp. i s.: «Les Basques transpyrénéens se rattachent historiquement aux Vascons; mais ils n'en sont pas les représentants directs et purs... L'histoire prouve aussi que les Vascons n'ont occupé le versant Nord des Pyrénées occidentales qu'à partir des VI^e et VII^e siècles de notre ère. Cette extension nouvelle a nécessairement amené le mélange brusque des envahisseurs avec les habitants d'une portion de la Novempopulanie...».

Como él mismo señaló ésta era la opinión común, la opinión oficial, avalada por investigadores anteriores y contemporáneos, sin discrepancia visible. Con todo, cambió radicalmente de opinión, después de haberla sostenido todavía en 1891, con «Histoire de la Gascogne», *Revue de Gascogne* 33 (1892),^d y «Les ibères», *Revue de l'Agenais* 19 (1892).^e

Su palinodia fue acogida con irritación por bastantes, de los cuales nos contentaremos con citar a un estudioso benemérito, suletino por añadidura, Jean de Jaurgain, *La Vasconie*, [Pau 1898-1902], cuya primera parte, traducida por Idoia Estornes, publicó Auñamendi, en 1976.

La posible veleidad de Bladé, unida a su desconocimiento de la lengua vasca, ni quitan ni ponen fuerza a sus últimas razones. La razón de la conversión está sobre todo en las publicaciones de un historiador, Achille Luchaire, que, además de hacer la historia de la lengua vasca en períodos decisivos, nos enseñó cómo hacerla a los demás, sobre todo por lo que se refiere a la Antigüedad y a la Edad Media. Entre sus trabajos baste con citar aquí «Les origines linguistiques de l'Aquitaine», *Bulletin de la Société des Sciences, Lettres et Arts de Pau*, 10 (1875-1877), 349-423 y sus *Études sur les idiomes pyrénéens de la région française*, París 1879.

En estas obras, y en otras (cf. G. Lacombe, *RIEV* 2, 1908, 808-809),^f no siempre bien acogidas por los vascólogos, Luchaire probó más allá de toda duda razonable la continuidad entre aquitano y vasco medieval y moderno. Estableció por otra parte las notables coincidencias, que no siempre se tuvieron más tarde en cuenta,

^d 29-33, 53-69, 166-170, 267-275.

^e 181-220.

^f «Achille Luchaire».

en la evolución fonética de vasco y gascón, que no ceden en nada a las que se han observado entre vasco y romance castellano.

12. Tratar debidamente de lo que Schuchardt publicó sobre la lengua vasca y sus relaciones con otras, sin abarcar el conjunto de su obra, exigiría una amplia monografía, en la que la erudición no cedería al espíritu crítico. Aquí, por fortuna, podemos constreñirnos a un campo mucho más estrechamente acotado.

No sé que el de Graz tocara la cuestión concreta de que estamos hablando. Admitía, sí, el parentesco de la lengua vasca con la aquitana, del mismo modo que tenía la convicción, que consiguió extender por el mundo o mundillo de los lingüistas, de que el ibérico se relacionaba estrechamente con aquélla, hasta el punto de que podría ser considerada como la forma antigua de ésta.

Pero, entre aquitano e ibérico, acaso no establecía la necesaria distinción. Recojo un testimonio de Julio de Urquijo que, hablando de Humboldt, establece bien la posición de Schuchardt a este respecto. Cito de *RIEV* 13 (1922), p. 467:⁸ «De su *Prüfung* o Examen puede decirse que, aun cuando bastantes de sus etimologías han sido desechadas, su tesis principal, es decir, el parentesco de la lengua vasca con la ibérica y la aquitánica, la admiten hoy vascólogos notables», y el más notable de ellos para Urquijo era sin la menor duda Hugo Schuchardt.

102

Nadie podía decir de éste que desconociera la lengua vasca, ni muchas otras: su prólogo a la ed. de las obras de Leizarraga, valga como prueba, es uno de los mejores logros de la *filología* vasca. Por desgracia, ni él ni nadie podía tratar con competencia de una lengua (que en realidad eran al menos dos) no comprendida y ni siquiera leída con aproximación suficiente en aquel entonces. El hecho es, si usamos otra fórmula, que Schuchardt, como nosotros, disponía de nombres aquitanos, pero no de textos en lengua del país: eran con todo de aire tan peculiar que otros, por ejemplo Seymour de Ricci a comienzos de nuestro siglo o Joshua Whatmough (*The dialects of ancient Gaul*, [Cambridge Mass.] 1970), distinguen su conjunto de la totalidad de los nombres atestiguados en epígrafes latinos de la Galia. Esto ya aparece con claridad en la colección de J. Sacaze, *Inscriptions antiques des Pyrénées*, Toulouse 1892.

Para el ibérico había ya textos bastante abundantes, además de nombres, pero su interpretación, como ya se ha apuntado, estaba

⁸ «La crónica Ibargüen-Cachopín y el Canto de Lelo», 458-482.

en una especie de prólogo preliminar, porque poco se puede decir en torno a lo que apenas se acierta a leer. Schuchardt se movía, sin embargo, con aplomo en este tremedal, cimentando acaso su construcción en un apoyo todavía más vacilante: el parentesco genético del ibérico (y, por consiguiente, del vasco), de origen africano como se daba por supuesto, con las lenguas hamito-semíticas, por usar de la denominación que entonces era costumbre usar.

Bähr, de cuyos puntos de vista en cuanto al hispanismo de la lengua vasca —que se derrama al otro lado de los montes desde el siglo VI, volviendo a un territorio que ya había sido suyo en la Antigüedad— hemos hablado arriba (§ 7), era guipuzcoano de nacimiento y conocía el euskara como un legazpiarra de entonces. Predilecto de Urquijo, que con razón había puesto en él sus esperanzas, seguidor de Schuchardt en sus trabajos anteriores a 1936 (en los que no pecó, con todo, de comparatismo de largo alcance), se desconvirtió, si puedo decirlo así, en Alemania: en su tesis, donde acepta el carácter éuskaro (con mezcla de más o menos elemento céltico) del aquitano rechaza radicalmente que el ibérico (distinto también de raíz del celtibérico indoeuropeo) tenga relación de parentesco con el vasco. Para ello pudo apoyarse en el seguro instrumento que desde hacía bastante había preparado don Manuel Gómez-Moreno.

13. En los últimos años (que, ¡ay!, ya no son tan últimos) han predominado por aquí las opiniones tradicionales, sin invasión vasca en el 587, gracias en primer lugar a Julio Caro Baroja y Antonio Tovar. Sus nombres, sin embargo, no deben hacernos olvidar el de Gerhard Rohlfs y lo que va, en lo que aquí nos toca, de la 1.^a ed. de *Le gascon*, [[Halle]] 1935, a la 2.^a, [[Tübingen]] 1970, cuyo capítulo primero por lo menos merece ser leído con atención en relación con esta discusión. Recojo aquí simplemente algunas de sus frases finales: «Il est donc nullement prouvé que l'ancienne langue des Aquitains ait été supplantée par la langue des conquérants romains. Tout porte plutôt à croire que l'ancienne langue parlée en Aquitaine a résisté la romanisation et qu'elle est continuée par le basque actuel... Tandis que le latin, avec la civilisation romaine, pénétrait assez facilement dans les régions de la plaine, la langue indigène semble avoir opposé aux conquérants romains une résistance prolongée dans l'extrême Sud-Ouest et dans les hautes vallées pyrénéennes. Nous arrivons donc pour la Gascogne à la même conclusion qui s'est présentée à Menéndez Pidal lors d'un examen des noms de lieux en

Aragon. Là aussi, le domaine de la langue basque a dû être autrefois beaucoup plus étendu».

Si se añade a esto que J. Corominas, ya en 1958, y en otras publicaciones posteriores, estudió «restos vascos —como escribió Tovar— en nombres de lugar de la Cataluña pirenaica, hasta la misma orilla del mar Mediterráneo, y que, siguiendo la sugerencia del historiador R. d'Abadal, estableció como altamente verosímil la idea de que en la vertiente española de los Pirineos estuvieran en uso hablas vascas hasta muy adelantada la Edad Media, llegamos a una ampliación de los dominios históricos del vascuence superior a cuanto desde que la hipótesis vasco-ibérica cayó en descrédito había sido posible sostener con fundamento».

No es éste el momento de hablar con extensión de la obra de Caro, aun dentro del estrecho ámbito —estrecho en relación con el del conjunto de sus trabajos— en que ahora nos movemos. Señalo tan sólo su empeño en ligar lo vasco con lo aquitano, evidente en sus *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Universidad de Salamanca, 1945: con agudeza y originalidad consiguió acortar distancias en el hiato documental que separa para nosotros la Alta Edad Media de la Antigüedad. También fue muy positivo su esfuerzo, aun cuando aquí aparezca como negativo en apariencia, en *Los pueblos del norte de la Península Ibérica*, Madrid 1943, subtítulo *Análisis histórico-cultural*. Los lazos que desde este punto de vista trató de establecer entre estos pueblos de la costa cantábrica y zonas próximas marcó, con más claridad que hasta entonces, que la uniformidad no podía defenderse en lo lingüístico.

En cuanto a Tovar, aludo solamente, por más que no sea más que una gota de agua en un océano ancho y profundo, el cap. 7 de *El euskera y sus parientes*, Madrid, Minotauro, 1959, del que ya he citado alguna frase. Subrayo en particular su «rectificación a nuestro anterior empeño en negar la unidad pirenaica defendida por el arqueólogo Bosch-Gimpera». De otros elementos que se documentan en esa zona son claros, por evidencia directa, los ibéricos. No así, creo yo, los célticos, más supuestos que probados.

14. En 1959 apareció un libro muy importante, y aquí nos interesa lo que se muestra innovador, de U. Schmoll: *Die Sprachen*.^h

^h *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*, Wiesbaden 1959.

Aquí, y sigo a Joaquín Gorrochategui, interesa sobre todo la nota a la p. 25, que se extiende hasta la siguiente.

La opinión (cuyo último defensor era entonces Bähr) conforme a la cual Aquitania había sufrido una romanización total y sólo desde el 587 había sido vasquizada en su ángulo sudoeste, es errónea: «...beruht auf der irrigen Identifizierung von Vasconen und Basken...». En efecto, no le cuesta mayor trabajo demostrar que, a juzgar por la documentación, el euskara antiguo no era la única lengua que se habló en el territorio de los vascones. Tampoco la tiene en mostrar que el nombre propio de los vascos *en su propia lengua* (o, mejor dicho y en primer lugar, el de su lengua), es una forma que empieza por *eusk-* (alguna vez, no sabemos con qué sostén, *heusk-* en testimonios antiguos), que nada tiene que ver con *uask-* (hecho que podemos dar por seguro), sino que se remonta al nombre de los *Ausci* aquitanos (hipótesis verosímil, aunque no segura).

Hasta aquí, el que expone sus ideas en este momento no tendría inconveniente en certificar su acuerdo total. No tanto con lo que precede de inmediato. Schmoll levanta acta de que en Vasconia los nombres vasco-aquitano (*= auskisch*) e ibéricos, aunque no faltan, se nos ofrecen con rareza extrema. Esta rareza, por lo tanto, es una prueba «dass das heute in diesen Gebieten herrschende Baskentum im wesentlichen auf spätere Einwanderung aus Aquitanien zurückgeht».

J. Untermann, cuya posición en estos estudios es como se sabe privilegiada, ha hecho suya la postura de Schmoll. Cito sólo un pasaje suyo, pero la claridad compensa ampliamente la longitud. Remito a *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II, 29, 2, (1983), [791-818], pp. 811 s.:ⁱ «Ob sie die baskische Sprache in vorrömischen Zeit auch südlich der Pyrenäen und westlich des Biscayawinkels gesprochen worden ist, lässt sich nicht ermitteln. So muss man vielleicht annehmen, dass das Baskische nicht zu den althispanischen Sprachen gehört: vielleicht ist es erst mit römerzeitlichen oder frühmittelalterlichen Bevölkerungsverschiebungen in die Halbinsel hineingetragen worden». Con esto ya descansa sobre los pies lo que hasta entonces, durante siglos, se había tenido malamente sobre la cabeza.

15. Con esto queda consumado el giro copernicano o, en la fórmula más cercana a nosotros el cambio de paradigma. De modo no muy distinto, cuando Iztueta afirmaba gozoso, y traduzco, que sin

ⁱ «Die althispanischen Sprachen».

más que guardar por entero la lengua vasca, «tenemos probado que somos los descendientes puros de sangre de los primeros entre los primeros españoles», poco podía imaginarse que muchos de quienes hoy serían sus convecinos de Zaldibia iban a contarse entre «los españoles que dejaron de serlo», según la sentencia acuñada por Gregorio Morán.

Sin ánimo de fallar esta difícil disputa, para lo que carezco de autoridad, sí voy a diseñar en pocos rasgos una creencia que no creo aislada, ni mucho menos.

a) Está claro, para empezar, que las huellas éuskaras son mucho más claras y abundantes en la vertiente septentrional de los Pirineos. No obstante, las hay también al sur, y alguna es tan inconfundible en sus características como reciente en su aparición.

b) Lo que varias veces he llamado el ‘carácter recesivo’ de la lengua vasca está, por desgracia para cuantos nos ocupamos o nos interesamos por sus problemas, más que sobradamente probado. Archivos y bibliotecas están llenos de documentos que no permitirían establecer, si faltaran noticias de otro género, que una era la (prácticamente) exclusiva lengua escrita y otra la (casi única) lengua hablada. En nuestro caso, ha de tenerse en cuenta que en tiempos críticos estuvo en uso una escritura epicórica en la Península, empleada para otras lenguas, y que ésta no alcanzó más que en muy pequeña medida el sudoeste y el centro continental.

c) Abunden o escaseen más o menos, uno se inclina a pensar que la población (la lengua) de que el azar ha sacado con mano avara la muestra se extendía cerca de los Pirineos, y bien podemos ser utraquistas y seguir con la convicción de que, hace dos milenios, se hablaba tanto al norte como al sur. Ya se ha recogido arriba, § 13, lo que Tovar escribió sobre esto y Javier de Hoz, «Crónica de lingüística y epigrafía prerromanas de la Península Ibérica: 1979», supl. de *Zephyrus* 30-31 (1980), [299-323], p. 306, etc., coincide también, hasta pugnazmente, en lo esencial.

Que los Pirineos, al igual que el Cáucaso, aparecen como un reducto de lenguas que podemos suponer en retirada, parece incontestable. En otras palabras, se han manifestado durante siglos como un guión que une más que como un punto que separa. Más de un poeta o historiador ha expresado su nostalgia de que esto no cobrara realidad en una región o en otra. ¿Quién sabe? Acaso la derrota y muerte en Muret del rey Pedro II de Aragón, hace casi ocho siglos, no haya sido la consumación definitiva.

1. El interés por las inscripciones aquitanas de época romana, fundado principalmente en su valor documental como indicio del estado lingüístico anterior a la romanización, no puede decirse que haya desaparecido. En el reciente Congreso de Estudios Pirenaicos se han dedicado al tema dos comunicaciones, coincidencia notable por proceder de campos científicos distintos, y ambas insisten sobre la necesidad y urgencia de un estudio de conjunto dedicado al material lingüístico, nombres de dioses y de personas, que nos proporcionan esos epígrafes.¹ J. Caro Baroja reconoce la necesidad de una nueva síntesis para la cual podrían obtenerse todavía resultados valiosos de la comparación de la onomástica aquitana con la vasca conservada en documentos medievales, aspecto que, como es bien sabido, ha sido estudiado por el autor en diversas ocasiones con resultados tan notables. R. Lafon estima igualmente que ha llegado el momento de una síntesis metódica con atención especial a la estructura fónica y morfológica de las palabras atestiguadas y teniendo muy en cuenta la distribución geográfica de los nombres.

Estas líneas, naturalmente, no aspiran a ser la síntesis que todos deseamos, sino a lo sumo una muy modesta contribución a ella.

Pirineos 10 (1954), 409-455; *LH*, pp. 409-445. [[N. de los eds.: véase, al final del artículo, el codicilo de 1985; también hemos recogido la versión francesa —hay otras dos, una en inglés y otra en alemán— del resumen que acompañó al texto en su primera edición; en fin, hemos introducido algunas correcciones y adiciones del propio Michelena]].

¹ *Deuxième congrès international d'études pyrénéennes (Luchon-Pau, 21-25 septembre 1954). Programme et résumés des communications*, Bordeaux 1954, pp. 15 y 36-37.

410

Aspiran, más precisamente, a ser una contribución en dos aspectos: 1) en cuanto a la fijación de criterios que permitan el análisis de los elementos significativos de los nombres aquitanos, es decir de sus morfemas componentes,² y su identificación, bien dentro del aquitano mismo, bien con palabras vascas atestiguadas por primera vez en época muy posterior, y 2) en cuanto a la determinación, dentro de lo posible, de los rasgos de la estructura fónica de la lengua aquitana. La consideración diacrónica de los textos vascos y el estudio comparativo de las variedades dialectales vascas actuales plantean una serie de problemas que se intentan resolver, según el procedimiento habitual en estos estudios, postulando un estado de cosas, de fecha indeterminada, que podemos llamar protovasco, pero al postularlo no se pueden desconocer los testimonios aquitanos que constituyen, quitando unos pocos nombres de lugar, la única muestra directa de un estado de lengua muy anterior a los primeros textos vascos. Si admitimos por otra parte que los resultados de la reconstrucción comparativa guardan alguna relación, por vaga e incompleta que sea, con una realidad extramental, habremos de admitir también que la interpretación de los datos aquitanos podría recibir alguna ayuda de esos resultados. Finalmente, una lengua geográficamente próxima, la ibérica,³ cuyos textos no están muy alejados en el tiempo de las inscripciones aquitanas, tuvo sin duda relaciones con el aquitano y con lo que podemos llamar el vasco de aquella época, aunque no fueran más que las nacidas de afinidad e intercambio, y los problemas relacionados con su estructura fonológica, e incluso con la lectura de los textos redactados en escritura indígena, están lejos de haberse resuelto. El ideal, muy lejano de lo que yo pueda alcanzar aquí, sería la adquisición de una teoría, de un conjunto trabado de hipótesis, que permitiera reunir sin contradicción estas tres series de datos.

2. El supuesto básico de este estudio, así como en general de todos los análogos de índole comparativa que se han dedicado al aquitano, es la presunción de que en una zona más o menos extensa de esa región, próxima en general a los Pirineos, se habló en época anterior a la conquista romana una lengua del mismo grupo

² Al hablar de morfemas o de unidades significativas no me refiero naturalmente a los nombres propios en sí, sino a los términos comunes de la lengua de donde se tomaron para ese uso especial.

³ Aquí y más adelante entiendo por «lengua ibérica» el conjunto de textos hispánicos antiguos no indoeuropeos de la zona nord-oriental, sin suponer una unidad lingüística que no ha sido demostrada.

lingüístico que la vasca actual, lengua que por supuesto no desapareció enteramente por el mero hecho de la conquista, sino que sobrevivió durante cierto tiempo a ella. Resulta inverosímil la idea de G. Rohlfs, quien sigue a Bähr, de que el aquitano era quizá una lengua intermedia entre vasco y galo.⁴ Con toda probabilidad era o una lengua éuskara, digámoslo así, más o menos impregnada de elementos galos o galo más o menos impregnado de elementos éuskaros.⁵ Y, por razones históricas pensamos que los elementos éuskaros son más antiguos que los galos. Nótese finalmente que al hablar de «la» lengua no se intentan negar a priori las diferencias dialectales, ni siquiera que las distintas hablas pudieran ser muy divergentes, aunque tampoco parece que el testimonio de las inscripciones, poco decisivo a causa de la escasez del material que nos proporcionan, apoye demasiado esta última hipótesis.

Esta identificación *aquitano* = *vasco* (*ant.*), aceptada en general con más o menos restricciones por los lingüistas que se han interesado por la cuestión, ha tropezado, y quizá tropieza todavía, con la actitud ligeramente escéptica de algunos. Hablando en términos generales, y sin tratar de precisar el alcance de su agnosticismo, los escépticos podrían agruparse en dos grupos. Están en el primero los que creen aún que cuanto mayor es la semejanza entre los significantes de dos lenguas, tanto más segura es su identidad originaria,⁶ punto de vista que no creo exija más amplia discusión. Los otros, más mistificados, saben por el contrario que, dado el carácter mutable de las lenguas, las apariencias son con frecuencia engañosas y que no se puede basar sobre ellas una demostración de parentesco lingüístico, sino solamente sobre un sistema regular de correspon-

⁴ En la p. 254 de su importantísimo artículo «Sur une couche préromane dans la toponymie de Gascogne et de l'Espagne du Nord», *RFE* 36 (1952), 209-256.

⁵ Aunque pienso que del examen desapasionado del material resulta claramente que la primera hipótesis debe ser preferida, lo contrario no afectaría en nada a los resultados de este estudio o de otros parecidos. Cabría únicamente la fundada sospecha de que la transmisión de los materiales aquitanos hubiera sido perturbada al pasar por otra lengua.

⁶ Por ejemplo P. Laffite (*Le basque et la littérature d'expression basque en Labourd, Basse-Navarre et Soule*, [Bayona 1941], p. 12), para quien no basta con que algunos nombres aquitanos «suenen» a vasco para relacionar estrechamente ambas lenguas. Pero nombres como *aquit.* *Andere*, *Nescato* no suenan simplemente a vasco, sino que «son» vasco a secas.

412 dencias, por dispares que sean los sonidos que entren en ellas.⁷ Este punto de vista merece una consideración detenida y por ello intentamos una somera demostración de que nada hay en la evolución, conocida con seguridad o presumible, de los sonidos vascos que se oponga a algunas ecuaciones vasco-aquitanas.

3. Lo que, con independencia de los materiales aquitanos, podemos saber de la evolución de los sonidos vascos, nos permite afirmar que, aunque los cambios estructurales pudieron ser grandes, éstos no fueron en general de tal naturaleza que exigieran importantes modificaciones gráficas. De la manera más sintética se puede decir lo siguiente:

a) Las pérdidas de vocales, y por consiguiente de sílabas, han sido escasas y limitadas a la composición (v. § 19) y a ciertos contextos bien determinados: en todo caso han sido mucho más escasas que en los romances vecinos.

b) El vocalismo *a, e, i, o, u* de la gran mayoría de los dialectos modernos parece haber sido también el del vasco antiguo. Además, el timbre de las vocales no debió sufrir variaciones importantes.⁸ Lo mismo puede decirse de los diptongos, que se han conservado, al menos dialectalmente.

c) Prescindiendo de la posición inicial, donde los hechos están todavía muy lejos de ser claros, las consonantes han sufrido escasas alteraciones. Falta en particular la sonorización intervocálica que tanto ha cambiado la fisonomía de las palabras latinas en las lenguas románicas occidentales.

413 d) Aparte de la alteración de algunos grupos consonánticos, hay que citar como modificaciones notables el paso de *-l-* intervocálica antigua a *-r-* y la pérdida de *-n-* en la misma posición en condiciones muy parecidas a las del gallego-portugués.

⁷ Ya A. Luchaire, a quien hay que señalar uno de los primeros lugares —y no solamente en el orden temporal— en los estudios de onomástica aquitana y vasca, hubo de defenderse contra este argumento, y trató de fundamentar la estabilidad de las formas vascas frente a la mayor variabilidad de los romances en las distintas condiciones acentuales. No entraremos aquí en esa cuestión, porque establecido el hecho no es necesario justificarlo.

⁸ Señalemos la neutralización, al menos parcial, de la oposición *on / un* ante consonante y ciertas vacilaciones *e / i, o / u*, que se han de entender la mayor parte de las veces como cierre de la vocal determinado por la presencia de vocales cerradas (*i, u*) o de alguna consonante en la sílaba siguiente: *midiku* «médico», *mugitu* «movido», *tipula* de *cepulla*, *iguzki* (y *eguzki*) «sol» junto a *egun* «día», guip. vizc. *iñor* «alguien» de *nor* junto a *ezer* «algo» de *zer*, etc.

Bastará aducir en apoyo los reflejos vascos de topónimos citados por los autores clásicos o atestiguados epigráficamente, ya que aquí, aunque las reducciones no siempre tengan el necesario fundamento arqueológico, falta el elemento de inseguridad —significación— inherente a los nombres de personas o divinidades.

Aquis (Terebellicis) itinerario de Antonino, vasc. *Akize (Dax)*, ant. *Acqs, Ax*, *Aturris* Ausonio *Aturus* Lucano, vasc. *Aturri* (Joannes de Echeberry, escrito *Atturri*), *Δηοῦα* Ptolomeo II 6, 8, vasc. *Deba (Deva)*, *Ilu(m)beritani* Plinio III, 24, vasc. *Irunberri*, roncalés *Urunberri* (Lumbier), *Ἰτούρισσα* Ptol. II 6, 66, vasc. *iturri* «fuente» (es corriente el topónimo vasco *Iturritza*), *Lapurdum* Not. dignitatum Imp., vasc. *Lapudi (Labort, Labourd)*, *Οἰασσώ* Ptol. II, 6, 10, *Oiarso* Plin. III 29, IV 110 (es decir *Oearso*), vasc. *Oiartzun (Oyarzun)*, (Τρίτιον) Τουβόρικον Ptol. II 6, 65, vasc. *Mutriku (Motrico)*. Para *-l- > -r-*, además de *Irunberri*, *Alabanenses* Plin. III, 26, vasc. *Araba (Álava)*, *Γέβαλα* Ptol. II 6, 65, mod. *Guebara, Guevara*, y recurriendo a nombres de distinta localización pero relacionados con seguridad etimológicamente, ant. *Iliberri*, vasc. *Iriberri*. Para la pérdida de *-n-* no conozco otro caso, atestiguado en la antigüedad, que el de *Bene(h)arnum*, Itin. Anton., vasc. *Bearno, Biarno*, poco probativo por haberse cumplido el cambio también en el Béarn y, con nombres de distinta localización, ant. *Albonica* Itin. Anton., vasc. *Almike (Albóniga)* en Bermeo).

4. Antes de empezar con el estudio de la onomástica aquitana, quiero decir unas palabras acerca de los supuestos en que lo he basado. Aunque así se corre el peligro de reiterar conceptos trillados, tal vez no resulte superfluo pues en esta clase de trabajos se parte a veces, si no me engaño, de principios tácitos cuya justificación expresa no siempre sería fácil de hacer.

Como los problemas que se abordan son problemas lingüísticos, los datos que se utilizan son también exclusivamente lingüísticos. Evidentemente los datos son muy escasos y del más difícil manejo por su misma naturaleza, por lo que su valor como muestra de la lengua aquitana es infinitamente pequeño. Pero, teniendo esto bien presente, debemos recordar también que no hay otra muestra a nuestra disposición, por lo que el mejor partido que de ella podemos sacar es el de estudiarla exhaustivamente. Sin pecar de optimismo, sabemos, por otra parte, que un puñado de nombres propios puede dar bastante luz sobre algunos aspectos —en particular los sonidos— de una lengua.

El análisis de un nombre en sus componentes, o en un componente único no susceptible de división, no podrá considerarse satisfactorio más que cuando no deje residuo, en otras palabras cuando cada uno de los segmentos en que ha sido descompuesto pueda ser identificado con otro que aparezca al menos una vez en un nombre distinto. Para que la identificación sea aceptable se precisará una coincidencia formal perfecta o, cuando menos, las diferencias de forma serán pequeñas y susceptibles a ser posible de reducirse a un tipo general de modificación —alternancia— del que se conozcan otros ejemplos. Es evidente además que la certeza de la identificación será tanto mayor cuanto más extensos sean los segmentos obtenidos por el análisis y comparados entre sí.

El rigor con que se ha de proceder a la comparación en el orden formal tendrá que ser muy grande, puesto que tan solo el significado podría evitar los extravíos de esta clase y aquí el significado se nos escapa casi por definición. Únicamente poseemos dos indicios, aparte de una noción abstracta y vaga de plausibilidad: el sexo en los nombres de persona y la posibilidad de agrupar éstos en grupos de sentido. En realidad, y no exclusivamente en el plano del contenido, una investigación de este tipo sólo puede conducir, como resultado más favorable, a un conjunto de hipótesis que, siendo cada una menesterosa de por sí y necesitada de apoyo, adquieren cierta estabilidad por su trabazón y coherencia.

Así no es recomendable la aproximación de aquit. *Senarri* (o *Sentarri*), nombre de mujer en dativo, a vasco. *sen(h)ar* «marido», defendida varias veces, porque el sentido de la palabra vasca no conviene al género del nombre aquitano, no sólo por consideraciones generales, sino principalmente porque ese hecho estaría en contradicción con el sistema (v. § 9) que del estudio global de los antropónimos podemos deducir. Y por lo que respecta a la forma los principios ya citados tienen también plena validez en la comparación de estos nombres, o de sus componentes, con formas no aquitanas, sólo que se deben tener en cuenta además las normas habituales en lingüística histórica. La comparación del elemento inicial de aquit. *Aher(belste)*, dat., nombre de un dios, con vasco. *aker* «macho cabrío» no me parece aceptable, aunque ha sido propuesta por autores prestigiosos, porque falta cualquier razón, que yo sepa, para suponer que una *-h-* antigua se haya convertido en vasco. *-k-*, o bien que una *-k-* común, conservada en vascuence, se hubiera perdido ya en aquitano.

5. Los elementos finales, más frecuentes, se pueden aislar más fácilmente. Los más seguros son:⁹

-bon(n): *Cissonbonnis* 337, h. gen. (lect. de Hirschfeld), cf. *Cisson*, h. La variante *-pon(n)* en *Andoxponi* 80 (p.), h. dat., cf. *Andos*, *Andossus*, *Andoxus* h.; *Seniponnis* 267, h. gen., cf. *Senixsonis* h., etc. Acaso *Piandosponnius* 124 h., si no hay que leer *Piandossonnius* con Hirschfeld. El sufijo *-don(n)* de *Sembedonnis* 389, h. gen., cf. *Sembetten*, etc., puede reducirse con facilidad a *-bon(n)* suponiendo disimilación. La terminación *-bo(n)*, no *-bon(n)*, se da también en *Iarbonis* 248, h. gen., y *Sonbrabonis*, 137, h. gen., que acaso sea preferible relacionar con *Hannabus* 288, h., *Harspi* 118, h. gen., suponiendo que *-bo* se haya latinizado de distinta manera. Nombres de varón.

-cin(n): *Bihoscinnis* 59, h. gen., cf. *Bihoxus* h. Quizá también *Torsteginno* 487, h. dat., declinado además de distinta manera, aunque esto podría explicarse por la distinta localización.

-co(n), *-cco(n)*: *Belexconis* 167, h. gen. (y *[B]elexconis* 214, id.), cf. *Belex*; *Hanaconis* 344, h. gen. cf. *Hanabus* h., etc.; *Ombecco* XII 5381, cf. *Ombexonis* h.; *Sembeconis* 287 (p.), d., cf. *Sembedonnis* h.; *Senicco* 80 (p.) h. cf. *Seniponnis*, h.; *Silexconis* 283, h. gen. cf. *Silex*, m. La misma terminación en *Attaconis*, *Attaconi* 265, h. gen. y dat. (Hirschfeld lee *-cc-* las dos veces), *Boneconis* 338, h. gen., *Borroconis* 30, h. gen., *Estenconis* 271, h. gen., *Halsconis* 341 h. gen. (y *Halscotarris* 277, h. gen.), *Laurco* (padre de *Laurina*) 475, h., *Matico* 475, h., *Serranconi* 90, h. dat. *Siricconis* 111, h. gen., *Siricconi* 265, h. dat. (y *Sirico* 173, de final dudoso), *Talsconis* 555, h. gen., *Bocco*

416

⁹ Las cifras arábigas a continuación de los nombres indican el número de la inscripción en la parte 1.^a, fasc. 1.^o, del vol. XIII del *Corpus inscriptionum Latinarum* (*Inscriptiones Aquitaniae et Lugdunensis*), editado por O. Hirschfeld [Berlín 1899]. La referencia a otros volúmenes del *Corpus* va señalada con cifras romanas. Se usan las abreviaturas *h.* nombre de varón, *m.* íd. de mujer, *gen.* genitivo, *dat.* dativo; los nombres de divinidad, siempre en dativo, van indicados por la sigla *d.* El nominativo, alguna vez deducido del caso en que va el nombre en el epígrafe, no se menciona expresamente. Van marcadas *p.* las inscripciones perdidas.

Este trabajo está basado exclusivamente en lecturas ajenas y entre ellas se han preferido en general las de Seymour de Ricci, «Notes d'onomastique pyrénéenne», *Revue celtique* 24 (1903), 71-83. El material se encuentra también reunido por J. Sacaze en *Inscriptions antiques des Pyrénées*, Toulouse 1892. La procedencia de los epígrafes, a que aquí no se hace referencia más que en alguna ocasión, puede verse en Sacaze o en el *Corpus*.

78 y 79, d., podría no estar declinado, como ocurre en algún otro nombre de divinidad. Todos los casos en que se puede determinar el género son masculinos, excepto *Andreconi* 280, m. dat. en una inscripción desaparecida, cuya primera parte puede compararse, aunque la coincidencia no es perfecta, con *Andere*, m. etc. Para *Sunduccae* 80 (p.), m. dat., v. § 17.

-eia: *Belexeia* 456, m., cf. *Belex*. La misma terminación tienen *Lexeia* 64, m. (dat. *Lexeia* 84), y *Talseiae* 452, m. dat.

-gori, *-cor(r)i*: *Baico[r]rixi deo* 323 (*Baicorisco deo* 162, *Baigorixio* 92, *deo Buaigorixe* 124), *Herauscorritsehe* 409, d.

-oss(o)-, *-ox(o)-*: *Ilunnosi* 106, h. gen. cf. *Iluni de[o]*, etc. La misma terminación tienen *Andossus* 124, *Andoxus* 26, etc. (A comparar acaso con *Andos* 226, 247, *Andus* 53, *deae Andei* [o *-er*] 15), *Alardossi* 48, d. ([*Ala*]rdossi 222, [*A*]lardos[... 432), *Alardosto deo* 313, *Odossi* 400 h. gen., y *Odoxo* 268, h. dat., *A]nnoss[us* 199 (dudoso), *Condannossi* 324, h. gen. Con declinación como *Alardossi*, pero escrito con una *s*, *Baiosi deo* 26.

-rig-: *Attaiorig[... 463*, h. gen., *Belheiorigis* 90, h. gen., *Dannorigis* 5, h. gen., *Dunohorigis* 267, h. gen., *Toutannorigis* 17, h. gen. Posible *Bonnoris* 267, h.

-se(n): *Anerdeseni* 343, m. dat., *Ereseni* 341, m. dat., *Neureseni* 2, m. dat. Para demostrar su valor de sufijo, no simple terminación, el mejor ejemplo parece *Hautense* 369, m., frente a *Hautensoni* 277, m. dat. suponiendo que *-so(n)* sea aquí var. (tras *n*, v. § 7) del suf. *-xo(n)*. Podría ser variante de *-sen(n)*, *-xe* en *Uriaxe* 106 (al parecer m.), cf. *Uriassus* 166, h., y el dudoso *Baiexe* 455 (caso?). Por la declinación, y sobre todo por el género, habrá que separar *Cundueseni* 125, h. gen.

-tar(r): *Bontar* 342, cf. *Bonbelex* y, con igual terminación, *Bihotarris* 137, h. gen (cf. *bihox-*, § 6?). *Hotarris* 267 y 342, h. gen. (y *Hotarri* 342, h. dat., ?.]Hotarri 46), *Harontarris* 289 (p.) h. gen., *Orcotarris* 342, h. g. (cf. *Orcot[i]* 288, h. gen.). Obsérvese que, a diferencia de *-ten(n)* y *-to(n)*, nunca se escribe *tt*, pero sí dos veces *th*: *Baisothar[... 46*, *Hontharris* 306, h. gen. Acaso *Sentarri* 342, m. dat., si se acepta la lectura de Seymour de Ricci en vez de *Senarri*. Sería, sin embargo, el único nombre femenino atestiguado en *-tar(r)*.

-ten(n): *Andosten* 84, h., *Andostenni* 268 (p.). dat., *Andostenno* 321, dat., cf. *Andosso* 268, dat., etc.; *Bonten[...? 191*, cf. *Bonbelex*; *Cisonten[? 337*, cf. *Cison*; *Hahanten* 173 y *Hahantenn* 32., m., cf. *Hahanni*, m. (caso?); *Sembetennis* 137, h. gen., *Sembetten* 59

(*Sembetel*[...], 46, h., dos últimas letras dudosas), cf. *Sembexonis*, h.; *Senitennis* (Hirschfeld leyó *Senilennis*) 125, h. gen. Termina igual *Accaten* 555, m. Masculinos y femeninos.

-to(n), -tton(n): *Andoston* (lectura de Sacaze y S. de Ricci; Hirschfeld, *Andosion*) 188, *Andostonis* 89, h. gen., cf. *Andossi* 188, h. gen. La misma terminación en *Lohitton* 268, dat. al parecer, *Nescato* 314, m., *Tottonis* 2, h. gen. Masculinos y femeninos, si forman un grupo homogéneo. Tal vez *Iscitto deo* 334 y 335: estará sin declinar, como *Bocco* (v. -co[n]).

-xo(n), -xso(n): *Anderexo* 23 y *Anderexso* 324, cf. *Andere*, m.; *Bonxsoni* 326, h. (caso?), cf. *Bombelex*, h.; *Ombexonis* 84, h. gen., cf. *Ombecco*; *Sembexonis* 4, y *Sembexsonis* 62, h. gen., cf. *Sembetennis* h.; *Senixsonis* 80, 178 y 369, h. gen. Coinciden también en el final *Calixsonis* 54, h. gen., *Erbexoni* 267, m. dat., *Gerexo* 164 y *Gerexso* 369, h., *Ittixonis* 17, h. gen. Hombres y mujeres. Ejemplos posibles en nombres de divinidades: *Arixo deo* 365, *Marti Arixoni* 366, etc., *Ilixoni deo* 345 y 347 (*Ilixom* 346), *[I]lixo[ni]* 348, *Ilurberrixo* 23, *Ilurberrixon[i]* 231, *Baigorixo deo* 92, etc.

6. La lista de elementos no finales, cuyo análisis es menos seguro, podría prolongarse más o menos. Los que me parecen más claros o más importantes son:

andere: *Andere* 138, m. (*Andereni* 169, m. dat.), *Anderes* 187, con -s dudosa según Hirschfeld; *Anderexo*[?] 23, *Anderexso* 324 m. No es clara para mí la terminación de *Anderitia* 344 (= 351). Si *andre-* en *Andreconi* 280 (p.), m. dat., es var. de *andere-*, no hay otro testimonio que lo corrobore: v. además § 5, -co(n).

418

ando(s)-, andox-: *Andossus* 124, 188 y 192 (?), 202 (?), 264 y 268, h., *Andost*[...] 321, h. gen., *Andosten* 84, h., *Andostenni* 268 (p.). dat., *Andostenno* 321, dat., *Andoston* (o -ion) 188, *Andostonis* 89, h. gen.; *Andoxus* 26, h. *Andosponni* 80 (p.), h. dat. En varios nombres de dioses da la impresión de ser una especie de epíteto: (*Herculi Ilunno*) *Andose* XII, 4316, *deo Basceiandosso* 26, (*Herculi Toliandosso* 434. Dudoso *Piandosponnius* (o -osson-) 124, h., y más dudoso todavía si debía leerse (*Britex*) *Andossi* en una inscripción desaparecida en que se leyó *Britexanossi* 192 (v. además § 20). *Andossic* 263, gen.?, tiene un final extraño. Aunque otras relaciones señaladas como posibles en § 5, (-oss[o]), sean más dudosas, me inclino a pensar que *Andos* 226 y 247 no es más que una variante, más fiel a la forma indígena, de *Andossus*, etc. Nótese que en todos los casos se trata de nombres masculinos.

bai-, *buai-*: v. *-gori* en el § anterior.

belex: *Belex* 167, *Belexconis* 167 h. gen., [*B*]elexconis 214 h. gen., *Belexeia* 456 m., *Belexennis* 190 h. gen. En posición final, *Bonbelex* 324, h., *Harbelex* 85, 173 y 316, h., *Harbelexsis* 324, h. gen., del cual parece var. [*H*]arbelsis 54, h. gen., lo que permitiría relacionar con *belex*, *-bels-* en *Aherbelste deo* 174. Femenino *Belexeia*.

bihox-, *bihos-*: *Bihoxus* 231, h., *Bihoscinnis* 59, h. gen. Hay la dificultad de *Bihotus* 230, aunque según Seymour de Ricci no sea imposible *Bihoxus*: cf. además *Bihotarris* 137, h. gen. Hombres.

bon- aparece también en inicial: *Bonbelex* 324, h.; *Bonsilexsi* 62, m. dat.; cf. *Silex* m.; *Bontar* 342; *Bonten*[... 191; *Bonxsoni* 326, h. (caso?); en *Boncoxsus* 134, h., *Bonxus* 223, *Bonxsus* 260, *Bonxus* 326 (cf. además *Bonxorius* 241, h.; para *Monsus* v. § 22), parece haber un suf. *-x(o)-*, *-xs(o)-*. Prefiero no incluir en el grupo *Boneconis* 338, h. gen., *Bonexsi* 178, m. dat., *Bonnexi*[s] 72; menos todavía *Bonici* 328 (caso?), *Bonna* 179, m. y *Bonnoris* 267, h.

cison: *Cison* 125, h., *Cisonten*[?] 337, *Cissonbonnis* 337, h. gen. Acaso *Gisondoni* 278 (dat.?), sobre todo si se pudiera admitir que *-do(n)* sea var. de *-to(n)*, *-tto(n)*, tras sonante, para lo cual faltan pruebas.

danno-: *Dannonia* 118, m., *Dannoni* 17, h. gen., *Dannorigis* 5, h. gen.; tal vez *Dannadinnis* 260, h. gen.

419 *duno-*: *Dunohorigis* 267, h. gen., *Dunohoxsis* 138, h. gen., *Dunomagius* 17, h.

hahan(n)-: *Hahanni* (obit *H. Serani filiae*) 273, m., *Hahanten* 173, m. *Hahantenn* (o *-enu*) 32, m.

hals-: *Halsconis* 341, h. gen., *Halscotarris* 277, h. gen. V. infra *tals-*.

hana-: *Hanabus* 288, h., *Hanaconis* 344, h. gen., *Hanarro* 5, h. dat., *hanna-* en *Hanna* 174, *Hanna* (o *-ac*, *-as*) 195, *Hannac* 87, *Hannas* 201, *Hannaxus* 323, h.

har-: *Harbelex* 85, 173 y 316, etc. (v. *belex*).

hars-: *Harsi* 85, h. gen., *Harsori*[...] 270 (caso?), *Harsori* 369, dos veces, una en nom. y otra en gen. al parecer, *Harspi* 118, h. gen. Podría pensarse acaso que *har-* y *hars-* se relacionaran como *biho-* y *bihos-*.

hauten-: *Hautense* 369, m., *Hautensoni* 277, m. dat. Lizop¹⁰ añade un nombre de mujer, *Hauteten* (de **-tenten* por disimila-

¹⁰ Inscripción de St.-Lizier. R. Lizop, *Le Comminges et le Couserans avant la domination romaine*, Toulouse-París 1931, p. 118 (citado en adelante Lizop).

ción?), pero no indica si aparece efectivamente así en nom. o si éste ha sido deducido de otro caso.

ilun(n)-: (*Herculi*) *Ilunno* (*Andose*) XII 4316, *Astoilunno deo* 31, *Iluni de(o)* 27 (según Hirschfeld, *Ilunn[.]*, *Iluni* 374, *[Il]uni* 371; *Ilunnosi* 106, h. gen. Cf. además *Ilumbero* (o *-er*) 42, d. Para *ilur-*, v. § 16.

lohi-: *Lohitton* 268 (p.). dat.?, *Lohixsi* 173, h. gen., *Lohisi* 261 (p.), h. gen.

ombe-: *Ombecco* XII, 5381, *Ombexonis* 84, h. gen. (cf. VM.ME en Lerga?).

sembe-: *Sembeconi* 287 (p.), dat., *Sembedonnis* 389, h. gen., *Sembetten* 59, *Sembetennis* 137, h. gen. (*Sembetel*[...], el dudoso, 46, h.), *Sembexonis* 4 y *Sembexsonis* 62, h. gen., *Sem[b...* 238. *Sembus* 56 y 166, *Sembi* 136 y 434, gen., es probablemente esta base, sin sufijo, adaptada a la declinación latina como nombre masculino.

seni-: *Senicco* 80 (p.), h., *Seniponnis* 267, h. gen., *Senitennis* (otras lecturas *Senilennis*, *Senhennis*, *Senipennis*) 125, h. gen., *Senixsonis* 80 (p.), 178 y 369, h. gen. Como *Sembus Sembi*, *Senius* 178, 288 y 311 tiene el aspecto de ser una adaptación a la flexión latina del tema aquit. *seni-*, caracterizado como masculino. Hay que separar *Sennagi* 178, gen. o dat., y *Sennacius* 265, a causa tanto de la nasal geminada como de la formación.

420

silex-: *Silex* 268, m., 173, 329 y 381 sin indicación de sexo, *Silexconis* 283, h. gen. En final, *Bonsilexsi* 62, m. dat.

tals-: *Talseiae* 452, m. dat., *Talsconis* 555, h. gen. Sobre una posible relación con *hals-*, v. § 22.

touta-: *Touta* (*Cassia T. Segusiau*) 352, *Toutannorigis* 17, h. gen., *Toutaronia* 459, m. *taut-* en *Tautinni* 483, h. gen.

ulo-, *ulu-*: *Ulohoxis* 334, h. gen., *Ulohoxo* 170 (p.), h. dat., *Ulu-cirris* 170 (p.), h. gen.

7. La grafía de estas inscripciones ha sido ya objeto de muchos comentarios, que resumimos aquí en cuanto nos parecen aceptables.

H es letra frecuente, tanto en posición inicial como intervocálica, y en esta última separa a menudo vocales del mismo timbre: ...*bahaloisso* 14, d., *Dunohorigis*, *Dunohoxsis*, *Hahanten*, etc.¹¹ Junto a *Leheren(n)*, etc., que es por mucho la grafía más frecuente, hay *Lerenno deo* 104 y *[L]erenno [M]arti* 114. Hay también *h* tras *l* y *r*: *Belheiorix*, *Marti Lelhunno* 422 y 423, *Erhexoni*, ?*]arhonsus* 188;

¹¹ V. § 11, n. 17. Para *-he* en el dat. de nombres divinos, § 8.

Barhosis 39, h. gen., y *Barosis* 247, h. gen., parecen el mismo nombre. Esta letra ocurre dos veces detrás de *t*, en lo que es aparentemente una variante del suf. *-tar(r)*: *Baisothar*[?] y *Hontharris*. Como se ha visto, puede repetirse en el mismo nombre.

Sin olvidar que la semejanza en la escritura no supone necesariamente igual pronunciación, resulta curioso el parecido que tienen los nombres aquitanos a este respecto con los nombres de pueblos alaveses, en especial con los de la zona no romanizada, tal como aparecen en la Reja de San Millán;¹² *Hagurahin*, *Hararihini*, *Bahaheztu*, *Lehete*, *Harhaia*, *Harrhaia*, *Elhossu*, *Harriolha*, *Udalha*, etc. En el documento medieval no hay ejemplos de *h* tras oclusiva, pero sí tras silbante (*Malizhaeza*) y *n* (*Arzanhegi*, *Heinhu*).

Las grafías *x* y *xs* alternan entre vocales representando claramente sonidos iguales: *Gerexo* / *Gerexso*, *Anderexo* / *Anderexso*. Al mismo tiempo, *ss* alterna con *x(s)* en esa posición: *Andoxus*, *Andossus*, *Odoxo* dat. / *Odossi* gen., *Oxson* / *Osson*. Hay incluso un caso de alternancia *s* / *xs*, *Lohixsi* / *Lohisi*, si la inscripción en que estaba el último nombre, desaparecida, fue leída correctamente.

Por otra parte hay por lo menos un caso claro de equivalencia *s* = *ss*: *Cissonbonnis* / *Cison*, *Cisonten*. Se puede pues suponer que había un sonido (o varios) que se representaba habitualmente por *x(s)*, y menos frecuentemente por *s(s)*, y otro (u otros) transcrito usualmente *s*, y alguna vez *ss*.

No hay más que un ejemplo de *x-*: *Xuban deo* 130. La grafía *x(s)* se encuentra sobre todo 1) en inicial de morfema en posición interior de palabra, en el suf. *-xo(n)*, 2) como final de morfema, incluso delante de oclusiva (*Andoxponni*, *Belexconis*, *Silexconis*), y 3) en final de tema, absolutamente o delante de las desinencias casuales latinas. En el segundo caso encontramos también *s*: *Bihoscinnis* (cf. *Bihoxus*), *Andosten*, etc. Hay *ss* ante oclusiva en *Asspercus* 314, h.

Hay aparentemente alternancia de *x* y *s* detrás de *n* en *Bonx(s)us* 223 y 260 (y *Bonxorius*, *Bonxsoni*) frente a *Monsus* 301, como ya señaló Luchaire. Según Lizop (p. 118), *Edunxe*, nombre de mujer, ocurre en una inscripción hallada cerca de St.-Gaudens, para cuyo final se puede pensar en *-se(n)* tan frecuente en femeninos. El caso contrario lo tendríamos en *Hautensoni*, si *-so(n)* = *-xo(n)*.

¹² L. Serrano, *Cartulario de San Millán de la Cogolla*, Madrid 1930, núm. 91, año 1025.

Detrás de *l* y *r*, y entre consonantes, hay *s*: *Harsi*, *Harsori*, *Harbelex(s)is* pero *[H]arbelsis*, *Talseia*, *Talsconis*, etc.

Por razones comparativas se ha pensado, al menos desde Luchaire, que *x* o *xs* representan sonidos africados análogos a vasco *tz*, *ts*, *tx*. No creo que esto se pueda demostrar concluyentemente sobre el material epigráfico, sin otra ayuda. Hay, es cierto, *Alardosto deo* 13 junto a *Alardossi* 48, *[Ala]rdossi* 222 (y *[A]lardos[...]* 432), pero también *Baicorisco deo* 162 junto a *Baigorixo*, etc. La escritura *ts* se da en *Erditse d[eo]* 397 (p.) y *Herauscorritsehe*,¹³ pero sin variantes.

Dentro de esta hipótesis habremos de pensar que *ss*, al alternar a la vez con *x(s)* y con *s*, podía representar tanto sonidos africanos como los espirantes correspondientes. Hay que señalar, sin embargo, que en la terminación *-oss(o)-* esta grafía es mucho más frecuente que *-ox(o)-*. Esto, entre otras posibilidades, podría reflejar una vacilación real en la pronunciación. Si admitimos que entre los sonidos representados por *x(s)* y *s* había cierta afinidad, como parece natural, y reconocemos que *x* predomina claramente en posición final, podemos suponer que el sufijo *-osso-*, dándole estado de sufijo y no de simple terminación, tuvo dos formas, una indígena con el nomin. en *-ox* y otra latinizada con el nom. en *-ossus* (v. § 8).

Entre las oclusivas, *t* y *c* se escriben dobles con frecuencia, no así *p* ni *b*, *d*, *g*: *Attacconis*, *Attaiorix*, *Idiatte*, *Accaten*, *Occasi* 178, h. gen., *Bocco*. El mismo morfema se escribe bien con letra doble bien con letra sencilla en posición intervocálica. En *-co(n)* predomina la escritura geminada, en *-to(n)* y *-ten(n)* es menos frecuente: *Sembetten*, pero *Sembetennis*. Nunca se escribe con *tt* *-tar(r)*, hecho que no debe ser casual porque dos veces aparece la escritura *-thar*: *Baisothar[?]*, *Hontharris*.

La simple geminación gráfica no basta, evidentemente, para concluir una pronunciación reforzada, es decir más fuerte que las de las oclusivas simples latinas correspondientes. Tenemos por ejemplo el caso de las inscripciones oghámicas en la que la frecuente, aunque facultativa, grafía doble de las consonantes no ha recibido explicación satisfactoria. Pero en todo caso, si tenemos en cuenta que no está aislada, resulta la hipótesis más natural.

¹³ *Herauscorritsehe* ocurre precisamente en el único epígrafe hallado en zona de habla vasca. Es curioso, por tanto, que la grafía *ts* se repita en dos inscripciones navarras, encontradas en Barbarin, donde se lee *Selatse*, dativo (en *-e!*) de un nombre divino. B. Taracena y L. Vázquez de Parga, *Excavaciones en Navarra*, Pamplona 1947, I, 124, núms. 11 y 12.

P es letra poco frecuente: *Arpenino deo* 167, *Sapalonis* 187, h. gen. Es evidentemente escritura alternante de *b* en *Andoxponni* (acaso *Piandosponnius*, si ésta es la lectura correcta) y en *Seniponnis*, frente a *Cissonbonnis* o *Bonbelex*. *Bihoscinnis* junto a *Torsteginno*, si el suf. es el mismo en ambos, indicaría que en *Andoxponni* la presencia de *p* está determinada por la silbante precedente: cf. además *deo Exprcennio* 329 y *Harspi*, gen. Una alternancia análoga a la de *-bon(n)* / *-pon(n)* podría ser la vacilación *g* / *c* en *Baigorixo* / *Baicorisco*, etc., *Herauscorritsehe*, aquí detrás de *s*.

Si *-do(n)* en *Gisondonis*, gen., es el suf. escrito habitualmente *-to(n)*, no hay otro ejemplo de este tipo de alternancia.

La grafía *ll* ocurre en una serie de casos: *Illai* 477, h. gen., *Bellais* 153, h. gen., *Bulluca* 261, y lo que parecen dos muestras del mismo suf. de aspecto poco indígena, *Igillus* 463, h., y *Casillus* 138, h. En un nombre divino *ll* alterna con *l* y, a la vez, *nn* con *n*: *Abelioni deo*, *Abelionni*, *Abellioni*, *Abellionni*.

Los ejemplos de *nn*, más abundantes son frecuentes sobre todo en determinadas posiciones. Aunque al parecer la diferencia entre *n* y *nn* se marcaba siempre consecuentemente entre vocales (*Bonnoris*, *Ennebox*, *Liannassis*, *Toutannorix*, *Vennonius*), los ejemplos más característicos de *nn* ocurren: 1) en posición final delante de las desinencias casuales (*Bihoscinnis* gen., *Sembetennis* gen., etc.) y 2) en final de morfema, delante del segundo elemento (*Ilunnosi* gen., *Condannossi* gen., acaso *Bonna* suponiendo que *-a* sea un suf. añadido para formar un nombre femenino). Esto recuerda, y es otra coincidencia curiosa, grafías medievales de topónimos vascos como *Hurigurrenna*, *Urrenguen* (y *Zaballa*, *Harrizavallaga*, etc.) con *nn* o *ll* delante del artículo o de un sufijo de derivación. Y que no se trata de un fenómeno puramente gráfico nos lo indica la pronunciación *Zaballa* (Logroño y Burgos) o *Larçabaig* (= vasc. *Larzabal*) en el Béarn.

Todo ocurre, en una palabra, como si la presencia de *nn* ante *-is*, *-i*, en gen. o dat., fuera la señal de que estamos ante un tema en nasal con nom. en *-n*, mientras que la presencia de *n* simple en la misma posición anuncia un tema vocálico con nom. sin *-n*. La menor frecuencia de *ll* en el mismo caso dependerá (v. sin embargo § 16) de la escasez o ausencia de temas en lateral en aquitano.

Son abundantes también los ejemplos de *rr*: *Arserris*, *Hanarro*, *Serranconi*, *Osaherr[us]*. Sobre todo en el suf. *-tar(r)*, ante las desinencias casuales: *Bihotarris*, *Orcotarris*, etc., nom. *Bontar*.

En final absoluta, es decir en el nom. o en algún nombre no declinado, las grafías usuales son *-x*, *-n*, *-r*.

8. Por lo que respecta a la declinación, deben considerarse por separado los nombres de dioses y los antropónimos. Pues, aunque hay algunas vacilaciones en la declinación de estos últimos (*Andostenni* / *Andostenno*, ambos en dat., *Siricconis* / *Siricconi*, genitivos, *Ulohoxo*, dat. / *Ulohoxis*, gen.), éstas son casi normales, por decirlo así, en los primeros: *Ilurberrixo* / *Ilurberrixon[i]*, *Iluni* / *Ilunno*, *Leherenni* / *Leherenno*, *Arixo* / *Arixoni*, *Baigorixo* / *Buaigorixe* (o *Buaicorixi*). En ellos se observan además dos particularidades que no existen o son extremadamente raras en la onomástica personal. Por una parte, algunos no parecen declinados, aunque esto es imposible de comprobar con seguridad (*Arixo*, *Xuban*, acaso *Bocco*, *Belco Lizop*, p. 204), y por otra la terminación de dativo es frecuentemente *-e*: *Aherbelste*, *Artahē*, *Artehe*, *Ele*, *Erge*, *Idiatte*, *Lahe*, etc. No es fácil que se trate de *-e*, por *-ae* en temas en *-a*, porque en nombres de mujer se escribe *-ae* y no *-e*, lo mismo que en *Mineruae Belisamae*, y tenemos *deo Aereda*, al parecer sin declinar. *Garre deo* 60 junto a *d[eo] Garri* 49 indica además que el tema era *Garr-*. En *Artahē*, *Artehe* (y *Artae* 71), *Herauscorritsehe*, *Lahe*, se piensa con Schuchardt (*Die iberische Deklination*, 60-61) que *h* era un medio para separar las sílabas, es decir de añadir sin confusión posible la desinencia *-e* a un tema vocálico. No veo pues la manera de explicar *-(h)e* por la declinación latina.¹⁴

424

En los personales se puede partir para la clasificación de los temas de dos consideraciones que, a lo que se me alcanza, no están en contradicción con los hechos. Los nombres pudieron sufrir a veces alguna modificación en su terminación para adaptarlos a los modelos latinos, ya represente esto un hecho de lengua o simplemente de escritura: *-a* y *-us* se añadieron en nom. a nombres terminados en consonante, según fueran femeninos o masculinos o bien la terminación vocálica original fue sustituida por ellas. En segundo lugar, ciertas grafías (*x*, *xs*, *nn*, *rr*, acaso *ss*) ante las desinencias latinas pueden interpretarse, con cierta inseguridad, como indicio de que nos halla-

¹⁴ En Navarra hay *Selatse*, v. n. 12, pero *-e* puede ser aquí variante gráfica de *-ae*. No creo que sirva de gran cosa la comparación con galo *Ucuete*, dat. de un tema en *-i* (acus. *Ucuetin*). V. Lizop, pp. 120-121, donde sin embargo la comparación con el supuesto dat. «ibérico» en *-e*, descubierto por Schuchardt, carece ya, como es sabido, de todo valor.

mos ante un tema consonántico. Serían así signos gráficos con valor delimitativo o demarcativo, que señalarían un límite morféxico.

Entre los temas vocálicos son particularmente claros los en *-e* y *-o*. En *-e*: *Andere*, dat. *Andereni*; *Hautense*; *Anerdeseni*, *Ereseni*, *Neurese-ni* dativos. Es decir que, al menos en los femeninos, la declinación era *-e*, gen. *-enis*, dat. *-eni*, etc. Tratándose de nombres masculinos, es muy posible que en nom. se cambiara *-e* por *-us* como parece indicar *Sembus* cuyo radical debe ser el mismo, según se ha creído generalmente, de *Sembeconi*, *Sembedonnis*, etc. Los en *-o* se declinan de manera análoga, sean masculinos o femeninos: *-co*, gen. *-conis*, *-to*, gen. *-tonis*, *-xo*, gen. *-xonis*, etc. Hay nom. *Derro* 30 y *Oro* 190.

En *-a*, *deo Aereda* 312, suf. *-eia*. Ante grafías como *Orguarra* 485 (cf. *Orcuari* 461 p., gen.), *Bonna* 179, *Baessella* 90, *Titiluxsa* podría pensarse que los nombres femeninos se caracterizaron por medio de *-a*.

Tema en *-u* parece *Hunnu* 334. Resulta natural pensar que en otros casos habrán recibido el nom. *-us*.

Los temas en *-i* son imposibles de distinguir de los temas en oclusiva o *-r* (no *-rr*), si es que éstos existían: *Edelati deo* 146, *Horlati* 60, d., *Urupati* 487, h., cf. *Idiatte* donde *-e* puede ser sufijo de dat. Es seguro que la característica es una oclusiva en los nombres en *-rix* (*-ris*?), gen. *-rigis*. Es extraño *Adossic* 263 (caso?), si se escribió el nombre completo.

En silbante, *Berhaxsis*, h. gen. (pero cf. *Hannaxus*), *Belex*, *Bonexsi* m. dat., *Silex* m., *Bambix*, *Ennebox*, *Dunohoxsis* h. gen. (pero *Bihoxus*, *Boncoxsus*, *Lohixsus*). Me inclino a ver silbante tras nasal y latinización en *Bon(x)us*, *Monsus*, *?.Jarhonsus*, acaso en *Harsi* gen. En el primero de éstos el suf. debe ser *-x(s)*, latinizado en *-x(s)o-*, del cual quizá haya otros ejemplos. Si se da un valor absoluto a la suposición de que en final de tema se escribe siempre *x(s)*, no *s*, habrá que considerar como temas en *-i* a *Bar(h)osis* h. gen., *Belaisis* h. gen., etc.

Los temas en *-en* y *-on* se distinguen claramente de los vocálicos en *-e* y *-o* tanto en el nom. como en los oblicuos: *Oxson*, *Sosonnis* h. gen., *Axionnis*, h. gen., suf. *-ten*, gen. *-tennis*. También en nasal *Bihoscinnis* h. gen., *Danadinnis* h. gen., *Hahanni* m. dat., pero *Odanni* h. gen., *Orgoanno* h. dat., *Tautinni* h. gen., *Torsteginno* h. dat.

En vibrante, suf. *-tar*, gen. *-tarris* en nombres masculinos, pero *Hanarro* h. dat., *Somenaris* h. gen. podría interpretarse como tema en *-r* o como tema en *-i*.

9. Ya hemos apuntado que el género de los nombres aquitanos debe ser tenido muy en cuenta. Es, en efecto, el único elemento interno de juicio que poseemos, por insuficiente que sea, acerca del significado de sus componentes y por tanto el único criterio material que puede limitar las posibilidades de extraviarse en las especulaciones comparativas.

426

Como hemos visto también, hay algo más que una simple posibilidad de que los nombres de carácter indígena hayan sufrido una cierta adaptación, en su forma escrita y muy probablemente en la oral, al sistema indoeuropeo, por influencia latina y, verosíblemente, por anterior influencia gala. Que la moción, o sea el procedimiento de modificar genéricamente una misma base por la adjunción de distintas terminaciones, ha sido aplicada a estos nombres queda demostrado por el simple hecho de la frecuencia de nombres femeninos en *-a* y masculinos en *-o-* (*-us*).

Si consideramos estos hechos de moción, al menos provisionalmente, como algo no primitivo y por decirlo así sobreañadido, como un intento de adaptar al nuevo el sistema antiguo, debemos tratar de descubrir cuál era a este respecto el estado anterior de cosas.

Al estudiar tanto las bases como los sufijos podemos observar ciertas constancias en cuanto al género. Advuértase, sin embargo, que las coincidencias, que dada la escasez del material pueden ser puramente casuales, cobran mayor valor al tratarse de nombres de mujer, por ser éstos bastante menos numerosos que los de hombre. *Andere* y *Hahan(n)-*, por ejemplo, sólo forman femeninos, *Cison*, *Sembe-* y *Seni-* masculinos. En otros casos la base parece no haber contenido en sí la adscripción a un género determinado: p. ej. *Tals-*. *Bon-*, inicial, y *-bon(n)* ocurren siempre en nombres de varón, excepto en *Bonsilexsi*. Podremos pues concluir que la significación de *bon* no era incompatible con ninguno de los dos géneros.

Lo mismo ocurre con los sufijos: *-eia* y *-se* sólo se presentan en nombres de mujer, por lo que casi con seguridad se puede afirmar que servían precisamente para caracterizar temas diversos como femeninos; *-bon(n)*, *-oss(o)-*, *-rig-*, *-tar(r)* sólo en nombres de varón. Algunos de los sufijos más frecuentes, en cambio, pueden formar masculinos y femeninos: *-ten(n)*, *-to(n)* y *-xo(n)*.

Un problema muy curioso es el que plantea *Silex*, cuyo carácter femenino está asegurado por el texto de una de las inscripciones en que aparece. También *Bonsilex* es nombre de mujer, a pesar de que *Bon-*, como se acaba de ver, ocurre en masculinos excepto en este

427

único caso. Pero *Silexco* es varón, por lo que se piensa naturalmente que esa base en sí era indiferente al género y que es el suf. *-co(n)* el por decir así masculinizador. La misma diferencia de colocación, como elemento inicial o final, puede apoyar la presunción de que se trata de un adjetivo. Este razonamiento, muy sugestivo, choca, sin embargo, con el hecho de que *-co(n)* se presenta una vez en un nombre de mujer, *Andrecco*. Queda con todo el recurso de suponer que la inscripción que lo contiene, perdida, no ha sido bien leída, aunque la misma semejanza de *Andre-* con *Andere*, atestiguado con seguridad como femenino, no lo recomienda.

En cuanto a los nombres de divinidades, repetiré aquí lo que ya escribí en otro lugar (*Emerita* 18, 1950, 467-481, p. 481).^a Entre los 64 números de la lista de Seymour de Ricci, varios de los cuales son simples variantes, no se encuentran más que tres divinidades femeninas: *deae Andei* (o *Ander*) 15, *Mineruae Belisamae* 8, *Lahe deae* 143, 145 y 147. El segundo es sin duda céltico, y el tercero va una vez sin indicación alguna (*Lahe* 144) y otra con la mención *Lahe nu[mini]* 142. Y, aunque algunos de los nombres no llevan mención expresa *deo* o *deae*, la proporción de diosas es ciertamente muy pequeña. Si se añade a esto que son también masculinos *Fago deo* y *Sex(s) arbori deo* (*Sex arboribus*), se llega a la conclusión de que los aquitanos no tenían de sus dioses una representación tan claramente sexuada como la que encontramos, para citar un ejemplo clásico, en Homero.

10. Aunque por el momento he intentado evitar en lo posible la comparación con otras lenguas o estados distintos de la misma lengua, algunas consideraciones sobre la indicación del género en vascuence podrían servir de ilustración para aclarar lo que pienso de los hechos aquitanos. En vascuence, como es sabido, falta la moción: un adjetivo no recibe distintas formas según acompañe a sustantivos de uno u otro género, ni tampoco las reciben los pronombres según se refieran a seres de distinto sexo natural o carentes de él. Dicho de otra manera, el género no existe en los nombres como categoría gramatical y por ello no tiene siquiera sentido la cuestión de si ciertas terminaciones llevan consigo, como ocurre por ejemplo dentro de ciertos límites en latín, la adscripción a un género determinado. Cuando se hace necesario distinguir el sexo al hablar de seres animados o bien se emplean dos bases distintas

^a «Notas etimológicas vascas».

(*zaldi* / *be[h]or*, como *caballo* / *yegua*) o bien se recurre a la composición (*ollo* «gallina» / *ollar* «gallo», de *ar* «macho»).

Debe recordarse por otra parte que en el verbo vasco, que distingue el sexo en la 2.^a pers. sg., tratamiento familiar, el femenino aparece como término marcado de la oposición de una manera mucho más acusada que en castellano por ejemplo. El morfema femenino *-n*, *-na-*, se emplea únicamente cuando el interlocutor está expresamente caracterizado como femenino; *-k*, *-(k)a-*, en cambio, no indica precisamente que éste sea masculino, sino también que no interesa señalar su sexo, es decir que es neutro en cuanto al género.¹⁵

Es fácilmente comprensible que el sistema latino-románico haya dejado huellas en préstamos desde muy antiguo: *errege* «rey» / *erregiña* (*erregia* en Landucci) «reina». Algunos dialectos han adoptado incluso un sufijo *-sa*, *-tsa* para caracterizar el femenino: *jainko* «dios» / *jainkosa* «diosa», *okin* «panadero» / *okintsa* «panadera».

Pero también encontramos claras muestras de especialización en cuanto al género fuera de este sufijo, en contra de lo que alguna vez suele decirse. Junto a sufijos de función diminutiva, o en términos generales afectiva, que no contienen alusión al sexo, como *-to* (*-tto*), *-txo*, encontramos otros cuya función específica parece haber sido la feminización. Junto a *ollasko* «pollo» tenemos *ollanda* «polla», con el suf. *-nda* (< *-nta*, conservado en la zona oriental), que aparece también en *urdanda* (con disimilación *urdanga*) «cerda»; junto a *mandoko* «muleto», *be(h)oka* «yegua joven, potranca» y, con la misma terminación *-a*, *astaña* «burra» junto a *zaldiño* «potrito».

Veamos ahora cuál era la situación en la antroponimia vasca medieval.¹⁶ Hay nombres que se emplean exclusivamente para hom-

429

¹⁵ Así, como señaló R. Lafon (*Le système du verbe basque au XVI^e siècle*, [Burdeos 1945], I, p. 413), Dechepare emplea el tuteo masculino para apostrofar a la lengua vasca (*heuscara*), y Leizarraga para dirigir la palabra a poblaciones como Belén, Cafarnaum o Jerusalén, o a apelativos como *hiri* «ciudad», *oliua* «olivo», *buru* «cabeza». En el Refranero vizcaíno de 1596 ocurre lo mismo con *ardura* «cuidado» (< a. cast. *ardura*, fem.). Incluso, al menos en los alrededores de Rentería, una mujer emplea el tuteo masculino para hablar consigo misma: *ori Olako duk!* «¡ése debe ser Fulano!».

¹⁶ Sobre onomástica vasca medieval son fundamentales A. Luchaire, «Sur les noms propres basques contenus dans quelques documents pyrénéens des XI^e, XII^e et XIII^e siècles», *RLPhC* 14 (1881), 150-171, y J. Caro Baroja, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Salamanca 1945, citado en adelante *Materiales*.

bres (*Aze[n]ari*, *Garsea*, etc.) o para mujeres (*Usoa*, vasc. *uso* «paloma»), ya sea que la adscripción a un sexo estuviera determinada por el sentido, ya sea que fuera el producto de ciertas condiciones históricas. Un adjetivo como *urdin* «azul, etc.», *zuri* «blanco» o *beltz* «negro» podía emplearse en principio indiferentemente para calificar tanto a un varón como a una hembra, aunque después, por razones fáciles de comprender, llegaron en algunos casos a perder esa indiferencia: así *domna Apalla*, si procede del vasc. *apal* «humilde», es el mismo adjetivo que encontramos como epíteto de un varón en *Gaxto Apala*. Pero la función de determinar el sexo de un nombre recaía en buena parte sobre los sufijos: *-co* se reserva para los masculinos (*Bellaco*, *Enneco*, *Vitaco*, etc.) y *-ca* para los femeninos (*Onneca*, *Urraca*), lo mismo que *-nda* (*Ochanda*). La terminación *-a* se empleaba para caracterizar nombres de mujer, y podemos pensar que su empleo fue extendiéndose con el tiempo, como puede verse por los ejemplos citados y por casos como *Semeno* / *Semena*, por más que, en sí, no bastara para determinar el género: *Urdina* fem., pero *Belagga*, *Garsea*, etc., masculinos.

11. Al intentar la interpretación, basada en consideraciones comparativas, de los nombres aquitanos y de sus componentes, penetramos en un terreno en el que las probabilidades de error se han aumentado en proporciones difíciles de calcular, pero la tentativa está justificada porque los riesgos, por grandes que sean, son inevitables si queremos aumentar nuestros conocimientos. El peligro crece porque el material de que disponemos, como siempre se ha reconocido, es bastante heterogéneo en cuanto a su procedencia.

En los nombres aquitanos hay, como se sabe, una cantidad considerable de elementos indoeuropeos, que en esta ocasión podemos designar fundadamente como célticos, empleando este término en sentido lingüístico con mucho más rigor de lo que muchas veces se suele usar, y más precisamente como galos.

430 No es ésta ocasión de examinarlos a fondo, puesto que han sido objeto de estudios más autorizados. Bastará con citar algunos ejemplos claros. En (*Mineruae*) *Belisamae* tenemos el suf. *-isamo-*, *-isama* de superlativo: galo *-isamo-* (*Marti Rigisamo*), a. galés *-ham* (*hinham* «el más viejo»), galés medio *-haf*, a. irl. *-em*, *-am* (*sinem* de *sen* «viejo», *ardam* de *ard* «alto»).¹⁷ En *deo Exprcen-*

¹⁷ Para *bel-*, v. J. Pokorny, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, [Berna 1949 ss.], pp. 118-119.

nio 329, el elemento inicial parece ser el prefijo *ex-* de galo *Exo-bnus*, *Excingus*, a. irl. *es(s)-*, etc. No ofrece duda la identificación de aquit. *-rig-* (v. § 5) con galo *-rig-* en *Cingeto-rix*, etc., celtibérico *DEIUOREICIS* (Luzaga), a. irl. *rí*, gen. *ríg* «rey», galés *rhi* «príncipe», ni la de aquit. *Litano*[... 127, con galo *Litano-briga*, *Litana silva*, a. irl. *lethan* «ancho», galés *llydan*, ambos inconfundiblemente célticos. Cf. además aquit. *Tout-* (v. § 6 y 14) con galo *Marti Toutati*, *Toutodiucis* gen., *Toutillus*, Τεύταμος (hispanico Τάύταμος Diodoro XXXIII I, 4), a. irl. *túath* «pueblo», galés *tud* «tierra»; aquit. *Dunohorigis* gen. con galo *Dubno-reix*, *-rex*, *Dumno-rix* (a. irl. *domun* «mundo», galés *dwfn*, a. irl. *domuin* «profundo»)¹⁸ y aquit. *Danno-* con galo *Dannomarus*, *Dannotali* gen., etc.

Entre las divinidades hay varios nombres que tienen un aire indoeuropeo, entre los cuales se cuenta *Abellion-*, tan frecuentemente atestiguado. Según Lizop (pp. 210 ss.) se trata, a juzgar por los símbolos grabados sobre altares votivos y estelas, de un dios solar, o mejor del dios solar pirenaico. Pero la etimología que propone me parece totalmente inaceptable y muy inferior a las dos ajenas que rechaza: la de C. Jullian que lo derivaba del nombre del «manzano» (cf. *malifera Abella* en Virgilio *Aen.* VII, 740), y sobre todo la de Philippon que lo relacionaba con galés *awel* «viento», etc. gr. ἄελλα «tempestad», si aceptamos que el fonema *w* o *v*, inexistente en aquitano, se representaba por *b*, del mismo modo que *Pompeiae Bocontiae* 160 está probablemente por *Vocontia*, según apuntó Seymour de Ricci.

431

¹⁸ Si se acepta esta identificación, sorprenden al punto dos cosas: 1, que en vez de *-bn-* o *-mn-* no aparezca *-nn-*, grafía tan frecuente, y 2, que se lea *-oho-* y no *-o-*. Ya sé que desde Schuchardt se viene afirmando que en vasco se ha producido un desdoblamiento (*Zerdehnung*) vocálico, de modo que de *zar* «viejo», pongamos por caso, han resultado *za(h)ar* y *zagar*. Pero, a mi entender, tal proposición ha sido más afirmada que probada y una persona suspicaz podría pensar que el principal motivo, no razón, de su aceptación es la facilidad que ofrece para combinaciones etimológicas. En el ejemplo citado en particular —y también en otros, aunque la documentación antigua sea ya más reducida— se puede probar cumplidamente que *za(h)ar* fue un día general en toda la zona de habla vasca, y que *zar* es el resultado de una contracción. Es posible, desde luego, que el desdoblamiento se produjera ya en vasco común, o antes de éste, si esto tiene algún sentido, pero, mientras falten las pruebas, esa afirmación guarda más relación con la metafísica que con la ciencia empírica.

12. Entre las ecuaciones vasco-aquitanas¹⁹ el grupo más seguro es sin duda el constituido por designaciones de sexo, edad y parentesco: aquit. *Andere*, *Cison*,²⁰ *Nescato*, *Sembe-*, *Seni-*, vasc.

¹⁹ Las obras de las que procede la inmensa mayoría de las aproximaciones que se examinan son, además de las señaladas en la nota 10 (una importante reseña crítica de H. Gavel en la *Revista internacional de los estudios vascos*, publicación a que en adelante nos referimos por *RIEV* 24, 1933, 688-695) y 16, son:

A. Luchaire, *Les origines linguistiques de l'Aquitaine*, Pau 1877.

A. Luchaire, *Études sur les idiomes pyrénéens de la région française*, París 1879.

H. Schuchardt, *Die iberische Deklination*, Wien 1907.

H. Schuchardt, «Iberische Personennamen», *RIEV* 3 (1909), 237-247.

H. Schuchardt, «Baskisch = Iberisch oder = Ligurisch?», *Mitteilungen der anthropologischen Gesellschaft in Wien*, 45 (1915), 109-124.

A. Schulten, *Numantia*, München 1914, I, pp. 71-75.

Para la relación con las antiguas lenguas hispánicas:

G. Bähr, *Baskisch und Iberisch*, Bayonne 1948.

M. Gómez-Moreno, *Misceláneas (Primera serie)*, Madrid 1949.

J. Caro Baroja, «Observaciones sobre la hipótesis del vascoiberismo considerada desde el punto de vista histórico», *Emerita* 10 (1942), 236-286 y 11 (1943), 1-59.

J. Caro Baroja, «La escritura en la España prerromana. (Epigrafía y numismática)», en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid 1954, I, 3, pp. 679 ss.

A. Tovar, *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires 1949.

A. Tovar, «Sobre el planteamiento del problema vasco-ibérico», *Archivum* 4 (1954), 220-231.

El bronce de Ascoli, citado TS, aparece en reproducción fotográfica y transcripción en el tomo II de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal. Los tres textos ibéricos en alfabeto griego son el famoso plomo de Alcoy (citado Alcoy I), del que se ocupan extensamente Gómez-Moreno y Bähr, otro, fragmentario, de la misma procedencia (C. Visedo, «Un nuevo plomo escrito de La Serrata [Alcoy]», *Archivo español de arqueología* 23, [1950], 211-212), citado Alcoy II, y el del Cigarralejo, Cig., publicado por E. Cuadrado Díaz, «El plomo con inscripción ibérica del Cigarralejo (Mula, Murcia)», *Cuadernos de historia primitiva* 5 (1950), núm. 1. Su texto se transcribe en minúsculas latinas.

Los textos en escritura indígena están reunidos en los conocidos repertorios de Hübner y Gómez Moreno y, de la manera más manejable para nuestros fines, en A. Tovar, «Léxico de las inscripciones ibéricas (celtibérico e ibérico)», *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid 1951, II, pp. 273-323. Aquí se transcriben en letra latina mayúscula.

²⁰ De relaciones fuera de la zona pirenaica se ha ocupado J. Hubschmid en [«Vorindogermanische und jüngere Wortschichten in den romanischen Mundarten der Ostalpen»], *ZRPh* 66 (1950), [1-94], p. 31.

and(e)re «señora, señorita, mujer»,²¹ *gizon* «hombre», *neskato* «muchacha», *seme* «hijo», *se(h)i* «criado», vizcaíno *señ* (ant. *sei* a leer probablemente *señ*), Landucci *segi* «niño»²².

Las razones que apoyan estas comparaciones son evidentes y pueden resumirse así: 1) los paralelos son formalmente irreprochables, 2) los nombres vascos comparados están en cierto modo dentro del mismo grupo semántico, 3) las aproximaciones están de acuerdo con el género de los nombres aquitanos (*Andere*, *Nescato*, son nombres de mujer; *Cison*, *Sembeten*, etc., de hombre), y 4) habla a su favor la persistencia de denominaciones análogas en Vasconia y sus proximidades durante la Edad Media, aspecto sobre el cual han insistido sobre todo Luchaire y Caro Baroja. Me limitaré a citar los ejemplos bien conocidos de *Aita*, *Eita* (vasc. *aita* «padre»), *Ama* (vasc. *ama* «madre»), *Amunna* (formado sobre *ama* como *aitona* = *Paterbonus*, *Bonuspater* sobre *aita*), *And(e)re* (y *Anderaço*, *Anderazu*, *Andereço*, *Anderezu*, *Anderete*), *Annaya* (vasc. *anai[e]* «hermano»),²³ usados principalmente como *praenomina*, pero también a veces como verdaderos nombres. *Arreba* (vasc. *arreba* «hermana [de hermano]») y *Osaba* (vasc. *osaba* «tío»), así como *Sein*, son apellidos actuales, y el patronímico *Señez* parece haber existido en Navarra en el siglo XIII.²⁴

Las tres primeras no necesitan justificación formal. En cuanto a aquit. (y vasc. ant.) **senbe* > vasc. *seme*, hipótesis ya antigua, la

²¹ Aunque Uhlenbeck, en su artículo «Las palabras vascas para designar la mujer» (trad. esp. en *Eusko-Jakintza* 2, [1948], 623-631) no encuentra atestiguado *emakume* «mujer» en textos vascos de los siglos XVI y XVII, sino solamente *emazte* y *andra*, *and(e)re* con ese valor, en el diccionario ms. de S. Pouvreau, del s. XVII, se lee: «*Andrea*, dame, maitresse. *Andregaya*, heritiere de maison. *Emaztea*, *Emaztequia*, femme mariée. *Emacumea*, femme, femelle, *Emea*».

²² Para el sentido, aparte de paralelos no vascos bien conocidos (lat. *puer*, gr. *παῖς* «niño» y «esclavo joven», irl. *mug* «esclavo, servidor», corn. *maw* «jovencito, criado», galo *Magu-*, etc.), cf. vasc. *morroi(n)* «mozo» y «criado», *mutil* «muchacho» y «criado».

²³ No sé incluso si no podría derivarse el antropónimo *Scemeno*, *Semen* (*Semen*, *Xemen*, *Semerote*) de vasc. *seme*. Esto supondría, naturalmente, que formas como *Eximinus*, *Eximino*, serían latinizaciones más o menos arbitrarias. La relación que Fr. Ignacio de Omaechevarría ([«Nombres propios y apellidos en el País Vasco y sus contornos»], *Homenaje a don Julio de Urquijo e Ybarra*, San Sebastián 1949-1951, II, pp. 153-175, p. 161) supuso con vasc. *ximen* «bien ordenado, pulcro, aseado» no me resulta satisfactoria.

²⁴ J. M.^a Lacarra, [«Onomástica vasca del siglo XIII»], *RIEV* 21 (1930), 247-254, p. 248.

reducción del grupo es del tipo más corriente y se ha producido tanto en Aragón y Castilla como en el S. de Francia. Más adelante veremos (§ 23) que el proceso podría apoyarse con razones internas de fonología vasca. Queda aquit. (y vasc. ant.) **seni* > vasc. *se(h)i*, *sein*, *segi*. Aunque creo haber sido el primero —y en cuanto sé el único— en sostenerla (*Emerita* 18, 1950, 467-481, pp. 475-476), ésta es precisamente, por su misma evidencia, una de las primeras aproximaciones que se hubieran propuesto, si se hubiesen tenido en cuenta los resultados de la reconstrucción de formas antiguas en vez de utilizar para la comparación las variantes más modernas, afirmando —y no probando— que una cualquiera de ellas es la primitiva, sin más razón que las conveniencias del momento. De una manera curiosa, G. Bähr que estableció la forma común **seni* (*Euskera* 16, 1935, 3-42, p. 10),^b no cayó en la cuenta, en su *Baskisch und Iberisch*, de la identidad formal de su reconstrucción con aquit. *Seni*-, cegado sin duda por el parecido de éste con i.-e. **seno*-.

En cuanto a su género, el vizc. *seiñ* se aplica, como fr. *enfant*, al. *Kind* o gr. παιδίον, tanto a niños como a niñas; tenemos incluso el testimonio bien expreso de Landucci, para quien «niño» es *seguí mutila* y «niña» *seguí sescatoa* (sic). Personalmente, me inclino a creer que aquit. **seni* era precisamente «niño» «muchacho», o sea la contrapartida masculina de **nescato*. Pero esto, naturalmente, no pasa de ser mera suposición.

Ya se ha dicho (§ 5) que el género de *Senarri* (*Sentarri* según Seymour de Ricci) impide relacionarlo con vasc. *sen(h)ar* «marido»: un epígrafe que dijera ...«*Marito*»... *filiae*, sería por lo menos chocante. Tampoco me parece aceptable, y esta vez por razones formales, la relación que se ha solido establecer entre aquit. *Seni*- e ib. *Sani*- (cf. *Sanibelser* TS), mientras otros ejemplos no establezcan la correspondencia aquit. *e* : ib. *a*.²⁵ La diferencia de una vocal puede parecer pequeña en una actividad en que las vocales se tienen poco en cuenta y las consonantes nada, o tal vez sea al revés, pero si re-

^b «Los nombres de parentesco en vascuence».

²⁵ *SANI* ocurre, al parecer como palabra aislada, en una inscripción sobre una pátera hallada en el Castellet de Banyoles, Tivissa. Sobre ese letrero hice unas consideraciones en «¿Un aoristo sigmático indoeuropeo en la pátera ibérica de Tivissa?», *Emerita* 20 (1952), 153-160, pero, como no tenían más valor que el de una mera exploración, cuyo resultado dependía de la aparición de hechos convergentes, no hay por qué tenerlas en cuenta ahora.

cordamos que esp. *paro*, *pero*, *poro* y *puro* o vasc. *atz*, *itz*, *otz* y *utz*, aunque no difieren más que en una vocal, tienen sentidos muy distintos, no pensaremos que tal desconfianza sea exagerada.

El grupo podría aumentarse con la ecuación aquit. *Atta-* (*Attacconis* gen., *Attacconi* dat.), vasc. *aita* «padre», si, como suponía N. M. Holmer (*BAP* 6, 1950, 399-415, p. 404),^c *-it-* procede de *-t-*, con palatalización expresiva *-t'*: cf. lat. *atta*, gr. ἄττα, a. irl. *aite*, etc. Luchaire (*Études*, pp. 64-65) admitió incluso la posibilidad de que aquit. *tt* representara precisamente el sonido de vasc. *tt*, es decir [t'], fundándose sin duda en la igualdad gráfica, pero esto no me parece verosímil.

434

13. Por lo que respecta a nombres de animales, frecuentes en la onomástica vasca medieval (cf. *Aze[n]ari*, vasc. *azari*, *azeri*, etc. «zorro»), los ejemplos aquitanos más seguros parecen ser *Harsi* h. gen. y *Osson* 101, *Oxson* 369 h. El primero, que debe estar relacionado con *Harsori* y *Harspus* (cf. para éste *Hanabus* 288 h. junto a *Hanaconis* h. gen.), nombres también masculinos, ha sido en efecto identificado con vasc. (*h*)*artz* «oso»;²⁶ en la onomástica medieval encontramos *Arzco* en Navarra y *Harse*, nombre de un vasco de Urcuit según Luchaire, quien relaciona también con (*h*)*artz* el nombre medieval *Arsius*, *Arsias*, frecuente en territorio aquitano.²⁷ Con *Osson*, *Oxson*, podemos comparar el vasc. *otso* «lobo», antrop. *Ochoa*,

^c «Las relaciones vasco-celtas desde el punto de vista lingüístico. Un estudio sobre el vocabulario y los elementos formativos del idioma basco».

²⁶ Aunque aquí he evitado entrar en el problema de la relación de palabras vascas con otras de lenguas indoeuropeas (vasc. *andere*, irl. medio *ainder*, etc.), advertiré incidentalmente que nunca he comprendido muy bien por qué, al menos desde Schuchardt e incluyendo a H. Pedersen (*Vergleichende Grammatik der keltischen Sprachen*, [Göttingen 1909-1913], I, p. 21), pero con la excepción de Holmer, se viene considerando a (*h*)*artz*, que no tengo inconveniente en creer i.-e., como un préstamo del celta, cuando por el consonantismo está más cerca, por ejemplo, de lat. *ursus* y le falta el tratamiento específicamente céltico del grupo *kth* de Brugmann o, si lo preferimos, de la oclusiva *k^s* de Benveniste: irl. *art*, galés *arth*, galo *deae Artioni*. La aspiración inicial vasca es, por otra parte, demasiado lábil para sacar conclusiones de la comparación con hitita *hartagga-*, cuyo significado «oso» es además problemático (J. Friedrich, *Hethitisches Wörterbuch*, [Heidelberg 1952], p. 61 a).

²⁷ Luchaire relacionó también con (*h*)*artz*, equivocadamente, al menos en lo que respecta a una relación directa, el patronímico *Arceiz*, que no es más que una variante de *Garceiz*, con pérdida de *g* en posición intervocálica (R. Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, [Madrid 1950³], p. 322: cf. *Lope erascoyz de Berasco*).

Ochanda, Ochoco (*Osaco, Ossoco, Oxoco*). Obsérvese, sin embargo, que el antropónimo aquitano está declinado como un tema en *-n* (cf. *Cison*, vasc. *gizon*), no como un tema en *-o* (cf. *Anderexo, Nescato*, etc.), aunque también está atestiguado *Andoston*, gen. *Andostonis*.²⁸

435 La relación entre *deo Idiatte* 65 y vasc. *idi* «buey» resulta, por el contrario, muy poco segura, tanto porque su segundo elemento no quedaría explicado como porque los nombres de divinidades son mucho más refractarios al análisis.

La comparación de *Heraus*(*corritsehe*) con bajo-nav. *herauts, herau(t)x* «verraco» (en S. Pouvreau *Heraussia* truië en chaleur, *Herautsa* verrat, *aketza*), debida a Schuchardt, es irreprochable en cuanto a la forma y preferible por el sentido a su anterior comparación con *erhauts, errauts* «polvo, ceniza». Aunque la difusión conocida del término vasco es pequeña, no tiene aspecto de ser de introducción reciente.

La identificación de aquit. *Belex*, etc. con vasc. *beltz, baltz* «negro» o con *belatz, belatx* «gavilán» «corneja» (de *bele* «cuervo»), que según la opinión generalmente compartida forman parte del mismo grupo etimológico, es razonablemente segura, a pesar de las dudas que Schuchardt llegó a sentir. El vasco *beltz*, vizc. *baltz*, tal vez proceda de **beletz*, lo cual explicaría acaso la extraña alternancia *a / e*, y como veremos más abajo, es natural suponer que *belatz* procede de un **beletz* anterior. *Belce, Belza, Valza* (cf. *in uilla Nunnofalzahuri* «villa [*huri*] de Nuño el Negro», año 1078) es frecuente en la onomástica medieval, incluso alguna vez como verdadero nombre a juzgar por las apariencias: *Don Belcho de Yrurre*, Lacarra, *RIEV* 21, 1930, 247-254, p. 250.^d Lo mismo el nombre *Belagga* (y *Blagga*, con *gg* = esp. *ch*), *Belatce, Belaza*. Nada se opone tampoco a la relación entre aquit. *Belex* e ib. *Beles* (y *Vmarbeles* TS, *Neitinbeles* II, 6144, *ICORBELEŚ, ISCEŔBELEŚ, ILDUBELEŚ*(EBAN)). Parecen variantes de *Beles* en los nombres ibéricos, o al menos relacionados de algún modo con él, *-peles* (*Estopeles* TS), *-meles* (*Ordumeles* TS), *-melis* (*Turtumelis* TS), *-bels* (*Bennabels, Sanibelser* TS, *ATABELS*), *-mels* (*Adimels* TS), pero creo, con Caro Baroja, que hay que separar de este grupo el formado por *bilos-*, *-bilus*

^d «Onomástica vasca del siglo XIII».

²⁸ Admitida esta posibilidad, la comparación de aquit. *Sosonnis* h. gen. (nomin. **Soson*) con vasc. *zozo* «tordo» no presentaría dificultades formales.

(*Bilustibas* TS, *bilošg.* Alcoy II, *BILOSBALCARCAIS*, *BOSTE-* o *BOSCUBILOS*), *-milos*, *-milus* (*Sosimilus* TS, *Sosimilos* II, 3295), cuyo vocalismo es distinto.²⁹

14. Hay coincidencia exacta entre aquit. *bihox-* en *Bihoxus*, *Bihoscinnis*, y vasc. *bi(h)otz*, *bigotz* «corazón», pero cf. lo dicho en § 6 sobre *Bihotus*, *Bihotarris*. Hay que agregar ib. *bios(ildun)*. Alcoy II,³⁰ que, a juzgar por su estructura —compuesto bimembre— y la frecuencia con que *-ildun*, *-illun* ocurre en antropónimos, parece un nombre de persona. Para el uso del nombre de una parte del cuerpo como antropónimo podría aducirse el paralelo de apodos medievales navarros como *Gra(cia?) Sauela* (vasc. *sabel* «vientre»), *Buztayna* (vasc. *buztain*, *buztan* «cola») o *Garcia capeça*.

La primera parte de aquit. *Lohixsus*, *Lohitton* es idéntica en cuanto a la forma a vasc. *lo(h)i*, *logi* «lodo» «sucio» (y ant. «cuerpo»).

Los nombres *Borsei* 55, h. gen. (hay también *Borso* 268, h. dat.), y *Laurco* 472 (padre de *Laurina*), se han comparado con vasc. *laur* «cuatro», *bortz* «cinco», recordando lat. *Quintus*, *Quartus*, etc.³¹

Los nombres de dioses, como ya hemos indicado repetidamente, no se prestan demasiado a la comparación, ante todo porque nuestras ideas acerca de las creencias religiosas de los aquitanos no son demasiado claras y por ello no sabemos qué elementos significativos podemos encontrar en las denominaciones de sus divinidades. Muchas de éstas, además, no tienen aire de nombres indígenas, como el *Arpeninus* que cita Lizop. Existe, por otra parte, el problema de que algunos topónimos que se han conservado hasta nuestros días parecen continuar nombres de dioses (*Garre* / *Gar*, *Aherbelste* / *Arboust*, *Arbéust*, *Artahé* / *Ardet*, *Baeserte* / *Basert*, *Erge* / *Monserié*, *Mounsiré*, etc.) y, aunque no estoy capacitado para juzgar en detalle la corrección de estas equivalencias, pienso que el hecho es indiscutible, sobre todo si se piensa en el dios *Iluro* y en la ciudad del mismo nombre. Ahora bien, aunque el topónimo ha podido nacer

²⁹ La relación propuesta con celt. *bilo-* «bueno» no deja de ofrecer dificultades. El irl. medio *bil* «bueno» supone *bili-* (cf. galo *Bili-catus*) y el a. a. a. *bilo-* (Pokorny, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, p. 153) y todas las apariciones son de que el ib. *bilos-* es un tema en *-s*.

³⁰ R. Lafon, «Deux nouvelles inscriptions ibères en caractères grecs», *Bulletin hispanique* 55 (1953), 233-242.

³¹ V. también el estudio de A. Tovar «Numerales indoeuropeos en Hispania» sobre numerales indoeuropeos no latinos en la onomástica hispánica antigua en *Zephyrus* 5 [(1954), 17-22].

del culto, como *Santander* o *Donostia*, también puede la divinidad tener un nombre local, con lo que la investigación tendría que remontarse al estudio de los elementos significativos de los nombres aquitanos de lugar, en lo cual no espero que puedan obtenerse resultados demasiado satisfactorios.

437 Hay de todos modos entre estos nombres dos, *Arixo deo* 365, *Marti Arixon* 366, [*A*]rixo[*ni*] *deo* 63³² y *Artae* 71, *Artehe deo* 71, *Artehe* 64, *deo Artae* 70, que han sido comparados con *vasc. (h)aritz* «roble» y *arte* «encina», comparación que, como Schulten señaló con mucha razón, se apoya en la existencia de *Fago deo* 33, 223, 224 y 225 y *Sex(s)arbori deo*, *Sexarboribus*, así como, más al Norte, *deo Robori* 1112. De ser esto exacto, *Arixo* procedería de **Arix* + *xo* y, aunque existe la variante *areitz* (> *vizc. aretx*), que parece más antigua que *(h)aritz*, no podría excluirse, entre otras, la posibilidad de que la reducción a *i* del diptongo fuera un hecho ya cumplido en una zona en aquella época.

Añadiré finalmente unas comparaciones ibero-aquitana: *aquit. Baeserte deo*, *ib. ...espaiser* TS, *Tannepaeseri patri* (Obarra), *BELASBAISER(EBAN)* (la relación con *vasc. baso, basa-* «bosque» me parece aun más dudosa); *aquit. Torsteginnus*, *ib. Torsinno* (corrigiendo la segunda letra que es *g*) y *aquit. Tals-* (v. § 6), *ib. Tautindals* TS (la diferente cualidad de la oclusiva estaría determinada por la distinta posición), las dos últimas debidas a Schuchardt. Desde luego el elemento *taut-* se encuentra en ambas zonas.

15. Varios nombres medievales, de origen vasco en apariencia, pueden interpretarse como adjetivos: *Appalla*, *Ozanna*, *Urdina*. Por otra parte es lógico pensar que algunos nombres compuestos aquitanos puedan estar formados por *nombre* + *adjetivo*, en este orden, si se juxtaponen con arreglo a las leyes de la composición vasca.

Un paralelo excelente, que creo ha sido propuesto por Caro Baroja, es el de *aquit. Berhaxis* h. gen., y medieval *Beraxa*, patron. *Beraxaiz*, *vasc. beratz* «blando, benigno» de *bera* «blando».

La relación de *aquit. Andose*, *Andossus*, etc., con *vasc. (h)andi* «grande» me parece posible a pesar de la objeción de Gavel de que *(h)andi* es secundario con respecto a *(h)aundi*. El testimonio

³² Seymour de Ricci sospecha que, al menos en alguno de los epígrafes, pueda faltar una letra inicial, probablemente *C-*. Pero esto tampoco sería una objeción insalvable, puesto que no es ni mucho menos imposible que en el vasco *(h)aritz* se haya perdido una oclusiva velar inicial.

de los textos vascos antiguos no corrobora su opinión, pues en ellos, cualquiera que sea su procedencia, *(h)andi* está muy cerca de ser forma única. Habrá que pensar que en *(h)aundi* hay una diptongación secundaria, quizá de carácter expresivo. La posición final de *Andose* en XII, 4356, más bien apoya la presunción de que se trata de un epíteto.

El segundo elemento de *Ilurberrixo*, *Ilurberrixon[i]* es a todas luces idéntico a *vasc. berri* «nuevo» y al segundo miembro de *Iliberri* en la Bética, nombre de ciudad que se repite en *Iliberri*, Elna, y *Elimberrum*, *Eliberre*, Auch. Esta identificación sigue conservando a mi entender todo su valor a pesar de las objeciones que contra ella se han presentado. Únicamente queda abierto el problema de cuál es la lengua a que podemos atribuir como propio ese nombre, pues en las monedas de la población hispánica se lee al parecer *ILDURÍR* o, como quiere Caro Baroja, *ILURÍR*. Hay también ...*jaberri deo*, Lizop p. 87, n. 112.

-gorri, -corri en *Baigorixo*, *Baico[r]rixo*, etc., puede muy bien compararse a *vasc. gorri* «rojo». Lo que da valor a esta comparación es que *Baigori-*, completo, parece idéntico al top. vasco *Baigorri*, cuyo primer elemento parece ser *ibai* «río». Ciertas formas medievales del nombre (*Bigur*, *Beygur*, etc.), que adujo Vinson, no pueden debilitar este hecho. El mismo radical se repite en *(Heraus)corritsehe* y *Lurgorrr*[...], nombre también de divinidad, citado por Lizop, p. 87, n. 112. Más inseguro es el caso de *Calagurris*, *Calagorris*, nombre de dos ciudades hispánicas y de una aquitana: *CALACORÍCOŚ* «Calagurritani».

Erditse d(eo), junto con *Erdenius* y *Erdescus*, fue relacionado por Schuchardt con *vasc. erdi*, «medio, mitad». Las terminaciones quedan sin explicar. El aquit. *ilun(n)-* merece consideración aparte.

16. La comparación con *vasc. il(h)un* «oscuro» no es tan impecable como parece, puesto que la forma vasca supone un antiguo **illun* o **iLun*, según se prefiera hablar de una consonante geminada o de un fonema que sería a *l* como irl. *L* (sin lenición) es a *l*, es decir una lateral que no pasó a *r* en posición intervocálica.

Pero las posibilidades comparativas no se detienen en el vasco. En la TS tenemos *Vmarillum*, que debe estar por *-illun*,³³ y éste es

³³ La comparación de *Vmar-* con *vasc. umerri* «cordero» le fue sugerida probablemente a Schuchardt por las correspondencias semíticas que creía haber encontrado para esta palabra (acadio *immeru*, etc., [«Baskisch-hamitische Wortvergleichen»] *RIEV* 7, [1913, 289-340], p. 315). Pero *umerri* tiene una etimología vasca muy sencilla **uma-berri* «cría nueva» y esto es precisamente lo que significa en b.-navarro y salacenco.

- 439 inseparable de ib. (NERÉ)ILDUN, *biosildun* Alcoy II.³⁴ Ahora bien, hay abundantes ejemplos de que ib. -LD- aparece como -l(l)- en inscripciones latinas y en los autores clásicos: SALDUIE, (*Turma*) *Salluitana*; ILDIRTA, *Ilerda*, Ἰέρπη; ILDIRCESCEN; ILDUGOITE, *Ilugo(nenses)* (?) II, 3239; ILDETURGI,³⁵ *Iloiturgense*,³⁶ *Iluturgi*, *Iliturgi*; para -ll- / -l-, cf. *Illuersensis* TS, *Ilursenses* Plin. III, 24.

La correspondencia más clara, sin embargo, porque interesa al aquitano, nos la proporciona aquit. *deo Iluroni* 154, top. *Iluro*, actual Oloron, nombre de una ciudad en la Bética y de otra entre los layetanos, ib. ILDURO en monedas de esta última. Este ejemplo muestra claramente que lo que en escritura ibérica se escribía, quizá con grafía arcaizante, *ld*, y en el bronce de Ascoli *ll*, es *l* no sólo en los autores clásicos y en las inscripciones latinas de España, sino también en la Aquitania. Parece natural pensar con Casares que esta reducción gráfica responde a una reducción real en la pronunciación más bien que a una adaptación resultante de la escasez del grupo *ld* en latín, que existía al menos como consecuencia de síncope (*valde*, etc.). Esto nos indica además que o bien los aquitanos habían perdido la distinción entre *l* y *ll* o bien que no se cuidaron de reflejarla por escrito. En cualquiera de los casos es claro que la correspondencia vasc. *il(h)un*, aquit. *ilun(n)*- (ib. -*ildun*, -*illun*) puede mantenerse perfectamente.

- Schuchardt veía en *Asto Ilunno*, *aste* «semana» e *il(h)un* «noche» (*sic*).³⁷ Yo no creo imposible que vasc. *il(h)un* «oscuro», siguiendo la opinión de Bonaparte (Azkue, *Diccionario*, s. u.), sea un derivado de *il* actualmente «mes», pero antes, como muestra claramente el vizc. *illen* «Lunae (dies)», también «luna». Ahora bien, sobre *illargi*,
440 el nombre vasco más extendido de la luna, escribió Uhlenbeck un

³⁴ Sospecho que en la estela de Fraga (Gómez-Moreno, *Suplemento*, núm. 23), que sólo se conoce por un calco, debía leerse ALORILDUIN y no ALORILDUII: la confusión entre ib. *I* y *N* no puede ser más fácil, como es bien sabido.

³⁵ Ceca 96 de Vives. Esta lectura me parece preferible a la que da Caro Baroja: ILDUURGI. Según Vives, los dos últimos caracteres no son legibles: en todo caso el grupo *ld* parece seguro.

³⁶ *oi* es naturalmente una grafía arcaizante por *ū*: cf. a. lat. *oino* «ūnum».

³⁷ El primero alternativamente por *asto* «asno». Pero en sul. del siglo XVII (Sauguis, Oihenart, Tartas) hay *arsto*, con muchas probabilidades de que *r* no sea epentética. Azkue proponía (¶«Gure 'academia' oni dagokion euskal-izena»), *Euskera* 1, [2], [1919-1920, 3-11], p. 5) la etimología **(h)arz-to* (cf. *osto* «hoja» de **orri[i]-sto*) que me parece mejor, en todo caso, que pensar con Rohlf s en lat. *asinus*.

artículo (en *Homenaje a C. de Echegaray*, [San Sebastián 1928], pp. 557-560)^e que, a mi entender, ha servido principalmente para confundir nociones que estaban ya muy claras. Admito que *argizagi* o ronc. *góikua* se deban a un tabú de vocabulario, pero creo que esto no es razón suficiente para rechazar la explicación evidente de *il(h)argi* como «luz de luna» o «luna clara». Que «luna» y «mes» se designen por la misma palabra es un hecho que se ha dado y se da en muchas lenguas y ni siquiera es desconocido para los indoeuropeístas. No tiene tampoco nada de particular que una palabra de tan reducido cuerpo como *il* se haya ampliado uniéndole un adjetivo que significa «claro» (cf. lat. *luna*, etc.), pero sí es sorprendente que el autor de un diccionario etimológico del indio antiguo olvidara que en aquella lengua existía un término para «luna» que es el equivalente exacto de vasc. *il(h)argi*: *candrámas*-, lit. «luna brillante».

Con respecto a aquit. *ilur*- no pueden hacerse más que conjeturas y lo incómodo es que hay demasiadas para elegir. A. Tovar ha llamado repetidamente la atención sobre el hecho de que hay ib. *ILDU* e *ILDUR* junto a *ILDUN* y en el curioso parecido de esta alternancia, si así podemos llamarla, con la que se observa por ejemplo en vasc. *egun* / *egu(berri)* / *egur(aldi)*. En este último caso, en la alternancia vasca, que no creo haya sido explicada, cada forma está determinada por la posición: *-n* en final, *ero* ante consonante y *r* ante vocal.³⁸ En otros casos (así *oi[h]ar*-) la forma con *r* se presenta también ante consonante, pero nunca en final. En ib. tenemos *ILDUBELESEBAN*, *ILDUTÁS* e *ILDURADIN*, pero también *Illurtibas* TS e incluso *ABARILDUR*. Esto nos autoriza, pues, acaso a suponer que aquit. *ilur*- no es más que una variante posicional de *-ilun*.

De las posibilidades no citaré más que una. Como se sabe, hay vasc. *Irunberri* junto a *Iriberry* y siempre se ha pensado que *irun*-procede, de una u otra manera, de *iri*.³⁹ Esto nos permitiría por lo tanto postular un *ilur*- derivado de *ili*- «ciudad», que se justificaría exactamente de la misma manera. Esta opinión acaso quede refor-

^e «Quelques observations sur le mot *ilargi*».

³⁸ La alternancia existe en un caso como vasc. *bel(h)aun* «rodilla» / *bel(h)auri-katu* = a. cast. *fincar los inojos*, donde el origen de *-ikatu* es también **figicare*.

³⁹ Gavel (¶ «reseña de Lizop, *Le Comminges...*»), *RIEV* 24, [1933, 688-695], p. 689), por ejemplo, lo explica por **Ilu-on-berri* «Nueva Villabona».

441 zada por el hecho de que existe también una divinidad *Ilumbero* (o *Ilumber*, según Hirschfeld). Por último *lur-* en *Lurgorr*[...] podría ser var. de *ilur-* —hay hechos análogos en la toponimia hispánica antigua—, pero recuerda por otra parte el vasco *lur* «tierra» (*Lurgorri* es el nombre de un caserío de Aramayona, Álava), ib. *LURCERETEN* en Ampurias, según Almagro.

17. Entre los elementos finales, en parte simples sufijos derivativos, hay algunos que se prestan a la comparación.

-*adin(n)*- en *Dannadinnis*, h. gen., ha sido comparado por Schuchardt con el componente de ib. *Balciadin*, *Nalbeaden*, *Sosinaden* (inicial *Adingibas*, *Adimels*) TS, *Viseradin* II 4450, *Baesadine* (abl., Livio XXXIII 44, 4), *ILDURADIN*. El análisis del nombre aquitano no es seguro (cf., sin embargo, *Dannonia*, *Dannoni* gen., *Dannorix*) y en todo caso es ejemplo único. El vasco. *adin* «edad» «coetáneo» (vizc. «entendimiento, juicio») sería una correspondencia irreprochable en cuanto a la forma.

-*bon(n)*, empleado también en inicial y que por tanto debía conservar el valor de palabra autónoma, no parece tener correspondencia ibérica. Como señaló Gavel (*RIEV*, 24, 1933, 688-695, p. 689)^f su continuador actual podría ser, si atendemos a la forma, el vasco. *on*, *hun* «bueno». Estoy también de acuerdo con él en que el adjetivo vasco difícilmente puede proceder del gascón, o en general de un dialecto románico, pero no en cuanto a que sea una «aportación italo-céltica». El lat. *bonus* no tiene correspondencia céltica (irl. *bon* es un préstamo), y no hay que insistir sobre el hecho de que en una época no muy remota su forma era *duenos* en latín mismo. Dentro siempre de la hipótesis de que **bon-* sea la forma antigua de vasco. *on*, habrá que admitir, pues, o bien que se trata de una simple coincidencia o bien que la palabra se tomó del latín en fecha muy antigua y que la adaptación se hizo suprimiendo la terminación.

-*cin(n)*, -*gin(n)*: cf. acaso medieval *Anderquina*, *Anderguina*, *Andrequina*.

-*co(n)*, -*cco(n)* puede identificarse con la mayor verosimilitud con el suf. vasco -*ko*, que forma diminutivos o de un modo general hipocorísticos, y al cual nos hemos referido ya en el § 10. Fundamenta esta idea el que -*ko* se muestre vivo en la formación de antropónimos durante la Edad Media: *Ochoco*, *Vitaco*, *Belasco* (? fem.

^f Reseña de R. Lizop, *Le Comminges et le Couserans avant la domination romaine*, Toulouse 1931.

Belasquita), posiblemente *Enneco*, *Obeco*, etc. Incluso en nuestros días se emplean como apodos *Axerko* y *Otsoko* con intención humorística. Los nombres de mujer en *-ca* se pueden considerar como el resultado de la moción de *-co* (*Onneca*, *Urraca*) y acaso sean equivalentes a aquit. *Sunducca* por ejemplo.⁴⁰

-en(n) está claro en *Belexennis* gen. (cf. *Belex*). La correspondencia vasca sería el suf. *-en* de gen. indeterminado, que parece haber tenido otra forma (del mismo origen?) *-e*. Esta es la terminación de *Leheren(n)* nombre de un dios que ha sido interpretado por *le(h)er* «reventar», *le(h)er* «pino» y *le(h)en* «primero». Hay que advertir, sin embargo, que el superlativo vasco es sencillamente, según la aguda hipótesis de Schuchardt, un gen. determinado de pl., hipótesis que se ve apoyada por formaciones como a. vizc. *lenaengo* «primero» o el top. alavés *Goiāhen* (= *goi[h]en*), año 1025.

-os(s), *-osso-*, *-oxo-*: La sugerencia más valiosa sobre este sufijo es la de G. Rohlfs en su artículo «Sur une couche préromane dans la toponymie de Gascogne et de l'Espagne du Nord» (*RFE* 36, 1952, 209-256) quien lo identifica con el suf. *-ós*, frecuente en nombres de población en el territorio de la antigua Nouempulana, que en Aragón y Navarra romanizada tiene la forma *-ués*. Las bases a que se ha añadido deben ser antropónimos, bien documentados directamente, bien deducidos de la comparación con topónimos en *-anu* y *-acu*. Al mismo resultado en lo que aquí nos interesa llegó independientemente J. Séguy (*Actes et mémoires du troisième congrès international de toponymie et anthroponymie*, [Louvain 1951], II, pp. 218-222).[§] El sufijo parece ser el mismo que aparece en el País Vasco en la forma *-oz(e)* u *-otz(e)*, que no ha sido suficientemente estudiado desde este punto de vista. Es curioso que el top. *Andoce* o *Andosse* (vasc. *Andozeko ibarra*), valle suletino entre Licq y Larrau, parezca continuar, como señaló Gavel el aquit. *Andoss(us)*. El top. vasco coincidiría con el gascón *Anós* (núm. 18 de Rohlfs).⁴¹

§ «Le suffixe toponymique *-os* en Aquitaine».

⁴⁰ No veo razones decisivas para pensar, con A. Tovar, que *Senicco* es, como *Seneca*, etc., un derivado de i.-e. **seno-* «viejo». Aunque admito la posibilidad de una coincidencia, prefiero descomponerlo sin residuo en dos elementos aquitanos bien conocidos en otros nombres.

⁴¹ Esta etimología fue ya propuesta por Lizop, quien explicaba también por *Vindossus* el top. *Binós* (p. 117, n. 45).

443 -se, -xe. El único paralelo vasco que le encuentro es -xe en *Totacoje*, Refranes de 1596, 306 ($j = x$), *Totica*, es decir diminutivo del nombre de mujer *Toda*, vasc. med. *Dota*, *Tota*.

-tar(r) se ha relacionado siempre con vasc. -tar(r), que indica procedencia, aunque Bähr expresó dudas acerca de si el sufijo aquitano podía tener tal valor (*Baskisch und Iberisch*, 106). Caro Baroja ha reunido numerosos nombres medievales de igual terminación: *Ahostar* (*Affostar*, *Ahoçtarriç*, etc.), *Belastar*, *Lar(r)istar*, *Ralistar* (*Ralistar*, *Raristar*), etc. En Aquitania, excepto en el dudoso *Sentar*, ocurre siempre en nombres masculinos. Como vasc. -ar es var. de -tar (-dar sólo detrás de *n* o *l*), se ha relacionado con vasc. y aquit. -tar no sólo el ib. -tar de *Suisetarten* TS y *Urcestar* II, 2067, sino también -dar en *Chadar*, *Urgidar* TS. Cf. además ib. -TAR, -ETAR (o -DAR, -EDAR) en leyendas monetales.

-ten(n). Schuchardt le encontró correspondencia en ib. *Suisetarten* TS, que interpretaba «Suessetanus»; aunque sea exacto, es caso único. El suf. recuerda por la forma el aquit. -en(n) (v. supra) e incluso ib. -CEN o -GEN, frecuente en monedas, pero no en otros letreros, y cuya significación es tan discutida. Se trata de todos modos de un simple parecido.

-to(n). Su aproximación a vasc. -to (-tto) cobra fuerza por la exacta coincidencia de aquit. *Nescato* y vasc. *neskato*, derivado de *neska*. Medieval *Nunnuto* Vizc., año 1053.

-xo, -xso puede compararse a vasc. -txo: el aquit. *Anderexo* sería así igual a vasc. mod. *andretxo* «señorita, mujercita». En antropónimos medievales hay más de una terminación en silbante, cuya pronunciación exacta no se puede precisar: *Anaso*, *Nonnuso*, *Nunuso*, *Munnasum*, *Iaunso* (cf. vasc. *iaun* «señor»), *Anderazo*, etc. (*Materiales*, pp. 165 ss.).

18. Hay además una notable coincidencia en la declinación de los antropónimos aquitanos y medievales, observada por Caro Baroja (*Materiales*, pp. 205 ss.). En las genealogías del Códice de Roda de procedencia navarra,⁴² y también en otros textos, encontramos genitivos como *Belascones*, *Galindonis*, *Garseanis*, *Enneconis*, *Furtunionis*, *Scemenonis*, *filium Galindi Belascotenes* (en escritores árabes *Ibn Balaskut*), de *Belasco*, *Galindo*, *Garsea*, *Enneco*, *Furtunio*, *Scemeno*, *Belascot(e)*. Estas formas pudieron perfectamente tener

⁴² J. M^a. Lacarra, *Textos navarros del Códice de Roda*, [[extracto de] *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón* (Sección de Zaragoza), 1945, I, pp. 193-283.

algo más que una existencia libresca. Patronímicos de rasgos vascos como *Berascoiz*, *Garindoiz*, *En(n)ecoyz*, *Semeroyz* (o, con particularidades romances, *Enecons*, *Galindons*, etc.) pueden proceder con evolución normal de *Belasconis*, *Galindonis*, *Enneconis*, *Semenonis*. Claro que hablar para estos patronímicos de declinación latina a secas no es muy exacto, y sería preferible referirse a una adaptación pirenaica de la declinación latina. Añadiré además que me parece mejor pensar en la pervivencia *in situ* de una costumbre antigua que en una influencia germánica que en Navarra parece haber sido bien escasa.

Todavía más. Observa el mismo Caro Baroja (*Materiales*, p. 164) el perfecto acuerdo de un patronímico medieval como *Ahoçtarriç* con un gen. aquit. como *Halscotarris*. Recordando que vasc. *-i(t)z* es el reflejo normal de lat. *-is*, no creo que sea descabellado sostener que ésta exactamente ha podido ser la procedencia de algunos patronímicos vascos. Quedan todavía demasiados puntos oscuros en lo referente a la onomástica medieval de la Península y éste, el del origen de los patronímicos, me parece uno de los problemas no enteramente aclarados. En todo caso pienso que el papel activo del elemento indígena consistió más bien en la adaptación y combinación, distintas según las zonas, de elementos latinos.

19. La validez de algunas ecuaciones vasco-aquitanas depende de la respuesta que se dé a un problema de gramática histórica vasca que me ha parecido mejor no tocar hasta ahora, aunque su lugar estaba más arriba. Los compuestos forman una parte considerable del léxico vasco y a ellos se agregan desde el punto de vista que aquí nos interesa muchos de los que corrientemente se llaman derivados cualquiera que sea la distinción precisa entre ambos conceptos. Los compuestos que, por formación y sentido, recuerdan extraordinariamente el tipo indoeuropeo que encontramos abundantemente representado en griego o en las lenguas célticas y germánicas, presentan ciertas modificaciones del final de su primer miembro, modificaciones que esencialmente consisten en 1) cambio del timbre de la vocal final (*-e* y *-o* en *-a*), 2) pérdida de *-i*, y, menos frecuente, de *-u*, y 3) modificaciones de la consonante final bien originariamente o bien a consecuencia de la caída de la vocal (*euskal-dun* de *euskara*, *giza-seme* de *gizon*, *jaur-egi* de *jaun*, *erret-bide* de *errege*) y simplificación de los grupos consonánticos resultantes (*errepide* de *erret-bide*, *bekaitz* de **bet-gaitz*, etc.).

¿Cuál es la razón de estas modificaciones o, lo que equivale a lo mismo, cuál es su cronología? Ha faltado que yo sepa una discusión de fondo, aunque bien lo merecía este curioso estado de cosas que encontramos ya en los primeros nombres propios atestiguados en la Edad Media: *Essavarri* (*etse*), *Atahuri* (*ate*), *Otazu* (*ote*), *Arzubiaga* (*arri*), *Arzanhegi* (*artzai[n]* de **artzani*), *Elhossu* (**elhorrizu*) en la Rreja de San Millán. Si uno puede permitirse el tratar de concretar estados más o menos difusos de opinión, diría que hay dos tendencias que podemos llamar sincrónica y diacrónica. Para unos, puesto que no se plantean el problema cronológico, debe tratarse de un estado de cosas sin fecha, ahistórico, una especie de rasgo estructural de la lengua vasca y de sus ascendientes más remotos: la teoría de las «formas de composición» de Uhlenbeck, por ejemplo, según la cual existen en vascuence dos formas de muchas palabras, la plena usada como autónoma y la reducida empleada en composición. Pero, ¿desde cuándo y por qué razón? Una contestación a estas preguntas, a la que yo me adhiero, consiste en suponer cambios y pérdidas de sonidos que han debido ocurrir en época determinada, aunque no sea determinable para nosotros, que parece lógico relacionar, por la sencillez de la explicación, con las condiciones acentuales, teniendo siempre en cuenta que el siglo X nos sirve de término *ante quem*. Dicho a título de ilustración y sin la menor pretensión de exactitud, del simple *begí* «ojo» por ejemplo tendríamos en composición *bègi-àzal*, *bègi-búru*, de donde *betazal*, **bet-buru* > *bepuru*.⁴³

446 Pero, admitiendo como correcto para fines de discusión este punto de vista, quedaría por señalar la fecha de la debilitación y caída de las vocales. Más concretamente, se trata de saber si se habían realizado ya cuando se escribieron los epígrafes aquitanos. Esto es lo que aceptan tácitamente quienes proponen etimologías como *Harbelex* de **(h)arri-beltz* «piedra negra» o ib. *Arbiscar* TS de **(h)arri-bizkar*.

Para expresar francamente mi opinión, no creo que el material de que disponemos, dada la inseguridad de las etimologías, permita

⁴³ La opinión de Schuchardt, expresada precisamente en *Die iberische Deklination*, pp. 62 ss., de que *-t* en el primer miembro es una partícula, con valor de genitivo, comparable a *-t* que se actualiza en el estado constructo de los femeninos hebreos está basada en sus ideas generales sobre el parentesco del vasco con las lenguas hamito-semíticas, que no han podido resistir a la crítica. No creo que los hechos vascos en sí justifiquen esa admisión que no resulta necesaria ni económica.

una decisión tajante, pero me inclino a pensar que faltan pruebas de que tal estado de cosas fuera ya aquitano. Lo malo es que, en último término, la decisión está basada en las etimologías y éstas a su vez dependen de la opinión que tengamos sobre esta cuestión, con lo que estamos encerrados en un círculo vicioso. Diré, pues, que las etimologías basadas en ese supuesto no se imponen con necesidad. Considérense casos como *Cisonten* : vasc. *gizon*, *giza-* (*giza-seme* «varón», top. *Guizaburuaga*, *Guizirudiaga*), *Lohitton* : vasc. *lo(h)i-*, *lot-* (*Sauguis locoroça* de **lot-gorotza*), *Sembeten*, etc. : vasc. *seme*, *sema-*, *Senico*, etc. : vasc. **seni*, *sen-*. Si aquit. *Belex* fuera exactamente igual a vasc. *belatz*, la demostración sería concluyente pues el derivado vasco tiene distinto vocalismo que el simple *bele*: cf. *abere* «animal mayor» / *aberats* «rico», etc.

20. Cualquier intento de obtener merced al material epigráfico considerado, escaso y sobre todo heterogéneo, una imagen del sistema fonológico aquitano habrá de contentarse con resultados incompletos y, lo que es peor, inseguros. Para que la imagen tenga alguna concreción la investigación habrá de apoyarse, sí se puede emplear esta expresión en nuestro caso, en alguna hipótesis auxiliar. Ya he indicado al principio que la hipótesis adicional de que me sirvo es la de que el aquitano es una lengua emparentada más bien estrechamente con el vasco y, siéndonos éste conocido en textos extensos desde el siglo XVI y en muchos rasgos de su estructura fonológica desde medio milenio antes, lo que de él sabemos directamente y lo que por comparación podemos conjeturar de estadios anteriores puede servirnos para interpretar los hechos aquitanos y éstos a la vez pueden dar alguna luz y seguridad a la reconstrucción conseguida por ese medio.

Podemos pensar, por lo que se deduce de la escritura, en un sistema de cinco vocales análogo al del castellano o al de la mayoría de los dialectos vascos; su distribución etimológica sería la de los dialectos vascos centrales. Los casos de vacilación *o* / *u*, señalados por Luchaire, son en todo caso muy escasos: *Sori* 96, h. gen., *Sori...* 201 / *Suri* 32, h. gen., *Surusis* 29, h. gen. Parecen atestiguados los dip-tongos *au* (*Laurco*, *Hautense*, etc.), alternando a veces con *ou* (*Har-rauso* / *Harouso*, *Tautinnus* / *Toutannoris*),⁴⁴ *eu* (*Neureseni*), *ai* (*Baigo-*

447

⁴⁴ Hay también *au* en ib. *Tautindals* TS: cf. para *ou* ib. *BOUTINTIBAS*, ... *NBOUTIN*. El aquit. *Axtouri* 371, gen., pudiera muy bien ser celta en cuyo caso habría que leer *x* como *χ* según la transcripción de Whatmough.

rixo, *Baisothar*), probablemente el mismo que alguna vez se escribe *ae* (*Aereda*, *Baeserte*), *ei* (*Basceiandosso*, *Beisirisse*) y *oi* (*Ahoissus*).

Faltan casi completamente los grupos *muta cum liquida*: *Trocci* 4, h. gen., *Britexanossi* 192 (p., quizá mal copiada) y el claramente equivocado *Exprcennio* (*Exper-* ?). Los grupos consonánticos son *mb* (*nb*), *nt* (pertenecientes a distintos morfemas), *nd*, *nc* (también en límite morfémico), *ng*, *ns*, *nx(s)*, *ld* (una vez), *lc* (dudoso), *lg*, *ls*, *rp* (una vez), *rb*, *rt*, *rd*, *rc*, *rg*, *rs*, *rl*, *sp*, *st*, *sc*, *xp*, *xt* (? v. nota 44), *xc*; de tres consonantes, *nbr*, *ndr* (una vez cada uno), *rsp*, *rst*, *lst*, *lsc*. Los grupos no resultan anormales desde el punto de vista vasco, aunque los últimos en los textos vascos aparecen como residuos en vías de desaparición: *arsto* / *asto* «asno», *orsto* (Tartas) / (*h*)*osto* «hoja» (cf. *ostro*), *orzpin* (Sauguis) / *ozpin* «rayo» (cf. *ozprin*), cf. a. vizc. *anztu* / a. y mod. *aztu* «olvidado».

Ya se ha hablado de la geminación gráfica de *t* y *c*. La diferencia gráfica entre *t* / *tt* (en *-ten* y *-to*) y *t* / *th* (en *-tar*) representa probablemente una diferencia de pronunciación, diferencia que podría depender de la posición de la consonante, detrás o inmediatamente delante de la vocal acentuada, posición esta última en que estaría particularmente expuesta a debilitarse.⁴⁵ Esta suposición podría encontrar un apoyo en que vasc. *-tar*, *-ar* lleva el acento en la zona oriental donde existe acento de intensidad (ronc. *Uztarróze* / *Uztarroztár*, *Erronkári* / *Erronkariár*), de donde procedería la dualidad de formas: *-ar*, forma debilitada, tras vocal; *-tar* conservada tras silbante.

Ya se ha dicho que *p* es letra muy poco frecuente. Salvo algún caso aislado (*Arpenino*, *Sapalonis*, *Piandos-*), aparece tras silbante (*Asspercus*) o como var. de *b* en el morfema *-bon*: *Andoxponi*, *Seniponnis*. En el primero está además tras silbante, como en *Harspus* (cf. *Harsus* y *Hannabus*). El admitir que, al menos en cierta época, el aquit. no conociera *p* más que como variante fonética del fonema *b* estaría de acuerdo con el hecho señalado por A. Martinet (*Word* 6, 1950, 224-233, pp. 229-230)^h de que vasc. *p* es sensiblemente más

^h V. infra nota 49.

⁴⁵ Estoy pensando en procesos como el resumido por la ley de Verner en las lenguas germánicas (got. *brothar*, a. i. *bhrātā*, got. *fadar*, a. i. *pitā*, etc.), la simplificación de consonantes geminadas delante del acento en latín (v. F. Sommer, *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre*, [Heidelberg 1914²], pp. 206 ss.), etc.

escaso, en posición intervocálica, que *t* o *k*. Falta además *fy v* es muy raro: *Vennonius* 122, *Vax... deo* (Lizop, p. 223), recuérdese también *Bocontia*, ya citado, por *Vocontia*. Para aquit. *m*, v. § 23.

Yo me inclinaría a pensar que en aquit. las oposiciones consonánticas tendían a anularse en varias posiciones, de modo que el contraste sólo tenía pleno valor entre vocales. De las oclusivas iniciales se puede asegurar poco: *p*- falta casi, cosa natural, hay *c*- y *g*-, aunque su distinción gráfica no siempre es fácil, *d*- (al parecer generalmente en préstamos) y *t*-. En la inicial del segundo miembro hay vacilación, no sólo entre *b* y *p*, sino también entre *g* y *c*. En el interior, tras silbante, sólo hay sordas.

Del mismo modo, en la hipótesis de que la alternancia gráfica *s* / *x(s)* refleja una oposición *fricativa* / *africada*, ésta no se daba en la inicial. Para otras posiciones véase lo dicho sobre la grafía.

Ya he dicho que me inclino a interpretar la alternancia gráfica *n* / *nn*, *r* / *rr* (*l* / *ll* es escasa o inexistente), como el reflejo de una oposición fonémica *lenis* / *fortis*: *n* / *N*, *r* / *R*, (*l* / *L*?). Aunque ya hemos visto que aquit. *l* = ib. *ld*, *ll*, no puede pensarse que *nn* sea el resultado de la reducción del grupo *nd* que en estas inscripciones se manifiesta estable. *Anneren*, en Muret (Lizop, p. 108), representaría una pronunciación no aquitana. No hay que olvidar que *nd* se ha conservado en vasco.

He llamado también la atención sobre la grafía *-nn* y *-rr*. No creo que la primera pueda considerarse como un mero expediente gráfico para distinguir los temas vocálicos de los consonánticos, sino como la manifestación de un fenómeno de neutralización en posición final que se actualizaba como *fortis* cuando al tema se añadía algún sufijo de inicial vocálica.

21. Para lo ibérico contamos con tres grupos de documentos, no coetáneos y probablemente bastante heterogéneos: los nombres en alfabeto latino del bronce de Ascoli, a los que se pueden añadir algunos más procedentes de inscripciones diversas, los textos escritos en alfabeto jónico, y los redactados en el sistema de escritura llamado ibérico. Su testimonio tiene muy distinto valor según el aspecto que nos interese conocer y, por otra parte, está lejos de ser todo lo concordante que fuera de desear.

La escritura ibérica tiene dos signos que representan a todas luces dos silbantes distintas. Aunque los celtíberos, que muy bien podían no tener necesidad de tal distinción al escribir su lengua,

las usaran arbitrariamente, me parece temerario negar que entre los iberos ocurriera lo mismo, sobre todo porque el testimonio concordante de los plomos, donde se han habilitado dos signos griegos para tal fin, parece decisivo. Un problema muy distinto es el de saber si la distinción que se trataba de representar era la del modo de articulación (*fricativa* / *africada*) o la del punto (*apical* / *dorsal*, por ejemplo, como en vascuence). También parece claro que la existencia de dos letras diferentes para representar vibrantes supone dos fonemas de esa clase: también en los plomos hay dos signos, uno formado del otro por adición de una especie de acento.

El estudio de la distribución de los signos podría arrojar alguna luz sobre el carácter de las oposiciones, pero no está hecho aún y, para una primera impresión, no parece que las regularidades, si existen, vayan a ser fáciles de descubrir.⁴⁶

El vocalismo ibérico podía muy bien ser idéntico al que hemos supuesto para el aquitano. Faltan también los grupos *muta cum liquida* en los plomos: *Tgrsinno* y *Brdo* en TS son evidentes equivocaciones que Gómez-Moreno corrige en *Torsinno* y *Burdo*. En los plomos falta *p* (*b* es por mucho la consonante más frecuente en posición inicial), pero en el bronce hay varios ejemplos. Pero, examinados detenidamente, pueden reducirse a variantes posicionales de *b*, en condiciones que recuerdan mucho las aquitanas: tres detrás de *s* (*Luspangib*, *Luspanar* y *...espaizer*) y uno en la inicial del segundo miembro (*Estopeles*, cf. *Beles*, *Vmarbeles* TS y aquit. *Seniponnis*). Es paralelo al último *Tannepaeseri*, cuyo primer elemento es *Tanne-* como se ve por *Tannegiscerris* II 3794, *Tannegadinia* 3796 y *Tannegaldunis* 4040.

Los grupos de dos consonantes de la TS son: *nd*, *nc*, *ng*, *ns*, *lb*, *lc*, *lg*, *ls*, *rb*, *rt*, *rd*, *rg*, *rs*, *rn*, *sp*, *st*, *sc*; de tres, *nsc*, coincidentes en general con los aquitanos. La particularidad curiosa de los plomos es que tienen grupos de *silbante* + *ocl. sonora*: *Sb*, *Sd*, *Sg*, *sd*, *sg* (y sólo *st*, *sk*) en Alcoy I, *Sg* Alcoy II y Cig. Los de tres consonantes son *nSt*, *rsd*, *rlb*.

⁴⁶ Una distinción análoga a la que hemos admitido como posible para aquit. *Belex*, *Harbelex* / [H]arbelsis, podría acaso existir en ib. *ICORBELES*, *ILDUBELES*(EBAN), *ISCERBELES*, *ULDIBELES* (M. Almagro, *Las inscripciones ampuritanas griegas, ibéricas y latinas*, Barcelona 1952, p. 76), pero *ATABELS* y *ANBELS* (?), Enserune), pero los ejemplos son claramente insuficientes.

En las inscripciones en escritura ibérica no hay consonantes dobles, como tampoco en los plomos. En el bronce de Ascoli, por el contrario, *ll* es frecuente (*Atullo*, *Vmarillum*, *Salluitana*, etc. como en latín *patella*, *armilla*) y todavía más *nn* (*Albennes*, *Belennes*, *Ordennas*, *Turinnus*, etc.). Hay un caso de *rr* (*Arranes*) y ninguno de *ss* aunque en latín se escribe *caussa* dos veces.

22. Gómez-Moreno señaló la falta de *d* inicial en el bronce de Ascoli, además de la de *r*-, *p*- y *m*-. Schuchardt, al suponer que *Turia* pudiera ser la forma ibérica de *Durius*,⁴⁷ ya había advertido su rareza en esa posición. En aquitano no puede decirse que falte: en las listas de Seymour de Ricci hay 14 nombres con *d*-, número superior al de los casos con *t*-, aunque no puede excluirse, ni mucho menos, que incluso un número crecido de ellos sea debido a influencia gala.

En las inscripciones aquitanas *h* es una letra frecuente que falta en las ibéricas, pues no se puede tener demasiado en cuenta el *Chadar* de la TS. Limitándonos a la posición inicial, podemos pensar con algún fundamento que al menos un cierto número de los ejemplos de *h* sean indicio de la pérdida de una consonante anterior. Sin pretender que esto tenga validez general, lo que sabemos de la historia del germánico, del latín, del armenio, del griego, del castellano, etc., nos indica que *h*- puede ser a menudo el reflejo de una oclusiva, silbante, *f*- o *ɣ*- primitiva, sin que con esto se agoten las posibilidades.

451

En vascuence se puede afirmar rotundamente que no hay oclusiva apical, sorda o sonora, en esa posición en formas nominales,⁴⁸ excepto en préstamos y en palabras de tipo expresivo (*tantai*, *dardar*, *durduri*, etc.): en algunos pocos casos de etimología insegura se puede por tanto afirmar con confianza que, si las palabras no pertenecen a una de estas dos clases, la apical es secundaria.

¿A qué es debida esa falta? Uno se inclina a pensar que esa asimetría en la distribución, dado que las oclusivas apicales son

⁴⁷ «...die Zahl der Fälle von *t*- ein stark Vielfaches derer von *d*- bildet und das Iberertum dieser meist unsicher ist». («Baskisch = Iberisch oder = Ligurisch?», p. 112). Cf. sin embargo *dadula* en Alcoy I.

⁴⁸ En las formas verbales de presente *d*- es, por el contrario, extremadamente abundante como índice personal. Esto puede muy bien explicarse como efecto de las distintas condiciones acentuales, pues hay indicios claros de que las formas verbales, al menos parcialmente, eran enclíticas y carecían de acento propio.

frecuentes en otras posiciones, no sólo no ha existido siempre, sino que puede tener un origen relativamente reciente. Y una posibilidad entre otras (asibilación, etc.) es, claro está, que algunas aspiraciones iniciales aquitanas sean el reflejo de una oclusiva apical desaparecida. El proceso, si es que existió, debía ser suficientemente antiguo cuando aparecieron los primeros textos vascos para que en muy pocos casos se pueda rastrear conjeturalmente la existencia de una oclusiva apical anterior.⁴⁹

El material aquitano, una vez más, no es bastante abundante para que posibilite conclusiones seguras. Hay sin embargo un ejemplo que, aunque aislado, puede al menos servir de indicio. Ya Schuchardt (*Ib. Deklination*, 68) colocó unos junto a otros los nombres *Halsconis* (*Halscotarris*) y *Talsconis* (*Talseia*), bien es verdad que sin decir nada sobre sus relaciones. Yo daría ese paso y admitiría que ambos son simples variantes del mismo nombre, siendo naturalmente la más antigua la forma con *t*-.

Pero, ¿la causa de la dualidad? Prescindiendo de otros intentos, se puede señalar que *Talsco* procede del territorio de los Elusates (Eauze) y *Talseia* del de los Ausci (Auch): hay *Tarros* en el mismo epígrafe que *Talsco*. *Halsco* procede de las cercanías de Luchon y *Halscotar* de Valcabrère (Comminges). Los demás casos de *t*- en la lista de Seymour de Ricci (*Totto*, *Toutannorix* y *Troccus*) proceden del Couserans. Podríamos pues aventurar la opinión de que en la zona pirenaica, y más precisamente en el país de los Conuenae,⁵⁰ se había perdido ya en esa posición un fonema que se conservaba por lo menos en la llanura.

23. En los textos ibéricos en escritura griega *m* falta en absoluto (el signo *M* representa una silbante) y su extensión es suficientemente grande para que tal omisión resulte sorprendente. La situación es aparentemente distinta en el bronce de Ascoli, donde si falta *m* en la inicial ocurre varias veces entre vocales.

He dicho aparentemente, ya que los datos del bronce italiano pueden explicarse fácilmente a partir del estado indicado por los

⁴⁹ V. A. Martinet, [«De la sonorisation des occlusives initiales en basque»], *Word* 6, [(1950), 224-233], p. 230.

⁵⁰ Lizop, p. 119, cita, sin embargo, un nombre femenino *Teissossix* en una inscripción hallada en Marignac (Comminges). Pero es evidente que, dentro de nuestra hipótesis, un caso aislado puede explicarse por la procedencia de la persona que podría muy bien no ser del lugar de su sepultura o residencia o por préstamo, si tal concepto puede aplicarse a la onomástica personal.

plomos. Ya Schuchardt, incidentalmente, resolvió el problema, por más que sea muy dudoso que le interesara en el sentido en que lo hemos planteado («Iberische Personennamen», p. 241). Los nombres *Adimels* y *Adimeis*, que deben estar equivocadamente por *Adimels*, proceden sin duda de **Adinbels* (cf. *Adingibas*, *Balciadin* TS y *ABINBELAUŔ* entre otros y, para el segundo elemento, *Bennabels* TS y *ADABELS*); del mismo modo *Sosimilus* (*Sosimilos* II, 3295) se explica sin violencia por **Sosinbilos* (cf. *Sosinaden*, *Sosinasae* TS, *SOSINBIUŔU* y, para el segundo miembro, *Bilustibas* TS, *BOSTE-BILOS*, *biloŕg...* Alcoy II, etcétera) -*m*- es el resultado del grupo -*nb*- que falta en la onomástica ibérica de la inscripción (v. § 21).

Más difícil parece el caso de *Ordumeles*, *Turtumelis* y los tres ejemplos de *Vmar-* (*Vmarbeles*, *Vmargibas*, *Vmarillum*). En los dos primeros -*meles*, y -*melis* son variantes de -*beles* y lo que tienen de común con los otros tres es que en todos ellos *m* está precisamente detrás de *u*: cf. además *Asterdumari* en Obarra. Por raro que parezca el hecho, al que no conozco paralelos, habrá que admitir que oídos extranjeros oían como *um*, que acaso era *ũb* o *u^mb*,⁵¹ el antiguo grupo *ub*.

La posición de *m* en vascuence es bastante particular. Aparece con frecuencia, sin que se puedan determinar las condiciones, en lugar de *b*, sobre todo en inicial (*makila*, lat. *bac[c]illum*, etc.), pero también alguna vez entre vocales. El hecho es lo suficientemente extraño para que A. Martinet haya llegado a sugerir (*Word* 8, 1952, 182-186, p. 186)ⁱ que en vasco antiguo pudo haber existido un fonema / *^mb* / semejante al que existe en lenguas africanas.⁵²

La hipótesis alternativa sería la admisión de que *m* no existía en vasco antiguo como fonema, sino tan sólo como variante fonética,

ⁱ Reseña de R. Menéndez Pidal, *Orígenes del español...*, Madrid 1950³.

⁵¹ Schuchardt decía (*loc. cit.*): «...vielleicht hat das vorausgehende *u* diesen Lautübergang bewirkt...». En escritura indígena la cuestión está lejos de ser clara. *M* es poco frecuente: en el léxico de Tovar sólo una vez en inicial, en *Masonsa*, ceca no identificada. Pero hay otro signo, *Y*, que representa un sonido nasal, puesto que en Celtiberia está alguna vez por *n*, y cuyo valor no ha sido precisado. Ocurre sobre todo en la terminación -*YI* y delante de *b* (*YBAR*, a leer *umar*?). J. Vallejo, «Exploraciones ibéricas. III», *Emerita* 18 (1950), 174-185.

⁵² Valdría la pena de tener en cuenta esta posibilidad al estudiar el valor del signo *Y* de que nos hemos ocupado en la nota anterior.

determinada por el contexto, del único fonema nasal, al modo de la nasal velar en español actual. Es evidente que en esas condiciones el margen de realización de / *b* / hubiera sido muy amplio y que algunas entre ellas podían ser parcial o totalmente nasalizadas.⁵³ Las inscripciones aquitanas no la desaconsejan. *M* es letra poco frecuente, puesto que aparece dos veces en inicial —hablo siempre de las listas de Seymour de Ricci—, en *Matico* y *Monsus*, al parecer var. de *Bonx(s)us*, y cuatro veces entre vocales: *Dunomagius*, *Epamaigi* gen., *Somenaris* y *Soemuti*), de los cuales los dos primeros nombres parecen celtas y en el tercero hay una nasal próxima. Es evidente que no nos interesa considerar el caso de *m* ante labial, pues en esa posición, dentro siempre de nuestra hipótesis, *m* no sería otra cosa que la realización del fonema / *n* /.

Aunque el vasco conoce actualmente *m* en posición intervocálica en palabras no sospechosas de ser préstamos relativamente recientes, incluso cuando no hay nasal en su proximidad, éstos podrían explicarse, al menos en buena parte, como reducción del grupo *nb*, lo cual es prácticamente seguro para vasc. *seme*, aquit. *Sembe*-. Queríamos simplemente dejar apuntada esta posibilidad, no demostrable, pero tampoco refutable por ahora.

454 24. Resumiendo estas consideraciones necesariamente conjeturales, diría que el aquit. (y el vasco) tienen de común con el ibérico, no sólo la ausencia de *r* inicial, sino también la escasez de *p*, lo que seguramente supone su inexistencia como fonema en cierta época, y una extraña posición con respecto a la nasal labial que o no existía como fonema o se realizaba normalmente de una manera bastante distinta a la que estamos habituados en el Occidente de Europa.

Es muy posible que la escritura geminada de bastantes consonantes en aquitano sea indicio de un tipo de correlación que no existe ya en el vasco histórico. El estado de lengua que aquél representa es por otra parte anterior a la pérdida de *n* intervocálica y al paso de *l* a *r* en esa posición; tenemos además una seguridad razonable de que existía un grupo aquitano *nb* cuyo reflejo vasco es *m* y que difícilmente hubiera podido ser reconstruido por consideraciones comparativas vascas.

⁵³ En seneca, lengua del grupo iroqués que no tiene más consonante labial que /*w*/, ésta puede realizarse como *m* en contacto con una vocal nasal. N. M. Holmer, *The Seneca language. A study in Iroquoian*, Lund 1954, p. 17.

Del estudio del aquitano podemos sacar además una presunción, por vacilante que sea, de que los cambios en la final del primer elemento que caracterizan a los compuestos vascos no existían todavía. Obtenemos además un indicio sugestivo de que una *t-* podía estar ya representada dialectalmente, a consecuencia de un cambio sin duda no muy antiguo, por una aspiración inicial.

Ciertas grafías en posición final y ante consonante, así como a principios del segundo miembro de los compuestos, parecen señalar que el estado de cosas que podemos llamar vasco existía ya en aquitano: las oposiciones consonánticas tenían pleno valor tan sólo en posición intervocálica dentro del mismo morfema. En otras posiciones, final, inicial de morfema (e inicial de palabra?), delante o detrás de consonante, las oposiciones se neutralizaban o tendían a neutralizarse.

Este tipo de lengua —que por lo demás no está muy lejos del español moderno— en el que la vigencia de las oposiciones fonológicas está limitado a posiciones muy determinadas, es el que describió el prof. A. Tovar en su artículo «Los signos silábicos ibéricos y las permutaciones del vascuence» (*Emerita* 11, 1943, 209-211, y *Estudios*, pp. 17 ss.). Solamente presentaría un reparo a la adecuación de la expresión «fonética sintáctica». Como ha puesto tan claramente de manifiesto A. Martinet (*Word* 6, 1950, 26-41, p. 35),^j el comportamiento especial de los fonemas situados en inicial o final de palabra indica una lengua donde las palabras tienen una acusada personalidad, determinada por un acento fuerte que las unifica y las separa de lo que precede o sigue. Y cada vez parece más claro que tenemos que postular tal acento para el vasco antiguo. Por otra parte, las oposiciones consonánticas siguen conservando un reducto, la posición intervocálica, del que por lo que respecta al vasco antiguo no parece posible desalojarlas hoy por hoy.

Señalaré para terminar, aun saliéndome del tema, que las relaciones entre el grupo éuskaro y el ibérico, aunque hay que excluir cualquier parentesco próximo, debieron ser muy intensas incluso en el orden del vocabulario. Mientras falten pruebas en contrario, me inclinaré a pensar que ib. *bios-*, *-biscar*, *BIUR* o *-ILDUN* pueden ser iguales a vasc. *bi(h)otz* «corazón», *bizkar* «espalda», *bi(h)ur* «torcido» e *il(h)un* «oscuro». En ese caso habría que admitir que el intercambio de vocabulario llegó a alcanzar grandes proporciones.

^j «Some problems of Italic consonantism».

A primera vista habría que interpretar el intercambio como una relación unilateral en el que los iberos, dada su superioridad cultural, fueran los dadores y los vascos los receptores, pero acaso no era ésta la única posibilidad.

Codicilo de 1985, extraído del «Epílogo» de *LH*, pp. 477-487, 487 (texto completo en el vol. X):

Sobre el tema tratado en [«De onomástica aquitana»], se puede remitir ahora a Joaquín Gorrochategui Churrua, *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, Bilbao 1984.

Résumé

De distingués investigateurs ont souligné récemment la nécessité d'une nouvelle synthèse des données linguistiques que nous fournissent les inscriptions aquitaines de l'époque romaine. Cet article cherche à y apporter sa contribution. L'auteur part de l'hypothèse que la langue aquitaine, quoique plus ancienne, était étroitement apparentée au basque, connu seulement à une époque plus récente, et il considère que l'on pourrait obtenir des conséquences profitables de l'étude simultanée des deux ordres de renseignements: les aquitains pourraient donner, sous certains aspects, une concrétion et une certitude aux travaux de reconstruction comparative du basque commun, et ceux-ci, à leur tour, pourraient faciliter l'interprétation des premiers. L'article comprend, en premier lieu, une analyse interne des éléments qui composent les noms propres aquitains, et une étude de leurs particularités graphiques, de leur déclinaison et de leur genre. La partie comparative, où l'on utilise également des données ibériques, est précédée d'une exposition des principes sur lesquels se sont basées les approximations et l'on insiste sur le caractère essentiellement problématique de ces dernières, basées presque exclusivement sur la forme. Les considérations finales se rapportent à une re-

construction, nécessairement incertaine et fragmentaire du système phonologique aquitain, comparé avec celui que la comparaison nous permet de restituer pour le protobasque et avec celui que l'on peut déduire des inscriptions ibériques, ainsi qu'à la date de certains changements phonétiques basques. Il semble s'en déduire un certain degré de ressemblance à ce sujet entre le basque et l'aquitain, d'un côté, et l'ibère de l'autre: outre le manque de *r*-, l'inexistence de *p* comme phonème, l'inexistence de *m* ou tout au moins un caractère très différent de celui que nous connaissons pour ce phonème dans les langues de l'Europe occidentale, et la limitation du maintien de beaucoup d'oppositions consonantiques dans certaines positions, en particulier l'intervocalique.

LOS NOMBRES INDÍGENAS DE LA INSCRIPCIÓN HISPANO-ROMANA DE LERGA (NAVARRA)

1. El progreso de nuestros conocimientos depende en medida 65
nada escasa de los favores del azar que, puesto en ocasiones al servicio de una curiosidad generalmente constante y sagaz, añade nuevos materiales a los ya conocidos y aprovechados hasta el hastío. En ninguna parte es esto más cierto que en el campo de las disciplinas históricas en su sentido más amplio.

Así el testimonio de la estela funeraria de Lerga, descubierta a finales de 1960, está destinado sin duda a influir gravemente en el enjuiciamiento de varias cuestiones en que la escasez de pruebas, y su carácter indirecto cuando existían, no permitía llegar a conclusiones seguras. Por ello es más de agradecer la prontitud ejemplar con que ha sido publicada. Y no es sólo la prontitud lo que merece alabanzas: el rigor y el minucioso detalle del artículo de don Alejandro Marcos Pous, unidos a la magnífica documentación gráfica de don José Esteban Uranga, ofrecen al lector curioso bastante más de lo que éste tenía derecho a esperar en una primera noticia del descubrimiento.¹

2. Las observaciones que deseo presentar aquí, y ruego que se tenga esto muy en cuenta, tienen un alcance exclusivamente lingüístico: en lo que sigue, céltico, ibérico u otra denominación análoga se refiere exclusivamente a la lengua y a elementos de la lengua, y nunca a elementos de la cultura material o social fuera de la esfera

PV 22 (1961), 65-74; *LH*, pp. 446-457. [N. de los eds.: véase, al final del artículo, el codicilo de 1985].

¹ A. Marcos Pous, «Una nueva estela funeraria hispanorromana procedente de Lerga (Navarra)», *PV* 21 (1960), 319-333.

del idioma. Para indicarlo gráficamente, un celta será aquí un individuo que tiene una lengua céltica como medio principal de expresión. Se hace necesaria esta puntualización, porque es un hecho sobradamente comprobado que las relaciones entre lengua y cultura, para no hablar de raza, son mucho más laxas de lo que a veces suele pensarse.²

Me limitaré, pues, a comentar la inscripción, dejando a un lado la estela misma, y más precisamente algunos elementos de la inscripción que, puesto que ésta está redactada en latín, no son otros que los antropónimos que contiene, los cuales evidentemente no son latinos. Los problemas son dos y están estrechamente relacionados entre sí, como señala muy bien el editor: la separación de los nombres propios y la atribución de éstos a una u otra lengua.

Vaya también por delante una consideración metódica de importancia fundamental. Sería absurdo ponerse a dogmatizar, dada la escasez del material. Y, por si ésta no bastara, su misma naturaleza invita a la prudencia más extremada. En efecto, los nombres propios —que estrictamente hablando no significan nada, sino que se limitan a designar— son el objeto lingüístico menos apropiado para fundar sobre ellos conclusiones sólidas: por desgracia, dentro de éstos son precisamente los nombres de persona —con su movilidad, su sujeción a la moda, etc.— los de manejo más difícil.³ Las inferencias que de ellos se obtengan no podrán ser, por lo tanto, más que probabilísticas. En otras palabras, un buen puñado de nombres propios no nos autoriza a emitir los juicios categóricos que tres o cuatro líneas de texto seguido fundamentarían sin trabajo.

Teniendo esto muy presente, no hay razón, sin embargo, para renunciar al examen de estos delicados materiales, bien para suplir la falta de otros o bien para complementarlos. Que este examen puede ser muy fecundo está probado más allá de cualquier duda por toda la serie de trabajos que se les vienen dedicando desde hace bastantes años.

3. No estará tampoco de más, antes de entrar en el estudio del epígrafe, decir unas palabras acerca del estado de la cuestión que por medio de él se espera aclarar. Se trata naturalmente de determi-

² Un ejemplo clásico de culturas muy diferentes en pueblos de lengua muy próxima es el de navajos y apaches: vid. p. ej. *Les langues du monde*, París 1952², p. 1.032. Cf. E. Sapir, *El lenguaje*, México 1954, pp. 241 ss.

³ Cf. H. Krahe, *Ortsnamen als Geschichtsquelle*, Heidelberg 1949, p. 10.

nar cuál era la lengua de los antiguos vascones o, más exactamente, cuál era una de sus lenguas. Nadie discute que en los primeros siglos de la romanización se hablaran por lo menos dos lenguas en el territorio vascón; tampoco tiene nada de improbable que un estado de cosas parecido existiera ya en los tiempos inmediatamente anteriores a los comienzos de la influencia romana. La complejidad lingüística de la antigua Vasconia pudo no haber sido menor que la que nos es bien conocida de la Navarra medieval.

Si se prescinde de lenguas posibles de las que nada sabemos, hay que tener en cuenta, antes de la introducción del latín, tres lenguas o grupos de dialectos: indoeuropeo, ibérico y vasco. Las dos últimas se oponen a la primera por ser más antiguas *in situ*, según toda probabilidad, en parte de nuestra Península y en el sur de la Galia.

Qué lazo unía a las lenguas ibérica y vasca es extremo que no está bien aclarado. Parece demostrado, en todo caso, que el vasco no es un dialecto ibérico moderno por lo poco que ha facilitado hasta ahora la comprensión de las inscripciones en lengua ibérica. Entre ambos idiomas se observa, no obstante, toda una serie de coincidencias (analogías en el inventario de los fonemas y en su distribución, coincidencias y hasta identidades en los morfemas léxicos y acaso incluso en los gramaticales) que no dejan de parecer demasiado precisas para ser explicadas por la mera afinidad, nacida de la proximidad en el espacio.⁴

En cuanto a las lenguas indoeuropeas, me parece preferible atenernos a esta denominación genérica, sin especificar más en tanto que los datos no señalen inconfundiblemente otra cosa. Al tratar de la onomástica personal hispánica, que en buena parte es muy poco característica, se ha abusado a mi entender de la etiqueta de lo céltico sin razón precisa.⁵ En el caso de Navarra, con todo, sería esto más razonable, dada la proximidad de la Celtiberia, ya que en celtibérico, bastante bien conocido, parecen descubrirse señales claras de celtismo.

67

⁴ Abundante información sobre las lenguas prerromanas de la Península, incluida la vasca, se encuentra ahora en *Enciclopedia lingüística hispánica*, I, Madrid 1960: artículos de A. Tovar, J. Hubschmid, R. Lafon, M. Palomar Lapesa. Véase además A. Tovar, *The ancient languages of Spain and Portugal*, Nueva York 1961.

⁵ P. ej. en el libro de M. Palomar Lapesa, *La onomástica personal pre-latina de la antigua Lusitania*, Salamanca 1957: remito a mi reseña en *BAP* 15 (1959), 89-93. Mucho más matizado es el estudio de U. Schmoll, *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*, Wiesbaden 1959.

4. Conviene también recordar brevemente las diferentes opiniones que se han manifestado y se manifiestan hoy todavía en torno a los límites antiguos de la lengua vasca. Es notorio que el vasco moderno es un resto casi sumergido de un grupo de idiomas que en algún momento debieron de hablarse en un ámbito mucho más extenso; hay además constancia histórica de que ese ámbito ha venido reduciéndose, con mayor o menor rapidez, digamos desde el siglo IX o X hasta nuestros días.⁶ Pero de eso no se sigue que podamos postular por extrapolación un retroceso sin alternativas de avance desde diez o doce siglos antes.

Se ha pensado con toda verosimilitud que el vascuence debió ver sumamente reducidos sus dominios, hasta el punto de hallarse en trance de extinción durante los primeros siglos de nuestra era, extinción que posiblemente no llegó a consumarse a causa de la temprana descomposición de la organización imperial en esta zona. Personalmente me inclino a aceptar esta idea y también a creer que el vascuence medieval en tierras de Burgos y Logroño no se debe a la conservación ininterrumpida de la lengua antigua, sino a importación en los siglos oscuros que van del IV al X.

Pero se ha ido más lejos por ese camino al pensar, creo que desde A. Schulten,⁷ que los várdulos y caristios, para no hablar de los autrigones, eran de habla indoeuropea y no tenían nada que ver en cuanto a la lengua con sus vecinos orientales, los vascones, cuya vasconicidad, siquiera fuera por el nombre, no parecía lícito poner en duda. Y hay que reconocer que, aunque el valor probativo de los textos históricos aducidos es muy discutible, el testimonio de la onomástica personal, en la corta medida en que está documentada, no resulta contrario a esta idea.

El progreso, como en tantos otros puntos del conocimiento de nuestras lenguas antiguas, se debió a don Manuel Gómez-Moreno quien, en un artículo publicado en 1925,⁸ hizo notar por vez primera que la antroponimia indígena atestiguada en inscripciones de

⁶ La obra clásica sobre el tema es J. Caro Baroja, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Salamanca 1945. Se ha publicado también una útil colección de trabajos de distintos autores (A. Irigaray, M. de Leuona, etc.) con el título de *Geografía histórica de la lengua vasca (siglos XVI al XIX)*, en Zarauz, 1960.

⁷ [«Las referencias sobre los vascones hasta el año 810 después de J.C.»], RIEV 18 (1927), 225-240.

⁸ Ahora en *Misceláneas*, Madrid 1949, pp. 233 ss.

época romana en Álava y Vizcaya —Guipúzcoa, como se sabe, queda casi en blanco— es de aspecto indoeuropeo, nada vasca o vascoide. Pero esto se aplicaba también a una buena parte de Navarra («llegan estas localizaciones hasta orillas del Arga y aun hasta Pamplona») donde se descubren nombres como *Ambata*, *Betunus*, *Calaetus*, *Doitena*, *Equesus*, *Rectunus*, *Segontius*, *Viriatius*, etc.

Esto quedó confirmado con la brillante explicación debida a A. Tovar⁹ de la leyenda monetaria *ba(r)scunes*, que equiparó al *Vascones* de los textos clásicos: no sólo es evidentemente indoeuropea la flexión (nominativo de plural de un tema en consonante), sino que el nombre mismo puede recibir una etimología indoeuropea.¹⁰ La lengua escrita en una comarca no se identifica necesariamente con la lengua hablada en ella,¹¹ pero siempre constituye un indicio nada despreciable. Añádase además que los resultados de la afortunada exploración arqueológica del suelo navarro en estos últimos años, sorprendentes en parte, han hecho ver la importancia de la influencia indoeuropea en otros terrenos.¹²

En contraste con esto, faltaban huellas indiscutibles del vascuence, la *basconeia lingua* o *lingua Nauarrorum* de algunos documentos medievales. Ni *Vlbeltesonis* (lectura de Gómez-Moreno, probablemente gen.) en Oyarzun ni *Vrchatetelli* en Muruzábal de Andión, de aspecto nada indoeuropeo, resultan más claros que los teónimos *Selatse* o *Lacubegi*, ambos en dativo.¹³ El penúltimo descubrimiento, la denominación ambigua en extremo de la divinidad *Peremusta*,¹⁴ ha añadido más sombras que luz a un cuadro ya bastante oscuro.

«Estamos peor informados sobre la lengua de los vascones —escribe R. Lafon, uno de los mejores conocedores de la mate-

⁹ [«Etimología de *vascos*. Una explicación del sufijo *-en*»], *BAP* 2 (1946), 46-56, [149-150].

¹⁰ Conviene recordar que nunca se ha podido establecer una conexión satisfactoria entre *vasco*, etc. y el nombre indígena de la lengua vasca y de sus hablantes: *euskara*, *euskaldun*, etc. Este último se ha relacionado, no sin motivo, con el de los *Ausci* aquitanos.

¹¹ Cf. T. Navarro Tomás, *Documentos lingüísticos del Alto Aragón*, Nueva York 1957, pp. vii s.

¹² Hay una indicación de *gentilitas* de tipo occidental (*Fesine Talaiorum*) en una inscripción de Rocaforte.

¹³ B. Taracena Aguirre y L. Vázquez de Parga, *Excavaciones en Navarra*, Pamplona 1947, I, pp. 124 ss.

¹⁴ *Zephyrus* 6 (1955), p. 298.

ria— que sobre la de los aquitanos». ¹⁵ Son en efecto decisivos los testimonios epigráficos que establecen que en una parte de la Aquitania, con inclusión del valle de Arán, se habló una lengua que es en sustancia algo extremadamente parecido al vasco antiguo. Se ha llegado así, siguiendo a A. Martinet, a denominar éuskaro («euskarien») al grupo lingüístico vasco-aquitano. Lo irónico del caso consiste en que, cuando no hace aún mucho se trataba de presentar el vasco de Francia como una penetración tardía desde España —no sin violentar un pasaje de Gregorio de Tours—, se ha llegado casi ahora a invertir los términos y a hacer del vasco de España un exiguu apéndice cispirenaico del aquitano. Véase el mapa de U. Schmoll ¹⁶ en el que el éuskaro («Auskisch») se limita a amagar la entrada en territorio hispánico a la altura de los valles de Salazar y Roncal.

5. Acabada esta digresión, acaso demasiado prolija, entro en el examen del epígrafe. No encuentro motivo para disentir de la interpretación general que el editor da de su estructura ni de la lectura que propone, que parece indiscutible:

VM.ME.SA.HARFI
NAR.HVN.GE.SI.A.BI
SVN.HA.RI.FI.LIO
ANN. XXV.T.P.S.S.

Recuerdo brevemente las dudas que pudieran haber, que son pocas: la última *I* de la línea primera presenta un trazo horizontal hacia la izquierda que podría hacer pensar en una *T* incompleta; en la segunda, parece preferible leer *GE* que *CE*, también posible; en la tercera, la *I* de *HA.RI* es segura, a pesar de la rotura que en la fotografía podría inspirar reparos. Nada hay tampoco que decir de la resolución que el Sr. Marcos Pous propone para las siglas.

- ⁶⁹ Salta a la vista que las *hederae distinguentes* no separan palabras, sino más bien, como señala el editor, «grupos silábicos», con alguna excepción en final de línea. ¹⁷ Este sistema de interpunción,

¹⁵ [«Sur la langue des Aquitains et des Vascons»] *Bulletin philologique et historique* du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, 59 (1957), [1-8], p. 5.

¹⁶ *Op. cit.*, p. 125.

¹⁷ Para un sistema distinto, pero relacionado también con la división silábica, vid. M. S. Beeler, *The Venetic language*, Berkeley 1949, pp. 10 ss.

muy revelador en un aspecto, nos priva sin embargo de un elemento esencial de juicio: en cuanto falta el apoyo del latín —es decir, en la parte más interesante de la inscripción—, la división de los nombres habrá de hacerse por criterios extrínsecos, casi podría decirse que etimológicos.



Museo de Navarra.—Lápida romana de Lerga. Foto archivo J. E. Uranga

Siendo esto así, es menester determinar primero, al menos provisionalmente, a qué lengua pertenecen los nombres. La cuestión puede plantearse en términos muy concretos: ¿se trata de una lengua indoeuropea o no indoeuropea?

No es difícil, a mi parecer, decidirse por la segunda alternativa. Si no nos basta una simple impresión, consúltese por ejemplo el libro de K. Horst Schmidt *Die Komposition in gallischen Personenna-*

*men*¹⁸ o los nombres estudiados por Palomar Lapesa o aquellos para los cuales U. Schmoll propone etimologías indoeuropeas. Y nótese sobre todo que segmentos muy breves, de dos o tres letras, se repiten por estricta necesidad en inscripciones de las lenguas más diversas: la probabilidad de que la coincidencia no se deba a pura casualidad sólo crece, y de manera muy rápida, con la longitud del segmento.

Precisemos con algún detalle presencias y ausencias. La letra *h* se repite tres veces y no aparece sólo entre vocales (o en inicial), sino también en los grupos *rh* y *nh*, rarísimos, si no inexistentes del todo, en cualquier lengua indoeuropea occidental antigua: en celta, en particular, no esperaríamos *h* más que a lo sumo en inicial, en el lugar de una antigua *p*-, como en *Hercynia silua*.¹⁹ Los temas en *-ar*, y hay dos en nuestro epígrafe, son una excepción en indoeuropeo occidental, mientras que abundan por el contrario tanto en ibérico (*abar*, *balcar*, *sacar*, *seltar*, etc.)²⁰ como en vasco.²¹ Lo que falta en nuestros nombres es también muy significativo: grupos consonánticos tan indoeuropeos como *sp*, *st*, *pl*, *pr*, *kl*, *kr*, etc.^a

No nos debe llevar por un camino errado el paralelo especioso de los nombres en *Hari*-. *Hari*- no es indoeuropeo a secas, sino algo mucho más preciso: un elemento germánico (gót. *harjis*, a.a.ant.

^a «*sp*, *st*, *sk*, *pl*, *pr*, *kl*, *kr*, etc.» ed. de 1961.

¹⁸ Tübingen 1957: separata de *Zeitschrift für celtische Philologie* 26.

¹⁹ J. Pokorny, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, [Berna 1949 ss.], p. 822. No se puede saber, naturalmente, si esta *h* y otras responden a la pronunciación o representan un fenómeno que no trasciende de la escritura. En todo caso, no parece justificada la opinión de H. Pedersen (*Vergleichende Grammatik der keltischen Sprachen*, [Göttingen 1909-1913], I, pp. 90 s.) según la cual *h*- representaba todavía en irlandés antiguo un resto de **p*-. Cf. R. Thurneysen, *A grammar of Old Irish*, Dublín 1946, pp. 19 s.

²⁰ *Vmar*-, mencionado por el Sr. Marcos Pous, se relaciona con el difícil problema del signo *Y* en la escritura ibérica. En cuanto a la leyenda monetaria *uTamba-*, la interpretación del segundo signo es todavía más oscura: vid. M. Lejeune, *Celtiberica*, Salamanca 1955, pp. 53 s.

²¹ Es tan frecuente que dio pie para que V. Bertoldi expresara la idea, tan sugestiva como difícil de probar, de que representan restos de un antiguo sufijo de plural «mediterráneo» ([«Plurale mediterraneo in residue fossili»], *Mélanges [de linguistique et de philologie offerts à] Jacques van Ginneken*, París 1937, pp. 157-169). Cf. M. L. Wagner, *Dizionario etimologico sardo*, [Heidelberg 1957 ss.], I, p. 578.

heri, mod. *Heer* 'ejército'), cuyo equivalente céltico era *korio-* (irl. med. y mod. *cuire* 'multitud', cf. galo *Coriosolites*, *Coriosvelites*, *Petrucorii*, *Tricorii*, etc.),²² y que también habría conservado la inicial en una lengua de tipo «ilírico».²³ No es necesario decir que lo germánico no tiene por qué ser tenido en cuenta en nuestro caso.

Más difícil es determinar si nuestros nombres muestran mayor afinidad con lo ibérico o con lo aquitano, que se aduce aquí con preferencia al vasco a causa de que su material es no sólo coetáneo, sino además homogéneo, ya que en su mayor parte se reduce a antropónimos y teónimos. La semejanza entre ambas lenguas no se limita a un parecido general, sino que llega a la identidad de algunos temas: *Beles* : *Beles*, *Talsco* : *talscu-*, *-talsco*.

Con todo, la presencia de *h* en nuestra inscripción y precisamente detrás de sonantes,²⁴ permite elegir sin vacilación el aquitano. En la escritura llamada ibérica no había signo para *h*, y esta letra no aparece más que excepcionalmente en nombres ibéricos escritos en alfabeto latino. Por otra parte, suponiendo que el segmento *sa.har* forma parte de un mismo nombre, según se intenta probar más adelante, el grupo *aha*, como en general los grupos formados por dos vocales iguales separadas por *h* (cf. aquit. *Dunohorigis*, a pesar de su carácter mixto, *Hahanten*, *Vlohoxis*, etc.) es típicamente aquitano. Más precisamente, es, a pesar de Schuchardt, vasco o éuskaro común.

6. En la primera línea, el Sr. Marcos Pous prefiere separar *Vmme-sa Har(i) fi.* o en todo caso *Vm() Mesa Har(i)*. Lo natural me parece dividir *Vmme. Sahar fi.* y voy a tratar de fundamentar por qué.

La abreviación no es un procedimiento cómodo más que cuando el lector, el contemporáneo como el posterior, el allegado como el extraño, puede suplir sin dificultad las letras silenciadas. Así cuando se trata de expresiones corrientes (como el *T.P.S.S.* de nuestro ejemplo) y, en la onomástica personal, con *nomina* y *praenomina* latinos, poco abundantes y por consiguiente muy frecuentes. Me cuesta trabajo creer, salvo prueba en contrario, que el procedimiento se aplicara a nombres indígenas tan oscuros como los que comentamos.

²² Pokorny, *IEW*, pp. 615 s. K. Horst Schmidt, *op. cit.*, pp. 183 s.

²³ H. Krahe, *Die Sprache der Illyrier*, Wiesbaden 1955, I, p. 57.

²⁴ Cf. R. Lafon, [«Pour l'étude de la langue aquitaine»], *Actes du II^e congrès international d'études pyrénéennes*, [Toulouse] 1956, VIII, [pp. 53-63], pp. 58 ss., y mi artículo [«De onomástica aquitana»] en *Pirineos* 10 (1954), 409-458. Seguramente por casualidad, el grupo *nh* no parece estar documentado en aquitano.

Si no hay abreviación, tenemos cuatro sílabas que todo el mundo tenderá a agrupar de dos en dos, aunque no sea más que por la natural inclinación a la simetría.²⁵ Y no es solamente la tendencia a la simetría lo que recomienda esta división. Es un hecho que las bases que entran en la composición de los nombres propios ibéricos son generalmente bisílabas y otro tanto puede decirse de las aquitanas. Los temas nominales vascos no susceptibles de análisis son (o han sido) igualmente bisílabos en su gran mayoría. Puede afirmarse pues que ésta es la que podríamos llamar forma canónica de ciertas clases de morfemas léxicos (a diferencia de los sufijos aquitanos monosilábicos) aquitanos e ibéricos que, por su empleo en la formación de antropónimos y por el testimonio del vasco, eran probablemente nominales en sentido amplio.

71 La composición (unión de dos bases, de dos sílabas cada una) era más frecuente en ibérico que en aquitano, donde abundan los derivados (base bisilábica más sufijo monosilábico): de cualquier modo, nombres propios de una sola sílaba no existen, que yo sepa, en ninguna de las dos lenguas.

Se llega con esto al punto más delicado: ¿la descomposición en *Vmme* y *Sahar* encuentra apoyo en alguna de las lenguas consideradas? La respuesta no puede ser más fácil. Es un hecho que, sin someter a tormento las páginas de ningún diccionario etimológico, es hacedero comprobar que en vascuence *ume* significa ‘niño’, ‘cría’ y *zahar* ‘viejo’. Son términos que aparecen desde los primeros textos de la lengua y que hoy están en uso en todos los dialectos.

La solución puede parecer demasiado obvia para ser verdadera. Es cierto que existe en lingüística, y más en materia onomástica, una tendencia a rehuir lo que salta a la vista para buscar explicaciones tan complicadas como poco verosímiles. Pero mi escasa experiencia me viene enseñando, como a M. Hercule Poirot, que lo evidente —que por ello mismo es a menudo lo más difícil de ver— vale más que las especulaciones más ingeniosas.

²⁵ Importa subrayar que la vocal final de *Har(i)* ha sido suplida por el editor o, dicho en otras palabras, que no existe. Y, aun cuando se admitiera la corrección del suplemento, esa vocal no formaría parte del nombre, sino que sería tan sólo la desinencia casual latina. Que tal aditamento no era estrictamente indispensable nos lo demuestran entre otros los nombres del bronce de Ascoli.

La evidencia es aquí, me apresuro a añadir, exclusivamente formal: si conociéramos el «sentido» o la «falta de sentido» de *Vmme* y *Sahar* en la lengua que consideramos, se podría desechar inmediatamente la hipótesis que defiende o darla por segura.

7. Aunque en la onomástica echamos de menos el control que ofrece el sentido en los textos de una lengua, puede buscarse por lo menos una aproximación: puede mostrarse que es hasta cierto punto plausible que ciertos términos del léxico común sean empleados para designar personas de tal o cual sexo. Pero también es posible hacer algo mejor: presentar casos paralelos relativamente seguros, lo más cercanos que se pueda en el tiempo y en el espacio. Si todo lo posible no es real, todo lo real tiene que ser posible.

A quien piense que es improbable y hasta quizá grotesco que un hombre²⁶ se llamara «Niño» y fuera hijo de «Viejo», se le puede recordar que en aquitano era corriente que hombres y mujeres se llamaran por temas nominales simples o formados de una base nominal más un sufijo de sentido vago, probablemente diminutivo o hipocorístico por lo común: *Andere* coincide con vasc. *andere* ‘mujer’, ‘señora’ (cf. *Andere Auria Zaarra*, *Andere Auria Acenariz*, en documento de Leire del año 1085), *Cison* con *gizon* ‘hombre’, *Nescato* con *neskato* ‘muchacha’, *Senicco* con *sehi*, *seiñ* (de **seni*) ‘niño’; *Sembus* es al parecer latinización del frecuente *Sembe-*, antecesor sin duda del vasc. *seme* ‘hijo’. G. Bähr²⁷ se sorprendía del enorme lugar que tenían las designaciones de parentesco y otras análogas en los antropónimos aquitanos, hecho que, como otro similar en Frisia, atribuía a una cierta falta de imaginación que aquejaba ya a los aquitanos como después había de aquejar a los vascos.

No estará tampoco de más recordar que el testimonio más antiguo de vasc. *ume*, o más exactamente el testimonio más antiguo de que hasta ahora disponíamos, se encuentra en el nombre de un navarro. En un documento del año 1167 sobre las vacadas del monasterio de San Miguel del monte Aralar, bien conocido porque en él se encuentran mencionadas las palabras vascas *una maizter* «mayoral de pastores» y *buruzagui* «mayoral de peones», apare-

²⁶ Lo mismo valdría para una mujer: *ume* como (*h*)*aur* se usa con ambos sexos.

²⁷ *Baskisch und Iberisch*, Bayona 1948, pp. 40 s.

- 72 ce repetidamente citado un *Aceari Umea*²⁸ «el hijo de Aznar», si no se prefiere verter literalmente «cría de zorro».²⁹

Por lo que tiene de semejanza con lo aquitano, menciono también a *Emazteona*, esposa (vasc. *emazte* «mujer, esposa») de Eneco Arçeiz d'Azterain en un documento navarro de 1189: que el nombre no era ninguna rareza lo demuestra *Emazteona de Guendulain* en el siglo XIII.³⁰ Para el segundo elemento, cf. vasc. *on* 'bueno' medieval *Ona*, sobrenombre frecuente en Navarra, y acaso también el aquit. *-bon(n)*, *-pon(n)* en varios nombres. Entre las denominaciones aquitanas y las navarras hay una diferencia importante: el artículo, ausente en aquéllas, presente casi siempre en éstas. A lo que se cree, el artículo vasco no se constituyó, a partir de un demostrativo, sino en fecha relativamente reciente, aunque con anterioridad a los primeros testimonios medievales, paralelamente a lo que ocurrió en las lenguas románicas y algo más lejos en las germánicas.

En cuanto a *Sahar*, *Zaarra* (cf. *Andere Auria Zaarra* arriba) es apellido o sobrenombre frecuente en Navarra y para el caso en toda la zona de habla vasca durante la Edad Media. Lleva por lo general artículo, pero hay también algún ejemplo sin él. Hay que señalar en justicia, sin embargo, que, en cuanto alcanzan mis conocimientos, no va nunca solo, sino siempre siguiendo a un nombre.

8. Nada hay en la forma que se oponga a la aproximación de *Vmme* y *Sahar* a vasc. *ume* y *zahar*. Es un hecho histórico, que se puede demostrar por métodos puramente históricos, que la variante monosilábica *zar*, en uso hoy en parte de la zona de habla vasca, es más reciente que *za(h)ar* y procede de ésta por una contracción regular.

Para los profanos,³¹ conviene señalar que nada tiene de extraño que en una inscripción de época romana se represente por *s* el sonido que hoy se escribe *z*. Es poco frecuente que una lengua distinga dos

²⁸ P. J. de Moret, *Investigaciones históricas de las antigüedades del Reyno de Navarra*, Pamplona 1766, p. 97. J. M^a. Lacarra, *Vasconia medieval*, San Sebastián 1957, p. 24, n. 11. J. Caro Baroja, *op. cit.*, p. 150. Las traducciones de *una maizter* y *buruzagui* son del propio P. Moret.

²⁹ Me inclino a pensar ahora que el nombre vasco del 'zorro' procede del antropónimo *aceari* (*Acenari*, *Aznar*) y no a la inversa. Vid. J. Corominas, *DCELC*, IV, p. 1012b.

³⁰ S. A. García Larragueta, *El gran priorado de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén*, Pamplona 1957, II, pp. 65 y 109.

³¹ Uso el término sin la menor connotación despectiva: nadie tiene la menor obligación de ser un experto en lingüística o en topología.

sibilantes por el punto de articulación y menos todavía cuando existe a su lado una chicheante,³² y el alfabeto latino no disponía más que de un signo para representar ambas: en aquitano, *x(s)* se reservó para transcribir africadas. Recuérdese por una parte el aquit. *Cison = gizon* y por otra que en préstamos antiguos el lat. *s* se ha reproducido por vasc. *z*: *gauza* ‘cosa’, *zekale* ‘centeno’, *zela* ‘silla (de montar)’, etcétera.

Por lo que hace a *ume*, la variante *-kume* que muestran ciertos compuestos (*arkume* ‘cordero’ de *art-*, *ardi* ‘oveja’, etc.) ha hecho pensar que tenía antes una oclusiva inicial. Dentro de la hipótesis de que *Vmme* sea su más antiguo testimonio, caben dos explicaciones alternativas, ambas perfectamente posibles: (a) que la inicial de la forma de composición no sea primitiva, sino secundaria, y (b) que la oclusiva inicial hubiera caído, al menos dialectalmente, antes de los siglos II-III de nuestra era.

73

Sorprende la grafía geminada de la *m*. En aquitano la geminación se da sobre todo en las letras *nn* (que marca regularmente que la nasal es final del tema y no un artificio para obtener una declinación del tipo *carbo*, *carbonis*), *cc* y *tt*. *M* no es letra frecuente,³³ por lo que he llegado a sugerir, apoyándome también en los hechos ibéricos, que el vasco antiguo, en un estadio suficientemente remoto, carecía de *m* como fonema independiente. Como el aquit. demuestra que el vasc. *seme* ‘hijo’ procede de **senbe*, fonéticamente [sem-be], podría pensarse en **unbe* como antecedente de *ume*, con una fase intermedia [umme].³⁴

9. Tengo mucho menos que decir acerca de las líneas 2.^a y 3.^a de la inscripción. Opino, sin embargo, que, si en materia de explicaciones se debe anteponer lo sencillo a lo complicado en igualdad de condiciones, es mejor ver en ellas dos nombres y no tres: si el dedicante va indicado por un nombre seguido de la filiación, se espera a priori lo mismo de la designación del dedicado. El esquema sería, pues, N. hijo de N. a N. hijo de N.

³² Cf. M. Joos, [«The medieval sibilants»], *Language* 28 (1952), [222-231], p. 224.

³³ Aunque, como ha señalado Lafon, tal vez lo sea más de lo que yo había admitido.

³⁴ Una posible relación de la geminación gráfica aquitana con la que se encuentra en antropónimos renanos, ligada quizá al acento, sugiere L. Weissgerber [«Die sprachliche Schichtung der früh-rheinischen Personennamen»], en las Actas del VI congreso internacional de ciencias onomásticas, [«Actes et mémoires du VI^e congrès international de sciences onomastiques»], Munich 1960, I, [94-104], p. 103.

Con dos nombres, tendremos *Narhungeni Abisunhari filio*, cuyas *ii* representarán con la máxima probabilidad desinencias casuales latinas añadidas al nombre indígena: *Narhungen*, *Abisunhar*. Aunque inexplicados para mí,³⁵ no sorprenderían por la forma si hubieran sido hallados en una inscripción de Comminges o de Arán.

Los paralelos que puedo presentar son parciales y vagos. Si en *CIL* XIII, 188, se pudiera leer *Narhonsus* el nombre del dedicante en vez de *Arhonsus*, como sugirió Seymour de Ricci,³⁶ la aproximación *Narhon-* : *Narhun-* resultaría excelente. La terminación *-ges* se repite en el nombre *Enneges* o *Enneces* (*Eladus Enneges f.*) del padre de un soldado de Segia de la Turma Salluitana: cf. acaso el aquit. *Ennebos* y el medieval *Enneco*.³⁷

Si la *-i* de *Narhungeni* fuera radical, hipótesis no demasiado probable, su parte final coincidiría, como señala el Sr. Marcos Pous, con el vasc. *gezi* ‘dardo’, continuador de un término indoeuropeo atestiguado en diversas lenguas³⁸ y frecuente en la onomástica céltica y germánica,³⁹ donde aparece no sólo como primer miembro, sino también como elemento final: *Radagaisus*, etc. y los mismos nombres escandinavos modernos en *-geir* (cf. isl. ant. *geirr* ‘dardo’).

No está claro si *gezi*, cuya *-i* es en todo caso anómala, procede directamente de una lengua céltica o si ha sido tomado del latín, rodeo que han seguido con seguridad otros celtismos vascos. La *e* —en vez de *ai*— de la primera sílaba favorecería la idea de una mediación latina, si se pudiera excluir la posibilidad de una monoptongación temprana en algunas hablas célticas.⁴⁰

A propósito de esto, es conveniente subrayar, aunque nos apartemos del tema, que la aportación indoeuropea prelatina al léxico vasco, bien analizada, es muchísimo menor de lo que se esperaría por consideraciones geográficas e históricas, y por el testimonio de la

³⁵ En algún dialecto vasco, *zunhar*, exactamente así, es ‘olmo’: en otros *zu(h)ar*, *zugar*, *zumar*, todos al parecer de **zunar*. Pero un nombre de árbol sería único en la antroponimia vasco-aquitana, en cuanto alcanzan mis conocimientos.

³⁶ [«Notes d'onomastique pyrénéenne»], *Revue celtique* 24 (1903), [71-83], p. 77.

³⁷ Para la sílaba inicial el editor aduce con razón el dat. *Narueni* en una inscripción navarra de procedencia desconocida.

³⁸ Pokorny, *IEW*, p. 410.

³⁹ K. Horst Schmidt, *op. cit.*, pp. 214 s. Me parece mucho más prudente dejar a un lado a *Caesarus*, etc., y más todavía a *Caeso*.

⁴⁰ Cf. K. Jackson, *Language and history in Early Britain*, Edimburgo 1953, pp. 324 ss.

onomástica. Pues no se trata tan sólo de los antropónimos a que ya se ha aludido, sino que también la toponimia presenta nombres indoeuropeos en plena zona de habla vasca: *Ulzama*, p. ej., *U(t)çama* o *U(t)zama* en documentos medievales, puede muy bien no ser otra cosa que un *Uxama*, de donde *Osma* en zona romanizada. Las aproximaciones posibles, si se excluye lo que ha venido a través del latín o del romance, son por lo general vagas, ambiguas o poco satisfactorias por distintas razones, como espero mostrar en otra ocasión.

10. Para resumir mi opinión, la estela de Lerga constituye un indicio, pero un indicio inconfundible, de la tenacidad con que se mantuvieron las viejas hablas en la proximidad del Pirineo. Su interpretación podrá ser confirmada o desmentida por nuevos materiales, y es de desear que el suelo navarro, rico en muchos conceptos, nos depare nuevos hallazgos sin tardar mucho.

El estado lingüístico de la región pirenaica en los siglos de la Edad Media e incluso en la Moderna demuestra claramente que, hasta tiempos recientes, la cordillera fue más bien un lazo de unión que una barrera: el baztanés es una prolongación del labortano, el roncalés y el suletino fueron un dialecto único en tiempos no demasiado alejados, notables semejanzas unen al bearnés con el alto aragonés y el dominio catalán está a horcadas sobre los Pirineos. Nada tiene de particular que esto mismo ocurriera ya en época romana y aun en tiempos anteriores.⁴¹

Para la reconstrucción del protovasco, dentro siempre de la interpretación que aquí se defiende, el testimonio de la inscripción de Lerga es de la mayor importancia con respecto a una cuestión muy debatida. Confirma la idea de que en un tiempo *h* fue un sonido común, y no exclusivamente ultrapirenaico. Existía además no solamente en posición inicial y entre vocales, sino también detrás de *n* y *r* (es de suponer que también tras *l*), y los grupos *nh*, *rh* se pronunciaban como «groupes disjoints»,⁴² es decir, como grupos heterosilábicos. Siempre es conveniente que el pasado de una lengua se pueda establecer con hechos, mejor que con teorías.

⁴¹ Para la extensión antigua hacia el este de hablas de tipo éuskaro al sur de los Pirineos, vid. J. Corominas [«La toponymie hispanique préromane et la survivance du basque jusqu'au bas moyen âge. (Phénomènes de bilinguisme dans les Pyrénées Centrales)»] en las Actas del VI congreso internacional de ciencias onomásticas, ya citadas, pp. 105-157.

⁴² Expresión de Grammont, aplicada a nuestro caso por R. Lafon.

Codicilo de 1985, extraído del «Epílogo» de *LH*, pp. 477-487, 487 (texto completo en el vol. X):

En cuanto a la estela de Lerga, [[«Los nombres indígenas de la inscripción hispano-romana de Lerga (Navarra)»]], aún cuando se acepte la descomposición de los nombres, la estela debe interpretarse tal como señaló M.^a Lourdes Albertos en [[«Nuevos antropónimos hispánicos»]], *Emerita* [[32 (1964), 209-252, p. 212]]: *Vmmesahar fi(lius) Narhungesi, Abisunhari filio*, etc.

OTRA VEZ SOBRE LA INSCRIPCIÓN DE LERGA

Es conocida la en ciertos aspectos importantísima inscripción 87
de época romana descubierta en una ermita de Lerga (Navarra) por don José Esteban Uranga y publicada y comentada por don Alejandro Marcos Pous en *Príncipe de Viana* 21 (1960), 319-333.^a En la misma revista, 22 (1961), 65-74,^b presenté unas observaciones en las que discrepaba del editor tan sólo en lo referente a la división, no señalada en el epígrafe, de los nombres propios y también en cuanto a las consecuencias de orden lingüístico que de ellos podían inferirse. Nunca he estado en desacuerdo con la lectura propuesta por el señor Marcos Pous, sobre la que difícilmente podrá nadie abrigar dudas a la vista de las magníficas fotografías de que va acompañado el artículo, si no es sobre algún punto inseguro de escasa monta que él mismo cuidó de subrayar. Tampoco dudé del carácter funerario de la inscripción, carácter que al Sr. Marcos Pous le pareció tan patente que llama al monumento «estela funeraria» en el título de su trabajo.

Ahora el P. Germán de Pamplona, también en *Príncipe de Viana* 22 (1961), 213-216,^c en un ingenioso y erudito artículo, propone una interpretación muy distinta que, como corolario, le lleva a apartarse sustancialmente de la lectura propuesta.

BAP 18 (1962), 87-90.

^a «Una nueva estela funeraria hispanorromana procedente de Lerga (Navarra)». ^b «Los nombres indígenas de la inscripción hispano-romana de Lerga (Navarra)». ^c «De nuevo sobre la lápida hispano-romana de Lerga (Navarra)».

88 No tengo la menor autoridad en materia epigráfica, y mucho menos en lo referente a la iconografía. Los argumentos del Padre Germán de Pamplona —*ex silentio*, en buena parte— no me parecen, sin embargo, suficientes para quebrantar siquiera ligeramente una convicción fundada en buenas razones.

A su juicio, por ejemplo, las siglas T.P.S.S. no son exclusivamente funerarias, ya que *titulus* tenía un valor general, algo así como «letreiro». Pero para esto, como salta a la vista, no basta con documentar el valor general y neutro de *titulus* (que también se empleaba en la acepción especializada de «epitafio» e incluso de «lápida sepulcral»), sino que habría que demostrar con paralelos estrictos que precisamente esas siglas se empleaban en inscripciones de otro género. Ciertos indicios negativos que el autor acumula —la falta de *D.M.* al principio, de *H.S.* al final, de un verbo que mencione explícitamente el hecho de la muerte— no tienen, creo, la importancia que aquí se les atribuye. Repasando, sin ir más lejos, la colección epigráfica reunida por Blas Taracena y Luis Vázquez de Parga en *Excavaciones en Navarra I* (Pamplona 1947), pp. 124 ss., se pueden hallar paralelos convincentes.

Para citar uno más, en el artículo de J. Rubio Alija, *Zephyrus* 6 (1955), 259-299,^d en el que se da cuenta, entre otras, de la inscripción votiva de Eslava dedicada al dios (y no diosa, como escribí por descuido en el artículo citado arriba) Peremusta, se publica el texto grabado en una lápida funeraria que se conserva en Villamiel (Cáceres), que reza así: *Coracilae Boutini f. Maelo Bouti f.* Le acompaña (p. 295) el siguiente comentario: «El epígrafe es esquemático, con los elementos precisos. El nombre del difunto en dativo, en nominativo el oferente, filiación en genitivo, sin expresión de edad, ni los tradicionales DMS o del STTL. Este formato es el más frecuente en las estelas funerarias del suroeste de la provincia de Zamora, oeste de Salamanca y norte de Cáceres, incluyendo las regiones limítrofes de Portugal». La inscripción prueba, digámoslo de paso, que el P. Germán de Pamplona ha sido demasiado categórico al afirmar que «no se suele dar la filiación del dedicante en las lápidas hispano-romanas».

Con todo, la dificultad más grave que éste encuentra son los «pretendidos» nombres *Narhungen(i)* y *Abisunhai(i)*, de aspecto «nada indígena... y que no tiene ni parecido siquiera con nombres de la Hispania romana», que yo mismo declaro «inexplicados», por lo cual su eliminación resulta conveniente y hasta urgente.

^d «Nuevas inscripciones romanas».

¿Es tan grave la dificultad? Que sean inexplicados para mí, es decir, que no sea yo capaz de descomponerlos en elementos conocidos del léxico vasco —o, para el caso, de otra lengua—, bien 89 poco quiere decir: también son inexplicados para mí apellidos tan difundidos hoy como *Achucarro* o *Guelbenzu*, sin que por ello me crea con derecho a dudar de su autenticidad. No podemos hacernos tampoco ilusiones sobre el contenido de la denominación «hispano-romano», que no es más que una etiqueta cómoda que encubre una realidad lingüística extremadamente variada y compleja, aparte de muy deficientemente conocida. En nuestro caso hay que tener en cuenta además lo aquitano, y creo haber mostrado que nada hay en la configuración de esos nombres que choque con lo que sabemos de la onomástica personal de ese país y sí mucho, en cambio, que es perfectamente coincidente.

Sobre todo, es tan grande nuestra ignorancia —la mía y la de los demás— acerca de la antroponimia hispano-romana, y más en la zona que nos ocupa, que resulta aventurado en extremo confiar en que nuevos hallazgos han de conformarse puntualmente a lo ya conocido, cuando no disponemos sino de una muestra que es infinitamente pequeña en relación con la población que representa. ¿Es que podemos rechazar el ya citado *Peremusta* porque no encaja en ninguno de nuestros esquemas?

Hay, por otra parte, una consideración decisiva de orden metódico: cuando uno u otro de dos términos en aparente contradicción tiene que ceder —aquí lo que sabemos de la onomástica hispánica antigua de un lado y de la lengua latina del otro—, está claro que no puede ser el que nos es familiar, el latín, el perdedor. Inferir bárbaras violencias a éste para eliminar dos nombres propios (y quedarnos al fin con un *Isunhario* o *Sunhario* tan mal documentado como los otros en ese lugar y fecha), no resulta un procedimiento muy económico. Equivale, como suelen decir, a quemar la casa para asar un pollo.

Basta con presentar dos botones como muestra. Aunque se conceda que *gesi* está por *gessit*, que ya es mucho conceder, ¿desde cuándo significa *gero* «erigir»? Y un *finar*, adjetivo sustantivado no declinado al parecer, no resulta, por otras razones, menos extraño. Hace tiempo que se sabe que lat. *-ali-* y *-ari-* no son más que variantes, en distribución complementaria, al menos originariamente, de un mismo sufijo de derivación. Véase p. ej. F. Sommer, *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre*, [[Heidelberg]] 1914, p. 212, y se

comprenderá, si la simple inspección no lo aclara, por qué *finalis* tenía *-l* y *liminaris*, en cambio, *-r*.

- 90 Dejando a un lado la intangibilidad del latín, punto en el que al parecer no estamos de acuerdo, es un placer para mí señalar que en el artículo del P. Germán de Pamplona hay copia de ideas y datos de utilidad indiscutible. Así, por ejemplo, la documentación medieval que aduce para *Umea* en la onomástica navarra.

En esta breve obrita (46 páginas), que no es más que el texto de la conferencia inaugural del curso 1954 en Santander, el profesor Tovar nos da un excelente resumen de lo que el estudio de los nombres de lugar y persona, casi los únicos testimonios de su lengua, nos puede enseñar sobre los antiguos cántabros. iii

La opinión del autor sobre la lengua de los cántabros en relación con la vasca, con la cual estamos enteramente de acuerdo, está claramente resumida en las pp. 10-11: «Si recordamos que con razón J. Caro Baroja incluye a los vascos entre los pueblos del noroeste de la Península, tenemos aquí planteado el problema de la relación entre lengua y cultura: ya que el vasco pertenece lingüísticamente al mundo levantino, y aunque escasas, sus coincidencias con el ibérico son profundas, en la corta medida en que hemos avanzado en el desciframiento de esta lengua». «El hecho es que al oeste de Bilbao en época histórica hay un corte, y en Cantabria los restos de la lengua vasca son difícilmente registrables. La indoeuropeización del país comenzó hacia el año 1000 a.C., y cuando los romanos llegaron, un milenio más tarde, cántabros, astures y galaicos hablaban, sin duda, lenguas indoeuropeas». En el mismo sentido apuntan (p. 34) los testimonios que poseemos de la difusión de las gentilidades.

Por ello, examinados brevemente algunos nombres que acaso son testimonio de la primitiva lengua vascoide, el autor dedica la

ASJU 2 (1955), iii-iv [= *BAP* 11, 1955, 119-120]. Reseña de Antonio Tovar, *Cantabria prerromana, o lo que la lingüística nos enseña sobre los antiguos cántabros*, Madrid 1955 (Publicaciones de la Universidad Internacional 'Menéndez Pelayo', 2).

mayor parte del trabajo a examinar los restos del habla indoeuropea, terreno en el que su competencia es sobradamente conocida. Su labor además está lejos de ser la de un mero compilador y comentar, sino que a cada momento nos ofrece hechos nuevos e interpretaciones originales.

Una observación a propósito de *Abando*, topónimo que Tovar relaciona con dudas con *Abándames* (Llanes) y el personal *Auand[ic] o*, dat., en la inscripción de Gordejuela (p. 32). Aunque esto no altera en nada las consideraciones del autor, siempre habíamos pensado que *Abando* es el correlato fonético vasco de otro nombre vizcaíno de población, *Abanto*, ésta ya en zona romanizada. Dada la proximidad de ambos lugares, el hecho tendría importancia para

iv

marcar el límite de la sonorización tras nasal, lo que probablemente equivale a decir el límite medieval de la lengua vasca por ese lado.

1. No tendría objeto proseguir aquí el debate, ya antiguo, sobre el valor, en cantidad y calidad, de lo que la lingüística puede aportar al conocimiento de la historia y prehistoria de los pueblos. Sobre todo cuando, como ahora, nos basta con la afirmación más débil: es decir, con admitir que la lingüística en su aspecto diacrónico puede enseñarnos algo —más bien poco, pero algo al fin— sobre realidades pasadas que trascienden a la lengua. Que con sólo esto poco se puede hacer, es evidente, como también lo es que esas briznas de información han de integrarse con conocimientos de otra procedencia para formar cualquier imagen de conjunto, por insuficiente que sea, de épocas pasadas. 281

Por suerte, las conclusiones obtenidas de datos lingüísticos tienen mayor firmeza cuando se refieren a épocas cercanas, aunque sólo lo sean muy relativamente. Por eso, lo que quisiera ofrecer a don Luis Pericot, maestro y amigo que tantas veces se ha interesado por la formación y evolución del pueblo vasco, son unas *nugae* más o menos lingüísticas sobre un aspecto de la prehistoria cultural, próxima sobre todo para un prehistoriador, de ese pueblo: la lectura.

2. Salta a la vista que el arte de leer y escribir no puede ser muy antiguo en zonas de habla éuskara, presente o pasada. Esta afirmación vale sin duda para el conocimiento mismo de su existencia, por no hablar de su posesión por círculos amplios de la población.

En lengua vasca, casi todos los términos que se relacionan con la escritura son de origen extraño y, además, por lo general de cuño románico que delata su introducción reciente. Pero, en cuanto a los

verbos mismos que significan 'escribir' y 'leer', la situación es aproximadamente la misma que en alemán, donde *schreiben* es de origen latino, pero no *lesen*, salvo acaso por lo que respecta a una influencia difícil o imposible de probar en su significado. Es distinta, en
 282 otras palabras, de la situación inglesa con dos verbos de común raigambre germánica (ya ant. *scrífan* 'shrive' tiene muy otro valor) y de la irlandesa: ant. *scrib(a)id*, *lég(a)id*.

No es que vasc. *irakurri* 'leído' domine sin concurrencia románica, pero ésta parece a todas luces tardía.¹ Por no mencionar los dialectos septentrionales, donde el término goza hoy de plena vigencia, la cronología de los textos, resumida, es la siguiente: *liburuetan iracurten* 'leyendo en los libros' en ms. de Pamplona de hacia 1400, «leo: *iracurtēdot*» en L. Marineo Sículo (1533), «leer, *yracurri*» en Landucci (1562). Los dos últimos testimonios son claramente occidentales, procedentes probablemente de Álava y Vizcaya; Micoleta (1653), a quien se debe la anotación «leer, *iracurri*», era bilbaíno. Y es *irakurri* lo que se halla en dos autores tan poco preocupados por la pureza del vocabulario como el vizcaíno Capanaga (1656)² y el guipuzcoano Ochoa de Arin (1713).³

3. Tengo que hacer ahora, por estricta necesidad, unas consideraciones puramente lingüísticas. Junto al participio *irakurri*, se atestigua *irakurtu*, forma sin duda secundaria. Hay una tendencia patente a lo largo de la historia de la lengua que lleva a sustituir, o a ampliar, los sufijos antiguos de participio *-n* e *-i* por el reciente *-tu*: tipo *izandu* o *izatu* por *izan*, *estaldu* por *estali*, etc. Esta tendencia aparece, además, confirmada en nuestro caso por la cronología textual: *irakurri* es lo que se encuentra en la aprobación de Harizmendi (1658), en Leizarraga (1571),⁴ etc., y es forma única todavía en el

¹ El primer testimonio que tengo registrado es el de Axular (1643), p. 17, quien, al hablar de diferencias dialectales, escribe: *Batac [erraitendu] iracurtcea, bertceac leitcea*.

² *Ea iracurri daben liburu desonesturic* (p. 107), trad. de «si ha leído libros deshonestos».

³ *Inquisicioco Tribunale Santuac debecaturic daducan libururen batean iracurri ote deban, entçuera içanic debecatua cegoana* (p. 147). Me he permitido citar con alguna extensión los dos pasajes para que cualquiera pueda ver que mi opinión sobre la escasa atención que ambos prestaron al origen propio o extraño de las voces que usaban tiene poco de subjetiva.

⁴ Sin embargo, Leizarraga emplea *iracurtzen* como sustantivo verbal y el *men agentis irakurtzaille* o sus variantes aparece en Axular, Harizmendi, Tartas, etc. Ya el *Formulaire de prône* de 1651 escribe *iracurricco* junto a *iracurtuz*. Ahora

suletino Gèze. Pero ya se lee *iracurtu* en Axular, p. 247 (1643), etc., lo mismo que después, entre tantos otros, en el bajo-navarro Salaberry (1856).

En cuanto a la formación, la opinión común ve en *irakurri* un antiguo causativo, valor expresado por el infijo *-ra*: sólo que, como no es infrecuente en tales deverbales, no se documenta su posible base. Así Azkue, *Morfología vasca*, Bilbao 1925, p. 181, escribe: «Hay muchos verbos que parecen derivados en *ra* y no se han incluido en la lista precedente por no conocer a punto fijo el tema de origen... De *irakurri* leer, extrajo Arana-Goiri, como si fuera primitivo suyo, *ikurri*, dándole el alcance semántico de significar».⁵

De la misma opinión es, por ejemplo, Gavel.⁶ Ahora bien, si la interpretación de Arana-Goiri es una simple conjetura (no apoyada por los datos semánticos que poseemos, como se va a ver), la de Gavel, para quien *irakurri* podría no ser otra cosa que una variante del común *erakutsi* ‘mostrado’, lit. ‘hecho ver’, está en oposición con cuanto nos enseña la historia de las lenguas más variadas. En efecto, más vale no abusar en lingüística diacrónica de la categoría lógica modal de necesidad, y conformarse con lo real —es decir, con lo atestiguado— y, a falta de testimonios, con lo meramente posible.

bien, las series participio / nombre de acción / nombre de agente (comparables, p. ej., a lat. *liueo* : *liuor* : *liuidus*; *tumeo* : *tumor* : *tumidus*, etc.) son, de una parte, *-tu* : *-tzen* : *-tzaile* y, de otra, *-n* o *-i* : *-(i)ten* : *-(i)le*. Dicho de otro modo, y a partir sobre todo del nombre de acción, de *-tzen* y *-tzaile* se pasa sin dificultad a un participio en *-tu*.

⁵ De ahí salieron, ante todo, dos neologismos que han tenido amplia difusión: *ikurrin* ‘bandera’ e *ikur* ‘insignia’. Lo que sucedió es que, como con tantos otros neologismos, esas palabras han pasado a significar una determinada bandera y una determinada insignia. A un guipuzcoano que escribe en diciembre de 1970 se le encontrarán, espero, atenuantes si se reduce a una vaga alusión y no entra en detalles.

⁶ *Éléments de phonétique basque*, [[París]] 1920 (= *RIEV* 12, 1921), pp. 42 s. y 228 s. Por otra parte, el problema fonológico con que se enfrentaba Gavel, el hecho de que *irakurri* tenga *u* (no *i*) también en suletino, no es otro que el de sul. *erakutsi*, con *u* igualmente «anómala». Pero, si se toma en cuenta que *erakutsi* presenta una consonante fuerte (*ts*) frente al simple *ik(h)usi* ‘visto’, al igual que los causativos *irakatsi* ‘enseñado’ y vizc. *erakutzi* ‘lavado, enjuagado’ frente a *ik(h)asi* ‘aprendido’ y *e- / ik(h)uzi* ‘lavado’, se ve que el problema se complica por el hecho de que los causativos, o algunos de ellos, podían llevar, además del infijo *-ra-*, una caracterización fonológica secundaria. No cabe, pues, excluir que *irakurri* proceda de un radical con consonante no fuerte (*r*, no *rr*), y su reforzamiento, por razones de cronología relativa, tendría que ser más bien reciente.

Pero lo posible será más o menos probable, en función de los paralelos probados que se puedan aducir. Por eso, que una misma forma original se haya diversificado, en todas las épocas y en todos los dialectos de una lengua, en dos palabras tan diferentes en forma y significado como *irakurri* y *erakutsi*, es algo que se me antoja, por emplear una expresión eufemística, extremadamente improbable, puesto que no encuentro nada comparable en parte alguna. Admito gustoso que mi experiencia es demasiado limitada, pero no la creo tan reducida, si se me permite la inmodestia, como para que no la estime fundamento bastante de una incredulidad radical.

4. Las escasas variantes formales de esa palabra, documentadas alguna que otra vez, no tienen importancia mayor: hay un aislado *erakurri* (la alternancia *e-* / *i-* es frecuente en esa clase de verbos), así como también *irakorri*, atestiguado por Eibar y Marquina.⁷ Pero estas pequeñas variaciones fónicas son de escasa entidad al lado de un hecho semántico fundamental: que *irakurri*, en una u otra forma, significa ‘desgranado’ (hablando de habas, alubias, mazorcas de maíz, castañas, etc.), según Azkue. Para éste es término más o menos arcaico usado en el límite dialectal vizcaíno-guipuzcoano (Lequeitio, Mondragón, Oñate,⁸ Mendaro), pero también, como ha señalado Roberto Bozas-Urrutia,⁹ está vivo con ese sentido, más en los caseríos que en la población misma, en alto-navarro de Arano.

No conozco testimonio alguno de *irakur* ‘desgranar’ anterior a Larramendi (1745), quien lo da como traducción de «leer» y «desgranar» y, además, de «destinar», «distinguir», etc., así como de «elegir», con el derivado *iracurtza* «elección». No creo que esté demasiado claro el valor preciso del verbo en el ejemplo que Azkue recogió en guipuzcoano de Berástegui: *irakurri bear due etxeko gauzak, usteltzeko zorian gelditu eztitezen* «debe uno cuidar las cosas de la casa, para que no se pongan a punto de podrirse».

284

⁷ Lardizabal de Zaldivia (1855), p. 78, tiene un aislado *escribatu zuen liburua iracorri cien*, frente al normal *iracurgai* (‘capítulo’) que encabeza todas las divisiones de su libro.

⁸ Cf. Fr. C. Izaguirre, [«Oñatiko liñagin-iztegitxo»], *Euskera* 1 (1956), [174-182], pp. 176 y 180: no hay perífrasis o traducción del texto (sólo se indica que el verbo se usa como intransitivo), pero parece que significa algo así como ‘se abre, se desgrana, al sol’.

⁹ Véase R. Bozas Urrutia, [«Contribución al diccionario vasco. (Palabras de Arano)»], *Euskera* 8-9 (1963-1964), [213-221], p. 216.

5. Es detalle que no puede menos de sorprender que en la abundante literatura etimologizante, apenas se encuentre mención expresa de la conclusión obvia de que el sentido de ‘leer’ es en este verbo secundario respecto a la de ‘desgranar’ (o, si se quiere, ‘escoger’). Sólo puedo citar un pasaje de Karl Bouda: «*irakurri, irakurtu...* Azk. auch ‘desgranar...’, vgl. unser *lesen*». ¹⁰

Tal conclusión no puede, ciertamente, aspirar a una certeza inconmovible, puesto que, en materia empírica como ésta, no hay lugar para inferencias deductivas. Tiene simplemente, cosa que no es de despreciar, un grado muy elevado de probabilidad. La plausibilidad, que obliga a aceptarla salvo prueba en contrario, se basa en consideraciones de dos suertes. Sabemos, en primer lugar, que la lectura, en la vida de las comunidades y en la vida misma de los individuos, aun allí donde prácticamente todo el mundo es letrado, es una *techne* que se adquiere tarde. Es, pues, razonable pensar que, cuando una población llega al menos a enterarse de que existe un arte de leer y de escribir (cosa que, en la zona que nos ocupa, difícilmente pudo ocurrir antes del siglo I a. C.), la designe, por analogía, con la designación de una actividad que ya le es familiar: en otras palabras, una palabra, corriente y usual, amplía su significado. De no ocurrir así, se recurre al préstamo, y realidad y denominación penetran juntas en la lengua.

Este punto de vista se encuentra resumido, p. ej., en H. Kronasser: «Wie Sinnstreckung einer neu auftauchenden, bisher unbekannten Tätigkeit den Namen geben kann, sieht man an einem Beispiel, das Meringer vorführt (*Wörter und Sachen* 3, 1912, 45). Er teilt das Lesen in drei Akte: das Geschriebene wird 1. aufgenommen (vgl. *tolle lege...*), 2. betrachtet (und entziffert) und 3. ausgesprochen (man las bis ins späte Altertum immer laut)». ¹¹

6. Esta idea, verosímil en sí misma, encuentra por otra parte abundante confirmación en la historia de lenguas muy diversas. Para las indoeuropeas, basta con remitir a la conocida obra de C. D. Buck ¹² donde hay una clara exposición de los datos, además de la bibliografía necesaria para ampliarlos. Su conclusión es:

¹⁰ *Das transitive und das intransitive Verbum des Baskischen*, Amsterdam 1933, p. 185, nota, quien compara *-kur* con bereber *gr* ‘leer’, ‘rufen’. Véase abajo, § 6.

¹¹ *Handbuch der Semasiologie*, Heidelberg 1952, p. 93.

¹² *A dictionary of selected synonyms in the principal Indo-European languages*, Chicago 1949, p. 1284. También son pertinentes los artículos próximos.

«Words for ‘read’ are based on notions like ‘recognize, pick out, gather, observe, interpret, go through, etc., secondarily applied to the written characters».

No sería tarea difícil la de hallar ejemplos semejantes en otras familias lingüísticas. En las lenguas kartvélicas, por ejemplo, **k’ itx-* ‘preguntar’, común salvo en svano y atestiguado ya en georgiano ant., significa también ‘leer’ en georgiano y lazo.¹³

285 En las semíticas, *qr’* es muy frecuente en hebreo bíblico con el valor de ‘llamar, invocar’ (p. ej., Gen. 3, 9), y ‘llamar por su nombre’: así en los conocidos pasajes de Gen. 2 que tanta influencia han tenido en la historia de las ideas lingüísticas occidentales. Pero también significa ‘leer (en voz alta)’. En fenicio y púnico se repiten los mismos valores: ‘(an)rufen’ y ‘lesen’.¹⁴ El verbo se encuentra, no estará de más señalarlo, como *corathi* ‘llamé’ en el pasaje púnico del *Poenulus*.¹⁵ Para el árabe, basta con recordar que *Corán*, *Alcorán* no es sino un derivado (‘lectura’) del mismo verbo semítico.

7. Todo esto es razonablemente seguro. Mucho más, en todo caso, que una pregunta que ahora quisiera hacer bien a sabiendas de que no pasa de ser una pregunta retórica. Proponer cuestiones sin respuesta puede parecer un simple pretexto para ejercicios de estilo o de ingenio, pero acaso no sea del todo inútil, ya que lo que ahora sólo puede pretender cierta plausibilidad interna o algún poder evocativo puede contar un día con pruebas en su abono.

¿Qué es, en definitiva, lo que ‘desgranaban’ (o ‘elegían’) esas gentes? O bien, puesto que la elección difícilmente puede recaer más que en dos clases de unidades, ¿desgranaban letras o sílabas?

No cabe duda de que —entonces, ahora y en todo tiempo— la lectura, y muy en particular la lectura en voz alta, sobre todo si es lenta, no se hace por letras, aunque la escritura sea alfabética en lo posible, sino por sílabas. Hay testimonios precisos de esto para la

¹³ G. A. Klimov, *Ėtimologičeskij slovar’ kartvel’skix jazykov*, Moscú 1964, p. 112, quien, para ‘leer’, advierte: «significado claramente secundario». Por lo que se refiere a la flexión de georg. *k’itx-*, véase el índice de H. Vogt, *Esquisse d’une grammaire du géorgien moderne*, Oslo 1936 (= NTS 9-10), p. 285b.

¹⁴ J. Friedrich, *Phönizisch-punische Grammatik*, Roma 1951, pp. 73, 123 y 126. El paralelo hebreo, junto con el de acadio *šasū* ‘leer’ y ‘llamar’, está en Kronasser, loc. cit.

¹⁵ Maurice Sznycer, *Les passages puniques en transcription latine dans le «Poenulus» de Plaute*, París 1967, pp. 52 s. y 144.

Antigüedad,¹⁶ pero no son necesarios en rigor.¹⁷ Aun ante nuestros ojos, se repite en el individuo el esquema evolutivo de las comunidades: el silabeo es la fase esencial, y por ello mismo crucial, en el aprendizaje de la lectura.¹⁸ Es ahí donde el tiempo que exige el reconocimiento de cada nueva unidad entra en conflicto con el tiempo de retención por la memoria, entorpecida pronto por la fatiga, de las unidades anteriores, hasta que se consigue franquear limpiamente el umbral más allá del cual la lectura de frases y textos puede dar fruto de inteligencia. Y es también ahí, en esa región de penumbra, donde mete sus torpes dedos la grey demasiado conocida entre nosotros de los vencedores del analfabetismo en los campos fantasmales de la estadística trucada.

8. Uno de los primeros sistemas de escritura que debió de ser conocido en las regiones que nos conciernen tuvo que ser la llamada ibérica, cuyo semisilabismo es de sobra sabido. No es este lugar, ni yo persona adecuada, para hablar de su formación. Me contentaré con decir que lo que de ella escribió J. Untermann¹⁹ siempre me ha parecido, como investigación sistemática, plenamente satisfactorio.

286

Una reaparición, para mí inesperada, del silabismo se da en la estela funeraria descubierta en 1960 por José Esteban Uranga en Lerga (Navarra) y publicada por A. Marcos Pous,²⁰ donde las *hederae* no

¹⁶ H.-I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, París 1958⁴, p. 212; para la recitación, que se hacía «gota a gota» conforme al texto de Hero(n)das, es decir, «grano a grano» en nuestro caso, p. 215. Esta cita ha sido recogida recientemente en el artículo de B. A. Uspenskij, «Starinnaja sistema čtenija po skladkam (Glava iz istorii russkoj gramoty)», *Voprosy jazykoznanija* 5 (1970), 80-100.

¹⁷ Cf. J.-M. Peterfalvi, *Introduction à la psycholinguistique*, París 1970, pp. 60 s.

¹⁸ Me refiero, claro es, al proceso que va de lo escrito a su pronunciación: el *spelling*, el deletreo, se da ante todo en el proceso inverso y tiene más que ver con la «corrección» ortográfica que con otra cosa.

¹⁹ «Das silbenschriftliche Element in der iberischen Schrift», *Emerita* 30 (1962), 281-294, artículo cuya omisión en la copiosa bibliografía de J. Maluquer de Motes, *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Barcelona 1968, es tan difícil de explicar como la extraña sordera que las ideas de un inspirador de Untermann, I. Gelb (*A study of writing*, Chicago 1952, *Von der Keilschrift zum Alphabet*, Stuttgart 1958, por no citar más que las versiones más antiguas), encuentran en oídos sobre todo franceses. Sin embargo, por cuanto sé, Gelb es el único autor que ha intentado presentar un esquema «estructural» de la evolución de la escritura.

²⁰ «Una nueva estela funeraria hispanorromana procedente de Lerga (Navarra)», *PV* 21 (1960), 319-333. Para su interpretación, véase M.^a L. Albertos, [«Nuevos antropónimos hispánicos»], *Emerita* 32 (1964), [209-252], p. 211.

separan palabras, sino sílabas, y esto de una manera consecuente. Las únicas excepciones son la última línea (*ANN.XXV.T.P.S.S.*), en que la interpunción tiene su valor habitual, y *HARFI(lius)*, al final de la primera («seguramente por falta de espacio», dice el editor) y en *FL. LIO*, al acabar la tercera: en todo caso, son los nombres indígenas cuyo silabeo está marcado de manera consecuente, no la parte latina del epígrafe.

También yo, como decía en cierta ocasión Julio Caro Baroja, y con mayor razón que él, soy epigrafista *in partibus infidelium* y no me atrevo a decir hasta qué punto esta práctica tiene paralelos en zonas y épocas (la inscripción que menciono podría ser del siglo II o III de nuestra Era, según Marcos Pous) próximas o lejanas: que ha existido, se lee en cualquier manual, pero haría falta un estudio cuantitativo que tuviera en cuenta épocas, regiones y niveles. El mismo editor, que hizo un comentario muy cuidado sin pasar por alto ningún aspecto de la estela, se contenta con decir: «Los signos de interpunción están formados por hojas de hiedra..., frecuentes también en la epigrafía hispanorromana de Navarra, como en el resto del mundo romano». «La separación de las palabras no está clara en el texto que estudiamos. Los signos de interpunción que ordinariamente facilitan esta tarea, en el caso de nuestra inscripción no separan palabras sino grupos silábicos..., como es evidente en *fi.lio*».

He vuelto a repasar las inscripciones latinas de Navarra,²¹ las escasas de Vizcaya (junto con los letreros más abundantes de fecha claramente medieval)²² y las asturianas,²³ a las cuales podría unir las aquitanas del *CIL* XIII, 1, más las publicaciones y estudios

²¹ B. Taracena Aguirre - L. Vázquez de Parga, *Excavaciones en Navarra. Volumen I (1942-1946)*, Pamplona 1947, más la inscripción votiva a Peremusta: J. Rubio Alija, [«Nuevas inscripciones romanas»], *Zephyrus* 6 (1955), [295-299], p. 298, hallada en Eslava, no lejos de Lerga.

²² J. M. Ugartechea, «Notas sobre estelas, lápidas e inscripciones funerarias vizcaínas», *Anuario de Eusko Folklore* 19 (1962), 131-171, que recoge y completa los trabajos de Gómez-Moreno [«De epigrafía medieval. Los epitafios de Arguñeta» y «De epigrafía vizcaína»] en *BRAH* 115 (1944) [189-192] y 128 (1951) [197-217]. En Guipúzcoa, en contra de lo que parecía opinar el Sr. Navascués cuando padecí cruento examen a sus manos, no se ha hallado más que una inscripción de época romana que aquí para nada nos sirve.

²³ F. D. Santos, *Epigrafía romana de Asturias*, Oviedo 1959. Hay, al parecer, un punto que no ha dejado de producir alguna perplejidad en la inscripción núm. 52, pp. 141 ss., pero está completamente aislado.

posteriores,²⁴ que he tenido que examinar con algún cuidado, sin encontrar nada estrictamente comparable a la inscripción de Lerga. Sí hay paralelos, por el contrario, en Álava, por ejemplo, en una inscripción de Armentia (*CIL* II, 2938), copiada por Prestamero, donde «se aprecia... una excesiva interpunción triangular entre las letras e incluso entre las sílabas de una misma palabra»: ²⁵ en realidad, las separaciones son de sílabas (*MA.RI.TO*, ...*S.SIMO*, etc.), lo mismo que en otra de Luzcando.²⁶

9. En todo caso, es evidente que esto está muy lejos —aunque cabe que haya una profunda raíz común— del sistema de puntuación itálico, que va del etrusco arcaico, por vía de préstamo, al véneto.²⁷ La referencia parecía obligada pero el abismo que separa unos hechos de otros, en el tiempo y en el espacio, basta para que pueda y deba quedar reducida a una mera mención.

No hay mucho aparte de esto, en el léxico vasco, que se refiera a lectura o escritura y tenga visos de carácter autóctono. «Sílabas, *letraya*» en el Suplemento de Larramendi parece haber sido deducido, como ya he indicado en otro lugar,²⁸ del participio *letreiatu*, bearn. *letreyà*, en Pouvreau «*letraiatu*, epeler, appeller litteras». En cuanto a *buthun*, *guthun*, etc., ‘carta’ ‘libro’ ‘amuleto’, se diría que Hermann Berger tenía toda la razón al asignarle origen árabe.

²⁴ Hay una referencia a los materiales utilizados en *Textos arcaicos vascos*, Madrid 1964, pp. 14 s.

²⁵ J. C. Elorza y Guinea, «Ensayo topográfico de epigrafía romana alavesa», *Estudios de arqueología alavesa* 2 (1967), [119-185], p. 130, núm. 13.

²⁶ *Ibid.*, p. 161, núm. 79. Cf. también, acaso, p. 165, núm. 89 (Ocáriz).

²⁷ Véase, p. ej., M. Lejeune, «A-t-il existé un syllabaire tyrrhénien?», *Revue des études grecques* 80 (1967), 40-59.

²⁸ *Estudio sobre las fuentes del Diccionario de Azkue*, Bilbao 1970, p. 124.

NOTA MARGINAL SOBRE LA HUELLA LATINA
EN LA LENGUA VASCA*

1. A la amistad del profesor Mariner y a sus escrúpulos por 5
no pecar de omisión, debo el encargo de tratar, a título de apén-
dice a su ponencia, de la huella que el latín ha dejado en la len-
gua vasca.

El tema no me parece fácil, y menos en este marco. Precisa-
mente porque le he dedicado mucho tiempo, con mayor o menor
acierto, temo que la exposición se disperse en una nube de detalle
menudo y sin trabazón.¹ No es tampoco que la materia carezca de
interés en sí, pero, por la fuerza de las circunstancias ya que no por
la naturaleza misma de las cosas, el estudio de la influencia latina
en lenguas no románicas ocupa una posición marginal, tanto para
los latinistas (si se exceptúa algún dominio privilegiado, como el
griego) como para los romanistas.

FLV 4 (1972), 5-25; *SHLV*, I, pp. 121-137.

* Éste es, en su primera parte, el texto de una comunicación leída en Barce-
lona en abril de 1971, con ocasión del IV Congreso Nacional de Estudios Clási-
cos. Como la publicación de las actas encuentra dificultades que al parecer no será
posible superar, he pensado, tal vez con excesivo optimismo, que quizá no carece-
ría de todo interés su publicación en esta revista. Para ello he vuelto a escribir la
segunda parte, la referente a la toponimia romana en Álava, que allí trataba, por
claras razones de oportunidad, mucho más brevemente.

¹ No hay espacio en estas líneas para citar la bibliografía, abundante y dis-
persa, que hay sobre el tema. Me limitaré, pues, a mencionar, porque me he va-
lido de él, un trabajo que desde hace años tengo preparado para *ELH* III donde
acaso, Dios mediante, vea la luz algún día [«El elemento latino-románico en la
lengua vasca», *FLV* 6, 1974, 183-209]. En *FHV*, San Sebastián 1961, se tocan,
como es natural, muchas de las cuestiones aquí tratadas.

2. Es obligado, además, enumerar algunos de los obstáculos que dificultan o hacen imposible el estudio mismo del problema, no ya su exposición. Desde cierto punto de vista, no hay solución de continuidad entre el latín y los romances; no es menos cierto que, en cuanto sistemas, son cosas muy diferentes entre sí, tanto teórica como prácticamente. Ahora bien, mientras en celta britónico (y también, p. ej., en albanés) los accidentes históricos permiten distinguir como bloque la capa latina de estratos más recientes, no se da esta circunstancia en la Vasconia antigua, medieval o moderna. Póngase donde se ponga los hitos que acotan lo propiamente latino de lo ya románico, dentro de la lengua vasca sólo es posible separar la aportación *stricto sensu* latina en virtud de principios apriorísticos: es decir, en criterios basados en el conocimiento de la historia de *las otras* lenguas, no de la vasca misma. La presión latino-románica sobre las zonas de habla éuskara ha conocido sin duda altos y bajos, pero no ha remitido nunca. Siempre, desde hace dos milenios, ha tenido que ser abrumadora.

Si fijamos pues la vista en el latín, como corresponde, se comprenderá sin esfuerzo que hay terrenos de estudio, del mayor interés en sí, sobre los cuales no se puede decir prácticamente nada. Tomemos la sintaxis, cuya posición central en la gramática vuelve ahora a ser reconocida con toda justicia. La sintaxis vasca muestra en muchos rasgos la impronta latina, pero sólo latina en último término: los modelos inmediatos son románicos, más o menos tardíos. Ahí está, por no citar más que un caso, la *consecutio temporum*. En vasco histórico la presencia del rasgo «pasado» desencadena automáticamente la conversión de (*badakit*) *etorri dela* en (*banekien*) *etorri zela*, al igual que (*sé*) *que ha venido* se transforma en (*sabía*) *que había venido*. Pero el patrón románico, tan fielmente seguido, basta él solo para explicar los hechos sin tener que remontarse a un pasado impenetrable más que oscuro. Cuando en los siglos XVI-XVII la atracción del amplio período latino modela la prosa vasca como toda la prosa occidental, la mediación romance está siempre presente: la larga convivencia, más o menos pacífica, había creado las condiciones para un tránsito simple de romance a vascuence.

3. En el terreno a flor de tierra tradicionalmente asignado a la morfología, poco es también lo que nos enseña la lengua vasca: que los temas nominales (con las consabidas excepciones, p. ej. *maiz-*

ter < *magister*, que no está aislado)² se han tomado del acusativo latino y los verbales del participio (vasc. *-tu*), no sin algunas adaptaciones. Pero si la declinación latina ha dejado escasa huella, se puede mostrar, sobre documentos medievales navarros por ejemplo, que hay casi una correspondencia biunívoca entre la expresión de los casos locales³ por preposiciones en romance y por sufijos o posposiciones en vascuence. De nuevo tenemos ante los ojos el modelo románico inmediato.

La diferencia de tipo morfológico —no por superficial menos básico en materia de adopción— no era traba mayor en lo que a elementos de derivación se refiere. Así, hay en lengua vasca muchos sufijos de derivación nominal (aunque no lo sean todos los que suelen declararse tales) que son de origen latino. Pero, casi siempre, son productivos en romance (*-mentum*, vasc. *-mendu*, etc.) y pueden ser por tanto de introducción bastante tardía.

Merece la pena señalar, en cambio, que los preverbios, latinos o románicos, no han conseguido aclimatarse en vasco, con alguna muy rara excepción, de manera que los verbos compuestos faltan en esta lengua o, cuando existen, son de muy otra suerte.⁴ También hay que advertir que la composición nominal vasca es —sin duda porque ha seguido siéndolo— procedimiento vivo y siempre productivo: vamos con las lenguas germánicas, célticas o eslavas, no con el latín y los romances. No deja de ser curioso que el tipo productivo en romance que ejemplifican *Boileau*, *Boi(s)lève*, *Bevilacqua* o *Hiendelaencina* falte aquí por completo.

4. Llegamos al léxico, donde los criterios fonológicos con apoyo semántico permiten conclusiones más ricas y, sobre todo, más seguras. Pero también aquí hay que introducir, a modo de jarro de agua fría, alguna consideración preliminar.

Está fuera de discusión que, en toda lengua, hay que establecer una distinción, de límites por desgracia fluctuantes, entre vocabulario básico y palabras andariegas que, no por ser menos frecuen-

² También constituyen excepción, entre otros, algunos nombres antiguos de personas. El vasc. occid. *martitzen* 'martes' contiene sin duda el genitivo latino, pero ahora me inclinaría a identificar su final con vasc. *egun* 'día'. Se trataría, pues, de *Martis dies*, más bien que de *Martis* a secas.

³ Me refiero, claro es, a las relaciones mismas, no a su manifestación externa.

⁴ Semejantes a lat. *benedicere*, *naufragare*, *remigare*, *uaticinari*, *uendere*, rom. *cautener*, *mamparar*, al. *gewährleisten*, *grossziehen*, *handhaben*, *stattfinden*, rus. *rukovodit'*, etc.

tes en el discurso, dejan de ocupar la mayor parte las páginas de un diccionario. Pues bien, nunca ha dejado de sorprenderme el escaso número de voces de origen indoeuropeo prelatino que pueden descubrirse en el léxico vasco. Bien es verdad que soy prácticamente el único en asombrarse: otros, menos suspicaces o más optimistas (*sanguine* sería el término inglés), no sólo los encuentran en abundancia sino que se sienten capaces de determinar «indoeuropeo prelatino» con precisiones como «céltico» e incluso «ilirio». Ahora bien, como también yo *esperaría* encontrar tales elementos, pero honradamente no acierto a encontrarlos, he tenido que arbitrar una explicación para este desacuerdo entre teoría y realidad.

La explicación, más o menos *ad hoc*, es la siguiente. Tales voces (designaciones de instituciones, de objetos, de modas pasajeras) entraron, sí, en la lengua vasca, pero fueron suplantados por una larga y persistente influencia latina que impuso *errege* 'rex' o *lege* 'lex', etc., eliminando a sus presuntos predecesores que carecían ya de apoyo socio-político. Esto no es más que una hipótesis que, con la documentación hoy disponible, no se puede confirmar ni infirmar. No ocurre lo mismo, sin embargo, con la dualidad *latín / romance*, porque aquí la cronología misma de los textos demuestra que lo más reciente ha desplazado lo más antiguo: *dexema* 'diezmo' a *dekuma*, *seinale* 'señal' a *zeinhare* (suletino *zeñhare*), *pagatu* 'pagado' a *bak(h)atu*, etc.

5. En otras palabras, la aportación románica no ha sido sólo, por hablar en términos figurados, enemiga del acervo patrimonial vasco, sino también, además, del elemento latino, ya introducido y asimilado en la lengua. Es una limitación del testimonio vasco que nunca debe olvidarse.

Aun con esa limitación, falta todavía una valoración objetiva de la aportación propiamente latina al léxico vasco: no siempre es hacedero tomar partido entre los que, por razones que la razón no conoce, pecan por carta de más y los que pecan por carta de menos. Y aun dentro de lo razonablemente seguro, a falta de un estudio previo en que se tengan en cuenta las cosas además de las palabras, es difícil pasar de una presentación impresionista de los materiales.

Naturalmente, se suele empezar por las rarezas: que, al lado de **conuclu* / -a, lat. *colus* está representado en esta lengua (vasc. occid. *goru*), lo mismo que *postilēna* (*buztarina*, *üzitaria*, etc., 'croupière'). Pero no todo es por necesidad tan extraño como a primera vista parece. No es raro que lat. *opācus* esté bien representado en la toponi-

mia de una región vasca (*Opaku-*), cuando se trata de la designación general de la 'umbría' a lo largo de todo el Pirineo. Tampoco sorprende que **bimāna* sea el prototipo de vasc. *bigae*, etc., 'ternera de dos años', si se piensa que en los Pirineos y fuera de ellos hay, p. ej., arag. *bima*, gasc. *bime*.⁵ Como no se sabe si vasc. *nek(h)atu* 'cansado, fatigado' procede de *neke* 'fatiga' o al revés, cabe recordar la existencia del verbo *anegar*, fr. *noyer*, etc.⁶

6. Si pasamos a las cosas y de los préstamos lingüísticos tratamos de inferir el alcance de la penetración cultural, material o no, latina en este territorio, nos movemos ya en un terreno mucho más peligroso. No se puede descuidar, en efecto, la importancia de la cristianización, tardía quizá, pero tan efectiva que alcanzó a borrar, hasta un punto que no se concibe en el mundo céltico o en el germánico, como ya señaló W. von Humboldt, las antiguas concepciones religiosas, indígenas o importadas.⁷

Es razonable pensar, por citar un caso, ya que en los principales animales domésticos o salvajes no se encuentra la misma traza latina, que vasc. *bago* 'haya' o *gaztaina* 'castaña /-o' son indicio de que estas especies vegetales, generales en la toponimia vasca, nos llegaron con los romanos, junto con sus nombres. Pero ya J. Caro Baroja señaló que, aunque vasc. *golde* 'arado' es latino (mejor, acaso, románico), ello nada demuestra, en contra de lo que más de una vez se ha sostenido, sobre el arado mismo: hay prueba arqueológica

⁵ Cf. G. Rohlfs, *Le gascon. Études de philologie pyrénéenne* (Beihefte zur ZRPh, 85), Tübingen-Pau 1970², pp. 90 y 96. El sufijo es productivo desde el latín (*decumanus*, *meridianus*, *montanus*, *septimana*, *siluanus*, etc.) hasta el día de hoy: *anteuano*, *forano*, *lejano*, *mañana*, *quintana* (excepcionalmente frecuente en la toponimia de una zona de Burgos, pero conocido también en Álava y representado en el léxico gascón y vasco), *ruano*, *solana*, *verano*, fr. *gubaine*, *certain*, *hautain* (cf. *altan-ero*), etc. No me parece seguro (v. O. Bloch-W. von Wartburg, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, París 1968⁵, s.u.) que *poulain* venga de *pullāmen*, y no de *pullus* + *-ānus*.

⁶ Como la búsqueda del arcaísmo se puede dar en cualquier parte, me atrevo a presentar una sugerencia demasiado osada. Ante un texto como el doc. original asturiano de 1159 (R. Menéndez Pidal et al., *Crestomatía del español medieval*, [Madrid 1966], I, p. 51, en que se lee *et eciam ipsos montes siue andurbiales in giro*, ¿no cabría pensar en *amburbialēs*, de *amburbium*, disimilado y desacralizado, como origen del discutido *andurriales*? Cf. Corominas, *DCELC*, I, pp. 203 y 207 s., *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, [Madrid 1961], s.u. *andar*.

⁷ Para sacar a la luz lo que estaba soterrado y desfigurado ha sido precisa la obstinada e inflexible objetividad de J. M. de Barandiarán.

decisiva de que este apero, llamárase como se llamara, se conoció en territorio históricamente vasco antes de que comenzara la penetración romana.

7. En los sonidos, finalmente, también el saldo es muy desigual. Mientras los préstamos latinos de fecha presumiblemente más antigua suministran materiales para penetrar en la prehistoria de la fonología vasca (ellos constituyen, en realidad, el asiento más sólido de todo intento de reconstrucción), no es mucho lo que el testimonio vasco aporta al conocimiento de la pronunciación latina, aun si nos constreñimos a la pronunciación del latín en determinada zona y en una época de límites más vagos.

Hay para ello dos razones obvias. La primera, conocida de todos, es la abundancia de documentación por una de las partes que contrasta con la pobreza de testimonios antiguos por la otra. La segunda, menos notoria para los no iniciados, es que el sistema fonológico que podemos postular para el vasco antiguo era muy inferior en número de unidades distintivas al latino. En todo caso, y aun cuando la reconstrucción errara su blanco por una gran distancia, esto sólo podría deberse a que la evolución ulterior ha confundido sin residuo, de modo que ya son irrecuperables, distinciones antiguas.

Un caso aparentemente favorable sería el de las oclusivas, ya que algunos dialectos vascos —y en otro tiempo posiblemente todos— distinguen tres series: sonoras (no siempre oclusivas), sordas y sordas aspiradas. Pero las aspiradas no parecen haber sido, en tiempos todavía no muy remotos, más que variantes combinatorias de las sordas. De forma que, en fin de cuentas, su distribución sólo puede dar luz sobre la acentuación antigua de los temas nominales vascos, esquema al que, a juzgar por muchos indicios, no siempre se ajustaron los préstamos.

10 8. Es un lugar común que éstos, en su estrato más antiguo, son testigo de un estado de cosas latino en que *i*, *u* breves no se habían confundido todavía con *e*, *o* largas: *bik(h)e* '(la) pez', *bip(h)er* 'pimiento /-a', *iztupa* 'estopa', *lukuru* 'interés, usura' van con *biku* 'higo', *liho* 'lino', *ingude* 'yunque', *mutu* 'mudo', y no con *meta* 'pila, montón' 'almiar' u *ohore* 'honor'. Lo mismo puede decirse de términos de sustrato⁸ como alavés *bique*, *pique* 'parte (es decir, vez) que

⁸ El hecho de que *bique* sólo se encuentre atestiguado en romance alavés y el que proceda en último término del latín en nada modifica su condición, y sobre esto volveré a insistir, de término de sustrato vasco.

se tiene en un molino' o el top. *Guircu* (en 1025 *Kircu*), con vocal cerrada lo mismo que *Luco* (en 1025 *Lucu*), sul. ant. *luku* < l ū c u s .

Se trata, dicho de otro modo, de un vocalismo que muchos romanistas llamarían, no sin alguna confusión de especies, de tipo sardo. En nuestro caso no hay, naturalmente, tipo sardo que valga: una lengua, que desconocía toda correlación de cantidad en las vocales, confundió en su única vocal, como las *Afrae aures*, dos vocales de timbre análogo, aunque de cantidad o tensión diversa.⁹

9. Señalaré, si se me permite una breve digresión, que la ordenación que atribuye una mayor antigüedad al sistema sardo de cinco vocales frente al general de la Romania occidental de siete me parece desde hace años completamente errónea. En efecto, para llegar del sistema latino clásico a uno y a otro son precisas dos reglas, como dicen ahora, que, con mayor apego a la concisión que a la exactitud histórica, podrían formularse como sigue:

R. I.

$$\begin{bmatrix} + & \text{voc} \\ + & \text{tens} \end{bmatrix} \rightarrow \begin{bmatrix} + & \text{voc} \\ - & \text{tens} \end{bmatrix}$$

Esta regla nos lleva de la mano a la fusión de *i* e *ī*, *u* y *ū*, etc., al paso que da cuenta de la indistinción general de *a* / *ā*. La segunda, si se admite una gradación de cierre cuya métrica asigne a *a*, larga o breve, el valor cero,¹⁰ se podría formular de esta manera:

R. II.

$$\begin{bmatrix} + & \text{voc} \\ - & \text{tens} \\ n & \text{cerr} \end{bmatrix} \rightarrow \begin{bmatrix} + & \text{voc} \\ - & \text{tens} \\ n-l & \text{cerr} \end{bmatrix}$$

de donde habría de seguirse la apertura de las vocales breves: *u* > *o*, *o* > *ɔ*, *i* > *e*, *e* > *ɛ*. Pues bien, si hay algo evidente sobre la faz de la tierra, es que la regla I basta para llegar del vocalismo latino al sardo. En cambio, para obtener el vocalismo occidental, son nece- 11

⁹ No es de admirar que el diptongo *au* se conserve como tal cuando hoy todavía el vasc. *gauza* tiene a su lado el gasc. *cause* 'cosa'. Para lat. *ae* falta testimonio vasco.

¹⁰ Decir métrica equivale a decir que no se pueden asignar valores negativos.

sarias ambas reglas, sólo que aplicadas precisamente en este orden: 1.º regla II, 2.º regla I.

10. Sería trabajo perdido insistir en que en estos préstamos, como en algún romance y en los préstamos latinos de muchas lenguas pararrománicas, la antigua pronunciación de lat. *c*, *g* se conserva ante vocal anterior: cf., además de los ya mencionados *bik(h)e*, *errege* y *lege*, *bake* ‘paz’, ant. *angelu* ‘suelo’ < *a n g e l l u s*, reiterado en topónimos, etc. Es menos sabido que, a juzgar por *ok(h)ela* ‘trozo’ < *b u c c e l l a*, esta pronunciación sobrevivió, como ya indicó Corominas, a la apertura de *i*, *u* breve en *e*, *o*.

Pero, ¿qué sucedía con lat. *c*, *t* + *j*? Teniendo en cuenta la masa de los ejemplos, se diría que ya se habían asimilado, pero algún caso suelto como vizc. *marti* ‘(mes de) marzo’ supone evidentemente que *e* e *i* no se habían fundido todavía en la cadena hablada.¹¹

Tampoco es seguro su resultado, puesto que por una parte tenemos *butzu* ‘puteus’ (cf. ingl. *pit*, ant. *pytt*, con inflexión de la vocal), etc., pero hay también por otra ant. *atxeter* ‘médico’, del mismo origen que al. *Arzt*. Es verdad que el tratamiento palatal (*tx* = cast. o ingl. *ch*) se atestigua mejor en la parte oriental de Vasconia, pero tampoco faltan ejemplos en el otro extremo. Así, si *Antezana* (1025, hoy *Antezana de la Ribera*) es continuador seguro de lat. *Antes-* / *Antistiana* en territorio claramente romanizado («in alfoce de Forniello»),¹² no podemos atribuir otra procedencia a *Antezana* de Foronda o de Álava. Pues bien, este último aparece escrito *Andiggana* en 1025, con el paso regular de *-nt-* a vasc. *-nd-*, y *-gg-* por *-tx-* o *-ch-*, en zona alavesa de habla vasca.

Queda también dudosa la parte que tiene una y otra lengua en el tratamiento de grupos consonánticos latinos como *-ct-*, representado normalmente por vasc. *-it-*, que parece indicio de una fase ya románica: *deit(h)u* (y *deit[h]atu*) ‘llamado’ < *d i c t u m*, etc. A su lado, lat. *-cs-*, si el nombre no es anterior *in situ*, aparece reproducido por una africada vasca en medieval *Utçama* (mod. *Ulzama*, *Unzama*) < *U x a m a*.

¹¹ Las formas latinas en *-ius* parecen haberse adoptado generalmente como temas vascos en *-i*: *-ari* < *-ã r i u s*, etc.

¹² *Antestia* se documenta en epígrafe latino de Álava, cf. J. Gil, [«Notas sobre fonética del latín visigodo»], *Habis* 1 (1970), [45-86], p. 49. Pero la etimología, como bastantes otras que luego hemos redescubierto, se encuentra ya en F. Fita, «El vascuence alavés anterior al siglo XIV», *BRAH* 3 (1883), 215-243. *Antes-* o *Antistiana* está ya atestiguado en la Tarraconense, como se sabe, en época romana.

11. El único punto acaso en que el vasco ant. poseía un tamiz más fino era en las sibilantes. Frente a la *s* única del latín, el vasco histórico tiene, además de un orden palatal (fricativa y africada, escritas *x* y *tx*), sibilantes apicales (*s*, *ts*), distintivas sin duda alguna 12 frente a las dorsales (*z*, *tz*), también sordas.

Para resumir un largo debate (en el que, por haber intervenido, no puedo ser imparcial), es un hecho, ya visto por Gavel y otros, que en los préstamos más antiguos lat. *s* aparece representado normalmente por vasc. *z*: hay excepciones, pero muchas de las que se aducen como tales o son formas demostrablemente tardías o se fundan en etimologías falsas.¹³ Los que —desde Martinet a Galmés de Fuentes, por razones que a mí se me figuran en buena parte apriorísticas— sostienen que la sibilante latina era de tipo español, por decirlo de alguna manera, son los que deben demostrar que la apical vasca histórica fue en un tiempo cacuminal o, en todo caso, muy diferente de la hoy general.¹⁴ Esa *s* vasca, fuera lo que fuere, se escribe *s* en inscripciones de época romana (*sembe-* : vasc. *seme* ‘hijo’; *Seni* : vasc. **seni* ‘niño’ ‘criado’), al igual que vasc. *z* (*-sahar* : vasc. *zahar* ‘viejo’).

12. El estudio sistemático de la toponimia, uno de los almacenes mejor surtidos de antiguallas lingüísticas que conoce el mundo, podría dar, sin duda, un fruto mayor. Así en la Navarra medieval encontramos un término llamado *Guendearia* que es la versión vasca, dentro de los cánones neogramáticos más estrictos, de lat. *centēnāria*.¹⁵ Tal homología a duras penas será debida al azar, sobre todo cuando, de una u otra forma, cada una de las correspondencias se repite en tantos nombres de lugar.

¹³ Puede verse una discusión en [L. Michelena, «Lat. *s*: el testimonio vasco»], *Actas del XI congreso internacional de lingüística y filología románicas* (Madrid, 1965), Madrid 1968, pp. 473-489. También parece claro que en inscripciones latinas se empleó *x(s)* para representar africadas vascas.

¹⁴ Ahora C. P. Otero, *Evolución y revolución en romance*, Barcelona 1971, pp. 106 y 309 (regla p. 39), considera que la apicación de *s*, sorda o sonora, es un fenómeno «castellano» (en el sentido que él da a esta palabra) tardío. Parece estar en desacuerdo en este punto con su correligionario J. W. Harris, *Spanish phonology*, Cambridge (Mass.) 1969, pp. 189 ss.

¹⁵ Cf. [L. Michelena, reseña de H. Hubschmid, *Thesaurus praeromanicus*, II, Berna 1965], *ZRPh* 83 (1967), 602-609, [Id., «Notas lingüísticas a Colección diplomática de Irache»], *FLV* 1(1969), [1-59], p. 38.

La toponimia de lo que en tiempos recientes se viene llamando País Vasco,¹⁶ y no hay por qué reducirse estrictamente a sus límites, facilita además datos de primer orden, que se añaden a los arqueológicos y epigráficos, sobre una cuestión siempre debatida: la extensión y la intensidad de la romanización, y el carácter residual o importado del vasquismo o vasconismo de algunas comarcas en época medieval y moderna.

13 El problema, que aquí sólo puede considerarse desde el punto de vista lingüístico, está planteado sobre todo para la parte más occidental de Vizcaya, algunas zonas navarras¹⁷ y, acaso más agudamente que en ninguna otra parte, para Álava. Por fortuna, y siguiendo el ejemplo de Navarra, se está haciendo en esa región un intenso y provechoso esfuerzo de prospección arqueológica, acompañada de estudios epigráficos y onomásticos.

13. M.^a Lourdes Albertos acaba de tratar de onomástica alavesa¹⁸ con su característica agudeza y competencia. Lo ha hecho, sin embargo, desde un punto de vista más prerromano que romano, si puedo expresarme así, y la importancia misma de su trabajo me incita a presentar unos reparos de principio: los detalles, cuando se haga referencia a ellos, no pasarán de ser meras ilustraciones. Porque, por una vez, puede recurrirse con toda veracidad a un avejentado lugar común: hay tantos detalles discutibles que no se sabe cuál elegir.

Admitamos como base de discusión lo que parece ser, si no estoy equivocado, su esquema subyacente: 1) lengua (indoeuropea prelatina) de várdulos y caristios; 2) romanización, con latinización como secuela; 3) vasconización posterior de alguna zona. Aun admitiéndolo, se echa pronto de ver que aquí la geografía, a pesar de los mapas, está ausente. En cuanto a lengua, no se puede aplicar a

¹⁶ Con el calificado voto en contra de don Paulino Garagorri, versión inédita del *uomo universale* producto precisamente de ese país, llámese como se llame.

¹⁷ De aquéllas ha tratado no hace mucho J. M. Sasia, *Toponimia euskérica en las Encartaciones de Vizcaya*, Bilbao 1966, quien acaso reconozca elementos vascos con excesiva facilidad. De problemas navarros he tratado yo mismo en esta revista [FLV] 1 (1969), 1-59 [«Notas lingüísticas a Colección diplomática de Irache»], y últimamente, de toponimia alavesa y navarra, aunque no exclusivamente, en 3 (1971), 241-267 [«Toponimia, léxico y gramática»].

¹⁸ «Álava prerromana y romana. Estudio lingüístico», *Estudios de arqueología alavesa* 4 (1970), 107-223. Importa señalar que en la misma revista, 2 (1967), 119-185, J. C. Elorza había ya publicado un muy importante «Ensayo topográfico de epigrafía romana alavesa».

Álava entera el mismo rasero. Desde el siglo XI por lo menos¹⁹ se distinguen sin dificultad, aunque no siempre puedan precisarse los límites, una zona de habla vasca y otra de lengua romance. Cualquier mapa de hallazgos de época romana —inscripciones o restos mudos— no se opone a esta división, sino que la confirma, sin otra salvedad que la fácilmente explicable de que la frontera caiga en este último caso bastante más al norte. No hablo, ni hay por qué hablar, de yacimientos prerromanos, que nada pueden probar respecto a hechos de lengua.

14. Aunque nos olvidáramos de los euskaldunes de Álava, lo cual ya es mucho olvidar para quien tenga una idea de la historia de esa zona, hay una particularidad del trabajo de M.^a Lourdes Albertos que exige por sí misma un examen detenido, ya que afecta a los fundamentos del método histórico. En vez de ir de lo mejor a lo peor conocido, o a lo desconocido a secas —en vez de basar, en otras palabras, la hipótesis vacilante sobre datos sólidamente establecidos—, los nombres propios antiguos y modernos son explicados en primer lugar por lo prelatino (no éuskaro, por definición), quedando sólo en muy segundo término el latín y allá en la lejanía, como advenedizo, la lengua vasca. Con todo, es un hecho patente que latín, romance y vascuence son lenguas conocidas que ofrecen a menudo, sin mayor esfuerzo, explicaciones satisfactorias de la toponimia alavesa. Queda ciertamente un residuo, hasta muy considerable, y para tratar de aclararlo será lícito aventurarse por terrenos menos transitados. Sólo acaso con los nombres antiguos de personas y de divinidades (muchos no latinos y todos de euskarismo casi, si no del todo, imperceptible) se puede proceder al revés. Por mi parte, sólo lamento que lo que se pone al principio sea algo que se supone indoeuropeo —tiene, en efecto, un cierto aire de tal—, muy poco característico tanto fonética como morfológicamente, cuya unidad es dudosa y cuya consistencia se me antoja deleznable.

14

Se diría que, en el fondo, nos hallamos ante una renovación de la vieja tesis de «la antigüedad y universalidad del bascuence en España», sólo que vuelta del revés. Ahora bien, esta nueva versión tiene en contra suya una clara desventaja sobre la antigua, hoy desacreditada con razón. Ésta ponía por lo menos al principio algo conocido; la nueva, por el contrario, no tiene lengua que presentar,

¹⁹ Señalo esta fecha por no andar en regateos. Es razonablemente seguro, sin embargo, que la situación no era muy distinta dos siglos antes.

sino briznas onomásticas de difícil atribución. Permítaseme recordar que esta última opinión —discutible, sin duda, y que por ello mismo estoy dispuesto a discutir en cualquier momento— está basada en un conocimiento directo —real, aunque elemental— de las lenguas indoeuropeas en general y de las occidentales en particular.

Pero, tratándose de onomástica alavesa, no basta con la lingüística indoeuropea, por muy ampliamente que se entienda su campo. No es que *Aranzadui*, nombre de fuente (es decir, de lugar menor) en zona completamente vasca de lengua durante muchos siglos, sea un «posible» nombre vasco (pp. 179 s.): *es*, por tema y por sufijo,²⁰ un nombre vasco que se repite en todo el país. Por repetirse, se repite hasta en el nombre de la Editorial *Aranzadi*, que aparece en lugar destacado en todos los números de esta revista. *Ciraora-bidea* (p. 189) es, para cualquier vasco hablante,²¹ ‘el camino (*bidea*) a (-*ra*) Cirao’ y, por tratarse de magnitudes inconmensurables, no se aceptará sin repugnancia la posibilidad de que un sufijo vasco de declinación, alterne con un formante indoeuropeo *-nt-* de derivación. *Arenaza* (p. 201), frecuente también por toda la tierra vasca²² y cuya pronunciación popular es *Areatza*, no procede de ningún antropónimo, indoeuropeo o no, sino que es, según toda apariencia, un nombre vasco que significa ‘arenal’ o, si se quiere, ‘rambla’: *-tza* sigue siendo sufijo productivo y (*h*)*area* ‘arena’ no por ser préstamo latino deja de ser común a todos los dialectos vascos.²³

15. Esta manera de proceder es menos excusable, por razones subjetivas, cuando afecta al latín.²⁴ Me permito transcribir aquí lo que en cierta ocasión escribí, no sin fundamento según creo, a propósito de una obra de Mons. Grieria:²⁵ «Se pueden —es casi cos-

²⁰ Éste, vasco común, es *-doi*, *-dui*, *-di* (*Aranzadi* = *Aranzadui*, etc.), de distribución geográfica bien fijada en términos generales, no *-toi*, variante reducida a contextos muy limitados.

²¹ O, si vamos a eso, para cualquiera que consulte una gramática y un diccionario de la lengua, por elementales que sean.

²² Además de ser un apellido que me suena, no sé muy bien por qué.

²³ Cf. *Lamiobia* (p. 189), ‘hoya de las lamias’, nombre parlante aun hoy para varios cientos de miles de personas, que no es menos vasco porque ambos componentes sean de ascendencia latina.

²⁴ Tampoco el romance sale mejor parado en este estudio: lo obvio sería pensar que *Los Bardeles*, *Bardufico* y *Labarga* (p. 185) no son sino lo que aparentan ser.

²⁵ [Reseña de A. Grieria, *Vocabulario vasco*, Sant Cugat del Vallès 1960], *BAP* 16 (1960), [384-387], p. 387.

tumbre— tomar libertades con la lengua vasca: hasta se puede hacer sin saberla un diccionario etimológico vasco. No así con el latín, aunque sólo sea porque en él escribieron Cicerón y san Agustín, y porque es muy bien conocido. Al menos se supone que los romanistas, ya que no los vascólogos, lo conocen por definición».

Pero, antes de pasar a este capítulo, quiero anteponer unas consideraciones críticas, es decir, de intención más bien demoledora. En efecto, la crítica constructiva que tanto han solido ponderar nuestras gentes bien pensantes siempre me ha parecido un mito; peor todavía, un disfraz deshonesto de lo que en román paladino debe llamarse conformismo beato.

En la p. 187 se habla de un lugar «no lejos de Doroño», donde «también hay restos indoeuropeos», observación que no está aislada y que me inspira fuertes reparos, a causa tal vez de una particularidad mental más o menos aberrante. Admito sin dificultad alguna que en Cabeço das Fraguas o en Luzaga se han hallado restos (es decir, textos) que con todo derecho podemos llamar indoeuropeos, puesto que están escritos en lengua indoeuropea. Me costaría más aceptarlo para Contrasta, a no ser en el sentido tan exacto como banal de que los epígrafes allí encontrados están escritos en latín, lengua indoeuropea en el más pleno sentido de la palabra. Lo que no es latino son algunos nombres propios que no dan pie bastante para establecer inferencias seguras en cuanto a la lengua usual de sus portadores: el nombre que llevo, y es una circunstancia que tengo que lamentar muy a menudo, no me ha insuflado el conocimiento de ninguna lengua germánica. Pero, donde no hay textos ni hay nombres, sólo por apriorismo temerario se pueden establecer conclusiones sobre la lengua a partir de enseres y aperos. En este contexto, no hay puchero que pueda llamarse indoeuropeo; no hay más indoeuropeo que una lengua o la persona que la emplea.

La ambigüedad no afecta tan solamente a ‘indoeuropeo’, sino también a ‘ilirio’, término del que se hace el uso más liberal. Es sabido que en una época se encontraban ilirios por todas partes, desde Gallaecia hasta el país de los filisteos, pero esa época ha quedado ya muy atrás. Tan atrás que, en 1970, de una hipótesis que representó en su día un ensayo valioso casi no se mantiene más que una denominación, ‘panilirismo’, que no tiene connotaciones demasiado favorables.

Porque, aun si nos constreñimos a lo propiamente ilirio, a lo referente al *Illyricum* romano y a sus proximidades, no han fal-

tado desengaños desde 1936-1938, fecha de publicación del famoso trabajo de Pokorny en *ZCPb* 20 (1936), 315-352, 489-522; 21 (1940), 55-166.^a En efecto, la única inscripción «iliria» resultó ser griega y, para colmo, cristiana tardía: *ANABOHOEI IHCOY KYRIE*. Hace ya más de veinte años que Hans Krahe reconoció que el véneto, lejos de ser «ilirio», es una lengua próxima en muchos aspectos al itálico, especialmente al latín: *lo.u.derobo.s* 'liberis', etc. Basta con remitir al prólogo de su *Das Venetische. Seine Stellung im Kreise der verwandten Sprachen*, Heidelberg 1950, cuyo impulso inmediato está en la publicación de *The Venetic language*, Berkeley 1949, de M. S. Beeler.

La manifestación más evidente de esta afortunada retirada de los campos abiertos de la especulación a los reductos del dato lingüístico concreto lo tenemos en *Die Sprache der Illyrier*, cuyo primer volumen, consagrado a un ambicioso estudio de las fuentes por Krahe ([Wiesbaden] 1955), va seguido en 1964 [ib.] por un segundo dedicado sobriamente al mesapio: inscripciones (C. de Simone) y antropónimos (J. Untermann). El relato, abreviado aquí por necesidad, de esta poco afortunada aventura bastará, espero, para mostrar que en el día de hoy es más seguro citar y seguir a Katičić, por ejemplo, que a Pokorny.

16. Pero volvamos al latín y tomemos como muestra *Carasta*, hoy mortuorio o despoblado, «en cuyas proximidades hay también restos romanos», según M.^a L. Albertos.²⁶ Una explicación del nombre, nada forzada para esa zona, se me ocurrió, no sé si el primero, hace ya muchos años: que se trata de *Castra*, de donde **Crasta* por metátesis y, con vocal anaptíctica, *Carasta*, documentado ya en 1025. Se da por conocido que la anaptixis, por hablar de *svara-bhakti*, es fenómeno frecuente, casi regular —aunque de ningún modo exclusivo— en lengua vasca para eliminar los grupos *muta cum liquida* procedentes por lo común de préstamos. Tampoco la metátesis de *r* es desconocida en esa lengua, en manera alguna. Pre-

17

^a «Zur Urgeschichte der Kelten und Illyrier».

²⁶ Alguien, creo que Prestamero, hablaba de «restos de un campamento romano». Hay una pregunta que viene a los labios: ¿es que los poblados prerromanos dejaron sistemáticamente de ser habitados en época romana? Lo natural sería pensar que hubo continuidad: el corolario inevitable es que bastantes denominaciones «prelatinas» tuvieron que ser suplantadas por nombres latinos.

cisamente da la casualidad de que, en un caso muy semejante, se documenta en el refrán 295 de Oihenart (1657): «Lan-ihessi *Cras-tora*», con cursiva del autor, traducido «Il va à Castro, pour fuir le trauail». Se trata, supongo, de Castro Urdiales.

El supuesto de que *Carasta* fuera en sus orígenes un apelativo está confirmado por su misma repetición, señalada por la autora, ya que hay otro *Carasta* «término montuoso de Doroño» en Álava, más un *Garasta*, documentado en 1849, «término montuoso de Trespuentes»: parece haber, además, una curiosa similaridad en cuanto a la configuración del terreno en todos los casos. *Garasta* sería, huelga decirlo, la forma vasca esperada de ese nombre, con la sonorización regular de la oclusiva inicial. A decir verdad, ésta sería más exactamente **Garazta*, pero el cambio de sibilantes, con o sin cambio de lengua, no es infrecuente ante oclusiva: cf. *Maestu*, frente al apellido *Maeztu*, en relación sobre todo con *Bahaheztu*, la forma atestiguada en 1025.

Que *Carasta* esté formado con el mismo sufijo que *Contrasta* (p. 188) podría pasar, en materia de hipótesis, por el ejemplo más extraordinario de lo rebuscado, de eso que en inglés llaman *far-fetched*. Enfrentado con *Contrasta*, que al parecer no se documenta hasta 1257 (y la fecha de la primera documentación tiene alguna importancia en estas materias), cualquiera se acordaría de que el lat. *contrātare* ha tenido amplia descendencia, más o menos popular, en las lenguas románicas. Esto lo saben hasta los lectores vascos de Axular, en cuyo libro *kontrast(a)* es palabra frecuente.

17. El mismo nombre del arroyo, *Rudopio*, «que corre al pie del cerro prerromano [por qué *pre*-?] de Carasta», lleva a pensar que esto no es una simple *vue de l'esprit*. Los mecanismos de asociación, formados y reforzados por el hábito, deben de ser distintos según las personas: nada hay, pues, que oponer al hecho de que *Rudopio* se haya asociado inmediatamente en la mente de la autora con «el topónimo de Britania *Rutupiae* o *Rutupis*, puerto al S.E. de la isla» (p. 197), pero una cosa es la asociación espontánea y otra muy distinta lo que se escribe después de alguna meditación. A otro —a mí, por ejemplo— le parecerá un tanto forzado que el primer elemento del nombre alavés vaya a ser relacionado con i.-e. **roudho-* (umbr. *rofu*, irl. ant. *ruad*, ingl. ant. *rēad*, que por razones que no se me alcanzan está citado por Ernout-Meillet, s.v. *ru-ber*, etc., ‘rojo’), y el segundo con un nombre véneto-ilírico-báltico del ‘río’.

Lo irónico de la situación consiste en que, para cualquiera que prefiera lo cercano a lo lejano como término de comparación, el 'río' de *Rudopio*, que al fin y al cabo es un arroyo, estaría al principio, no al final del nombre. Porque, por muy enojoso que sea para unos y para otros el insistir en mostrar, ya que demostrar sería imposible, la evidencia misma, no hay más remedio que hacerlo. En latín 'arroyo' se decía *rīuus*, de donde *río*, etcétera, que en posición proclítica suele presentarse variamente disfrazado: por ejemplo, como *ri-* en *Rideva* (aquí mismo, pp. 196 s.), o como *re-* en *Retuerto*, Álava y Vizcaya (dim. *Retortillo*, occit. *Rieu-*, *Rioutord*), cuyo equivalente vasco parece ser *Laspiur*. El nombre alavés se documenta también como *Ri-* y *Riotuerto*, según G. López de Guereñu.²⁷

Otro de los disfraces conocidos de *rīuus* es, naturalmente, *ru-*. Como aquí sobra la erudición, me limitaré a copiar lo que recientemente ha escrito un historiador:²⁸ «La *hidrografía*... ha dejado frecuentemente sus huellas en la toponimia, pues es harto frecuente el que un pueblo tome el nombre del río en cuyas márgenes se asienta... Entre los topónimos que tienen tal origen puede incluirse a *Rubena*, a orillas del río Vena».

18. Admitida una segmentación provisional *Ru-dopio*, nos quedaríamos, se dirá, con un apéndice inexplicado, acaso inexplicable. No hay tal. En *Studien zur romanischen Namenkunde* de G. Rohlfs (Munich 1956), citado pero acaso no bastante consultado por M.^a L. Albertos, se encuentra, en efecto, su explicación. Al hablar una vez más de «voces que sólo sobreviven en nombres geográficos», p. 20, nos dice que *Opio* en Burgos continúa el lat. *oppidum*. ¿Puede haber aclaración etimológica más natural para un *rīuus* que corre bajo un *oppidum* que suponer que *Rudopio* es un gilliéronesco

²⁷ No creo ofender a este benemérito investigador que, sin proponerse probar ninguna tesis, ha hecho más para aclarar las raíces lingüísticas de Álava de lo que muchos «ingenios» como el que esto escribe reunidos podrán hacer en su vida, si me limito a remitir, de una vez por todas, a los principales trabajos de los cuales he sacado materiales: «Mortuorios o despoblados [de Álava]», *BAP* 14 (1958), 135-226; «Pueblos alaveses», *Boletín de la Institución Sancho el Sabio* 13 (1969), 19-79, y las listas que con el título «Toponimia alavesa» vienen apareciendo en el *Anuario de Eusko Folklore*, a partir del tomo 16 (1956).

²⁸ S. Moreta, *El monasterio de San Pedro de Cardeña*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1971, p. 30; v. también p. 44, con el mapa anejo 61, etc. Supongo conocido que en la sílaba inicial de *Riaño* = *Riancho*, etc., se cree ver el reflejo del genitivo *riui*.

rivu de oppido? Me parece que no, hasta el punto de que el asterisco es superfluo.

Por otra parte, como han señalado con razón M. Faust y A. Tovar,²⁹ *Rudopio* no está aislado en Álava, ya que la misma terminación se repite en otro nombre alavés, *Medropio*, «despoblado en Salinas, poblado prerromano en Villanañe», «en cuya cumbre se reconocen ruinas de edificios» (p. 193). La forma del nombre, según López de Guereñu, está mal fijada, ya que también se leen las variantes *Ma-*
dropio, *Dopropio*, *Apropio* y *Metropio*. Habría que estudiar más de
 cerca esta documentación, sobre todo por lo que se refiere a la úl-
 tima forma que, siempre siguiendo a López de Guereñu, procede
 del Cartulario de San Millán, año 949: naturalmente, la copia de
 que se ha tomado, publicada con mayor o menor fidelidad por el
 padre Serrano, es muy posterior. La última parte del nombre, *-opio*
 < *oppidum*, es patente; la primera, por su misma inestabilidad, no
 da pie para mayores audacias. No sé si *prope oppidum* podría ser una
 sugerencia plausible.

Yo iría todavía más lejos en busca de representantes alaveses de lat. *oppidum*. Hay un enigmático *Doipa*, despoblado, atestiguado ya en 1025 (en «Harhazua»): desde el punto de vista de la evolución lingüística, vasca o romance, una derivación como *duo oppida* > **doppida* > **dopia* > *Doipa* sería perfectamente posible. Aquí falta, sin embargo, al menos en cuanto sé, toda prueba arqueológica. A ella —o, en su caso, a la contraprueba— me remito, ya que no creo que consideraciones de orden estrictamente lingüístico puedan llevarnos mucho más lejos.

19. Otro defecto, pero defecto radical, que vicia este buen estudio es el de no haber tenido en cuenta que los sonidos, prelatinos o latinos, no han podido permanecer inmutables en el curso de dos milenios. Han sufrido una evolución, mejor dicho, dos evoluciones, la románica y la vasca, y las dejaremos en dos por simplificar. De ellas han tenido que nacer más de una vez formas divergentes de un mismo nombre antiguo como, por ejemplo, *Villarino* en Salamanca y *Vilariño* en Galicia, *Pi* y *Pino* (cf. gall. *Piñeiro*, etc.), *Santa Comba* y *Santa Coloma*, *Feliu* y *Fiz* (cf. cast. *Saelices*), etc. Una oclusiva sorda no geminada (en este caso *-p-*) en posición intervocálica, y basta un botón para muestra, tenía que sonorizarse durante la Edad

²⁹ «Notizen zur Methodologie der althispanistischen Onomastik», *Beiträge zur Namenforschung*, Neue Folge, 6 (1971), 337-356, especialmente pp. 351 s.

Media en zona de habla romance, donde estaba quizá enclavado *Rudopio* y con toda seguridad *Medropio*.³⁰ Subrayo que al afirmarlo no nos salimos del terreno de los hechos bien establecidos; no de otro modo proceden quienes sostienen que *rub-* es «latino» en sentido estricto, sin temor a la redundancia, mientras que lat. *rūf-* no lo es y se le puede asignar otra procedencia precisa. El conjunto de estos «quienes» es imposible de distinguir en la práctica, dicho sea de paso, del conjunto de los tratadistas que, desde los neogramáticos hasta nuestros días, se han ocupado de tales problemas, ya que se compone de los mismos elementos. Lo que pertenece a la mitología o, si se prefiere, a la pura especulación es el «ilirio» de Pokorny o el «ausono-sículo», con las ingeniosas leyes que llevan de i.-e. **dh* a *t* en *Rutulī*, etc.³¹ En Álava hay que contar, primero y ante todo, con los alaveses históricos, no con sus legendarios ascendientes troyanos o, según el Príncipe de Viana, alanos.

En esa Álava histórica aparece, además de la románica, otra evolución más, que no por ser ignorada —en el sentido inglés de la palabra— queda borrada del mundo de la realidad. Me refiero, como es natural, a la vasca que ha traído consigo, entre otras cosas, innovaciones como la pérdida de una antigua *n* intervocálica. Así *Cemproña* (p. 208), labrantío de Erenchun en 1793, está según toda probabilidad basado en *Semprōnius*, *Semprōnia*,³² pero no es ésta posiblemente la verdad entera. Si el sufijo *-ānus*, *-āna* es característico de *fundi* o de *uillae*, ¿por qué quedarse a medio camino y no llegar hasta el cabo insoslayable, que es *Semproniana* (*uilla*)?

Tal proceso es el que cabe a todas luces esperar en un lugar menor, donde la tradición oral pesa más que en nombres de pobla-

³⁰ Cf. *Cividad* (< *-tātem*) en Angostina, «castro prerromano» según la autora (p. 212). El nombre *Cividad* corresponde a la denominación de las dos Iruñias, navarra y alavesa (cf. M. Vigil y A. Barbero, «Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio Romano hasta la invasión musulmana», *BRAH* 156, 1965, 271-339), denominación que remonta sin duda a la antigüedad y tuvo que ser usada por gentes de habla éuskara no muy alejadas de uno y otro centro de población.

³¹ Las correspondencias de la p. 197 son caóticas. Si báltico *-p-* corresponde como se suele pensar a indo-ir. *-p-*, no se trataba de una geminada, y se esperaría otra cosa que *-p(p)-* en germánico (y no creo que la geminación occidental permitiera una salida airosa): sobre todo, entre vocales, habría *-v-* en el norte de Francia y *-b-* en la Costa Azul.

³² Un *Jonti Semproni* ocurre en el doc. núm. 48 (año 952, en Lete, Álava) del Cartulario de San Millán, ed. L. Serrano [Madrid 1930].

ción, de Erenchun. Lo prueba, junto a muchos otros ejemplos, la coexistencia de *Maturana*, nombre de población, junto a los *lieux-dits* menores *Matura-bidea*, *Matura-aldea* (p. 206). No es solamente que estén basados en el antropónimo *Mātūrus*, sino que además los dos últimos dan fe todavía de la pronunciación popular (siento tener que volver a calificarla de vasca) del primero, ya que significan respectivamente ‘el camino de Maturana’ y ‘la parte de Maturana’: en otras palabras, *Maturana* se decía **Matur(a)* en la lengua de la comarca. Para *Baternia* < *Paterniana*, remito a *FLV* 3 (1971), 241-267, p. 253.^b

Aun sin tener en cuenta este detalle, no deja de ser chocante que una persona acostumbrada a decir *maduro* por ‘maduro’, y no *maturu* (o *zori* o *ripe*, etc.), no caiga en la cuenta de que a *Maturana*, al igual que a *Paterniana* y a tantos otros nombres alaveses, le ocurre algo extraño dentro de los supuestos de que se parte, no menos extraño por tratarse de omisión en vez de comisión: que su *-t-* no se ha sonorizado entre vocales. Esto no deja de tener alguna explicación, ya que no justificación, en España donde todavía se sigue sugiriendo que las leyes fonéticas son una caprichosa invención de los vetustos neogramáticos y, como corolario, que la última palabra en lingüística sigue en boca del idealismo de Vossler y sus escasos compañeros de viaje, condimentado con unas gotitas de «neolingüística».

Incidentalmente, ya que estamos en ello, *Cemproña* tiene *c-*, no 21 explicable por vía romance, por la misma razón que *Cicujano* muestra la misma inicial. No hay aquí confusión de sibilantes ni «equivalencias acústicas», sino una explicación simple, aunque vasca, que ha quedado expuesta arriba, § 11.

20. A causa precisamente del carácter crítico de las observaciones precedentes, quiero hacer constar de una manera expresa que la aportación personal de M.^a L. Albertos al esclarecimiento de la toponimia romana en Álava ha sido muy importante. Así me parece un claro acierto su explicación de *Cicujano* por *Secundiānum*: *Secundiana* está atestiguado en epígrafe romano de Iruña. Sería, en otras palabras, el equivalente del francés meridional *Ségonzac* (Charente, Corrèze, Dordogne), formado con el sufijo *-ācum*, similar a *-ānum*, como es sabido, por su valor.

^b L. Michelena, «Toponimia, léxico y gramática».

Hay alguna dificultad, ya desde la grafía del primer testimonio, el de 1025, que es al parecer *Cekugnau*. Ahora me inclinaría a pensar que lo escrito sobre su interpretación fónica en *TAV*, p. 29, estaba equivocado: habrá que aceptar la lectura obvia, que es [-uñau], por raro que resulte que en ese texto se haya aceptado la pérdida vasca de *n* intervocálica. En todo caso, y aquí no hay duda, lo antiguo es *e*, no *i*, en la primera sílaba; ni la *u* breve de la segunda ni la oclusiva sorda han sufrido alteración. Todavía en 1718, según López Guereñu, la forma oficial del nombre era *Cecujano*.

Pero como ha visto muy bien la autora, la modificación que ha sufrido la forma de ese nombre no es un fenómeno aislado en Álava. Sobre él ha reunido un material abundante y valioso que paso a examinar, sin ánimo alguno de ser exhaustivo.

21. Tiene todo el aire de ser un hecho de disimilación, más precisamente de disimilación de nasalidad, ya que, en todos los casos en que supone un resultado de *n* (o *nd*) más yod ante vocal distinto de *ñ* (pp. 218 s., sobre todo), hay una *n* al comienzo de la sílaba siguiente.

Se echa enseguida de ver que el fenómeno no tiene generalidad, circunstancia que ha quedado subrayada por la autora: cf. *Antoñana*, *Ordoñana* (en 1025 *Erdognana*, que vendría de *Herdōnius*), *Leciñana* (en 1025, *Licignana*), etc., como *Fustiñana* en Navarra. En la misma Reja, hay *Ossignani*, nombre de un alfoz, que podría pasar por un buen continuador románico de *Ursiniāni*. Desgraciadamente, no sé que esa denominación se haya conservado después. Tratándose de un fenómeno de inducción, nadie esperará, como es natural, una mayor regularidad.

Hay, al menos, dos casos en que el hecho se cumple, por decirlo así, delante de nuestros ojos, aunque no exactamente de la misma manera. Se trata, por una parte, del mod. *Crispijana*, escrito ya así en 1294, cuando en 1257 se atestigua todavía como *Crispiniana* (*Crispinana* en la ed. de Ubieto): *Crispiniāna* (*uilla*), explicación propuesta por M.^a L. Albertos, parece perfectamente aceptable. Por otra, del mod. *Apellániz*, en 1025 *Apignaniz* (cf. *Apignaniz* en Leire, siglos XI-XII, etc.), ya en 1257 *Apillaniz*. El problema, tal como yo lo veo, consiste en determinar si es necesario postular en todos los casos una fase intermedia *-ll-*, es decir, una lateral susceptible todavía de sufrir el proceso de que dan fe, por ejemplo, cast. *mejor* o *mujer*: no hay mayor dificultad, creo, en admitir que, en algunos

nombres, este proceso no se cumplió más que en la forma oficial, románica, del nombre. Por lo que valga mi opinión, pensaría más bien en dos fenómenos distintos: el resultado de la disimilación podría ser tanto [-j-], traducido por el sonido escrito *j* (cf. *Ajanguiiz*, *Ajuria*), como [-l'-].

22. Otras veces se trata de prehistoria más que de historia: es decir, de reconstrucciones que se postulan y no de hechos documentados que se registran. Puede ocupar el primer lugar el mod. *Mandojana*, en 1025 ya, *mandoiana*, escrito al parecer *Mandoyāna* en 1257 y *Mantoyana* en 1294. Como aquí hay que entrar por necesidad en el terreno de la especulación, señalo, a título de opinión personal, que acepto de buen grado la idea de la autora en cuanto a la disimilación, aunque esté en desacuerdo por lo que se refiere al origen del nombre. Según ella, que se basa en un muy conocido artículo de Tovar en el *Hom. a Urq.*, este topónimo (p. 205) «supone el antropónimo *Mandonius*, *Mandonios*, idéntico al del famoso ilergete, hermano de *Indibilis*».^c

Personalmente, la idea no me atrae demasiado. Creo más en los antropónimos romanos que en los prerromanos, por lo que se refiere a este género de nombres en Álava: habría que probar, me parece, que el nombre del famoso caudillo fue conocido, siquiera remotamente, entre nosotros. Por otra parte, como saben mis escasos lectores, creo firmemente, si creo en alguna cosa, en la omnipresencia del cambio. Por ello me resisto siempre y espero que siempre me resistiré, a aceptar *at face value* (o a cara de perro, si se prefiere) los testimonios que nos llegan con un milenio de retraso. Si se recuerda que *-nd-* en zona de habla vasca es ambiguo (cf. *Mantoyana* en 1294, con *-nt*), preferiría pensar que ese nombre no es sino el equivalente de *Montañana*, formado sobre *Montānus*, conocido en zona románica. Es cierto que hay que aceptar una metátesis de **Monda-* en *Mando-*, pero opino que este inconveniente queda compensado por la seguridad que nos ofrece *Montanus* frente a *Mandonius*, sin contar el paralelo de *Montañana* de origen nada discutible.

23. *Argillana*, 1025, aparece como *[Arg]uiiana* en 1257. Se trata de un despoblado, que en el siglo XVIII se escribe *Argue-* o

^c A. Tovar, «A propósito del vascuence *mando* y *beltz*, y los nombres de Mandonio e Indibil», *Homenaje a don Julio de Urquijo e Ybarra*, San Sebastián 1949-1951, I, pp. 109-118.

Arguillana. El testimonio del siglo XIII aparece, pues, aislado y la etimología sigue siendo indeterminada. Con todo, no parece temerario relacionarlo con *Arguiñano* en Guesálaz (*inter Arguinanum et Irusco*, Irache, núm. 28, escr. original de mediados del siglo XI) y *Arguiñano* (vasc. *Argiñao*), barrio de Ceberio en Vizcaya.

Para mod. *Ormijana* (*Urvillana* en 1025, *Formiiana* en 1257), la señorita Albertos propone como base *Formius* o *Forminius* (pp. 210 s.). Acaso *Orbilius* o *Urbinius* serían también puntos de partida satisfactorios. Todo depende principalmente del valor que se conceda a *f*, que puede estar por *l* o *h*, en el testimonio de 1257. Ya señalé hace muchos años que *h*, letra muy frecuente en la Reja en posiciones muy diversas (incluso repetida dentro del mismo nombre), falta por completo en los topónimos en *-ana* y en *-ano*. Hoy será sin duda más fácil de aceptar que entonces la conclusión de que la ausencia de esa letra, no su presencia, es justamente una marca adicional que delata el carácter no vasco, en este caso latino, de ese grupo de nombres. Por la fecha de los testimonios, parece más puesto en razón suponer una asimilación de nasalidad en *Ormijana* en vez de una desasimilación en *Urvillana*: lo antiguo sería, pues, *-rb-*, escrito *-rv-*, no *-rm-*.

Para los dos *Subijana*, de Álava y de Morillas, en 1025 *Suvillana*,³³ la autora aventura un **subfīniāna* (*uilla*). No estará formado, en otras palabras, sobre un antropónimo, sino sobre un apelativo, al igual que *Trevijano* en Logroño (en 1257 *Treveiano*, «in archipresbyteratu de Cambero vicio»), que será *trifīniānum*, en contra de la opinión de Menéndez Pidal (pp. 214 s.). Aunque el nombre de Subijana de Álava ocurra escrito *Sobeiiana* en 1257, *Sobejana* en el siglo XV, la coincidencia con un conocido adjetivo castellano antiguo será debida a un capricho de la casualidad, mucho más fértil en astucias de lo que a veces se suele pensar. Parece, en efecto, que en zonas diversas se dio la tendencia convergente a abrir vocales cerradas en contacto con una consonante palatal. De ello dan fe tanto de una parte vasc. *leinu* 'tribu', etc. (cf. *FHV*, p. 15), como de otras

³³ Hace unos veinte años, Julio Caro Baroja me propuso estudiar la ordenación de las poblaciones dentro de cada alfoz en el doc. de 1025, estudio que no se ha hecho aún que yo sepa. En el de «Murielles», las poblaciones siguen exactamente las actuales carreteras locales 622 y 626, de la nacional 1 a la 625.

grafías del género del repetido *Treuennu* = *Treviño* en documento de 1277.³⁴

Admitido, cosa que me parece segura más que verosímil, que no todos los nombres en *-ana*, *-ano* tengan que descansar en antropónimos (cf. *Meana*, en 1025 *Meiana*), no estaría de más considerar seriamente si *Zurbano*, escrito ya así en 1025, no será sencillamente *suburbānum*. Casi habría que pensar más en superposición silábica que en disimilación propiamente dicha. 24

24. Un candidato válido para muestra de disimilación —también de nasalidad, aunque de características distintas— puede ser *Quilchano* (así ya en 1294, *Guilçiano* en 1257), sobre *Quin(c)tius*.

Antes de seguir por este camino y amontonar sobre las nuevas novísimas explicaciones etimológicas, acaso convenga detenerse por un momento y volver la vista hacia los problemas que hemos dejado atrás: más a los que han pasado inadvertidos que a los que han quedado sin solución. Uno, nada liviano, es el de orden fonológico con que nos enfrentan nombres como *Luquiano*, *Uzquiano* o también *Angostina* (ant. *Anguz-*, *Angustiana*) o, en Navarra, *Undiano*. Véase, para éste, *FLV* 1 (1969), 1-59, p. 53:^d *Pontius*, *Pontinius* (*Pompt-*) valdría, creo, como punto de partida.

La dificultad salta a la vista. Por todo lo que sabemos de evolución fónica, romance e incluso vasca, grupos latinos de *c*, *t* + yod no debían haber permanecido inalterados ante vocal. Tomemos el caso de *Uzquiano*, en 1025 *Guzkiano*, en 1257 *Fusquiano*: me atengo aquí a las formas, ya que hay dos localidades que llevan esa denominación. Creo, con Albertos, que *Fuscus*, bien atestiguado en Álava, es un buen punto de partida, aunque no comparto su fe ciega (por muchas y largas razones, que no es éste lugar de exponer) en las doctrinas al uso en España sobre la manera en que pudo ejercerse la influencia vasca en la aspiración castellana y pérdida subsiguiente de lat. *f*: si algo indica la forma del siglo XI es que una sonora inicial, **Buzkia(n)o*, se asimiló a la velar que seguía. Pero, ¿cómo pudo conservarse [-skja-] sin pasar a otra cosa? Una manera simple de sortear el obstáculo sería empezar por *Fuscīnus*, documentado también en Álava, no por *Fuscus*. Dentro de esta hipótesis, que podría

^d L. Michelena, «Notas lingüísticas a 'Colección diplomática de Irache'».

³⁴ R. Menéndez Pidal, *Documentos lingüísticos de España*, [Madrid 1966], I, núm. 139.

extenderse a otros nombres, no habría dificultad mayor en admitir que [-iñano] se disimiló en [-ijano] (o en [-ijão], si pensamos en la evolución vasca), y que su yod fue absorbida por la vocal anterior cerrada que le precedía.

25. Esto, lo admito, tiene un cierto aspecto de acrobacia fonológica; no mayor, en todo caso, de lo que es moneda corriente en los diccionarios etimológicos de lenguas de historia bien conocida. Su mayor inconveniente no consiste en el carácter irreal de los resultados; las aptitudes combinatorias de la realidad histórica superan por mucho, como se sabe de sobra, la capacidad imaginativa del novelista (o, para el caso, lingüista) más inventivo. Lo malo es que una prueba que merezca el nombre de tal se hace cada vez más difícil a medida que se van tomando libertades con las reglas generales e interpolando procesos de carácter esporádico.

Así, por ejemplo, ahora creo que *Arellano* en Navarra, atestiguado desde el siglo XIII por lo menos y no aclarado hasta ahora, podría muy bien tener su explicación en el *nomen* latino *Valerius*.³⁵ Pero hay que admitir para ello una metátesis, siempre posible, unida a una pérdida de oclusiva inicial, frecuente pero no regular en vasco: *Valeriānum* > **Vareliānu* > **Barellano* > *Arellano*. En resumen, se puede mostrar, con paralelos en apoyo, que cada uno de los eslabones de la derivación es posible; en manera alguna que sean, si así puede decirse, necesarios.

26. Añado, para terminar, una nota que, más que a lo que le precede inmediatamente, debe unirse a las consideraciones que hice en *FLV* 3 (1971), 241-267,^e sobre el léxico vasco de Álava, entre otras materias diversas. En las listas de López de Guereñu, números 5749-5751, se encuentran los topónimos *Enarach*, 1762, labrantío de Maestu, *Enarache*, 1700, labrantío de Maestu-Atauri (dos testimonios del mismo nombre, probablemente, más que dos designaciones distintas) y *Enararri*, 1718, término del monte de Arboro en Cicujano. Las partes finales se pueden identificar con una seguridad razonable con vasc. (*h*)*aitz* 'peña', vizc. *atx*, y (*h*)*arri* 'piedra', que,

^e V. supra nota b.

³⁵ *Valerius* aparece hasta en Guipúzcoa: cf. Ignacio Barandiarán, [«Tres estelas del territorio de los Vascones»], *Caesaraugusta* 31-32 (1968), 199-225, y últimamente J. M. Rezola, [«La variante *Tesserarius* de la estela romana de Andrerreguia en Oyarzun»], *BAP* 27 (1971), 257-292.

en toponimia vasca, son prácticamente equivalentes. La primera se parece tanto a *enara* ‘golondrina’, etc., que se hace difícil creer que unas apariencias tan claras vayan a inducirnos en error. El interés dialectológico de esta identificación estriba en que, de acuerdo con ella, habrá que admitir que en la zona de Maestu se decía *enara*, no *elae* como en vizcaíno, forma de la que acaso dé testimonio *Elamendi*, 1647, labrantío de Ullibarri Arana. Para la alternancia **eNala* / **eLana*, cf. *FHV*, p. 326.

PRÉSTAMOS LINGÜÍSTICOS DEL LATÍN AL EUSKERA

Me veo obligado a reiterar aquí en apretado resumen lo que ya 333
he escrito en varias partes: en un trabajo destinado a *Enciclopedia lingüística hispánica* III que algún día verá la luz, Dios mediante, primero, y en una comunicación al reciente IV Congreso Nacional de Estudios Clásicos en Barcelona, después.

En este punto, el testimonio de la lengua vasca no es tan claro y rico como fuera de desear. La razón es simple. El galés, por citar un ejemplo clásico que vale también en menor grado para el albanés, la influencia lingüística todavía estrictamente latina sufre una brusca —aunque no total— interrupción a consecuencia de las invasiones germánicas. No es éste, no hay necesidad de insistir sobre ello, nuestro caso: aquí el contacto con el latín se prosigue, sin solución de continuidad, en el contacto con los romances (castellano, navarro, gascón, occitano no gascón con los francos de Navarra y, finalmente, francés). Para separar capas antiguas de estratos más modernos, tenemos, pues, que basarnos en criterios apriorísticos, fonológicos más que semánticos.

En sintaxis, núcleo de la gramática, no se puede hablar de acción latina directa, sino de la influencia de modelos latinos sólo por mediación de los románicos. En morfología (es decir, en la representación en buena parte superficial de rasgos subyacentes) las diferencias entre ambas lenguas eran demasiado grandes para que la latina pudiera influir demasiado sobre la nuestra. Hay, sí, bastantes sufijos de derivación, no de inflexión, de esa procedencia en lengua

Estudios de Deusto 20 (1972), 333-334 [= *II Semana internacional de antropología vasca*, Bilbao 1973, pp. 385-386]. [[N. de los eds.: la paginación corresponde a la edición de 1972]].

vasca, pero también éstos *son productivos* en romance. En cuanto a la composición, dentro del mismo terreno de la formación de palabras, el vasco va más bien con el tipo indoeuropeo occidental, no con el latino: la composición nominal sigue siendo procedimiento normal hoy en día, pero no se ha introducido sino en medida mínima la composición verbal con preverbios (tipo *uerte* / *ad-*, *con-*, *diuertere*, etc.).

334 En el léxico, y sin salir para nada de los hechos de lengua (es decir, sin permitirnos ninguna inferencia sobre hechos culturales, de las que tan a menudo se han revelado erróneas), hay que señalar un hecho evidente, pero que no siempre se tiene en cuenta. El vocabulario de origen latino, a menudo viajero, ha sido frecuentemente sustituido por términos claramente románicos (*dekuma* por *dexema* 'diezmo', *bak[h]atu* por *pagatu* 'pagado', *errota* por *arroda* 'rueda', etc.). Queda, con todo, un puñado de palabras que por razones de difusión (*goru* 'colus', *buztarina*, *üstaria* 'postilēna', etc.) o fonológicas llevan el sello de una fecha todavía latina.

En lo que se refiere a los sonidos, no hay necesidad de repetir que los préstamos más antiguos dan testimonio de un estado de cosas latino en que *i*, *u* breves no se habían confundido todavía, en cuanto al timbre, con *e*, *o* largas: *bik(h)e* '(la) pez', alavés *bique*, *pi-que* 'parte (es decir, *vez*) que se tiene en un molino', *lupu* 'lobo' en Landucci, cf. vizc. *luparia* 'atolladero' (= *lobera*), etc.

En otro rasgo arcaico es el bien conocido de la pronunciación aún no asibilada de lat. *c*, *g* ante vocal anterior (tipo *bake*, *angelu*, lat. *pācem*, *angellum*). Un préstamo como *ok-(h)ela*, antiguo y común 'trozo', pero vizc. mod. 'carne' (es decir, *viande*, *meat*) parece probar la hipótesis de Corominas de que la conservación del carácter oclusivo de las velares, bien atestiguado incluso dentro de la Rumania, se mantiene después de que el vocalismo hubiera sufrido cambios fundamentales. En efecto, el origen del término vasco parece estar en el lat. *buccella*.

Podría resumir mi honesta opinión diciendo que no hay nada en los restos latinos conservados en lengua vasca que obligue a fijar su introducción antes de los primeros siglos de nuestra Era. Más allá de esta vaga constatación, me siento incapaz de precisar.

EL ELEMENTO LATINO-ROMÁNICO
EN LA LENGUA VASCA

Advertencia preliminar

Este trabajo me fue encargado para que apareciera en el volumen tercero de *Enciclopedia lingüística hispánica* (= *ELH*), y se me fijó plazo de entrega. No puedo recordar con exactitud cuándo lo escribí: en todo caso, ha pasado mucho tiempo desde entonces. A juzgar por la bibliografía que en él se utiliza, lo más probable es que lo escribiera a finales de 1965: 1964 era la fecha más reciente que aparecía en las notas y se hace referencia a un artículo enviado a *Revista de filología española*, con ocasión de su cincuentenario, que no se publicó hasta 1966. 183

En todo caso, no tiene mayor sentido buscar una aproximación mayor. Lo que importa es que sólo llegaron a aparecer los dos primeros volúmenes de *ELH* y, según todas las informaciones, la empresa ha quedado interrumpida desde que salió el segundo. Y, con esa interrupción, mi original quedó, trasapelado o archivado con el mayor cuidado, privado de toda posibilidad de salir algún día a la luz.

No es que lo crea de mucho valor, pero un autor no puede menos de sentir cierto interés por sus obras, como un padre por sus hijos. Por lo menos le molesta que el trabajo que empleó en redactarlas no pueda ser de provecho para nadie. Y puedo asegurar que, en el caso que nos ocupa, el trabajo no fue pequeño, aunque sus frutos no alcanzaran la calidad deseable.

FLV 6 (1974), 183-209; *PT*, pp. 195-219. [N. de los eds.: véase, al final del artículo, el codicilo de 1987].

Por eso me atreví a pedir a la dirección de *Fontes linguae Vasconum* la publicación de unas páginas que fueron escritas para aparecer en otro lugar. Tengo que agradecer la amabilidad con que se ha accedido a mi petición, para provecho o daño de sus lectores. Éstos, claro está, pueden usar de su eterno privilegio —uno de los pocos que ningún administrativista se atreve todavía a coartar— de saltárselas de punta a punta, privilegio o derecho del que se prevaledrán sin duda alguna, sin que nadie tenga que advertírselo.

De cualquier manera, este tema no había vuelto a ser tratado en conjunto desde el estudio de mi admirado amigo Gerhard Rohlfs en 1927: mi trabajo tiene, pues, al menos el mérito indiscutible de haber sido escrito unos cuarenta años más tarde. Sería injusto, sin embargo, que no señalara aquí que el mío, aparte de otros defectos, tiene la clara desventaja de no tocar más que algunos aspectos, acaso no los más importantes, de un problema muy complejo, como lo son todos los que se relacionan con el contacto de lenguas distintas.

Por eso tengo que advertir que ciertas peculiaridades de estas páginas me fueron impuestas. Había, en primer lugar, una estricta limitación de espacio; también tenía que ajustarme, después, al formato general de una obra colectiva. Así, por ejemplo, en el empleo de abreviaturas bibliográficas, para las que me atuve a la lista provisional que apareció en *ELHI*. No creo, sin embargo, que esto constituya una gran dificultad para el lector. Por ejemplo, los diccionarios etimológicos de Meyer-Lübke, Corominas, García de Diego, W. von Wartburg, Wagner o, fuera de lo estrictamente románico, de Ernout-Meillet, Vendryes, etc., no son difíciles de localizar.

He respetado el texto de la primera versión, sin más diferencia que alguna mención en las notas a trabajos más recientes. En algún caso, pero no en todos, he cambiado las referencias, así para Väänänen, pero no para K. Baldinger, citando por la versión española aparecida después: es posible, además, que con el cambio se haya introducido algún error. Otras veces, quizá las más, he dejado las cosas como estaban.

Las modificaciones las he dejado para el apéndice, en el que se remite a los párrafos (llamados parágrafos por los más elegantes) de la primera versión. Me atrevo a esperar que, con estos reajustes, el lector se encontrará ante un texto inteligible.

Ahora pienso que hay un detalle en la presentación, que no podía ser motivo de disputas cuando esto se escribió, pero que hoy

podría dar pie a manifestaciones de desagrado. Al final del § 2 se advierte que se escriben siempre con *h* aquellas formas que tienen aspiración en los dialectos que en época moderna la poseen. Esto no era más que una forma de abreviar y de ganar espacio: es más simple escribir *hamar*, que escribir *amar*, *hamar* o incluso (*h*)*amar*. Al lector de Cegama o de Orozco se le supone la inteligencia necesaria, que no es mucha, para pasar por alto un signo que para él es mera letra y no conlleva la representación de un sonido. Para que ningún suspicaz llegue a imaginar, pues, que se trata de propaganda anticipada o de un arreglo del texto introducido más tarde, me permito indicar que la aspiración está señalada siempre que se documenta, esté donde esté. Así, por ejemplo, se marca también la aspiración de las oclusivas en *bikhe* o en *gerthu*.

Recuerdo, por último, que el tema tratado en estas páginas coincide en parte con lo expuesto en «Nota marginal sobre la huella latina en la lengua vasca», *FLV* 4 (1972), 5-25. El tratamiento es, sin embargo, bastante distinto. Aquí apenas se toca la toponimia que era central en aquel artículo.

185

* * *

1. No es cosa de volver a tratar de los límites antiguos, mal conocidos y sin duda fluctuantes, de la lengua vasca.¹ Tampoco hay que insistir sobre el hecho evidente de que la Vasconia histórica nunca ha sido totalmente romanizada, en el sentido lingüístico de la palabra. No fue bastante para ello la irradiación de sus centros urbanos: las dos Iruñas en primer lugar, la navarra² y la alavesa,³ y en menor grado Lapurdum al norte. Luego, cuando el orden romano empieza a desintegrarse a partir de mediados del siglo III y se ruraliza el Imperio, sobre todo en su parte occidental, y todavía más en los siglos oscuros en que se consuma su fragmentación, la lengua vasca se afirma y consolida en la zona que después va a ser su for-

¹ Para las generalidades, véase R. Lafon, [«La lengua vasca»], *ELH* I, pp. 67-97. Para la grafía, pp. 72 s.

² M.^a A. Mezquíriz de Catalán, *La excavación estratigráfica de Pompaelo*, Pamplona 1958.

³ G. Nieto Gallo, *El oppidum de Iruña (Álava)*, Vitoria 1958. El despoblado de Iruña, la *Oúleia* de Ptolomeo, se encuentra en el término de Trespuentes (< t r a n s - p o n t e, en 1025 *Trasponste*).

tales más resistente y gana terreno probablemente hacia el sur y el oeste.⁴

Pero, si la romanización no llegó a consumarse, tampoco se interrumpió nunca, aunque variara la intensidad y el sentido de las influencias, el contacto directo con el latín primero y con sus continuadores románicos después, a medida que éstos se iban diferenciando. El hecho de que el contacto —a diferencia de lo que ocurrió en el caso del celta britónico y en menor grado en el del albanés— no haya conocido solución de continuidad es decisivo para el estudio de los elementos de origen latino-románico en la lengua vasca. Dada la corta historia de ésta, la separación de los varios estratos de préstamos, de fecha muy diversa, ha de hacerse, a falta de testimonios, sobre criterios internos, fonéticos o semánticos.⁵

Si nos atenemos a los criterios formales, los más fáciles de aplicar objetivamente, han de tenerse presentes dos aspectos, contradictorios a primera vista: en términos generales, los préstamos serán
 186 tanto más antiguos cuanto mejor conserven su aspecto original y, a la vez, cuanto más lo hayan modificado. Serán antiguos, en otras palabras, en la medida en que no muestren señales de los cambios fonéticos que se han realizado en los romances vecinos, pero también en la medida en que han participado de otros, propios del vasco mismo, ya que esta participación es la mejor prueba de que se habían incorporado al léxico de la lengua antes de su cumplimiento.⁶ Unos y otros, sin embargo, pueden coincidir alguna vez y también sucede que la configuración fónica del préstamo, poco característica,⁷ no alcance a dar luz acerca de la fecha de su introducción.

⁴ J. Caro Baroja, *Los pueblos del norte de la Península Ibérica*, Madrid 1943, pp. 103 ss., insiste con razón sobre los efectos permanentes de la resistencia contra visigodos y francos. Para la romanización, véanse también sus *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Salamanca 1945.

⁵ Cf. R. Menéndez Pidal, *En torno a la lengua vasca*, Buenos Aires 1962, pp. 20 ss., donde se recogen ideas expresadas en 1920.

⁶ Cf. D. Alonso, «Sobre el vocalismo portugués y castellano (con motivo de una teoría)», *ELH* I, Supl., [pp. 5-21], p. 9, n. 17.

⁷ Así, aparte de la aspiración de la oclusiva, es sólo el sentido lo que asegura la mayor antigüedad de *notha* 'mancha, defecto' frente a *nota* 'nota' y del part. *no-thatu* 'manchado, corrompido' frente a *notatu*, 'anotado, notado'. No parece, sin embargo, que haya que remontarse hasta el lat. clás. *nota*, *notāre* para explicar su valor peyorativo: cf. *FEW*, VII, pp. 196 s.

En todo caso, se trata siempre de componentes adventicios —no tradicionales— del léxico, que difieren por la fecha de introducción e incluso por el grado de asimilación. No cabe, pues, estudiarlos en conjunto, de una manera unitaria.⁸ Aquí nos atendremos en principio a los elementos más antiguos de fecha latina, y no a aquellos cuyo aspecto delata inconfundiblemente su procedencia románica.⁹

2. Una breve síntesis como ésta supone trabajos previos, que en nuestro caso faltan o no son suficientes. Por su claridad, el mejor resumen sigue siendo el de G. Rohlfs, «Baskische Kultur im Spiegel des lateinischen Lehnwortes»,¹⁰ basado en estudios anteriores, dispersos y nada sistemáticos, debidos en su mayor parte a H. Schuchardt,¹¹ cuya autoridad, más indiscutible acaso en este campo que en otros, ha tenido un peso no siempre justificado.¹² De ahí que ciertas etimologías, de corrección muy problemática, sigan pasando de publicación en publicación en calidad de hechos probados.¹³

En lo que sigue se intentan fijar algunos hitos fundamentales en la evolución fonética de los préstamos. Sólo así, y teniendo en cuenta toda la documentación disponible, se podrá fallar con fundamento, o suspender el juicio si es necesario, en la disputa entre las dos tendencias opuestas: la de los que propenden a tener por

187

⁸ Éste es el defecto principal del valioso estudio de García de Diego, *Dialectología [española]*, [Madrid 1952], pp. 195-221.

⁹ No hay duda, por ejemplo, acerca del origen occitano, y más precisamente gascón, de vasc. *baxera* 'vajilla', *kapera* 'capilla', *padera* 'sartén', *mana* (part. *manatu*) 'mandar, ordenar', etc.

¹⁰ [Philologische Studien aus dem romanisch-germanischen Kulturkreise. Karl Voretzsch zum 60. Geburtstag dargebracht, hrsg. von B. Schädel und W. Mulert], Halle a.S. 1927, [pp. 58-87]. Trad. esp. en [«La influencia latina en la lengua y cultura vascas»], *RIEV* 24 (1933), 323-348, por cuyas páginas se cita aquí.

¹¹ El de mayor volumen es sin duda *Baskisch und Romanisch*, Beiheft 6 (1906) de *ZRPh*. Trad. del P. A. Goenaga en [«Vascuence y romance»], *BAP* 13 (1957), [464-487], 15 (1959), [181-205], y 16 (1960), [339-363].

¹² El juicio de Corominas, *DCELC* I, p. 976a, tiene la más estricta aplicación a nuestro caso: «por desgracia los etimologistas posteriores, como ocurre muchas veces con los trabajos de aquel maestro, se han atenido a su opinión sin analizarla mucho».

¹³ Por ejemplo, *ahari* < a r i e s, *bazkari* 'comida del mediodía' (ant. *barazkari*) < *p a s c u a r i u, *ophil* < o f e l l a, *seme* 'hijo' < s e m e n, etc. Por otra parte, su obsesión por las relaciones con el norte de África le llevó a ver en *securis* el origen de vasc. (*h*)*aizkora* 'hacha', a través de un intermediario líbico. Es mucho más simple, con Gorostiaga, pensar directamente en a s c i o l a.

préstamos cuanto a primera vista tiene apariencia de tal¹⁴ y la de los que están empeñados en defender el carácter patrimonial de voces o índices gramaticales vascos.

Las formas vascas se citan, por abreviar, en sus formas más antiguas o más características, sin aducir variantes más que cuando sean pertinentes para la comparación. Cuando la forma se documenta en los dialectos que conocen la aspiración en época moderna (los situados al norte de la frontera franco-española, en términos generales), ésta se señala, si existe: *h* entre paréntesis indica la vacilación dentro de esos dialectos. En efecto, / *h* / debió de ser común a todas las hablas éuskaras, lo cual no significa, claro está, que toda *h* moderna tenga justificación etimológica.¹⁵

3. El sistema fonológico del vasco antiguo era, a juzgar por todos los indicios, mucho más simple que el del latín clásico: contaba con menos unidades y las posibilidades combinatorias de éstas eran por lo común mucho más limitadas. De aquí que, salvo en algún punto,¹⁶ su testimonio no sea muy valioso para el conocimiento de la pronunciación latina: los préstamos de esa procedencia constituyen, por el contrario, un medio de primer orden para reconstruir la prehistoria de los sonidos vascos. Generalmente, pues, la adaptación se produce por subdiferenciación: oposiciones distintivas en la lengua de origen se pierden en la receptora.¹⁷

En el vocalismo, en primer lugar. Al parecer, el vasc. ant. tenía un sistema de cinco unidades con tres grados de apertura, muy semejante al del castellano y al de la gran mayoría de los dialectos vascos modernos. Sólo el suletino posee entre éstos una sexta vocal,

188

¹⁴ En esta dirección están los *Éléments de phonétique basque* de H. Gavel, *RIEV* 12 (1921), y más aún sus últimos trabajos. Pero, como es bien sabido, nadie ha ido tan lejos como A. Griaer, *Vocabulario vasco*, San Cugat del Vallés 1960.

¹⁵ Se han usado las siguientes abreviaturas para los dialectos vascos: AN, alto-navarro; BN, bajo-navarro; G, guipuzcoano; L, labortano; M, meridional (representado por el vocabulario, probablemente alavés, de Landucci, 1562); R, roncalés; S, suletino; Sal., salacenco; cuando la localización es menos precisa, se emplean occ. = occidental (distinto de occit. = occitano!) y or. = oriental; al. y nav. se refieren a los romances alavés y navarro, respectivamente. Se ha marcado la cantidad de las vocales largas latinas, nunca la de las breves, y sólo en la medida en que era necesario al tratar del vocalismo. Fundamentación más detallada de algunos de los puntos que se tocan aquí se hallará en mi *Fonética histórica vasca* (= *FHV*), San Sebastián 1961.

¹⁶ En las sibilantes, sobre todo (abajo, § 15).

¹⁷ Cf. U. Weinreich, *Languages in contact*, Nueva York 1953, p. 18.

/ü/, procedente de **u* en condiciones bien fijadas:¹⁸ por ello, *S ü* suele ser el mejor apoyo para reconstruir una *u* antigua.

El no apreciar los oídos vascos las diferencias de cantidad tuvo como consecuencia, en los préstamos más antiguos, un vocalismo de tipo sardo,¹⁹ en el que los continuadores de lat. *i* y *u* se han confundido con los de *ī*, *ū*, no con los de *ē*, *ō*: *bikhe* '(la) pez',²⁰ *bil(h)o* 'pelo' (or.), *bipher* 'pimiento, -a', *makhila* 'palo, bastón' de pice, pilu, piper, baccillu, como *biku* 'higo', *makhi(ñ)a* 'duerna, pesebre para cerdos', *mira* 'mirar' 'admirar', *miru* 'milano', de fīcu, baccīnu, mīra-, mīl(v)u; *iztupa* (S *üztüpa*) 'estopa', *lukuru* 'usura, interés', *lupu* 'lobo' (M),²¹ *tipula* de stuppa, luccru, lupu, cepulla, como *ingude* 'yunque', *luku* 'bosque',²² *luma* 'pluma', *mutu* 'mudo', de incūde, lūcu, plūma, mūt u.

De la misma manera, tenemos *berna* 'pierna, pantorrilla', *zela* 'silla de montar', de perna, sella, como *meta* 'montón, pila', 'almiar', *moeta* 'clase', de mēta, monēta (DCELC IV, p. 1.051); *errota* 'rueda, molino', *ozte* (y *oste*) 'hueste' 'tropa', de rota, hoste, como *horma* 'pared' 'hielo', *ohore* 'honor', de fōrma, honōre, y naturalmente *ezpata* 'espada' de spatha, como *merkhatu* 'mercado', de mercātu.

4. En préstamos más recientes hay ya, con evolución románica, vasc. *e*, *o* por lat. *i*, *u* breves: *balezta* 'ballesta', *beta* 'veta' 'tiempo libre',²³ *dome(e)ka* 'domingo' (occ., pero en la onomástica es general *Domeka* / *Domiku*, como rom. *Domenga* / *Domingo*), *mendekatu* 'vengado' (cf. *vendegado* en Berceo), *mezu* 'aviso' (< mīssu),

¹⁸ También en una parte del BN. Junto a *ü* < *u*, se da el paso de *o* a *u* en algunos contextos.

¹⁹ Cf. D. Alonso, [«Sobre el vocalismo...»], *ELHI*, Supl., pp. 5 ss. El testimonio del bereber parece en este punto, por razones cuyo desarrollo llevaría demasiado espacio, mucho más ambiguo.

²⁰ Cf. al. *bique*, *pique* 'parte que se tiene en un molino' < vīce.

²¹ Cf. V ant. *luparia* «atolladero» (> mod. *luperia* 'corrimiento de tierras'), equivalente al al. *löbera* 'dispositivo con foso y trampa para cazar al ojeo'.

²² Hay pocos testimonios; el más antiguo es el del suletino J. de Béla, nacido en 1586: cf. *Lucu* en Álava, año 1025, mod. *Luco*. Para la difusión de *lucus*, cf. FEWV, p. 441 y J. Hubschmid, [«Zur Ortsnamenkunde Belgiens und angrenzender romanisch-germanischer Gebiete»], *ZRPh*, 79 (1963), [343-396], p. 394.

²³ En la segunda acepción generalmente en frases negativas o interrogativas. Cf. Rohlfs, *Le gascon*. [«Études de philologie pyrénéenne, Pau-Tübingen 1970²»], p. 198.

dorp(h)e ‘rudo, grosero’, *dorre* ‘torre’, *ondo* ‘fondo’ ‘planta, árbol’,²⁴ *(h)onddo* ‘hongo’ (y *ontto*, R *fongo*, *fungo*), etc.

189 Con todo, hay que tener siempre presente la sensibilidad para el contexto de los sonidos vascos. P. ej., no es segura, aunque sí muy probable, la antigüedad de *i* en or. *gisu* ‘yeso’, puesto que hay también occ. *pisu* ‘peso’ ‘pesado’ junto a or. *pizu*, *phezu*; de igual manera, V *siku* ‘seco’, de corta difusión, puede deber la vocal cerrada a la sibilante apical. Para la influencia de las consonantes palatales, cf. AN G L *matxite* ‘machete’, BN L *mixta* ‘mecha’, G V *sillu* ‘sello’, *siñu* ‘mueca’ o S *hariña* ‘arena’, *khatiña* ‘cadena’. En *tipula* ‘cebolla’, *mugitu* ‘movido’, etc., *i* o *u* en la sílaba inicial están condicionadas por la vocal cerrada de la sílaba siguiente.

5. En los dialectos orientales, aunque no sólo en ellos, son frecuentes los casos de asimilación (dilación) vocálica *i - u* (*ü*) > *u - u* (*ü - ü*), regulares en R y S:²⁵ R *ainguru*, S *aingürü* ‘ángel’, de *ain-giru*, *aingeru*; R *gatulu*, S *gathülü* ‘taza’ ‘escudilla’, de L *gathilu*, AN G V *katillu* < *ca t i l l u*,²⁶ cf. gót. *katil-*, ruso *kotël*, etc.; BN *zigulu* ‘sello’ (ya Leizarraga, 1571, junto a *zigilatu* ‘sellado’), de *zigilu* < *si-g i l l u*, etc.

A la inversa, S *diphiña* ‘marmita’, BN L *duphina*, occ. *tupi(ñ)a*.²⁷ Cf. también, como ejemplos de la vacilación *i - u* en contexto labial o palatal, V *akillo*, L *akilu*, por *akhulo*, *akullu* ‘aguijada’ (S *akhüllü*), sin duda de *aculeu*; BN L *khil(l)o* ‘rueca’, S *kühüllü* < **conuc(u)lu*; AN G V *mi(i)llu*, V *mirillu* ‘hinojo’, R *mullu*, S *mühüllü*, *pühüllü*, < *fenuc(u)lu*; R *korputz*, S *khorphitz* ‘cuerpo’, por el general *gorputz*; occ. *muxika* ‘melocotón’ < *pessica*;²⁸ V *puxika*, *puxiga* ‘vejiga’ (al. *puchica*) < *vessica*, cf. central *bixika*, *bixiga*.

²⁴ Para el segundo valor que remonta al latín tardío, véase FEW, III, pp. 872 y 877, y M. L. Wagner, DES, I, p. 557. Sorprende algo que este término común, con derivados antiguos y un empleo muy frecuente como posposición (*ondoan* ‘detrás de’ ‘junto a’, etc.), tenga *o* en ambas sílabas.

²⁵ A menudo *i* es secundaria y procedente de *e*, como en S *ütxiura* ‘apariencia’ (es decir, ‘hechura’), de *itxura*.

²⁶ Se suele citar, por rutina, la variante *gatulu*; Ernout-Meillet, DELL, s.v. *ca-tinus*, etc.

²⁷ Cf. W. von Wartburg, [«Le FEW: évolution et problèmes actuels»], Word 10 (1954), [288-305], p. 299.

²⁸ Cf. J. André, *Lexique des termes de botanique en latin*, París 1956, s.v. *persica*.

En estas condiciones, no cabe determinar si el or. *dekuma*, *tekuma* (Roncal, Salazar) ‘diezmo’ conserva un vocalismo latino arcaico (*decuma*)²⁹ o si su *u* supone un desarrollo secundario, vasco, de la vocal átona de *decima*. También los continuadores vascos de *manica* (*ma[h]uka*, etc., ‘manga’) parecen apuntar a **manuca*.³⁰

6. El diptongo *au* se ha conservado bien por lo común: *allauda* 190 ‘alondra’ (L), *lauza* ‘losa’ (y V ant. *lauzatu* ‘tejado’), etc. Pero su resultado regular en R y S ha sido *ai*, salvo ante consonantes áptico-alveolares: *gaiza* ‘cosa’ de *gauza*, rad. *laida* ‘loar’ de *lauda*, R *taika* ‘toca’ de **dauka*, cf. el derivado medieval AN *daukari*³¹ y el diminutivo BN *ttauca*. Pero se conserva, p. ej., en S *nausa* ‘burla’ < *nausa* (probablemente del occit., cf. FEW VII, 56 s.) o en el germanismo *khausi*, part. *khausiti*, ‘hallar’.

Es, en cambio, general el paso de *au* a *ai* (alguna vez *a*) condicionado por la presencia de *u* en la sílaba siguiente: *haizu* y *hauzu* (*izan*) ‘ser lícito’ ‘osar’ < *ausu*, occ. *kaiku* ‘cuerdo, cuenco o taza de madera’ < *caucu*, *mairu* (*maru*) y *mauru* ‘moro’ < *mauru*; cf., con diptongo románico, *errekaitu* (*-keitu*) ‘provisión, alimento’, es decir, ‘reca(u)do’. La reducción *au* > *a*, de carácter irregular, se atestigua en el común *aditu*, rad. *adi*, ‘atender’ ‘entender’ ‘oir’, < *aditu*, no bien explicado.³²

7. Faltan representantes antiguos seguros de lat. *ae* y *oe*: S *theiü* (R *texu*) ‘sucio, impuro’ < *taedu*³³ aparenta ser bastante reciente.

²⁹ Hay también sardo *decuma*, *deguma* (DES I, 459) y galés *degwm*, pero éste tiene aspecto moderno por la ausencia de lenición, como ya señalé en [reseña de DES], Word 15 (1959), [523-527], p. 526, siguiendo a Pedersen: cf. galés *arf* < *arma*, *calaf* < *calamus*, etc. Para bretón ant. *decmint*, véase ahora L. Fleuriot, *Dictionnaire des gloses en vieux breton*, París 1964, s.v.

³⁰ Hay *go-* (*ko-*) procedente de [gwa-], [kwa-] en *golardo* ‘galardón’, *gorde* ‘guardar’, *kodēña*, etc., ‘guadaña’, or. *gorozema*, etc., ‘cuaresma’, occ. *gar(a)izuma*. Cf. gr. *kodrantēs* ‘quadrans’ en el Nuevo Testamento y véase F. Sommer, *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre*, [Heidelberg 1914], § 52.

³¹ Nombre de una multa en el Fuero General de Navarra. Véase [L. Michele-
na], *Textos arcaicos vascos*, Madrid 1964, pp. 54 s.

³² Cf. Sommer § 64. M *maustín* ‘mastín’ citado en FHV, p. 96, como posible ejemplo de diptongación vasca, es un error, ya que el diptongo es sin duda románico: nav. ant. *maustín*, *mostín*, alto-arag. *mostín*.

³³ Para el sentido, cf. DES, II, p. 472a, con bibliografía. ¿Estará también relacionado el ant. *esteiari* ‘miserable’ (suf. *-ari*), participio *esteialdu*?

Podría ser antiguo *gezi* ‘dardo’, en otro tiempo común,³⁴ si no ha sido tomado directamente de algún dialecto céltico.³⁵

Los diptongos románicos *ai*, *ei* se han conservado por regla general: AN BN L *alokairu* ‘salario’ (V *aloger*), or. *laido* ‘afrenta’; *deithu* ‘llamado’ (y *deithatu*, rad. *deitha*)³⁶ < rom. **deito* < *dictu*, *peitu* ‘falta, carencia, escasez’ (*peitu izan* ‘carecer, estar falto’) < *defectu*;³⁷ cf. con rom. *ui*, *fruitu* ‘fruto’. Nada tiene esto de particular, ya que ambos diptongos, y sobre todo *ai*, abundan en el acervo patrimonial. Pero, como en éste, hay ejemplos de reducción *ei* > *i* en préstamos: *eliza* ‘iglesia’ está mucho más difundido que *eleiza* y el AN L *zitu* ‘mies, cosecha’ viene probablemente de **seito* < *sectu*.³⁸

En V *elexa* ‘iglesia’ < *eleiza*, *kerexa* ‘cereza’ (general *gerezi*), etc., la absorción de *i* por la sibilante palatalizada es regular. En general, según los dialectos alternan *leinu* y *leñu* ‘linaje’ ‘tribu’, *zeinha* y *zeña* ‘signarse’, *oilo* y *ollo* ‘gallina’, *teila* y *tella* ‘teja’, etc.

8. En cuanto a las vocales finales, el vasc. ant. tenía nombres acabados en cualquier vocal: *aita* ‘padre’, *bare* ‘bazo’, *begi* ‘ojo’, *beso* ‘brazo’, *buru* ‘cabeza’. La acomodación de los préstamos no ofrecía, pues, dificultades desde este punto de vista.

En los temas latinos en *o* y en *u* hay vasc. *-u* y *-o*. La primera terminación suele ser indicio de antigüedad (cf., p. ej., *biku* ‘higo’, frente a *fiko*, V *iko*), pero el común *ollo* ‘gallina’ parece bastante antiguo y más aún el or. *bil(h)o* ‘pelo’. Hay abundantes casos de vacilación, según las zonas: *abendo* / *-u* ‘diciembre’, *bertso* / *-u* ‘verso’, *joko* / *-u* ‘juego’, etc.

³⁴ Con el mismo final, AN G L *muki* ‘moco’ ‘pabilo’ (or. *muku*, *mükü*), que sería temerario derivar del plural que desde Plauto predomina en *muc(c)us*. Cf. E. Löfstedt, *Syntactica. [Studien und Beiträge zur historischen Syntax des Lateins, Lund 1956²]*, I, p. 30.

³⁵ Hay un balance, más bien negativo, de los préstamos indoeuropeos prelatinos en [L. Michelena], *Sobre el pasado de la lengua vasca*, San Sebastián 1964, cap. 5.

³⁶ BN L *deithore* ‘lamento’ ‘endecha’, part. *deithoratu*, procede del gascón, como señaló J. Saroïhandy. Cf. [L. Michelena], *Estudio sobre las fuentes del diccionario de Azkue*, Bilbao 1970, p. 126, nota.

³⁷ De **beitu*, al parecer, a causa de la inicial no aspirada: cf. acaso V *degaitu* ‘desfallecido desanimado’ < **debeitu*. En celta britónico, *dēfectus*, con el cambio normal de prefijo, presenta un sentido inesperado: galés *diffaith* ‘desierto’ (sust. y adj.), etc., frente a *ffaeth* (< *factus*) ‘maduro, sazonado’ ‘cultivado’.

³⁸ Cf. [V. García de Diego, *Diccionario etimológico español e hispánico*, Madrid 1954], 6008a ss., y FEW, XI, pp. 380 ss.

La falta de *-u*, *-o* (en *ausat izan* ‘atreverse’, *polit* ‘bonito’, etc.) delata la procedencia occitana. Con todo, es regular la falta de *-u* en los nombres latinos en *-iu*: V *marti* ‘marzo’, el suf. *-ari* tan productivo (*baleztari* ‘balletero’, *ezkutari* ‘escudero’, *lukurari* ‘logrero’, *merkatari* ‘mercader’),³⁹ etc.

En V y en todo el vasc. occ., hay frecuentes casos de *-a* < *-e*, condicionados morfológicamente: *arata* ‘pato’, general *ahate*, < *a n a t e*; *g- / korta* ‘sel’ ‘cuadra’ < *c o r t e*; *padura* (*f-*, *madura*) ‘vega’ ‘marisma’ < *p a d u l e* (cf. *Padura*, Álava, año 1025, y en el mismo documento *Padul*, en zona romanizada). Con distinta difusión y otro origen,⁴⁰ Sal. *mandika* (y *mardika*, con disimilación de nasalidad), R *pantika* ‘cuajar, parte del estómago de los rumiantes’, G *zarika* ‘sauce’, etc.

En préstamos relativamente antiguos, se ha conservado, o acaso se ha añadido, *-e*.⁴¹ *amore* ‘amor’, *dithare* ‘dedal’, *dolhare* ‘lagar’ < *t o r c u l a r e*,⁴² etc. Es evidente que *-e* se ha agregado no sólo en los nombres de lugar de la zona oriental (cf. *Akhize* < *A q u i s*, nombre vasco de Dax), sino también en préstamos de fecha románica, que habían perdido la vocal final, distinta de *-e*: *bahe* ‘ce-dazo’ < **bane* (rom. *van*). Cf. también occ. *doe*, ant. *dōe* < **done*, ‘don’, *galae*, *galai* ‘galán’, etc.

9. El vasc. ant. tenía sin duda sílabas trabadas, pero no sílabas que empezaran por un grupo de consonantes. En los préstamos, éstos se resolvieron por eliminación de la primera consonante (*eleiza* ‘templo’ < *e c l e s i a*, *lama* ‘ardor, llama’ < *f l a m m a*, *lau* ‘llano’ < *p l a n u*, *olata* ‘bodigo’ < *o b l a t a*, etc.) o bien intercalando una vocal anaptíctica: *apiriko* ‘atrio, pórtico’ < *a p r i c u*, *erregela* ‘regla’ (pero *loria* ‘gloria’), *garazia* ‘gracia’, *gereta* ‘jaula de seto’ < **c l e t a*, *gerizatu* ‘resguardado, cubierto por la sombra’,⁴³ *liburu* ‘libro’, *pelleburu* ‘peligro’, *pheretxa*, part. *pheretxatu* ‘apreciar’ (y BN S, *mesperetxa* ‘despreciar’), etc.

192

³⁹ Cf. *zama* ‘carga’ < *s a g m a* y *zamari* ‘acémila’, or. ‘caballo’ < *s a g m a r i u*. Cf. gr. *-áris*, *-áres* < *-a r i u s*.

⁴⁰ Cf. DCELC, III, pp. 647 (**pantica* < *pantice*) y 915 (**pulica* < *pulice*).

⁴¹ Cf. V. Väänänen, *Introducción al latín vulgar*, Madrid 1968, p. 72. Falta *-e* en *aphiril* ‘abril’, acaso por atracción de los compuestos con vasc. *-il* ‘mes’.

⁴² No de *doliarium*, como quería Rohlf.

⁴³ Cf. *cris* ‘eclipse’, *crisarse* ‘eclipsarse’, DCELC, II, p. 211a.

También se manifiesta una tendencia, sin duda más reciente, a la síncopa, sobre todo en AN, R y Sal. (pero no en S!), que no está condicionada por la posición del acento en latín: *aizna* ‘ocio’ (arag. ant. *ayzina*, ‘ocasión, comodidad’, bearn. ant. *aysine*), *gaminta* ‘cuchillo’ (< *ganibeta*), *kandra* ‘vela’ (< *kandera*), *Endone Mikle* ‘San Miguel’ (< *Mikele*), Sal. *tipla* y R *tupla* ‘cebolla’ (< *ti-pula*), etc.⁴⁴

Ante *r-* se desarrolla, como es sabido, una vocal protética, *a-* o *e-* (*arrazoi[n]*, *errazoe* ‘razón’, *erripa* ‘paraje costanero’, V *arruga* ‘plaza, mercado’, etc.); hay *e-* (y secundariamente *i-*, S *ü-*) ante *s-* más consonante.⁴⁵ También aparece *i* en algunas ocasiones ante *n* más oclusiva, en condiciones no bien fijadas: *aingeru* (-iru, -uru, R Sal. *aingru*) ‘ángel’ pero V *angeru*; *aingira* (R *ain-gra*) ‘anguila’; *aingura* ‘áncora’ (en 1571 *angura*); AN G *maindire*, *maindira* ‘sábana’ < *mantile* (o -ele), AN *maind(e)re*, Sal. *mandre*, R *mantre*,⁴⁶ *maingu* ‘cojo’ (R *mainku*). Cf. BN L *saindu* ‘santo’ < *s a n c t u* (R *saintu*, S *saintü*), pero AN Sal. *sandu*.

10. Entre vocales, las dos series de oclusivas latinas encuentran correspondencia en las dos series vascas: las sordas latinas son continuadas por sordas vascas, eventualmente aspiradas, y las sonoras latinas por sonoras vascas, fricativas en esa posición.⁴⁷ La situación es, por lo tanto, la misma que en la zona pirenaica, que se suele considerar conservadora a este respecto, a ambos lados del Pirineo.⁴⁸ Pero esta «conservación» tiene su contrapartida en el abandono de la oposición que conocía el latín de sordas simples y geminadas: *opaku* ‘umbría’ en numerosos nombres de lugar de Álava y

⁴⁴ A principios del s. XV se documenta AN *apostru* ‘apóstol’ < **apostoru*, en vez del común *apostolu*: cf. también V ant. *aprostu*. En cuanto al nombre de ‘San Miguel’ en S. ant. *Jondane Gneli* (es decir, *Neli*) *Arcangelia*, cf. [L. Mitxelena, «Jondane Gneli arcangelia»], *Egan* 1967, 104-105.

⁴⁵ Väänänen, *op. cit.*, pp. 88 ss.

⁴⁶ El término occidental para ‘sábana’ es el arabismo *izara*. Véase E. K. Neuvonen, *Los arabismos del español en el siglo XIII*, Helsinki 1941, p. 79.

⁴⁷ Naturalmente, hay vasc. *b* por lat. clásico *b* y *v*. De las sonoras vascas, la más inestable es *d*: la vacilación *d-r* aparece ya en los primeros textos.

⁴⁸ Para estas coincidencias se remite a [M.] Alvar, [El dialecto aragonés, Madrid 1953], Rohlf, *Le gascon* y W. D. Elcock, *De quelques affinités phonétiques entre l'aragonais et le béarnais*, París 1938. Véanse también las discusiones en Fr. H. Jungemann, [La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascones, Madrid 1956] y K. Baldinger, [Die Herausbildung der Sprachräume auf der Pyrenäenhalbinsel, Berlín 1958].

Navarra (*Opaco*, *Opacua*, etc.),⁴⁹ *zaphore* ‘sabor, gusto’, como *kapela* (y *kapelu*) ‘sombrero’ < (med.) *cappella*; *berthute* (y *bir-*) ‘virtud’, *mathaza* ‘madeja’, como *gathu* ‘gato’ < *cattu*; *joko* / -u ‘juego’, *merke* ‘barato’ (y *merkatu* ‘abaratado’) < *merce*, como *bekhatu* ‘pecado’ < *peccatu*. Con sonora, *abere* ‘animal mayor’, rom. *aver(e)* < *habere*, (*h*)*abia* ‘nido’ < *cavea*;⁵⁰ *fede* ‘fe’, *fida* (part. *fidatu*) ‘fiar, confiar’, *obeditu* ‘obedecido’ < *oboedire*; *bago* ‘haya’ < *fagu*. Por eso el testimonio vasco, sin apoyo románico, es siempre menesteroso, cuando en latín ha habido vacilación entre sorda simple y geminada: *mika*, *phika* ‘pega, picaza’, *muki* ‘moco’, *zuku* ‘caldo, sopa’ ‘zumo’.⁵¹ Hay incluso sorda vasca por sonora geminada latina (occ. *zapatu* ‘sábado’ < *sabbatu*) o grupo sonoro románico (*guthizia* < *cobdiçia*).⁵²

11. Las oclusivas sordas latinas se han sonorizado detrás de nasal y *l*, pero la oposición sonora / sorda se ha mantenido tras *r*.⁵³ Sin embargo, no hay sonorización en R y S, dialectos más próximos a la zona románica innovadora de los Pirineos.

Tenemos así, p. ej., *denbora* ‘tiempo’ (R *tenpra*) < *tempora*, *abendo* / -u ‘diciembre’ (R *abentu*, S -*tü*) < *adventu*, *boronde* ‘frente’ (R S *boronte*) < *fronte*, suf. -*mentu* ‘-miento’ (R -*mentu*, S -*mentü*), *inguma* «incube ou phantome qui charge les corps des dormans» según Oihenart (y ‘mariposa’), *langa* ‘travesía, tranca’ ‘puerta rústica’ < *planca*, *aldare* ‘altar’ (R S *althare*), *zaldu* ‘soto’ < *saltu* (R *zaltu*).

Faltan ejemplos de *lp*, sin duda por casualidad; hay en cambio bastantes indicaciones de que en el grupo *lc* no ha habido sonorización: *galkhatu* ‘apelmazado, colmado’ < *calcare*, etc. De una

⁴⁹ Cf. G. Colon, [«Acerca de *opacus* en los Pirineos»], *ZRPh* 79 (1963), 110-116, Rohlf, *Le gascon*, p. 96.

⁵⁰ Hay también (*k*)*afia*. Entre vocales, *f* parece haber sido un tiempo simple variante de /b/ (no de /p/!) y, de acuerdo con esto, vasc. *b* es en bastantes préstamos la réplica de lat. *f(f)*: *eburni* ‘infierno’ (R), *oberenda* ‘ofrenda’, etc. Cf. además *peitu*, arriba, § 7.

⁵¹ Junto a *lakhu* ‘lago’ hay también or. *lako* ‘lagar’, más reciente al parecer, con derivados. Cf. *DCELC*, III, p. 13b, *DES*, II, 4 (*REW*, núms. 4820 y 4836), y J. Jud, [«Probleme der altromanischen Wortgeographie»], *ZRPh* 38 (1914-1917), [1-75], p. 48, n. 2.

⁵² Vasc. *athorra* ‘camisa’, citado en *ELH*, I, p. 54, es naturalmente un arabismo, con *t* de *d* enfática geminada (*FHV*, p. 229). Cf. Neuvonen, *op. cit.*, p. 79.

⁵³ En el límite de G y V hay, sin embargo, *surgu* ‘surco’, y *jurgu* con [x-], que podría admitir distintas interpretaciones.

manera un tanto paradójica, hay R *golgo* ‘seno’ < (gr.-lat.) *colpu*, frente al general *golkho*, *kolko*.

- 194 12. En posición inicial hay una tendencia bien ejemplificada a sonorizar las oclusivas sordas latinas, que confluyen así con las sonoras: *bara* ‘pala’ (M), *barkhatu* ‘perdonado’, *butzu* ‘pozo’, cf. *ba-lea* ‘ballena’ < *ballaena*, *batheiatu* ‘bautizado’ < *baptidiare*, *begiratu*, rad. *begira*, ‘cuidar’ ‘guardarse de algo’ ‘mirar’ < *vigilare*, *borondate* (R *-tate*, S *-thate*) ‘voluntad’ < *voluntate*, *berme* ‘fiador’ < rom. *ferme*, *besta* ‘fiesta’; *daraturu* ‘taladro’, *dermio* ‘término’, *denda* ‘tienda’, cf. *dallu* ‘guadaña’ < *daculu*, *damu* ‘pesar’ ‘daño’ < *damnū*, *diharu* ‘dinero’; *gaztaña* ‘castaña’, *gaztelu* ‘castillo’ (y ant. *Gaztela* ‘Castilla’, *gaztelau[n]* ‘castellano’), *goithatu* ‘cuidado, ahorrado’ < *cogitatu*,⁵⁴ cf. *garau(n)* ‘grano’ (M *krau*), *gura* ‘voluntad, deseo, gana’ < *gula*.⁵⁵ De aquí el característico aspecto de muchos préstamos: *bethatxu* = rom. *pedaço*, med. *Dota* = rom. *Toda*.

No quiere esto decir que falten formas con sorda inicial, pura o aspirada; antes bien, éstas pueden predominar e incluso ser únicas en el período histórico de la lengua, aun tratándose de préstamos antiguos. Lo decisivo es que la distribución moderna, determinada por factores mal conocidos, no puede servir de indicio para inferir la distribución en la lengua de origen. En otras palabras, por medio de esa asignación de variantes que se nos presenta como aleatoria se ha llegado prácticamente a una neutralización de la oposición sorda / sonora en posición inicial. Como además no hay más que oclusivas sordas en final de tema (*-t*, *-k*) y detrás de sibilante (no aspiradas, como en inglés)⁵⁶ y, según se ha visto arriba, § 11, la mayor parte de los dialectos han abandonado la distinción tras nasal y *l*, la oposición sólo se mantiene plenamente entre vocales y entre *r* y vocal.

13. Como en muchas otras lenguas pararrománicas, los préstamos antiguos dan testimonio de la pronunciación oclusiva de lat. *c*, *g* ante vocal anterior: *bake* ‘paz’ < *pāce*, *bikhe* ‘pez’ < *pīce*, *gela* ‘habitación’ < *cella*, *gerthu* ‘cierto, seguro’ ‘preparado’ < *certu*, *kirru* ‘cerro, estopilla’ < *cirru*, *kürkürü* ‘aro, círculo’ (S) < *cir-*

⁵⁴ El valor adjetivo (‘precavido, cuidadoso’) es normal: cf. *aditu* ‘entendido, experto’, *begiratu* ‘cuidadoso, mirado’, etc.

⁵⁵ Cf. *inguru* (S *üngürü*) ‘alrededor’, menos difundido *ingiru*, < *in gyro*.

⁵⁶ Tras sibilante se da también *f* > *p*: *espor(t)zu* ‘ayuda, consuelo’.

c

u, *angelu* ‘suelo’ (M) < a^gellu,⁵⁷ *errege* ‘rey’ < r^ege, *gisu* ‘yeso’ < g^ypsu, *lege* ‘ley’ < l^ege, etc.

No deja de ser sorprendente que haya tantos ejemplos de *g* oclusiva conservada, incluso en términos del léxico cristiano (*aingeru* ‘ángel’) y ante latín *i* (*magi[n]a* ‘vaina’ < vagina, *zigilu* ‘sello’ < sigillu), ya que algunos préstamos, sin duda antiguos, dan fe de la caída de *g* que en algunos casos se documenta en fecha temprana en esa posición:⁵⁸ *maiz* ‘a menudo’ < magis, *maizter* ‘mayoral’ (ya en 1167) < magister, como a. al. ant. *meister*.⁵⁹

Por ello, cabe sospechar que mucho después de que el continuador asibilado de lat. *c*’ hubiera hallado equivalente vasco (*zeru* ‘cielo’, AN *gal[t]zina* ‘cal’ REW 1501, cf. nav. *cendea* ‘agrupación administrativa semejante al valle’,⁶⁰ etc.), no ocurriera lo mismo con los reflejos románicos de lat. *g*’ y que entre los fonemas vascos más próximos, sin duda /j/ y /g/, éste pareciera réplica más adecuada: cf. la vacilación que se observa en *jende* ‘gente’, S y V *jente*, pero R *gente*.

Se ha pensado⁶¹ que *tipula* ‘cebolla’ (*dipula*-, atestiguado en toponimia, V *ki[n]pula*, M *gipulla*) es indicio de una fase intermedia en que lat. *c*’, palatalizado, no había llegado a su plena asibilación. Otro caso podría ser el or. *deus* (y *jeus*, R *dieus*) ‘algo’ en frases negativas e interrogativas, < genus, como cat. y occit. *ge(n)s*, etc.⁶²

⁵⁷ En toponimia *Angelu*, que en Álava se documenta ya en 1025, es el nombre vasco de *Anglet* (Pirineos Atlánticos). Cf. *Ibarrangelua* en Vizcaya, etc.

⁵⁸ C. H. Grandgent, *Introducción al latín vulgar*, [Madrid 1970], pp. 113 y 170 s.; Väänänen, [op. cit.], pp. 103 s.

⁵⁹ Cf. Fr. Kluge-W. Mitzka, [Etymologisches Wörterbuch der deutschen Sprache, Berlín 1967²⁰], s.v. *Meister*. Junto a formas más populares, hay el cultismo *magister* en anglo-sajón (con *a* totalmente anómala) e irl. ant. Para éste véase J. Vendryes, *Lexique étymologique de l'irlandais ancien. M N O P*, París 1960, s.v. En todo caso, el galés *meistr* nada prueba a este respecto: cf. galés *maes* ‘campo’ < **magest*-, etc.

⁶⁰ Caro Baroja, *Materiales*, p. 118, quien propone rom. *centena* como origen.

⁶¹ Por Schuchardt: véase W. Meyer-Lübke, [Introducción a la lingüística románica, Madrid 1926], pp. 247 s.

⁶² Véase [L. Michelena], «Vasco-románica», *RFE* 48 (1965), 105-119, en especial pp. 112 ss. No faltan ejemplos de *d* < *j*: BN *deinhu* ‘maña, destreza’ (cf. *jeinu*), *dosta*, part. *dostatu*, ‘jugar, entretenerse’ < *jostatu* (REW, núm. 4635), L *digante* ‘gigante’. Dentro del sistema vasco de correspondencias entre consonantes normales y «expresivas», que sería largo de explicar aquí, /d’/, con realización oclusiva o fricativa según las posiciones, era una variante secundaria de /d/.

14. Aunque sólo sea de pasada, hay que señalar que en el orden labial la situación vasca es particularmente confusa. Además de las dificultades que ofrecía la integración de lat. *f* (unidas, en fases más recientes, a la influencia de formas castellanas y gasconas con *h*- o cero), hay que mencionar las apariciones erráticas de vasc. *m*, explicables acaso porque la lengua, en un estadio anterior, sólo conocía una nasal labial, al igual que el ibérico, como variante combinatoria de /n/. El hecho es, de todos modos, que, aparte de los abundantes cambios explicables por asimilación o desasimilación de nasalidad (*mañu*, etc., 'baño',⁶³ *mea*, *pea* 'mineral' < u e n a, *mendekoste* 'pentecostés', y, a la inversa, *biao* 'siesta' < **miano* < m e r i d i a n u en último término, V *bolu* 'molino', en compuestos *borin*-, etc.), existen otros en que no se acierta a descubrir la razón de su presencia: *maru* 'poste' (V) < p a l u, *mezpera* 'víspera', *meztidura* 'mortaja', etc.⁶⁴ De ahí resulta que, para 'tuétano, meollo', p. ej., se den formas tan variadas como V (*g*)*un*, M *uin*, AN G, etc., *muin*, L *fuin*, *huin*, or. *hun* (S *hün*), al parecer de f u n e.

15. Los dialectos vascos poseen o han poseído dos órdenes de sibilantes, apicales (*s*, *ts*) de tipo «español» y predorsales (*z*, *tz*) que se articulan con la punta de la lengua baja, además de chicheantes, fricativa (*x*) y africada (*tx*). Hay una clara tendencia a no emplear, dentro de una palabra, más que sibilantes de una misma clase: *asen(t)sio* 'ajenjo', *intsentsu* 'incienso', L ant. *prosasino* (mod. *proosino*) 'procesión', *sasoi(n)* 'sazón' (R *zazoī*), *solhas* 'conversación' (rom. *solaz*), etc.

Se diría, dejando para otro lugar la discusión detallada, que vasc. *z* es el representante normal de lat. *s* en los préstamos más antiguos.⁶⁵ Cuando hay dobles, la variante con *z* suele mostrar ade-

⁶³ Y top. *Mañaria*, Vizcaya, < b a l n e a r i a, cf. Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, Madrid 1950³, pp. 104 s.

⁶⁴ Puede verse una lista extensa, aunque no completa, de préstamos con vasc. *m*- en Meyer-Lübke, [«Romanobaskisches»], *RIEV* 14 (1923), 463-485.

⁶⁵ Defiende la tesis contraria A. Galmés de Fuentes, *Las sibilantes en la Romania*, Madrid 1962. J. Hubschmid, [«Wörter mit s-/z-, ts- im Romanischen, Baskischen und in anderen Sprachen»], *Revue de linguistique romane* 27 (1963), 364-448, ha recogido ejemplos auténticos de vacilación *s* / *z*, que van mezclados con otros muchos que han nacido de malas interpretaciones de grafías antiguas (de Oiherart, por ejemplo) y de datos procedentes de la zona occidental donde se ha perdido la distinción. Véase ahora, sobre el conjunto de la cuestión, [L. Michelena], «Lat. *s*: el testimonio vasco», *Actas del XI congreso internacional de lingüística y filología románicas*, Madrid 1968, pp. 473-489.

más otros indicios de antigüedad: *baradizu* y *paradisu* ‘paraíso’, *sekula(n)* ‘alguna vez’ ‘nunca’ y *S zekiürü* ‘siglo’, *señale* y *S zeñhare* ‘señal’, occ. *siñu* y or. *zeñu* ‘gesto, seña’, *soberna* y *zopherna* ‘temporal, borrasca’ < (a q u a) s u p e r n a, etc. Cf., por otra parte, *zigilu* ‘sello’, *zigilatu* ‘sellado’, pero *S ant. sajat*, *sajeratu*, tomados del gascón.⁶⁶

16. En otro sentido, la situación de las sibilantes recuerda la de las oclusivas. La oposición fricativa / africada sólo se mantiene plenamente entre vocales y ante vocal tras *r*.⁶⁷ En inicial solamente hay fricativas (*zimendu* ‘cimiento’, etc.)⁶⁸ y detrás de nasal y de *l* la generalización se ha hecho en sentidos diversos, aunque hoy predominen las africadas en todos o casi todos los dialectos.

En final de tema nominal hay normalmente africadas: *borthitz*, 197 *portitz* ‘fuerte’ < f o r t i s (cf., sin embargo, abajo, nota 101), *gorputz* ‘cuerpo’ < c o r p u s, *laphitz* ‘lugar pedregoso’ < l a p i s, etc.⁶⁹

17. Las oposiciones latinas *-nn-* / *-n-*, *-ll-* / *-l-*, *-rr-* / *-r-* tenían al parecer su correlato vasco, aunque en esta forma sólo se ha mantenido la última, menos en suletino, dialecto que no tiene más que una vibrante, por pérdida reciente de *-r-* entre vocales.

Lat. *nn-* está representado por vasco. *-n-*: *anho* ‘ración’ ‘provisiones de viaje’ < a n n o n a, *Joane(s)*, *Joaniz* ‘Juan’ < I o h a n e s,⁷⁰ cf. nav. *capana* ‘palo adornado con ramajes que se coloca en el sitio más visible de una viña’ < c a p a n n a y vasco. *Eneko* ‘Íñigo’ < E n n e c o.

En cambio, *-n-* ha caído entre vocales con nasalización de la vocal precedente, documentada en *V ant.* y conservada hasta hoy en *R* y *S*. En su lugar puede haber *-h-* (*-g-*, *-r-*) en algunas posiciones: *M freu* ‘freno’, *koroa* ‘corona’, or. *ohore* ‘honor’ (*R òre*, *S mod. ũhūe*), *ordea* ‘orden’,⁷¹ or. *orga* ‘carro’ (*S orgā*, oxítono) < o r g a n a, *xahu*

⁶⁶ En el vocabulario religioso hay *z* (*eleiza*, *meza*) y *s* (*saindu*, *sagara* ‘consagración de la misa’).

⁶⁷ Esto último sólo en algún dialecto como el suletino.

⁶⁸ En las chicheantes, se ha tendido a generalizar *x-* o *tx-*, según las zonas.

⁶⁹ Pero no en palabras de escasa autonomía: *deus* ‘algo’, *maiz* ‘a menudo’, etc. Tampoco en el difícil *apaiz*, *aphez*, ant. *apaez* ‘sacerdote’, cuyo segmento final no se ha conseguido explicar.

⁷⁰ Además del acusativo, ha debido de intervenir aquí el genitivo latino. Cf. abajo, § 25.

⁷¹ Compárese *legami(ñ)a* ‘levadura’, *zarthagi(ñ)a* ‘sartén’, y véase *FHV*, p. 146, *DCELC*, I, pp. 205 s.

‘limpio’ (Sal. *xagu*, S *xāhü*, R *xāī*) < s a n u, *zamau* (y *zabau*) ‘mantel’, *ziape* (R *zīape*), ‘mostaza’,⁷² etc.

Dialectalmente puede restablecerse la oclusión oral, con *ñ* detrás de vocal anterior (*liñu* ‘lino’, frente a *liho*, Sal. *ligu*) o *m* detrás de *u* (occ. *kuma* ‘cuna’, pero S *khüña*); lo mismo puede ocurrir tras diptongo en otro tiempo nasal: *bedei(n)katu* ‘bendecido, bendito’, *luka(r)ika*, *lukhai(n)ka* ‘longaniza’ < l u c a n i c a.

A este proceso deben muchos préstamos su aspecto característico. Por ejemplo, a rom. *-án* corresponde vasc. *-āe*, *-ai(n)*, en *kapi-tae*, *kapitai(n)* ‘capitán’, etc., y a rom. *-ón*, vasc. *-ōe*, *-oi(n)*, S *-ū* oxítono, en *lehoi(n)* ‘león’ (S *lehū*), *pozoi(n)* ‘veneno’ (S *phozū*), etc.

18. También entre vocales, lat. *l* ha pasado a vasc. *r* confluyendo así con lat. *r*, mientras lat. *rr* se conserva como vibrante múltiple: *maradikatu* (y *madarikatu*, con metátesis) ‘maldecido, maldito’ < m a l e d i c e r e, como *ziriku* ‘(hilo de) seda’ < s e r i c u.⁷³

Lat. *ll*, en cambio, aparece ordinariamente representado por vasc. *l*: *arraztelu* ‘rastrillo’ (y muchos otros nombres en *-ellu*, *-ella*), V *palatu* ‘cerco de tierra apisonada’ < v a l l a t u, etc. Cf., en la toponimia medieval navarra, *Nouare uide-* ‘camino del noval’, pero *Nouella Aurquia*, año 1143 (con grafía arcaica, cf. *FHV*, pp. 321 s.) < n o v e l l a.

El paso de *l* a *r* se ha cumplido hasta en préstamos bastante recientes: en el léxico cristiano, p. ej., y en casos como *kare* ‘cal’ < *c a l e o *kapare* ‘hidalgo’ < (med.) c a p a l e. Hay, sin embargo, bastantes excepciones: *bolu* ‘molino’ (V), *olio* y *orio* ‘aceite’, *solo* (V) y *sorho* ‘sembrado’ ‘prado’,⁷⁴ *zelü* (S) y general *zeru* ‘cielo’, etc. Cf. también V *mustela* ‘comadreja’, y *zekhale*, *zekela*, *zikirio* ‘centeno’, y *bil(h)o* ‘pelo’ (arriba, § 3).

Una de las causas de estas irregularidades, además de la influencia románica, es la palatalización, «expresiva» y por ello imprevisible, por la cual *ñ* puede aparecer en lugar de *n*, *ll* por *l* y *r*, como *x* por *s* y *z*, etc. Así el nombre que significa ‘sonido, música’ supone

⁷² A juzgar por *zeape* en Sal., dialecto donde se mantiene la distinción entre *e* e *i* ante vocal, habría que partir de lat. *senape*: cf. J. André, *op. cit.*, s.v. *sinapis*. En la documentación medieval aparece a menudo *Ceapeiz*, término de Pamplona.

⁷³ Por § 4, o de *s i r i c u*.

⁷⁴ Existen además occ. *zoru* ‘suelo’ ‘suela’ < s o l u, y or. *zola* ‘id.’ y ‘planta del pie’.

en la mayor parte de los dialectos *soñu*, de donde *soinu*, etc. De *c u - m u l u*, además de *V gonburu*, hay *mukuru* ‘colmo’, regular a partir de la forma metatizada **mukulu*, *mukullu* y *mukurru*.⁷⁵

19. Se ha dejado de señalar hasta aquí que la inicial presenta siempre una inseguridad máxima por las frecuentes caídas de consonantes, muchas veces incompletas, en esa posición: *ollo* ‘gallina’ (vasc. común, de rom. *pollo* o de *pullus* con palatalización expresiva?), *otu* ‘rogar’ ‘ruego’ < *v o t u*, Sal. *ua* ‘cuna’, *V upa* ‘tonel’ (BN L *dupha*, R *kupa*), etc. En AN *arlinga* ‘carlinga’, G *amaña* ‘cama de pastores’, junto a *kamaña*, tiene que tratarse, sin embargo, de hechos recientes.

Esto no se limita a las oclusivas, sordas o sonoras, sino que también se da la pérdida de consonante inicial en el med. *Anso* ‘Sancho’ (patronímico *Sanoiz*)⁷⁶ y, fuera de toda sospecha de aglutinación o deglutinación del artículo románico, en el part. *askatu* ‘soltado, suelto’ rom. *lascar* (DCELC, III, p. 39).⁷⁷ Lo que complica las cosas es que hay ejemplos indudables de prótesis (occ. *g- l kaltzairu* ‘acero’, or. *gathabute*, *katabut[a]* ‘ataúd’ etc.) sin justificación etimológica. En resumen, los resultados recuerdan en este punto la situación en sardo, pero las causas difícilmente pueden ser las mismas.

199

20. La aspiración (en las oclusivas, *h* tras *n*, *ñ*, *l*, *ll*, *r*, *rr*, en lugar de una ant. *n* intervocálica o entre vocales en hiato) tiene valor diacrónico dentro de la hipótesis de que guarda relación con la posición del acento antiguo. En época histórica, R y S⁷⁸ tienen o suponen una acentuación paroxítona; constituyen excepción los préstamos oxítonos en su origen, ciertos compuestos y derivados y, finalmente, los casos de contracción.

En una zona reducida del AN el acento, «columnal», carga en general sobre la segunda sílaba de la palabra, a contar desde el prin-

⁷⁵ Cabría pensar que aquí *rr* sea una geminación expresiva, equivalente a la palatalización.

⁷⁶ La explicación de R *ekuru* (-i), S *ekhürü* ‘quieto, tranquilo’ por lat. *securus*, propuesta por Castro Guisasola y repetida por Löpeltmann, no puede apoyarse en los efectos de la disimilación, presente en *Anso* y casos análogos. Cf. [L. Michelena, «Sobre algunos nombres vascos de parentesco»], *FLV* 1 (1969), [113-132], pp. 124 ss., [Id.], *Estudio sobre las fuentes del diccionario de Azkue*, [Bilbao 1970], p. 87.

⁷⁷ Hay pruebas de vasc. *l-* < *t-*, *d-* en voces antiguas como *leka* ‘vaina de legumbres’ < *t h e c a* (S *theka*) y en préstamos modernos (*lanjer* ‘peligro’, *lizifrina* ‘disciplina’, etc.), donde el cambio parece condicionado por la presencia de una *r* interior. Cf. *DCELC*, III, pp. 73 ss. y IV, p. 1.038.

⁷⁸ Y ciertas comarcas al oeste de la Soule, al menos en el siglo XVI.

cipio. Dado que el comportamiento diferenciado de las consonantes iniciales y finales supone un estado de lengua en que las palabras de valor pleno gozaban de autonomía en la frase, gracias al acento que las individualizaba y separaba del contexto, lo más satisfactorio parece postular para una fase común un acento fijo que iba de ordinario en la segunda sílaba de los temas nominales *lato sensu*.⁷⁹

Se diría, con todo, que también ha influido la posición del acento en latín, pues bastantes préstamos carecen de aspiración entre las sílabas primera y segunda, allí donde las voces que podemos presumir más antiguas la tienen normalmente: *bake* 'paz', *gapirio* 'cabrio', *gorputz* 'cuerpo', *jokü* 'juego' (S, pero *jokha*, part. *jokhatü*, 'jugar'), *lekoa* 'legua', *lukuru* 'usura', *manü* 'orden' (S, pero *manha*, part. *manhatü*, 'ordenar'), *mañü* 'baño' (S, pero *mañha*, part. *mañhatü*, 'bañar'), *meta* 'montón', *mutu* 'sordo' (cf. *mutha*, part. *muthatu*, 'mudar'), *neke* 'fatiga, trabajo' (pero *nekhatu* 'fatigado'), *soka* 'soga', *zaku* 'saco', *zeñü* 'campana' (S, pero *zeñha*, part. *zeñhatü*, 'signarse', *zeñhare* 'señal'), *zeta* 'seda',⁸⁰ etc.

No obstante, no faltan ni son escasos los ejemplos de aspiración detrás del acento latino: *ahate* 'pato',⁸¹ *arkha* 'arca' (pero *arku* 'arco'), *bikhe* '(la) pez', *bortha* 'puerta' (pero *Mortuak* 'los Pirineos'), *borthitz* 'fuerte', *lakhu* 'lago' (pero *lako* 'lagar'), *lekhu* 'lugar',⁸² etc. Hay incluso algunos, raros, en que falta la aspiración que en cualquier supuesto debía aparecer: BN L *diru* 'dinero' (S *dihariü*), *mo(e)ta* 'clase' < m o n e t a, y alguno más.

21. Pasando a la cronología, la historia de los sonidos latinos nos muestra que, de los dos rasgos arcaicos de algunos préstamos vascos, la conservación como vasc. *i*, *u* de lat. *i*, *u* breves (en la medida en que esas vocales no son secundarias) tiene prioridad sobre el mantenimiento de la pronunciación oclusiva de lat. *c*, *g* ante vocal anterior.⁸³ Parece haber, además, una prueba interna de esa prioridad: *okhela* 'tajada' 'bocado' puede explicarse muy bien, con *o* de *u* breve, por *b u c c e l l a*.⁸⁴

⁷⁹ Cf. *FHV*, pp. 379 ss.

⁸⁰ Pero S *zethatxü* 'cedazo', y *zethabe* 'tamiz fino' (*zeta* 'seda' + *bahe* 'tamiz').

⁸¹ Pero sardo central *anáte*, log. *anáde*, etc. (*DES*, I, p. 84a).

⁸² Donde se supone que *e* continúa el diptongo romance *ue*: cf. *erregu* 'ruego'.

⁸³ Cf. *DCELC*, I, p. 767b.

⁸⁴ Cf. *REW*, núm. 1359, *FEW*, I, p. 586b, *DES*, I, pp. 234 s., y véase [L. Michelena, «Vasco-romanica»], *RFE* 48 (1965), [105-119], pp. 110 ss.

Oclusiva que no se ha asibilado ante yod sólo parece darse, en el léxico vasco, en *lakio* ‘lazo’ < l a q u e u, junto a L ant. *latxio*, *latxigo*; es mucho menos seguro que nav. *mutio* ‘pozo donde guardan la sal en las salinas’ venga de p u t e u, como el general *butzu*, *phutzu*.⁸⁵ Lo corriente es que de *kj*, *tj* tengamos vasc. *z*,⁸⁶ pero también se halla *tx*, sobre todo en las hablas orientales, pero no sólo en ellas: R S *-antxa* < -a n t i a, R Sal. *atxeiru* (S *-rü*) ‘acero’, AN BN L S *bortxa* ‘fuerza, violencia’, común (excepto V *marti*), *martxo* ‘marzo’, AN BN L *mehatxu* ‘amenaza’ (S *-txü*), *bethatxu* (AN G *petatxu*) ‘remiendo’, R *zerbutxu* (S *zerbütxü*) ‘servicio’ (occ. *s-* / *zerbitzu*), etc.⁸⁷

22. Para valorar la aportación latina al léxico vasco sería preciso que su cuantía estuviera bien determinada, cosa que no sucede, porque los estudios hechos hasta ahora adolecen de falta de rigor. Hay ecuaciones etimológicas satisfactorias desde el punto de vista formal que siguen siendo inseguras por razones semánticas: *mende* < m e n t e es fonéticamente impecable, ya que tenemos además R S *mente* en los dialectos que conservan las sordas en esa posición, pero el término vasco significa ‘tiempo’ ‘siglo’ y ‘autoridad, dominio’.⁸⁸ Otras veces no se alcanza a documentar el mediador románico: or. *axol(a)* ‘cuidado, preocupación’, sinónimo de *ansia*, se explicaría bien por un derivado gascón de lat. *anxia*.⁸⁹

201

No suelen ser menores las dificultades fonéticas. Son muy frecuentes los fenómenos de inducción, tanto en vocales como en consonantes: asimilación (*lemamia* ‘levadura’ [L], *parabisu* / *-izu* ‘paraíso’ junto a *baradizu*, *paradisu*), disimilación (M *beaza* ‘amenaza’, BN L *fro-* / *porogatu* ‘probado’) y metátesis (R *deuri* ‘dinero’ < **deiru*, V *bedekadu* ‘prohibido’ por el general *debekatu*, *-tatu*).⁹⁰ Sonantes ad-

⁸⁵ Sin asibilación como en celta o en germánico: irl. *cuithé*, galés *pydew*, ingl. ant. *pytt*, mod. *pit* (en a. al. *pfütze* ha intervenido, claro es, la segunda mutación consonántica), etc. Nótese que *lakio*, y lo mismo valdría para *mutio*, es anormal, ya que, en virtud de lo señalado arriba, § 8, se esperaría más bien *-ki* (*-ti*).

⁸⁶ La africada *tz* en *butzu* está casi aislada.

⁸⁷ Con lat. *c* ante *e*, or. *mertxede*, occ. *mesede* ‘merced’ (FHV, p. 362).

⁸⁸ El G *nozitu* ‘sufrido, padecido’ viene del rom. *nozír* con una curiosa inversión de valor o de dirección. Hay, además, BN *bathi* (cf. *cargüaren hartzera bathiric ecín naidiqueen* «ie m’arrestoye tout court» en Leizarraga), que parece relacionado con lat. *patior*.

⁸⁹ Cf. occit. ant. *aissa* ‘souci’ y véase J. Ronjat, *Grammaire istorique // des parlers provençaux modernes*, Montpellier 1930-1941], II, p. 253.

⁹⁰ Formado acaso sobre *debeku* / *-tu* ‘prohibido, prohibición’ (cast. ant. *deviedo*).

venticias se desarrollan como eco de otras (AN G *altzeiru* ‘acero’, V *kinpula* ‘cebolla’) cuando no sin razón particular (V *priztia* ‘alimaña, bicho’, por *piztia*), o desaparecen por disimilación (V *adore* ‘ánimo’, de *ardore*, cf. *dolhare* ‘lagar’, arriba, § 8). Si a esto se añaden las no raras «irregularidades», consecuencia en parte de nuestra ignorancia de la historia de la lengua, se comprenderá que se puede sospechar un posible origen latino-románico, sin que quepa probarlo.⁹¹

23. Se saca la impresión de que no pocos préstamos, a pesar de su aspecto arcaico (o a causa de éste, precisamente), son tardíos y se han tomado del latín medieval y muy en especial de la lengua de la Iglesia. Esto no ocurre solamente con voces eclesiásticas, como el nombre del ‘obispo’: M *epistiko*, G ant. *ipiztiku*, BN L ant. *ipizpiku* (> *aphezpiku*, S *-küpü*, por cruce con *aphez* ‘sacerdote’).⁹² El mismo origen pueden tener, p. ej., *denbora* ‘tiempo’ (cf. galés *tymmor*), *endel(e)ga* ‘entender’ (R S *enthelega*), *gura* ‘voluntad, gana’, *mirakuru* / *-kul(l)u* ‘milagro, cosa admirable’,⁹³ or. *populu* ‘pueblo’, etc.

Entre las palabras latinas conservadas sólo al margen de la Romania se suele citar siempre el V *goru* ‘rueca’ < c o l u⁹⁴ y el ant. *atxeter* ‘médico’ < a r c h i a t e r, gr. *arkhiatrós*, conservado también en al. *Arzt*.⁹⁵ Pero sin duda se podrían añadir algunas más.

Entre los nombres de meses, hay varios de origen latino: *marti*, *martxo* ‘marzo’, *aphiril* ‘abril’, *maiatz* ‘mayo’ (cf. abajo, § 24),

⁹¹ Cuando Oihenart, en el siglo XVII, traducía el L *zagitatu* por «solliciter, pousser à faire quelque chose» no andaba seguramente lejos de pensar en lat. *sollicitare* (FEW, XII, pp. 69 ss.), que muy bien puede ser su fuente, a pesar de *za-* por *soll-*.

⁹² El léxico religioso se va renovando con cierta rapidez: ya no queda rastro, por ejemplo, de G ant. y M *ba(u)tisterio* ‘bautismo’ (FEW, I, p. 241b).

⁹³ Algunos usos del término vasco no dejan de recordar el posible valor de *miraculum* en una inscripción tardía (*hoc magis miraculum patrare non destitit*), estudiado por S. Mariner Bigorra, *Inscripciones hispanas en verso*, Barcelona-Madrid 1952, p. 76 y n. 7.

⁹⁴ S. Mariner Bigorra, [«El latín de la Península Ibérica. Léxico»], *ELH*, I, [pp. 199-236], p. 201, con referencia a J. Jud, [«Probleme...»], *ZRPh* 38 (1917), p. 37. Pero el término vizcaíno para ‘panal’, *abaa-* (cf. *abaaric ez*, RS 5), etc., no puede explicarse por lat. *favus*, sino por *fáv-* más algún sufijo: cf. acaso V *bigae* (< *-aa), G etc. *biga* ‘ternera de dos años’ < *b i m ā n a. Para la inicial, compárese V *aföñu* ‘olor’, *apoñu* ‘humedad’ ‘borrasca’, G *bapañu* ‘vaho’ < f a v o n i u (a. al. *föhn*), S *alphore* < v a p o r e, etc.

⁹⁵ H. Schuchardt, [«Archiatr»], *ZRPh* 16 (1892), 521-522. Meyer-Lübke, *Introducción*, p. 194 y n. 3. La primera *r* se perdió por disimilación: cf. arriba, § 22.

abuztu (y variantes) ‘agosto’, V *autono* ‘setiembre’ (cf. *DCELC* III, p. 596), V *zemendi* ‘noviembre’ < s e m e n t- (cf. al. *semencia* ‘sementera’, etc.). Para otro nombre menos difundido, BN *barandalla*, S *baranthalla* ‘febrero’ se ha propuesto una explicación satisfactoria por el lat. *parentalia*:⁹⁶ recuérdese que el lat. tardío *spurcalia* ha dejado huella en germánico como denominación de ese mes.⁹⁷

El ‘escaño’, banco largo de madera con respaldo, corriente antes en las cocinas, lleva un nombre en todo el país (*zizellu*, *zizillu*, y *zizilu* según Larramendi, R *zuzulu*, S *züzüülü*, etc.) cuyas variantes parecen apuntar inconfundiblemente a lat. *subsellium*, cuya conservación no se señala en parte alguna.⁹⁸

El G V *okallea* (con artículo, tema en *-e* o en *-a*) ‘papo, papera, enfermedad de ovejas producida por un tumor maligno en la garganta’, de donde el part. *okallatu*, podría proceder del lat. *fōcāle*, derivado de *faux*, y conservado en sardo y en algún dialecto italiano.⁹⁹ Para el vasc. *neke* ‘trabajo, fatiga’, part. *nekhatu*, la opinión común suele admitir el origen latino, pero sin entrar en detalles: ¿hay que partir de *nex* y explicar *nekhatu* como una formación vasca o bien partir de *necāre*, conservado con el valor de ‘cansar, fatigar’, y entender *neke* como postverbal?

24. Salta a la vista que este no es lugar para un estudio pormenorizado del léxico vasco. Por eso, pasamos a decir unas palabras acerca de las particularidades de la adaptación de los términos de origen latino. Ya de antemano, dada la diferencia de las estructuras en contacto, no hay mayores esperanzas de que estos préstamos hayan conservado indicios valiosos de particularidades morfológicas latinas o románicas.

Algunos antiguos temas neutros en *-s* conservan la consonante final: *gorputz* ‘cuerpo’ (que coexiste en V con *gorpu* ‘cadáver’), R *oputz* (y *opus*) ‘esfuerzo físico’, S *ophiütz* ‘resultado’ < o p u s

203

⁹⁶ J. Gorostiaga, [«Los nombres vascos de los meses»], *Euskera* 3 (1958), [51-55], p. 53, quien recuerda la forma vulgar *parantalia*, censurada en *Appendix Probi*.

⁹⁷ Jud, [«Probleme...»], p. 35, Ernout-Meillet, *DELL*, s.v. *spurcus*.

⁹⁸ No es desconocido en textos griegos: E. Löfstedt, *Late Latin*, [Oslo 1959], p. 97. Referencias y variantes en H. G. Liddell-R. Scott, [A *Greek-English lexicon...*, Oxford 1966⁹].

⁹⁹ *DES*, I, p. 528a, *Sobre el pasado de la lengua vasca*, p. 113. Azkue recoge, con la misma traducción, G V *kokalde*, cuya difusión y antigüedad habría que comprobar.

(el or. *funts* ‘raíz’ ‘fundamento’, etc., viene, claro está, del occit.). Del plural neutro vienen *denbora* ‘tiempo’, *orga* ‘carro’ (cf. arriba, § 17), usado normalmente en plural. Para el V *berba* ‘palabra’ (general *hitz*, R *ele*), cf. *vierba* en Berceo, junto a *vierbo*, etc.¹⁰⁰ Del (acus.) pl. parece venir también el nombre de mes *maiatz* (arriba § 23) < *M a i a s* (sc. *kalendas* vel sim.).

El nominativo se ha conservado en un puñado de nombres que denotan cargo o profesión: *atxeter* ‘médico’, *bereter* ‘presbítero’, *maizter* ‘mayoral’. Aislados aparecen *borthitz* ‘fuerte’ y *laphitz* ‘lugar pedregoso’ (arriba, § 16), introducidos acaso por mediación culta.¹⁰¹

25. De otros casos hay algún resto fosilizado, como el abl. pl. *Aquiſ*, conservado en *Akhize* ‘Dax’ (arriba, § 8). Merece mención especial el occ. *marti(t)zen* ‘martes’, que puede explicarse por *Mārtis*, gen., más el suf. vasco de «genitivo» *-en*: cf. V *ilen* ‘lunes’, calco de *Lūnae* (*diēs*).

Como en románico, el gen. pl. ha dejado rastro en nombres de fiestas.¹⁰² *Domisanthore*, *Domun Santuru*, *Umeru Saindu*, etc., ‘Todos los Santos’ (cf. el nombre de persona *Sanduru* < *s a n c t o r u m*), *Ganderailu*, *Kandeler(i)o*, etc., ‘Candelaria’ (cf. fr. *Chandeleur*, etc.), R Sal. *sekularo*, *-arun*, ‘Navidad’.

En nombres de persona, la terminación de *Binkenti* ‘Vicente’, *Laurendi* ‘Lorenzo’ etc., podría venir de *-t i u* en virtud de lo indicado en § 8, pero *Bethiri*, *Phetiri* ‘Pedro’ difícilmente puede representar otra cosa que el genitivo latino.¹⁰³

Hay algún comparativo románico tomado sin variación, como BN *sordetx*, S *sordei(s)*, *sorde(i)x* (oxítono) ‘peor’, or. *maier* ‘diestro’ y ‘carpintero’ (cf. *maiesturu* ‘id.’) y S *mendre* ‘pequeño, insignificante’.

¹⁰⁰ Cf. *REW*, núm. 9223, *DCELC* IV, p. 707, *FEW*, XIV, pp. 277 ss. Para *muki*, cf. arriba, nota 34.

¹⁰¹ Para *borthitz*, cabe preguntarse si no sería mejor pensar en una forma románica como occit. ant. *afortitz*, caso sujeto: cf. fr. ant. *afortir*, bearn. *abortit* (*FEW*, III, pp. 372 s.). El prefijo románico falta también en otros ejemplos: cf. aquí *peitu*, § 7 y nota 37. Ya Schuchardt propuso una explicación análoga para *aberats* ‘rico’, cuya derivación de *abere* no tiene paralelo vasco.

¹⁰² Cf. E. Löfstedt, *Late Latin*, p. 135, *Syntactica*, II, pp. 250 s.

¹⁰³ Cf. J. Bastardas Parera, *Particularidades sintácticas del latín medieval*, Barcelona-Madrid 1953, p. 31; también [L. Michelena, «El genitivo en la onomástica medieval»], *Emerita* 25 (1957), 134-148. Para vasc. *-i* = lat. *-ius*, véase arriba, § 8, nota 39. Difícilmente será el reflejo de hechos dialectales de fecha latina como los estudiados por Sommer, *Laut- und Formenlehre*, § 192, A. Ernout, *Morphologie historique du latin*, [Paris 1927²], p. 26.

26. El or. *lakhet*, S *laket* (paroxítono), usado con el verbo ‘ser’ (*lak[h]et zait* ‘me agrada’, etc.) continúa una forma verbal personal: lat. *placet*. Cf. *akhabo*, algo así como ‘se ha terminado’, del rom. *acabó*.

Entre los verbos fuertes, con formas simples, el más sospechoso de origen extraño es *ezagun*, *ezagutu* (rad. *ezagut*, es decir, *e-zagu-t*) ‘conocer’, que podría venir de un part. románico *sabut*.¹⁰⁴ 204

Sea de esto lo que fuere, lo único que normalmente ha entrado en la lengua y ha tenido que sufrir alguna acomodación son las formas nominales: participio (con el radical) y, muy en segundo término, sustantivo verbal.

Se descubren tendencias muy diversas. Tenemos, por una parte, una especie de generalización en los participios de la primera conjugación latina, muy natural porque en los participios vascos derivados de nombres hay *-a-tu* cuando se trata de temas en *-e*, en *-o* y en *-a*: *barkhatu* ‘perdonado’ < *parcere*, *bazkatu* ‘apacentado’ < *pascere*, *bedei(n)katu* (or. *benedikatu*) < *benedicere* (cf. su opuesto *maradi- / madarikatu* < *maledicere*), *endel(e)gatu*, etc., ‘entendido’ < *intelligere*, S *izkiribatü* ‘escribir’ < *scribere*. Por otra, hay participios en que el suf. *-tu* se ha agregado a un tema en consonante: *aphaindu* ‘preparado’ ‘adornado’ (cf. rom. *apañar*), M *ogendu*, traducido «entortar, encorvarse», de donde el general *hoben*, (*h*)*ogen* ‘engaño’ ‘ofensa, injuria’ ‘falta’, < *offendere*. Sobre el part. latino se han formado *deithu* ‘llamado’, V *otu* ‘rogado’ < *votu*.¹⁰⁵

27. Como era de suponer, la influencia latina no se ha reducido a la cesión de elementos sueltos del vocabulario. Son numerosos también en vasco los sufijos de derivación de esa procedencia. Pero el tema está mal estudiado y el trabajo un tanto primerizo que Schuchardt le dedicó en *ZRPh* 30 (1906), 1-10,^a sólo puede consi-

^a «Die romanischen Nominalsuffixe im Baskischen».

¹⁰⁴ Los participios en *-utu* (*bentzutu* ‘vencido’, etc.) han ido desapareciendo en todos los dialectos vascos. Cf. Menéndez Pidal, *Orígenes*, p. 357, [*Manual de gramática histórica* [española, Madrid 1941⁶], p. 325, y ahora C. Blaylock, «The *-udo*- participles in Old Spanish», *Homenaje a Antonio Tovar* [ofrecido por sus discípulos, colegas y amigos], Madrid 1972, pp. 75-79.

¹⁰⁵ La misma configuración que *deithu* tiene el L ant. *neitu* ‘acabado, terminado’, pero lo más próximo por la forma sería lat. *enectus*. Para V *atundu* ‘dispuesto’ (= atuendo), cf. A. Steiger, [*Zur Methodik der Wortgeschichte: Spanisch atuendo*], *Vox romanica* 17 (1958), [19-35], p. 27.

derarse como una primera aproximación, muy imperfecta y falta de perspectiva histórica. Merece señalarse que la lengua vasca, donde la composición —de tipo muy poco románico— sigue siendo hoy un procedimiento muy productivo, no ha conseguido hacerse con un sistema de prefijos. No se descubren más que conatos aislados, que sólo en algún caso (*des-* alternando con *ez-*, la partícula negativa vasca, en *desezin* ‘deshacer’, *des-* / *ezberdin* ‘desigual’, etc., *mes-* en algunos dialectos) ha llegado a tener vitalidad.

- 205 Lo que precede no puede considerarse en modo alguno como un cuadro en cierto modo completo de la influencia latina sobre la lengua vasca, que en Aquitania hubo de ser intensa a partir por lo menos de la campaña de P. Craso el año 56 a.C. y ya desde algo antes, probablemente, en la vertiente española de los Pirineos. Pero un examen, por somero que sea, de los fenómenos de convergencia, que atienda a la forma y no sólo a la materialidad de los préstamos, no puede hacerse aquí.

Apéndice

Como ya se ha indicado en la «Advertencia preliminar», los números de estas adiciones y correcciones remiten a los párrafos del trabajo primitivo.

1. Para la historia antigua disponemos ahora del artículo de M. Vigil y A. Barbero, «Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio Romano hasta la invasión musulmana», *BRAH* 156 (1965), 271-339. Sobre la romanización, véase además la visión de conjunto de Marcelo Vigil en *Historia de España Alfaguara*, dirigida por M. Artola, I, Madrid 1973. Por otra parte, hay que tener en cuenta, no solamente para Navarra, J. M.^a Lacarra, *Historia política del reino de Navarra* [Pamplona 1972-1973], sobre todo el tomo primero, y J. Caro Baroja, *Etnografía histórica de Navarra*, tres volúmenes, Pamplona 1971-1972.

En relación con la nota 7, puede verse en L. Villasante, *Axular-en hiztegia*, Arantzazu-Oinati 1973, p. 444, el contraste entre *notha*, *nothatu*, peyorativo, y *notatzeko* (más *notari* ‘notario’), de valor neutro, que corresponde bien al significado de los continuadores de lat. *nota* y derivados en las lenguas célticas: ‘marca, señal’, pero no ‘mancha’ (cf. Vendryes, *LEIA*, s.v. *not*). Mientras que en latín, como

indica el texto de Festo recogido por Ernout-Meillet, «alias significat signum..., alias ignominiam».

2. Sería exagerado decir que el *Etymologisches Wörterbuch der baskischen Sprache* de M. Löpeltmann, Berlín 1968, ha llenado un vacío. Ya para empezar, la idea de escribir un diccionario etimológico de una lengua tan opaca basándose sólo en el léxico de algunos de sus dialectos (tanto da que estén a un lado o a otro de la frontera) es, por decirlo eufemísticamente, descabellada. A nadie se le ha ocurrido hacer historia del bretón por ejemplo, y establecer por definición que para él no hay más bretón que el de Vannes (o el de León, tanto da). No es mejor lo que sucede con la bibliografía: este diccionario habría sido un libro útil de consulta, si el autor se hubiera tomado la molestia de indicar la procedencia de las no muy numerosas etimologías razonables que propone. En un caso de éstos, el lector queda sumido en la perplejidad, porque no acaba de saber si la idea es de Löpeltmann mismo, hipótesis nada verosímil, o procede de padre o padres desconocidos.

206

De la información relacionada con las lenguas románicas, valdría más no hablar. El autor parece creer (¿por influencia de Gammillscheg?) que hay una afinidad particular entre vasco y galaico-portugués, pero esto se le olvida, por citar algún ejemplo, cuando se trata de vasc. *gathe(a)* 'cadena' o *harea, hariña* 'arena'. S.v. *hariña* solamente encuentra uno, y éste sí que es un encuentro inesperado, «pg. *arena* Kampfplatz». Por lo visto no hay por aquellos parajes más arena que la de las plazas de toros, porque es de suponer que no haya ya corridas de gladiadores.

3. A propósito de la nota 19, tal vez no sea innecesario mencionar que por aquel entonces H. Lüdtke dejó bien sentada, en varias publicaciones, la autoridad del testimonio bereber. Poco se puede sacar, en efecto, de unos dialectos en que el vocalismo se ajusta a un esquema teórico de tres unidades alternantes entre sí, esquema que conoce muy distintas realizaciones en la lengua hablada. Cf., por ejemplo, Ju. N. Zavadovskij, *Berberskij jazyk*, Moscú 1967, en especial pp. 18 ss., y 24. Sobre los varios vocalismos románicos básicos, en relación con el del latín clásico y también con el del vasco, he escrito algo en *FLV* 4 (1972), 5-25, pp. 9 ss.^b

^b «Nota marginal sobre la huella latina en la lengua vasca».

A propósito de *merkhatsu* ‘mercado’ (sustantivo, no participio), que ya aparece así en Leizarraga, *merke* ‘barato’ tiene siempre oclusiva no aspirada, conforme a lo que se indica en § 20. Aunque se da por sentado que procede del lat. *merx*, *mercem* no se suele aclarar la dificultad semántica. Acaso pueda aducirse el paralelo de ingl. ant. *céap* ‘cattle’ ‘bargain, purchase’, de origen también latino a fin de cuentas, comparado con el ingl. mod. *cheap*, cuya traducción vasca sería exactamente *merke*.

7. Ahora tengo alguna mayor familiaridad con varias lenguas indoeuropeas, y en particular con su léxico, que cuando escribí esas palabras: me refiero concretamente a la nota 35. Y cada vez me sorprende más del escaso número de términos de procedencia indoeuropea prelatina que podemos descubrir en el vocabulario vasco. Cuando los hay, por lo general sólo son indoeuropeos en el sentido muy vago de que son conocidos en alguna o algunas lenguas indoeuropeas. Es el caso de *andere* o también el de *zilhar*, *zizar*.

18. Como ya se mostró en *BAP* 24 (1968), 3-18, pp. 5 ss.,^c la existencia de un ant. **gapare*, junto al atestiguado *kapare*, está demostrada por la existencia de apellidos como *Echapare*, que sólo puede salir de *etxa-* + **gapare*, ya que la oclusiva sorda de *kapare* no se habría perdido entre vocales. Otro tanto cabe decir de occ. **gati-llu*, anterior al actual *katillu* (§ 5), probado por el compuesto *errati-llu*, etc., ‘fuente, plato grande, etc.’, de *errada* + *gati-llu*: cf. R *erratulu*, de *gatulu*.

20. No es cosa de tratar aquí en toda su complejidad la enredada cuestión del acento vasco moderno y antiguo y de sus posibles efectos. Me limitaré, pues, a señalar que en el *Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo»* 6 (1972), donde se recogen los trabajos de los asistentes al Seminario de lingüística vasca organizado por la Universidad de Nevada (Reno), en Uztaritz y Aránzazu, el verano de ese año, aparece un artículo muy importante de William J. Jacobsen en el que, aunque esto es para él incidental, ha descrito de manera muy precisa algunas modalidades acentuales [67-109]. A él he añadido unas páginas tituladas «A note on Old Labourdin accentuation» [110-120] en las que intento probar que, a juzgar por los escritos de Pierre d’Urte, la acentuación de San Juan de Luz hacia 1700 debía ser una clara derivación del sistema hoy vi-

^c «*Aitonen*, *aitoren seme* ‘noble, hidalgo’».

gente en Fuenterrabía, Irún y las Cinco Villas de Navarra. Es decir, un acento columnal que, en la mayor parte de los casos, caía en la segunda sílaba de la palabra.

Parece, sin embargo, que esta acentuación no ha tenido, hasta fechas recientes, efectos claros en la configuración de las palabras: me refiero, sobre todo, a la síncope de vocales no acentuadas. Esto es, sin embargo, manifiesto en hablas de tipo alto-navarro meridional, como la lengua de Lizarraga de Elcano, así como también en salacenco y hasta en roncalés: *abre* por *abere* 'animal mayor', *abrats* por *aberats* 'rico', *atra* por *atera* 'sacar' (lit. *foras*, gr. *thúraze*), etc. Aclarar su razón requiere, sin embargo, un estudio de mayor cuantía.

Otro aspecto, distinto pero no menos importante, del mismo problema es el de la acentuación de los nombres de lugar, valioso sobre todo cuando se cuenta con dos variantes, vasca y románica, del mismo topónimo. Para ello remito al reciente artículo de Joan Corominas, «De toponimia vasca y vasco-románica en los Bajos Pirineos», *FLV* 4 (1972), 299-319. Su ejemplar trabajo bien merece un estudio sobre materiales que no procedan del departamento de los Pirineos Atlánticos.

21. Sin embargo, como puede verse ahora por Villasante, *Axular-en hiztegia*, s.v. *laxio*, éste escribe *laxioez*, grafía inequívoca de lo que hoy se escribiría *laxioez*, en la p. 341. Axular emplea siempre *tch*, a la francesa, para moderno *tx*.

Para los resultados de lat. [-kj-] y [-tj-] en territorio vasco, es de valor inestimable el testimonio de la toponimia, que aquí no se pudo aducir, por limitaciones de espacio ante todo.

25. Ahora me parece completamente claro que ni *marti(t)zen* 208 'martes' ni *ilen* 'lunes' llevan ningún sufijo vasco de genitivo. Su último miembro no es, según toda probabilidad, más que una reducción de vasco *egun* 'día': el calco de lat. *Martis, Lunae dies* es, pues, completo, con *egun* = *dies*. Véase «Egunak eta egun-izenak», *Munibe* 23 (1971), 583-591.

26. No acaba de convencerme la idea de que *ezagun, ezagutu* sea un préstamo, procedente de rom. *sabut*. El hecho de que esté abundantemente documentado como verbo fuerte (Leizarraga *non-dic naçaguc?* '¿de dónde me conoces?', etc.) no excluye la posibilidad de que sea de introducción relativamente reciente. Basta con recordar que ingl. ant. *scrífan*, y los verbos germánicos formalmente emparentados con él, tienen que ver sin duda con lat. *scribere* (al. *schreiben* 'escribir'), sin que por ello dejen de pertenecer a la primera

clase de verbos fuertes, como ingl. ant. *drifan*, al. *treiben*, etc. El grado *o*, germ. *a*, de 1.^a-3.^a sing. pret. se conserva todavía en formaciones como ingl. *shrovetide*, *Shrove Tuesday*, etc.

* * *

Se ha discutido más o menos sobre la suerte de ciertos grupos consonánticos vascos antiguos. La comparación de vasc. *seme* ‘hijo’ con aquit. *Sembe-*, por ejemplo, o la de *zonba(i)t* con or. *zoma(i)t*, *zuma(i)t* prueba que /nb/ se ha reducido, al menos en algunos casos, a *-m-*. Por otra parte, la coexistencia de la partícula condicional *baldin* con *balin* y hasta *barin*, que supone ant. **l* entre vocales, hace verosímil la reducción de *-ld-* a *-l-*.¹⁰⁶ De cualquier modo, faltan buenos ejemplos en el léxico de origen latino-románico: en el mejor de los casos, las variantes reducidas coexisten con las que conservan el grupo intacto, como *komeni* / *konbeni* (*izan*) ‘convenir’, etc.

Hay, sin embargo, un ejemplo curioso, el vizc. *gomutadu* ‘recordado’, con alguna variante que parece secundaria. Meyer-Lübke, pensando con razón en un préstamo, tomó en consideración dos verbos latinos *commentare* y *commutare*, ninguno de los cuales le satisfacía, por razones de forma y de sentido. En cambio, *computare* sería un excelente punto de partida con una condición bastante dura: que vasc. *-m-* pueda ser el resultado de lat. *-mp-* después de su sonorización en vasco.

Hay, por otra parte, el V *ganora*, que Azkue tradujo por «destreza, soltura en el trabajo», unido al L *k(h)anore* ‘fuste, fundamento’ (Etcheberri de Sara lo emplea a propósito de una hipótesis que le parece inverosímil),¹⁰⁷ que tiene todo el aspecto de un prés-

¹⁰⁶ Hay un acuerdo fundamental en cuanto a la composición de *baldin*, pero el consenso no llega a los detalles. Schuchardt propuso **ba-ahal-edin* «wenn es wäre»; en esta misma revista, [L. Michelena, «Nombre y verbo en la etimología vasca», *FLV* 2 (1970), [67-93], pp. 90 s., se sugirió *ba + ahal + dadi(e)n*, y últimamente H. Wagner, [«Beiträge in Erinnerung an Julius Pokorny», *ZCPb* 32 (1972), [1-89], p. 60 nota, parte de *ba + ledin*. De cualquier manera, se acaba en un *baldin*, como el que tenemos abundantemente atestiguado. La segunda hipótesis tiene, desde el punto de vista fonológico, la ventaja de partir de un grupo *-ld-* primario y no procedente de síncope.

¹⁰⁷ Cf. *Estudio sobre las fuentes del diccionario de Azkue*, pp. 89 s., donde se aducen dos textos de Etcheberry, a propósito de «forma, manera, *orcuya*, *canora*»

tamo, como *kolore* 'color', etcétera. Su origen podría estar en lat. *candorem*,¹⁰⁸ con reducción vasca de *-nd-* a *-n-*.

Codicilo de 1987, extraído de las «Rectificaciones y enmiendas» de *PT*, pp. 465-492, 478-479 (texto completo en el vol. X):

No es que la situación haya variado mucho desde que estas líneas fueron publicadas: mejor sería decir que hoy nos encontramos en el extremo opuesto. Cuánto tiempo vamos a seguir así, sin que reaparezcan viejas y todavía arraigadas tendencias, es cosa que no puedo predecir.

El meollo del cambio es muy sencillo, puesto que es ideológico mucho más que lingüístico. Antes, hace todavía muy poco tiempo, personas que tenían una cierta manera de concebir nuestras relaciones con otros pueblos abogaban por la plena autonomía, *de iure* y *de facto*, de la lengua vasca que, aunque deudora, debía serlo o aparentar serlo con respecto a otras lenguas en el menor grado posible. Eran los tiempos en que, por pensarse así, a mí se me tildaba de «prestamista», oficio con el que he tenido escaso contacto, al menos en el sentido propio del término, que es también posiblemente el bueno.

Estos últimos años, por el contrario, hemos cambiado el sentido de nuestra marcha, aun manteniendo la dirección. Abominamos ahora del «purismo», de las propensiones del *garbizale*, sea en el escalón que sea, por más que en principio se haga duro aceptar que cierta preocupación por la «pureza» de la lengua parezca detestable a quienes propugnan con encarnizamiento una política a menudo más radical que la de los radicales puristas de otros tiempos. La necesidad de reformas lingüísticas era poco favorable, es cierto, a la autarquía. A mí, sin embargo, que nunca creo haber sido extremista ni en un terreno ni en el otro, me resulta chocante que un autodeterminista busque un euskara con muy poca autonomía en lo sintáctico y prácticamente ninguna en lo léxico. Espera sin duda que la mor-

que Larramendi incluyó en su Suplemento. La primera palabra, *orkhoi*, etc., ha significado y significa 'horma'. La fuente de la segunda, que parece occidental por su *-a*, sigue siendo desconocida.

¹⁰⁸ En un texto de Valerio del Bierzo, se lee: *dum... tantus inardesceret candor desiderii regni caelorum*. Véase Manuel C. Díaz y Díaz, *Anecdota Wisigothica I*, Salamanca 1958, p. 56, y el índice, p. 133, donde *candor* viene glosado «entusiasmo» por el editor.

fología propia, la verbal ante todo, libraré a la lengua, ya paracastellana, de entrar *à part entière* en la OTAN del inmenso bloque pancastellano.

Esto, traducido al campo de la diacronía, como se dice cada vez menos, significa que el desdén que sentíamos por los productos extraños se ha convertido en amor. No hay, pues, filtros que limiten la cuantía de la riqueza que en otros tiempos hemos recibido del latín y de las lenguas románicas. Hasta el punto de que, al menos en algún caso, hemos conseguido igualar las elevadas marcas que establecieron el conde de Charencey y, más recientemente, monseñor Antoni Grieria: igualarlas y en algunos respectos superarlas. Por mi parte, fiel en lo esencial a las enseñanzas de mis maestros —más ausentes, por desgracia, que presentes—, no siento la menor necesidad de modificar este trabajo. Hay, sin duda, más latín y más románico todavía, pero las riquezas ocultas son cada vez más escasas y hay que aguzar la vista cada vez más para descubrirlas.

Sobre *okalla-*, tratado en § 23, nota 99, señalo la existencia en Álava de *Ocallaberar*, labrantío de Maestu en 1762 (*berar* «hierba») y *Ocallapozu(a)*, 1722 y 1740, en Roitegui.

Sobre *zilhar*, *zirar*, apéndice § 7, ahora, desde la aparición y primer estudio del bronce de Botorrita, los especialistas se inclinan a creer que el celtibérico usaba para «plata» un término emparentado con éste, y no *ar-gantom*.

1. Tengo la impresión de que el rotundo título de que me he valido puede muy bien no ser sino la manera de vestir con algún decoro un tema muy limitado, además de ya demasiado tratado aquí y fuera de aquí. A fin de cuentas, se terminará por fijar la atención, dentro de un marco comparativo de alguna amplitud, en una sola lengua, viva hace dos milenios y viva todavía ahora. Porque en un sentido generalmente aceptado, ya que tiene auténtico sentido, se puede decir que se trata de *una* lengua, aunque no suene hoy ni mucho menos como podía sonar entonces. 189

Diré, pues, para entrar en materia, que, cuando se habla de esa lengua, la vasca en nuestro caso, hay más que nada tres particularidades que despiertan el interés de la gente, iniciada y profana. Yo, con la intención de reducirme en lo fundamental al último apartado, las dispondría en este orden:

a) No se ha encontrado aún, ni es de esperar que se encuentre a corto plazo, el lugar que corresponde al euskara en una clasificación genética. Lo que equivale de alguna manera a decir, como se suele, que no se conoce su origen.

b) Aún a falta de esquemas suficientes de clasificación tipológica, al menos se puede decir que esa lengua difiere muchísimo en su estructura tanto de las lenguas europeas vecinas como de las africanas de la cuenca mediterránea.

c) Es, por último, la única lengua europea que se ha conservado desde los siglos anteriores a los comienzos de nuestra era en esta parte del continente, sin haberse borrado ante el avance de las len-

guas indoeuropeas y, sobre todo, ante el del latín y lenguas románicas.

Nadie discute que haya una estrecha relación entre a) y b): a pesar del número abrumador de coincidencias debidas al contacto, la distinta procedencia, la disparidad de origen, se suele seguir reflejando, al cabo de milenios, en diferencias de estructura. También se ha solido pensar que el primer aspecto (o, mejor, el conjunto de los dos primeros) tiene bastante o mucho que ver con el tercero. De esto, sin embargo, habrá que tratar más adelante.

2. En lo que sigue se parte de la idea de que, en los procesos de aculturación, el cambio de lengua es posiblemente la alteración más importante además de ser, y esto ya es evidente, el más manifiesto o llamativo. No es, claro está, indispensable que un grupo étnico, una nación si se quiere, tenga una sola lengua ni tampoco que la que emplea le sea privativa, no común con otras colectividades. Tampoco es cierto, y sobran ejemplos que lo prueban, que la pérdida de la lengua traiga consigo la desaparición de la personalidad nacional. Por otra parte, en la adhesión del grupo a su lengua propia parecen notarse, antes y ahora, enormes variaciones.

190 Habría que añadir, además, que una lengua puede estar adscrita a un pueblo o país de muy diferentes maneras. Así se puede sostener, sin desprestigiar los logros excepcionales del «milagro israelí», que el hebreo nunca ha sido exactamente una lengua muerta, aunque durante siglos no fuera la lengua normal, de uso irrestricto, de ninguna comunidad judía. Por otra parte, «el latín seguía siendo, por extraño que resulte —como escribe Diehl—, la lengua oficial», en el terreno administrativo en primer término, en todo el Imperio Bizantino, con Justiniano y después de Justiniano. No sería difícil, en resumen, hallar correspondencias de lo más variado, escasamente unívocas, entre lenguas y pueblos, además de entre usos y ámbitos o esferas de empleo dentro de cada uno de éstos.

Podría preguntarse qué problema plantea la subsistencia de una lengua, cuando tantos y tantos idiomas conocidos desde antiguo se conservan sin que en muchos casos presenten síntomas de próxima extinción. Es verdad que podría contestarse que, a su lado, no faltan ni siquiera son escasas las lenguas que han desaparecido, en fecha próxima o lejana, sin tomar en consideración la legión de desconocidos cuya defunción —pero no su número— podemos certificar con muy buenos fundamentos. Por eso hay que aclarar ahora un aspecto muy preciso de esta cuestión de muerte y supervivencia.

Se trata del carácter local, en espacio y en tiempo, que suelen presentar estos fenómenos. Estamos hablando de esta parte de Europa y de los 2.000 o 2.500 años últimos. Y en esta parte, la occidental, se ha cumplido un proceso —mejor, dos fases distintas de un mismo proceso— de una manera prácticamente total, a diferencia de lo que ocurrió más al Este, en la parte oriental de la cuenca mediterránea y aledaños, más que nada.

Las dos fases, cuyo alcance no se contrae a lo lingüístico, son la indoeuropeización de esta zona, seguida en un dominio menos extenso por la romanización, fenómeno que, si nos reducimos al idioma, será más bien latinización.

Si tomamos como supuesto la idea —compartida, creo, por cuantos se han ocupado de la cuestión— de que la *Urheimat* indoeuropea, o, si se quiere, el foco de difusión de las lenguas así llamadas no fue occidental, sino que su influencia nos llegó, al menos en última instancia desde el centro de Europa, desde más allá del Rhin y del Danubio, hay muy poco a poniente que no ostente hoy ese carácter: todo es románico, céltico, germánico. El etrusco, sobre cuya oriundez domina todavía alguna incertidumbre, desapareció pronto y de raíz, tanto que ni siquiera dejó luces demasiado claras sobre su naturaleza, a pesar de los esfuerzos del ahora más popular Claudio; desapareció también el ibero, que era de otra casta, lo mismo que el lígur, si se nos permite unir bajo este nombre indicios de valor y carácter muy variado. Hasta la lengua de los pictos, en el extremo norte de la Gran Bretaña, fuera lo que fuese, se extinguió sin dejar huella mayor de su ascendencia.

3. La extensión del latín, que en fecha más reciente prolonga o cierra el ciclo de la indoeuropeización, ha sido, por ello mismo, menos amplia: la conservación de lo anterior es, con todo, claramente marginal. Desaparecieron el galo y el celtibérico, aparte del lusitano, lenguas célticas (es decir, indoeuropeas) de importación, como ya antes, sin salir de la Península Itálica, habían desaparecido las lenguas *sensu stricto* itálicas, el véneto o el mesapio. Al borde de la Romania queda, sin embargo, una orla de lenguas no desplazadas: el británico, hablas germánicas, el libio-beréber... Todas ellas fronterizas, en contacto por lo general con lenguas similares habladas fuera de suelo romano.

En otras palabras, esto sólo sucede allí donde el *Imperium Romanum* no tuvo tiempo de llegar o de afincarse. La derrota de Varo frenó de modo decisivo los avances en suelo germánico; la conquista

en las Islas Británicas era reciente e incompleta, ya que Hibernia y el territorio al norte de los *ualla* de Hadriano y Antonino quedó fuera del ámbito dominado por Roma. No hay necesidad de insistir en que en el norte de África, donde también el púnico (lengua de colonización) seguía siendo conocido, se mantuvo el sustrato libio-beréber, en contacto con un amplísimo, aunque no muy poblado, territorio meridional alejado de la influencia latina. Ni siquiera el árabe lo ha eliminado todavía.

Detallado esto, se puede subrayar con la fuerza que le corresponde el hecho de que, desde el Atlántico y el Rhin al Mediterráneo, nada ha quedado de lo anterior que no sea latino en cuanto al origen lingüístico. Latino o germánico, pero esto último interesa poco ahora, aun si se tienen en cuenta las consecuencias de las *Völkerwanderungen*, recientes en el marco que aquí se considera. Así pues, subrayada la regla, queda más subrayada si cabe la excepción: existe un reducto no romanizado en un rincón situado en el ángulo del golfo de Vizcaya, al norte y al sur del Pirineo, donde todavía se usa el *euskara* o lengua vasca. Porque romanización aquí, hay que subrayarlo, se ha tomado en el valor de suplantación de la lengua antigua, sin atender en especial a las influencias que del latín o de los romances se hayan podido recibir. Estas últimas han tenido que ser importantes entre nosotros, aunque su intensidad haya variado con lugares y tiempos.

4. Si entramos algo más en consideraciones geográficas tendremos que distinguir, dentro de la amplia esfera de dominación romana, dos zonas que no dejan de estar claramente delimitadas porque sus límites sean imprecisos: esta occidental, de cuyo extremo acabamos de ocuparnos, y otra oriental.

Esta última se ha mostrado, en efecto, mucho más benigna que la occidental respecto a las lenguas inferiores en una u otra manera. No voy a considerar las causas de la divergencia, tarea superior a mis fuerzas, porque basta por el momento con examinar los resultados, único aspecto que aquí nos atañe. Al ser éstos distintos, también tuvo que serlo el condicionamiento histórico.

Sabemos, desde luego, que en el Oriente Próximo desaparecieron el sumerio, el acadio, el elamita, el hurrita y el urarteo, etc. También desaparecieron las lenguas de Anatolia, aunque acaso algunas duraran más de lo que nos inclinamos a pensar. Porque las sustituciones son en buena parte recientes, posteriores en todo caso a la expansión del helenismo con Alejandro y sus diádocos, que tomamos

como *terminus post quem*. Y Roma viene a ser, como a menudo se ha indicado, el último y mayor promotor de este género de aculturación.

En el Este comprobamos, cuando lo que estaba oculto empieza en parte a salir a la luz, que el arameo, una de las lenguas en cuyo contexto alcanzó realidad el Nuevo Testamento, está vivo, como sigue vivo, aunque menguado, en el día de hoy. El egipcio, mudado a la griega en escritura y en léxico, sobrevive como copto, hablado todavía hacia 1500 a pesar de la losa árabe y usado aún ahora como lengua sagrada. En los primeros siglos de nuestra era surgen de la nada anterior el armenio y el georgiano; se traduce al gótico, primera lengua germánica conocida por textos abundantes. Lenguas como el ilirio y el dacio, que fueron borradas, caían dentro del área de influencia lingüística latina. De todos modos, se conserva aún el albanés.

No se quiere con lo dicho sostener que sólo por estas tierras se perdieron los idiomas indígenas, pero sí me parece admisible la idea de que en la extensa zona del imperio en que el griego, descontada la oficialidad del latín de alcance sin duda muy limitado, fue, al menos en los usos que podemos llamar elevados, la lengua primera, se concedió un espacio mucho mayor a otras hablas. Se daba allí, y ha seguido dándose después, la coexistencia de lenguas diversas en los mismos lugares, así como el mantenimiento de las mismas comunidades de lengua sobre territorios no conexos. 192

5. Lo que se daba en la antigüedad pagana se da después más claramente en la cristiana, sin duda porque conocemos mejor los hechos. Al menos en principio, se predica a cada uno en su lengua: de ahí los textos religiosos, meras traducciones o no, en armenio, en georgiano, en siríaco, en gótico, por no ir más al Este. Esta tendencia se continúa en las lenguas eslavas, desde Cirilo-Constantino y Metodio, en la medida en que son orientales o reciben su inspiración de Bizancio. Hasta se puede hallar su huella en ziriano (*komi*) en el siglo XIV.

No es esto lo que sucede en la parte occidental del Imperio, incluso entre las ruinas de éste. De acuerdo con la regla que ha exigido *in necessariis unitas*, se pensó por lo visto, y no sin algún fundamento como salta a la vista, que la unidad no era en parte alguna tan imperativa como en el idioma oficial de la Iglesia. De aquí, por lo tanto, que el cristianismo diera el golpe de gracia a las lenguas indígenas, ya cercadas y amenazadas, en países como la Galia.

De esto se sigue que las versiones a lenguas marginales, célticas y germánicas en nuestro caso, sean tardías y fragmentarias, concebidas más bien como atajos para acceder a la única lengua canónica, lo que explica la abundancia de glosas y anotaciones. Este factor ha influido también seguramente en la aparición retardada de las lenguas románicas en lo escrito, aunque ya desde mucho antes tuvieran que ser tenidas en cuenta en lo hablado, a juzgar por lo que nos dicen del concilio de Tours (813), etc.

6. En una discusión sobre las causas de que la lengua vasca haya llegado viva a nuestros días, discusión que será poco más que un resumen crítico de interminables polémicas anteriores, se hace necesario puntualizar algunos aspectos que aceptados como axiomas (aunque estén lejos de serlo en un tema histórico) no hayan de ser defendidos una y otra vez más adelante. Quien no los acepte puede muy bien rechazarlos o modificarlos, sin entrar en el examen de lo que se sigue.

Es evidente, en primer lugar, y es ésta una consideración más formal que material, que cuando hablamos de las causas por las cuales la lengua que consideramos se ha conservado no hablamos de factores que hicieron necesario el desenlace actual, sino de factores que lo hicieron posible. Recojo en esto, más bien por curarme en salud, una consideración que se repite en las vivas polémicas sobre la noción de causa y más en particular en la de causa histórica.

Dentro de lo material, me atrevería a afirmar, como base de este examen, que, en lo que cubre nuestra memoria, la lengua vasca nunca se ha hallado arrastrada por una corriente que tenía que conducirla a su desaparición más que en la época romana. Sabemos que el latín desplazó dialectos éuskaros, de este a oeste en líneas generales, y que muy bien pudo haber hecho desaparecer el residuo. Lo habría hecho desaparecer, mejor dicho, y entramos en el campo más que espinoso de las condicionales irreales, si hubieran durado unas condiciones que no duraron lo bastante.

193

Porque, ¿desde cuándo se extiende la opinión de que la lengua, de no sobrevenir algún cambio radical, va a su ruina total? La opinión, expresada con franqueza, es más bien reciente. Cardaberaz o Landazuri se lamentan en el XVIII de que el euskara pierda terreno en Álava y no sugieren en absoluto que la regresión sea algo pasajero. Iztueta, sin embargo, en el siglo siguiente, se siente seguro, o así lo dice al menos, en el corazón del bloque guipuzcoano, circundado además por antemurales vascongados. Los que como Iturriaga

ven el peligro no inminente quizá, pero unido sin separación posible a los cambios que se suceden cada vez más velozmente, no son demasiados. Humboldt fue, por lo que sé, el primero en hacer, por 1800, un vaticinio preciso: hacia 1900 no quedará más que el recuerdo escrito de esa lengua.

7. Quedan, por lo tanto, por explicar las razones por las que el Imperio, que tanto borró de lo precedente en lo social y cultural, no acabara con esa pequeña lengua en estos parajes. La llamo pequeña porque la usaban pocos, nada letrados, en un solar pobre, cuya conquista no supuso que sepamos luchas encarnizadas. El territorio, además de reducido, era transitable; nos consta, por lo demás, que era transitado por su mismo centro.

Pequeñez, pobreza, debilidad, barbarie, se ha alegado, pudieron ser ventajas antes que inconvenientes, ya que evitaron que el país, escasamente sensible a los influjos de fuera, se volviera presa codiciada para los extraños. Ese país, la antigua Euskal Herria, estaba en Hispania representada por el *saltus Vasconum*, para hablar como Caro Baroja, al que yo agregaría sin mayor escrúpulo territorios atlánticos hacia un oeste incierto. No el *ager*, que sin duda guardó peor la vieja herencia idiomática, lo que no significa que la perdiera del todo en seguida; acordémonos de Lerga, sin ir más lejos. Tampoco fue aquí muy floreciente la vida urbana: al hablar de la zona vecina al *saltus* siempre se habla de la Iruña navarra y de la alavesa, que no llevan tal nombre, parecido no sin razón al de Irún, por simple casualidad. Lapurdum, por añadir otra muestra, sólo se documenta muy tarde.

Esto permite comprender que la influencia romana, latina en lo tocante a la lengua, fuera de escasa intensidad en esas zonas en que todavía hoy es tan escaso el saldo arqueológico. En otro terreno, las conclusiones a que Gerhard Rohlfs y Jean Séguy llegaron de manera independiente en cuanto a nombres de población muestran que formantes específicamente latinos (y galo-latinos) se van volviendo cada vez más raros a medida que nos acercamos al departamento actual de los Pirineos Atlánticos. Al mismo tiempo, hallamos una identidad más que una similitud entre Gascuña y parte de Aragón más Navarra: hablo del sufijo *-òs*, *-ués*, vasc. *-otz*, *-oze*.

Pero la intensidad, aun siendo baja, tuvo que ser efectiva por su insistente reiteración, que siempre obraba en el mismo sentido, a no ser, claro, que ésta no se prolongara. Y esto es lo que, según se sospecha, no llegó a ocurrir: la administración romana, soporte del

orden romano, empezó pronto a funcionar mal para llegar a no funcionar en zonas cada vez más amplias e importantes. Que esto sucediera ya a mediados del siglo III, a mediados del siguiente, o más tarde todavía, no es cosa que importe demasiado. El *tempo* de las mutaciones no era el mismo entonces que ahora.

En todo caso, la consecuencia fue que con el debilitamiento extraño creció la fuerza propia, fuerza que se va traduciendo en oposición, de modo que hasta Leovigildo, y volvemos a mentar conocidos, y sus coetáneos merovingios los vascones iban a tener un período de dos siglos, en números redondos, para moverse casi a su aire, sin que
194 tuvieran que prestar mayor atención a pretensiones ajenas.

8. Uno se ve obligado, digamos, a pensar que las cosas eran muy distintas en ese *saltus* y en el espacio que le rodeaba, tanto más distintas cuanto más se adentraba uno en el mundo propiamente romano: no podía ser lo mismo Pompaelo que Caesaraugusta o Burdigala. Esta alteridad, más que disparidad, se daba sin duda en la organización económica y social de ambos dominios, aspecto sobre el que habrá que volver. Habrá que admitir, pues, la coexistencia de dos comunidades, vecinas en el espacio pero lejanas en el trato, en que se había llegado a un cierto equilibrio, inestable por necesidad, pero no demasiado (recuérdese, por ejemplo, en qué sentido tuvo que influir la milicia), que pudo prolongarse bastante tiempo. Se habría llegado, con todo, al final inevitable si el contacto se hubiera mantenido sin algunas variaciones radicales.

Se ha hablado, después de Tovar, de alteridad lingüística, y la lengua, que nunca es algo sobreañadido a los factores constitutivos de una comunidad, debió de ser un factor firme de separación, a la vez que testigo inmediato y patente de la separación misma.

Cualquier lengua puede desaparecer para dejar paso a otra, sea o no semejante. Con todo, parece razonable suponer que el proceso es más fácil, por más sencillo, cuando la lengua ocupante sea próxima a la ocupada. Así, no sabemos muy bien o al menos yo no lo sé cómo desapareció salvo escasos restos el romance navarro (más la rama aragonesa no pirenaica) ante la presión castellana. También se han perdido, por romanización, y en la misma Navarra, hablas éuskaras. Pero, al menos después de 1872-1876, no sin eco. Nadie ha escrito nada semejante a *El último tamborilero de Erraondo* a propósito de la muerte por consunción lenta de alguna variedad del romance navarro, de cuya existencia no se han enterado todavía hasta algunos historiadores.

Por este camino llegaríamos a la explicación, *ceteris paribus*, de la desaparición de la lengua de los cántabros, que también manifestaron su rebeldía tarde como temprano, que se opone a la conservación de la nuestra. O, dentro de lo que poco después va a llamarse Vasconia, la desaparición del celtibérico, que seguramente se habló por Cascante, a título de muestra, al igual que en el corazón de la Celtiberia.

Aunque rechacemos la hipótesis de Walde, no cabe duda de que latín y céltico antiguo, sobre todo si se trata de ‘*q*-Celtic’, se parecían mucho más entre sí que, pongamos por caso, portugués e irlandés o gaélico moderno. Por lo tanto, como los cántabros hablaban algo que era por lo menos indoeuropeo occidental tardío, fuera o no más precisamente céltico, tuvieron menos trabas para rendirse al latín, lengua estrechamente emparentada, que los vascones que hablaban algo genéticamente distinto.

Este razonamiento ofrecería, de ser correcto, una fácil salida para un problema difícil. A pesar de esta ventaja, tendría que hacer frente, además, a graves inconvenientes. En primer lugar, para el observador ingenuo (y hasta para el iniciado) el primer criterio práctico de proximidad interlingüística está en la posibilidad, a corto o más largo plazo, de la intercomprensión entre hablantes de lenguas diversas. Y, miradas así las cosas, cuesta creer que la proximidad que advierte el comparatista fuera tan manifiesta para el hablante. Hasta en lo fonológico, donde la diversidad debiera en principio ser mucho más clara, no parece que gentes que hablaban latín se encontraran muy próximos a los cántabros.

Hay, en efecto, un testimonio tan conocido como claro que, por lo manido, da vergüenza aducir. Mela III, 15, nos habla, excusándose de citarlos, de pueblos y ríos cántabros *quorum nomina nostro ore concipi nequeant*. Y más trabajoso que repetir o transcribir nombres propios tenía que ser entender frases corrientes de la lengua. 195

9. No es hacedero determinar hasta qué punto pudo pesar ese factor de divergencia estructural en la conservación de la lengua autóctona, pero, con todo y eso, cuesta creer que lo esencial no fuera otra clase de diversidad, que sería extralingüística o, mejor todavía, una diversidad que comprendía lo lingüístico como uno de sus aspectos.

Se puede afirmar sin vacilación que, como suele ocurrir en esos casos, la lengua propia era perfectamente capaz de servir para las necesidades vitales de la comunidad antes de la llegada de los ro-

manos. Era sin duda un buen instrumento de comunicación para la organización económico-social que les era familiar. La que traían consigo los romanos para aplicarla también, con las variaciones que las circunstancias aconsejaran, a los dominados le era, no hay que discutirlo, muy superior y suponía grandes beneficios. Me limitaré a remitir, sin recurrir a textos clásicos, al diálogo de los zelotes judíos en *La vida de Brian*, ante la pregunta: «¿Qué nos han traído los romanos?». Aun a los más intransigentes les resulta difícil contestar con la negativa pura y simple.

El modo de vida particular y común de los indígenas tuvo que merecer un pobre concepto a conquistadores y colonizadores, ya que podía ser calificado como bárbaro, hasta en el sentido moderno de la palabra: *thēriôdes*, lo habría llamado Estrabón. Pero, al igual de lo que pasó con tantos pueblos, así los indios de las praderas norteamericanas o de las pampas argentinas, se suele manifestar en tales ocasiones un rechazo radical de lo extraño, que, al menos en un largo período preliminar, no va a ser favorable para los de casa. En general, además, cuesta aceptar imposiciones.

Decir que sabemos muy poco de la organización vascónica o, si se prefiere, *éuskara* es casi una exageración. Ha podido ser calificada de tribal o bien de gentilicia, término que yo mismo he usado más de una vez y que suscita reservas si no se emplea de modo muy restringido, es decir, casi vacío de contenido. No sería, con todo, temerario asegurar que lo nuestro, si podemos sumarnos a nuestros antecesores étnicos, estaba menos cargado de desigualdades de clase o grupo, por defecto de jerarquización, que lo que nos trataban de imponer los romanos y que en parte, por dominación o por contacto, fue pasando a nuestro acervo.

La lengua misma no añade gran cosa a nuestras luces. Como sugerí en cierta ocasión, el occidental *ugazaba*, de *ugatz* (*ugaz-*) más *asaba*, pudo muy bien haber sido en otro tiempo algo más que el patrono de unos trabajadores o el amo de unos criados. En Vizcaya se documenta una vez *ibar jaun*, en 1596, traducido «merino», sin que se sepa bien si la correspondencia, probablemente aproximada, es por lo menos correcta en el fondo. Al menos en Navarra y en Sola, y esto ya es altomedieval, es *ibar*, antes que *haran*, el nombre que designa el valle como término administrativo más que geográfico.

10. En el occidente europeo la cristianización remató a menudo lo que la romanización pagana había dejado quebrantado. En nuestro país, en concreto, se diría que el Cristianismo no apa-

rece como apoyo de la lengua del país hasta la edad moderna, a causa sobre todo de la confrontación de la Contrarreforma con la Reforma.

Hay, como bien se sabe, una larga polémica entre partidarios de la introducción temprana o tardía del Cristianismo entre nosotros: los testimonios usados son varios y variados, sin que por lo general valgan más que como índice. Unos y otros reconocen, como es natural, que la cristianización empezó por los núcleos de alguna importancia antes de extenderse por la población dispersa del *saltus*. Todos aceptarán también probablemente que la nueva religión se introdujo pronto en las ciudades, en Pompaelo por ejemplo, sin que por esto se piense en la edad apostólica. 196

Se ha pensado repetidamente en la lengua como fuente posible de información. Además de pensar en ello, ha sido usada en este sentido, sin que haya servido para llegar a conclusiones unívocas. Hay que tener en cuenta, entre otras consideraciones, que también el léxico religioso y hasta eclesiástico ha cambiado y mucho, como le viene de suyo al léxico cultural. Para ‘paraíso’ tenemos, por ejemplo, *baradizu*, la primera forma atestiguada y la más arcaica, mejor arraigada que *paradizu*, *paradisu* o *paraiso*. Todo depende, pues, del campo que alcancen a cubrir nuestros testimonios. Algunos nos hemos enterado tarde de que *dekuma* (no registrado en el *DRA*), *tekuma* ‘diezmo’ estaban documentados en Roncal y Salazar, al lado de *dexema* y de *amarren*, este último de *hamar* ‘diez’.

De todos modos, el hecho de que la lengua haya subsistido constituye, dado el demostrado poder letal de la evangelización para las lenguas indígenas, un argumento que favorece más bien la hipótesis de una difusión tardía del cristianismo. De otro modo, y suponiendo que éste se hubiera difundido de manera general entre las capas de población que durante siglos han constituido su primer sostén, cuesta creer que la situación actual fuera la que es. Porque, como es sabido, difusión, en este terreno, significaba exclusividad y hasta proscripción de todo aquello, con muy probable inclusión de la lengua, que de ser ‘propio’ se convertía en ‘ajeno’ y ‘hostil’. Aquí, en torno sobre todo a lo que sucedió en la época visigótica, podría estar otra clave del distinto comportamiento de cántabros y astures, cristianizados antes y en consecuencia romanizados también en fecha más temprana.

De todos modos, una investigación más detenida, menos atenta a los papeles de siempre, de lo que fue la religión entre nosotros,

incluso en lo lingüístico, en los siglos oscuros en que la sabemos o creemos establecida ya sin contrincante, sería del mayor interés. A mí al menos me parece extraño que el *Confiteor* tenga el aspecto de ser la oración de aire más arcaico conservada entre nosotros.

11. Con ánimo de terminar, paso a comentar algo que he mencionado más de una vez, aunque nunca en ocasión como ésta. Como creo que la digresión aparente puede ser instructiva, o al menos gráfica, paso de lo que al menos en intención tiene que ver con la historia a la novela que se quisiera histórica.

Sé de sobra que nuestras narraciones histórico-legendarias, que no dejan de ser nuestras por estar escritas en romance, no gozan de buen predicamento, aunque en fecha reciente haya levantado la cabeza la novela histórica, por obra y gracia acaso de Umberto Eco. Por lo que me toca, no rechazaría ese juicio desfavorable, aunque tendría que recalcar que estudiar literatura no es estudiar obras maestras dejando de lado con menosprecio la morralla. No aceptaría, en cambio, que se rechace todo *pêle-mêle* o como se dice por aquí en motrullón, como si no hubiera clases y muy marcadas.

197 Basta, como muestra, con comparar las un día famosas *Tradiciones vasco-cántabras* de Juan Vicente Araquistain (1866) con *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1879) de Navarro Villoslada. Personalmente, pienso que ésta es mejor, así a secas, que aquélla como libro: por lo menos, cualquiera que haya leído uno y otro (no sé si quedan muchos hoy que se hallen en esta situación) tendrá que reconocer que la novela se deja leer mejor que las tradiciones. Pero no es éste el aspecto que aquí quiero tocar.

Lo que deseo subrayar es que la base histórica no es ni de lejos la misma, y esto no es cosa que dependa de los 15 años escasos que separan la publicación. Araquistain se lo traga todo, hasta la caña, y en él encontramos una vez más, pero ya muy tarde, los cántabros, que somos nosotros, con todos *sus* parafernalia (respetemos a las lenguas clásicas, al menos en cuestiones de número), *gau-illas*, etc. El de Viana, por el contrario, da una versión de lo que ocurría por aquí por el año 700 que se podría considerar, si el anacronismo no fuera tan notorio, como la versión novelada nacida de una lectura de Barbero y Vigil.

De una versión, sin duda, severamente retocada desde una firme base tradicionalista. En otro aspecto, no creo que tenga razón alguna, y sí mucho de desconocimiento de la literatura pertinente, un ilustre político navarro en su comentario público reciente. Nada

hay de diferencial en que Navarro Villoslada hable de ‘España’ o de ‘español’, en lo que se conforma al uso de todos, carlistas o liberales, incluido Iparraguirre o el Campión que reseñó su novela: lo que *sí* es diferencial, y le distingue de raíz del comentarista, es su empleo de ‘vasco’, subrayado ya en el título de la obra.

Para empezar, la cristianización de los susodichos vascos está lejos de estar completada, aunque fuera por buen camino. El paganismo persiste en el *saltus* que sigue libre del poder visigodo, aunque esté sujeto a incursiones. El *ager* es cristiano, conocedor del latín, provigodo, aunque abunden en él los montañeses encargados de oficios serviles, y nada sumisos todavía. En ese momento, como consecuencia de la victoria árabe, Pamplona es la baza capital que quieren ganar los rebeldes a lo que todavía quería ser una especie de continuación del orden romano.

Y esa baza se ganó, aunque no sea cuando y como lo señala el novelista. Veamos lo que dice Lacarra, poco novelero siempre, en su *Historia política del reino de Navarra*, [[Pamplona 1972-1973]], I, p. 47: «Vimos que Pamplona había perdido su condición de centro urbano director, con una población étnica y culturalmente diferenciada, que tuvo en siglos anteriores. Lo urbano había quedado disuelto en lo rural y tribal vasco, que predomina en todas partes... Al desaparecer el elemento alienígena director, para asentarse en Pamplona hay que contar con la aquiescencia de la población rural de la Cuenca y la que domina los pasos y accesos, tanto por el norte —Roncesvalles— como por el sur o el oeste. *Esta población, según hemos tenido ocasión de ver, era vasca de lengua, y con una estructura social netamente diferenciada de la de los países circunvecinos*». La cursiva es mía, pero el lector puede encontrar otras referencias análogas en la obra, es decir, las que en ese mismo pasaje se mencionan.

12. Al trazar ese cuadro, que ofrece un marco aceptable de consideración si se suprimen floreos literarios, integristas, etc., Navarro Villoslada tenía un modelo inmediato en que inspirarse. Por cierto que hasta su Fuenterrabía romano-visigoda, que ahora se llamaría mejor Irún, tenía plena razón de ser, aunque referida a una época sin duda anterior.

Tenía ante sus ojos, lo mismo que nosotros, la imagen de una Euskal Herria montañesa, vecina —dentro de una Vasconia común— de una amplia y rica zona romanizada, que en sus mismos días iba ampliando su extensión hacia el norte. Sólo que entonces el sur era más ‘nuestro’ que en tiempos de don Rodrigo.

También tenía muy presentes las dos guerras carlistas y en particular la primera, la de verdad, la que no fue originada por el afán apresurado de ocupar un vacío. También Zumalacárregui tenía su fuerza donde Teodosio o García, y se le oponía el mundo urbano, murado, guarnecido, dirigido por gentes que veían con aversión el espíritu que animaba a las huestes carlistas por adhesión o por necesidad. Podía moverse casi por donde quería, pero no penetrar en los cotos vedados que eran la única residencia segura de sus enemigos. Cuando lo intentó, bien contra su voluntad, murió además de fracasar.

Lo dicho no es más que un intento de comprensión —el esbozo de un intento de comprensión, más bien— de lo que pudo ser una situación muy discutida además de casi ignorada. Tiene todos los inconvenientes de los esquemas y más precisamente de los esquemas basados en pocos e inseguros datos. Esperemos, sin confiar demasiado, en que alguna de las grandes líneas de lo que pudo haber sido corresponda de algún modo a algo de lo que fue. Sea lo que fuere, necesitamos alguna imagen global de este período decisivo de nuestra continuidad, ya que de entonces viene algo que ha marcado y sigue marcando a nuestra colectividad de la manera más acusada.

No soy amigo de moralizar en las conclusiones, pero esta vez me siento bastante tentado de romper la regla. Me parece que la historia de la lengua vasca, entonces y mucho más acá de aquella época crítica, muestra que factores modestos, nada brillantes ni prestigiosos desde luego, demostraron a la larga su valor y efectividad. Y no es seguro que donde los medios humildes vencieron hubieran prevalecido también los bríos arrogantes.

La elección de los medios habrá de hacerse según los lugares y las ocasiones, pero siempre, como aconseja el lema de antes y de ahora, *asmuz ta jakitez*.

M.^a L. GUAZA, *LA TOPONIMIA ROMANA EN VIZCAYA*,
BILBAO 1952

Conocíamos la existencia de esta tesis doctoral, leída en 1948 viii
en la Facultad de Filosofía y Letras, sección de Filología Clásica, de
la Universidad Central, pero no sabíamos que estuviera publicada.
A pesar del retraso, sin embargo, acaso no carezca todavía de oportu-
nidad, por varias razones, esta reseña.

La tesis, bien ordenada y pulcramente presentada, es una aplica-
ción a la toponimia vizcaína de las conocidas ideas de J. Caro Baro-
ja. Tras una breve introducción, se hace una clara exposición, abun-
dantemente documentada —descontando unos pasajes de subido
lirismo en la pp. 45 y ss.—, de lo que sabemos, por testimonios
directos o inferencia, de la división del suelo antes de la conquista
romana y después de ésta (caps. I y II). El resto está consagrado al
tema principal, el estudio de algunos grupos de nombres vizcaínos
(en *-ano*, *-ana*, etc.) de lugares habitados. Se acaba el libro con un
útil «Apéndice geográfico».

Tiene sin duda razón la autora al pensar que los eruditos locales ix
no se han mostrado las más de las veces excesivamente favorables a
aceptar la influencia del latín sobre la lengua vasca o, en términos
más generales, la de Roma sobre Vasconia. Y, si la aceptan, procu-
ran restringir su importancia. De todos modos, no es cosa sencilla
evaluar, aun con el ánimo más desapasionado y la mejor informa-
ción, la cuantía de esa influencia. La misma autora se da cuenta de
que no sólo se puede pecar por defecto en esa materia, sino también

ASJU 2 (1955), viii-xii [= *BAP* 11, 1955, 124-128]; *SHLV*, II, pp. 627-629.
Reseña de M.^a L. Guaza, *La toponimia romana en Vizcaya*, Bilbao, Ayuntamiento
de Bilbao, 1952.

por exceso, pero la previsión del peligro no equivale a evitarlo. Queremos decir que la tesis que comentamos, hija al fin de su época, no deja de participar de ciertos modos o modas de pensar. Resulta en efecto significativo que se califique de «magnífico» (p. 52) el desgraciado libro publicado por Castro Guisasola en 1944.

Lo verdaderamente grave del caso es que la señorita Guaza, que señala repetidamente los errores cometidos por los investigadores locales al minimizar la influencia latina, no parece caer en la cuenta de que está de completo acuerdo con ellos en lo principal. Sería una aberración indefendible pretender resolver problemas históricos con criterios exclusivamente lingüísticos, pero una investigación toponímica es ante todo investigación lingüística —y más precisamente etimológica— y en ella no podemos dejar de lado lo que se conoce —que no es poco— de la historia de los sonidos vascos y romances, en este caso castellanos.

Si en algo se diferencia la etimología tal como la practica un lingüista de la misma actividad ejercida por un aficionado, es en que el primero tiene en cuenta la evolución de los sonidos según ciertas regularidades que un estudio previo ha puesto de manifiesto: el segundo no siente la necesidad de ponerse trabas a sí mismo. Un lingüista, al estudiar la toponimia vizcaína, tendrá siempre en cuenta que en Vizcaya hay que distinguir una zona tempranamente romanizada y otra de habla vasca hasta nuestros días, además de la zona fronteriza donde la interpenetración lingüística ha debido ser intensa desde antiguo. No es necesario decir que los cambios de sonidos que son normales en la primera no lo serían en la segunda, y viceversa. Un lingüista no dejaría por otra parte de aprovechar de una manera sistemática —la autora sólo lo ha hecho accidentalmente— la circunstancia afortunada de que existen en muchos casos dos formas, oficial y popular, vasca y romance, del mismo nombre.

Así, difícilmente encerraría en el mismo cajón, poniéndoles igual etiqueta, a *Galdácano* y a *Echano* al enterarse de que sus formas vascas son *Galdakao* y *Etxano*. Por cierto que el último está documentado como *Egganno*, con *nn*, en la Edad Media.

La autora ha expuesto sus puntos de vista en la materia con una franqueza que, aunque loable, no deja de resultar extraña. «En una región como la vizcaína —dice en la p. 54—, tan sometida a influencias romances, es difícilísimo determinar si un nombre ha obedecido en su evolución a imperativos de fonética vasca o de fonética romance. *En el fondo* —la cursiva es nuestra— *hay entre una y otra menos*

diferencia de lo que pudiera creerse». Y en la p. 57, tras una correría infructuosa por diversas obras de distintos autores en que se recogen más generalidades que hechos concretos, se concluye: «En general, y por lo que a fonética se refiere, resulta, como digo, difícilísimo determinar a cuál de las dos, euskérica o romance, han obedecido muchos de los cambios que se registran en los nombres actuales de lugar dentro de la región que es motivo de esta investigación. Pero ello en último término —y volvemos a la cursiva nosotros— *no viene a ser asunto de capital importancia*, tenido en cuenta el fin concreto que este trabajo pretende...».

Esta clase de afirmaciones se suelen presentar por lo común envueltas en un tono más personal. Dificultad subjetiva no es lo mismo que dificultad objetiva. Una persona con un mínimo de información no encontraría dificultad en hacer lo que para la señorita Guaza es tan difícil: distinguir en pares como *Soto / Zaldu*, *Cabaña / Capana*-, *Castillo / Gaztelu*, *Molino / Borin*- cuál de los términos representa una evolución castellana y cuál una evolución vasca.

No basta con decir (p. 60): «...algunos de los nombres que dejo sin identificar es seguro que pueden perfectamente serlo recurriendo a más complicadas explicaciones evolutivas, *explicaciones que, por otra parte* —volvemos una vez más a la cursiva—, *siempre pueden tener aplicación en los toponímicos, que saltan todas las barreras y salen, con enorme frecuencia, fuera de las leyes preestablecidas*». Aunque esta declaración de anarquismo total estuviera acompañada como debiera de estadísticas demostrativas de esa «enorme frecuencia», bastaría con tener en cuenta que en ese caso todos los escritos dedicados al tema, incluido éste que reseñamos, sería pura y simple pérdida de tiempo, puesto que, si todo puede proceder de todo, no hay razón alguna para dar preferencia a una etimología sobre otra. Mejor dicho, no hay razón fuera del significado y ¿qué sabemos nosotros del significado de los nombres de lugar si no es por su forma? xi

Bastará con dar alguna muestra de los resultados que se derivan de estos principios. En la p. 73, a propósito de *Lejona*, parece atribuirse ya al latín vulgar el paso de *ly* a *j* (no se habla del sonido, basta con la letra), ya que «labiales» no puede ser más que un error. Es inútil aducir como prueba del aserto un texto de Menéndez Pidal a quien evidentemente jamás se le pasó por la cabeza semejante idea.

Cualquier romanista tendría bastante que decir de la sencilla explicación *Ciervana* (en zona romanizada) < (*uilla*) *Ceruiana*. El

acento es algo más que un *apex* que se coloca encima de ciertas letras.

Derivar *Ceberio* de *Seuerianum* nos parece muy defendible: incidentalmente, está atestiguada la forma *Ceberiano*. Pero suponer que su *c*- se deba a «ultracorrección» (p. 81) es demasiado. El razonamiento subyacente debe ser poco más o menos éste: «Los aldeanos vascos sesean, pero empeñados en hablar bien una vez pusieron una *c* (como se opera con letras se trata naturalmente de la interdental española actual) en vez de la *s* correcta». En qué falla su razonamiento lo podría ver la señorita Guaza en cualquier manual en que se explique lo que son las silbantes vascas —los sonidos, no las letras— y cuál es el representante vasco normal del latín *s* en préstamos antiguos.

Lo que la autora no ha comprendido es que al colocarse en el mismo terreno que el aficionado local queda automáticamente en condiciones de inferioridad con respecto a éste. El aficionado cuenta —aparte del ingenio que derrocha muchas veces— con un buen conocimiento de la lengua vasca, aunque no sepa latín. Si piensa en *Ibarr-anguelua*, difícilmente se le ocurrirá compararlo con «Valle... Ángel» (p. 46). Sabe en primer lugar que «ángel» es *aingeru* o, en forma más típicamente vizcaína, *angeru*: además, aunque a él por lo general no le importa, *l* ha pasado normalmente a *r* entre vocales. Sabe que en Larramendi y en Aizquíbel se recoge *angelu* con otro sentido. Y sabe finalmente que en la composición vasca el determinante precede al determinado, por lo que, si nos empeñamos en ver seres celestiales en ese nombre de lugar habitado, llegaríamos no al «Valle del Ángel», sino al «Ángel del Valle», designación más apropiada para un poema o una novela posterior a Cadalso y Cienfuegos que para una población.

Todo esto no quiere decir, claro está, que tomemos posición contra la tesis principal de la autora que es, como ya se ha dicho, la de Caro Baroja. Entendemos por el contrario que los *Materiales* de éste constituyen una obra fundamental. Habría que precisar, sin embargo. La hipótesis de Caro Baroja ha dado resultados ampliamente satisfactorios en la explicación de los nombres en *-ain*, *-ana* y *-ano*, aunque todavía queda mucho trabajo de detalle por hacer. No los ha dado, por el contrario, si no nos equivocamos mucho, por lo que respecta a otros grupos (en *-iz*, *-ona*, etc.), pues ni se ven con claridad los antropónimos que entran en ellos ni, lo que es peor, resulta clara su formación desde el punto de vista del latín. Esto no

quiere decir que tengamos que volver a buscarles explicación vasca: hay otras posibilidades, entre las cuales ocupa el primer lugar la explicación indoeuropea no latina, como propone Gorostiaga. En todo caso, formuladas las hipótesis generales esclarecedoras, hace falta un trabajo de precisión para el cual los conocimientos específicamente lingüísticos parecen un equipo indispensable. La comparación indiscriminada de topónimos medievales o modernos con nombres personales tomados del *Corpus inscriptionum Latinarum* o del Schulze, sin más criterio que el del parecido, difícilmente nos hará avanzar mucho. Las apariencias son a menudo engañosas, tanto en la vida corriente como en la investigación científica.

PRESENTACIÓN A M.^a T. ECHENIQUE, *HISTORIA LINGÜÍSTICA VASCO-ROMÁNICA*, SAN SEBASTIÁN 1984

Y la verdad es que estas líneas pueden considerarse como tal, aunque en rigor de verdad constituyan una presentación completamente innecesaria. En efecto, quien tome el libro y empiece a leerlo, más bien saltándose estas primeras líneas, difícilmente podrá dejar su lectura, a poco que se interese por aspectos muy diversos de un tema que despierta bastante interés, aquí y fuera de aquí. 11

Algún profano pensará acaso que todo lo relacionado con la historia de la lengua vasca ha sido estudiado ya a lo largo y a lo ancho, y también en profundidad. Más de un iniciado disientiría, sin embargo, de esta manera de pensar. Una lengua, para empezar, siempre está relacionada, de cerca o de lejos, con otras o, si se prefiere, el pueblo que la emplea está relacionado con otros que no la tienen como propia. Y, por lo que a nosotros se refiere, si descuidamos por el momento las brumas de nuestra prehistoria lingüística, los vecinos inmediatos han sido, casi con exclusividad, el latín y algunas lenguas románicas.

No son escasos los problemas abiertos por estas relaciones y no son pocos aquellos cuyo estudio apenas ha sido iniciado, a pesar de títulos como *Baskisch und Romanisch*, *Romanen und Basken*, *Romano-baskisches* o *Vasco-románica*. O, precisamente por ello, ya que éstas y otras obras están dedicadas, ante todo, a examinar la influencia de lengua a lengua, más precisamente la influencia de lo románico

«Presentación», en M.^a Teresa Echenique Elizondo, *Historia lingüística vasco-románica. Intento de aproximación*, San Sebastián 1984, pp. 11-13 [= «Presentación a la primera edición», *ib.*, Madrid 1987, pp. 11-13]. [N. de los eds.: fechado en octubre de 1983; la paginación es la de la primera edición].

sobre lo vasco, y esto en los niveles más superficiales, fonología y léxico ante todo, o por lo menos en los más llamativos.

12 No niego que el camino que hemos seguido no haya sido el más natural, por fundamental o por simple da igual: lo que salta a la vista es que no es el único posible. Así, si exceptuamos lo que toca a la fonología, está prácticamente abandonado lo que en otros tiempos fue la tierra de promisión de nuestras gentes y también la de algunos de los otros: el examen de la penetración de lo vasco en lo románico, a empezar ya desde Oihenart que lo intentó con prurito de *Akribie*, hasta poniéndolo en latín. Es cierto que la cosecha, que en los siglos XVII y XVIII y aún más tarde se ofrecía espléndida fue quedando reducida a pocos restos, cada vez menos numerosos, y difíciles por añadidura de distinguir, pero no es ésta razón suficiente para haber renunciado al empeño.

Nadie escribe, si se descuentan algunas líneas casuales (y generalmente obligadas), sobre el castellano hablado por los vascos más allá de 1800, y sobra decir que el castellano no es el único romance limítrofe; tampoco hay demasiado que leer sobre los medios de que algunos de entre nosotros se valían para que su torpeza en la lengua hablada pudiera compadecerse con la posesión segura de los secretos de la escrita o al menos de cierto tipo de lengua escrita. Por otra parte, se ha dejado prácticamente pasar la posibilidad de estudiar la lengua hablada por vascos de zonas diversas en otros países, muy en particular en América: no creo que haya mucho que añadir al artículo que el prof. Wilbur publicó en *Anthropological linguistics* sobre la fonología del vasco de Bakersfield, en California.^a

No se ha considerado detenidamente (con salvedades como Lacarra a un extremo y Sánchez Carrión al otro) cuál podía ser el ámbito y el rango de la lengua primera en distintas zonas y distintas épocas: que su arraigo era fortísimo, sean cuales fueren las limitaciones a que estaba sujeto su uso, se sigue de lo duradero de su implantación. Las esferas de empleo estaban también condicionadas por factores extralingüísticos y es dudoso que los aspectos que hoy consideramos sin vacilar más importantes, por más 'elevados', lo hayan sido siempre en realidad. Si pasamos a la decadencia o a la pérdida misma, es altamente probable que no hayan influido sólo en ello la imposición o la desidia, por muy reales que fueran. Nos

^a «The phonemes of the Basque of Bakersfield», *Anthropological linguistics* 3 [8] (1961), 1-12.

encontraríamos, si no, al nivel que expresó Arrese Beitia en sus versos de 1879:

Geure erruz bada ekarri dogu
Eriotzako unera
Bebeta eder, gozo ta leun au
Beste munduko atera.

Doy fin, y no por falta de materia, a esta especie de preámbulo, no del todo descaminado si se tiene en cuenta que el libro de María Teresa Echenique tiene el contacto de lenguas como tema central. No se trata solamente, sin embargo, de las relaciones del euskera con lenguas románicas: los dos primeros capítulos se salen de este campo. La doctora Echenique estudia, en efecto, las conexiones, reales o posibles, con lenguas extrapeninsulares (sustratos mediterráneos, lenguas camíticas y caucásicas, donde se dedica especial atención al método léxico-estadístico y a la tipología) e hispánicas (con inclusión de las pirenaicas de uno y otro lado). Viene luego el examen de las relaciones con el latín y con el romance durante la Edad Media y el Barroco. Hay, además, una consideración detallada de la situación de la lengua y de los estudios dedicados a ella durante los siglos XVIII y XIX y, por último, durante el siglo presente llegando literalmente hasta nuestros días.

El libro tiene una parte, la mayor, como suele ocurrir en esta clase de libros, que es informativa. Expone, con precisión y exactitud, y valora, con frialdad, ideas de unos y de otros y los hechos en que las intentan fundamentar. Merece señalarse sobre todo la competencia de que da muestras en los dos primeros capítulos, competencia que no puede suponerse *[[en]]* un romanista, si se tiene en cuenta sobre todo que la afición no la presupone: así, por lo que se refiere a la léxico-estadística o a las lenguas y escrituras hispánicas prerromanas.

Pero no todo es exposición o divulgación en este libro, divulgación más necesaria hoy que nunca a fines de docencia. Hay en él muchos puntos de vista personales, pero sobre todo encontramos una hipótesis que va en contra de mucho de lo que hasta ahora se ha pensado o, mejor, de lo que hasta ahora se ha dicho y escrito. En palabras de Agud, que la autora acepta de todo corazón, «el contacto del vasco con el latín se prolonga sin solución de continuidad en los descendientes romances de éste: castellano, navarro, gascón, occitano no gascón con los francos de Navarra y con el francés». Y

añade ella: «Pero, ¿quiere ello decir que no hubo romance propio en las zonas de las actuales Vizcaya y Guipúzcoa? Más bien parece que tuvo que existir, pues, de otro modo, habría que pensar que el romance aquí procede de importación medieval y que, en consecuencia, la latinización del País Vasco no dejó descendencia alguna, cosa difícil de admitir».

Esto es, con todo, la opinión recibida hasta el momento o es por lo menos la que yo tenía y tengo por el momento. Sostiene, en dos palabras, que el *saltus Vasconum* y sus prolongaciones (para lo que aquí nos interesa el norte de Navarra, más Guipúzcoa, Vizcaya central y oriental, parte de Álava y, desde luego, la zona aquitana inmediatamente al norte) viene formando un sólido núcleo de gente unilingüe en lo fundamental, con las incrustaciones románicas que se quiera, accesorias en cuanto a aquél, además de mudables: recuérdese el gascón de Donostia y proximidades. Esto me recuerda, un tanto de lejos, otras situaciones. Pero lo que acude a mi memoria sin esfuerzo no es el nacimiento o la prolongación de una lengua románica como el dalmata. Es más bien la subsistencia del albanés, latinizado y romanizado extensa y profundamente, pero que no es un romance.

En todo caso, no es cuestión de opiniones, sino de las razones con que se puedan apoyarlas o combatirlas. Este libro, que no es una obra corriente en este campo, plantea éste y otros problemas. Y no hay nada que perder y sí mucho que ganar en considerar nuevos aspectos de las viejas materias.

ONOMÁSTICA Y POBLACIÓN EN EL ANTIGUO REINO DE NAVARRA: LA DOCUMENTACIÓN DE SAN MILLÁN

1. Las consideraciones que aquí presento son tan aventuradas como faltas de novedad. Dificilmente puede decirse nada nuevo, y tratándose de mí eso sería imposible, sobre un material limitado, publicado de manera incompleta y defectuosa, que ha sido ya estudiado una y otra vez por autores de la mayor competencia. Y lo que acerca de él se diga tendrá que ser por necesidad aventurado, a pesar de esa reiteración, cuando el material se examina, como aquí se hace, desde un punto de vista, el lingüístico, que no puede menos de ser muy parcial. 51

Esa parcialidad, por incómoda que sea, no es evitable, porque conclusiones de carácter lingüístico, en la medida en que en una investigación cualquiera puede haber exclusividad, tienen que fundarse en lo esencial en elementos de esa misma naturaleza. Lo demás será a lo sumo indicio, sin mayor fuerza probatoria.

Con estas palabras de explicación o descargo, paso a presentar el tema de estas consideraciones: la extensión medieval de la lengua vasca en la Rioja Alta y tierras hoy burgalesas. Su alcance es muy limitado ya que, aparte de la restricción apuntada, me baso en lo fundamental en una fuente única: el *Cartulario de San Millán de la Cogolla*, tal como fue publicado por don Luciano Serrano.¹

XII semana de estudios medievales 1974, Pamplona 1976, pp. 49-71; *PT*, pp. 59-72.

¹ Madrid 1930. El número que sigue a las referencias es el que lleva el documento en la edición del padre Serrano; el segundo, la fecha que éste le asigna. Naturalmente, no puedo ni quiero entrar en problemas de cronología y autenticidad. Acepto, porque eso es lo que leo y lo que yo mismo me inclino a pensar, que

52 Ya se ha dicho cuanto había que decir sobre las deficiencias de esa edición, y remito a Antonio Ubieto, «Los primeros años del monasterio de San Millán», *Príncipe de Viana* 34 (1973), 181-200. Con todo, los no especialistas nos vemos todavía forzados, es de esperar que ya no por mucho tiempo, a seguirla utilizando. En rigor y sin entrar en una crítica del fondo, lo de menos serían ciertas lecciones, que uno acierta a veces a corregir o interpretar, y que no se sabe si son imputables a malas lecturas, a errores de copia o al mismo texto del «original» transcrito, ya que la edición es cualquier cosa menos crítica: así el *cabazohe* que aparece a orillas del Tirón (245, 1081) por *çabazoche*, es decir, *zabazoque* ‘inspector del mercado’.² No se ha tenido el menor cuidado con las simples erratas de imprenta: *Ficinia* (265, 1087), identificado con *Peciña* en el índice, aparece como *Finicia* en el encabezamiento del documento.

2. Quiero, antes de entrar en materia, explicitar los supuestos en que me apoyo, de manera que quien no los acepte no tenga necesidad de entrar en la discusión de lo que de ellos pueda seguirse.

Parto, primero, de la idea de que, aunque una lengua pueda extenderse por erosión de áreas aloglotas vecinas, del mismo modo que un río puede capturar aguas que antes seguían otro curso, sin que medien migraciones, no es este el modo más común de difusión. Ésta suele ir asociada por lo general, bien al contrario, con movimientos de población, de mayor o menor entidad.

El segundo supuesto es que lo vasco —y aquí vasco significa siempre vasco de lengua— es un carácter recesivo, no dominante, y recesivo en varios sentidos.

53 Por limitarnos a esta sola zona, lo vasco es recesivo en el sentido más directo de la palabra, ya que, como se sabe, la lengua dejó enteramente de hablarse al sur del Ebro hace ya varios siglos. Tuvo que tener, según toda evidencia, un momento de máximo empleo, tanto en extensión como en densidad, momento difícil de fechar, pero desde entonces el proceso fue, acaso con pequeñas alternativas que no nos es dado descubrir, de decadencia hasta llegar a la extinción.

Barrau-Dihigo, por ejemplo, llevaba demasiado lejos su escepticismo, al menos en cuanto al núcleo de los documentos.

² Véase J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Madrid 1954, IV, p. 786b, *zabazogue*, s.u. *zabalmedina*.

Tampoco era, a todas luces, socialmente dominante. Poca información puede dar la documentación que he manejado sobre las complejas situaciones de bilingüismo o diglosia que no pudieron faltar. Dos cosas parecen claras, en todo caso. Que vascuence y romance, en primer lugar, tuvieron que convivir a menudo en una misma zona, sin que las fronteras territoriales entre una lengua y otra estuvieran claramente marcadas, a juzgar por los topónimos vascos y románicos³ que encontramos documentados unos junto a otros en los mismos parajes. Y, en segundo, que en esos lugares el vasco no era, en manera alguna, la lengua «superior».

No lo era para los nobles y, sobre todo, no lo era para los eclesiásticos. Para éstos, que eran los que escribían lo que ahora podemos leer, la lengua escrita era el latín (aunque su latín, al menos en la versión del padre Serrano, sólo por antífrasis podrá ser llamado ejemplar)⁴ y, después, con la consabida excepción de las dos glosas famosas, el romance. Por decirlo de otra manera, no es solamente que los nombres propios vascos aparezcan siempre en contexto latino; hay que pensar, además, que, si un nombre vasco tenía equivalente románico,⁵ éste era el que se usaba sistemáticamente por escrito.

54

Esto, por desgracia, no puede ser probado con la documentación disponible, que es por definición escrita, y queda en mera sospecha, fundada en un dudoso argumento *ex silentio*. Recuérdese, sin embargo, la situación, normal siempre que hay dos lenguas en contacto, pero mejor atestiguada acaso en Navarra que en otras partes. Aquí, en antropónimos, hallamos *Anso Gascueco* = *Sancho Gascue* o *Garcia Gambracoa* = *Garcia Cambra*, como doble designación de una misma persona, según la lengua en que se piensa. Esto es todavía más claro en lo que Rohlf s ha llamado «topónimos de doble tradición»: *Quejana*, aquí *Kexana* 283, 1095 / vasc. *Kexa(a)*, *Lumbier* / *Irunberri*, etc., por no hablar de *Valcarlos* / *Luzaide* y otros no menos dispares. Se diría, pues, que es por lo menos razonable pen-

³ «Románico» quiere decir aquí «usado en romance», independientemente del origen, latino o prelatino, de un nombre. Sobre toponimia riojana hay, como se sabe, una síntesis, valiosa en su brevedad: E. Alarcos Llorach, «Apuntaciones sobre toponimia riojana», *Berceo* 5 (1950), 473-492.

⁴ El latín usado en Irache, para citar un caso, es de muy otra calidad.

⁵ El equivalente es eso que se llama «traducción» en las disparatadas normas felizmente vigentes en materia de registro de nombres de pila.

sar que algo parecido ocurría, en alguna medida, en las regiones que ahora consideramos.

Cabe sospechar, por ejemplo, que el *Infans de Padulegga*, que se supone se ofreció a San Millán al tiempo que (don, sin duda, más valioso) le ofrecía sus propiedades en las cuencas del Oja y del Tirón (285, 1095), no era en realidad, para sus próximos, sino un *Umea*, traducido y adaptado al pasar de la boca a la pluma. El mismo *Padulegga*, moderno *Pauleja*, tan próximo a varios nombres de villas en *-uri*, ¿no se llamaría también, en otra lengua, algo así como *Padura*, atestiguado en esta colección diplomática, o algún derivado de este nombre? Aquello y esto, me parece, es por lo menos verosímil, pero lo que no está testimoniado por escrito no puede presentarse, salvo en casos muy excepcionales, como una certeza.

- 55 3. Puesto que aquí se trata de sacar partido de un cierto número de nombres propios atestiguados al sur del Ebro, número mayor o menor pero claramente minoritario en el conjunto de nuestra documentación, no estará de más fijar de antemano algunos criterios que permitan alcanzar un mínimo de seguridad, indispensable para no dejarse llevar en su interpretación por preferencias impresionistas que no pueden estar libres de arbitrariedad.

La interpretación de los nombres propios —es decir, su explicación etimológica— es siempre, casi por definición, insegura, aunque hay grandes diferencias en el grado de inseguridad. Es claro, por ejemplo, que los antropónimos son siempre de manejo más difícil que los topónimos, y no solamente por su menor transparencia. Aunque también los nombres de lugar pueden emigrar y emigran (cf. *Cartagena*, que ya en España era importado, *Cuenca*, *Durango*, *Guadalajara* o *Toledo*), se mueven menos que las personas y los nombres que éstas llevan. También están más estrechamente ligados a una lengua determinada y les afectan menos las variaciones de la moda.⁶ Parece, con todo, seguro que un apodo o apellido como *Nunno Valza de Seroiana* (89, 1022) en tierras de San Miguel de Pedroso es inseparable de vasc. occid. *baltz*, sobre todo si lo comparamos con *saione de Comite Nunnu Balza* en Álava (12, ad. 984) o con su equivalente románico *Petro Nigro saion* (308, 1139), no lejos de Belorado. A mayor abundamiento, *Nunnu Balza* podía servir, en

⁶ No están, sin embargo, libres de ellas. Baste con recordar nombres de villas como Alegría, Miranda, Mondragón, Monreal, Salvatierra, Segura, etc., propios de una cierta época y frecuentes también en zona de habla vasca.

calidad de denominación única, como primer elemento de un nombre de población como *villa Nunno falzahuri* (237, 1078), sin salir de la cuenca del Tirón.

Los nombres de lugar son de manejo cómodo cuando están integrados en series copiosamente documentadas, tales como los nombres de villas en *-uri* que se acaban de mencionar o los topónimos en *-aga*, cuyo ejemplo más meridional es acaso *Lizarraga* (96 y 97, 1028): cf. además *dompnus Munio de Cizarraga* (89, 1022), sin duda por *Lizarraga*. Y, como una vez más nos hallamos en tierras de San Miguel de Pedroso, no sería imposible, ni siquiera inverosímil (véase arriba, § 2), que éste fuera, pura y simplemente, el nombre vasco de la población designada tantas veces como *Fresneda* en esta colección. 56

También son probativos los compuestos descriptivos, «parlantes», corrientes en cualquier dominio lingüístico. Así *monasterium S. Michaelis de Haraluzeia* (1068), *Faranluzeia* (1077), etc.,⁷ en el mismo «alhoz de Aslanzon», río a cuya orilla estaba Villabáscos, cuyos vecinos llevaban en buena parte nombres que todos han creído vascos a mediados del siglo X.⁸ En efecto, o las apariencias son más engañosas de lo que tienen por costumbre, o *Faranluzeia* no es otra cosa que *Val(l)uenga*, formado de vasc. *haran* + *luze* + *-a*, artículo determinado.

Esta transparencia puede perderse, y hasta suele perderse, sobre todo cuando la lengua de la comarca ha cambiado. Pero no solamente sucede esto en ese caso. De compuestos con el lat. *saltus* han salido, por ejemplo, *Solduengo* en esta zona y *Sandoval* fuera de ella. Pero, aunque un lingüista tiene hasta inclinación profesional por estos casos y se llena de satisfacción cuando consigue restituir la transparencia corrigiendo la «deformación», será mejor que aquí nos abstengamos de este ejercicio, divertido si bien un tanto peligroso.

4. Hace ya muchos años que el padre Moret, que sabía usar con buen juicio de los datos onomásticos, aprovechó el primer documento de esta colección, el referente a la constitución de la comunidad de San Miguel de Pedroso, fechado en 759, como prueba de que los vascones ocuparon tierras de Álava y de la Bureba «en los tiempos de los godos»: «Y puede ser algún nuevo indicio de esto, y 57

⁷ Diego Catalán, [«La pronunciación [ihante] por /iffante/ en la Rioja del siglo XI»], *Romance philology* 21 (1968), [410-435], pp. 415 y 424.

⁸ L. Serrano, *Becerro gótico de Cardeña*, Silos-Valladolid 1910, pp. 50 s., 67 s.

de lo que allí poblaron, y se mezclaron en matrimonios los Vascones, los nombres de las Monjas de San Miguel de Pedroso, ...que no pocos son de los *muy* usados en aquellos tiempos, y siguientes en Navarra, y todos se ven en Reynas, y Infantas, Munias, Ximenas, Sanchas, Todas, Urracas, Aurias».⁹

Lo mismo viene a decir José Ángel García de Cortázar, en un libro que ha sido mi guía principal en el aspecto histórico al manejar esta documentación: «A mi entender, lego en Onomástica, resulta un tanto difícil comprender esa abundancia de nombres vascos de persona en una fecha tan temprana y en una región a la que no alcanzó en los siglos X y siguientes la colonización vasca con la densidad con que operó en la Rioja, donde tantos topónimos la recuerdan».¹⁰ La extrañeza del autor se refiere a dos extremos: uno histórico, cronológico, en el cual no me voy a detener ahora, y otro geográfico. Aquí la extrañeza no me parece, para decirlo con toda franqueza, justificada.

En una donación de Fernán González (35, 945) se habla de un monasterio de San Lorenzo *in monte Massoa iuxta villulam Spinosa*, y de la concesión, precisamente *ad gubernationem armentorum*, de *Larrehederra et Gumenzula*; en otra del mismo conde (37, 945), se vuelve a hablar del *monasterium pernominatum S. Laurentium in monte Massoa*, de una *via super S. Johannem de Zavalla* y, otra vez *ad gubernationem armentorum*, de *Larrehederra [sic] et Gumenzula in serra*. Dejemos a un lado *Massoa* y *Gumenzula*, cuyo aspecto vasco puede no ser más que un espejismo.¹¹ Pero, por muy escéptico que se sea, se hace penoso rechazar que *Zavalla* sea vasco y, sobre todo, que *Larrehederra* no sea un *larre eder* 'prado hermoso', denominación que parece tan adecuada a la finalidad que los documentos le atribuyen. Más aún, si nos fijamos en que el documento intermedio (36, 945) hace mención *de illo fonte qui vocatur Lamiturri*, también

⁹ *Annales del reino de Navarra*, I, Pamplona 1766, p. 187. Poco antes utilizaba también la onomástica personal para demostrar que don Íñigo no procedía de Bigorra.

¹⁰ *El dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla (siglos X a XIII)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1969, p. 98, n. 5.

¹¹ No me atrevo, en consecuencia, a hablar, por ejemplo, de *Heterrena* (37, 945), etc., mod. *Eterna* que, como salta a la vista, no puede ser una 'villa eterna'. En todo caso, llevaba el acento en la segunda sílaba (todo depende del punto desde donde se empiece a contar), lo mismo que *Rebendeka* (299, 1114), mod. *Revengea*.

en Espinosa del Monte. *Fonte* corresponde con toda claridad a *iturri*, y las ‘fuentes de las lamias’, si no son una exclusiva vasca, han sido por lo menos corrientes allí donde han habitado gentes de esa lengua. *Lamiategui* se atestigua en Navarra, como ya he comentado en otros lugares, ya en el siglo XIII, por no hablar de testimonios modernos.

A fin de atenerme a los principios que me he establecido, no voy a citar antropónimos de esta zona.¹² Basta con los nombres de lugar. Una *villa Ezkerra*, no lejos de la *defesa de Petroso*, aparece varias veces, junto a nombres tan claramente románicos como *ad Fontem tabulatam* ‘Hontablada’ (61, 979), o *Valleviride* ‘Valverde’ (171, 1062), del mismo modo que *cum toto valle de Balza* es mencionado al lado de *Felectares* y de *Lacunaputia* (140, 1049). En el documento ya citado (89, 1022), en que constan los nombres de *Acha Vita* y *Nunno Valza de Seroiana*, y el de *dompus Munio de Cizarraga* (alias de *Lizarraga*, alias de *Fraxeneta*), ocurre también un lugar llamado *Chovaharan*, es decir, ‘valle de la cueva’, si se acepta que, como ocurre a menudo en esta colección, *ch* representa /k/, incluso ante vocal no anterior: *Onnecha* = *Onneca*, etcétera.¹³

Por lo antedicho, que está lejos de ser exhaustivo, me parece, 59
pues, ineludible la conclusión de que en la cuenca alta del Tirón, en torno a San Miguel de Pedroso y más acaso en las tierras altas que en la vega, hubo durante siglos una población, mayor o menor, de habla vasca. Podría pensarse que la lengua, que ha dejado rastros en los documentos más antiguos, desapareciera pronto. Con todo, quizá no sea así, ya que todavía a finales del siglo XI (278, 1090) hallamos registradas *alias duas terras in Zavallazu*, *alia terra in Haranna* y, más que nada, *alia terra in via de Espinosa sub Mendico Zorroza*, topónimo que se repite literalmente en Mañeru

¹² Cf., por recoger alguno, *Obeco Urcegui* (55, 969), *Azenari*, *Hanni*, *Hamusco*, *Narriate*, *Hulaquide* (58, 972), *Anderazo* (89, 1022), etc.

¹³ Cf. J. E. Uranga y F. Iñiguez, *Arte medieval navarro*, Pamplona 1971, I, pp. 53 s., sobre los dos grupos de iglesias excavadas al otro lado del Ebro: «El más vistoso está en Laño, su nombre *La Goba* (La Goda?) nos dice poco». Conociéndose como se conoce la lengua que se hablaba por allí, se diría que *La Goba* no es sino la romanización de vasc. *goba*, det. *gobea* ‘la cueva’, variante *koba*, conocido y usado además de vasc. *le(i)ze*, con ese valor. No discuto, como es natural, su procedencia románica. De *Seroiana*, con una ligera variación, hay una nueva mención (107, 1033) en la misma zona: *et inter eandem vineam et ripam discurrit strata ad Seroianum*.

(*Mendico çorroça*), en 1213. No hace falta recordar la *villulam que dicitur Mendicu* (200, 1070), mucho más cerca del Ebro.

5. Las gentes de San Miguel de Pedroso debieron de conservar largo tiempo una cierta personalidad, ya que el penúltimo documento de la colección del padre Serrano (310, 1142), un tanto chocante aquí por su carácter popular, poco señorial y eclesiástico,¹⁴ confirma su derecho basado en la costumbre *ut pergant per mediam villam de Puras ad cedenda ligna ad cremandum*, quizá en parte para hacer carbón, *et ad cedenda ligna ad domos edificandas in montibus de Aucha et in montibus de Puras*. Alfonso VII, ante la queja directa de los de San Miguel (*quia illi homines populatores S. Michaelis, y no sus supuestos representantes, venerunt ad nos cum magna roncura* [sic]), se lo reconoció frente a los de Puras, paso al parecer obligado, y a los de Oca, a cambio de una compensación que no parece demasiado elevada.¹⁵

Éste es el final de la historia en la documentación aquí considerada. Lo que es singular es su principio, que es un simple pacto por el que se establece una comunidad de religiosas. No hay, ni entonces ni después, mención de fundadores llegados de León o de otras partes, que pueblan, plantan y roturan nuevas tierras, edifican con sus manos desnudas basílicas desde los cimientos y dejan como herencia bienes abundantes y variados. Así lo señala García de Cortázar,¹⁶ al hablar de «la colonización inicial, protagonizada por siete de esos ocho monasterios»: «Prescindo de San Miguel de Pedroso, cuyo primer documento fechado en 759 no hace relación a ninguno de los fenómenos que aquí me interesan y del que no vuelve a encontrarse mención hasta el 945, fecha posterior, por tanto, al nacimiento de San Millán». Una hipótesis nada descabellada en apariencia consistiría en admitir que no hay mención de tales fe-

¹⁴ García de Cortázar, p. 324, lo recoge, sin embargo, entre las confirmaciones enderezadas a resguardar y defender el patrimonio de San Millán.

¹⁵ *Et illi populatores S. Mikaelis dent in unoquoque anno pro consuetudine duoparia de avarcas bovinas et unam cenam illis montanariis de Auka per omnia secula*. No deja de ser paradójico que algunos productos de la historiografía reciente parezcan escritos, sobre una documentación prefabricada, *ad maiorem monachorum gloriam*.

¹⁶ P. 112, n. 40, y ya antes, p. 98: «Sin embargo, como, desde tantos puntos de vista, San Miguel de Pedroso resulta una sobria excepción, parece necesario, tras haber descrito sus características, volver al norte y coger allí el hilo del proceso colonizador hacia el sur».

nómenos, por la simple razón de que no se dieron, al menos con la importancia (por mucho que se rebaje en alguna de las *fazañas* que se nos cuentan) que tuvieron en otras partes. Que aquí, en otras palabras, se mantuvo *in situ*, desde tiempos antiguos, una población bastante estable.

A propósito del abad Vítulo y familia y de su obra en Taranco y Burceña, etc., me parece que la abundancia de topónimos que se citan desde el primer momento indica que el territorio de Mena estaba muy lejos de hallarse despoblado e inculto. Su mismo carácter, de raíz latina y no románica en bastantes casos, habla en favor de su antigüedad: cf. *in civitate de Area Patriniani*, tantas veces comentado (no es una *villa*), *in caput aqua* que es posiblemente el *Cadagua*, todos en el primer documento (2, 800); *in loco cui dicitur Traitorio, via de Traitorio* (3, ad.), que recuerda los *Traiecta* romanos,¹⁷ etc. Por otra parte, aunque esto nada tiene que ver con la lengua de ese valle, se diría que García de Cortázar exagera algo el desconocimiento o la desafección de «los vascones» en cuanto al cultivo de los cereales y de la vid.¹⁸ Al fin y al cabo, *ardantze* ‘viña’ es uno de los términos mejor atestiguados en la toponimia medieval. Los mismos *torculares* aquí mentados están directamente representados en lengua vasca por el extendido *dolare* ‘lagar’: cf. *alia vinea in Tolares* (251, 1083).

6. Por lo que respecta a la zona de Oca, y en particular al monasterio de San Felices de Oca, incorporado después a San Millán,¹⁹ las cosas están mucho menos claras. Se menciona una *decania S. Saturnini de Eguzuza* (8, 863), denominación que tiene tanto de vasco como de irremediablemente deturpado. En el documento siguiente ocurren nombres del mismo carácter, pero referidos a lugares que, en su gran mayoría si no en su totalidad, estaban muy alejados de la Bureba.

En otro posterior (11, 869), consta *in Larrehederra una bacchariza*, junto a otras *in Arbor comparato, in valle Zarratone*, etc., pero queda una duda persistente. ¿Se trata del mismo *Larrehederra* de

¹⁷ Para lat. *traiectorium* (cf. alemán *Trichter*), véase Corominas s.u. *embudo*.

¹⁸ P. 99: «Si extendemos nuestra pregunta a un geógrafo... se sentirá entonces tal vez sorprendido de las menciones explícitas al viñedo y las menos expresivas —*fecimus culturas*— que parecen, en relación con otras menciones —*fecimus culturas et laborem*—, apuntar a una vocación cerealística, ocupaciones ambas a las que el geógrafo no considerará avocados a los vascones».

¹⁹ Para su relación con la historia del arte, véase Uranga-Iñiguez, I, pp. 20, 26, 37.

Espinosa del Monte o estamos, por el contrario, ante otro lugar homónimo? De ser cierto lo último, no solamente llevaban el mismo rótulo, sino que, además, estaban destinados al mismo uso.

Sea de esto lo que fuere, el caso es que, al menos en la documentación que se ha manejado, las huellas de la lengua vasca son mucho más borrosas en la cuenca del Oca, con inclusión de su curso más alto, que en las del Tirón o en las del Oja. Esto tanto puede deberse, por lo que alcanzamos a saber, a que se grabaran con menor intensidad como a que se debilitaran con más rapidez.

7. Aquí, en las cercanías del Tirón y del Oja, se da, precisamente no lejos del Ebro, un hecho nuevo. Mientras en la comarca de San Miguel de Pedroso no han aparecido nombres vascos de lugar mayor —o, si han aparecido, estaban más latentes que patentes, como ya se ha señalado—, aquí sí ocurren, y hasta con cierta abundancia. Bastará con remitir a los nombres en *-(h)uri*, que enlazan con sus análogos en la orilla alavesa del Ebro. Hay, por lo menos, *Bardahuri* (91, 1025), *Blascuri* (269, 1087) o *Bascuri* (271, 1087),²⁰ *Gipuzauri* (187, 1067), *Hatumanhuri* (217, 1075), *Harramelluri* (244 bis, 1080, etc.), *Izahuri* (250, 1082 = *Villahizán*), *Maruri*,²¹ *Mutilluri* (175, 1062), *Nafarruri* (200, 1070), *Nunnofalzahuri* (237, 1078), *Ogganduri* (compl. 45, 1101), *Ozturi* (285, 1095), *Semenohuri* (285, 1095; *Scemenurri* (200, 1070), *Vermuduhuri* (285, 1095), *Zufiuri* (285, 1095, etc.), además de algún nombre vivo todavía, como *Ollauri*, que no he acertado a documentar en esta colección. En la fundación de la iglesia de Orbañanos (10, 867) se menciona un *Margaluli*, de cuya situación no estoy seguro, ya que la *villa Semprun* (< *Semproni*) del mismo documento parece que debe ser localizado al otro lado del Ebro. Recuerdo ahora, porque no quiero pecar por omisión, que, entre el Oroncillo y el Ebro, se registran también, en relación con Bozó (270, 1087), *illo monasterio de Zaballa* e *illa vinea de Harrate*, denominaciones de cuyo linaje no cabe desconfiar.

²⁰ *Velascuri* en el mapa de García de Cortázar, pp. 216-217.

²¹ Cf. García de Cortázar, p. 316, n. 56. En su mapa ya citado hay un *Murcuri* (*Morcuri*, en Serrano p. lxxx), no muy alejado de la confluencia del Oja y el Tirón, probablemente distinto de *Maruri*, que parece ser *ma(u)ru* 'moro' + *-(h)uri*. Claro que *Morcuera* es algo muy distinto: cf. *in territorio quod vulge* [supongo será *vulgo*] *dicitur Falce Morchoria* (136, 1049), antigua propiedad de San Felices de Oca. Remito a Corominas, s.u. *miércoles*.

Tampoco cabe dudar de que en estos nombres *-(h)uri* es el equivalente vasco de *villa*, que tan a menudo llevan antepuesto en los documentos: cf., en Álava, *villa Ulibarrilior* (48, 952), lit. 'Villanueva seca'. Su primer elemento, cuando es hacedero identificarlo, es un antropónimo o un apelativo, que puede ir determinado, con frecuencia una indicación de origen o procedencia, como parece ser *Gipuzauri* o, sin artículo, *Nafarruri*, *Naharruri*. Sus correspondientes latinos o románicos son, entre muchos otros, *Villa Semprun*, ya citado, *Villamaterne*, *Villadolquit*, *Villa Duennea* o *Villa Veilagomiz* 'Villalómez' (73, 1007).

Para el primer elemento de *Hatumanhuri*, cf. *sennor Alvaro Scemenoz de Atumani* (174, 1055, *in locum quod dicitur Cerraton*), o mejor acaso, *Obtheman*, *Autemani*, nombre de testigos en documentos de Cardena.²² Aunque esto no tiene importancia alguna en el contexto actual, el antropónimo no suena a vasco. Acaso se podría decir que tiene aire árabe, si esto no fuera un mero reconocimiento de ignorancia.

La toponimia menor está de acuerdo con la mayor. En la donación de *quatuor kasatos populatos et uno deserto in villa nomine Herramellori* (187, 1067), se citan *alia terra in Gipuzauri*, *alia terra in Harrilucca* (*lucea*, claramente), *alia terra in Lacuzaballa*, *alia terra in Monnioguran*, probablemente *-guren*. 64

8. Sabemos con certeza, gracias sobre todo a Merino Urrutia, que el vascuense se seguía hablando en el siglo XIII en el valle de Ojacastro. Es, por lo tanto, puro efecto del azar si en la documentación utilizada no hay hasta tarde referencias a él, a pesar de su proximidad a San Millán: la primera que he encontrado (257, 1087), menciona *unum monasterium S. Salvatoris in valle qui dicitur Oggacastro, inter villas Valganon et villa Monnio Zerrakin*, que debe de ser el actual *Zorraquin*, además de un lugar denominado *Oggobarte*. Ezcaray, según García de Cortázar, no fue incorporado hasta el siglo XII.

Esto es una buena muestra de hasta qué punto hay que considerar aleatorias las conclusiones sacadas de unos materiales cuya distribución en el tiempo y en el espacio es también, para los efectos que aquí se toman en consideración, puramente aleatoria. El valle de Ojacastro, en todo caso, basta como indicio de que, tanto en el curso del Oja como en el superior del Tirón, la lengua vasca pudo

²² *Becerro gótico de Cardena*, XXIII (Rubena, 945), CXIII (San Julián, 971).

muy bien haberse conservado después de haber perdido, tras la romanización total de las orillas del Ebro, todo contacto con el núcleo central. Algo parecido ocurrió, según ha indicado Corominas, en valles muy orientales del Pirineo.

Este dominio de lengua vasca no alcanzaba, sin embargo, a la cuenca del Cárdenas y, con mayor razón, a la del Najerilla. El centro del dominio del monasterio de San Millán, tal como aparece delineado por García de Cortázar en la p. 220, está libre en la medida de lo posible de elementos vascos. Y este territorio es aquel para el que, por antonomasia, puede valer el argumento *ex silentio*. Su toponimia mayor y menor aparece enumerada una y otra vez.

65 Últimamente se ha vuelto a defender²³ que es vasco el nombre de una de las cinco ermitas cercanas agregadas a San Millán (23, 929): la segunda de las dedicadas a Santa María, *quod vulgo dicitur Cella Alboheta*. Esto no me parece del todo claro, del mismo modo que no estaba claro para los que anteriormente se han ocupado de la cuestión.²⁴ Se diría, en primer lugar, que en esta colección, *c* ante vocal anterior nunca representa /k/, que se escribe *qu*, *k* o *ch*, a diferencia de lo que ocurre con *g* que, en esa posición y sin ningún aditamento, sí puede estar por /g/: *cella*, más que a *vasc. gela*, puede apuntar a *rom. ciella, cilla*. Además, *albo* es muy poco frecuente en la toponimia vasca, y menos aún como elemento inicial: en las listas de Luis de Eleizalde, *RIEV* 13 (1922), 113-128, p. 122,^a no hay más que *Alboniga*, en esta colección *Albonica*, y *Alborrione*, nombre de aspecto nada antiguo de un caserío de Munguía. La alternativa sería un diminutivo árabe femenino, *al-buXayTa*, si es que existe: por *X* se indica una consonante posterior y por *T* una dental o interdental indeterminada.

9. La toponimia medieval de carácter vasco en tierras de la Rioja y Burgos está en estrecha relación con la que encontramos por las mismas fechas, al norte del Ebro, en territorio alavés. No

^a «Listas alfabéticas de voces toponomásticas vascas».

²³ Latxaga, *Errioxa'ko San Millan, euskal-iturri*, San Sebastián 1974, pp. 28 s., y A. Irigoyen en una conferencia dada en San Millán, de la cual sólo tengo referencias periodísticas. Ubieto, p. 191, da *quod vulgo dicunt Cella Alfoheta*, con *f*, no *b*.

²⁴ García de Cortázar, p. 27: «el nombre de *cella Alboheta*, que a Gómez Moreno parece árabe; por mi parte, no descartaría la posibilidad de que dicho apelativo fuese vasco». En su índice, el nombre va como «*Alboheta*, ermita».

se trata solamente de que los nombres de población en *-(h)uri* aparezcan, como ya se ha señalado, a un lado y a otro, sin solución de continuidad. La muestra que poseemos, por exigua que sea, permite afirmar sin lugar a dudas que el vascuence de la Rioja y Burgos nada tenía de navarro, si entendemos por tal el navarro por antonomasia, el de las zonas centrales de Navarra, documentado con abundancia más que suficiente.

La lengua meridional no coincide sólo con la alavesa, y con la 66 de los testimonios vizcaínos no demasiado copiosos, en la conservación de arcaísmos, que faltan en Navarra, pero no en la inscripción de Lerga, ya en la documentación medieval más antigua: la conservación de la aspiración y las consonantes *(-ll-, -nn-)* geminadas o fuertes, que en territorio navarro son excepcionales. También aquí, como en Álava y en Vizcaya, tenemos *huri* 'villa' o *baltz* 'negro', no *iri* o *beltz*. Esto es tan claro que no necesita ser subrayado.

La hipótesis de trabajo de García de Cortázar, presentada aquí mismo el año pasado,²⁵ de cuya verosimilitud histórica —en el sentido estricto de la palabra— no hay razón de dudar, parece, pues, necesitada de alguna corrección. Él la formulaba así: «Nuestra hipótesis de partida es la de que el reino navarro necesitó, a comienzos del siglo X, un área de expansión tanto para su población, como, probablemente, sobre todo, para su ganadería; que esta área se buscó al sur del Ebro, a través de la ocupación de una nueva zona geográfica; que la ocupación de esta región —la Rioja Alta— exigió la adopción de una serie de decisiones orientadas al acondicionamiento de una nueva comunidad en un espacio ocupado por otra...».

Acepto, en principio, que estas gentes de lengua vasca de que venimos hablando no son, como alguna vez se ha sostenido, un resto de una población de esa lengua que vivía ya allí en época romana y prerromana. Hubo, por lo tanto, en un cierto momento o durante una larga época, una migración de gentes vascas que cruzaron el Ebro y se establecieron en esa orilla. Pero estas gentes no eran en modo alguno navarras: se trataba de alaveses o, en todo caso, de vascos occidentales. Parece, por ello mismo, difícil que se trate de una política navarra, sin más especificación, planeada y dirigida por los 67 reyes de Navarra, o por sus consejeros.

²⁵ «La Rioja Alta en el siglo X. Un ensayo de análisis cartográfico sobre los comienzos de la ocupación y explotación cristiana del territorio», *PV* 34 (1973), 309-335. La cita está tomada de pp. 309 ss.

10. En cuanto a la extensión, ya que es difícil juzgar de la densidad, de esta penetración, no tengo mayor interés en tratar de probar que fue mayor de lo que se ha dicho. Más bien quisiera introducir algunas limitaciones a afirmaciones que me parecen excesivas.

García de Cortázar, tomando pie de la antroponimia, que aquí hemos dejado de lado por razones de principio, estima que «la segunda» (capa, vasca o vascongada) «aparece indistintamente en todo el espacio físico estudiado».²⁶ La toponimia, como hemos razonado, dice algo muy distinto. Esta capa se difundió mucho hacia el oeste, como lo demuestra aun nuestra muy defectuosa documentación, hasta cerca de Burgos. No así al otro lado. Su límite puede ponerse con una seguridad razonable en la divisoria de aguas del Oja y del Najerilla, con su afluente el Cárdenas. No trato de sugerir, en manera alguna, que no haya el menor rastro de vasquismo al oriente de esa línea. Pero no creo que haya más allá ningún núcleo de alguna consistencia de que valga la pena de hablar.

El conocido mapa de Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, en que aparece, entre otras, el «límite dentro del cual el vascuence predominaba aún hacia los siglos IX-X», está diseñado con el rigor que siempre distinguió todos sus trabajos. Me atrevería, sin embargo, a hacer en él algún retoque, no para ampliar esos límites, sino para reducirlos ligeramente. Esta modificación, vuelvo a insistir, estaría basada en la documentación que he manejado, que no es sino una parte del conjunto de la información que se posee. Y aun esta masa en su totalidad, huelga decirlo, está formada por testimonios fragmentarios e irremediabilmente incompletos.

68 Los cambios que propondría son dos. Está, de una parte, el límite oriental, de que ya se ha hablado. De otra, la línea sobre el Ebro. Las fronteras marcadas por Menéndez Pidal abarcan desde la cuenca occidental del Omecillo, de nombre característicamente latino, hasta la desembocadura del Najerilla, con salientes hacia el este, en torno a Nájera, que queda fuera, y en el curso alto del Iregua. Aguas arriba del Ebro, la línea se desvía hacia el oeste, hasta Quintanarroz, de una parte, y hasta las cercanías de Burgos, de otra, dejando en medio el entrante románico de Briviesca.

Mi impresión es más bien que la extensión de la zona de habla vasca al norte del Ebro muestra un claro estrechamiento, hasta formar

²⁶ Art. cit., p. 329.

una especie de cuello o pasillo que, en la orilla alavesa, está reducido a las cuencas del Bayas y del Zadorra, con su afluente el Ayuda, por *Irzu*, *Revendeca* 'Revenga', *Olhaerrea* y *Bardahuri* «in Ossingani» (91, 1025). No hay mucho que tenga aspecto vasco al sur de la sierra de Cantabria y, más al este, de la de Codés.

A esta línea corresponde en la orilla meridional el trecho que media entre el Oroncillo y la cuenca del Tirón y del Oja. Las apariencias parecen indicar que la lengua fue llevada desde ahí, por la orilla sur, hacia los Obarenes. Los claros rastros vascos que hallamos al norte del Oroncillo hasta el Ebro no tienen equivalente, por lo que puedo juzgar, en la orilla enfrentada, cuya toponimia es completamente románica, en la medida en que es hacedero aventurar afirmaciones tan rotundas.

11. Queda por tratar la cuestión más delicada: la fecha de este cruce del Ebro, si se me permite la expresión. O, más precisamente, la época en que gentes de habla vasca empezaron a pasarlo ya que, con toda probabilidad, se trata de algo que no ocurrió de una vez, sino que se continuó, con intensidad creciente o decreciente, durante largo tiempo, acaso durante siglos.

Estamos aquí, a mi entender, ante una alternativa clara. O se acepta la autenticidad del documento fundacional de San Miguel de Pedroso, junto con su fecha, o bien se rechaza aquélla o se modifica ésta. En el primer caso, y recuerdo que García de Cortázar apoyándose en varios autores considera que la escritura ha salido indemne de los embates de la crítica, estamos más o menos donde estaba el padre Moret (véase § 4, arriba): si no precisamente «en los tiempos de los godos», gentes de habla vasca habían remontado el Tirón mucho antes del siglo X. Habría que defender, por consiguiente, una opinión intermedia entre la de aquellos que, como Merino Urrutia, defienden una antigüedad que para los efectos prácticos no data, y la de los que, hoy mayoría al parecer, hablan de una ocupación reciente. Esto implicaría también que esta expansión no es navarra, en el sentido diferencial de la palabra (sin negar por ello que la política navarra contribuyera, allá por el siglo X, a reforzar núcleos ya existentes),²⁷ sino más bien, y un tanto paradójicamente, «castellana».

69

²⁷ Para la importancia cultural, que tenía como es natural bases de otro género, de la Rioja en el siglo X, en contraste con el esplendor de los monasterios navarros en el siglo anterior, véase J. M.^a Lacarra, *Historia política del reino de Navarra*, Pamplona 1972, I, pp. 171 ss.

70 No faltan momentos, ni siquiera siglos, en que estos movimientos son imaginables. Para resumir hechos más que conocidos, los vascones y sus vecinos se habían conservado, por decirlo con palabras de Orosio, más apegados a su *pauper libertas*, por rústica que fuese, que a la *tributaria sollicitudo* que les ofrecía, con las tentaciones de la cultura, el orden romano. Esto, sin hablar de dificultades anteriores, obligó al Bajo Imperio a formar frente a ellos un sistema de contención que, aunque no fuera un *uallum* como los de la Gran Bretaña, no dejaba de ser por ello, aunque modesto, un verdadero *limes*. No hace falta insistir en la larga relación de los conflictos, precisamente a lo largo de esa zona, entre los visigodos y la gente del norte. No deja de ser curioso, sin embargo, que, cuando los vascones inician expediciones fuera de su territorio, lo hagan por lo general hacia Zaragoza, y también hacia el Garona.²⁸ Pero esto no excluye en absoluto que también se produjeran movimientos pacíficos en otra dirección. Por ejemplo, muchas gentes cruzaron así el Danubio para establecerse en tierras imperiales.

Pero, del mismo modo que en el siglo X y en el primer tercio del siguiente, el poder político navarro trata de extenderse hacia el sudoeste y no hacia el este, río abajo, por las riberas del Ebro, sería natural pensar que el excedente de población de Álava y zonas vecinas buscó salida en las cuencas del Oja y del Tirón, del Oca y del Arlanzón, y en la comarca de los Obarenes. Por cuanto alcanzamos a saber, esta penetración fue pacífica en la medida de lo posible y no mereció, por ello mismo, el honor de ser mencionada en las crónicas. Su supuesto natural, una superpoblación del solar nativo, relativa siempre a la extensión y recursos del territorio, parece claramente aceptable. Lo que después se llamó País Vasco ha sido tradicionalmente una zona de emigración y tenía que serlo, con mayor razón, en una época en que, a juzgar por la falta de testimonios que indiquen otra cosa, su renombrada vocación marinera, despertada por contactos tardíos, no existía todavía.

Una última observación. Si las conclusiones sacadas del examen de la toponimia tienen algún valor, no hubo nunca en las zonas a que nos estamos refiriendo una «ocupación» árabe que fuera más allá del control militar y, en algún aspecto, político. Los inmigran-

²⁸ Véase ahora A. Barbero - M. Vigil, *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Barcelona 1974 (las palabras de Orosio están entresacadas de la p. 93). Como resumen, M. Vigil, *Historia de España Alfaguara*, Madrid 1973, I, pp. 432 ss.

tes vascos, no musulmanes, se establecieron entre gentes, también no musulmanas, románicas de lengua. Los árabes, la población árabe de lengua, no aparece en parte alguna, si no es de manera aislada y excepcional. También es de suponer que la población ya asentada no fuera demasiado densa. Como el abismo llama al abismo, tiene que haber un cierto vacío para que gentes ya asentadas, aunque se ganen la vida con dificultad, se decidan a buscar nuevos solares en otro país. Y, evidentemente, los que llegaron primero debieron de difundir noticias lo bastante tentadoras como para atraer a los que iban a seguirles. 71

No estamos probablemente en mal momento para volver una vez más sobre los problemas, muy diversos y nada simples, relacionados de una u otra manera con las lenguas de Navarra. Si bien es verdad que la lingüística se adentra cada vez más por caminos que al no iniciado —y hasta a muchos iniciados— se le antojarán de un formalismo abrupto y como deshumanizado, no es menos cierto que ésta, desde hace ya bastantes años, dedica una atención cada vez mayor a los problemas de coexistencia, más o menos pacífica, de lenguas, tanto en los individuos como en las colectividades. Se han multiplicado los esfuerzos para constituir un instrumental de conceptos y métodos que permita un mayor rigor en estos estudios.¹ La sociolingüística, más naciente que adulta, trata ante todo de darles una nueva dimensión, en una estratificación que podemos llamar vertical, que complete la visión plana de la dialectología antigua y eterna.

En nuestro caso particular, también se perciben señales que dan fundamento a la esperanza. Hay que consignar, en primer lugar, que aquí los historiadores han mostrado desde hace tiempo una sensibilidad por los hechos lingüísticos, que contrasta favorablemente con el desinterés, que puede llegar hasta la indiferencia, de

Homenaje a don José Esteban Uranga, Pamplona 1971, pp. 199-214; *PT*, pp. 73-85. [N. de los eds.: véase, al final del artículo, el codicilo de 1987].

¹ Es de justicia señalar que, en Europa, en contraste con la actitud más bien fría de las corrientes del estructuralismo clásico, André Martinet ha sido, como autor y como impulsor, un gran abogado de estos estudios. Baste con citar, por brevedad, las dos obras colectivas recientes dirigidas por él: *Le langage* (*Encyclopédie de la Pléiade*, 25), París 1968, y *La linguistique. Guide alphabétique*, París 1969.

que las gentes del gremio suelen hacer prueba a menudo cuando se trata de la historia de otros países. La documentación, por otra parte, es abundante a partir de ciertas fechas —lo cual no significa, por desgracia, que sea ni bien conocida ni demasiado accesible—, sin ser abrumadora e inabarcable. Finalmente, y por fin, los lingüistas parecen sentir la atracción creciente de un campo que se promete naturalmente fértil.

Uno de estos signos esperanzadores es la aparición de *Fontes linguae Vasconum*, proyecto y realización de don José Esteban Uranga, que ha entrado ya en su segundo año. Otro, la publicación de dos trabajos de Fernando González Ollé, unida a la promesa de un libro próximo.² No son los únicos, pero sí hasta ahora los más visibles.

Voy a tomar como punto de partida estos dos artículos, no para completarlos o corregirlos, pretensión absurda, sino simplemente para comentarlos. Más que de definir en tono más o menos dogmático el estado actual de los problemas, se trata de suscitarlos.

Lo que sigue se refiere en lo esencial a la Navarra medieval, y más precisamente a la de los siglos XI-XV. Ya he indicado en otro lugar, no sin precedentes, y me limitaré aquí a recordarlo, el valor que podría tener el estudio de los grupos marginales, tanto desde el punto de vista lingüístico como desde otros. Tenemos, primero, la población musulmana, por decirlo de alguna manera, bastante bien circunscrita a una parte de Navarra, en la medida en que conocía y empleaba el árabe para unos u otros usos, y, a su lado, los restos mozárabes que no son escasos, a mi entender, aunque sí esporádicos y difícilmente aislables, en Navarra. Como comunidad también marginal tienen particular interés los judíos, tanto por lo que respecta a su lengua diaria³ como por lo que toca al hebreo, idioma que du-

² «La lengua occitana en Navarra», *Revista de dialectología y tradiciones populares* 25 (1969), 285-300, y «Vascuence y romance en la historia lingüística de Navarra», *BRAE* 50 (1970), 31-76. El libro, que ha visto ya la luz (Pamplona 1970), se titula *Textos lingüísticos navarros*.

³ La de los de Guevara, uno de los muchos nombres de raigambre vasca que han alcanzado resonancia mundial, por ejemplo, era el vascuence, por lo que se deduce de la conocida anécdota que he comentado en *Textos arcaicos vascos*, Madrid 1964, pp. 144 ss. Los de Guevara tienen todavía remoquete de judíos, según tengo oído, aunque no lo mencione G. López de Guereñu, *Voces alavesas*, Bilbao 1958, pp. 357 ss. Esto trae a la memoria la frase corriente sobre los Echeverría y

rante tantos siglos ha gozado de un estatuto especial. Pero todo esto requeriría la aportación de especialistas, entre los cuales no puedo según toda evidencia incluirme.

Una cuestión que voy a dar de lado en estas consideraciones es la que toca a los orígenes (más o menos) últimos de la lengua vasca. Si por origen se entiende el origen último, entonces la respuesta de hoy, y probablemente la de siempre, es sabida. Se resume en el *ignoramus, ignorabimus* que nació en el XIX, siglo que goza de una reputación no del todo merecida de satisfecha seguridad en su saber, que no se ha popularizado en la práctica tanto como debiera. Y, puesto que se trata de un tema folklórico aunque no se quede sólo en folklore, lo mismo da aceptar la explicación del Príncipe de Viana: «E de los alanos, que arriba hemos hablado, salió el vascuence, e poblaron Alaba e toda la tierra vascongada».⁴

Valdría la pena, sin embargo, de decir unas palabras, ya que no sobre los orígenes, sí al menos sobre los límites antiguos de la lengua, en época romana o inmediatamente anterior. Dejando a un lado lo que J. Caro Baroja llama el «comeyo del Este»,⁵ se sigue debatiendo la situación de las fronteras occidentales. Y, a este propósito, me gustaría afinar en la valoración de uno de los argumentos de los partidarios de la «vasconización» lingüística de las llamadas Provincias Vascongadas. La separación administrativa entre los vascones, adscritos al convento cesaraugustano, y los várdulos, etc., asignados al cluniense, tiene una cierta fuerza, puesto que se considera que los romanos tenían por costumbre juntar afines

los gitanos. No es verdad, en contra de lo que ésta afirma, que todos los Echeverría sean gitanos, pero sí es cierto que todos (léase muchos) los gitanos se llaman Echeverría. Es decir que los gitanos, en la medida en que se han mezclado con la población sedentaria, han tomado apellidos de los más corrientes en el país: he conocido una familia apellidada Aguirre que, si no me equivoco, era de ese origen. Pero todo lo relativo a los gitanos y la lengua vasca está por estudiar. No sé si es necesario citar a Carmen y a don José, el de Elizondo, ya que casi todo el mundo parece conocerlos más a través de Bizet (o del autor, para mí incógnito, del libreto) que por Mérimée.

⁴ *Crónica de los Reyes de Navarra*, ed. Yanguas y Miranda, Pamplona 1843, p. 10. Claro que, al parecer, los alanos eran de lengua originariamente irania, es decir, no germánica, pero sí indoeuropea. Me atrevo a insistir sobre la necesidad de una investigación acerca de la historia de *vascondado* y *vasco*, teniendo en cuenta el latín y otros romances.

⁵ «Observaciones sobre el vascuence y el Fuero General de Navarra», *FLV* 1 (1969), [61-95], pp. 82 ss.

con afines, respetando los hechos establecidos: esto, naturalmente, siempre que tuvieran interés en respetarlos y no, por el contrario, en deshacerlos. Pero esto está lejos de ser una verdad absoluta: la frontera entre Galia e Hispania era algo mucho más tajante que los límites que separaban dos conventos jurídicos y sabemos, sin embargo, que hablas éuskaras existieron a uno y otro lado del Piri-neo. Tampoco la frontera hispano-francesa histórica ha seguido, ni mucho menos, límites lingüísticos. En realidad, más bien ocurre al revés: que esa frontera, como otras, ha tendido a convertirse, por ser frontera precisamente, en límite también lingüístico, pero esto es el efecto, y no la causa.

Por otra parte, «étnico», aun entendido en el sentido más amplio y menos racista posible, no es sinónimo de lingüístico. Había algo, y aún mucho, en común, además de su ideología más o menos explícita, entre, digamos, *Chapalangarra*, Espoz y Mina, y Leguía, pero esta coincidencia «étnica» encubría una profunda diferencia lingüística⁶ que acercaba, por el contrario, Leguía a Gaspar de Jáuregui, «étnicamente» guipuzcoano, sin embargo. La larga y encarnizada enemistad entre guipuzcoanos y navarros⁷ daría mucho más sólido fundamento a una teoría de su diversidad lingüística, pero, como aquí los hechos de lengua nos son directamente conocidos, nos abstenemos de formularla.

No sé exactamente cuáles son las razones que tiene Sánchez Albornoz para afirmar que «las tribus vasconizadas», precisamente a partir del siglo V, «crearon... sus propios dialectos del vasco».⁸ Si esto significa que las divergencias atestiguadas *pueden* no ser anteriores a esa fecha, no voy a negarlo, puesto que sabemos demasiado poco acerca del ritmo de los cambios lingüísticos. Pero que puedan

⁶ Lo pintoresco es que, a simple vista y sin salir de nombres y apodos, el de Lodosa parecería a muchos el más vascónico de todos ellos.

⁷ Sus raíces, nada claras, ¿no remontarán ya hasta la Antigüedad?

⁸ Aquí, como en otros lugares, remito a las referencias de González Ollé. Las palabras citadas parecen suponer que, al occidente, la divergencia se produjo a partir de una lengua «vascona» poco diferenciada, importada desde Navarra; aquí, con inclusión de la Navarra de Ultrapuertos, la división dialectal atestiguada tendría que tener orígenes más antiguos. Sin embargo, como es bien sabido, es el límite oriental del vizcaíno el que, entre todos, tiene perfiles más abruptos, por la acumulación en corto espacio de un gran número de isoglosas. ¿Por qué esto, si son relativamente recientes?

no ser anteriores no significa que no puedan ser anteriores.⁹ Nos movemos en los limbos de la posibilidad pura, donde no es sensato negar nada (*possibilia non negabo*, siguiendo el sano consejo escolástico), pero donde falta suelo firme para asentar nada sólido. Con todo, los que afirman y los que niegan no están en paridad de condiciones. Por un principio universal de economía, son los que afirman la realidad de una migración, en otras palabras Sánchez Albornoz y los que piensan como él, los que cargan, como el fiscal en un tribunal fundado en derecho, con el *onus probandi*; no los que, sin negarla (¿para qué van a hacerlo?), se limitan a decir que no les consta que existiera.

Ahora bien, si nos atenemos a la distribución geográfica de los fenómenos lingüísticos, se constata a primera vista que una buena parte de las isoglosas vascas corren de norte a sur.¹⁰ Para ser más precisos, corren de noroeste a sudeste, no de noreste a sudoeste, como sería de esperar dentro de la hipótesis que comentamos. La denominación de «guipuzcoano de Navarra» (Burunda, parte de la Barranca, Ergoyena), fraguada por Bonaparte, no es del todo arbitraria, ya que se funda en bastantes rasgos, más «occidentales» acaso que «guipuzcoanos». No es menos occidental la toponimia de Lana; añádase que hoy se puede asegurar que el vasco de Sabando (Álava), no muy lejos de ese valle, se caracterizaba por un conjunto de particularidades completamente occidentales. Muchas de ellas son de las que, con razón o sin ella, se suelen considerar típicamente vizcaínas.¹¹

205

⁹ No se trata de un juego de palabras, sino de expresar una diferencia radical que la lógica modal permite indicar de una manera mucho más precisa, aunque acaso menos pintoresca. Es evidente que «no pueden ser anteriores» significa que son necesariamente posteriores.

¹⁰ Prescindimos ahora de las que van de este a oeste, a lo largo de la vieja frontera: la más conocida es seguramente la que queda determinada por la presencia o ausencia de *h*. No ha sido siempre (¿hace falta repetirlo?) la de hoy. En la Alta Navarra, por ejemplo, ¿cuántos siglos hace que la aspiración falta en baztanés?

¹¹ Hablo de las composiciones poéticas del hermano Juan Bautista Gámiz, nacido en Sabando en 1696, que vivió en Pamplona ya desde 1730: aquí escribió probablemente sus versos castellanos y vascos. Véase Juan Goicoechea Maiza, S.I., [«Gámiz arabar euskal olerkaria»], *Egan* 1968, 3-5, a quien debo una copia del texto vasco, ya publicado en 1923 por el padre Joaquín Iriarte. Claramente occidentales (recuerdan la poesía premiada en Pamplona en 1610) son, por ejemplo, *alan* 'así', *bategas* 'con uno', *biralduedazu* 'enviádmelo (vos)', *er(o)an* 'llevar', *espadagos* 'si no están', *espanac* 'los labios', *izten dut* 'lo dejo', *nauco* 'me tiene', *vleac* 'los cabellos', etc., además de formas del auxiliar transitivo como *dust* 'me lo ha',

Esto, que no es concluyente, es un indicio tan válido como muchos otros que en este debate se aducen. Sabemos muy poco de cronología absoluta; entre los fenómenos se puede a lo sumo establecer una ordenación relativa parcial, cuyo correlato real tiene que ser, descontadas algunas reordenaciones sobrevenidas en el curso de los siglos, una sucesión en el tiempo real.¹² Tampoco puede fijarse una correspondencia biunívoca entre geografía e historia, pero es creencia universal que la forma y disposición de las áreas refleja de alguna manera los acontecimientos pasados.

Cuando se habla de la extensión y densidad del vascuence en Navarra (tema curiosamente más vidrioso que el de la misma lengua en Vizcaya o en Álava, por ejemplo), se navega siempre entre Escila y Caribdis. Hay un notable divorcio entre lengua escrita y lengua hablada, que no deja de ser muy molesto para el historiador. Ésta, la lengua hablada, que *hic et nunc* es la realidad primera e inmediata, se convierte para él en algo que sólo puede adivinar al trasluz de la letra escrita.¹³ No es, pues, extraño que en estos casos

duztazu ‘me lo habéis (vos)’, *duzco* [sic] ‘nos lo ha’. Se confirma, una vez más, que formas verbales bipersonales como *dut*, *duzu* (junto a *degu*, *deugu*) no eran exclusivamente orientales.

¹² Las bases teóricas de la dialectología están poco seguras en estos momentos. Personalmente, no creo que los hechos de léxico (con inclusión de cuanto toca a la materialidad, a la configuración fónica, de los «formantes» usados como señal) tengan la pertinencia que el uso les confiere en este género de estudios. No es descabellado pensar que su distribución, como la de los genes de una población, es más o menos aleatoria. Tendrán que ser las «reglas», y en primer lugar las reglas fonológicas, las que constituyan el apoyo más estable de una clasificación y ordenación temporal.

¹³ Como siempre se debe ir de lo mejor conocido a lo que se conoce peor me permito citar, a pesar de su extensión, de un documento de finales del XVII que transcribe Caro Baroja, *La hora navarra del XVIII*, Pamplona 1969, p. 75, n. 120, porque me parece la mejor ilustración a lo que traté de establecer en «[Notas lingüísticas a *Colección diplomática de Irache*]», *FLV* 1 (1969), [1-59], pp. 20 ss y 40 s.: «...y que la variación de *Latadi* a *Latadia* consistía en la lengua vasquense que en sus acentos finales, y pronunciación añadía en algunos apellidos algunas letras de manera que los hacía al parecer diferentes, como en el apellido de Iturralde-Iturraldea, en el de Echeuerz-Echeuerzea... en el de Echeniqui [sic] —Echenique-rena— y otros a este modo que en dicha lengua y conversación común corren así, y si los curas, y scriuanos no ponen espezial cuidado incurrén asimismo en lo escrito en estos acentos finales, y se hallan a cada paso dichas variaciones». Esto, traducido, equivale a decir que los «acentos» (que también se llamaron «artículos») son desinencias cuya adición o supresión era un tanto facultativa, cuestión de estilo, no sin relación probablemente con el hecho de que entre nosotros ha sido o

la gente propenda a dos interpretaciones extremas e igualmente exageradas: la que, bajo la superficie casi lisa de los textos latinos o romances, ve un sustrato vasco no menos uniforme como única realidad lingüística primaria y la que, a la inversa, se resiste a reconocer un sustrato poco manifiesto y se contenta con la mera apariencia. Hay, sin duda, un término medio razonable, al cual no siempre es fácil atenerse en la práctica, que fue expresado de manera perfecta por Lacarra: «Al historiar la Edad Media del País Vasco nos asalta constantemente la preocupación de estar reconstruyendo el pasado de un pueblo que se expresa por escrito en un idioma que no es el que habla, y que el suyo se le escapa a través de los documentos».¹⁴

Los testimonios en que se puede fundar un juicio pueden acaso clasificarse en dos grupos: (1) escritos (en el límite, frases o hasta palabras sueltas) en una lengua, traducidos o no, donde hay que incluir los nombres propios cuya adscripción a una lengua determinada va afectado siempre de un coeficiente de inseguridad; (2) las pruebas explícitas, redactadas en cualquier idioma, que establecen que una lengua se hablaba más o menos en determinado momento y en determinado lugar, que también pueden informarnos sobre el carácter de la lengua.¹⁵

bien el apellido o bien la casa solar lo que alternativamente ocupaba el foco de la atención: *Latadia*, pero *de Latadi* (vasc. *Latadiko*, con artículo subyacente pero no manifiesto en la superficie: cf. top. *Apathea*, [«Notas lingüísticas...»], *FLV* 1 (1969), p. 39, n. 16, sobre *apate* 'abad', *Casa de Unidea*, 45, sobre *unide* 'no-driza'). En *Echeuerz / Echeuerzea* (cf. vasc. *ber[t]ze / ber[t]zea*) juega además un fenómeno de adaptación al romance: eliminación de *-e* tras ciertas consonantes o grupos consonánticos, lo mismo que en *Repáraz / Reparacea* (vasc. *baratze / baratztea*), etc. Entre las adiciones podía estar también *-ren*, sufijo de «genitivo», más el artículo determinado *-a*: cf. *Unidea, unam casam scilicet de Unidea in Sagues, la casa de Unidea*, es decir, *Unide-a-ren-a*, en la colección de García Larragueta.

¹⁴ *Vasconia medieval. [Historia y filología]*, San Sebastián 1957, p. 9.

¹⁵ Así, p. ej., lo que fray P. A. de Añibarro, muerto en 1830, escribía sobre Roncal y el roncalés: «En este Valle ya no se predica en vascuence: y aun el que usaban antes era enteramente distinto del bascuence navarro». Véase «Una lista de pueblos vascongados de Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra, de principios del siglo XIX», ed. del padre Villante, *BAP* 12 (1956), 433-446. Para comienzos de nuestro siglo, cf. B. Fagoaga, «Datos para la geografía histórica del euskera en Navarra», *Euskera* 7 (1962), 205-213. Contiene también datos importantes sobre Pamplona bien entrado el siglo XVII, y una interpretación, que bien puede ser correcta, de un texto conocido de Leire (*proprium uocabulum sortitum est Urda-sacu*).

207

La documentación vasca que presenta González Ollé constituye sin duda una muestra que en manera alguna pretende ser exhaustiva.¹⁶ Todos estamos convencidos de que la lista de frases vascas en manuscritos medievales no está cerrada: hay por ello las mejores esperanzas de que durante mucho tiempo se sigan descubriendo y publicando otras, aunque parezca ilusorio creer que puedan aparecer textos extensos redactados en esa lengua. Lo que ya no es del dominio público es que haya un número relativamente grande de obras impresas en los siglos XVI y XVII que no ha llegado hasta nosotros.

Cojamos el primero. El libro de Dechepare, *Linguae Vasconum primitiae* —el primero que fue puesto en letras de molde, según proclama con orgullo su autor—, se conoce por un solo ejemplar, impreso en Burdeos, en 1545, por François Morpain. Pero un inédito de Oihenart¹⁷ nos informa ahora de que fue reimpresso en Rouen por Adrian Morront, edición que no ha dejado otro rastro. De la *Doctrina* de Sancho de Elso no queda más que alguna noticia bibliográfica: no se sabe siquiera si corresponden a ella los fragmentos de un catecismo navarro, desconocido por lo demás, que publicó y comentó Ángel Irigaray.¹⁸ Sólo se salvó un ejemplar, hoy ya perdido, de los *Refranes y Sentencias* impresos en Pamplona en 1596, que además era incompleto.¹⁹

El mismo año, salió a la luz en Bilbao el catecismo de Betolaza: no parece conocerse más que un ejemplar, que casi no ha vuelto a ser accesible hasta 1955. En todo el siglo, la única excepción, que no hace sino confirmar la regla, es la obra de Leizarraga. Pero Juana de Albret, reina de Navarra, cuyas armas adornan la magnífica edición de La Rochelle (1571), no era un simple particular; tampoco

¹⁶ Falta, al parecer por olvido, según creo, la mención de las frases vascas en la carta de Juan de Irañeta a Pedro de Ibero, en 1549.

¹⁷ Pierre Lafitte, *L'art poétique basque d'Arnaud d'Oyhenart* (1665), Bayona 1967 (separata de *Gure Herria*), que contiene algunas nuevas muestras de verso vasco, por desgracia pocas, y abundantes noticias desconocidas sobre la literatura.

¹⁸ «¿Se trata de la Doctrina de Sancho de Elso?», *PV* 24 (1963), 249-253. No procede de Elso, aunque es muy probablemente navarro, el Credo que se recogió en obra impresa en Roma, en 1614. Véase M.^a M. Bidegáin, «Textos vascos antiguos», *ASJU* 1 (1967), [179-195], pp. 185 ss.

¹⁹ En el capítulo tercero de *Estudios sobre las fuentes del diccionario de Azkue* (Bilbao 1970), me ocupé del «Suplemento» al *Diccionario trilingüe* de Larra-mendi como fuente indirecta de esa colección de refranes. También lo es Oihe-nart: cf. J. de Urquijo, «De paremiología vasca. Oihenart conoció los *Refranes y Sentencias en vascuence* de 1596», *ASJU* 1 (1967), 3-44.

la Reforma, aunque no tuviera mayor fortuna por aquí, era un movimiento de los que se dan todos los días. El balance es bien significativo: de seis ediciones conocidas de obras vascas, dos se han perdido, tres se han salvado en ejemplares únicos (uno de ellos incompleto), y sólo de una quedan bastantes ejemplares. No sé si los datos permiten la aplicación de la inferencia estadística, pero consideraciones probabilísticas caseras dan pie sobrado a la sospecha vehemente de que otros impresos, por no hablar de manuscritos, han tenido que perderse. 208

Volviendo a la Edad Media, queda bien establecido el hecho de que el vascuence es una lengua que, en principio, no se escribe o que, si se escribe, se hace más que nada en un estilo o registro que ahora llamarían, por dejarlo en inglés, *informal* o *casual*,²⁰ también podía servir, y esto queda bien probado por distintos testimonios reunidos en *Textos arcaicos vascos*, a fines crípticos o de ocultación. De aquí se siguen las dificultades que muchas veces ofrece la interpretación de esos escritos, breves, fragmentarios e improbables.²¹ A fuerza de estar cargados de información teórica con muy poca redundancia, nos resultan paradójicamente muy poco informativos en la práctica.

²⁰ Remito a la última e importante aportación de Florencio Idoate, [«Una carta del siglo XV en vascuence»], *FLV* 1 (1969), 287-290. De las correcciones de A. Irigaray, [«La carta euskérica de 1415»], *ib.* 2 (1970), 135-136, me parecen justas *eregue baytaric* 'de parte del rey', *hurtean*, *yruroguey*; no hay, en cambio, necesidad de pensar que *dute* esté por *dutela*: basta con suplir dos puntos tras esa palabra. Por último, *rebaticera* será naturalmente 'a rebatir', es decir, 'rebajar de una suma una cantidad que no debió comprenderse en ella'. No hay ni latín ni *et*, sino una abreviatura que, como el & actual, se leía de distinta manera según la lengua. Es más o menos la misma que en irl. ant. se leía *ocus*, etc. Cf. R. Thurneysen, *A grammar of Old Irish*, Dublin 1946, pp. 25 y 548.

²¹ No me resisto a añadir en nota una aclaración sobre *çoçac* [*dacar*] *ardan bustia*, en el texto de la Catedral de Pamplona, que comenté así en *TAV*, p. 58: «En todas ellas [= las versiones] se contraponen el fruto de la tierra ('el trigo, el pan') al del 'palillo' (= 'cepa, vid'), que va siempre calificado ('vino tinto, blanco' en las versiones modernas), aunque hay que reconocer que *busti* 'mojado, húmedo' resulta un adjetivo más bien inesperado». Ahora bien, si se recoge la idea de Schuchardt, [«Zum Iberischen, Romano-baskischen, Ibero-romanischen»], *ZRPh* 23 (1899), [174-200], p. 181, de que *busti* (todavía hoy *musti* en Alsasua, etc.) es un préstamo, podríamos tener en *ardan bustia* un arcaísmo semántico, algo así como *ardan berria* 'vino nuevo'. En contra de Schuchardt, creo que *busti*, vasco común, no está tomado del occitano, sino directamente del lat. *musteus*.

209 Las razones de esta «agramaticalidad» de la lengua son varias y de fácil comprensión. Aunque una lengua pueda ser considerada en abstracto como sistema cerrado, y desde este punto de vista cualquiera de ellas sea tan lengua —tan perfecta y tan imperfecta— como cualquier otra, hay factores cuantitativos, de masa crítica por decirlo así, que permiten ciertos desarrollos y dificultan o imposibilitan otros. Dicho de otro modo, una lengua hablada en un ámbito estrecho por un número reducido de personas a duras penas puede aspirar a convertirse en lengua de relación, en lengua común para gentes de diferente lengua materna. La lengua «mayor» o más fácilmente comprensible para el conjunto de la comunidad se alzaría, *ceteris paribus*, con la supremacía.

Más concretamente, nadie soñaría, a no mediar algún activo fermento revolucionario, en sustituir el latín de los documentos, la única forma de lengua culta en cierta época de una parte del mundo, por un idioma local que, por otra parte, era minoritario en una zona extensa y rica del Reino. Si miramos a la comprensión mutua, el vasco-hablante, tan pronto como su círculo de acción se ampliaba algún tanto, se veía obligado a adquirir un conocimiento, por lo menos pasivo, de algún romance, mientras que no ocurría lo mismo con personas de habla materna románica, por más que el llamado *Garcia Erdalduna*, por ejemplo, tuviera que poner algún trabajo en aprender la lengua del país, si vivió largo tiempo en Artajona. Ya de salida, pues, el vascuence estaba muy mal colocado, a pesar de su profundo e indiscutible arraigo, para ganar la carrera.²²

Se han dicho muchas cosas, cargadas sin duda de razón, sobre el exclusivismo de los comparatistas que sólo tenían ojos para el parentesco genético. Pero no por ello es menos cierto que el parentesco de este tipo, o la falta de parentesco, tiene, además de su supuesta importancia teórica, graves e inmediatas consecuencias prácticas. Se ha sostenido que la «alteridad» aumenta en las lenguas la posibilidad de pervivir, puesto que imposibilita que desaparezcan de cierta manera, aunque no naturalmente que desaparezcan. Y, como el valor de insignia —de «indicador cultural»— de las lenguas salta a la vista y al oído, una insignia llamativa despierta ese orgullo que, a partir de un centro muy íntimo y privado, se extiende espontáneamente a cuanto podemos llamar, de una u otra manera,

²² Su utilidad como lengua secreta, a la que antes se ha aludido, está diametralmente opuesta a su valor como lengua común.

«nuestro»: lo que hablamos, en tal caso, aunque no esté uniformado ni normalizado ni haya sido dignificado por una literatura copiosa y original, no es un dialecto (o un *patois*, como dicen amablemente los franceses), sino un idioma hecho y derecho.²³ A mi entender, para resumir, el vascuence medieval no tuvo por qué ser una lengua sin prestigio, a pesar de su escasísimo cultivo escrito; lo que sucede es que el prestigio de que disfrutaba tenía que ser, por la fuerza de las cosas, un tanto *sui generis*. 210

Tampoco podía esperar mayor ayuda de la Iglesia. Ésta, en Occidente, se cuidó más bien poco de las lenguas vernáculas y, cuando las aceptó —siempre muy parcialmente, no como vehículos únicos o principales—, no hizo sino ceder a la presión popular, más rápidamente en centros alejados geográfica y lingüísticamente como Irlanda. La evangelización que toma como primer instrumento la versión de las Sagradas Escrituras es de iniciativa oriental.²⁴ Entre nosotros, hay que aguardar a la Reforma, incendio aparatoso que aquí se extingue pronto, y a la Contrarreforma para ver el empleo escrito, poco ambicioso en suma, de la lengua del país.

La contrapartida del aislamiento, contrapartida muy onerosa, consiste en las trabas con que tropieza la lengua para alcanzar forma escrita. Falta el modelo latino, pauta sencilla cuando basta con dejar

²³ Este sentimiento está muy bien recogido, sin que el humor vaya en daño de la exactitud, por Pío Baroja en el diálogo entre Alicia de Belsunce y Miguel de Aristy de *La veleta de Gastizar* (*Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1947, III, pp. 887 s.): «Alicia vivía en invierno en Pau y hablaba el *patois*, cosa cómica para un vasco. —No comprendo cómo se habla el *patois*— decía Miguel a su prima. —¿Por qué no? —Es como tener dos trajes para la ciudad. Nosotros los vascos, no; tenemos el traje de pastor, de la aldea, el vascuence; y el de la ciudad, el francés. —Nosotros no tenemos nada de pastores —replicaba ella—; somos más civilizados. —Un idioma latino. ¡Pchs! ¡Qué cosa más ridícula! —exclamaba Miguel— ...¿Que estas comarcas que nos rodean, que han hablado dialectos latinos, tienen más cultura que nosotros por el uso de un idioma más civilizado que el nuestro? Nosotros queremos vivir en nuestro país, sin tener gran cosa que ver con los que hablan esas jergas latinas».

²⁴ Es cierto, como una vez señaló el padre Villasante ([reseña de L. Michelena, *Historia de la literatura vasca*, Madrid 1960], *Egan* 1960, [228-230], p. 229), que Constantino-Cirilo y Metodio contaron con la aprobación de Roma. Estoy de acuerdo, pero su iniciativa no es por ello menos oriental, parte de allí y tiene allí sus modelos: el arriano de Ulfila, las versiones armenia, georgiana, etc. Para la importancia de su obra entre los eslavos, véase R. Jakobson en *Sociolinguistics*, ed. W. Bright, La Haya 1964, pp. 585-597. No es orgullo lo que faltaba allí y, sin embargo, la correspondencia familiar de Mikhail Bakunin está en francés.

que las tendencias naturales del habla, perceptibles sin mayor trabajo a través del ligero velo del latín medieval, aparezcan desnudas a la luz del día. Los romances tienen, por otra parte, en el latín un depósito casi inagotable de palabras y construcciones. No es que el vasco haya sido impermeable a esta influencia, ni mucho menos, pero la adaptación era siempre mucho más penosa, con el riesgo permanente de pecar por exceso o por defecto.

Quedaría por explicar, de todos modos, la cortedad de la contribución navarra a la literatura vasca, desproporcionada en comparación con la de algunas otras regiones, si se toman en cuenta el número de hablantes, la extensión de la lengua y hasta la riqueza del país. No se sabe bien por qué razón «la hora navarra del XVIII» no tiene secuelas, más o menos directas, como las que tuvieron la Compañía Guipuzcoana de Caracas y la Bascongada de Amigos del País. En lo eclesiástico, baste con recordar que Joaquín Lizarraga no es más que un eco lejano, en Egüés, del impulso dado por el padre Larramendi en Salamanca y sobre todo en Loyola. También está por estudiar, si se deja aparte la condición fronteriza, el motivo de que el prestigio que hemos atribuido a la lengua empiece a sufrir grave merma en Navarra, como en Álava, ya probablemente en la segunda mitad del siglo XVIII.

* * *

Apenas cabe dudar de que la fuerza y la debilidad del occitano en Navarra tienen una raíz común. Se trata de una lengua importada por grupos densos de población que viven agrupados en núcleos claramente diferenciados hasta en su estatuto legal. Es, ciertamente, una población económicamente poderosa, esencialmente urbana y burguesa. Pero, a fin de cuentas, nos hallamos ante una lengua importada, no autóctona, que es, por añadidura, una lengua románica que no cuenta con las ventajas (ni, por supuesto, con los inconvenientes) del particularismo lingüístico vasco.

Me parece, con González Ollé, que era inevitable que el occitano desapareciera una vez que fueron cayendo una tras otra las barreras legales y sociales que protegían a la población franca y a su lengua. También es inevitable pensar, con él y con Lacarra anteriormente, que el occitano estaba más indefenso ante el romance navarro que ante el vascuence que, más que otra cosa, fue para él elemento aislante y defensor.

Se me figura, por el contrario, altamente discutible el tinte gascón de esa variedad occitana. Me atengo a los textos que conozco mejor, a documentos procedentes ante todo de Pamplona y Estella; prescindo, por lo tanto, de los textos literarios y también de ciertos escritos de carácter legal, cuya lengua es más difícil de definir. Prescindo también, como es natural, del caso particular y muy específico de los francos de San Sebastián y alrededores.²⁵

Si nos atenemos a los hechos lingüísticos, salta a la vista que tales documentos muy poco, si algo, tienen de gascón.²⁶ Ya por principio las posibilidades de que el gascón, en su variedad bearnesa o en otra, se convirtiera en lengua común de los francos eran mínimas, por las mismas razones, sólo diversas en grado, que hemos apuntado al hablar de la lengua vasca. La única comunidad de origen de los francos era la de ser todos de Ultrapuertos; tampoco puede atribuírseles, por lo tanto, una comunidad de lengua. Admitamos que predominaba la gente de lengua de oc, aunque no faltaran individuos de otra procedencia. Supuesto esto, habría que admitir, además, que entre ellos los gascones formaban, como en San Sebastián, una abrumadora mayoría. Y esto es lo que no está demostrado ni, a mi entender, se va a demostrar. En Estella, por ejemplo, *de Lemoges* es apellido frecuente y, en la tesis inédita de Ricardo Ciérvide,²⁷ el mapa que indica el origen identificable de los francos muestra los valores más elevados en las regiones del Macizo

212

²⁵ Por lo que hace al último trabajo que conozco sobre el tema, José Múgica, «Los gascones en Guipúzcoa», *BAP* 23 (1967), 3-25, hago más las palabras de Mme. Pernoud que el autor transcribe al final. Situado el hecho en su marco general, no hay mayor enigma «en cuándo, cómo y por qué o para qué, vinieron a Guipúzcoa los gascones». La respuesta a la última pregunta es particularmente obvia.

²⁶ Basta con compararlos con el de 1301 que copia S. A. García Larragueta, *El gran priorado de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén*, Pamplona 1957, I, p. 179: *Conegude cause sie... com nos, en Romeo de Vergara... e io Martin fill den Martin... e autassi io ne Maria de Maya, totz ensemble, arconeysssem et autregam... ab totes sas pertienças... et part tote nostre buz arconeysssem que auem arçebud... arres... sayet 'sigillum', etc.* Está escrito por Johan de Bassessarri, escribano público de San Sebastián. Lo que parece muy dudoso es que *Harçen Çorçaraç* (luego, varias veces, *du Harçen*) haya de identificarse con Arce y Goldáraz. El apellido de uno de los firmantes, *Seyn*, es todavía característico de Oyarzun.

²⁷ *El romance navarro antiguo (siglos X al XV)*, dirigida por Rafael Lapesa. Hay que hacer constar, sin embargo, que los documentos originales en que se basa son de procedencia más meridional.

Central. Era, pues, necesaria una *koiné*, una *lingua franca*, que no podía ser sino el resultado de la composición de la minimización de las dificultades de unos y de otros. Ahora bien, el gascón, *lengatge estranh* como recoge González Ollé (es decir, algo que, en primera aproximación, se puede caracterizar como el resultado de la aplicación a la base común de varias reglas recientes, por las que se llega a *garie*, *beth*, *bere*, etc.), estaba inevitablemente descalificado para ese cometido.

Que el occitano de Navarra sea una *lingua franca* o un *sabir* nada quita, sino que añade, según las preocupaciones actuales, a su interés. Poco podrá contribuir, según toda probabilidad, al conocimiento de la mejor norma occitana, pero sí podría añadir bastante a nuestro conocimiento de los hechos de hibridación, presentes siempre y en todas partes, pero que sólo excepcionalmente consiguen productos comparables a los fenómenos de feria. Ya se interesaba por ellos Schuchardt, pero la lingüística actual, mejor provista de datos gracias a la labor de una muchedumbre de exploradores desinteresados, vuelve a la carga con redoblada curiosidad.

* * *

213 Por último, el romance navarro está al parecer incluido, sin mayor razón que lo justifique, en esa familia de hechos raros y curiosos cuyo conocimiento es patrimonio exclusivo de un corto grupo de iniciados. No es mucho más popular que el cario, con la diferencia en contra de que la inmensa mayoría evitaría pronunciarse sobre la existencia de éste, mientras que muchos excluirían, sin pensarlo mucho, un romance navarro-aragonés del mundo de la realidad. Así en un estudio histórico reciente, muy bien hecho, Juan B. Olachea²⁸ transcribe, de un traslado notarial hecho en Guetaria en 1390, un documento en cuya lengua encuentra, como hechos diferenciales dignos de atención, *lur(es)* e *hy*, «empleados los dos primeros como adjetivos posesivos como el *leur(s)* de la lengua francesa y el tercero como el adverbio de lugar *y* de la misma lengua. No obstante —continúa—, no me atrevería a asegurar que se trata de galicismos explicables por la proximidad de la frontera...». Pero, ¿de qué galicismos y de qué frontera? No será la lingüística, si se está pensando, como parece, en la lengua de oil a finales del siglo XIV. No son las cita-

²⁸ «Roncesvalles y el origen de Zumaya», *BAP* 25 (1969), 517-543.

das, por otra parte, las particularidades más chocantes, cuando en el escrito se leen también *es clamada* (*que se clama*), *exleyer* (*esleya*), *fillos*, *longadamente*, *fayllar*, *ultra quatro meses*, *viesperas*, etcétera, sin contar detalles gráficos como *condepnados*, *eyll*, *goardar*, *seyllados*, y tantos más. Sobre todo, si se considera que quien redactó la escritura «con la mi propia mano», fue Esteban García de Aldava, «notario publico e jurado... en todo el obispado de Pamplona».

El problema del romance navarro es el de su constitución, el de la unidad o pluralidad de sus normas en relación con el romance aragonés común y, más que nada, el de su disolución. Sus rasgos diferenciales no son muchos ni muy marcados (Induráin, por ejemplo, se ve obligado a insistir mucho sobre detalles más bien gráficos), y se comprende que se disolviera sin estrépito, como un azucarillo en el agua, en el romance castellano. Con menor dificultad todavía cuando cambios políticos trajeron consigo la transformación de los hábitos oficiales de redacción. Esto no significa que de su realidad oral no hayan quedado restos sobrados en el léxico navarro actual, sobre todo en el de algunas zonas.

Lo que sorprende un poco al no especialista es que el proceso de convergencia, mantenido siempre en el mismo sentido, empiece ya muy pronto. En ciertos casos, la alternancia *feito* / *fecho*, *dito* / *dicho*, por ejemplo, podría pensarse en una evolución interna, facilitada por lo menos por el mismo sustrato o adstrato vasco. En efecto, ante grafías como *Guti(a)* / *Guchi(a)* de un mismo nombre claramente vasco, cabe sospechar que *t* / *ch* no sea más que una manera de representar algo así como una *t* palatalizada. Que ésta podía ser también de origen expresivo, y no nacida sólo de rom. *j* + *t* tras vocal, parece probado por nombres como *Mecheri* en los *Fueros de la Novenera*,²⁹ hipocorístico sin duda de *Mederi* o *Meteri*, sin sonorización, atestiguados ambos, entre otras fuentes, en el Libro Rubro de Iranzu. De la misma manera don *Remir Mochorroyz de Auarçuça* lleva el patronímico correspondiente a *Sancho Mocchorro de Auarçuça*, que se leen también en Iranzu. Un paso más llevaría a ver en *Mochorro* la variante expresiva de un apodo: *modorro*, que acaso tuviera *-t-* antigua. Pero el origen remoto de esta palabra es oscuro³⁰ y no permite afirmar nada seguro en cuanto a su forma anterior, lo

214

²⁹ Cf. [«Notas lingüísticas...»], *FLV* 1 (1969), p. 19, n. 73.

³⁰ Véase Corominas, *DCELC*, III, pp. 398 s., y IV, p. 1050. Aunque sea un préstamo, vasc. *modorro* está ya en Dechepare.

cual no es obstáculo, a mi entender, para que se pueda considerar defendible la hipótesis de una relación entre el adjetivo y el apodo y patronímico medievales.

La alternancia ejemplificada *fillo* / *fijo* parece menos susceptible de recibir una explicación análoga, de tipo interno. Si la fusión de los continuadores de lat. *-ll-* y *-lj-*, representados uniformemente por grafías como *yll* (*ll* detrás de *i*), etc., fue total desde antiguo, su diferenciación ulterior sólo pudo ser debida a factores externos al romance navarro mismo.

* * *

Ofrezco estas consideraciones con el más sincero afecto a don José Esteban Uranga para quien nada que sea navarro puede ser ajeno. Espero que el tema alcance a paliar su falta de originalidad y hasta mi condición de «provinciano», aunque de la Marca vasconica y de habla más navarra que guipuzcoana. Pero ni navarro ni guipuzcoano son, ni para él ni para mí, acotaciones exclusivas: valen porque ahí está la raíz de intereses y afectos mucho más amplios.

Codicilo de 1987, extraído de las «Rectificaciones y enmiendas» de *PT*, pp. 465-492, 473 (texto completo en el *vsol.* X):

F. González Ollé, «Evolución y castellanización del romance navarro», *PV* 44 (1983), 173-180, sostiene, fundándose en «la presencia cada vez más temprana y extendida de características que parecían exclusivas del castellano», que ya no parece válida como causa única la sustitución por esta variedad: «Hay un influjo de esta lengua que se intensifica progresivamente a lo largo de la época medieval, pero también una evolución interna, independiente del castellano». Pueden verse además Carmen Saralegui, *El testamento de Carlos III de Navarra. Edición, estudio lingüístico y vocabulario*, Pamplona 1971, y *El dialecto navarro en los documentos de Irache (958-1397)*, Pamplona 1977.

En el libro de Ion Goikoetxea Maiza, *J. B. Gámiz Ruiz de Oteo, poeta bilingüe alavés del siglo XVIII (1696-1773)*, Vitoria-Gasteiz 1983, que pone en nuestras manos la obra de este autor, citado ya repetidas veces

en estas líneas, conocida antes sólo de modo fragmentario, hay, pp. 61 ss., apodos, puestos en verso, que recogió en Tafalla, Sangüesa, Puente y Oteiza (1739-1758). Dan buen testimonio del uso o desuso de la lengua vasca, muy viva en Gares. Entre los sobrenombres se halla, en Sangüesa, *Basta lo feyto*. Una golondrina no hace verano, pero este indicio, aunque se documente muy cerca de Aragón, da fe de la conservación popular de un rasgo que viene de muy atrás.

Sobre *Unidea*, nota 13, hay ahora un término perfecto de comparación: *tibi [Ortiz Gar]çiez de Leays, filio de la Notriça*, Leire, 355, 1193. Se trata posiblemente de *Leache*, como apunta el editor.

PRÓLOGO A R. CIÉRVIDE, *REGISTRO DEL CONCEJO
DE OLITE (1224-1537)*, PAMPLONA 1974

Es para mí motivo de profunda satisfacción el haber sido invita- 9
do a poner unas líneas al comienzo de este nuevo libro de Ricardo
Ciérvide. No se trata de una presentación del autor, que a todas
luces sería innecesaria. En efecto, desde 1970 tiene ya publicados
muchos trabajos —muchos, dado lo corto del tiempo— en *Fontes
linguae Vasconum*, *Letras de Deusto* y *Príncipe de Viana*, a los que
hay que añadir los no menos numerosos que están en prensa o en
preparación. He dejado para el final la mención de su libro *Primeros
documentos navarros en romance (1198-1230)*. *Comentario lingüís-
tico*, publicado en 1972 [[Pamplona]] por la Institución Príncipe de
Viana, dentro de su colección «Pueblos y lenguas».

Con todo ello, Ciérvide había dejado bien probados, no sola-
mente su laboriosidad, sino también su rigor, su incansable curio-
sidad por el documento valioso y su desinterés, al tratar de ponerlo
cuanto antes al alcance de todos los interesados. A lo anterior se
añade ahora este *Registro del Concejo de Olite (1224-1537)*, ejemplo
de fidelidad a la literalidad del texto, cuyo manejo está facilitado por
una introducción sobria pero completa, y por abundantes índices.

El justipreciar la importancia histórica de este documento se
sale evidentemente del campo, en cualquier aspecto incierto, de mis
posibles competencias. Su interés lingüístico, para el iniciado, salta
a la vista. Aun el estudioso de la historia de la lengua vasca hallará
bastante material aprovechable, por más que allí fuera minoritaria,
aunque presente. Bastaría para esto con el crecido número de inmi-

«Prólogo», en Ricardo Ciérvide Martinena, *Registro del Concejo de Olite
(1224-1537)*. *Notas y texto paleográfico*, Pamplona 1974, 9-11.

grantes, que señala bien el autor, procedentes de la Navarra septentrional.

Es éste un monumento —y el papel, a pesar de las experiencias, no es un material menos duradero y valioso que la piedra o el bronce— que bien se merecía la villa de Olite, con sus raíces romanas que no son probablemente las más antiguas; visitada, si así puede decirse, por los visigodos de Toledo y población que luego había de acoger a las gentes que subían de la Ribera o bajaban del *Vasconum saltus*.

- 10 La coexistencia de lenguas tiene por naturaleza algo de conflictivo, pero no hay dificultades ni peligros en la investigación de lenguas en contacto: bien al contrario, son complementarias y los progresos en un campo son solidarios de los avances en el vecino. Tampoco hay incompatibilidad alguna entre historia y filología, nombres que José María Lacarra agrupó en el subtítulo de un conocido estudio. La lengua, una lengua cualquiera, podría servir casi por antonomasia como ejemplo de objeto histórico. La historia, por otra parte, se hace siempre en buena medida —no me atrevo a tasarla— sobre textos, es decir, a fin de cuentas, sobre hechos de lengua, que exigen antes que nada su fijación y valoración filológicas. Los conflictos, cuando se presentan, no tienen su fundamento en el mundo objetivo, en los campos mismos de estudio, sino en las personas de los investigadores que, por pereza mental y espíritu de campanario, se molestan de que otros aduzcan hechos e interpretaciones que uno debería tener en cuenta, pero que, por el temor a los espacios abiertos, preferiría que siguieran cubiertos por el olvido, sin verse obligado a salir de la rutina consagrada por el peso de los años.

No voy a extenderme, porque no acabaría nunca, sobre los daños que, si Dios no lo remedia, va a causar entre nosotros una especialización creciente, que se escuda en fútiles, y bastante insinceras, invocaciones a la interdisciplinariedad. En realidad, además, no se trata de especialización, ya que un verdadero especialista se ha sentido y se siente siempre obligado a enterarse de lo que ocurre en campos vecinos, por una u otra razón, del suyo. Se trata, si hay que llamar a las cosas por su nombre, de cantonalismo anárquico.

Por fortuna, esto no ha ocurrido en Navarra, donde estos últimos años se ha producido un auténtico renacimiento de trabajos que, nacidos en un campo y encaminados ante todo a los fines que le son propios, han venido a fertilizar las parcelas vecinas. No cito

personas ni títulos de obras, por el temor feliz, ya que nace de su mismo número, de olvidarme de alguno de los colaboradores de esta obra común, cuya amplitud, por desgracia, no está todavía suficientemente divulgada. Y sé que al hablar sólo de filología e historia, por la única razón de que Ciérvide y su libro se mueven en ese campo, no hago justicia a este movimiento, que ha cubierto no sin brillo espacios mucho más amplios.

He empezado por expresar mi satisfacción por esta invitación que he recibido, y debo ahora manifestar mi agradecimiento por una distinción que en manera alguna he merecido. Cuando conocí a Ricardo Ciérvide, tuve el atrevimiento de aconsejarle, con toda sinceridad, pero jugándome su futuro y no el mío, que, dada su preparación —en la línea historicista de su maestro, el profesor Rafael Lapesa, que es también, en el fondo, la mía—, valía más que pusiera su evidente capacidad al servicio de ese gran desconocido 11 que era entonces el romance navarro, en lugar de seguir comentando por enésima vez textos castellanos manidos y resobados —afortunadamente— por tantos eminentes autores. Pensaba y sigo pensando que la mejor manera de conocer a los demás es la de empezar por conocerse a sí mismo, lo que significa, en términos históricos, el conocer el pasado de la comunidad en que uno ha nacido. Esto, añadido, no significa exclusivismo, ya que no hay que hacer voto alguno de dedicación exclusiva, ni siquiera una declaración jurada como la que nos imponen a los miembros del Cuerpo. Empezando por Navarra, y no es mal punto de partida, uno puede abrazar la humanidad entera.

Espero que el consejo no fuera malo, y no parece que lo haya sido a juzgar por los frutos que hasta ahora ha producido. Fuera de eso, me limité a ponerle en relación con don José Esteban Uranga, querido y admirado amigo, con cuyo nombre tropezará siempre quien quiera estudiar el movimiento cultural a que arriba he aludido. Y, en su caso, no será fácil descubrir los móviles interesados, de especialista, que saltan a la vista en el mío.

Y ya es hora de que, cortando esta divagación extemporánea, deje la palabra a los protagonistas: a Ciérvide y al *Registro del Concejo de Olite*.

El artículo del P. Anselmo de Legarda publicado en el último número de este *Boletín* (14, 1958, 17-37), tan sólido y completo como todos sus trabajos, ha hecho más concreta para nosotros la nebulosa figura del autor navarro don Juan de Beriain, abad de Uterga. El P. Legarda no ha dejado tampoco de precisar, con datos bien seleccionados, el ambiente lingüístico en que nacieron sus obras. No trato, pues, de añadir nada a lo que está completamente dicho. Sólo a título de curiosidad cito un testimonio medieval claro de que el vascuence era la lengua corriente en Beriain, lugar de origen del apellido de nuestro abad, en la cendea vecina de Galar. Es conveniente, por otra parte, recoger, sin temor a la reiteración, esta clase de testimonios, cuyo peso no siempre se suele tener en cuenta. 263

En la magnífica obra de Santos A. García Larragueta, *El gran priorado de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalén*, Pamplona 1957, cuya colección diplomática es también una fuente de primera importancia para todos los que se interesan por la historia de la lengua vasca, puede verse (tomo II, pp. 458-461, número 433) el acta de una «concordia entre el prior del Hospital y los vecinos de la villa de Beriain estableciendo racioneros en la iglesia de la misma». Es del año 1276.

La parte que aquí nos interesa dice así: «Et es a saber que luego al tercer dia el lunes maynnana el dito prior e don Pero Hieneguez el comendador de Ciçurr e don freyre Sancho de Gaçolatz capeyllan del dito prior e el dito dean, por reconocer e veer e saber si a los

BAP 14 (1958), 263-264 [reimpreso en *Geografía histórica de la lengua vasca*, Zarauz 1960, I, pp. 141-142].

vezinos de Beeraiyn plazdria esta composicion o aveniença dest con / promisso, de como sobrescripto es, fueron a Beeraiyn e fizieron tainner la campana por tal que los vezinos de Beeraiyn se aille-gassen conceilleramiente e aillegados los / vezinos ante la eglesia de Beeraiyn mostroles el dean por palaura en lengua romana e en bas-cuentz e dixoles de como...».

264 Los nombres de los vecinos de Beriain que firman la concordia son: Sancho Lopiz, Lope Çavaleco, Domicu Elqueco, Garçia Or-titz, Domingo de Subiça, Garcia Santz, Garcia d'Iriart, Garcia Er-lea, Pascoal, Martin Julian, Enequo Ussarna, Betri de Gorritte (en otro lugar, Gorritz), Domico Ussarna, Lop d'Irivarren, Garcia Ma-cua.

SOBRE LA LENGUA VASCA EN ÁLAVA
DURANTE LA EDAD MEDIA

1. No soy la persona más autorizada para juzgar de la oportunidad y conveniencia de que un lingüista intervenga en una reunión como ésta, formada en lo esencial por historiadores que trabajan bajo diversas advocaciones. No soy yo, en todo caso, quien lo ha decidido así y esto me libra, o eso creo, de alguna responsabilidad. Me excusa, por otra parte, el hecho de haber dedicado buena parte de mi actividad a la historia lingüística o, como se dice en nuestro gremio, a la lingüística histórica. Hay que aceptar que a cualquiera que se halle en una situación como la mía se le podría reprochar que se haya quedado en la superficie de la historia del país sin bucear entre dos aguas y que, por ello, haya tenido que contentarse con la contemplación de la espuma que sobrenada. Aun admitiendo que esto fuera así, creo, con todo, que habría sido peor que, penetrando en los vedados de la historia no lingüística, me hubiera dedicado a buscar causas profundas (como, por ejemplo, el predominio de la inmigración itálica, en el sentido restringido de la palabra, en las primeras fases de la colonización de Hispania) a hechos más bien someros (la alteración de ciertos grupos de consonantes latinas, pongamos por caso).

299

No obstante, puesto a ello, también el lingüista interesado por la historia podría presentar acusaciones no faltas acaso de todo fundamento. En efecto, no me parece injusto pensar que los historiadores, como grey y con muy señaladas excepciones (entre nosotros, en muy primer lugar, la de don José María Lacarra), no se suelen

preocupar gran cosa de las lenguas de las gentes que estudian y de la diversa fortuna, determinante a veces de hechos de muy otro carácter, que aquéllas pudieran tener. Como muestra, diré que nunca he conseguido enterarme, a pesar de mis esfuerzos, de qué clase de lengua hablaban los hunos: el silencio empieza ya en Ammiano Marcelino, por ejemplo, es decir, en las fuentes mismas. Lo único que sé o creo saber, y no porque lo haya leído en obras de historia, es que su caudillo más famoso, *Attila* (a. al. ant. *Ezzilo*, med. *Etzel*), llevaba como nombre, al igual que *Wulfila*, un diminutivo germánico, más precisamente gótico: si el «Azote de Dios» se llamaba «padrecito, batjushka», el difusor de la Palabra de Dios se decía «lobato». Estas consideraciones acaso no sean tan impertinentes como parecen, ya que tendré que aludir a ellas más adelante, en un contexto menos alejado del marco de nuestros intereses.

Insisto, sin embargo, en que las lenguas no son entidades que los historiadores puedan pasar por alto sin daño para su trabajo. Así, es de conocimiento común que la convivencia entre lenguas (mejor dicho, entre sus hablantes) no siempre es pacífica y que de su encuentro y choque se han originado enconados conflictos, cuando no guerras sangrientas, entre comunidades que veían en sus idiomas respectivos uno de los más firmes y apreciados entre sus vínculos constitutivos. Y, si alguien siente escrúpulos de carácter dogmático, bastará con recordar la declaración de Stalin en 1950 contra lo que, por una especie de antífrasis, se había dado en llamar *novoe uchenie o jazyke*, alias estadialismo, conforme a la cual la lengua, en cuanto instrumento de comunicación, por más que quede en equilibrio inestable a la manera del alma de Garibay entre lo de arriba y lo de abajo, no pertenece a la superestructura.

2. Aquí no puedo hacer mucho más que resumir cosas ya conocidas y hasta divulgadas: esperemos que el resumen sea, al menos, crítico y no demasiado desordenado. Para poder hablar aun por encima de la situación lingüística de la Álava medieval (cuyos límites, tanto por necesidad como por conveniencia, quedarán dibujados de manera muy laxa) hay que referirse a sus antecedentes, muy anteriores a Sancho el Sabio y aun a Leovigildo, y muy en particular al horizonte lingüístico más remoto que de alguna manera (es decir, de forma muy vaga e insuficiente) nos es dado atisbar. Tendrá que ser considerada la influencia indoeuropea no latina, cuyo estudio se basa ante todo en documentación coetánea, si dentro de la contemporaneidad es admisible una tolerancia de algunos siglos, así como

también la romanización y la extensión antigua de la lengua éuskara. Para esto último, sin embargo, tenemos que fundarnos en materiales que, aunque muchísimo más ricos, sólo están atestiguados en su inmensa mayoría en época muy posterior.

El corpus que estimo pertinente a estos fines puede clasificarse, en cuanto a lo fundamental, en los apartados que paso a reseñar: 300

a) Los testimonios (nombres de lugar, de persona, de divinidad) que nos han sido transmitidos por fuentes clásicas (en otras palabras, griegas y latinas de época no demasiado tardía), literarias y epigráficas.

b) Los nombres propios (de lugar y muy en segundo puesto de persona) registrados en la documentación medieval, salvado ya el largo hiato testimonial que llega, más o menos, hasta el siglo X. Para la época más antigua, que para menesteres diacrónicos es también la más importante, los documentos proceden de centros no alaveses, aunque próximos a Álava: así San Millán, Valpuesta, Irache, etc.

c) Los nombres de lugar y fecha moderna y contemporánea para los cuales podemos atenernos a las listas de Gerardo López de Guereñu, «Toponimia alavesa», *Anuario de Eusko-Folklore* desde 16 (1956) hasta 28 (1979), entrega que corona la obra. Contiene 20.192 nombres o variantes de nombre que pueden citarse cómodamente por su número de orden. Entre otros trabajos del mismo autor, hago mención aparte de «Mortuorios o despoblados [de Álava]», *BAP* (= *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*) 14 (1958), 135-226.

3. Fuera ya de la onomástica, tenemos un conocimiento razonable, procedente de descripciones o de textos escritos, acerca del vasco de Aramayona, zona de Villarreal, Cigoitia, Barambio, Llodio, es decir, de puntos o comarcas situados cerca del límite administrativo con Vizcaya y que, por esa razón, muestran en lo dialectal un carácter acusadamente vizcaíno. De esa circunstancia proviene seguramente la extendida fábula, que no está de acuerdo por ejemplo con lo que Larramendi escribía en el siglo XVIII, de que era vizcaíno lo que se hablaba en la zona alavesa de lengua vasca.

En cuanto al *Gutunliburua* de Juan Pablo Ulibarri, publicado en facsímil por el Consejo de Cultura de la Diputación Foral de Álava en 1975, bicentenario del nacimiento de ese hijo de Oquendo,

por grande que sea su interés en varios y diversos aspectos, poco se puede sacar de él para lo que aquí importa. Se tiene la impresión, ya que falta un estudio, de que la lengua del manuscrito, en la medida en que no es personal y hasta demasiado personal, tiene más que ver con el habla de Abando o de los libros vizcaínos que con la de su comarca natal.

Hay, además, que añadir, por lo menos:

d) las voces de sustrato, recogidas en último lugar por el mismo López de Guereñu, sobre todo en *Voces alavesas* (= *Euskera* 3 [173-367]), Bilbao 1958: cf. la reseña en *BAP* 15 (1959), 84-88. Ya se sabe que ha tenido antecesores, el más conocido de los cuales es Federico Baraibar y Zumarraga.

e) El *Vocabularium linguae Cantabricae* (1562) de N. Landucci, italiano natural de Luca, publicado por primera vez, con introducción, por Manuel Agud y el firmante (San Sebastián 1958). Se puede asegurar, como ahí se expone, que este léxico representa una variedad vasca no conocida por otros testimonios y que no está ni podía estar comprendida en la clasificación de Bonaparte, lo que significa que tuvo que hablarse fuera de los límites meridionales extremos del euskara hace unos 120 años. Lo probable, se indicaba en la introducción, es que se hablara en Álava, acaso no lejos de Vitoria, y esto ha quedado corroborado en los años transcurridos desde su edición, por las coincidencias que pueden advertirse entre el vocabulario y los materiales, tanto léxico como toponimia, publicados por López de Guereñu. Esta presunción queda también apoyada, de modo indirecto, por los indicios que hablan en contra de una localización navarra occidental, ahora que el vasco de Tierra Estella y de manera más general el alto-navarro meridional empiezan a ser conocidos mejor.

f) Son muy importantes como testimonio por ahora único los versos en lengua vasca, compuestos en Pamplona por J. B. Gamiz, hermano de la Compañía de Jesús y natural de Sabando, lo que nos acerca mucho a la muga con Navarra. Cf. J. Goikoetxea-Maiza, «Joan Baptista Gamiz Ruiz de Oteo XVIII. mendeko arabar euskal olerkaria (1696-1773)», *Euskera* 19 (1974), 167-217, y Hendrike Knörr, «Gamiz-en hizkeraz zertxobait», *ibid.*, 218-230. Por más que su estancia de cerca de 40 años en Pamplona, más el haber dirigido posiblemente algunos de sus versos a gentes de allí, ha tenido que influir en su lenguaje, hay mucho en éste que no puede tomarse en manera alguna como procedente de la lengua hablada en Iruñerri.

Véase, p. ej., *Homenaje a don José Esteban Uranga*, Pamplona 1971, p. 205, n. 11.^a

4. De cualquier modo, tanto el vocabulario como los versos nos remiten a una variedad occidental en líneas generales que no coincide, sin embargo, en rasgos muy característicos con el vizcaíno. Cf. *dut* «lo he» (= Land.), más *duzu*, pero *degu*, *deugu*, junto a *dugu*, y, en formas tripersonales, *dust* «se lo he» (vizc. *deust*), etc.; *daude* «están» (Land. rel. *daoden*), más *gaode*, *zaode*, etc. Es curioso, de todos modos, que los textos del de Sabando parezcan apuntar más bien a una variedad más occidental, más «vizcaína» por decirlo de alguna manera, que el léxico recogido por el italiano.

301

En ambos se encuentran formas comunes, no necesariamente exclusivas de hablas occidentales: *eroan* «llevar», que también parece haber sido forma única en suletino del s. XVII, *ezaundu* «conocer, conocido», *ule* «cabello», etc., o el arcaísmo *-rean* «de, desde», suf. de ablativo. Pero, mientras ambos presentan *-kin* «con», esta terminación alterna alguna vez con *-gaz* en Gamiz y junto a *daode*, etc., arriba citados, éste tiene también (*espa*)*dagos* «si no están». Más fuerte es el contraste entre *bi-gundu* y sobre todo *espanac* «labios» en Gamiz, de acuerdo con el vizc., donde Landucci ofrece *ezpayna* o *barçuyña* «badil».

Tendremos que reconocer, por más que nos pese, que unas listas de nombres propios, aunque sean completas en lo que cabe, no son demasiado ilustrativas de la lengua que representan: hasta un diccionario, por más que las torpezas del lexicógrafo italiano permitan en ocasiones atisbos inesperados, no constituye una buena introducción al conocimiento de su gramática.

Con todo, los topónimos no son tan estériles como podrían parecer, al menos si son tratados con algún atrevimiento, no exento de riesgos. En efecto, no solamente nos permiten establecer, aunque de manera bastante grosera, distintas áreas (cf. *solo* / *soro*, por ejemplo) en variantes de una misma forma: así *buar* en *Iturbuar*, 8615, *Alegría*, 1737, *Iturbuarra*, 8616, *Musitu*, en 1732, documentan indirectamente un *buar* «pecho», forma que se espera encontrar en zonas donde se dice *berar* «hierba» (cf. 12893 *Ocallaberar*, *Maeztu*, 1762), *erur* «nieve» o sus continuadores, en vez del general *bul(h)ar*, que va desde el oeste de Vizcaya hasta Roncal y Soule. Cf., aquí mismo, 5894 s. *Eribabular(ra)*, en *Eribe*, 1719 y 1839.

^a L. Michelena, «Notas sobre las lenguas de la Navarra medieval», 199-214.

En *FLV* (= *Fontes linguae Vasconum*) 3 (1971), [241-267], pp. 265 ss.,^b señalé hechos como el acuerdo entre *Erbasantea*, 1696, Oreitia, Land. *eroa santea* «hinojo yerua», alavés *hierba santa* «hinojo» o el de *inkatz* «carbón», atestiguado por Landucci, recogido por Azkue en Cigoitia y de que aquí da fe *Incastobi*, 1822, Matauco; cf. *ikaztobi* «carbonera». La importancia de la documentación alavesa estriba en que fuera de ahí «carbón» es en todas partes *ik(h)atz*, sin *-n-*, salvo en otra área lateral, sul. *inkhatz*, variante a la que por criterios geolingüísticos habrá que dar prioridad temporal.

Es también conocido que *errexal* «árbol» ha dejado testimonio sólo en el diccionario de Landucci, aunque aquí aparece muchas veces, y, de manera que podríamos decir paralela, es abundante en la toponimia de Álava: *Erreisala*, 1750, Betolaza; *Erresalucea*, 1759, Betoño; *Errexaleta*, 1695, Matauco; *Errexalza*, 1734, Miñano Mayor, etc., etc.

Por otra parte, y sin ánimo de agotar la lista, es manifiesto que en Álava predominan o son únicos *-aur*, *-aurra*, más bien que *-aurre* «parte anterior», *-dui* (no *-di* o *-doi*) como sufijo colectivo, la abundante presencia de *ogen* (*Oguena*, 1531, Miñano Mayor, *Un-saur oguena*, 1616, Urarte, etc., y cf. Land. «esteuado de piernas, *oy-noguena*», etc.), *okelu*, la presencia de *enara* «golondrina» al este y de *elai* más al centro. Hay una superabundancia de *-oste* «parte posterior» por lo menos tan abundante como en Vizcaya, mientras *gibel* con ese valor se nos muestra como claramente residual. No es infrecuente *laku*, como puede verse ya por *Laco(a)*, *Lacu(a)*, etc., términos descritos a menudo por «fuente, balsa, arroyo», y véase ante todo *Lacorretundo*, nombre de pozo en Guibijo.

Es sorprendente que los sufijos ubicuos *-aga* y *-eta* parecen a veces, las menos, llevar sufijado algo que a primera vista tiene aspecto de artículo: cf. *Osinaguea* frente a *Osinaga* (recuérdese que *Ojinaga* está hasta en la orilla mejicana del Río Grande, cerca de la confluencia con el Conchos) o *Landetea* junto a *Landeta* y *Linacetea* junto a *Linaceta*. Y posiblemente no todo quede en mera apariencia.

5. Insistiendo sobre la idea, que acaba de expresarse, de que la toponimia, o los nombres propios en general, contienen una información más variada sobre la lengua de lo que a primera vista, y basándonos en la generalidad de los ejemplos, podría pensarse, re-

^b «Toponimia, léxico y gramática».

cordaré aquí que, aunque nos falten *Satznamen* del tipo que se da pongamos por caso en las lenguas semíticas, hay también entre nosotros, de cuando en cuando, como ya señaló hace muchos años Juan Gorostiaga, nombres que son oraciones o que resumen oraciones. En otra ocasión, ya reseñada, me referí a *Ebridacarrena*, 1786, corrección no forzada de *-dacarena* en López de Guereñu, *Euridacar* 1540 y *Euridacarbea*, 1749, nombres todos de términos situados en Contrasta o en su vecindad. Que esto significa «trae lluvia» en indicativo, «que trae lluvia», topónimo al que se podía añadir una indicación tan local como *-be* «so, so-» apenas ofrece dudas. Menos todavía si se toma en cuenta que Landucci registró «*vsaya dacarr*, hidiondo» y «*lurruña dacarr*, bahear, echar vaho».

A estos ejemplos ya mencionados cabe agregar el 5171, *Diraquian*, término de Mendarozqueta en 1776. Ponerlo en relación con Landucci «*diraquian gaucea*, heruiente cosa» puede parecer osado, ya que el relativo o relativizado vasco *dirakin* exige algo (sintagma nominal, nombre o pronombre) en que apoyarse. Este sostén indispensable podría ser, antes que cualquier otra cosa, *iturri* «fuente», o algo semejante, idea que puede aducir como prueba la existencia de *Iturriraquina*, 1732, en Apellaniz. Téngase simplemente presente que, de no emplearse un verbo finito, el participio pasado vasco, *irakin*, es la correspondencia normal del participio románico de presente: *hirviente*, *boyllient*, etc.

6. Hay un hecho que, desde los primeros testimonios medievales, se nos muestra con total claridad. Álava, en su conjunto, es sin duda una zona donde se dan como formas únicas (o, si se quiere, casi únicas) *barri* «nuevo» y *baltz* «negro». No es que esta isoglosa, en que *a* se opone a *e* de central y oriental *berri*, *beltz*, sea en sí misma de una importancia excepcional: lo que la hace excepcional es la transparencia que ofrece ya desde los siglos X-XI, circunstancia muy poco frecuente entre nosotros. De aquí el partido que de ella se ha intentado sacar desde campos bastante diversos.

Acaso convenga decir, por si acaso, que *e* parece haber sido ahí lo más antiguo, a juzgar por la cronología de los textos y por otras consideraciones. Ahora bien, si *a* es ahí una innovación, es una innovación que el euskara de Álava comparte con el medieval de la Rioja Alta y de Burgos. La mejor explicación de esta comunidad se encuentra probablemente en la idea que con tanta claridad expuso José María Lacarra en *Historia política del reino de Navarra* I ([Pamplona], Caja de Ahorros de Navarra, 1972), p. 165: «Más

confusos son los límites del reino en el sector fronterizo con Castilla... El elemento humano no marcaba una frontera tajante, ya que los repobladores *alaveses* [soy yo quien subraya] habían ido penetrando desde antes, lo mismo que en el valle de Ojacastro, en los vecinos del río Tirón, Oca y Arlanzón. Es precisamente en estas regiones donde Fernán González, conde de Álava y de Castilla, encuentra apoyo para sus diferencias con el rey de León». Personalmente, como ya he indicado en otros lugares, me inclinaría a pensar que la penetración había empezado ya bastante antes de los avances de Sancho Garcés I en el primer cuarto del siglo X, pero lo que interesa en este punto es el carácter alavés, natural dado que eran alaveses quienes se hallaban en primera línea, de la gente que bajando de tierras septentrionales penetró muy adelante en la orilla sur del Ebro.

7. Otro contraste de que se ha sacado mucho partido es el de la variación *u-* / *i-* en inicial de palabra, si no se toma en cuenta la eventual aspiración. Por razones manifiestas de significado, donde primero y con mayor riqueza se documenta el contraste es en el nombre de la «villa»: occid. *(h)uri*, or. *(h)iri*, frecuente sobre todo en el topónimo *Huribarri* / *Iriberri* «Villanueva». Aquí *huri*, conforme a los testimonios medievales, predomina o es exclusivo en Álava, Rioja y Burgos, e incluso parece adentrarse en el vecino valle navarro de Lana. Y digo esto a sabiendas de que Ulibarri de Lana no muestra esta forma en textos medievales. «*Ulibarri* se llamó antiguamente *Iriberri mayor*», asegura Yanguas y Miranda, *Diccionario de antigüedades del reino de Navarra*, Pamplona 1964, II, p. 20 nota, y lo mismo puede leerse, más o menos, en el *Diccionario geográfico-histórico de España* de la Real Academia de la Historia, s.v. Lana.

Con todo, y a pesar de mi inveterado respeto por la prioridad de los testimonios, no puede ocultárseme la posibilidad de que escribanos de Estella o de su zona (Lana nunca parece haberse destacado por sus *scriptoria*, hecho nada sorprendente si se piensa en su situación geográfica) sustituyeran el «extraño», que en ese contexto sería «alavés», *Uribarri* por el *Iriberri* que les era tan familiar.

Razones semánticas hacen en principio difícil el hallazgo de otras muestras de esta variación. No me parece, con todo, disparatado el pensar que *Ucengaso* monte de Zuya en 1707, usado acaso como eufemismo, significara «mal nombre» o, como compuesto exocéntrico, «de mal nombre». Cf., frente a *izen* que se halla hasta en Landucci y en Oñate, el occid. *uzen* que, según Azkue, se usa en

vizcaíno de Arratia, Bermeo, Orozko, Txorierrri y era además, sin duda alguna, la forma bilbaína.

La variante con *u-* del nombre de la «nuez» y del «nogal» estaba más precariamente atestiguada: Land. *unsaur*, en Oñate hacia 1800 *untxaur*. Por eso resulta valioso el testimonio alavés en que, junto a variantes con *i-*, abundan nombres con *u-*: *Unsaurreta*, 1590, Apellaniz, *Unchaurchcho*, 1650, Guereño, *Unsaurchipietia*, Adana, *Unzarduya*, 1715, Virgala Mayor, *Unzaurmocha*, 1733, Apellaniz, etc., etc. Los nombres en *u-* son, casi sin excepción, orientales, extendidos por Arraya y Laminoria sobre todo, pero también por Iruraiz, Barrundia, San Millán, Gamboa, etc.

8. Que el vascuence alavés tuviera /h/ no constituye un hecho diferencial importante, ya que se trata, como se volverá a indicar, de la simple conservación de un arcaísmo, de una nota común en un tiempo todavía no tan lejano. Lo mismo ocurría, sin duda, en la Rioja y Burgos y, aunque tenemos una seguridad razonable de que había desaparecido en la mayor parte de la Navarra Alta, no sabemos demasiado de la situación en Vizcaya y sabemos aún menos de la guipuzcoana.

Es de subrayar, con todo, la firmeza de su implantación hasta por lo menos bien entrado el siglo XIV. En *Documentos lingüísticos de España*, I, de R. Menéndez Pidal [Madrid 1919, reimpr. 1966], es fácil dar, por ejemplo, con *Hegujlaz* (pero *Vriart*, en Cañas, núm. 88, año 1229); *Hassart*, Treviño, 139, 1277; *campo de Harriaga, parte de Harriaga, parte de Harana, parte de Hali*, Vitoria, 142, 1291; *Hasquarçaha*, Treviño, 145, 1325. 303

No será inútil advertir que, en un documento anterior como la Reja de San Millán, en que tanto abunda la letra *h*, hasta repetida en un mismo nombre (tipo *Bahaheztu*, luego *Maeztu*), ésta falta del todo, sin embargo, en los nombres, abundantes por otra parte, en *-ana* y *-ano*, sospechosos siempre de origen latino o al menos latino-románico.

9. Ya se ha dicho que es posible fijar límites aproximados entre variantes. Así, de la que se ha citado, *solo* es más bien occidental, mientras que *soro*, cuya consonante interior va de acuerdo con Land. «eredad..., *soroa*», se encuentra sobre todo al este, incluido el nordeste: Salvatierra, Contrasta, Onraitia, Asparrena, etc. No parece ser muy distinta la distribución espacial de *gan* / *gain*, donde la variante más bien oriental va de acuerdo con Land. «encima, *gaynean*», etc., y también con vizc. Eibar, Oñate, etc., *gain*.

De manera un tanto curiosa, se diría que *Padura* (*Paduleta*, etc.) es occidental en comparación con *Madura*, *Lacumadura* en Apeellaniz, en composición *Madul-* (*Madulbarrena*, s. XVIII, tanto en Zuazo de San Millán como en Ullibarri Jauregui, punto este último en que hay también un *Madulgaña* en 1799), etc. Por Salvatierra es hoy *Madura* lo que en 1025 se escribía *Padura*.

10. Llegados hasta aquí, se nos permitirá un par de observaciones de carácter fonológico. Es sabido que en zonas más bien periféricas protovasco **L*, y lo mismo vale para *-l* de tema nominal cuando va seguido de sufijos como el artículo determinado, ha sido tratado como lat. *-ll-* entre vocales y en romance, es decir, que ha tenido como resultado la lateral palatalizada. En la toponimia alavesa el fenómeno se muestra decididamente occidental. *Zaballa*, según López de Guereñu, es «barrio en Beotegui, caserío en Oquendo, granja en Nanclares de la Oca, monte de Sojo», además de designar «muchos términos y labrantíos».

En cuanto al lugar del acento, que está sujeto a la limitación castellana de las tres últimas sílabas (y en zona de sustrato vasco perceptible no suele ir en la última sílaba), sorprenden, por diversas razones, ciertas acentuaciones, que no parece se puedan comprender sino por la mediación de una lengua no románica: *Abornicano*, *Apreguindana*, *Apricano*, *Arbígano*, *Audicana*, *Berricano*, *Caicedo*, *Jócano*, *Mártioda*, (*sierra*) *Sálvada*, *Villodas*. Cf. *Páganos*, al sur de la cordillera de Cantabria, que es seguramente prerromano pero no vasco. El agudo se ha evitado en *San Róman*, como en *San Cérnin* de Pamplona.

11. Lo que los autores clásicos, muy en especial César y Estrabón, nos dicen acerca de la lengua que pudo usarse por estos parajes no siempre puede tomarse al pie de la letra. Es cierto que el primero nos dice, por ejemplo, que los aquitanos se distinguían de los galos *también* por la lengua y que el segundo sostiene (en IV, 2, 1, afirmación que no es única) que los mismos difieren de los galos tanto por su constitución corporal como por su lengua, y se asemejan más a los iberos. Pero, ¿quiénes son aquí los iberos? Y, ¿cuál es la lengua de que nos habla Estrabón? Porque lo que ahora llamamos ibero es una lengua que no parece haber tenido con el aquitano otras relaciones que las nacidas de la vecindad, a no ser que pensemos (cosa menos descabellada) que lo que las unía era su común «alteridad», el hecho de que ambas se apartaban prácticamente del todo de la lengua de los galos. Pero también sabemos, sin embargo, que ésta era prima hermana, si no hermana, de la de los celtíberos.

Es un hecho, por otra parte, que el observador corriente (es decir, todo el que no considera que las lenguas constituyen los objetos más interesantes que se pueden hallar en el universo) atiende más a la diferencia de «estirpes», entiéndanse éstas como se quiera, que a la identificación y clasificación de idiomas y dialectos. Esta propensión a establecer correspondencias biunívocas entre estirpes, pueblos o naciones, de una parte, y lenguas, de otra, que parece conatural al hombre, ya que se sigue manteniendo a pesar de que la experiencia la contradice una y otra vez, es por necesidad muy antigua, casi de siempre: así la encontramos entre los intérpretes, clérigos y laicos, del Génesis. Por eso se diría que K. R. Popper, *The open society and its enemies*, London 1966, II, p. 53, va demasiado lejos al pensar que Fichte innovó al fundar el nacionalismo alemán sobre la premisa de que las fronteras de una nación se determinan por la lengua. Guillermo de Humboldt, no sé si antes o después, dio a este principio una formulación lapidaria: «die Vertheilung des Menschengeschlechts nach Nationen ist nur seine Vertheilung nach Sprachen».

Por eso mismo, será siempre ocioso el interrogar a los autores clásicos sobre la lengua de los várdulos y caristios, por no hablar de la de los autrigones: aunque éstos callen, todo el mundo parece estar de acuerdo en que los vascones, por aquello del nombre y también porque el euskara al fin y al cabo tuvo que hablarse ya entonces en alguna parte, no lejos de aquí, eran vascos de lengua, aunque con razonable seguridad esto no debía ya de ser cierto para todos ellos en el siglo I a.C. Por lo que ellos nos dicen, tanto se puede sostener que várdulos y caristios, al menos en la parte norte de su territorio, hablaban la misma lengua que los vascones septentrionales, como que la coincidencia se daba más bien hacia el oeste, con las hablas cántabras sin duda indoeuropeas, ya que a veces los textos parecen olvidarse de su existencia específica al incluirlos, por omisión o comisión, entre los cántabros.

304

12. Somos bastantes los que pensamos que la primera hipótesis es la que tiene más probabilidad de ser correcta, aunque sólo sea por razones de economía: para pensar que una lengua que luego vemos firmemente implantada en un territorio hasta el día de hoy es ahí advenediza, tiene que haber razones de fuerza excepcional.

La idea contraria, la de un corrimiento por el que los «vascongados» —con el valor moderno que dio arbitrariamente al término la Administración central— somos «vasconizados» antes que vas-

cos de lengua, es la que ha sido defendida, con más o menos energía, por autores como Schulten, Gómez Moreno, Menéndez Pidal y Sánchez Albornoz quien, al igual que Schulten, se apoya en la interpretación de las fuentes históricas. Asigna, además, una fecha a la «expansión» durante el siglo y medio que precede a la consolidación por Leovigildo del reino visigodo de Toledo y a su «fundación» de Victoriaco el 581, período durante el cual «con raros intervalos, los vascos vivieron... a su arbitrio, sin otra ley que su capricho».

Gómez Moreno se apoya sobre todo en el testimonio de la onomástica personal. También está basada en los nombres propios la concepción de M.^a Lourdes Albertos: véase sobre todo su «Álava prerromana y romana. Estudio lingüístico», *Estudios de arqueología alavesa* 4 (1970), 107-223, trabajo de suma importancia respecto al cual mis puntos de desacuerdo se refieren mucho más a lo prerromano que a lo propiamente romano. Parece claro, aunque no sé que esto se haya dicho *expressis uerbis* en algún lugar, que para esta investigadora el elemento vasco, como de toda evidencia el latino, constituyen una especie de superstrato que se sobrepone a un fondo indoeuropeo anterior mientras que para otros como yo este elemento indoeuropeo se impuso, sin llegar a cubrirlo, por encima de un sustrato éuskaro.

La numismática ibérica, que por otra parte es más que dudoso que conociera cecas en el actual territorio alavés, no da mucha luz. Según Untermann, *Monumenta linguarum Hispanicarum* I, 1, 1975, pp. 60 s., se puede distinguir, entre las seis regiones que establece, una cuarta, nórdica, cuya primera subdivisión, que comprende el Alto Aragón y Navarra, se caracteriza por monedas que presentan ciertas características de distinto género, entre ellas un estilo, al que se ha llamado «vascón» o «vascónico», inclinado a formas muy «bárbaras»: la expresión y su entrecomillado se han tomado de *MLH*.

También la escritura, p. 74, muestra un ductus «vascón». Y vale la pena señalar que, en los escasos ejemplos de que disponemos, *arsaos*, *arsacos(on)* y *tiršos* dan prueba de lo que Untermann llama «una ortografía regional», ya que, al menos en zona celtibérica, falta del todo el signo que transcribimos *r* y la terminación *-os*, de nominativo plural, está siempre escrita *-os'.*

13. En cuanto a los nombres de población, mientras *Oiassō* o *Itourissa*, *Turissa* en territorio vascón, pueden alegar una procedencia éuskara, no ocurre otro tanto con los nombres que se alinean a

lo largo del Iter XXXIV o no lejos de él en Álava: *Veleia*, *Suessatio* (*Souestasion*), *Toullonion*, *Alba*, etc. Si éstos y algún otro tienen más que un aire indoeuropeo, esta filiación salta a la vista en dos nombres recogidos por Ptolomeo, en territorio hoy guipuzcoano: el del río *Dēoua* y *Trition* (*Touborikon*). Que este último, que se repite en la Rioja *Trition Metallon*, hoy Tricio, y *Tritium* ya en tierras de Burgos, está directamente emparentado con lat. *tertius*, etc., es algo de que no cabe dudar. Todavía da menos lugar a la duda el nombre del río, que se repite más al oeste en la costa cantábrica y lejos de aquí en la Gran Bretaña, por ejemplo: se trata de una denominación que, además de indoeuropea, es inconfundiblemente céltica.

En cuanto a los nombres de persona, además de los latinos como *Fuscus*, *Licinius*, *Secundiana*, *Sempronius*, *Seuerus*, bastantes de los cuales han dejado clara huella en la toponimia alavesa, hay otros como *Ambata*, *Boutius*, *Segontius*, cuya no latinidad es tan clara como su procedencia indoeuropea. En dos lugares por lo menos habla Untermann de los antropónimos celtibéricos en Álava y, más expresamente, de «una fuerte población celtibérica en la frontera entre Navarra y Álava asegurada» por los nombres de persona.

Javier de Hoz, *Euskal linguistika eta literatura: bide berriak*, [Bilbao], Universidad de Deusto, 1981, pp. 34 s.,^c insiste con razón, y se apoya en otra publicación del mismo Untermann, en que no basta con razones etimológicas para concluir que los nombres permiten inferir con certeza la lengua de sus portadores. Se diría con todo que, aquí, nombres de lugar más nombres de persona hacen inevitable la conclusión de que hubo entre nosotros, y más concretamente en zonas alavesas, núcleos de población de lengua indoeuropea, al parecer céltica.

Con eso no se ha excluido que esos núcleos convivieran y compitieran con otra población de lengua muy diferente. Sería vana especulación, de cualquier modo, el tratar de precisar, con la escasa documentación de que disponemos, la relación en que se encontraban una y otra comunidad así como sus lenguas respectivas. No será, con todo, impertinente insistir en lo que he llamado el carácter recesivo de la lengua vasca, patente a lo largo de dos milenios, de su retraimiento que es el retraimiento de sus hablantes a manifestarse por escrito.

305

^c «El euskera y las lenguas vecinas antes de la romanización», 27-56.

Dos consideraciones finales. Sea como fuere, es asombroso que el número de préstamos indoeuropeos prelatinos que uno acierta a descubrir en la lengua sea tan corto; también lo es que haya tan poca toponimia de ese origen, al menos por lo que ahora se sabe. Es verdad que por lo general la gente es más generosa que yo en el primer punto, aunque acaso menos en el segundo, pero no creo que esta estimación esté tan desviada.

14. Destaco, ya para terminar, que se ha apuntado más de una vez la posibilidad de buscar raigambre vasca para algunos teónimos, aunque no para *Baelisto*, *Tullonio*, dat., pongamos por caso: cf. Juan Carlos Elorza, «Religiones del País vasco-navarro en época romana», *Estudios de Deusto* 20 (1972), 357-366 y «A propósito de algunas divinidades de época romana en la actual provincia de Álava», *Crónica del XI congreso nacional de arqueología (Mérida 1969)*, [Zaragoza 1970], pp. 815-820.

Lo decisivo no es que algunas de las propuestas sean o no acertadas: lo que es revelador es que tales sugerencias se sigan haciendo, cuando todo el mundo ha renunciado a dar ciudadanía vasca a nombres como *Reburrus* o *Vironus*. A propósito de *Peremusta (deo magno)* de Eslava, abreviado acaso en *D.M.P.* de Rocaforte, Tovar mostró que se le podía dar una interpretación indoeuropea (aunque no celtibérica) razonable, pero no estaba en lo posible probar que no había otra alternativa. De cualquier modo es justo reconocer que no invita a ensayar interpretaciones vascas.

Hay dos nombres de divinidad, atestiguado uno en Navarra y otro en Álava, que plantean un curioso problema: remito a J. A. Abásolo y J. C. Elorza, «Nuevos teónimos de época romana en el País Vasco-navarro», *Estudios de arqueología alavesa* 6 (1974), 247-258 [*Homenaje a Domingo Fernández Medrano*], y cf. J. M. Blázquez, «Últimas aportaciones a las religiones primitivas de Hispania», *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*, Cáceres 1979, [131-169]. Se trata de *Hehelpis (magnis)*, repetido en San Martín de Unx, y de *Helasse*, precedido de *Hellice*, que no se sabe si pertenece o no al teónimo, en Miñano Mayor.

Es un hecho, que cada vez se manifiesta con mayor claridad, que la presencia de *hh* en la onomástica constituye uno de los indicios más fidedignos de euskarismo: claro que no se trata de un signo inconfundible, puesto que hay que contar por lo menos con el gran peso que el capricho tiene en todo lo gráfico.

Hace pensar así la circunstancia segura de que el ibérico no tenía /h/ por todo lo que acertamos a saber. Tampoco lo tenían ni el galo ni el celtibérico y el céltico en general hasta fases más modernas, ya que sonoras y sonoras aspiradas indoeuropeas se habían confundido en una sola serie de oclusivas sonoras sin aspiración: incluso en la diferenciación de los resultados de **gh* y **g^wh* sólo juega el punto, velar o labial, de articulación, y no el modo. Por otra parte, la aspiración latina, e indirectamente la griega, no podía tener en los primeros siglos de nuestra era y por estos parajes más valor que el de una práctica gráfica culta, y eso sobre material tradicional.

Por eso, ante *Dunohorigis*, genitivo aquitano, todos se inclinan a ver, a pesar de *-rig-*, un primer elemento indígena o indigenizado. No hay necesidad de insistir en la importancia decisiva que tiene a este respecto la inscripción de Lerga, a la que sigue muy de lejos un nombre atestiguado en Sofuentes y otro que ocurre en el bronce latino de Contrebia, publicado por Guillermo Fatás.

Hehelpis, con su extraña apariencia muy poco griega, estará en dativo, como es de esperar en una inscripción votiva, y en dativo de plural, a juzgar por *magnis*: no hay manera de saber, por desgracia, si el adjetivo es aquí masculino o femenino. En cuanto a *Helasse* en Miñano se ha dicho que no recuerda nada: a mí me recuerda, sin embargo, el dativo *Selatse*, documentado tres veces en Barbarin, al Suroeste de Estella. Para *Hehelpis*, véase, sin embargo, Carmen Castillo et al., *Inscripciones romanas del Museo de Navarra*, Pamplona 1981, pp. 56 s.

Para que la aproximación no parezca más temeraria de lo que es, recordaré que en lengua vasca, y esto se ha dado también seguramente en otras partes, no es infrecuente la pérdida disimilatoria de una sibilante *en posición inicial*: baste con mencionar la forma vasca de *Sancho* que, en documentos medievales, es invariablemente *Anso*. Cabría también aproximar la grafía geminada de la sibilante en el epígrafe alavés, que podría muy bien corresponder a *-ts-* en la inscripción navarra, grupo por el que bien pudo tratar de representarse alguna africada, al modo de lo que en Aquitania se hacía con *-x-* o *-xs-*.

15. Pero estas indicaciones son ya más que suficientes para mostrar obstáculos y callejones sin salida. La mera especulación poco podrá dar de sí, pero por fortuna los datos, hasta los datos conocidos, están lejos de haber sido aprovechados en su totalidad. Y,

en el caso alavés, la esperanza de nuevos hallazgos epigráficos y documentales está muy lejos de ser una posibilidad remota.

Me permito, con todo, agregar como postdata (*in cauda uenenum*) que la dialectología vasca, con sus isoglosas que van de norte a sur, no favorece en nada la hipótesis del corrimiento de la lengua hacia el oeste. Que entre los siglos V-VI y el X se haya constituido un dialecto tan diferenciado como el vizcaíno nos obligaría a aceptar un *tempo* que no es el habitual en tales procesos.

R. MENÉNDEZ PIDAL, *EN TORNO A LA LENGUA VASCA*,
BUENOS AIRES 1962

La lengua vasca ocupa una posición marginal en la obra gigantesca, por su amplitud y por su profundidad, de don Ramón Menéndez Pidal. Pero eso no quiere decir, ni mucho menos, que no haya aportado nada valioso al conocimiento de la historia de esa lengua. Al estudiar la formación y evolución de los romances peninsulares, tema casi único de su labor de lingüista, nunca ha dejado de tomar en cuenta cuanto de cerca o de lejos se relacionaba con ellas. Y así ha vuelto repetidamente su atención a nuestra lengua o a cuestiones con ella conexas, bien incidentalmente en alguna de sus grandes obras, como los *Orígenes del español*, bien en trabajos especiales, como los que se hallan reunidos en este volumen. Es decir, que no ha vacilado en penetrar, siempre que lo ha creído necesario, en un campo que, al contrario de lo que parecen pensar bastantes romanistas, no podía considerar extraño. De estas incursiones —rápidas, pero reiteradas— ha sabido sacar abundante fruto, gracias al rigor, al dominio de la documentación y a esa penetración, tan suya, que le permite iluminar con clara luz aspectos antes apenas sospechados de los problemas que aborda.

En esta reseña lo mejor será enumerar y describir brevemente los trabajos que ahora reaparecen reunidos, trabajos de fecha muy distinta y dispersos, por eso mismo, en publicaciones también muy diversas.

El primero, «Introducción al estudio de la lingüística vasca», conferencia dada en Bilbao en 1921, conserva, a mi entender, todo

BAP 19 (1963), 177-179. Reseña de Ramón Menéndez Pidal, *En torno a la lengua*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1962 (Colección Austral, 1.301).

178 su valor como programa, que sólo en corta medida se ha realizado, para investigar el pasado de la lengua. En un momento de plenitud de los estudios vascos, Menéndez Pidal, que ha sido y es ante todo un historiador, no un comparatista (como se proclamó Meillet en una ocasión memorable), esbozó, con una lucidez que no puede menos de admirar el lector actual, las bases —entrevistas ya por Luchaire y algún otro— en que debe basarse esa indagación y el objeto preciso a que va encaminada: «Por mi parte quisiera en este instante encomendar a vuestra atención un pensamiento, el de una Historia de la lengua vasca en el que se siguiera paso a paso la vida de la lengua, puesta siempre en estrecha relación con la vida general del pueblo vasco. Obra es esa en que por su complejidad debieran intervenir varios trabajadores y diversos especialistas para ilustrar y tratar las diversas secciones que habrían de integrarla». Y en un apretado resumen se indican algunas de las tareas esenciales: relaciones del vascuence con las lenguas hispánicas antiguas y con el aquitano, criterios para establecer la cronología de los préstamos latino-románicos, valor de los testimonios medievales (Glosas Emilianenses, Guía del peregrino a Santiago, Fuero General de Navarra, etc.), de la toponimia. La mención de la geografía lingüística le lleva a marcar las limitaciones de la obra de Bonaparte —tan valiosa e insustituible, por otra parte— y a proclamar insistentemente la urgencia de un Atlas lingüístico vasco. ¿Es necesario decir, por lo que hace a éste, que apenas hemos salido del estadio de los deseos piadosos, expresados con fervor?

Al final van unas palabras, llenas de tacto y de buen sentido, sobre el vasco como lengua literaria, que hoy todavía merecen ser leídas con atención.

En «Influjo del elemento vasco en la lengua española» se examina sobre todo el paso de *f* a *h*, tan característico —aunque no exclusivo— del castellano, en relación con la población de habla vasca. Es más bien un resumen vulgarizador de una materia tratado magistralmente en otros lugares.

Los tres últimos trabajos son sin duda los que, por el paso del tiempo, han aconsejado la inserción de la nota, fechada en noviembre de 1962, que encabeza el libro: «En este tomo de la tan difundida y valiosa Colección Austral publico varios estudios tendientes a mostrar la gran importancia histórica de la lengua vasca, especialmente en su relación con la lengua primitiva hablada en el este de la Península. Planteo el problema de la gran extensión territorial de

ese idioma primitivo, que provisionalmente llamaré *ibérico* por no poder llamarlo “vascón” y no sabiendo de qué otro modo llamarlo».

En efecto, entre 1918, fecha en que vio la luz por primera vez el artículo titulado «Sobre las vocales ibéricas *e* y *o* en los nombres toponímicos», y 1962 el conocimiento de las lenguas hispánicas antiguas ha progresado mucho, aunque sólo sea en el sentido de un aumento de la *docta ignorancia* y del abandono de ciertas nociones que se creían firmemente asentadas. Sin embargo, a pesar de nuevas ideas sobre el origen de los nombres de población en *-os*, *-ués* (vasc. *-otz[e]*, *-oze*) y en *-ué*, *uy*, debidas sobre todo a G. Rohlfs y J. Séguy, lo esencial del estudio de Menéndez Pidal, sobre todo en lo que se refiere a los límites sucesivos de la romanización *lato sensu*, conservan todo su valor.

En «*Javier-Chabbarri*, dos dialectos ibéricos» se señalan, como se sabe, dos áreas, dentro y fuera de la Vasconia histórica, dibujadas por la distribución de las variantes *barri* / *berri* «nuevo», y las de *etxe* «casa» con africada y fricativa, que vienen a añadirse a la bien conocida de *(h)uri* / *(h)iri* «villa». «Sobre toponimia ibero-vasca en la Celtiberia», finalmente, que se publicó en el *Homenaje a don Julio de Urquijo*, [San Sebastián 1949-1951], busca los indicios de nombres de lugar «ibero-vascos», denominación que debe tomarse «en sentido impreciso», como dice el autor, en un territorio que sabemos intensamente indoeuropeizado con anterioridad a la conquista romana.

Ha sido una feliz idea la de reunir estos valiosos trabajos en un tomo accesible a todo el mundo. Al lado de esto, algún defecto menor, como la falta de ciertos signos especiales —que el enterado suplirá sin trabajo—, no merece ser tenido en cuenta.

Me tomo la libertad de presentar alguna observación de detalle, aunque no sé si es este momento adecuado. En relación con la diptongación o falta de ella en *Arteta* / *Artieta* (pp. 112 s.), se podría también aducir *Artieda*, como ya indicó F. Induráin en el prólogo a [C. E. Corona Baratech], *Toponimia navarra en la Edad Media* [Huesca 1947]. No es seguro que la forma antigua del nombre de la población navarra fuera el mismo (*Arteta* está aquí mal documentado), pero la diptongación, gracias a la repetida variante *Artieda*, está fuera de duda.

Para la difusión de *barri* / *berri*, pienso que un nombre como *Echabbarri* resulta poco demostrativo por la facilidad con que su ter-

cera vocal, colocada además ante *rr*, pudo ser influida por la segunda (*a*, normal en composición). Importa señalar, por otra parte, que el nombre de la «casa» presenta exclusivamente una africada: *etse*, cuya prioridad parece asegurada por la coincidencia de las áreas laterales, vizcaíno (y «meridional») y roncalés, o *etxe*.

Me complazco en subrayar que las contribuciones del maestro de la filología española al conocimiento de la historia y de la prehistoria de la lengua vasca no se cierran con el último de los estudios incluidos en este tomo. Para no citar más que sus últimas publicaciones, hay consideraciones de gran valor en los trabajos que abren el volumen primero de la *Enciclopedia lingüística hispánica*, Madrid, 1960, reseñado ya aquí [BAP 17, 1961, 228-232] y dos trabajos publicados, con la colaboración de Antonio Tovar, en el *Boletín de la Real Academia Española*: «Los sufijos con *-rr-* en España y fuera de ella, especialmente en la toponimia», 38 (1958), 161-214, y «Los sufijos españoles en *-z*, y especialmente los patronímicos», 42 (1962), 371-460.

ÍNDICES

En la elaboración de los índices ha colaborado Arantza Bilbao.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Abadal, R. d' 127, 193
Abaev, V. I. 109
Abásolo, J. A. 416
Albret, J. de 386
Agud, M. 359, 406
Aizquíbel, J. F. 74 n. 13, 354
Alarcos Llorach, E. 363 n. 3
Albertos Firmat, M.^a L. 122 n. 2,
142 n. 16, 260, 273 n. 20, 286-
287, 290, 292, 295-296, 298-
299, 414
Allières, J. 23 n. 21
Almagro, M. 228, 236 n. 46
Alonso, D. 308 n. 6, 311 n. 19
Alvar, M. 60 n. 16, 316 n. 48
Álvarez Cienfuegos, N. 354
André, J. 82 n. 44, 312 n. 28, 322
n. 72
Antonino 201
Añíbarro, P. A. 60, 74 n. 13, 385
n. 15
Arana Goiri, S. 269
Araquistáin, J. J. M. 13, 42 n. 3
Araquistáin, J. V. 348
Arín Dorronsoro, J. 60 n. 18, 65, 76
n. 23
Arrese Beitia, F. 359
Astarloa, P. 179-181, 184
Ausonio 201
Axular, P. de 121, 268 n. 1, 268 n. 4,
269, 291, 333
Azkue, R. M.^a de 12, 16-17, 22 n. 17,
23, 25, 53-56, 57 n. 12, 65, 67, 99,
150 n. 4, 152, 155, 155 n. 18, 160
n. 27, 174 n. 22, 226, 226 n. 37,
269-270, 327 n. 99, 333, 408, 410
Bähr, G. 18, 77 n. 27, 81 n. 39, 84,
99, 153 n. 11, 186, 192, 194,
199, 218 n. 19, 220, 230, 255
Bakunin, M. 389 n. 24
Baldinger, K. 306, 316 n. 48
Baraibar y Zumárraga, F. 406
Barandiarán, I. 300 n. 35
Barandiarán, J. M. 72, 89 n. 68, 137
n. 8, 145, 281 n. 7
Barbero, A. 130, 294 n. 30, 330, 348,
376 n. 28
Baroja, P. 389 n. 23
Barrau-Dihigo, L. 362 n.
Bartoli, M. 29
Bartolomé v. Santa Teresa, B. de
Bassessarri, J. 391 n. 26
Bastardas Parera, J. 328 n. 103
Beeler, M. S. 250 n. 17, 290
Béla, J. de 86, 311 n. 22
Beltrán, P. 174 n. 22
Benveniste, É. 83 n. 47, 87 n. 65,
91 n. 1, 92, 101 n. 21, 109, 221
n. 26

- Berceo v. Gonzalo de Berceo
 Berger, H. 72, 101, 275
 Bergsland, K. 104, 146 n. 24
 Beriain, J. de 401
 Bertoldi, V. 252 n. 21
 Betolaza 38, 386
 Bidegáin, M.^a M. 386 n. 18
 Bladé, J. F. 125 n. 6, 185, 189-190
 Blaylock, C. 329 n. 104
 Blázquez, J. M. 416
 Bloch, O. 281 n. 5
 Bloomfield, L. 136 n. 6
 Bonaparte, L.-L. 12-16, 18, 18 n. 12, 19-21, 23-26, 33, 36-37, 43, 155, 226, 383, 406, 420
 Bouda, K. 100, 100 n. 17, 101 n. 19, 111-113, 113 n. 41, 144, 271
 Bozas-Urrutia, R. 270, 270 n. 9
 Bright, W. 389
 Brugmann, K. 221 n. 26
 Buck, C. D. 271
 Bugge, S. 75

 Cadalso, J. 354
 Cagni, L. 132
 Campión, A. 111 n. 38, 349
 Cardaberaz, A. 342
 Caro Baroja, J. 43 n. 5, 44 n. 9, 46-47, 66, 73 n. 11, 74, 89 n. 68, 192-193, 197, 215 n. 16, 218 n. 19, 219, 222, 224-225, 226 n. 35, 230-231, 248 n. 6, 256 n. 28, 265, 274, 281, 298 n. 33, 308 n. 4, 319 n. 60, 330, 343, 351, 354, 381, 384 n. 13
 Castillo, C. 417
 Castro Guisasola, F. 85, 85 n. 55, 323 n. 76, 352
 Catalán, D. 365 n. 7
 Cervantes, M. de 67
 César 119-120, 126, 129-130, 412
 Chaho, A. 187-188
 Chrétien, C. D. 115 n. 46, 146 n. 24
 Ciérvide, R. 391, 397, 397 n., 399
 Čikobava, A. 102 n. 23, 107, 109-110, 112
 Cohen, M. 98 n. 14, 162 n. 1
 Collinder, B. 87 n. 67
 Colon, G. 317 n. 49
 Constantino-Cirilo 389 n. 24
 Corominas, J. 8, 50, 54 n. 5, 57 n. 12, 76 n. 24, 80 n. 36, 81, 86, 127, 142, 154 n. 13, 167 n. 8, 193, 256 n. 29, 259 n. 41, 281 n. 6, 284, 304, 306, 309 n. 12, 333, 362 n. 2, 369 n. 17, 370 n. 21, 372, 393 n. 30
 Corona Baratech, C. E. 421
 Coseriu, E. 135 n. 3, 146 n. 24
 Craso 330
 Cuadrado Díaz, E. 218 n. 19

 Dechepare, B. 12, 42, 44, 215 n. 15, 386, 393 n. 30
 Deen, N. G. H. 44 n. 8
 Deeters, G. 5, 89 n. 70, 90 n. 71, 92, 94, 100 n. 16, 102-103, 107, 144 n. 21
 Díaz y Díaz, M. C. 132, 335 n. 108
 Diehl, E. 338
 Diodoro Sículo 217
 Dirr, A. 101 n. 19
 Dumézil, G. 100, 101 n. 19, 104-105, 107, 144
 D'Urte, P. 332
 Ďzavaxišvili, I. 108

 Echaide, A. M.^a 49 n. 19
 Echalar, E. de 153 n. 12
 Echegaray, B. de 152, 153 n. 12
 Echenique, M.^a T. 357, 357 n., 259
 Echevarria Ibarra, F. 154 n. 13

- Eco, U. 348
 Elcock, W. D. 183, 316 n. 48
 Elizalde, L. 372
 Elorza y Guinea, J. C. 275 n. 25, 286 n. 18, 416
 Elso, S. de 42, 386, 386 n. 18
 Ernout, A. 8, 291, 306, 312 n. 26, 327 n. 97, 328 n. 103, 331
 Estornés, I. 190
 Estornés Lasa, B. 43 n. 5
 Estrabón 120, 129, 149, 182, 346, 412
 Etcheberri, J. (de Ciboure) 38, 151, 155, 201
 Etcheberri, J. (de Sara) 10, 13, 150, 186, 201, 334, 334 n. 107
- Fagoaga, B. 385 n. 15
 Fatás, G. 126, 131, 417
 Faust, M. 293
 Fichte, J. G. 413
 Fita, F. 99, 284 n. 12
 Fletcher Valls, D. 97 n. 12, 169 n. 12, 172
 Fleuriot, L. 313 n. 29
 Francisque-Michel 125 n. 6
 Friedrich, J. 94, 136 n. 7, 221 n. 26, 272 n. 14
 Fromm, H. 87 n. 67
- Galmés de Fuentes, A. 62 n. 20, 285, 320 n. 65
 Gamillscheg, E. 331
 Gámiz, J. B. 383 n. 11, 406-407
 Garagorri, P. 286 n. 16
 Garate, J. 189
 García Bellido, A. 127
 García de Aldava, E. 393
 García de Cortázar, J. Á. 366, 368, 368 n. 14, 369, 370 nn. 20-21, 371, 372, 372 n. 24, 373-375
- García de Diego, V. 58, 306, 309 n. 8, 314 n. 38
 García Larragueta, S. A. 143, 256 n. 30, 385 n., 391 n. 26, 401
 Garibay, E. de 38, 150 150 n. 3, 184, 404
 Gavel, H. 17, 74, 139 n. 13, 218 n. 19, 224, 227 n. 39, 228-229, 269, 269 n. 6, 285, 310 n. 14
 Gelb, I. 132, 273 n. 19
 Germán de Pamplona 261-262, 264
 Géze, L. 269
 Gil, J. 284 n. 12
Glosas Emilianenses 22
 Goenaga, A. 55 n. 9, 309 n. 11
 Goicoechea Maiza, J. 383 n. 11, 394, 406
 Gómez-Moreno, M. 71, 97, 122, 168, 168 n. 9, 169 n. 11, 172, 192, 218 n. 19, 226 n. 34, 236-237, 248-249, 274 n. 22, 372 n. 24, 414
 González Ollé, F. 380, 382 n. 8, 386, 390, 392, 394
 Gonzalo de Berceo 328
 Gorosterratzu, J. 184
 Gorostiaga, J. 309 n. 13, 327 n. 96, 355, 409
 Gorrochategui, J. 131-132, 194, 242
 Grammont, M. 259 n. 42
 Grandgent, C. H. 319 n. 58
 Greenberg, J. H. 6, 91, 144 n. 20
 Gregorio de Tours 185, 250
 Grieria, A. 288, 288 n. 25, 310 n. 14, 336
 Guaza, M.^a L. 351, 351 n., 352-354
- Hakulinen, L. 76 n. 22, 84 n. 52, 87 n. 67
 Hanssen, F. 41 n. 2
 Haraneder, J. 74 n. 13, 174 n. 22
 Harizmendi, C. de 268, 268 n. 4

- Harriet, M. 74 n. 13, 155, 174 n. 22
 Harris, J. W. 285
 Herodoto 172 n. 18
 Hervás, L. 181
 Hiribarren, M. 188
 Hirschfeld, O. 203, 203 n. 9, 205, 207, 228
 Hjelmslev, L. 87 n. 66
 Holmer, N. M. 79 n. 30, 82, 85 n. 56, 85 n. 58, 77 n. 27, 86, 86 n. 62, 221, 221 n. 26, 240 n. 53
 Homero 214
 Hoz, J. de 123, 130, 195, 415
 Hübner, E. 167, 171, 218 n. 19
 Hubschmid, J. 52, 78 n. 29, 81 n. 38, 84, 86 n. 59, 86 n. 61, 86 n. 63, 87 n. 66, 140-141, 154 nn. 13-14, 155, 218 n. 20, 247 n. 4, 285 n. 15, 311 n. 22, 320 n. 65
 Humboldt, W. von 167, 189, 191, 281, 343, 413

 Idoate, F. 387 n. 20
 Induráin, F. 393, 421
 Inza, D. 18
 Iñiguez, F. 367 n. 13, 369 n. 19
 Iparraguirre, J. M. 349
 Iriarte, J. 383 n. 11
 Iribarren, J. M.^a 156 n. 20
 Irigaray, A. 22, 150, 248 n. 6, 386, 387 n. 20
 Irigoyen, A. 372 n. 23
 Iturriaga, A. P. de 343
 Isasti v. Martínez de Isasti, L.
 Izaguirre, C. 25 n. 1, 270 n. 8
 Iztueta, J. I. 65 n. 25, 151, 187, 194, 342

 Jackson, K. 80 n. 35, 85 n. 57, 86 n. 62, 258 n. 40

 Jacobsen, W. J. 332
 Jakobson, R. 37, 135 n. 3, 389 n. 24
 Jaurgain, J. de 190
 Joos, M. 257 n. 32
 Jud, J. 317 n. 51, 327 n. 97
 Jullian, C. 217
 Jungemann, Fr. H. 316 n. 48

 Katičić, R. 290
 Klimov, G. A. 144 n. 21, 145 n. 23, 272 n. 13
 Kluge, Fr. 319 n. 59
 Knörr, H. 406
 Krahe, H. 75 n. 17, 86 n. 59, 246 n. 3, 253 n. 23, 290
 Kronasser, H. 271, 272 n. 14
 Kuipers, A. H. 6 n. 1, 144 n. 21

 Lacarra, J. M. 45 n. 11, 60 n. 18, 156 n. 21, 219 n. 24, 222, 230 n. 42, 256 n. 28, 330, 349, 358, 375 n. 27, 385, 390, 398, 403, 409
 Lacombe, G. 35-36, 77 n. 27, 190
 Laffite, P. 199 n. 6, 386 n. 17
 Lafon, R. 4, 12 n. 5, 22 n. 20, 26 n. 2, 38, 77 n. 27, 100, 100 n. 17, 101 n. 21, 111-112, 112 n. 40, 144, 165 n. 5, 197, 215 n. 15, 223 n. 30, 247 n. 4, 249, 253 n. 24, 257 n. 33, 259 n. 42, 307 n. 1
 Landazuri, J. J. 342
 Landuchio, N. 22, 36, 43, 54, 56, 156, 215, 219-220, 268, 304, 310 n. 15, 406-409, 411
 Lapesa, R. 391 n. 27, 399
 Lardizábal, F. I. de 74 n. 13, 270 n. 7
 Laroche, E. 159 n. 25
 Larramendi, M. de 12-13, 42, 74 n. 13, 84, 174 n. 22, 181, 184,

- 189, 270, 275, 327, 335 n., 354,
386 n. 19, 390, 405
- Larrasquet, J. 155
- Latxaga v. San Sebastián, J. M.^a
- Lausberg, H. 60
- Lecuona, M. 81 n. 40, 248 n. 6
- Lees, R. 146
- Legarda, A. de 401
- Leizarraga, J. 10, 33, 42, 58, 64, 191,
215 n. 15, 268, 268 n. 4, 312,
325 n. 88, 332-333, 386
- Lejeune, M. 77 n. 25, 169 n. 13, 170
n. 15, 252 n. 20, 275 n. 27
- Leovigildo 182, 344, 404, 414
- Lewy, E. 70, 89 n. 69
- Liddell, H. G. 327 n. 98
- Linneo, C. 91
- Livio 228
- Lizarraga, J. (de Elcano) 13, 13 n. 8,
54, 155 n. 18, 333, 390
- Lizop, R. 206, 206 n. 10, 208, 211
n. 14, 217, 223, 225, 227 n. 39,
228 n. 1, 229 n. 41, 235, 238 n. 50
- Löfstedt, E. 314 n. 34, 327 n. 98,
328 n. 102
- Lohmann Villena, G. 10 n. 1, 89 n. 69
- Löpelmann, M. 323 n. 76, 331
- López de Guereñu, G. 292-293, 296,
300, 380 n. 3, 405-406, 409, 412
- Lucano 201
- Luchaire, A. 40, 53 n. 4, 124, 190,
190 n. f, 200 n. 7, 208-209, 215
n. 16, 218 n. 19, 219, 221, 221
n. 27, 233, 420
- Lüdtke, H. 331
- Lunt, H. G. 146 n. 24
- Maluquer de Motes, J. 48 n. 17, 133
n., 147, 273 n. 19
- Marcos Pous, A. 46 n. 13, 166 n. 7,
245, 245 n. 1, 250, 252 n. 20,
253, 258, 261, 273, 274
- Marineo Sículo, L. 268
- Mariner Bigorra, S. 64 n. 22, 277,
326 n. 94
- Marr, N. 100, 103 n. 27, 109
- Marrou, H.-I. 273 n. 16
- Martín Bueno, M. A. 131
- Martinet, A. 112 n. 40, 124, 135
n. 2, 234, 238 n. 49, 239, 241,
250, 285, 379 n. 1
- Martínez de Isasti, L. 150 n. 3
- Martínez de Zaldivia, J. 184
- Mayrhofer, M. 83 nn. 49-50
- Meillet, A. 8, 11 n. 2, 114, 291, 306,
312 n. 26, 327 n. 97, 331, 420
- Meinhof, C. 158
- Mela v. Pomponio Mela
- Mendiburu, S. 151
- Menéndez Pidal, R. 15, 18, 22, 33
n. 14, 41 n. 2, 48, 53 n. 4, 59,
63, 125, 127, 142-143, 218 n. 19,
221 n. 27, 239 n. i, 281 n. 6, 298,
299 n. 34, 308 n. 5, 320 n. 63,
329 n. 104, 353, 374, 411, 414,
419, 419 n., 420-421
- Merino Urrutia, J. B. 43, 127, 142,
371, 375
- Metodio 389 n. 24
- Meyer-Lübke, W. 8, 306, 319 n. 61,
320 n. 64, 326 n. 95, 333
- Mezquíriz de Catalán, M.^a A. 307 n. 2
- Micoleta, R. 84 n. 54, 268
- Mitzka, W. 319 n. 59
- Moguel, J. A. 189
- Morán, G. 195
- Moret, J. 184, 256 n. 28, 365, 375
- Moreta, S. 292
- Morpain, F. 386
- Morront, A. 386
- Música, J. 391
- Naert, P. 83 n. 47
- Navarro, T. 60 n. 17, 249 n. 11

- Navascués, J. M.^a 274
 Neumann, G. 122 n. 1
 Neuvonen, E. K. 316 n. 46, 317 n. 52
 Nieto Gallo, G. 307
 Nodier, Ch. 187
- Ochoa de Arín, J. 42, 53, 151, 268
 Ochoa de Capanaga, M. 38, 268
 Oihenart, A. 76, 86 n. 63, 124, 152, 154, 184-185, 187, 226 n. 37, 291, 317, 320 n. 65, 326 n. 91, 358, 386 n. 19
 Olachea, J. B. 392
 Omaechebarría, I. de 219 n. 23
 Orosio 376, 376 n. 28
 Otero, C. P. 285 n. 14
- Palomar Lapesa, M. 247 nn. 4-5, 252
 Pamplona v. Germán de Pamplona
 Pedersen, H. 8, 77, 82, 221 n. 26, 252 n. 19, 313 n. 29
 Pericay, P. 147
 Pericot, L. 267
 Peterfalvi, J.-M. 273 n. 17
 Philippon, E. 217
 Piel, J. M. 74, 85 n. 56
 Pisani, V. 93
 Plauto 314 n. 34
 Plinio 152-153, 201, 226
 Pokorny, J. 8, 77 n. 27, 80 n. 36, 82, 82 n. 43, 86, 216 n. 17, 223 n. 29, 252 n. 19, 253 n. 22, 258 n. 38, 290
 Polák, V. 104-105
 Pomponio Mela 345
 Popper, K. 413
 Pouvreau, S. 53, 57, 57 n. 12, 73 n. 9, 86 n. 63, 156, 219 n. 21, 222, 275
 Prestamero, L. 275, 290 n. 26
- Ptolomeo 153, 201, 415
 Pulgram, E. 137 n. 9
- Refranes y Sentencias* 12, 42, 54 nn. 5-6, 66, 73, 88, 174 n. 22, 230, 326 n. 94, 386
 Rezola, J. M. 300 n. 35
 Ricci, S. de 191, 203 n. 9, 204-206, 214, 217, 220, 224 n. 32, 237-238, 240, 258
 Rico, F. 128, 132
 Rodríguez Adrados, F. 29
 Rohlf, G. 49-55, 66, 139 n.13, 142, 153 n. 10, 192, 199, 226 n. 37, 229, 281 n. 5, 292, 306, 309, 311 n. 23, 315 n. 42, 316 n. 48, 317 n. 49, 343, 363, 421
 Ronjat, J. 325 n. 89
 Rostovtzeff, M. 46 n. 15
 Rubio Alija, J. 262, 274 n. 21
- Sacaze, J. 191, 203 n. 9, 205
 Sadeniemi, M. 87 n. 67
 Salaberry d'Ibarolle, M. 99, 269
 Sánchez Alborno, C. 382-383, 414
 Sánchez Carrión, J. M.^a 358
 Sancho de Elso v. Elso, S. de
 Sancho Garcés I 410
 Sancho el Sabio 404
 Sandfeld, K. 52 n. 1, 76 n. 21
 San Sebastián, J. M.^a (Latxaga) 372 n. 23
 Santa Teresa, B. de 151
 Santos, F. D. 274 n. 23
 Sapir, E. 91, 246
 Saralegui, C. 394
 Saroihandy, J. 314 n. 36
 Sasia, J. M. 286 n. 17
 Sauguis, B. de 226 n. 37, 233-234
 Saussure, F. de 134

- Schmidt, K. H. 5, 81 n. 39, 103 n. 25, 251, 253 n. 22, 258 n. 39
- Schmoll, U. 75 n. 18, 77 n. 25, 132, 147, 169 n. 11, 169 n. 13, 170 n. 14, 193-194, 247 n. 5, 250, 252
- Schrader, O. 137 n. 8
- Schuchardt, H. 15 n. 10, 40, 52 n. 3, 54-55, 72, 77, 90, 93, 98 n. 13, 99, 139 n. 13, 144, 168, 177, 191-192, 211, 211 n. 14, 217 n. 18, 218 n. 19, 221 n. 26, 222, 224-225, 225 n. 33, 226, 228-230, 232 n. 43, 237-239, 239 n. 51, 253, 309, 319 n. 61, 326 n. 95, 328 n. 101, 329, 334 n. 106, 387 n. 21, 392
- Schulten, A. 70-71, 185, 185 n. c, 186, 218 n. 19, 224, 248, 414
- Scott, R. 327 n. 98
- Séguy, J. 142, 229, 343, 421
- Serrano, L. 45 n. 12, 208, 293, 294 n. 32, 361, 361 n. 1, 363, 365 n. 8, 368, 370 n. 21
- Simone, C. de 290
- Solta, G. R. 75 n. 20
- Sommer, F. 234 n. 45, 263, 313 n. 30, 313 n. 32, 328 n. 103
- Sommerfelt, A. 105
- Steiger, A. 141, 329 n. 105
- Stendhal 16
- Sturtevant, E. H. 34
- Suintila 182
- Swadesh, M. 115, 144
- Szyncer, M. 272 n. 15
- Tácito 129
- Taracena, B. 209 n. 13, 249 n. 13, 262, 274 n. 21
- Tartas, J. 226 n. 37, 234, 268 n. 4
- Thurneysen, R. 79 n. 33, 85 n. 57, 87, 252 n. 19, 387 n. 20
- Topuria, V. 110
- Tovar, A. 4-5, 24, 30, 35 n. 16, 49, 50 n. 20, 71, 77 n. 25, 77 n. 27, 79 n. 32, 80 n. 36, 81, 81 n. 39, 84, 86 n. 59, 86 nn. 62-63, 91, 96 n. 11, 97, 114 n. 43, 115, 137 n. 9, 139, 146-147, 147 n. 27, 157, 159, 168 n. 9, 169, 171-172, 174 n. 22, 175, 176 n. a, 179, 181, 187, 192-193, 195, 218 n. 19, 223 n. 31, 227, 229 n. 40, 239 n. 51, 241, 247 n. 4, 249, 265 n., 266, 293, 297, 297 n. c, 344, 416, 422
- Traggia, J. 179-182, 186
- Trombetti, A. 100
- Trubetzkoy, N. S. 37, 105
- Ubieto, A. 296, 362, 372 n. 23
- Ugartechea, J. M. 274 n. 22
- Uhlenbeck, C. C. 37, 73 n. 10, 74, 76 n. 22, 77 n. 27, 80, 87, 90 n. 72, 96 n. 10, 100, 144, 158 n. 24, 183, 219 n. 21, 226, 232
- Ulibarri, J. P. 405
- Unamuno, M. de 55
- Untermann, J. 71 n. 4, 122, 122 n. 1, 123, 168 n. 10, 170 n. 14, 194, 273, 273 n. 19, 290, 414-415
- Uranga, J. E. 245, 251, 261, 273, 367 n. 13, 369 n. 19, 380, 394, 399
- Uriarte, J. A. 14
- Urquijo, J. de 56 n. 11, 73 n. 8, 137, 176, 191-192, 386 n. 19
- Urte v. D'Urte, P.
- Uspenskij, B. A. 273 n. 16
- Väänänen, V. 306, 315 n. 41, 316 n. 45, 319 n. 58
- Valerio del Bierzo 335 n. 108

- Vallejo, J. 175, 239 n. 51
 Vázquez de Parga, L. 209 n. 13, 249
 n. 13, 262, 274 n. 21
 Venancio Fortunato 185
 Vendryes, J. 8, 82-83, 306, 319 n. 59,
 330
 Ventris, M. 136 n. 7
 Verner, K. 234 n. 45
 Vigil, M. 130, 294 n. 30, 330, 348,
 376 n. 28
 Vilallonga, J. 14 n. 9
 Villasante, L. 42 n. 4, 44, 330, 333,
 385 n. 15, 389 n. 24
 Villoslada, N. 348-349
 Vinson, J. 156 n. 19, 225
 Virgilio 217
 Visedo, C. 218
 Vives, A. 226 n. 35
 Voegelin, C. F. 6, 144
 Voegelin, F. M. 6, 144
 Vogt, H. 103-104, 104 nn. 29-30, 108
 n. 36, 111, 146 n. 24, 272 n. 13
 Vossler, K. 295
 Wackernagel, J. 83 n. 49
 Wagner, H. 68, 89 n. 69, 334 n. 106
 Wagner, M. L. 8, 65, 252 n. 21, 306,
 312
 Walde, A. 345
 Wartburg, W. von 8, 281 n. 5, 306,
 312 n. 27
 Weinreich, U. 19 n. 13, 41 n. 1, 62,
 160 n. 26, 310 n. 17
 Weissgerber, L. 257
 Whatmough, J. 124, 165 n. 5, 191,
 233 n. 44
 Whitehead, A. N. 92 n. 3
 Wilbur, T. H. 11 n. 2, 358
 Wilmes, R. 153 n. 10
 Yanguas y Miranda, J. 381 n. 4, 410
 Ybarra, J. de 71 n. 5
 Yrigaray, Á. 150
 Yrizar, P. de 14 n. 9, 18 n. 12
 Zabala, J. M. 20 n. 15, 174 n. 22
 Zaldivia v. Martínez de Zaldivia, J.
 Zavadovskij, Ju. N. 331
 Zeuss, J. K. 130
 Zyhlarz, E. 99, 168

ÍNDICE DE CONCEPTOS

- abjaz 104, 106-107
- Academia de la Lengua Vasca v. Eus-kaltzaindia
- acadio 272 n. 14, 340
- aezcoano 16, 21, 26, 33 n. 13, 155
- albanés 55, 278, 303, 308, 341
- alemán 31, 95, 220, 268, 279 n. 4, 334
 - alto alemán 252-253, 325 n. 85, 404
 - bajo alemán 54
- alteridad 388
- alto-navarro 26, 42, 49, 270, 312, 314, 314 n. 34, 316, 316 n. 44, 319, 323, 325-326
 - meridional 13, 21, 33 n. 13, 155, 333
 - septentrional 19, 21, 155
- Anatolia (lenguas de) 34, 145, 159 n. 25, 340
- anglosajón 54
- aquitano 131, 160, 165, 165 n. 5, 193-194, 412
 - comparación ibero-aquitana 120-121, 165-167, 218-232, 241-242, 255
 - sistema fonológico 235-243
 - h* 237, 252, 252 n. 19
 - oclusiva apical inicial 237, 237 n. 48, 238
 - vibrante inicial 240
- m* 239-240
 - consonantismo 234-235, 241, 252
 - vocalismo 233-234
- composición y derivación 254
- inscripciones 120-122, 165, 165 n. 5
- onomástica 263
 - declinación 211-212
 - elementos finales 203-205
 - elementos no finales 205-207
 - género 213-214
 - interpretación 216-217
 - particularidades gráficas
 - geminación gráfica 209-210, 257, 257 n. 34
 - h* 207-208, 253
 - oclusivas 209-210
 - x / xs / ss / s* 208-209, 257
- árabe 99, 272, 340
- aragonés 60, 183, 259, 393
- arameo 341
- arcaísmo 29-30
 - v. vasco
- armenio 87, 163 n. 3, 164, 341
- aspiración /h/ 121-122, 416-417
 - v. vasco
- asturiano 56
- atlas lingüístico vasco 24, 138, 420
- avar 105-106

- bajo-navarro 12, 21, 52, 222, 225
 n. 33, 312, 314, 314 n. 36, 315-316, 319 n. 62, 323-327
 occidental 19, 155
 oriental 19, 26, 155
 bats 104, 107
 baztanés 21, 52, 54, 183, 259, 383
 n. 10
 bearnés 259, 275
 bereber 99, 271 n. 10, 311 n. 19, 331
 bilingüismo 71-72
 britónico 79, 81, 86, 278, 308, 314
 n. 37
 burushaski 101
- cambio lingüístico 9, 27, 30, 34
 cántabras (hablas) 345, 413
 castellano 125-126, 293, 296, 303, 358, 393
 c. antiguo 41, 57, 227 n. 38
 catalán 139, 183
 caucásicas (lenguas) 89, 96, 100-112, 136 n. 5, 144 n. 21, 145
 meridionales (CS) 110, 272
 v. georgiano, mingrelia, lazo, svano
 septentrionales (CN)
 CC 104-106
 v. chechén, ingush, bats
 CNE (lenguas del Daghestán) 104-106
 v. avar
 CNO 104-106
 v. abjaz, circasiano, oubykh
 parentesco genético entre CN y CS 108-109, 111
 celta 55, 58, 84, 89, 160, 325 n. 85, 417
 celtibérico 71, 98, 122, 126, 130, 169, 175 n. 27, 336, 339, 345, 412, 417
- célticas (lenguas) 62, 81, 85, 88, 253, 279, 330
 v. britónico, celta, córnico, irlandés, galés, galo
 chechén 104
 circasiano 104, 106
 clasificación de lenguas 91
 genealógica 92-93
 tipológica 91-92
 coincidencia material 92-95
 v. homología
 comparación 83, 102, 163, 202
 contacto lingüístico 67-69, 159-160, 176
 continuidad lingüística 33, 178-179
 copto 341
 córnico 79
 correspondencia lingüística 93, 146
 fonética 61, 70, 94, 110, 199-200
 criterio de las áreas laterales 29
 cronología relativa 34
- dacio 341
 descripción lingüística 135, 135 n. 4, 137
 diacronía 137
 dialectología 384 n. 12
 v. vasco
- egipcio 145, 341
 elamita 101, 145, 340
 epicórica (escritura) 195
 escandinavas (lenguas) 258
 v. islandés
 escritura 119
 sistemas 161-162, 273-274
 v. epicórica, ibérica, meridional, oghámica
 escuela de Tiflis 109-110
 eslavas (lenguas) 279

- eslavo 113
 español 31, 41, 54, 54 n. 5, 57 n. 12, 73, 139, 143
 estructuralismo 134
 etimología 52, 142, 352
 etrusco 172, 275, 339
 Euskaltzaindia 17, 138
 éuskaras (hablas) 49-50, 344, 382
 éuskaro 45-46, 62, 124, 129, 145, 148, 160, 166, 195, 199, 250, 259 n. 41
 límites 126-127
 sustrato 414

 fenicio 272
 fino-ugrias (lenguas) 87, 95
 francés 31, 84, 220, 281 n. 5, 303

 galés 58, 79, 84, 85, 86 n. 62, 217, 303, 313 n. 29, 326
 gallego-portugués 57 n. 12, 200, 293, 325 n. 85, 331
 galo 85, 126, 130, 165, 169, 199, 216-217, 253, 339, 417
 gascón 60, 183, 228, 281 n. 5, 303, 309 n. 9, 314 n. 36, 321, 325, 391, 392
 georgiano 102-103, 109, 112, 136 n. 5, 272, 272 n. 13, 341
 germánicas (lenguas) 55, 62, 84, 252, 256, 279, 325 n. 85, 333-334, 339
 v. alemán, inglés
 germánico 89
 glotocronología 115, 146
 goidélico 86
 gótico 66, 75, 81 n. 41, 341
 griego 34, 81 n. 41, 82, 89, 113, 129-130, 163 n. 3, 217, 220-221, 315 n. 39, 341
 homérico 158
 guipuzcoano 10, 14, 15-16, 19, 21, 23, 29, 42, 65, 155, 200 n. 8, 270, 312, 314 n. 34, 315-316, 323, 325-326, 326 nn. 92, 94, 327, 327 n. 99
 hamito-semíticas (lenguas) 98-99, 167
 v. acadio, árabe, copto, bereber, egipcio, hebreo, libio antiguo
 hático o prehitita 101, 145
 hebreo 129, 272, 272 n. 14, 338
 hispanicas (antiguas lenguas) 168
 n. 9, 169, 169 n. 13, 218, 223 n. 31, 247
 historia (de la lengua) 135, 135 n. 4
 historia / prehistoria 40, 109-110, 136, 136 n. 5
 v. vasco
 interna / externa 39-40, 69
 hitita 34, 83, 94-95, 159 n. 25
 v. hático
 homología / analogía 27, 46, 78 n. 28, 93, 163
 homonimia casual 75-76
 hurrita 101, 145, 340

 ibérica (escritura) 96-98, 167-168, 253, 273
 ibérico 96-99, 122, 126, 129-130, 156-157, 170-171, 175 n. 27, 177, 198, 339, 412, 41
 composición 254
 desinencia *-cen* / *-(e)scen* 97, 171
 eban(en) 171
 valor de *Y*, *-Yi* 171, 239 n. 51
 v. aquitano comparación
 ilirio 289-290, 341
 indoeuropeas (lenguas) 88, 89 n. 69, 90, 111, 129, 415
 indoeuropeo 34, 96, 291, 339

- indo-iranio 34
- inglés 66, 89 n. 69, 95, 110, 143, 164, 268, 284, 291, 325 n. 85, 333-334
- ingush 104
- innovación lingüística 29-30
 - v. vasco arcaísmo / innovación
- inteligibilidad mutua 9-10, 345
- irlandés 83, 87 n. 65, 89 n. 69, 110, 139, 163 n. 3, 165, 253, 268
 - antiguo 85-86, 86 n. 62, 93, 221, 291, 387 n. 20
- islandés 258
- isoglosa 33
 - v. vasco
- koiné* 9
 - v. vasco
- labortano 19, 21, 42, 52, 72, 155, 183, 259, 312, 314, 314 n. 34, 314 n. 36, 319 n. 62, 323-326, 326 n. 91, 329 n. 105, 334
- latín 29, 41, 46-47, 52, 54, 54 n. 5, 56-57, 59, 66, 72, 74, 76-78, 80, 81 n. 40, 84, 88, 95, 110, 112-113, 122, 126-127, 129-130, 139, 160, 160 n. 27, 163, 163 nn. 2-3, 221, 226 n. 37, 227-228, 247, 251, 258-259, 263-264, 269 n., 278-279, 279 n. 4, 289-290, 303, 333, 339, 341, 363, 388, 390
- latinización 339
- lazo 102-103, 272
- lectura 271-272
- lengua 134, 140, 162
 - lengua y cultura 70, 140, 161-162, 246
 - lengua e historia 398
 - lengua y religión 341-342, 389
- matriz 181
- mayor 388
- pervivencia 338-339
- primitiva 180
- léxico
 - básico 94, 163, 279
 - cultural 88
 - patrimonial 83
- libio-beréber 339-340
- liga de lenguas 37
- ligur 177, 339
- lingüística 136, 162
 - diacrónica 136
 - inmanente 136
- lusitano 339
- meridional (escritura) 168
- mesapio 339
- mingrelia 102-103
- navarro (romance) 303, 344, 390, 392-394, 397-399
- nórdico 89 n. 69
- occitano 125 n. 6, 303, 309 n. 9, 315, 328, 387 n. 21, 390, 392
- oghámica (escritura) 209
- onomástica 71, 137, 142, 414, 416
- oseta 101, 109
- parentesco lingüístico 94-95, 137, 143-144, 144 n. 20, 163-165, 168, 199-200, 388
- persa moderno 164
- pictos (lengua de los) 339
- pidgin* 44, 176, 182

- portugués 54 n. 5, 85 n. 56
préstamo 83, 93, 271
 v. vasco
proto-románico 163 n. 2
púnico 272, 340
purismo 335
- reconstrucción lingüística 27, 27 n. 3,
 29-30, 34, 40-41, 102, 104, 110,
 114, 198
románicas (lenguas) 29, 61, 78, 84,
 89, 256, 259, 278-279, 279 n. 4,
 390
romanización 308, 339-340
 en el País Vasco 46-47, 124, 127,
 194, 247
roncalés 13, 16, 20-22, 25-27, 30-
 31, 31 n. 9, 32-33, 33 n. 13, 42
 n. 3, 56, 57 n. 12, 81 n. 39, 113,
 149-151, 151 n. 5, 152-154, 154
 n. 15, 155-156, 156 n. 20, 183,
 201, 227, 259, 312, 315-319,
 322-323, 323 n. 76, 325-328,
 333, 385 n. 15, 422
ruso 87, 143, 279 n. 4
- salacenco 20, 21, 26-27, 30, 32, 33
 n. 13, 150-151, 151 n. 6, 155-
 156, 156 n. 20, 225 n. 33, 315-
 316, 322, 322 n. 72, 323, 325,
 328, 333
santanderino 56
sardo 56, 60, 66, 93, 283, 311, 323,
 324 n. 81, 327
 campidanés 56
 logudorés 56
Satznamen v. vasco
semíticas (lenguas) 167, 272, 409
 v. hebreo
semítico 145
- suletino 19-21, 25-27, 30-31, 31 n. 9,
 32-33, 33 n. 13, 42, 58, 81 n. 39,
 113, 154, 154 n. 15, 155, 183,
 226 n. 37, 259, 269 n. 6, 280,
 283, 310-311, 312 n. 25, 315-
 316, 316 n. 44, 317-318, 318
 n. 55, 319, 321, 321 n. 67, 322,
 323 n. 76, 323 n. 77, 324, 324
 n. 80, 325-327, 329, 407
sumerio 101, 145, 340
svano 102, 272
- tartesia (escritura)
 v. meridional
tocario 83, 83 n. 48
toponimia 71, 127, 137, 141-142,
 160, 364-365, 407
 menor / mayor 44, 294-295, 371
vizcaína 352
 v. vasco
- ubij 104, 106
urálicas (lenguas) 96
 v. fino-ugrias (lenguas)
urálico 96
urarteo 101, 145, 340
- vasco
 acento 26-27, 143 n. 18, 323-
 324, 334-333, 412
 arcaísmo / innovación 30-33, 33
 n. 13, 60
 artículo 256
 caracterización
 aislamiento genealógico 145-
 146
 carácter recesivo 121-122,
 195, 362-363, 415

- lengua isla 91, 131, 162
- meridional (paleohispánico)
 - 183-185, 195
- composición 11, 231-233
 - nominal 89, 279, 304
 - verbal 89, 279, 304
- contacto
 - con latín y romances v. vasco
 - elemento latino-románico
 - con lenguas célticas 165, 193
 - con lenguas indoeuropeas prelatinas 72, 76-78, 88-89, 140, 146-147
 - contacto lingüístico norte-sur 183
- cristianización y lengua 346-347
- dialectología 12-24, 43, 418
 - Bonaparte 15, 18-19
 - Erizkizundi irukoitza* 17-18
 - unificación 9, 17
- dialectos 9-12, 37-38, 48-49, 155
 - isoglosas 18-23, 36, 383
 - koiné* 10
 - variedades literarias 10
 - vizcaíno / otros 35-38
- documentación 42-45, 118-119, 127-128, 386-387, 405-406
- Edad Media 125-126, 387-389, 403-418
- elemento latino-románico 11-12, 51-68, 131, 277-336, 363
 - arius* > *-ari* 284 n. 11
 - préstamos 59-67, 139, 143
 - n. 19, 304, 325-327
 - sufijos de derivación 90, 329-330
 - vocal protética ante *r*- 316
- ergativo (construcción de) 20, 111
- género gramatical 214-215, 215 n. 15
- sistema fonológico 26
 - a* / *e* 409
 - ai*, *ei* / *au*, *eu* 28, 30-31, 33-34
 - aspiración 310, 373, 411
 - consonantes geminadas 373
 - fricativa velar sorda /x/ 26
 - /h/ 26, 28, 32, 34, 373, 383
 - n. 10, 411
 - i-u* / *u-u* 28, 31, 33
 - **L* > *-ll*- 412
 - nasal o *l* más oclusiva 28, 32-33
 - nasales (vocales y diptongos) 26
 - sibilantes [š] / [ž] 28, 32
 - síncopa 31
 - sonoras 26
 - st* / *rz* 28, 32
 - u-* / *i-* 410-411
 - ü* / *u* 19-20, 20 n. 14, 26-27, 31
- geografía 124, 143, 178
 - límites antiguos 43-44, 49-50, 128, 248-249, 266, 286-287, 361-363, 365-368, 369-372, 374-376
 - expansión 48, 70, 373-377, 409-410
 - vasco occidental 36-37, 54, 56, 61, 72, 80, 280, 311-312, 313 n. 30, 315, 321-322, 322 n. 74, 323, 325, 328, 332, 346, 364, 383 n. 11, 410
 - vasco oriental 56, 61, 65-66, 311-312, 313 n. 30, 314, 314 n. 34, 315 n. 39, 319, 321, 322 n. 74, 323, 329, 334, 410
 - vasco meridional 311, 313 n. 32, 318-319, 326, 326 n. 92, 373, 422
- historia
 - historia externa 126-127
 - prehistoria 44-45, 51, 129, 141

- léxico 35, 51, 90, 138-139, 156, 159, 279-280
 componentes patrimoniales 58-59, 139
gan / gain 411
 léxico alavés 300-301
 préstamos 58-59, 139
 del árabe 72-73
 indoeuropeos prelatinos 78-84, 87-90, 140, 258-259, 280, 332, 416
 de origen céltico 84-87
 de origen germánico 73-75
 v. elemento latino-románico
 religioso 66-67
-r- / -l- 411-412
 voces de sustrato 51, 139
 morfología
-a partícula interrogativa 21
 alativo *-at* 21
bait- 21
 numeración vigesimal 79-80
 oficialidad 10
 onomástica medieval 215-216, 221-225, 230-231, 405
 parentesco
 con las lenguas hamito-semíticas 96-97, 144, 167, 192
 con las lenguas caucásicas 96, 99-100, 111-114, 163-164
 hipótesis vasco-iberista 96-97, 147, 167, 169-170, 172-176, 191-192, 247
 coincidencias 96-97, 147, 157-159, 172-176
 protovasco 198, 259
h 259
 v. aquitano
Satznamen 409
 sintaxis 278
 toponimia 49, 76-77, 142
 alavesa 287-299, 405
 medieval 372-373
 topónimos de doble tradición 363-364
 zona habla vasca 76, 141
 v. elemento latino-románico, onomástica
 vasco antiguo 62, 199, 257, 282, 285, 310-311, 334
 verbo
 auxiliar 21
 formas alocutivas 21
 formas personales 21-22, 35
 imperativo de futuro 38
 v. aezcoano, alto-navarro, aquitano, bajo-navarro, baztanés, éuskaro, guipuzcoano, labortano, roncalés, salacenco, suletino, vizcaíno
 venético 276, 290, 339
 vizcaíno 10, 12, 15-16, 19-23, 29, 35, 35 n. 16, 36-38, 49, 53, 56-57, 61, 64-65, 80 n. 36, 120, 154-155, 155 n. 17, 183, 200 n. 8, 220, 222, 224, 226, 228-229, 269 n. 6, 270, 284, 300-301, 311 n. 21, 312, 314, 314 n. 37, 315-316, 316 n. 44, 319, 322-323, 326, 326 n. 94, 327, 327 n. 99, 328, 329 n. 105, 334, 382 n. 8, 405, 407, 418, 422

ÍNDICE DE PALABRAS

Vasco

-a 215-216	adore 326	aizto 25
ahari 309 n. 13	ardore	haizu 313
ahate 315, 324	afoñu 326 n. 94	hauzu
arata	-aga 365, 408	akhabo 329
abaa- 326 n. 94	Osinaga, Osinaguea	aker 202
abagadaune 56	a(g)uña v. ahüñe	Ak(h)ize 201, 315, 328
Abando 266	Hagurahin 208	akullu 61, 63, 312
abar 157, 174	aingeru 66, 312, 316,	akillo, akilu, aküllü,
abendu 64, 314, 317	319, 354	akulo
abendo	aingiru, aingru, ain-	al(h)aba 20
abentu, -tü	guru, aingürü,	Albonica 201, 372
aberats 233, 328 n. 101	angeru	Alboniga
abe(r)e 31, 317, 328	aingira 316	Alborrione 372
n. 101, 233	aingra	aldare 64, 317
abre	aingiru v. aingeru	althare
(h)abia 317, 317 n. 50	aingra v. aingira	alde 28
(k)afia	aingru v. aingeru	alt(h)e
abre v. abe(r)e	aingura 316	allauda 313
abuztu 327	angura	almaka v. me(h)aka
aceari 256, 256 n. 29	ainguru v. aingeru	Almike 201
Aceari Umea	aingürü v. aingeru	alokairu 314
Acenari, Aze(n)ari 216,	aintz v. a(h)untz	aloger
221	aita 219, 221	alpore 326 n. 94
Aznar	Aita, Eita 219	althare v. aldare
adar 82, 141	aitona 219	alt(h)e v. alde
adin 157, 174, 228	(h)aitz 81, 300	(h)altz 86 n. 61
aditu 313, 318 n. 54	(h)aizkora 309 n. 13	altzeiru 326
adi	aizna 316	

- ama 219
 Ama, Amunna
 -ama 76
 amaña v. kamaña
 hamar 347
 amarren 347
 amore 315
 anaia, -e 174, 219
 Annaya 219
 Anaso 230
 Anderazo 219, 230
 v. and(e)re
 and(e)re 81, 120, 141,
 166, 219, 221 n. 26,
 230, 255, 332
 And(e)re, Anderaço,
 Anderete, etc.
 219
 andra 219
 andretxo 230
 Anderquina 228
 Anderguina, Andre-
 quina
 (h)andi 224-225
 (h)aundi
 Andiggana 284
 Antezana
 Andoze 229
 angelu 284, 319, 319
 n. 57, 354
 Angelu
 angeru v. aingeru
 angio 80 n. 36
 angi
 angura v. aingura
 an(h)oa 12, 64, 321
 Anso 323, 323 n. 76,
 417
 Antezana v. Andiggana
 -antxa 325
 anztu v. aztu
 aña v. ahüñe
 Ahoçtarriç 231
 aphaindu 329
 apal 216
 Domna Apalla,
 Gaxto Apala
 apate 385
 Apathea 385 n.
 aphez 326
 aphezpiku 326
 aphezküpü
 epistiko
 ipizpiku, ipiztiku
 apiriko 61, 315
 aphiril 315 n. 41, 326
 apoñu 326 n. 94
 apostolu 316 n. 44
 *apostoru, apostru
 Appalla 224
 apukadu 56
 ar 215
 -ar v. -tar(r)
 Araba 201
 Harhaia 208
 (h)aran, ar(h)an 82,
 155, 346
 Aranzadi 288, 288
 n. 20
 Aranzadui
 Hararihini 208
 arata v. ahate
 *ardano 11
 ardan-
 ardantze 369
 ardi 257
 art-
 ardore v. adore
 (h)area 11, 64, 154,
 288, 312, 331
 haríña, hariña
 Areatza 288
 Arenaza
 areitz v. (h)aritz
 Arenaza v. Areatza
 arerio 36
 aretx v. (h)aritz
 argi 83, 90, 97, 141, 174
 Argiñao 298
 argizagi 227
 -ari 315
 arima 12, 150
 hariña v. harea
 (h)aritz 224, 224 n. 32
 areitz
 aretx 36
 arkha 324
 arku 324
 arkume 257
 arlinga 323
 arra(a) 72
 Harrahaia 208
 Harramelluri v. -(h)uri
 arrathu 113
 arrazoi(n) 316
 arrazu 113
 errazoe
 arraztelu 322
 arrazu v. arrazoi(n)
 arreba 219
 Arreba
 (h)arri 232, 300
 Harriolha 208
 Harrizavallaga 210
 arroda v. errueda
 arruga 316
 Harse 221
 arsto v. asto
 art- v. ardi
 arte 224
 Arteta 421
 Arteda
 Artieta, Artieda
 (h)artz 221, 221 n. 26
 artzai(n) 232
 *artzani
 Arzanhegi 208, 232
 Arzco 221
 *(h)arz-to v. asto
 Arzubiaga 232
 asaba 346
 asen(t)sio 320

- askatu 323
askazi 35
astaña 215
asto 226 n. 37, 234
arsto
*(h)arz-to
Atahuri 232
ate 232
atizatu 56
atxezatu
atondu 329 n.105
at(h)orra 72, 317 n. 52
Hatumanhuri v. -(h)uri
Aturri 201
atx v. (h)aitz
atxeiru, -rü 325
atxeter 284, 326, 328
hatz 81 n. 41
(h)aundi v. (h)andi
a(h)untz, ahüntz 28,
34
ahüñe 28
a(g)uña
añe
hau(r) 33 n. 13
gau
kau(r)
-aurre 408
-aur, -aurra
autono 327
(h)auts 54
(h)autsi 54
hauzu v. haizu
ax 22
yaz
Azerko 229
axol(a) 325
azaga 73
azari v. azeri
aze(n)ari v. ace(n)ari
azeri 221
azari
(h)azi 81 n. 41
azku 113
Aznar v. Acenari
aztu 234
anztu
azur v. ezur
Bahaheztu v. Maeztu
babes 64
bahe 315, 324 n. 80
baginu 28
bagunu, bagünü
bago 281, 317
bai- 155
Baigorri v. gorri, ibai
bait(h)a 160 n. 27
bak(h)atu v. pagatu
bake 60, 63, 284, 318,
324
bal- v. bel-
baldin 334, 334 n. 106
balin
barin
balea 64, 318
balezta 311
balezтари 315
balin v. baldin
baltz v. beltz
Balza v. beltz
*bane 315
bapañu 326 n. 94
bara 318
baradizu v. paradisu
baranthalla 327
barandalla
baratze, baratzea 385 n.
barazkari v. bazkari
barçuina 407
Bardahuri v. -(h)uri
bariaku 36
barin v. baldin
bark(h)atu 11, 65, 318,
329
barren 153
barri v. berri
baso 224
basa-
batheiatu 318
batea, batheia, ba-
tixa 28
Baternia 125, 295
bathi 325 n. 88
batixa v. batheiatu
ba(u)tisterio 326 n. 92
baxera 309 n. 9
bazkari 309 n. 13
barazkari
bazkatu 329
-be 409
Euridacarbea
Bearno, Biarno 201
beaza v. mehatxu
bedatse 35
bedegín v. belhagile
bedei(n)katu 322, 329
benedikatu
bedekadu v. debekatu
bede(r)atzü 28
bedratzi, bedratzu
begi 11, 57-58, 80, 232
bet-
begira 57-58
bigira
begiratu 57-58, 318
n. 54
begiratu, begira 318
*beitu 314 n. 37
Beizama 77
bekaitz 231
bek(h)atu 12, 61, 317
belha- v. belhagile
bela(ga)i 153 n. 12, 154
n. 15
belhagile 154 n. 15
bedegín, beragín
belha-, beragile 35
bel(h)ar 153 n. 12, 154
n. 15
berar 36, 336, 407

- Ocallaberar 336, 407
 Belasco 228
 belatz 222, 233
 belatx
 *beletz
 Belatce 222
 Belaza
 Belagga 216, 222
 bel(h)aun 227 n. 38
 bel(h)aurikatu 227 n. 38
 Belce 222
 Belcho, Belza, Valza
 bele 222, 233
 *beletz v. belatz
 Bellaco 216
 beltz 97, 174, 216, 222, 409
 baltz 36, 364, 373
 Nunno Valza de Se-roiana
 Nunnu Balza
 Belza v. Belce
 benedikatu v. bedei(n)katu
 bentzutu 329 n. 104
 be(h)oka 215
 be(h)or 215
 bep(h)uru 80, 232
 bera 224
 beragile v. belhagile
 beragín v. belhagile
 Berama 77
 berar v. bel(h)ar
 Berascoiz 231
 beratz 224
 berba 328
 bereter 328
 berme 318
 berna 311
 bero 90
 berri 36, 225, 409, 421
 barri
 Echabarri
 bertso 314
 bertsu
 bertute 317
 birtute
 ber(t)ze, ber(t)zea 385 n.
 besta 318
 bet- v. begi
 beta 311
 bethatxu 318, 325
 petatxu
 betazal 232
 Bethiri v. Pethiri
 bezau 84
 bezu 84
 biao 56-57, 320
 biao-leku
 *miano
 biga 326 n. 94
 bigae 281
 bigotz v. bi(h)otz
 bigun 36
 bigundu 407
 bik(h)e 60, 87, 282, 284, 311, 318, 324
 p(h)ike
 Bikendi 67
 Bikenti, Binkenti
 biku 282, 311, 314
 fiko, iko
 bil(h)atu 57 n. 12
 bil(h)aka
 bildots 99
 bil(h)o 311, 314, 322
 *bini v. mihi
 Binkenti v. Bikendi
 bi(h)otz 158, 174, 223, 241
 bigotz
 bipher 282, 311
 birtute v. bertute
 bi(h)ur 28 n. 5, 54, 174, 241
 *buur, büür
 mur
 bi(h)urri 54
 bixika 312
 bixiga
 puxiga, puxika
 bizkai- 153, 153 n. 12
 Bizkaia 152-153
 bizkar 153, 153 n. 12, 158, 241
 bizkarxko 153
 Blagga v. Belatce
 Blascuri, Bascuri v. -(h)uri
 bolu 320, 322
 borin-
 borin- v. bolu
 borma v. horma
 borondate 12, 28, 318
 boront(h)ate
 boronde 317
 boronte
 boront(h)ate v. boron-date
 boronte v. boronde
 bort(h)a 61, 324
 borthitz 321, 324, 328, 328 n. 101
 portitz
 bortxa 325
 bortz 223
 bul(h)ar 407
 buar
 Eribabular(ra)
 Iturbuarra
 *burdina 11
 burdin-
 buru 80
 buruzagui 255
 busti 387 n. 21
 musti
 buthun v. kutun
 butzu v. phutzu
 *buur v. bi(h)ur
 bühür v. bi(h)ur

- buztan 223
buztain, Buztayna
buztarina v. uztarina
- Ceapeiz v. ziape
Ceberio 354
Cegama 77
Ciraora-bidea 288
Chovaharan 367
-co, -ca 216
- dagoz v. daode
dallu 318
damu 318
daode 37
dagoz
-dar v. -ta(r)
daraturu 318
dastatu 63
*dauka 313
daukari 313
Deba 201
*debeitu 314 n. 37
debekatu 325
bedekadu
debetatu
debeku, -tu 325 n. 90
debetatu v. debekatu
degaitu 314 n. 37
deinhu v. jeinu
*deiru v. diru
deithatu, deitha v. deithu
deithoratu 314 n. 36
deithore 314 n. 36
deithu 284, 314, 329,
329 n. 105
deithu, deithatu, deitha
dekuma v. detxema
denbo(r)a 32, 317, 326,
328
tenpra
denda 318
- dermio 318
des- 330
ez-
mes-
detxema 280, 347
dekuma, tekuma 66,
313, 347
deuri v. diru
deus 56, 319
dieus
jeus
Deva 76, 141
-di 143, 288 n. 20, 408
-doi, -dui
diharu, diharü v. diru
dieus v. deus
digante 319 n. 62
diphia v. tupi(ñ)a
dipula- v. tipula
Diraquian 409
diru 318, 324, 325
*deiru
deuri
diharu, diharü
dithare 315
dohain 155, 155 n. 17,
315
doai
dohán
doe, dohe-, dōe
-doi v. -di
dol(h)are 315, 326, 369
dollar 56
dome(e)ka 36, 311
Domeka
Domiku
Domisanthore 328
Domun Santuru
Umeru Saindu
*done 315
donga 36
dorp(h)e 312
dorre 11, 312
dostatu v. jostatu
- Dota 318
Tota 230
-du v. -tu
-dui v. -di
dundu 8 n. 39
d d u n d d u ,
ddundduxka
dündü
dupha v. upa
duphina v. tupi(ñ)a
- ear v. eihar
Ebridacarrena 409
eburni 317 n. 50
Echabarri v. barri
Echapare v. kapare
Echeuerz, Echeuerzea
385 n.
edabe 36
edo 73
Egganno v. Etxano
(h)egi 79, 86
egiune 53
egu- v. egun
eguatxa v. uhaitz
eguzten 36
egu(berri) 227
eguen 36
egun 200 n. 8, 227
egu-, egur-
egun v. e(h)un
egur- v. egun
egur(aldi) 227
egutxa v. uhaitz
eguzari 36
eguzki 200 n. 8
iguzki
eihar 28
ear
exar
ein v. e(h)un
Heinhü 208
Eita v. aita

- ekai 154
 ekuru (-i) 35, 323 n. 76
 ekhürü
 ek(h)uzi v. ik(h)uzi
 elai, elae v. enara
 Elamendi 301
 ele 328
 eleiza v. eliza
 elexa v. eliza
 elikatu 56
 eliza 314
 eleiza 315
 ellexa 36
 *elhorrizu 232
 Elhossu 208, 232
 emai 154-155, 155
 n. 17
 emakume 219 n. 21
 emazte 219 n. 21
 Emazteona 256
 -en 175
 -en 97, 229
 enara 301, 408
 elai, elae
 Enarach, Enarache 300
 Enararri 300
 enchea v. untxi
 endel(e)gatu 65, 329
 entelegatu
 endel(e)ga, enthe-
 lega 326
 endorea 56
 ene v. nire
 Eneko 216, 229, 231,
 258, 321
 Enneco, En(n)ecoyz,
 Enecons
 engarren 12
 enthelega v. endelegatu
 eho 35
 epistiko v. aphezpiku
 erakurri v. irakurri
 erakutsi 269, 269 n. 6
 erakutzi 269 n. 6
 erantadu 36
 erhauts v. errauts
 herauts 222
 herau(t)x
 Erbasantea v. eroa san-
 tea
 erbi
 erdi 84
 Eribabular(ra) v. bul(h)
 ar
 eroa santea 408
 Erbasantea
 errada 332
 erratillu 332
 erratulu
 errauts 222
 erhauts
 errazoe v. arrazoi(n)
 errege 60, 88, 215, 231,
 280, 284, 319
 erregela 315
 erregiña, erregia 215
 erregu 61, 324 n. 82
 errekaitu 313
 errekeitu
 errepide 231
 errexal 56, 408
 Erresalucea
 Errexaleta
 Errexalza
 erripa 61, 316
 errota 61, 311
 erru 61
 errueda 88
 arroda
 erur 36, 407
 eskua 31
 eskia, eskiua
 eskü
 esnatu 29
 espanac v. ezpain
 espor(t)zu 318 n. 56
 Essavarri 232
 -eta- 160 n. 27
 -eta 408
 Landeta, Landetea
 Linaceta, Linacetea
 etsái 154
 etxa-, etsa- v. etxe
 Etxano 352
 Egganno
 etxe, etse 11, 232, 422
 etxa-, etsa-
 v. essa-
 etzin 36
 etxun
 e(h)un 28, 34, 73
 egun
 ein
 ehün
 e(h)untari 73-74
 Euridacar 409
 Euridacarbea v. -be
 eusk- 194
 euskaldun 231, 249 n. 10
 euskara 231, 249 n. 10
 exar v. eihar
 ez- v. des-
 -eza 38
 ezagun 329
 ezagutu 329, 407
 ezaundu
 ezer 200 n. 8
 ezker 174
 ezkutari 315
 ezkutu 113
 ezkutatu
 izkutatu, izkutu
 ezpain 407
 espanac
 ezpayna
 ezpata 61, 311
 ezur 36
 azur
 fadura v. padura
 Faranluceta 365
 araluzeta

- fede 317
 fidatu, fida 317
 fiko v. biku
 fongo v. (h)onddo
 freu 321
 frogatu 325
 porogatu
 fruitu 314
 fuin v. muin
 fungo v. (h)onddo
 funts 328
- gai v. gau
 gain 36, 411
 gan
 gaitu 22, 28
 gitu
 gutu, gütü
 gaitz 157
 gaiza v. gauza
 galai 315
 galae
 Galindons 231
 Garindoiz 231
 galkatu 317
 galtzairu v. kaltzairu
 gal(t)zina 319
 gaminta v. ganibeta
 gan v. gain
 Ganderailu v. Kande-
 ler(i)o
 ganibeta 316
 gaminta
 ganora 334
 k(h)anore
 *gapare v. kapare
 gapirio 324
 gar(a)izuma 313 n. 30
 gorozema
 Garasta 291
 garau(n) 318
 krau
 garazia 315
- garbi 75
 garri v. gerri
 Garsea 216
 gathabute v. katabut(a)
 gatheia 331
 gathilu, gatillu v. katillu
 gathu 317
 gatulu, gathülü v. katillu
 gatz 36
 gatz 54
 gau 28, 31
 gai
 gaur
 gau v. hau(r)
 gauza 31, 34, 60, 257,
 283, 313
 gaiza
 -gaz 407
 gazi 54
 gaztaina 281
 gaztaña 318
 Gaztela 318
 gaztelau(n) 318
 gaztelu 12, 64, 318
 gela 11, 59, 63, 318, 372
 gente v. jende
 gereta 84, 315
 gerezi 36, 60, 314
 kerexa
 gerizatu 315
 gerri 36
 garri
 gerthu 318
 gezi 62, 85, 258, 314
 -gi 38
 gibel v. -ostre
 giberri 99
 gipulla v. tipula
 Gipuzauri v. -(h)uri
 Gipuzkoa 152
 gisu 60, 312, 319
 gitu v. gaitu
 giza- v. gizon
 gizaseme 231
- gizon 120, 166, 219,
 222, 231, 255, 257
 giza-
 goba v. koba
 gogo 108
 Goiahen 229
 goíkua 227
 goithatu 318
 golardo 313 n. 30
 golde 281
 golgo v. kolko
 golkho v. kolko
 gollare 63
 kollara
 gomutadu 36, 334
 gona 84
 gonburu v. mukuru
 gorde 313 n. 30
 gori 54, 86
 gorozema v. gar(a)izuma
 gorpu 327
 gorputz 12, 312, 321,
 324, 327
 khorphitz, korpitz
 gorri 225
 Baigorri
 gorta v. korta
 goru 12, 64, 280, 326
 gose 83
 gudu 74-75, 174
 Guebara, Guevara 201
 Guendearia 285
 Guizaburuaga 233
 Guizirudiaga 233
 (g)un v. muin
 gura 318, 326
 guthizia 317
 gutu v. gaitu
 gütü v. gaitu
 gut(h)un v. kutun
 gutxi 36
 gitxi
 guti

- Iaunso 230
 ibai 153, 153 n. 12,
 154-155, 155 n. 18,
 156, 225
 Baigorri
 ibar 153, 153 n. 12,
 154-155, 346
 ibar jaun 346
 Ibarrangelua v. angelu
 ibaso v. ibai
 ibei 156
 ibi 154, 154 n. 14, 156,
 156 n. 20
 Ibia 154 n. 14
 ibide 154
 ibitu 154
 idi 11, 222
 it-
 igande 28
 igante
 iger(i) egin 36
 uger
 iguzki v. eguzki
 ihizi 54 n. 5
 -ika 77
 ik(h)asi 269 n. 6
 -ikatu 227 n. 38
 ik(h)atz 408
 ink(h)atz
 ikaztobi 408
 Incastobi
 iko v. biku
 ikorzirin 113
 ikur 269 n. 5
 ikurrin 269 n. 5
 ik(h)usi 154, 269 n. 6
 ikusi-makusi 90 n. 71
 ik(z)uzi 269 n. 6
 ek(h)uzi
 il 227
 -il 315 n. 41
 il(h)argi, illargi 150,
 226-227
 ilbeltz 29
 il(l)en 36, 226
 iltze 36
 untze, ultze
 il(h)un 28, 174, 225,
 241
 ulun, ùlhun
 Incastobi v. ikaztobi
 ingiru v. inguru
 ingude 64, 282, 311
 inguma 317
 inguru 318 n. 55
 ingiru
 üngürü
 ink(h)atz v. ik(h)atz
 intsesu 320
 iñor 154, 200 n. 8
 -i 54, 54 n. 5, 268
 ipizpiku v. aphezpiku
 ipiztiku v. aphezpiku
 ira 80
 irakatsi 269 n. 6
 irakurri 268-270
 irakorri, irakurtu
 erakurri
 iratzarri 29
 iratze 80
 (h)iri 143, 149, 201,
 227, 410
 Iriberri
 Iriberris
 irun-
 -(h)uri 365, 370, 370
 n. 21, 371, 373
 Harramelluri
 Hatumanuri
 Bardahuri
 Blascuri, Bascuri
 Gipuzauri
 Izahuri
 Margaluli
 Maruri
 Mutilluri
 Nafarruri, Na-
 harruri
 Nunnofalzahuri
 Ogganduri
 Ollauri
 Ozturi
 Semenohuri,
 Scemenurri
 Ulibarrilior
 Huribarri(s)
 Vermuduhuri
 Zufiuri
 irten 36
 urten
 Iru(i)n- v. Iruñea
 irun- v. (h)iri
 Irunberri 152, 201, 227
 Urunberri
 Irun-videa 152
 Iruñea 149-150, 150
 n. 4, 151-152
 Ironia, Iru(i)n-, Iru-
 nia
 Iruñe-, Iruña
 Orunia
 Uriña, Urunia, Uruña
 Yrunea, Yrunia
 it- v. idi
 ita- 53
 itauna 53
 itaune
 itun
 itaundu 36, 53
 itandu, iteundu
 itsaso 11
 itsas-
 itundu 53
 Iturbuara v. bul(h)ar
 iturri 201, 367
 Iturriraquina 409
 itxi, etxi v. utzi
 itxura 312 n. 25
 itxura ütixura
 hitz 328
 itzal 54
 itzali 54

- izar 150
- izara -e 72, 316 n. 46
- Izauri v. -uri
- izéi 154
- izen 36, 410
 - uzen
 - Ucengaso
- izkiribat(ü) 329
- izkutu v. ezkutu
- hizmizti 90 n. 71
- izoki(n) 85
- iztupa 282, 311
 - üztüpa

- jainko 215
- jainkosa 215
- jakín 28
 - xakin
- jaugin v. jin
- jaun 231
- Jaungoikoa 66
- jauregi 231
- jeinu 319 n. 62
 - deinhu
- jende 319
 - gente, jente
- jeus v. deus
- jin 35
 - jaugin
- jo 28
 - xo
- Joane(s) 321
 - Joaniz
- jokhatü, jokha 324
- joko 314, 317
 - jökü 324
 - joku 61
- jostatu 319 n. 62
 - dostatu, dosta
- judu 36
 - judegu
- jurgu v. surgu

- ka 82
- (k)afia v. (h)abia
- kai 84, 84 n. 54
- kaiku 313
- kaltzairu 323
 - galtzairu
- kamaña 323
 - amaña
- Kandeler(i)o 328
 - Ganderailu
- kandera 316
 - kandra
- k(h)anore v. ganora
- kapare 61, 322, 332
 - Echapare
 - gapare
- kapela 317
 - kapelu 317
- kapera 63, 309 n. 9
- kapitai(n) 322
 - kapitae
- kare 322
- karroi 35
- katabut(a) 323
 - gathabute
- katea 64
- katillu 312, 332
 - gat(h)ilu, gatulu, ga-
thülü
- khatiña 154, 312
- kau(r) v. hau(r)
- khausitü 313
 - khausi
- kerexa v. gerezi
- khil(l)o 312
- kin 37, 407
- ki(n)pula v. tipula
- kirru 60, 318
- (k)izun 90 n. 73
- ko 228
- koba 367 n. 13
 - goba
- kodeña 313 n. 30
- kokalde v. okallea

- kolko 318
 - golgo, golkho
- kollara v. gollare
- kolore 335
- komeni 334
 - konbeni
- kontrast(a) 291
- koroa 11, 321
- khorphitz, khorphitz v.
 - gorputz
- korta 315
 - gorta
- kotoin 72
- krau v. garau(n)
- kullo 64
- kuma 322
 - khüña
 - ua 323
- kume v. ume
- kupa v. upa
- kürkürü 318
- kutun 72, 275
 - buthun
 - gut(h)un
 - kuttuna
- küüllü 312

- Laco(a) v. lakhu
- Lacorretundo v. lakhu
- Lacu(a) v. lakhu
- Lacumadura v. madura
- lagun 97, 174
- laia 86 n. 63
- laida v. lauda
- laído 314
- lak(h)et 329
- lakio 325, 325 n. 85
 - latxi(g)o
- lako 317 n. 51, 324
- lakhu 317 n. 51, 324, 408
 - Laco(a), Lacu(a)
 - Lacorretundo

- lama 315
 Lamiategui 367
 Lamiobia 288 n. 23
 Lamiturri 366
 landa 84
 Landeta, Landetea v. -eta
 langa 317
 lanjer 323 n. 77
 laphitz 321, 328
 Lapurdi 201
 Laquenti 60, 60 n. 18
 Laquendi 60 n. 18
 Laquentiz 60 n. 18
 Laschentizteguia 60
 n. 18
 Laquidini 60
 lar, laar 54, 54 n. 6
 la(a)rregi 36, 54
 Larrehederra 366, 369
 larri 53-54, 54 n. 6
 larritu 54 n. 6
 larru 36, 79
 Larzabal 210
 Larçabaig
 Laspiur 292
 Latadia 385 n.
 latxi(g)o v. lakio
 lau 315
 lauda 313
 laur 223
 Laurendi 66, 328
 Laurenti
 lauza 313
 lauzatu 313
 le(h)en 229
 lenaengo
 le(h)er 229
 Lehet 208
 lege 60, 280, 284, 319
 le(g)o v. leiho
 leinu 298, 314
 leñu
 leio 28
 lego, lexo
 le(i)ze 367 n. 13
 leka 323 n. 77
 theka
 lekoa 324
 leku 61
 lemamia 325
 lenaengo v. le(h)en
 leñu v. leinu
 lehoi(n) 322
 lehū
 lexiar 36
 lexo v. leiho
 liburu 315
 ligu v. liho
 l(l)illuratu 93
 luluratu
 Linaceta, Linacetea v.
 -eta
 liñu v. liho
 liho 282, 322
 ligu
 liñu
 Lizarraga 125, 365
 lizifrina 323 n. 77
 lo(h)-, lot- 233
 locoroça 233
 lo(h)i 223
 logi
 loria 315
 lukhai(n)ka 322
 luka(r)ika
 luku 283, 311, 311
 n. 22
 Lucu, Luco
 lukurari 315
 lukuru 60, 282, 311, 324
 luma 311
 luperia 311 n. 21
 luparia
 lupu 311
 lur 79, 228
 Lurgorri
 lurruña 36-37
 lurruna
 madarikatu 322, 329
 maradi-
 maradikatu
 Madul- v. madura
 Madulgaña v. madura
 madura, Madura v. pa-
 dura
 Maeztu 208, 291, 411
 Bahaheztu
 Maestu
 magi(n)a 60, 319
 maiatz 326, 328
 maier 328
 maindire 337
 maind(e)re, maindira
 mandre, mantre
 maingu 316
 mainku
 mairu 313, 370 n. 21
 ma(u)ru
 maite 86
 maizter 278, 328
 makhila 311
 makhi(ñ)a 311
 malda 28
 malta
 Malizhaeza 208
 mallu 63
 malta v. malda
 manatu, mana 309 n. 9
 manhatü, manha 324
 mandika 315
 mardika
 pantika
 mando 86
 mandoko 215
 mandre v. maindire
 mantre v. maindire
 manü 324
 Mañaria v. mañu
 mañhatü, mañha 324
 mañu 320
 Mañaria 320 n. 63
 mañü 324

- maradi- v. madarikatu
 maradikatu v. mada-
 rikatu
 mardika v. mandika
 Margaluli v. -(h)uri
 margin 60
 Marguin
 marti v. martxo
 marti(t)zen 36, 328
 martxo 325
 marti 284, 315, 326
 Maruri v. -(h)uri
 mathaza 317
 Matura-aldea 295
 Matura-bidea 295
 matxite 312
 ma(h)uka 313
 ma(u)ru v. mairu
 maustin 313 n. 32
 mea 84, 320
 pea
 me(h)aka 73 n. 9
 almaka, alme, alme-
 haka
 Meaca, Meaqua
 mehatxu, -txü 325
 beaza
 mende 325
 mendekatu 311
 mendekoste 320
 mendi 86
 mendre 328
 -mendu 279, 317
 -mentu, -tü
 mereke 332
 merkatari 315
 merkhatu 311, 317,
 332
 merke 317
 mertxede v. mesede
 mes- v. des-
 mesede 325 n. 87
 mertxede
 mesperetxa 315
 meta 282, 311, 324
 meza 63
 meztidura 320
 mezu 63, 311
 *miano v. biao
 midiku 200 n. 8
 mihi 158 n. 24
 *bini
 mi(i), min
 mi(i)llu 312
 mirillu
 mullu, mühüllü
 pühüllü
 mika 317
 phika
 Mikele 316
 Mikle
 min v. mihi
 mira 311
 mirakul(l)u 326
 mirakuru 65
 miru 311
 mixta 312
 modorro 393, 393
 n. 30
 Mochorro
 mo(e)ta 311, 324
 morroi(n) 219 n. 22
 Mortuak 324
 mugitu 200 n. 8, 312
 muin 320
 fuin
 (g)un
 (h)uin
 un, ün
 muki 314 n. 34, 317,
 328 n. 100
 muku, mükü
 mukuru 323
 gonburu
 *mukulu, mukullu,
 mukurru
 mullu v. mi(i)llu
 Munnasum 230
 mur v. bi(h)ur
 Murcuri, Morcuri 370
 n. 21
 mustela 322
 musti v. busti
 muthatu, mutha 324
 mutil 219 n. 22
 Mutilluri v. -(h)uri
 Mutriku 201
 mutu 282, 311, 324
 mühüllü v. mi(i)llu
 muxika 312
 nabar 157, 174
 nabela 31
 nabla
 ñabla
 Nafarruri, Naharruri v.
 -(h)uri
 naiz 21-22
 naz, nax
 niz
 narru v. larru
 nausa 313
 naz, nax v. naiz
 -nda, -nta 215-216
 neitu 329 n. 105
 nekhatu 281, 324, 327
 neke 281, 324, 327
 nentorre 12
 nere v. nire
 neskato 120, 166, 219,
 230, 255
 neuca 12
 neure v. nire
 ni 175 n. 28
 nire 41-42
 ene, nere, neure
 niz v. naiz
 Nonnuso 230
 Nunuso, Nunnuto
 nor 200 n. 8
 nota 308 n. 7

- notha 308 n. 7, 330
 notari 330
 notatu 308 n. 7
 nothatu 308 n. 7, 330
 notatu notatzeko 330
 Nouare uide- 322
 Nouella Aurquia 322
 nozitu 325 n. 88
 -n 268
 Nunnofalzauri v. -(h)uri

 ñabla v. nabela
 Ñeli, Gneli 316 n. 44

 ohalanoa v. ozar
 Obeco 229
 obeditu 317
 hoben 329, 408
 (h)ogen
 Oguena, Unsaaur
 ogena
 oberenda 317 n. 50
 obu 61
 Ocallaberar v. okallea
 Ocallapozu(a) v. okallea
 Ocalleberar v. berar
 oçartcharra v. (h)or
 Ochanda 216, 222
 Ochoa v. otso
 Ochoco 222, 228
 Osaco, Ossoco,
 Oxoco
 odéi 154
 odói
 -oe 90 n. 73
 -io
 -oi
 -oin
 -u
 (h)ogen v. hoben
 ogendu 329
 Ogganduri v. -(h)uri

 Oguena v. (h)ogen
 oi(h)ar- 227
 Oiarra v. (h)or
 Oiartzun 201
 oil 35
 ohilt 35
 oilo 215, 314
 ollo 323
 okallatu 327
 okallea 65, 327, 336
 kokalde 327 n. 99
 okalla-
 Ocallaberar, Ocalla-
 pozu(a)
 okhela 284, 324
 okelu 408
 okin 215
 okintsa 215
 olata 315
 olio 322
 orio
 ollanda 215
 ollar 215
 ollasko 215
 Ollauri v. -(h)uri
 ollo v. oilo
 on 228, 256
 hun
 Ona
 (h)onddo 312
 ontto
 ondo 312
 on(h)etsi, on-eritzi
 Onneca 216, 229
 ohore 11, 282, 311,
 321
 õre, úhüe 321
 opaku 316
 Opaku- 281
 ope 65
 opeil 65, 66 n. 27
 ophil 309 n. 13
 oputz 327
 opus

 ophütz 327
 (h)or 52-53
 ohalanoa
 oçartcharra
 ozar
 Oxarra 53 n. 4
 ordea 321
 õre v. ohore
 orein 86
 orga 321, 328
 orgā
 orio v. olio
 ork(h)atz 86
 orkhoi v. horma
 horma 76, 311
 borma
 orkhoi 335 n.
 orsto v. (h)osto
 ortu 63
 orzpin v. ozpin
 osaba 97, 174, 219
 Osaba
 Osinaga, Osinaguea v.
 -aga
 -oste 408
 gibel
 oste, ozte 311
 (h)osto 226 n. 37, 234
 orsto, ostro
 ostro v. (h)osto
 Otazu 232
 ote 232
 otsa- v. otso
 otso 11, 53 n. 4, 90
 n. 73, 221
 Ochoa
 oso
 otsa-
 Otsoko 229
 otu 323, 329
 (h)otz 90
 Oxarra v. (h)or
 oynoguena 408
 Ozanna 224

- ozar, oxar v. or
 -oz(e), otz(e) 229
 ozkume 113
 ozpin 234
 orzpin
 ozprin
 Ozturi v. -(h)uri
- padera 63, 309 n. 9
 Paduleta v. padura
 padura 315, 412
 fadura
 Madul-, Madulba-
 rrena, Madulgaña
 madura, Lacuma-
 dura, Madura
 Paduleta
 Padura
 pagatu 88, 280
 pagatu bak(h)atu 61
 palatu 322
 pantika v. mandika
 paradisu 321, 325, 347
 baradizu
 parabisu, -izu
 paraiso
 pea v. mea
 peitu 314, 317 n. 50,
 328 n. 101
 peitu izan
 pelleburu 315
 pheretxa 315
 pheretxatu 315
 petatxu v. bethatxu
 Pethiri 328
 Bethiri
 phika v. mika
 p(h)ike v. bik(h)e
 pisu 312
 phezu
 pizu
 piztia 326
 priztia
- populu 326
 porogatu v. frogatu
 portitz v. borthitz
 portu 61, 84
 pozoï(n) 322
 phozū
 priztia v. piztia
 prosasino 320
 proosino
 phutzu 325
 butzu 60, 284, 318,
 325 n. 86
 pühüllü v. mi(i)llu
 puxika, puxiga v. bixika
- ra- 269 n. 6
 -rean 407
 Repáraz, Reparacea 385
 n.
- sa, -tsa 215
 Sahar v. zahar
 sabel 223
 Sauela
 saindu 63, 316
 saintu, -tü
 sandu
 sajeratu v. zigilatu
 sajat v. zigilu
 saldu 73
 sandu v. saindu
 Sanduru 328
 Sanoiz 323
 sasoi(n) 320
 zazoï
 sehi v. seiñ
 seinale 280
 seinale zeinhare
 seinale zeñhare
 seiñ 37, 120, 219-220,
 285
 segi, sei, seï
- *seni
 sen- 233, 255
 Sein, Seíñez 219
 sekula(n) 321
 sekularo, -arum 328
 seldor 174 n. 22
 seme 120, 219, 219
 n. 23, 233, 240,
 255, 257, 285, 309
 n. 13, 334
 *senbe, sema-
 Semen, Semeno, Se-
 merote, Xemen,
 etc. 216, 219
 n. 23
 Semeno, etc. v. seme
 Semenohuri, Scemen-
 urri v. -(h)uri
 Semeroyz 231
 sen(h)ar 202, 220
 *senbe v. seme
 *seni v. seiñ
 señale 321
 zeñare
 serbitzu v. zerbitzu
 seska 84
 siku 312
 sillu 312
 siñu 312
 siñu v. zeñu
 soberna 321
 zoperna
 soinu 63, 323
 soinu soñu
 soka 324
 solhas 320
 Solduengo 365
 solo v. sorho
 soñu v. soinu
 sordei(s) 328
 sorde(i)x
 sorho 322, 411
 solo
 su 108

- surgu 64 n. 21, 317
 n. 53
 jurgu
- taika 313
 ttauca
 -tar(r) 90 n. 73, 230,
 234
 -ar
 -dar
 -tasun 90 n. 73
 -tarzun, -tarziin
 -tegi 86
 teila 314
 tella 63
 theiü 313
 texu
 theka v. leka
 tekuma v. dekuma
 tella v. teila
 tenpra v. denbo(r)a
 texu v. theiü
 tipula 60, 64, 154, 200
 n. 8, 311-312, 316,
 319
 dipula-
 gipulla
 tipla, tupla
 ki(n)pula 326
 -to, -tto, -txo 36, 120,
 215, 230
 -toi v. -doi
 Totacoje 230
 ttauca v. taika
 -tu 54, 61, 268, 279
 -tu -du 61
 tupi(ñ)a 312
 tupla v. tipula
 tusuri 86
 txar 75
 txarto 36
 -tza 288
 -tze 80
- uhaitz 155
 eguatxa, egutxa
 üáitz, üátx
 ugatxa
 ubi 154, 154 n. 14
 Ucengaso v. uzen
 Udalha 208
 ugalde 155
 ugalte 155
 ugatxa v. uhaitz
 ugatz (ugaz-) 346
 ugazaba 36, 346
 uger v. iger(i) egin
 ui 36, 87
 huin v. muin
 ukuzi 31
 ule 407
 Ulibarrilior v. -(h)uri
 ulun v. il(h)un
 ülhun v. il(h)un
 Ulzama 76, 76 n. 23,
 259, 284
 Unzama, U(t)çama,
 U(t)zama,
 Uxama
 ume 166, 254-257
 -kume
 umerri 99, 225 n. 33
 Umeru Saindu v. Domi-
 santore
 hun v. muin
 hün v. muin
 hun v. on
 una maizter 255
 Unchaurcho v. unsaur
 Undio, -u 125
 -une 53, 56
 üngürü v. inguru
 unide 385 n.
 Unidea
 Unsaur ogena v. (h)
 ogen
 unsaur, untxaur 411
 Unchaurcho
- Unsaurchipieta, Un-
 saurreta
 Unzarduya, Unzaur-
 mocha
 untxi 42 n. 3
 enchea
 untze, ultze v. iltze
 Unzama v. Ulzama
 Unzarduya v. unsaur
 Unzaurmocha v. unsaur
 upa 323
 upa dupha
 upa kupa
 (h)ur 81 n. 38
 urdanga, urdanda 215
 urdin 216
 Urdina 216, 224
 -(h)uri v. (h)iri
 Huribarri(s) v. -(h)uri
 Hurigurrena 210
 Uriña v. Iruñea
 Urraca 216, 229
 Urrengurrena 210
 urt(h)arril 29
 urten v. irten
 Urunberri v. Irunberri
 Uruña v. Iruñea
 uso 90 n. 73, 216
 urzo 90 n. 73
 Usoa 216
 U(t)çama, U(t)zama v.
 Ulzama
 ütxüra v. itxura
 utzi 36
 etxi
 (e)utzi
 itxi
 ühüe v. ohore
 ühülgü 35
 Uxama v. Ulzama
 uzen v. izen
 uztarina 280
 buztarina
 üztaria

- Valza de Seroiana 364,
 v. beltz
 Vermuduhuri v. -(h)uri
 Vinquenti 60
 Vitaco 216, 228
 vitança 64

 xagu v. xahu
 xai v. xau
 xakin v. jakin
 xa(h)u 75, 321-322
 xagu, xai, xähü
 -xe 230
 xe(h)e 54
 Xemen, etc. v. seme
 xistmist 90 n. 71
 xo v. jo

 yaz 22
 yaz v. ax

 za(h)ar, xa(h)ar, zar 53,
 75, 166, 217 n. 18,
 254, 256, 285
 Sahar, Zaarra 256
 Zaballa 210
 zabau v. zamau
 zagitatu 326 n. 91
 zain 36
 zan 36
 zaitu 28
 ztu
 zütü
 zaituzte 28
 ztei
 ztie
 zütie
 zaku 324
 zakur 139
 zaldi 215
 zaldiño 215

 zaldu 317
 zaldu zaltu 317
 zaltu v. zaldu
 zama 315 n. 39
 zamari 315 n. 39
 zamau 322
 zabau
 zango 28
 zank(h)o
 zapattu 317
 zapatu 36
 zap(h)ore 62, 317
 Zarakoza 152
 zarika 315
 Zavalla 366
 zazoï v. sasoi(n)
 zeape v. ziape
 zeinha 314
 zeña
 zeinha zeñhatü, zeñha
 324
 zeinhare v. seinale
 zek(h)ale 257, 322
 zekela
 zekürü 321
 zela 257, 311
 zelü v. zeru
 zemendi 327
 zeña v. zeinha
 zeñhare 324
 zeñhare v. seinale
 zeñhare v. seña
 zeñu 321, 324
 siñu
 zer 200 n. 8
 zerbitzu 325
 serbitzu
 zerbutxu, zerbütü
 zeru 12, 59, 64, 319,
 322
 zelü
 zeta 62, 324, 324 n. 80
 zethabe 324 n. 80
 zethatxü 324 n. 80

 zi 35
 ziape 322
 Ceapeiz 322 n. 72
 zeape 322 n. 72
 ziape
 zigilatu 312, 321
 sajeratu
 zigilu 62, 312, 319, 321
 sajet
 zigulu
 zikirio 322
 zil(h)ar 82, 332, 336
 zirar
 zilo v. zulo
 zimendu 321
 zirar v. zil(h)ar
 ziriku 322
 zitu 314
 zizellu 327
 zizillu, zizilu
 zuzulu, züzülü
 zola 322 n. 74, v. zoru
 zonba(i)t 334
 zoma(i)t
 zuma(i)t
 zopherna 321
 soberna
 zor(h)i 54
 zoru 322 n. 74, v. zola
 ztei v. zaituzte
 ztu v. zaitu
 zu 79
 zu(h)ar v. zumar
 Zufiuri v. -(h)uri
 zugar v. zumar
 zuku 317
 zulo 81
 xilo
 zilo
 zuma(i)t v. zonba(i)t
 zumar 258 n. 35
 zumar zu(h)ar
 zugar
 zunhar

-zun 90 n. 73
zunhar v. zumar
Zurbano 299

zuri 216
zütie v. zaituzte
zütü v. zaitu

zuzulu v. zizellu
züzüli v. zizellu

Latín y lenguas romances

aculeu 312
adarca 82
adventu 317
aes 81
afortir 328 n. 101
 afortitz, ahortit
aissa 325 n. 89
alba 125
Alboheta (Cella) 372
aliso 86 n. 61
-ana, -ano 298-299
anate 315
anegar 281
angellu 284, 319
annona 64, 321
Anós 229
-antia 325
Antistiana 284, 284 n. 12
 Antestia, Antestiana
 284 n. 12
Antoñana 296
anxia 325
apañar 329
Apellániz 296
 Apignaniz, Apillaniz
apricu 315
(aqua)superna 321
Aquis 201, 315, 328
arañón 82
Arceiz 221 n. 27
archiater 326
Arellano 300
argentum 141
Argillana 297
 [Arg]uiiana, Argue-
 llana

Arguiñano 298
arroume 76
Arsias 221
Arsius 221
auditu 313
ausu 313
aver(e) 317
aysine 316
 ayzina
 bac(c)illum, baccillu
 239, 311
 baccinu 311

ballaena 318
balnearia 320 n. 63
baptidiare 318
bèga 154
Belasconis 231
benedicere 329
*bimana 281, 326 n. 94
 bima, bime 281
bique, vique 60, 282,
 282 n. 8, 311 n. 20
 pique
biscalèro 153
 biscarrèro, bisquèro
Biscarce 153
Biscarosse 153
 Biscarsosse, Bisca-
 rrués
bizcarrera 153
 bizquera
bonus 228
buccella 284, 324

caelum 59
calcare 317
*cale 322
candorem 335
capale 322
capan(n)a 321
cappella 317
Carasta 290-291
catillu 312
cattu 317
caucu 313
causa 31, 60
cause 283
cavea 317
cella 59, 318
Cemproña 294-295
cendea 319
centena 319 n. 60
 centenaria 143 n. 19,
 285
 v. Guendearia
cepulla 60, 200 n. 8,
 311
ceresea 60
certu 318
ciella, cilla 372
circulu 318
cirrus 60, 318
Chandeleur 328
charre 75
 charro
Cicujano 295-296
 Cecujano, Cekugnau
Civdad 294 n. 30
*cleta 315
cobdiça 317

- cogitatu 318
 colpu 318
 colus 64, 326
 coluc(u)la, conuc(u)la 64
 commentare 334
 commutare 334
 computare 334
 Contrasta 291
 contratare 291
 *conuc(u)lu 312
 corpus 321
 corte 315
 Crispijana 296
 Crispiniana
 cumulu 323
 cuniculus 42 n. 3
- daculu 318
 damnu 318
 decuma, deguma 313,
 313 n. 29
 decima
 defectu 314
 *deito 314
 delirare 93
 deus 56
 deviedo 325 n. 90
 dictum 284, 314
 Doipa 293
 Domingo 311
 Domenga
 duddurare 93
- eclesia 315
 enectus 329 n. 105
 Enneconis 231
 Erdognana v. Ordoñana
 escudo 113
 escudar
 esguín 85
 esocina 85
 -eta, -etum 161 n. 27
- fagu 317
 favoniu 326 n. 94
 favus 326 n. 94
 fenuc(u)lu 312
 ferme 318
 ficu 311
 *figicare 227 n. 38
 filius, filia 166
 flamma 315
 focale 65, 327
 fogale, fogada
 forma 76, 311
 Formiiana v. Ormijana
 fortis 321
 Fraxeneta 125
 Fresneda 125, 365
 fronte 317
 fune 320
 Fuscinus 299
 Fusquiano
 Fustiñana 296
- gaesum 85
 Galindonis 231
 garbo 75
 Garceiz 221 n. 27
 ge(n)s 319
 genus 319
 gorar 86
 Guendearia 143 n. 19
 v. centena
 Guilçiano v. Quilchano
 Guircu, Kircu 283
 gula 318
 Guzkiano 299
 gypsu 60, 319
- habere 317
 Herdonius 296
 hierba santa 408
 honore 311
 hoste 311
- Ibia 154 n. 14
 ibón 154
 in gyro 319
 incude 311
 intellegere 329
 Iohannes 321
 iou 154
- lapis 321
 laqueu 325
 Larçabaig 210
 lascar 323
 Leciñana 296
 Licignana
 legem 60, 319
 lobera 311 n. 21
 Lorente 66-67
 Llorente
 lucanica 322
 Luco, Lucu 283
 lucrum 60, 311
 lucus 283, 311
 Lumbier 152
 Lunae (dies) 328
 lupu 311
- magis 319
 magister 279, 319
 Maías 328
 maledicere 322, 329
 Mandojana 297
 mandoiana, Mando-
 yana, Mantoyana
 manica 313
 mantile (-ele) 316
 *manuca 313
 marguin 60
 marguen
 Martis 328
 Martis dies 279 n. 2
 Maturus 295
 Maturana

- mauru 313
 maustín 313 n. 32
 mostín
 Meana 299
 Meiana
 Medropio 293-294
 mente 325
 -mentum 279
 mercatu 311
 mercem 317, 332
 meridianu 320
 meta 311
 mil(v)u 311
 mira- 311
 moneta 311, 324
 mons 86
 Montanus 297
 Montañana
 mostín 313 n. 32
 v. maustín
 musteus 387 n. 21
 mutio 325, 325 n. 85
 mutu 311

 nausia 313
 necare 327
 nota 330
 novella 322
 noyer 281
 nozir 325 n. 88

 oblata 315
 oboedire 317
 offendere 329
 -onem 90 n. 73
 Opaco, Opacua 317
 opacus 280
 opem 65
 Opio 292
 oppidum 292-293
 opus 327

 Ordoñana 296
 Erdognana
 organa 321
 Ormijana 298
 Formiiana
 Urvillana
 Osma 259
 Ossignani 296
 Ova, Oa 125

 pacem 60, 318
 padule 315
 Padul
 palu 320
 parcere 65, 329
 parentalia 327
 pascere 329
 Paterniana 125, 295
 patior 325 n. 88
 peccatu 317
 pedaço 318
 perna 311
 pessica 312
 Petro Nigro saion 364
 picem 60, 87, 311, 318
 pilu 311
 piper 311
 Placentius 60
 placet 329
 Placidinus 60
 planca 317
 planu 315
 pluma 311
 pollo 323
 postilena 280
 puer 219
 pullus 323
 puteus 60, 325

 Quartus 223
 -que 169

 Quilchano 299
 Guilçiano
 Quin(c)tius 299
 Quintus 223

 regem 60, 319
 Retortillo 292
 Retuerto, Rieutord
 Rideva 292
 río 292
 Riotuerto, Rioutord,
 Rituerto
 rivus 292
 rota 311
 Rudopio 291-294

 sabbatu 317
 sabut 329
 sagma 315
 sagmariu 315
 saltus 317, 365
 sanctorum 328
 Sandoval 365
 sanus 75, 322
 scribere 329
 sectu 314
 Secundianum, -ana 295
 securus 323 n. 76
 Ségonzac 295
 sella 311
 Semenonis 231
 Sempronius, -a, Sem-
 proniana 294
 senape 322
 sericu 322
 sigillu 312, 319
 silo 81
 solaz 320
 sollicitare 326 n. 91
 solu 322 n. 74
 spatha 311
 stuppa 311

- Subijana 298
 Sobeiana, Sobejana,
 Suvillana
 subsellium 327
 suburbanum 299
 sulcus 64, 64 n. 21
 sulco

 taediu 313
 taxonem 113
 tertius 415
 theca 323 n. 77
 Toda 318
 torculare 315
 Trevijano 298
 Treveiano
 Treviño 299
 Treuennu
 trifinianum 298
 Tritium 415

 -ués 229

 vagina 60, 319
 Valerianum 300
 Valerius 300, 300 n. 35
 vallatu 322
 Val(l)uenga 365
 van 315
 vapore 326 n. 94
 vasco 249 n. 10
 vega 154, 154 n. 12
 veiga 154
 vena 84, 320
 vessica 312
 vicem 60, 311 n. 20
 vierba, vierbo 328
 vigilare 318
 vigilia 57
 villa 371

 Villa Duennea, Villa
 Semprun, Villa
 Veilagomiz, Vi-
 lladolquit, Villa-
 materne
 Vincentius 60
 vitium 84
 Undiano 125
 voluntate 318
 votu 323, 329
 Ursiniani 296
 ursus 90 n. 73, 221 n. 26
 Urvillana v. Ormijana
 Uzquiano 299

 yervera 154 n. 15

 Zurbano 299

Aquitano, linguas paleohispánicas, onomástica antigua

- abar, abar 157, 174
 abarildur 227
 Abellion- 217
 abinbelaur 239
 adabels 239
 Adimeis 239
 Adimels 239
 -adin(n)- 228
 Dannadinnis
 adin 157, 174
 *Adinbels 239
 Adingibas 239
 Aher(belste) 202
 Alabanenses 201
 Alba 76, 122
 anai- 174

 Andere, andere 120,
 159, 166, 199 n. 6,
 205, 218-219, 255
 Anderexo 222, 230
 ando(s)-, andox- 205
 Andose, Andossus 224-
 225, 229
 Andoston 222
 Andrecco 214
 Arbiscar 153, 232
 arci 174
 afe tace 171
 Arixo 224
 Arsias 221
 Arsius 221
 Arta(h)e 224
 Artehe

 Asterdumari 239
 Atta- 221
 Aturris, Aturus 201
 Ausci 249 n. 10
 Axtouri 233 n. 44

 Baeserte 224
 bai- 206
 buai-
 Baico[r]rixo v. -gorri,
 -corri
 Baigorixo
 balcar 157 n. 23
 Balciadin 239
 ba(r)scunes 71, 249
 belasbaiser(eban) 224

- Beles, beleś 174, 222, 239
 -bels, -meles, -melis, -mels, -peles
 belex, Belex 206, 222, 233, 236 n. 46
 Belexennis v. -en(n)
 Belisamae 216
 -bels- 206
 Bene(h)arnum 201
 Bennabels 239
 bihox-, bihos- 206, 223
 Bihoxus 158
 bilos, bilos- 157 n. 23, 222, 223 n. 29
 bilosbalcarais 157 n. 23
 bilośg... 239
 -bilus 222
 Bilustibas 239
 bios- 158, 174, 241
 bios(ildun) 158, 223, 226
 -bišcar, -biscar 153, 158, 241
 Bisgargitani 153
 Biskargís 153
 Bitourís 122
 biur, biur 157, 174, 241
 -bon(n), bon-, Bon- 203, 206, 228, 234, 256
 -don(n)
 -pon(n)
 Bonsilex 213
 Borsei 223
 -bos 169
 bostebilos 239
 boutintibaś 233 n. 44
 buai- v. bai-
- cais 157, 157 n. 23
 Calagurris 225
 Calagorris, Calacoficoś
- cco(n) v. -co(n)
 -cin(n), -gin(n) 203, 228
 Cison, cison 120, 159, 166, 206, 218-219, 222, 255, 257
 Cisonten 233
 -co(n) 203, 209, 214, 228-229
 -cco(n)
 cortica 169
 -cue 169
 cutu- 75, 174
- Dannadinnis v. -adin(n)-
 danno-, Danno- 206, 217
 -dar, -edar 230
 Deiuoreicis 217
 Deva 76, 141, 201
 -don(n) v. -bon(n)
 duno- 206
 Dunohorigis 217, 253, 417
- eia 204, 213
 Elimberrum 225
 Eliberre
 -en 175
 -en(n) 229-230
 Belexennis
 Ennebos 258
 -es 169
 ...espaiser 224
 -etar v. -tar
 ex- 217
 Exprcennio 216-217
- Gabálaika 122
 Gébala 122, 201
 -gin(n) v. cin(n)
 -gori, -co(r)i 204, 225
- gorri, -corri
 Baigorixo, Baico[r] rixo
- hahan(n)- 206
 hals- 206
 Halsco 238
 Halsconis
 Halscotarris 231, 238
 Halscotar 238
 hana- 206
 har- 206
 Harbelex 232, 236 n. 46
 [H]arbelsis 236 n. 46
 hars- 206
 Harsi 221
 hauten- 206
 Hehelpis 417
 Helasse 417
 Heraus(corritsehe) 46, 204, 209, 209 n. 13, 222, 225
- Ibia 154 n. 14
 icofbeleś 236 n. 46
 Idiatte 222
 ildu, ildur 227
 ildubeleś(eban) 227, 236 n. 46
 ildun, -ildun 174, 223, 226-227, 241
 -illun
 ilduradin 227
 ildufír, ilufír 225
 ilduro 226
 ildutaś 227
 Ili-, ili 149, 158, 227-228
 ilur-
 Iliberri 158, 201, 225
 -illun v. ildun

- Illurtibas 227
 ilu- v. ildu-
 Ilumbero, Ilumber 228
 Ilu(m)beritani 201
 ilun(n) 207, 225-226
 ilur- v. ili
 Ilurberrixo 225
 Iluro 226
 Iluroni 226
 -isamo, -isama 216
 isceŕ, -esceŕ 174
 iscerbeles 236 n. 46
 Iturissa 201
- Kournónion 122
- lacun 174, 174 n. 24
 lagutaŕ 174 n. 24
 Lapurdum 201
 Laurco 223
 Leheren(n) 229
 Litano[...] 217
 lohi- 207, 223
 Lohixsus
 Lohitton 233
 luŕceŕeten 228
 Lurgorr[...] 225, 228
- mels, -meles, -melis v.
 Beles
 -milos 223
 -milus 223
- nabar, nabaŕ- 157, 174
 ...nboutin 233
 (nere)ildun 226
 Neroúa 76
 Nescato, *nescato 120,
 166, 199 n. 6, 218-
 220, 222, 230, 255
- obaŕ- 175 n. 26
 Oia(r)so 201
 ombe- 207
 Ordumeles 239
 -os 169
 oŕaba(obaŕenyi) 174
 -oss(o)-, -os(s) 204,
 209, 213, 229
 -ox(o)-
 Osson 221
 Oxson
 Ouéleia v. Veleia
 -ox(o)- v. -oss(o)
 Oxson v. Osson
- peles v. Beles
 -pon(n) v. -bon(n)
- rig- 204, 213, 217
- sacarbiŕcar 153
 Sahar, -sahar 166, 254,
 256, 285
 sani-, sani 220, 220
 n. 25
 -se(n) 204, 213
 Selatse 209 n. 13, 211
 n. 14, 417
 seltar 174 n. 22
 sembe-, Sembe- 120,
 207, 218, 240, 255,
 285, 334
 Sembeten 219, 233
 Sembus 255
 Senarri, Sentarri 202,
 220
 Seni-, Seni, seni-, *seni
 120, 207, 218, 220,
 285
 Senico, Senicco 229
 n. 40, 233, 255
- silex, Silex 207, 213
 Silexco 214
 sistat 169
 *Sosinbilos 239
 Sosimilus, Sosina-
 den, Sosinasae,
 Sosinbuŕu, etc.
 Souestásion 76
 Sunducca 229
- tals-, Tals- 207, 213,
 224
 -talsco, -talscu 174
 n. 25, 238
 Talseia 238
 Tannepaeseri 224
 -tar(r), -etar 204, 208,
 210, 213, 230
 Tarros 238
 Tautamos 217
 Tautindals 224, 233
 n. 44
 Teissossix 238 n. 50
 -ten(n) 204, 209, 213
 -to(n) 205, 209, 213,
 230
 -tton(n)
 -tton(n) v. -to(n)
 Torsinno 224
 Torsteginnus 224
 Toullónion 122
 Tout- 217
 touta- 207
 Trition Touborikon 76,
 201, 415
 Turtumelis 239
- ueramos 77, 169
 ueramom 169
 v. uoramos
 uldibeles 236 n. 46
 ulo-, ulu- 207

Umar 225 n. 33, 239
 Umarbeles 239
 Umargibas 239
 Umarillum 225, 239
 Umme, Vmme 166,
 253-254, 256-257
 unticesceni 171

uoramos 77
 v. ueramos
 Uuar- 175 n. 26
 Uxama v. Ulzama
 Veleia 122

-x(o)-, -xs(o)- 206, 230
 -xo(n) 205, 213
 -xso(n)
 ybař 175 n. 26
 -yi 171, 175 n. 28

Otras lenguas

Acadio
 immeru 99

Alemán
 arzt 284, 326
 bilo- 223 n. 29
 eddo 73
 fohn 326 n. 94
 meistar 319

Anglosajón
 sellan 73

Árabe
 kitab 73

Armenio
 čar 75

Bretón
 ugent 79

Céltico
 bilo- 223 n. 29
 Deoua 415
 *donno- 81 n. 39
 *silon 81

Córnico
 maw 219 n. 22

ugens 79
 ugans

Finés
 arkku 84
 härmä 76
 kattila 84
 kauppa 84
 liina 84
 punta 84
 siunata 84

Galés
 arth 221 n. 26
 chwi 79
 degwm 313 n. 29
 dwfn 217
 eirinenenn 82
 eirin
 gori 86
 -haf 216
 -ham 216
 llawr 79
 lledr 79
 llydan 217
 rhi 217
 tig 86
 tud 217
 tymmor 326
 ugain 79
 ugain ugeint

Galo
 Artioni 221 n. 26
 Bili-catus 223 n. 29
 Dannomarus 217
 Dannotali 217
 Dubnoreix, -rex 217
 Dumnorix 217
 dusius 86
 ex- 217
 -isamo- 216
 Litana silva 217
 Litano-briga 217
 Marti Toutati 217
 Magu- 219 n. 22
 -rig- 217
 Τεύταμος 217

Georgiano
 k'ordzi 113
 ma-čv-i 113

Gótico
 ain hund 73
 izwis 79
 katil- 312
 sajan 73
 silubr 82

Griego
 argi- 83

argós 83 n. 49
 arkhiatrós 326
 kephalé 122
 te 169
 país 219 n. 21

Hitita

harki- 141
 kast- 83

Indio antiguo

árdha- 84
 áyas- 81
 candrámas- 227

Indoeuropeo

-ama 77
 *Aerg- 141
 *arg'- 83
 *bhru- 80
 -isama 77
 *seno- 220
 *sw- 79
 *ur- 81 n. 38
 *wer- 81 n. 38

Inglés

céap 332
 cheap 332
 sell 73

Irlandés

ad(h)arc 82
 ainder 221
 aingid 80 n. 36
 áirne 82
 ander 81
 art 221 n. 26
 ás 81 n. 41
 ásaid
 bés 84
 bi 87
 bil 223
 bon 228
 domuin 217
 domun 217
 -em, -am 216
 es(s)- 217
 fo·geir 86
 gae 85
 heirp 85
 láighe 86 n. 63

lár 79
 lethan 217
 lethar 79
 maith 86
 mug 219 n. 22
 raith 80
 rí, ríg 217
 sí, sissi 79
 síl 81
 tech 86
 túath 217

Lituano

ardyti 84
 pavés 64
 šarmà 76

Mingrelia

mu(n)čkv-i 113

Ruso

kotël 312

LUIS MICHELENA

OBRAS COMPLETAS

- I. Lingüística histórica
- II. Lingüística general
- III. *Palaeohispanica*
- IV. Exposiciones generales sobre la lengua vasca. Tipología y parentesco lingüístico
- V. Historia y geografía de la lengua vasca
- VI. *Fonética histórica vasca*
- VII. Fonética y fonología. Morfosintaxis. Dialectología
- VIII. Lexicografía. Historia del léxico. Etimología
- IX. Onomástica
- X. Norma y unificación de la lengua. Historia de la vascoología. Presente y futuro de la vascoología. Reseña de gramáticas, métodos y diccionarios
- XI. Textos vascos
- XII. *Textos arcaicos vascos*. N. Landuchio, *Dictionarium linguae Cantabricae* (1562)
- XIII. Historia de la literatura vasca. Literatura vasca del siglo XX
- XIV. Escritos autobiográficos y literarios. Traducciones. Actualidad política y cultural. Entrevistas. Crítica de cine. Cuestiones históricas y culturales
- XV. Bibliografía. Índices

